



SARAH LARK

*Hacia los*  
**MARES**  
*de la*  
**LIBERTAD**

Un viaje al fin de la Tierra. Un alma presa de un secreto.  
El latido del amor se esconde en Nueva Zelanda.



Sarah Lark regresa a Nueva Zelanda, un paisaje con el que irrumpió con fuerza en el panorama literario nacional gracias a su Trilogía de la Nube Blanca, y que se ha convertido en sello indiscutible de una autora que ha seducido con él a más de siete millones de lectores en todo el mundo.

Sin perder el marco de la cultura maorí durante el siglo XIX neozelandés, Hacia los mares de la libertad es una

magistral novela que nos descubre la vida de aquellos irlandeses convictos que colonizaron Australia y la Tierra de Van Diemen.

Irlanda, 1846. Kathleen y Michael se aman y planean en secreto abandonar su tierra natal, la humilde y hambrienta Irlanda, en busca de una vida mejor en el Nuevo Mundo. Pero todos sus sueños se ven truncados cuando Michael es condenado como rebelde y desterrado a Australia.

Kathleen, embarazada, se verá obligada a casarse con un comerciante de ganado y emigrar con él a Nueva Zelanda. Entretanto, Michael, con la ayuda de la audaz Lizzie, intentará escapar de la colonia penal para reencontrarse con su primer amor.

Lectulandia

Sarah Lark

**Hacia los mares  
de la libertad**

**Trilogía del árbol Kauri - I**

ePub r1.0

sleepwithghosts 24.05.14

Título original: *Das Gold der Maori*

Sarah Lark, 2010

Traducción: Susana Andrés

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Agradecimientos

Es imposible escribir en solitario un libro como este.

Por esta razón, doy las gracias a todos los que me han ayudado, en especial a mi editora Melanie Blank-Schröder, a mi correctora de texto Margit von Cossart y a mi agente y taumaturgo Bastian Schlück. Pero también a los diseñadores que han concebido las

cubiertas y dibujado los mapas; al departamento de marketing, tan rebosante de ideas; y, naturalmente, a la distribuidora y a todos los libreros que, finalmente, ponen el libro en el mercado. Como siempre, agradezco a Klara Decker la lectura del manuscrito y que haya encontrado respuestas en internet cuando yo ya no progresaba en mis investigaciones. Los caballos no se aprovecharon cuando cabalgando mis pensamientos vagaban hacia Nueva Zelanda. Y los perros me devolvían una y otra vez a la

realidad para que les diera de comer a su hora.

Pienso en Jacky y Grizabella.

SARAH LARK, *octubre de 2009*

AUSTRALIA

Sidney

• Bahía de Botany

MAR DE TASMANIA

Launceston

Campbell Town

TASMANIA\*

Hobart

Port Arthur

\* Hasta el año 1856 la isla se llamó Tierra de Van Diemen.

# NUEVA ZELANDA

*Cabo Reinga*

*Bahía de las Islas*

Auckland

ISLA NORTE

MAR DE TASMANIA

Nelson

Blenheim

Kaikoura

Christchurch

Lyttelton

Bridle Path

ISLA SUR

Queenstown

Lago

Wāitapeka

Planicie

de Waimea

Tuapeka

Gabriel's Gully

Waikouaiti

Dunedin

*Transura de Canterbury*



\* Tuapeka recibe en la actualidad el nombre de Lawrence.

# DIGNIDAD

IRLANDA - CONDADO DE WICKLOW

1846-1847

# 1

Aunque el corazón le latía desbocado, Mary Kathleen se obligó a caminar lentamente hasta quedar fuera de la vista de la casa señorial. No porque nadie la hubiese sorprendido. Además, si la cocinera hubiese sospechado algo, comparado con lo que la vieja Grainné sisaba del presupuesto doméstico de los ricos Wetherby,

dos pastelillos de té no tenían la menor importancia.

Mary Kathleen no temía, pues, que alguien estuviera realmente persiguiéndola cuando se escondió, temblorosa, detrás de uno de los muros de piedra que ahí, como por toda Irlanda, limitaban los campos. Protegían contra el viento y las miradas curiosas, pero no contra el sentimiento de culpabilidad que sentía la joven.

Ella, Mary Kathleen, la alumna modelo de las clases de Biblia del padre O'Brien, ella, que en la

confirmación había antepuesto orgullosa el nombre de la Madre de Dios al suyo propio... ¡ella había robado!

Todavía no lograba comprender qué le había sucedido, pero cuando había llevado la bandeja con los pastelillos a las dependencias de la distinguida lady Wetherby, su deseo había sido demasiado poderoso. *Scones* recién horneados de harina blanca y un azúcar no menos blanco, servidos con una mermelada que no habían elaborado hirviendo simplemente

bayas, sino que había llegado en unos preciosos tarritos de vidrio de Inglaterra. Según la etiqueta, que Kathleen con tanto esfuerzo había descifrado, se había confeccionado con «naranjas». Fuera lo que eso fuese, ¡estaría riquísimo!

Necesitó de toda su voluntad para colocar la bandeja sobre la mesita de té entre lady Wetherby y su invitada, hacer una reverencia y susurrar un cortés «¡Para servirles!» sin ponerse a babear como el perro del pastor. Solo de pensarlo se le escapaba una risita

nerviosa. Pero se había enorgullecido un poco de sí misma cuando había vuelto a la cocina, donde la vieja Grainné estaba saboreando uno de los sabrosos pastelillos. Sin ofrecer ni una sola migaja, naturalmente, a Kathleen o a la ayudante de cocina.

—¡Ya podéis dar gracias a Dios, muchachas —solía sermonearles Grainné—, de haber pillado este empleo en esta casa! Aquí siempre sobra un trozo de pan para vosotras. Ahora, cuando las patatas se pudren en los campos y

la gente se muere de hambre, ¡esto puede salvaros la vida!

Kathleen lo reconocía. De todos modos, la suerte había favorecido a su familia. Su padre ganaba algo de dinero como sastre. Los O'Donnell no solo dependían de las patatas que la madre y los hermanos de Kathleen cultivaban en su diminuto terreno. Cuando la necesidad era muy grande, James O'Donnell recurría a sus ahorros y compraba un puñado de grano a lord Wetherby o a su administrador, el señor Trevallion. La joven no tenía

ningún motivo para robar, mas lo había hecho.

Pero ¿por qué lady Wetherby y su amiga tenían que dejar intactos dos pastelillos? ¿Por qué no prestaron atención mientras Mary Kathleen recogía la mesa? Las señoras se habían ido a la sala de música, donde lady Wetherby se había puesto a tocar el piano. Los *scones* sobrantes no les interesaban y Grainné, de eso la chica era consciente, tampoco iba a desconfiar. Lady Wetherby era joven y golosa. Pocas veces dejaba

un dulce en el plato.

Así que Kathleen lo había hecho. Se había metido los *scones* en el bolsillo del bonito uniforme de criada, luego los había escondido entre los pliegues del raído vestido azul y, para acabar, había cometido otro robo más al apoderarse del tarro de mermelada casi vacío en lugar de lavarlo como había ordenado Grainné. Pero este era un pecado venial; lo devolvería limpio cuando lo hubiese rebañado. El hurto de los *scones*, sin embargo, le remordería en la

conciencia hasta que el sábado se confesara con el padre O'Brien. Si es que se atrevía. Desde luego, se le caería la cara de vergüenza.

Mary Kathleen se arrepentía profundamente de su pecado, y eso que aún ni siquiera se había comido los *scones*. Pero suspiraba por su sabor y su aroma. «Ayúdame, Dios mío», rogó para sus adentros mientras pensaba en si regalar los pastelillos a sus hermanos pequeños quitaría gravedad al pecado. Eso sería al menos un arrepentimiento real, y una

penitencia más dura que rezar veinte avemarías. Pero sin duda los niños presumirían de aquellas exquisiteces y cuando los padres de Kathleen se enterasen... ¡No, eso empeoraría las cosas!

Mientras cavilaba piadosamente cómo expiar su culpa, de pronto surgió en ella un deseo que le produjo más inquietud. ¿O culpabilidad? ¿O simplemente... alegría?

¡Se repartiría los pasteles con Michael! Michael Drury, el hijo del campesino de al lado, que vivía en

una cabaña todavía más pequeña, más ahumada y más miserable que la de Kathleen. Seguro que ese día Michael todavía no había probado bocado, salvo tal vez unas espigas que iría mordisqueando mientras recogían la cosecha para lord Wetherby. Solo eso ya se consideraba un delito, que el señor Trevallion sancionaba con azotes si pillaba a alguien in fraganti.

Los cereales para los patronos; las patatas para los criados. Y si las patatas se pudrían, los campesinos tenían que buscarse la

vida. La mayoría se resignaba. La madre de Michael, por ejemplo, veía el hecho de que las patatas se pudriesen misteriosamente en el campo como un castigo divino e intentaba averiguar con la oración diaria qué había enfurecido tanto al Señor para que arrojase tal infortunio sobre ellos. Michael y otros jóvenes montaban en cólera contra el señor Trevallion y lord Wetherby, quienes recogían complacidos una abundante cosecha de trigo, mientras los hijos de los arrendatarios se morían de hambre.

Mary Kathleen evocó, soñadora, la expresión atrevida de Michael cuando criticaba a los patronos, el ceño fruncido bajo el cabello oscuro y revuelto, y los relucientes ojos azules echando chispas. ¿Consideraría Dios que repartir los *scones* con su amigo era un acto de contrición? Sin duda así satisfacería el hambre de él y su propio deseo de estar con el alto y flaco joven, cuya profunda voz la fascinaba. Ansiaba sentir el roce de sus manos y abandonarse en sus brazos.

En épocas mejores, Michael, junto con su padre y el viejo Paddy Murphy, tocaba música de baile los sábados por la tarde o en la fiesta anual de la cosecha. Los aldeanos bailaban, bebían y reían, y después, al anochecer, Michael Drury cantaba baladas mientras miraba a Kathleen O'Donnell...

Pero a esas alturas a nadie le quedaban fuerzas para bailar. Y ya hacía mucho que Kevin Drury y Paddy Murphy se habían ido a las montañas. Corrían rumores de que tenían una próspera destilería de

whisky. Se decía que Michael vendía las botellas bajo mano en Wicklow. Fuera como fuese, el padre de Kathleen no quería tener nada que ver con los Drury y había censurado severamente a su primogénita cuando la vio hablar con Michael el domingo en la iglesia.

—Pero yo creo que Michael va a pedir mi mano —había protestado Kathleen con las mejillas arreboladas—. De forma... oficial y decente.

El sastre O'Donnell resopló, y

su figura alta y delgada se estremeció de desdén.

—¿Cuándo un Drury ha hecho algo de forma oficial y decente? Toda la familia es pura gentuza: violinistas, flautistas y destiladores de whisky. Todos maleantes. Ya a su abuelo lo querían enviar a las colonias. Mira que yo aprecio poco a los ingleses, pero ¡qué favor nos hubiesen hecho! Al final se marchó a Galway y de ahí sabe Dios adónde. ¡Y lo mismo el inútil de su hijo! En cuanto les amenaza un peligro, se esfuman. Eso sí,

¡ninguno deja menos de cinco hijos a sus espaldas! Aparta los ojos del joven Drury, Kathie, y aún más las manos. ¡Con lo guapa que eres, tendrás a quien quieras!

Kathleen se ruborizó de nuevo, avergonzada de que su padre hubiese mencionado su belleza. Bastante desprestigio era eso a ojos del padre O'Brien. Una joven doncella debía ser virtuosa y aplicada, repetía, y jamás debía mostrar sus encantos.

En el caso de Mary Kathleen, eso no era fácil de evitar. No podía

andar todo el tiempo escondiéndose para impedir que los hombres observasen su dulce rostro, el cabello sedoso y rubio como la miel y sus atractivos ojos verdes. Michael había comparado su color con el verde oscuro del valle al ponerse el sol. Y a veces, cuando las pupilas de la joven reflejaban alegría y sorpresa, él descubría en ellas unas chispas que brillaban como el primer verdor primaveral en los prados.

¡Oh, Michael sí que sabía decir cosas bonitas! Ella se negaba a

creer que fuera un granuja como afirmaba su padre. A fin de cuentas, trabajaba duramente en los campos de lord Wetherby. Además tocaba el violín el fin de semana en los pubs de Wicklow, adonde tenía que ir andando cuando nadie le prestaba un mulo o un burro. A veces Rooney O'Rearke, el jardinero de los Wetherby, se ofrecía a hacerlo. Rooney tenía fama de borrachuzo, pero Kathleen no quería pensar en serio que hubiese relación entre el préstamo del burro y el whisky clandestino.

Se puso en pie y se encaminó hacia el pueblo. Un bosquecillo separaba las propiedades de los Wetherby de las cabañas de sus arrendatarios. Los patrones no deseaban tener a la vista las viviendas de sus empleados. Poco a poco, Kathleen fue sintiéndose mejor, lo que sin duda se debía a que no caminaba directamente hacia el pueblo y la casa de su familia, sino hacia los campos de trigo más allá de las cabañas. Los hombres todavía estarían trabajando allí, pero el sol estaba poniéndose

pausadamente. Trevallion no tardaría en enviarlos a casa.

El crepúsculo siempre creaba un dilema al codicioso administrador: por una parte todavía había luz suficiente para trabajar y lord Wetherby no tenía nada que regalar; pero, por la otra, la penumbra facilitaba los robos. Los trabajadores se metían puñados de espigas en los bolsillos o se escondían tras los muros de piedra para cogerlas al amparo de la oscuridad.

Kathleen esperaba que

Trevallion enviara pronto a sus hombres a casa, aunque eso pudiera agudizar el hambre. A fin de cuentas, las familias aguardaban expectantes el botín obtenido por padres y hermanos. Ni siquiera el padre O'Brien podía condenar en serio la conducta de los aparceros, aunque, por supuesto, siempre les impusiera una penitencia cuando le confesaban sus pequeños hurtos. Como consecuencia, los buenos padres de familia pasaban de rodillas medio domingo en la iglesia. A esas horas, los hombres

jóvenes como Michael deambulaban por los campos intentando birlar unas espigas más en ausencia de los señores, que aprovechaban el domingo para salir a caballo o a cazar con amigos.

Y en efecto, la luna llena, que se alzaba en esos momentos sobre la montaña sustituyendo al crepúsculo, parecía justificar los temores de Trevallion ante los robos. Sabía que los hombres, sus esposas e hijos encontrarían fácilmente al claro de luna las espigas escondidas, y que algunos,

desesperados, intentarían aprovechar la noche para sus hurtos. Kathleen sospechaba que el administrador, celoso en exceso, planeaba tomar un tentempié temprano y hacer una siestecita antes de pasarse media noche patrullando.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar cuando lo vio llegar de frente sentado en el pescante del último carro de la cosecha, mientras los agotados trabajadores regresaban andando a sus casas desde los campos.

—¡Vaya, si es la pequeña Mary Kathleen! —la saludó afablemente el administrador—. ¿Qué te trae por aquí, Ricitos de Oro? ¿Ya te han echado de la casa? ¡Anda que no sisáis en la cocina! ¡Apuesto a que la vieja Grainné no solo se abastece a ella misma, sino a todos sus hijos y nietos, con el pan de sus señores!

—Los señores prefieren pasteles... —se oyó decir desde el grupo de labriegos que avanzaban extenuados tras el carro de Trevallion.

Kathleen reconoció la voz de Bill Rafferty, un hijo de Grainné, la cocinera. Billy no era un genio, pero sí era socarrón, y se sentía bien en el papel de bufón.

—Como debería saber usted mejor que nadie, Trevallion — prosiguió Billy—. ¿O es que no se sienta a su mesa?

El comentario fue celebrado con sonoras carcajadas. De hecho, el lord inglés no trataba mucho mejor a su administrador irlandés que a sus arrendatarios. Por supuesto, Trevallion ocupaba un

cargo especial y no pasaba hambre. Pero no gozaba del favor de su señor, que en ningún momento se había planteado la posibilidad de elevarlo a la nobleza como, de vez en cuando, caía en suerte a los administradores de las grandes propiedades. Lord Wetherby era de la nobleza, pero su familia era insignificante en Inglaterra. Los terrenos de Irlanda procedían de la dote de su esposa y eran más bien pequeños.

—¡Al menos en mi mesa no falta comida! —replicó Trevallion

—. También hay pasteles, pequeña Kathleen, en caso de que busques a un hombre capaz de ofrecerte algo...

Kathleen se puso como la grana. Pero no, ese sujeto no podía saber nada de los pastelillos de té que parecían quemarle en los bolsillos del vestido. ¡No debía mostrarse culpable! Virtuosamente, bajó la mirada. Por lo general, Kathleen no respondía cuando Trevallion le hablaba, en particular cuando decía esa clase de impertinencias.

Trevallion, en sí, no tenía nada

que pudiese interesar a una muchacha. Era bajito, nervudo y pelirrojo como un leprechaun, aunque carecía de la chispa de los mitológicos duendecillos del bosque. Los irlandeses acomodados les construían casas en sus jardines para que los ayudaran en las faenas del campo y, especialmente, en la destilación del whisky. Supersticiones antiguas, por supuesto, como solía señalar el padre O'Brien antes de contarles a los niños pequeños en clase alguna historia sobre esos seres insolentes

vestidos de verde.

Trevallion no tenía nada de divertido. Era totalmente servil ante los patrones ingleses, y duro e infame con los arrendatarios. Ni siquiera cuando el señor y la señora no se alojaban en sus propiedades irlandesas, lo que sucedía la mayor parte del año, hacía la vista gorda como los demás encargados. En períodos de hambruna, especialmente, los administradores miraban para otro lado cuando los trabajadores salían de caza o una parte de la fruta y la

verdura de los campos de los señores acababa en las ollas de las esposas de los aparceros. Trevallion se peleaba por cada zanahoria, cada manzana y cada judía de la tierra de su patrón, quien solo aparecía para la cosecha y la temporada de caza. La gente lo odiaba y si una muchacha se entregaba a un sujeto como él, no era sin duda por amor, sino por necesidad.

—¿O es que tienes a tu galán aquí en los campos? —añadió Trevallion con un guiño malicioso

—. ¿Hay algo que tenga que saber, ya que soy la vista y el oído del patrón?

El señor era quien tenía que autorizar las bodas y, naturalmente, solía tener en cuenta las sugerencias de Trevallion.

Kathleen no se dignó contestar.

—De acuerdo, me parece que tendré que hablar en serio con el sastre O'Donnell... —observó el administrador antes de dejar marchar por fin a Kathleen. Con el rabillo del ojo la muchacha vio cómo se relamía los labios.

A Kathleen el corazón le latía con fuerza. ¿Acaso aquel tipo querría realmente pedir su mano? Su padre no hacía más que hablar del «buen partido» con el que ella, gracias a su belleza, haría fortuna, siempre que se limitara a esperar obediente y virtuosa al hombre adecuado. Pero no se referiría a Trevallion, ¿verdad? ¡Antes de casarse con ese asqueroso, se metería a monja!

Se detuvo cabizbaja al borde del camino y dejó pasar al resto de carros y trabajadores. Sabía que

Michael no tardaría en apartarse con discreción y siguió caminando hasta ocultarse tras los muros de piedra que cercaban el campo recién cosechado. La joven empezó a buscar en la tierra espigas olvidadas.

En vano, como era de esperar. Trevallion era muy concienzudo. Ardió de rabia hacia aquel malvado hombrecillo cuando vio llegar a los primeros niños hambrientos de la aldea. Todos intentarían encontrar ahí los últimos restos de trigo y todos se marcharían con las manos

vacías.

En ese momento, sin embargo, la suerte le sonreía. Michael se acercaba por el campo recién segado, aparentando vagar sin rumbo. Naturalmente, miraba a los niños y las mujeres, fingiendo no haberse percatado de la presencia de Kathleen. Pero con disimulo le indicó que lo siguiera. Ella lo hizo sin hacerse notar: ya sabía hacia dónde la conducía.

Su escondrijo era un pequeño rincón, más allá del pueblo, en los prados junto al río. Un alto

cañaveral crecía en la orilla y un poderoso sauce sumergía sus ramas colgantes en el agua. Protegían la pequeña playa de las miradas curiosas desde el agua, al igual que el cañaveral ocultaba a los enamorados desde la tierra. Kathleen sabía que era pecado reunirse con un chico allí, y aún más con uno a quien James O'Donnell no aprobaba pese a que decía cosas tan bonitas. Pero algo en ella insistía en hacerlo a pesar de todo. Algo había que quería arrancar un poco de alegría a los

tristes días de trabajo en la casa señorial y a las labores de la tarde en la tierra de su padre, que en los últimos tiempos no eran más que un esfuerzo ímprobo...

Michael estaba sentado a horcajadas en una de las ramas inferiores del amable árbol cuando llegó Kathleen. Sus ojos centellearon al verla. Saltó ágilmente de su asiento elevado.

—La muchacha más dulce de Irlanda, ¡y es mía! —exclamó, lisonjero, con su suave voz—. Se alaban las rosas irlandesas, pero

solo cuando conoces los lirios puedes juzgar lo que es la hermosura.

Kathleen se ruborizó y bajó la vista, pero Michael le cogió las manos y las besó, después las acercó a su corazón, aproximando así también a la muchacha. Con delicadeza y ternura besó su frente y esperó a que ella le ofreciera sus labios. La rodeó suavemente con sus brazos.

—¡Cuidado! —susurró ella nerviosa—. ¡Mira, he... traído algo y no quiero que se aplaste!

Antes de que Michael pudiese estrecharla entre sus brazos, sacó del bolsillo del vestido los pastelillos y el tarro de mermelada. El joven, hambriento tras haber trabajado desde la salida hasta la puesta de sol, miró los dulces con avidez. Pero Michael Drury no era un joven voraz. Se daba tiempo con los placeres y depositó los pasteles sobre una hoja grande en una horquilla del sauce. A continuación siguió besando a Kathleen despacio y con cuidado.

Ella nunca le había tenido

miedo. No entendía los cuchicheos de las demás chicas, algunas de las cuales ya estaban prometidas y temían la noche de bodas. Michael, en eso confiaba plenamente en él, nunca le haría daño. También ahora se abandonó a su abrazo, a su olor a tierra tras el trabajo en el campo, a su piel fresca y ya seca de sudor. Pero entonces Michael se separó y miró intensamente los *scones* que la chica le había traído.

—¡Huelen bien! —exclamó.

Ella sonrió y de repente ya no sintió tanta hambre.

—¡Tú sí hueles bien! —susurró.

Michael movió la cabeza sonriente.

—¡Al contrario, cariño mío, apesto! Debería lavarme antes de que me invites a un té como si fuera un caballero...

Antes de que ella pudiese replicar, Michael ya se había desprendido de su humilde y sucia camisa. La muchacha intentó apartar la vista cuando se quitó los gastados pantalones, pero no lo consiguió. La visión de sus fuertes piernas, el vientre plano y los

musculosos brazos le gustaba. Michael estaba delgado, pero no parecía medio muerto de hambre como muchos aparceros. Tocar el violín en Wicklow debía de salir a cuenta. A Kathleen le habría encantado acompañarlo a los pubs.

Sonrió y se sentó en la orilla mientras Michael se introducía en el agua resoplando. Se sumergió para lavarse la cara y el cabello, y nadó como un pez hasta el centro de la corriente.

—¿Por qué no te bañas tú también? Está maravillosamente

fría —gritó a la muchacha.

Pero ella sacudió la cabeza. Ni pensar en lo que sucedería si alguien veía a Kathleen O'Donnell desnuda o medio desnuda nadando en el río, no en uno de los lugares conocidos donde se bañaban las chicas sino ahí, fuera del pueblo, en una noche de luna llena ¡y con un hombre!

—¡Sal tú antes de que me coma los *scones*! —bromeó ella.

Michael obedeció enseguida. Se sacudió el agua del pelo, abundante y oscuro, y se sentó junto

a la joven en la playa de piedras. Kathleen le tendió su pastel y el tarro de mermelada, en el que acababa de meter el dedo para apurar los últimos restos. Los extendió sobre su *scone* y mordió un pedacito minúsculo. ¡Jamás había comido algo tan bueno! La confitura de naranja era dulce y ligeramente amarga. El pastel se le deshacía en la boca.

Miró tiernamente a Michael, que masticaba su trozo con no menos devoción.

—¿Te los han regalado o los

has birlado? —preguntó.

Kathleen volvió a ruborizarse.

—Habían... habían sobrado...  
por decirlo de algún modo —  
murmuró.

Michael la besó en los labios,  
que todavía conservaban el dulzor  
de la naranja.

—¡Así que los has mangado! —  
exclamó burlón—. ¡Eso los hace  
más dulces todavía! Pero ¿qué dirá  
el padre O'Brien?

—A lo mejor ni lo confieso —  
consideró Kathleen. Sabía que él no  
se tomaba demasiado en serio el

tema de la confesión.

Michael rio y engulló el último trozo de pastel. Luego se tendió y la atrajo hacia sí. Empezó a acariciarle el nacimiento de los pechos. En sus dedos todavía quedaba algo de pegajosa confitura y se los dio a lamer cuando ella se quejó.

—¡No, Michael! —se defendió, cuando él empezó a desabrocharle el vestido—. No está bien.

Él no se inmutó.

—Pero, Kathleen, cariño... De todos modos tienes que confesarte.

Y lo harás, te conozco. Pase lo que pase, el padre O'Brien se escandalizará. Así que, ¿por qué no le ofrecemos un poco más para que tenga realmente algo que perdonar?

Ella se enderezó enfadada.

—¡Es Dios quien perdona! No el cura. Y Dios perdona cuando uno se arrepiente de verdad. Pero esto...

¡Fuera lo que fuese lo que hiciese con Michael, no se arrepentiría nunca!

El chico le acarició el cabello y la cara, y enseguida consiguió que

volviera a tenderse.

—Kathleen, quiero hacerte mi esposa. Quiero que lleves mi nombre, incluso aunque no valga demasiado. Dame un poco más de tiempo. Mira, ahorro...

—¿Ahorras? —lo interrumpió Kathleen, enderezándose de nuevo—. Por todos los santos, ¿de dónde vas a ahorrar tú algo, Michael Drury? ¡Y no me vengas con que de tocar el violín en los pubs!

Michael se encogió de hombros.

—No quieres saberlo, Mary

Kathleen. Al menos Mary no quiere saberlo, aunque Kathleen tal vez sienta curiosidad. —Le tomaba el pelo—. Pero no es nada... nada de lo que tenga que avergonzarme.

—Es whisky, ¿verdad? —refunfuñó Kathleen—. ¿Y en serio que no te avergüenzas de fermentar el trigo, la cebada y vete a saber qué más para destilar ese licor? ¿En estos tiempos en que los niños se mueren de hambre?

Michael la estrechó, tranquilizador.

—No lo destilo, cariño —

intentó calmarla—. Si me lo quedara, tampoco le haría ningún bien a nadie, hazme caso. Pero si no lo vendo yo, lo hará otro. Al viejo O'Rearke le encantaría hacerlo, ya tiene el burro para llevar los toneles a Wicklow. Pero no se fían del viejo borracho...

—¿Quiénes no se fían?

Michael hizo un gesto apaciguador.

—Los hombres de las montañas. Cariño, de verdad que es mejor que no lo sepas todo. Así me gano un par de peniques. La mayor

parte se la entrego a mi madre: todas nuestras patatas se han echado a perder; sin el dinero del whisky, mis hermanos se morirían de hambre.

—¿Tu madre acepta un dinero venido del pecado? —se sorprendió Kathleen.

Michael arqueó las cejas.

—Antes de tener que enterrar a sus hijos...

Kathleen comprendió por qué la señora Drury pasaba tanto tiempo en la iglesia.

—Pero queda todavía un poco

para mí, Kathleen —prosiguió con vehemencia Michael—. ¡Y para ti! Cuando haya suficiente, nos largamos. ¡A América! ¿Qué te parece? La tierra prometida. Allí el sol brilla todo el año y hay trabajo para todos. ¡Nos haremos ricos!

—Y llaman *coffin ships* a los barcos que van hasta allí porque parecen ataúdes flotantes, ya que antes de que lleguen a... a Nueva York o como se llame... ¡No sé si es eso lo que quiero, Michael!

Kathleen se apretó contra él. Cuando estaba con el joven se

desconcertaba, le costaba pensar entre sus brazos. Pero América le daba miedo. No quería abandonar Irlanda. Lo único que deseaba era estar con Michael. Quería sentir sus manos y sus labios sobre su cuerpo, dejar que le desabrochase el vestido y siguiera acariciándola. ¡Deseaba muchas más caricias de las que jamás permitiría el padre O'Brien! Tanto amor prohibido que hasta el mismo Dios posiblemente la castigara. Aun así, había cosas peores que cincuenta avemarías en un duro banco de iglesia...

Kathleen se irguió. Había cedido ya con demasiada frecuencia a la tentación. Esa noche, sin embargo, no iría más lejos.

—Tengo que marcharme a casa... —anunció en voz baja con la esperanza de que no sonara demasiado triste.

Pero Michael solo asintió y la ayudó a alisar el vestido y quitarse las hojas del cabello. Luego la acompañó con cautela a la sombra de los muros de piedra. Los trabajadores no debían verlos, ni

los ladrones que se llevaban el botín del día a casa, ni las mujeres y niños que buscaban cualquier granito, y sobre todo Ralph Trevallion, quien cabalgaba sin descanso por los campos de su patrón para descubrir a cualquier pequeño pecador.

En ese momento, los claros trigales del hacendado, iluminados por la luna, dejaban paso a los campos de los arrendatarios. Pequeños, miserables y sin brillos dorados. La podredumbre no solo había teñido de negro los

tubérculos, sino también las hojas de las patatas. A la luz de la luna, las plantas agonizantes arrojaban sombras fantasmales. Kahtleen creyó percibir la muerte y cogió la mano de Michael.

Se separaron finalmente en la bifurcación que había entre sus granjas: la pequeña casa de los O'Donnell y la diminuta y ruinoso cabaña de los Drury. Era tarde. Los miembros de la familia ya se habrían tendido en sus jergones sobre el suelo, los dos lo sabían. No había camas para todos.

Kathleen tenía cinco hermanos y Michael siete; aunque hubiesen podido comprar camastros, no habrían dispuesto de espacio suficiente. En la casa de los O'Donnell siempre ardía un fuego, tal vez Kathleen hasta pudiese llevarse un bocado a la boca. En el hogar de los Drury no había luz.

Pero era viernes. Por la mañana Michael se marcharía con el violín y el burro de O'Rearke a la ciudad. Y en algún lugar, camino de Wicklow, las alforjas se llenarían como por arte de magia de botellas

de whisky.

## 2

—¡No, padre, no quiero! ¡No me gusta! ¡No puedes hacerme esto!

Desesperada, Kathleen trataba de convencer a su padre, sacudiendo la cabeza con vehemencia. A veces habría deseado ser menos bonita. Se sentía orgullosa de serlo en los brazos de Michael, pero en el resto de casos su belleza solo le ocasionaba

dolores de cabeza.

—No te pongas así, Kathie, ¡tampoco tienes que casarte hoy mismo con él! —replicó James O'Donnell.

Era evidente que no le parecía correcto que su hija discutiera con él ahí, delante de la casa y en presencia de la mayoría de sus hermanos menores. Ya cuando había llegado la visita, los niños se habían reunido excitados junto al fuego, donde la madre asaba un par de insulsas patatas de la cosecha.

Siempre que era posible, los

arrendatarios cocinaban delante de las casas para evitar llenar de humo las habitaciones. En especial cuando hacía viento o llovía, la chimenea no tiraba lo suficiente. Y ahora, además, la sartén desprendía el olor del tocino que les había llevado el hombre. Los niños no entendían qué disgustaba a Kathleen.

—El señor Trevallion ha pedido educadamente si puede acompañarte a casa después de la misa —intervino la madre—. ¿Por qué íbamos a negarnos?

—Porque en nombre de la justicia ni siquiera se debería dejar entrar en la iglesia a ese bruto — respondió indignada Kathleen—. Ayer murió el bebé de los O’Leary porque su madre no tenía más leche. Con eso... —señaló furiosa el resto del tocino y el saquito de harina que su madre contemplaba casi con reverencia— a lo mejor se habría salvado. Pero ¡por desgracia, al señor Trevallion no le apetece acompañar a Sarah O’Leary a misa, sino a mí!

—Por suerte para nosotros, hija

mía —observó el padre—. Como sea, no me preocupa que no te guste ese hombre, al contrario. Así al menos no le permitirás hacer nada que se aparte de la decencia...

—¿Nada hasta que traiga el cerdo entero? —replicó Kathleen insolentemente. El bofetón de su padre llegó con tanta fuerza y tan de sorpresa que retrocedió asustada tambaleándose.

—¡Ofendes a Dios, Mary Kathleen! —dijo la madre, si bien sus palabras no sonaron demasiado convincentes. Al parecer

relativizaba la ofensa divina a la vista del tocino—. Pero no te equivocas del todo si, en el amor, también tienes en cuenta la despensa. La pasión pasa, Kathie. Solo amas eternamente a tus hijos, da igual de quién procedan. Y agradecerás a tu marido que pueda alimentarlos. Con el señor Trevallion estás en el lado más seguro. Tanto si él nos gusta como si no.

—Pero ¡yo no quiero venderme!

—Kathleen se echó hacia atrás iracunda los rizados rubios y esquivó

por prevención otro cachete—. ¡Si tengo hijos, que sean del hombre a quien amo! O... ¡o me meto en el convento!

Aunque la boca se le hacía agua con el aroma de las patatas asadas y el tocino, se dio media vuelta y se marchó. ¡No, no quería nada de la comida con que Trevallion había comprado su compañía! ¡Ella quería a Michael! ¡Tenía que contarle lo sucedido!

Iracunda y desconcertada como estaba, fantaseó con la idea de que Michael corriera a casa del

administrador y lo retara a duelo. Igual como se hacía antiguamente en la vieja Irlanda, en las sagas y leyendas de caballeros y héroes que les contaba a veces el padre O'Brien, cuando había bebido un poco de más del whisky que los leprechaun depositaban, de vez en cuando, en el umbral de la casa parroquial.

Mary Kathleen sonrió al pensar en el anciano sacerdote católico, quien seguramente no aprobaría que Trevallion la pretendiera. Sin embargo, el padre O'Brien tampoco

admitiría que Michael la acompañara. Tal vez, pensó la muchacha, debería comunicarle lo del convento y decirle que sentía la llamada de la vocación. Es posible que entonces la protegiese contra otros pretendientes o la llevase la semana próxima a la abadía de Wicklow.

Paseó sin rumbo por los campos cercanos al río. Todavía estaban sin cosechar y corría el peligro de tropezar con Trevallion haciendo la ronda. Por otra parte, Michael y sus amigos seguramente

estaban cosechando a escondidas y ocultos tras los muros de piedra y los sauces junto al río. En efecto, se oyó el grito de la alondra cuando Kathleen tomó el camino de los campos más apartados. ¡Una alondra cambiando de voz!

Miró alrededor con las cejas enarcadas y descubrió a Jonny, el hermano menor de Michael, en la copa de una encina. Le dirigió un gesto de complicidad.

—¡Hago de vigilante, Kathleen!  
—informó radiante.

La muchacha puso los ojos en

blanco.

—Es difícil no verte entre el follaje, especialmente con esa camisa rojo chillón —señaló—. Y ese grito... tan chocante. ¡Anda, bájate de ahí, Jonny Drury! Trevallion te hará azotar si te descubre.

Jonny no se dejó desmoralizar. Con una expresión de fingida seriedad y la mirada dócilmente bajada, se inclinó hacia Kathleen, cayéndose casi de la rama.

—No está prohibido, señor Trevallion, que el domingo por la

tarde un chico se sienta en la rama de un árbol a imitar a los pájaros —gimoteó con voz excesivamente alta—. Mire usted, señor Trevallion, aquí tengo una honda. Llamo a la hembra, y cuando viene... una piedra ¡y ya tenemos carne en la olla!

A Kathleen se le escapó la risa.  
—¡Esto no se lo cuentes! Seguro que lo interpreta como una infracción contra el reglamento de caza y te colgarán. ¿Dónde está Michael? ¿Junto al río? ¿Con los otros chicos?

—No creo —respondió el pequeño—. Los demás ya han vuelto al pueblo. Con un par de espigas que han encontrado... — Jonny pestañeó dándose importancia—. ¡Brian ha cortado toda una gavilla! ¡Harina de la buena, Kathleen!

Brian también pertenecía a la familia Drury, pero ella no se creía la historia de la gavilla de trigo. Los chicos nunca se hubiesen atrevido a coger a plena luz del día tanto grano; ni siquiera con un vigilante tan hábil como el pequeño

Jonny. Lo que los domingos se sisaba en los campos no salvaba a ninguna familia de la hambruna. Era más un entretenimiento: a los adolescentes les gustaba jugársela a Trevallion.

—Pero Michael no ha cortado nada —contó Jonny—. ¡Estaba enfadado! Solo ha golpeado el trigo como si quisiera desmochar todo el campo... ¿Puede ser que se haya enfadado contigo, Kathie?

Ella negó con la cabeza.

—No me he peleado con tu hermano —contestó.

Jonny rio burlón.

—Sois buenos amigos, ¿a que sí? —Soltó una risita pícaro y se meció en la rama del árbol—. Si me traes un pastelito de té como el que le diste a Michael, te diré dónde está. Y me quedaré aquí a hacer guardia para vosotros. ¿Qué dices?

—¿Cómo sabes...? —Kathleen se ruborizó.

¿Sería posible que ese pillo supiera que se había visto con Michael? ¿Los había estado espionando?

—¡El guardián lo sabe todo! —  
replicó con gravedad Jonny—.  
¡Hasta sabía que ibas a venir! Y sé  
dónde te espera Michael. ¡Venga,  
tráeme un pastelito de la cocina de  
los señores y te lo digo!

Kathleen movió la cabeza.

—No hace falta que me lo  
digas, ya puedo imaginármelo.

Sintió de repente un acuciante  
deseo de lanzarse a los brazos de  
Michael. Y todavía más porque  
probablemente no tendría ni que  
explicarle lo que había sucedido  
entre sus padres y Ralph

Trevallion. Debía de haber visto el encuentro u oído hablar de él. La noticia de que el administrador se dignaba visitar la familia de un arrendatario en domingo y además le llevaba tocino habría corrido por todo el pueblo en un periquete. Pero Michael no podía pensar... no podía creer que ella hubiese aceptado el compromiso.

Tomó una decisión.

—Nada de pastelillos de la cocina, Jonny —negoció con él—. Pero sí una manzana del huerto del señor si te quedas aquí y te tomas

en serio tu tarea de vigilante. Voy a ver a Michael junto al río, y si oyes acercarse a alguien imitas el grito de la alondra. O quizá... ¿sabes imitar algún pájaro que cante durante el día?

Después de que Jonny le hubiese confirmado que también podía reproducir perfectamente el canto del cuco, Kathleen corrió hacia el río. Era una tarde soleada y el Vartry atravesaba como una corriente de plata líquida el verde intenso del campo irlandés. La joven conocía como la palma de su

mano el sendero que conducía a través de las cañas hasta la orilla. Los niños nunca habrían podido deslizarse por ahí sin hacer ruido. Tampoco su presencia pasó inadvertida.

—¿Kathie? —preguntó Michael antes de que ella llegase al pequeño recodo.

—¡Michael!

Ella quería arrojarse a sus brazos, pero él no la abrazó con la calidez habitual. La joven respiró hondo. Tenía que contárselo todo inmediatamente, no fuera a ser que

se enfadase.

—¡Michael, yo no tengo nada que ver con todo esto! ¡No iré con Trevallion! —aseguró—. ¡Nunca! Yo... ¡yo solo te quiero a ti, Michael!

El joven la miró. Parecía ofendido. La cara no le resplandecía como siempre que la veía, ni acudían a sus labios palabras bonitas. Sin embargo, la besó, más fuerte, más desafiante que nunca. La muchacha se sobresaltó al principio, pero luego respondió con la misma pasión. En

efecto, algo había cambiado en la mirada de Michael cuando se separó de ella, vio una felicidad desbordante en sus ojos, el placer del desafío y la lucha.

Por una fracción de segundo, Kathleen sintió miedo. No pensaría retar a Trevallion, ¿verdad?

Pero él se limitó a abrazarla, tomarla en brazos y colocarla sin mediar palabra en un nido de cañas y hierbas, protegido de la vista por las ramas colgantes del sauce, de tal modo que solo penetraba una espectral luz dorada verdosa.

Kathleen pensó en las vidrieras de colores de la iglesia y en la luz que brillaba durante la misa a través de ellas. Pensó en una boda.

—¡Quiero ser tu esposa, Michael! —confirmó una vez más.

Ahora él tenía que volver a decirle cosas bonitas, a acariciarla y besarla...

—¡Demuéstramelo! —exigió Michael en un tono que a ella le resultó desconocido.

Kathleen lo miró desvalida. Pero esta vez no protestó cuando él empezó a desabrocharle el vestido.

Kathleen no tuvo ninguna posibilidad de disuadir a Ralph Trevallion de que la acompañara tras la misa del domingo. Pese a ello, no accedió a dar ningún rodeo entre la iglesia y el pueblo y en ningún momento se separó de sus padres y hermanos. Pero eso no parecía molestar al administrador. Caminaba atentamente a su lado, le dedicaba unas palabras corteses y charlaba con la madre y el padre. Para James O'Donnell el recorrido a través del pueblo se convirtió en

una carrera de baquetas. Los otros campesinos no aprobaban que el sastre hablara amigablemente con el administrador y que tal vez planeara establecer vínculos familiares con él.

—¿Es que no puedes ir a pasear sola con ese hombre como hacen las otras chicas con sus galanes? —preguntó malhumorado O'Donnell a su hija después del tercer paseo con Trevallion a través del poblado.

—¡No es mi galán! —protestó la chica—. Y si no quieres que te vean con él... ¡yo tampoco quiero!

Kathleen no valoraba los regalos de Trevallion, mientras que su madre apreciaba al administrador justamente por eso. Ahora los O'Donnell tenían siempre harina suficiente para hacer pan y cada domingo un poco de carne para el puchero.

Michael Drury contemplaba lo que sucedía con rabia impotente. No podía hacer nada. Tenía que ver cómo Trevallion ofrecía su brazo a Kathleen, cómo se acercaba a ella cuando el sacerdote despedía a la congregación tras la misa y cómo la

conducía orgulloso a través de la muchedumbre, que le dejaba pasar con semblante hosco. Pero por las tardes y en los largos anocheceres de finales de verano, tras el trabajo, Michael satisfacía sus exigencias en el prado junto al río. Solía esperar a Kathleen y anhelaba el canto del cuco con que Jonny anunciaba diligente su presencia. La joven se reunía con él siempre que podía. Le llevaba pan o alguna fruta. Michael lo aceptaba cuando procedían de la casa grande, pero no cuando venía de manos de

Trevallion. Los regalos de ese hombre se le atragantarían, le dijo a Kathleen.

La muchacha se encogía de hombros y se comía el pan. Últimamente siempre tenía hambre, tanto de alimentos como de caricias. Sabía que pecaba con Michael y que debería avergonzarse de ello. Sin embargo, mientras él la amaba y también después, mientras trabajaba o cuando estaba tendida por las noches en su jergón pensando en él, no se sentía culpable, sino

bendecida. Algo tan maravilloso, que la hacía tan feliz, no podía ser pecado, y menos aún cuando el mismo Dios lo permitía si antes la pareja iba a la iglesia y prestaba su juramento. Y Kathleen y Michael siempre habían estado dispuestos a hacerlo.

En una ocasión, la muchacha hasta se llevó una vela de la casa de los señores y los dos recitaron ceremoniosamente los votos de matrimonio. Pero ambos sabían, por supuesto, que eso no servía. Eran como niños jugando a casarse.

Para que sirviera, necesitaban el permiso de los padres, de los patronos y la bendición del padre O'Brien, y nunca lo conseguirían todo.

—¡Nos casaremos en América!  
—la consoló Michael cuando una vez más se afligió por ello—. O en Kingstown o en Galway antes de la travesía.

La joven ya no protestaba cuando él fantaseaba acerca de la maravillosa vida que les esperaba al otro lado del océano. Ella se había decidido y quería vivir con

él, donde fuera. Y América era mejor que el convento: la única posibilidad de escapar de un matrimonio en Irlanda.

El verano se acercaba a su fin y llegaría el frío y la lluvia. Incluso bajo las gruesas mantas que Michael había conseguido en algún sitio, había humedad y estaban incómodos en su nidito de amor junto al río. Pero también se acortaron los paseos tras la misa. La gente se encerraba en sus casas y cabañas, sobre todo porque a la mayoría le faltaba fuerzas para

hacer otra cosa. Después de semanas sin tener nada que llevarse a la boca, hasta los chicos iban perdiendo las ganas de cortejar a las muchachas y estas de coquetear con ellos.

El hambre cayó con mano de hierro sobre los aparceros de lord Wetherby, pero el mismo señor apenas si se enteró. Solía permanecer en su casa de campo inglesa con su esposa, bebiendo té delante de la chimenea y comentando alegre lo abundante que había sido la cosecha de sus

tierras irlandesas. Posiblemente no entendiera que a sus arrendatarios y jornaleros no les había caído en suerte tal bendición. El trigo estaba sano, ¿cómo iba a preocuparse Wetherby de las patatas?

Las pocas patatas que no se habían echado a perder ya hacía tiempo que se habían agotado. Imposible almacenar nada, ni siquiera patatas de siembra para el próximo año. Habría que comprarlas y solo Dios sabía con qué dinero. Para sobrevivir al invierno, los niños recogían en el

bosque bellotas que luego sus padres molían. Los más afortunados, como la familia de Kathleen, conseguían que les durase más tiempo la harina de centeno o trigo; los demás hacían el pan con las insulsas bellotas machacadas. Los más pobres, que no tenían ni la energía para ir al bosque y reunir las bellotas o arrancar raíces, preparaban sopa con las escasas hierbas que crecían al borde del camino. Las últimas ortigas secas eran muy codiciadas, los hombres hasta se peleaban por los tallos.

De vez en cuando, el padre O'Brien repartía donativos en la iglesia. Se decía que en Inglaterra se hacían colectas para los irlandeses y una parte de las donaciones procedía de campesinos de la lejana América. De todos modos, nunca era suficiente para saciarse, aunque fueran unos pocos días. Se llenaban los estómagos una vez, pero luego el hambre resultaba más acuciante.

La familia de Michael Drury a duras penas superaba las dificultades. El joven tocaba el

violín en los pubs de Wicklow, pero también en las ciudades escaseaba el dinero para divertirse. Los precios de los comestibles subían en la misma medida que los hombres pasaban hambre y hasta las destilerías de las montañas andaban escasas de materias primas. No cabía duda de que Michael habría podido vender más whisky que el que obtenía.

La única en quien no se percibían las fatigas del hambre era Mary Kathleen. Mientras que quienes la rodeaban enflaquecían,

ella tenía un aspecto exuberante e incluso parecía haber engordado. Eso no se debía a los abundantes obsequios de Trevallion. La vieja Grainné cocinaba para el administrador mientras los Wetherby estaban ausentes y a él le habría gustado que Kathleen probara los pasteles salados y dulces sobrantes, mas la joven se mantenía firme y no aceptaba nada de él. Por eso, tal dádiva era alegremente recibida por la señora O'Donnell y repartida igualitariamente entre todos los

hermanos. Pero nadie iba a aumentar de peso por una cosa así.

—Es mi amor el que te embellece —afirmó Michael, cuando se encontraron junto al río un día que no llovía y fueron a dar un paseo.

El paisaje estaba cubierto de hielo, se diría que los sauces llevaban vestido de novia y el frío atravesaba los delgados zapatos de Kathleen. Habría hecho demasiado frío en el cañaveral. Uno solo aguantaba en el exterior si se movía. Así pues, los dos jóvenes

caminaban deprisa uno junto al otro, con el deseo de alejarse del pueblo cuanto antes. En días como ese las comadres se quedaban delante de las estufas, pero nunca se sabía si el padre O'Brien tenía que pasar por ahí para visitar a un enfermo o un moribundo.

Por fin, cuando ya se habían distanciado un buen trecho del pueblo, Kathleen se atrevió a estrecharse contra Michael. Sus carantoñas le daban calor. El chico deslizaba las manos por debajo del mantón deshilachado y el ligero

vestido y le acariciaba los hombros y los pechos.

—Eres como una flor que hasta florece en invierno —le susurraba—, porque tu jardinero te mimas, te cuida y se consume por tus flores.

Kathleen se mordió el labio.

—¿Crees realmente que... que... —enrojeció— que mi cuerpo está tomando formas más femeninas? —preguntó vacilante—. Me refiero a que...

—Humm... me parece que te han crecido los pechos —contestó sonriendo Michael—. Bien sabe

Dios que siempre fueron bonitos y firmes, pero ahora... ¿No notas que ahora no me caben en la mano?

Él la acarició y sus dedos fueron bajando.

—Todo en ti es firme y cálido... sueño con estrecharme contra ti y...

Kathleen lo apartó.

—Michael... —dijo

preocupada—. No sé mucho de eso, pero veo que las chicas se casan y luego... y luego se quedan encinta. Y veo también a mi madre cuando espera un hijo. Por eso yo... Por

bonito que sea tu amor, cuando una chica engorda, aunque no se lleve nada al estómago, es que tiene algo en la barriga.

Kathleen no osaba mirarlo. Michael la soltó perplejo.

—¿Te refieres a que a lo mejor estás esperando un hijo? —preguntó incrédulo—. Pero... pero cómo... ¡Es demasiado pronto, Kathleen! ¡Todavía no tengo dinero suficiente para ir a América!

Ella lanzó un sonoro suspiro.

—Eso al niño poco le importa, Michael Drury. Y seguro que

tampoco le gusta venir al mundo en un barco ataúd. ¡Tendremos que casarnos! Muy pronto... y aquí.

—¡Pero, Kathleen! ¿Ahora y aquí? ¿Dónde vamos a vivir? ¿Qué va a decir tu padre? No lo permitiré... —El muchacho se había alterado.

—¡Tendrá que permitirlo! — insistió ella con dureza—. O vivir con la deshonra. Claro que puedo entregarme rápidamente a Trevallion y decir que es suyo. Pero ¡no tenemos mucho tiempo!

Michael se enfureció.

—¿Que ese fanfarrón va a criar a mi hijo? ¡Sobre mi cadáver! Escucha, Kathleen, yo... ¿Tú crees... crees que no hay otra posibilidad?

Ella se lo quedó mirando iracunda.

—¡No pensarás en matar al niño que llevo dentro, Michael Drury!

Él sacudió la cabeza arrepentido.

—Pero... pero también podría ser que estuvieras equivocada.

La muchacha se encogió de

hombros.

—Puede ser. Pero no creo. Hasta ahora me había mentido a mí misma, pero ahora que tú también lo has notado... Y va deprisa, Michael. Más que con la mayoría de las chicas. Pronto todos se darán cuenta...

El joven se apartó unos pasos de ella, confuso e inseguro. Calló, lo que a Kathleen le dio miedo. No era de los que permanecían callados.

—¿Es que no te alegras nada, Michael? —preguntó en voz baja

—. ¿No quieres tener hijos? Pensaba... claro que es muy pronto, y un pecado y una vergüenza, y estaremos en boca de todo el mundo, pero ¡al final nos casaremos! Aunque mi padre no lo vea con buenos ojos. Si no queda otro remedio, el padre O'Brien le dirá alguna cosa. ¿O es que no quieres casarte conmigo? —Su voz sonó ahogada.

Eso pareció despertar al chico. Contrito, se acercó a ella y la abrazó con su acostumbrada ternura.

—¡Por Dios, Kathleen, claro que quiero casarme contigo! Solo quiero eso. Y también quiero al niño. Es que... es solo que... es demasiado pronto. —Suspiró, pero luego se desdijo—. Dame dos o tres semanas, ¿vale? Para entonces estarás segura de lo que quieres y para entonces... entretanto ya pensaré algo. Reuniré el dinero para América, Kathleen, no quiero tener que humillarme aquí y arrastrarme a los pies del cura como un pobre pecador. No quiero que murmuren sobre ti... ¡Todavía

no! Después claro que sí, cuando les enviemos dinero desde América o los visitemos y tú luzcas vestidos de seda y un sombrerito de terciopelo. —Rio—. Sí, eso sí me gustaría. Pasaremos por este miserable pueblucho en un carruaje tirado por dos caballos y miraremos a Trevallion desde arriba, o compraremos toda la cosecha de trigo de su maldito patrón y la repartiremos entre la gente.

Ella no pudo evitar reírse con él.

—Ya lo creo que te gustaría, Michael Drury. ¡Eres un fanfarrón! Pero a mí me bastará con que el viejo O'Rearke nos lleve a la iglesia en el carro tirado por el burro y que yo salga de ahí convertida en la señora Drury.

Michael la besó.

—Esta iglesia en especial y ese burro en concreto no te los puedo prometer, cariño. Pero ¡encontraremos una iglesia donde cerrar los lazos matrimoniales con dignidad y orgullo! —Se irguió y pareció crecer unos centímetros

más.

»Yo, Michael Drury, voy a ser padre. Es una gran satisfacción. Y sé que va a ser un hijo. Y guapo, con mi pelo y tus ojos... —Sus ojos brillaban ahora con tanta alegría como había esperado Kathleen desde que había sospechado su estado de buena esperanza.

—¿Y si es una niña? —preguntó provocadora—. ¿No la querrás, Michael Drury?

Él la levantó en el aire, haciéndola girar sonriente.

—Si es una niña, tendremos que

hacernos ricos más rápido. Para construir una torre donde encerrarla. ¡Pues tu hija será tan hermosa que encandilará a quien la mire y lo convertirá en su esclavo!

Cogidos de la mano, pasearon por los campos junto al río, soñando con su nueva vida. Kathleen no quería ni pensar en cómo Michael conseguiría el dinero para el viaje y la boda. Solo sabía que confiaba en él. ¡Quería, tenía que confiar en él!

### 3

A mediados de diciembre, cuando el agua del río Vartry se congeló en las orillas y la hambruna llegó a su punto culminante en Irlanda, desaparecieron tres sacos de cebada y centeno del granero de Trevallion. Los cereales estaban ahí almacenados para los caballos del hacendado. Este mantenía tres fuertes hunter que no podían

alimentarse solo de paja, como los mulos y burros de los campesinos.

Ralph Trevallion no se percató enseguida del hurto. Cuando se vació el saco con que se estaba dando de comer a los caballos, fue al granero para coger otro nuevo y contó las reservas. Entonces, montó en cólera. El menudo administrador salió a galope tendido hacia el pueblo e interpeló a los arrendatarios. A lomos del más grande de los caballos de caza vociferó y desde su elevada posición lanzó una mirada feroz a

los hombres y mujeres.

—¡No descansaré hasta dar con el ladrón! —amenazó furibundo—. Ese tipejo será expulsado de la casa y la región, y con él su familia de holgazanes. Y vosotros me ayudaréis. Sí, no me miréis así, eso exactamente es lo que vais a hacer. A partir de hoy me iréis informando y os doy una semana para entregarme al ladrón. ¡Si no lo encontráis, os echaré a todos! No vayáis a creer que no podré justificarlo ante el señor. Chusma como vosotros se encuentra por las

calles a montones, en un abrir y cerrar de ojos tendré las casas llenas... ¡y solo con hombres! ¡No con familias de diez críos a los que también hay que alimentar!

La gente miraba al suelo atemorizada. Trevallion tenía razón. Al terrateniente no le importaba quién trabajara sus campos. Las calles de Wicklow estaban llenas de personas que huían de la hambruna. Ya hacía tiempo que los niños habían sido víctimas de ella y también las mujeres. Se quedaban simplemente en el borde de una

calle y morían cuando ya no encontraban nada más que llevarse a la boca.

—¡Acaba de una vez, Ralph Trevallion! —intervino el padre O'Brien con tono severo—. No era más que un par de sacos de grano, forraje para los animales, como tú mismo has dicho. Es una vergüenza que no los hayas regalado antes, ¿es que no ves lo que está pasando? ¿No pueden tus jamelgos comer heno?

—¡Y a fe mía que no sabemos nada! —añadió Ron Flannigan, un

viejo capataz—. Todos cocemos el pan en el mismo horno y, hágame caso, señor Trevallion, cualquiera de nosotros lo olería si en una casa se estuviera cocinando una papilla o tostando grano. ¡Soñamos con esos aromas, señor!

Trevallion lo miró enfadado.

—¡Me da igual con qué soñéis! Solo puedo aseguraros que haré realidad vuestras peores pesadillas si no obedecéis mis órdenes. ¡Una semana! ¡Entonces volveréis a tener noticias mías!

Dicho esto, dio media vuelta a

su caballo y dejó el pueblo lleno de campesinos y arrendatarios desconcertados y confusos.

—¡Pero si no hemos hecho nada! —gritó de nuevo Flannigan a la espalda del administrador, y lo repitió en voz baja y desesperanzada.

El padre O'Brien meneó la cabeza. Entonces descubrió a Kathleen, que se había quedado algo apartada con sus padres.

—Mary Kathleen, ¡tienes que hablar con él! —le susurró el sacerdote—. A ti... a ti te lleva a

casa el domingo con la bendición de tus padres y... —El viejo religioso deslizó una significativa mirada por el cuerpo de la joven—. Y se diría que a ti también te cae bien —observó—. A ti te hará caso. Pídele que perdone a los aparceros. Por... por su hijo.

Kathleen enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Padre... ¿qué... qué hijo? Yo... yo no he tenido más relación con Ralph Trevallion que cualquiera de los que están aquí.

El sacerdote la miró a los ojos.

Su mirada era inquisitiva, severa; pero Kathleen también distinguió compasión. Ya fuera por ella o por los aparceros, por el niño o incluso por Trevallion, cuyas esperanzas de conquistarla iban a esfumarse... Ella ignoraba por qué y tampoco le sostuvo la mirada más de un instante. No era con Trevallion con quien tenía que hablar, sino con Michael.

¿Dónde se habría metido?, pensó con impaciencia. No lo había visto cuando apareció Trevallion. Sin embargo, estaba segura de que

su amado algo tenía que ver con el robo de los cereales. Debía de estar relacionado con el dinero para la boda y el viaje a América. Pero no podía ser que personas inocentes pagaran por ello. Michael tenía que devolver el grano. Había que depositarlo de nuevo en el pajar de forma tan discreta como había desaparecido.

Bajo la mirada penetrante del anciano sacerdote, Kathleen se retiró. Si Michael ya se había escapado, si no dejaba nada en manos del azar, sin duda pasaría a

buscarla en algún momento. Esperaba que no fuera demasiado tarde. ¡Tal vez para entonces ya había llevado los sacos a Wicklow o los había vendido!

Mientras los aldeanos seguían discutiendo, Kathleen descendió corriendo hacia el río. No abrigaba grandes esperanzas de que Michael se hubiese escondido en su nido de amor con ese frío, pero no quería renunciar a seguir buscándolo. Cuando pasó junto a la encina de Jonny, no se oyó el canto de ningún pájaro, pero unas voces resonaron

en cuanto se acercó al escondite.

—¿Tan poco? —preguntaba quejumbroso Bill Rafferty—. ¿Cuatro libras? No lo dirás en serio. Pensaba que íbamos a medias.

—Eso creía yo también... —suspiró Michael—. Pero no han pagado más de doce. Y necesito las ocho. Con mis ahorros no me alcanza para la travesía. Y Kathleen y yo...

—Ah, ¿Kathleen y tú? ¿Y yo qué? ¿Es que no hay playas de arena dorada para Billyboy? Esto

no es lo que habíamos planeado, Michael. —La voz de Rafferty tenía un deje amenazador.

—¡Bill! ¡Te lo he dicho! Te quedas con mi puesto de repartidor. A partir de la semana próxima vuelve a haber whisky... ¡Y de una calidad como hacía años que no se veía! ¡Centeno y cebada, Bill! Pero, hombre, ¡si es que hasta ahora no trabajaban más que con patatas mal fermentadas! En cualquier caso, podrás suministrar a los mejores pubs, ¡ganarás una fortuna! — Michael hablaba de forma muy

persuasiva.

—¿Y por qué no lo haces tú mismo? —repuso desconfiado Rafferty.

—Pues, porque tengo que marcharme, Bill. Kathleen...

A ella se le encogió el corazón. ¿Iría a contarle su secreto? Pero esos dos jóvenes compartían secretos más oscuros que el de un embarazo.

No pudo remediar salir de la espesura del cañizal.

—¿Es verdad, Michael? ¿Para whisky? ¿Has robado el grano para

que lo destilasen? ¿Mientras a tu alrededor se mueren los niños de hambre?

Michael y Bill se estremecieron. Cuando reconocieron a Kathleen la miraron tan culpabilizados como airados.

—¿Y dónde iba a venderlo si no? —preguntó Michael—. Enseguida me habrían descubierto si lo hubiese ofrecido en otro lugar. Los hombres de las montañas... son reservados, no hay peligro de que se vayan de la lengua con las autoridades. Tienen su código de

honor, Kathie. No delatan a nadie, no traicionan...

—Salvo a Billy Rafferty — refunfuñó Bill—. Vosotros sí que me podéis delatar.

—¡Bah, cierra la boca, Bill! — le increpó Michael—. Ya has ganado suficiente dinero por cargar tres sacos de cereal en el burro. El resto, como sabes, lo he hecho yo. Y ahora lárgate y piensa en lo que ganarás el fin de semana en Wicklow. Este mismo sábado puedes sustituirme. Pero piénsate un buen pretexto. ¿No tocas la

flauta? ¡Di entonces que te he conseguido un trabajo en el pub!

Rafferty se marchó de mala gana. Le hubiera gustado negociar un poco más para obtener más dinero, pero no le gustaron los nubarrones que vio en la cara de Kathleen. Lo último que necesitaba en esos momentos era a una mujer reprendiéndolo. Y, en el fondo, tenía más motivo de celebración que de pelea. ¡Con cuatro auténticas libras inglesas en la mano! ¡Era rico! Billy Rafferty se olvidó de sus preocupaciones y se alejó silbando

rumbo al pueblo.

—¿Quieres que ese cabeza de chorlito se encargue de llevar el whisky a Wicklow? —preguntó Kathleen horrorizada—. Michael, ese saldrá corriendo al mínimo contratiempo. Si es que no se emborracha por el camino y cae redondo... Pero vaya, que haga lo que quiera, a mí me da igual que Billy Rafferty tire su vida por la borda. Pero tú y yo... Michael, nosotros no podemos permitir que Trevallion ponga de patitas en la calle a todas las familias del

pueblo. —Y le explicó angustiada lo que el administrador había dicho delante de la iglesia.

Michael torció el gesto.

—No se atreverá —observó—. Pero tienes razón... deberíamos desaparecer antes de que alguien sospeche y se lo cuente. Lo mejor es que nos vayamos hoy mismo por la noche. —E intentó pasarle el brazo por los hombros para consolarla.

Kathleen se desprendió de él enojada.

—¿Y si Trevallion cumple su

promesa? —replicó indignada por su insensibilidad—. Y aún más si lo dejo plantado. Se ha hecho ilusiones, muchas más de las que yo había pensado, si he entendido bien al padre O'Brien. Si desaparezco de golpe se pondrá furioso. Entonces se vengará con el resto del pueblo.

Michael la contradijo con un gesto.

—No. Si yo desaparezco, sabrá quién robó el grano. Así que no tendrá que castigar a los demás. — Los ojos de Michael destellaron—.

Le llevaré una botella de whisky al pajar. ¡Como agradecimiento! —Se echó a reír.

Kathleen no encontraba la situación nada cómica.

—¡Michael, las cosas no se hacen así! No podemos construir nuestra felicidad con la infelicidad de los demás. ¿Cómo se las arreglarán? ¡En ningún sitio hay trabajo! Ya está mal que hayas robado, pero aún peor es que los cereales de Trevallion hayan acabado en los alambiques de los destiladores clandestinos en lugar

de en los estómagos de los niños.

Michael se encogió de hombros.

—Me confesaré —afirmó—. Un día de estos. Pero Kathleen, ¡pienso ahora en nuestro hijo! ¡Tiene que crecer en un país mejor, donde no pase hambre! El grano ya no lo sacaré de los alambiques para meterlo en los sacos. En fin, ¿vienes conmigo o no? —La tomó entre sus brazos.

Ella se abandonó unos segundos en su reconfortante abrazo y sus caricias. Pero enseguida volvió a la

realidad.

—¡Claro que voy contigo! —  
respondió no menos enojada que  
antes—. Pero no inmediatamente.  
No esta semana en la que en el  
pueblo y la cabeza de Trevallion  
hierven más ideas que en los  
alambiques. El padre O'Brien tiene  
razón. Debería de engatusar a  
Trevallion para que abandone su  
propósito. Sí, así lo haremos, así  
podremos salvar al pueblo. Tú  
desaparece antes de que acabe la  
semana, Michael. Acompaña al  
bobalicón de tu amigo el sábado a

Wicklown y quédate ahí. Entonces sospecharán de ti y los arrendatarios habrán superado esta difícil situación...

—¿Y tú? —preguntó él, desconfiado—. ¿Voy a dejarte sola con Trevallion?

Kathleen puso los ojos en blanco.

—¡Por Dios, Michael, no voy a entregarme a él! Lo acompañaré a dar un paseo por el pueblo, le reiré un poco las gracias, le daré esperanzas... Y en cuanto las cosas se hayan calmado me iré a

Wicklów. Lo único que tienes que decirme es dónde nos encontraremos. —Se sintió mejor una vez hubo establecido ese plan. Así se solucionarían los problemas. ¡Con tal que Michael colaborase!

El muchacho se mordisqueó pensativo el labio inferior. Estaba claro que el primer plan le gustaba más, pero el pueblo también era su hogar. Quería a sus habitantes. A su madre y sus hermanos... aunque a ellos los expulsarían de todos modos cuando culparan a Michael del robo. Le daba pena, pero su

madre sabía dónde la esperaba su padre. De acuerdo, ya no rezaría cada día en la iglesia, pero, a cambio, seguro que sus hijos tenían algo más que comer en las montañas.

—De acuerdo —dijo a su pesar—. Una semana, Kathleen. Pero ni un día más. Me encontrarás en Barney's Tavern. Es un pub de Wicklow, en la calle Mayor, no te perderás.

Trevallion utilizó la «semana de la verdad», tal como él la había llamado, para maltratar aún más a

los aparceros. En invierno había menos labores en el campo y la hambruna había debilitado tanto a la gente que apenas se le podía exigir nada. Esa semana, sin embargo, el administrador los puso a trabajar a todos. Tuvieron que limpiar establos, cargar con piedras para ampliar los muros de los campos y cortar leña para las chimeneas de la casa señorial.

—Tanto si está como si no está el señor, las chimeneas han de estar cargadas —se justificó—. ¡Si no, aparecen humedades en las

paredes! Y la casa no tiene que enfriarse, lo mismo llegan los señores para celebrar aquí la fiesta de Navidad.

Hasta el momento eso nunca había sucedido, pero esta vez los aldeanos casi lo hubieran deseado. Posiblemente lord Wetherby habría sido más comprensivo que aquel celoso administrador. Grainné afirmaba que al menos la señora era compasiva. Kathleen, por su parte, reconocía que la joven aristócrata era superficial pero una buena persona. Seguro que no se

quedaba cruzada de brazos al ver a los niños de sus trabajadores muriéndose de hambre.

Y sin duda los arrendatarios habrían recibido un regalo de Navidad en caso de que sus señorías hubiesen estado presentes. Un saquito de harina o azúcar por familia casi siempre caía. En caso de que los patrones pasaran la Navidad en sus propiedades rurales, la misma señora repartía esos obsequios y con toda certeza Trevallion le birlaba a Wetherby esos regalitos cuando el señor se

quedaba en Inglaterra. De hecho, las donaciones acababan en el bolsillo del administrador, a la vez que informaba a voz en grito de que el señor estaba decepcionado y que los aparceros no tenían que esperar ninguna gratificación.

Michael estaba medio congelado y agotado de transportar piedras a la intemperie, cuando el sábado por la tarde cogió por fin el burro del jardinero. Desgraciadamente, algunos arrendatarios lo vieron y tomaron nota de que esta vez Billy Rafferty,

con su silbato celta en el bolsillo del abrigo, lo seguía a lomos del mulo.

—¿Adónde vas, Rafferty? — preguntó Ron Flannigan receloso—. ¿A dar una vuelta por los pubs de Wicklow? ¿Tienes dinero para beber, chico?

Michael negó moviendo la cabeza, señaló el silbato celta — ese instrumento típico del folclore irlandés— y respondió por su amigo:

—Necesito a Billy para que toque su instrumento, Ron. Siendo

dos ganaremos más dinero, pagan poco por un violín solo.

Flannigan frunció el ceño.

—¿Y te llevas precisamente al peor flautista? ¿Quién va a pagar a Billy por tocar esa flauta?, ¡a ese le pagan por que deje de tocarla!

Los demás arrendatarios se echaron a reír.

Michael se unió a sus risas.

—Aunque uno toque mal, eso no molesta, Ron —afirmó—. Sé lo que me hago.

Ron Flannigan los siguió con la mirada.

—¡Vaya si lo sabes! —murmuró al final.

A Kathleen le resultaba difícil coquetear, pero se dispuso a seducir a Ralph Trevallion. Le sonrió cuando entró el domingo en la iglesia, pasó junto a las mujeres y se sentó en el primer banco en el lado de los hombres. El padre O'Brien predicaba sobre el perdón y la indulgencia. Al final, concluyó, solo Dios era el auténtico juez y ningún pecador podía evitarlo, incluso si eludía la justicia terrenal.

Después de la misa, el viejo sacerdote casi guiñó el ojo a Kathleen cuando ella se reunió con el administrador y habló amablemente con él. ¿Sentiría que había pecado por hacer de alcahuete?

A ella eso le divertía. Se esforzaba por conservar el brillo en los ojos, la sonrisa en los labios y un leve rubor en las mejillas para Trevallion. Por primera vez permitió que la llevara a dar una vuelta por el pueblo y, halagadora, le daba la razón cuando él le

comentaba cuán segura era su posición de administrador competente y fiable y el respeto que le profesarían a la mujer que él eligiera como esposa.

La joven estaba agotada de tanto sonreír y mentir cuando Trevallion por fin la dejó en casa de sus padres. Durante el paseo había tenido una sensación rara. Era casi como si no hubiese estado a solas con el administrador; se había sentido observada. ¿Le habría pedido Michael a Jonny que la vigilara?

No le extrañaría: a su amado le había resultado difícil aceptar el plan que ella iba a emprender con Trevallion. Y Kathleen, por su parte, estaba preocupada por su novio. Billy Rafferty había asistido a misa por la mañana. Con aire somnoliento, se había arrodillado junto a su madre, quien parecía bastante enfadada. La entendía. Precisamente en tiempos como aquellos era una vergüenza que alguien se dedicara a emborracharse. A Michael nunca le había ocurrido en todos los meses

pasados. No encajaba con la coartada de violinista. Claro que el propietario del pub ofrecía alguna que otra cerveza a los músicos, pero quien se emborrachaba con whisky no conservaba mucho tiempo su trabajo.

Billy Rafferty no parecía pensar mucho en ello. Nunca preveía nada. Kathleen lo consideraba el peor candidato como sucesor de Michael en el negocio del whisky.

Pero, para Michael, tal vez la modorra de Billy no fuera tan negativa. El sacerdote y los demás

aldeanos podían deducir por el estado en que el chico se encontraba que Michael también había estado bebiendo la noche anterior y que por eso no había asistido al servicio. En el trabajo no lo echarían en falta hasta la mañana siguiente.

Frente a la casa de los O'Donnell, Trevallion obsequió a la chica con un saquito de harina de trigo.

—Ya sé que no te gusta aceptarlo, Mary Kathleen —dijo ceremoniosamente—, para que

nadie piense que te dejas comprar. Pero ojalá algún día sientas que mis regalos son insignificantes en comparación con un beso mío...

El administrador se acercó a ella, pero Kathleen se apartó sobresaltada. Sentía pánico solo de pensar en un beso de Trevallion, y no solo por el asco que le daba imaginar los labios de aquel hombre sobre los suyos. De hecho también sentía miedo por el posible observador invisible. El pequeño Jonny no haría nada peligroso, de él podía esperarse, como mucho, una

travesura tan tonta como dispararle a Trevallion con su tirachinas. De todos modos, nunca daba en el blanco. Pero ¿qué sucedería si fuese el hermano mayor, Brian, el que la seguía?

¿Y si fuese el mismo Michael?

Kathleen entornó los ojos.

—Señor Trevallion —dijo a media voz—. Por favor... señor, no tengo más que dieciséis años. Es... es... demasiado pronto para el amor. —Y se ruborizó.

Trevallion sonrió.

—Ah, sí... tienes razón, Mary

Kathleen.

Ella no supo si lo decía con ternura o en tono burlón.

—Así que eso de que te sientes atraída por un chico del pueblo no es más que un rumor, ¿verdad? — La pregunta tenía un deje amenazador.

La joven intentó bajar la cabeza aún más sumisa... pero de pronto levantó la mirada. Incluso consiguió exhibir una pícaro sonrisa.

—Señor, yo me puedo sentir atraída por quien sea —respondió

—, pero mi madre me ha enseñado que en el amor no hay que perder de vista la despensa.

Trevallion soltó una carcajada.

—¡Qué chiquilla tan encantadora eres, Mary Kathleen! —dijo.

Luego rebuscó en la bolsa y añadió un paquetito de azúcar al saquito de harina con que la muchacha no cesaba de jugar.

—Toma. Pero ¡no hay nada más dulce que tus labios!

Kathleen dio gracias al cielo cuando por fin pudo entrar en la

pequeña casa de sus padres, donde la esperaba impaciente la familia, que se alegraría mucho de que Trevallion pidiera su mano.

Azúcar y harina. Ahora podía preparar sus propios *scones*. Pero le sabrían amargos.

El lunes después de que Michael se marchara, Kathleen realizó su trabajo como siempre en casa de los patrones. Junto con Grainné, encendió la chimenea, que arrojaba sombras espectrales sobre las paredes.

Al menos las mujeres disfrutaban del calor y Trevallion no las importunaba. La joven contemplaba los pesados cortinajes de terciopelo y el precioso mobiliario de los Wetherby; una vez incluso se atrevió a sentarse en una butaca e imaginarse tomando el té de la tarde con unas amigas. Si Michael estaba en lo cierto, también ella tendría un día muebles y cortinas como esos y una doncella que le encendería el fuego. En el Nuevo Mundo serían libres, ganarían dinero, se harían ricos...

Se abandonó unos instantes a sus sueños... o mejor dicho a los de Michael. Ella misma no necesitaba ninguna casa señorial ni pesados butacones o tapices de seda. Kathleen se habría contentado con una casita de campo pequeña y acogedora, con hiedra, un bonito jardín donde cultivar verdura y plantar flores. Debería tener una buena sala y un dormitorio, una cocina y... quizás una habitación para los niños. No solo un cuarto diminuto y ahumado por una única chimenea como en casa de sus

padres...

¡Kathleen tomó conciencia de golpe de que estaba soñando con la casa de Ralph Trevallion! El administrador vivía en una casita así, algo alejada del pueblo y de la casa grande... ¡No! Se reprendió por tener tales ideas. ¡Ninguna casa sería la razón de que se casara con un torturador como Trevallion! Sin contar con que llevaba un hijo de Michael en el vientre.

Al levantarse pesadamente de la butaca y volver al trabajo, oyó gritos.

—¡Oh no, Dios mío! ¡Oh misericordia divina! —Grainné, la vieja cocinera y ama de llaves, chillaba y se lamentaba como si alguien le hubiese desgarrado el corazón.

Kathleen corrió escaleras abajo y la encontró en el vestíbulo, sentada en un peldaño, quejumbrosa y suplicante.

—No puede ser de otro modo, Grainné —decía Ron Flannigan, mientras le ponía torpemente la mano sobre el hombro—. Creía que era mejor contártelo yo mismo

antes de que Trevallion te lo dijera.

Y antes... antes...

—¿Antes de que vengan los soldados? Antes de que... Oh, ¿acaso... acaso pretenden echarme? ¿Tirar mi casa abajo? ¡Por todos los cielos, Ron, tengo ocho hijos!

Ron Flannigan movió la cabeza levemente. Su voz y su actitud mostraban pena auténtica.

—Ya lo sé, Grainné. Eres una buena mujer y son todos buenos críos. Pero ya sabes lo que dice la ley...

—¡La ley inglesa! —espetó

Grainné—. Ron, he servido a los Wetherby muchísimos años, siempre les he sido leal, no he robado nada... bueno, nada más que mendrugos de pan. ¡Si al menos estuviera aquí el señor! ¡Si pudiera arrojarme a los pies de la señora! ¡Seguro que ella se apiadaría!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kathleen—. Grainné, ¿qué es tan espantoso para que...? —Una mirada al rostro de Ron Flannigan y se quedó sin habla. Cualquier palabra de ánimo era en ese momento inoportuna.

—Han detenido a Billy Rafferty —explicó Ron—. Le culpan de haber robado los cereales de Trevallion.

—¡Él no lo hizo! —gritó Grainné—. Dios mío, ¡conozco a mi Billy! Es un fanfarrón, pero no más que un perro ladrador. Nunca se le hubiese ocurrido robar los sacos del señor. ¿Dónde iba a vender el grano?

—Eso no lo sabemos —respondió Ron con gravedad—. Pero le han encontrado dinero. Más de tres libras que no puede haber

ganado de otro modo. Tocando el silbato celta no, con toda seguridad...

—¡Tocando esa flauta! — exclamó Grainné—. Al violinista, a ese granuja de Drury sí que lo veo capaz, ese...

—Michael Drury ha desaparecido —anunció Ron—. Y... sí, es de suponer que también él ha tenido algo que ver en todo esto. Pero Billy estuvo el sábado en Wicklow y volvió borracho. Y ayer también estuvo bebiendo con amigos, invitó a medio pueblo. Esta

mañana apestaban todos a aguardiente, y tu hijo todavía andaba haciendo esos. ¿Y te sorprende que Trevallion pidiese información? Nadie lo ha delatado, si eso crees, Grainné. Aunque ayer por la noche se fue un poco de la lengua cuando estaba junto al fuego con sus amigos de borracheras. Habló del whisky, de las destilerías clandestinas, de su maravilloso y nuevo trabajo en Wicklow...

—¡Dios misericordioso, como se lo cuente a los casacas rojas! — Grainné se santiguó al pensar en los

soldados ingleses.

Ron suspiró.

—Esos se lo sacarán a palos —  
señaló—. Pero quizá sea mejor  
para él que desembuche. Hasta  
ahora le cargan a él solo con toda  
la culpa. Pero si se descubre que  
también el chico Drury está  
metido...

Kathleen sintió un escalofrío en  
la espalda. Billy delataría a  
Michael. Tan seguro como que dos  
y dos son cuatro. Y era posible que  
también la delatara a ella, pues  
sabía por qué había robado

Michael. Y sobre todo... Dios mío, ojalá no se hubiese enterado de lo de Barney's Tavern...

Los pensamientos pasaban por su mente a toda velocidad. Tenía que avisar a Michael. Tenía que ir a Wicklow antes que los casacas rojas interrogasen a Billy. Y lo mejor era que luego se quedase con él. De todos modos, ahí ya no podía hacer nada más. Quedaba ahora en manos de Billy Rafferty el que también expulsaran o no a su propia familia, pues cuando Trevallion averiguase que ella había huido con

Michael, acusaría a los O'Donnell de ser sus cómplices.

Kathleen escapó a toda prisa. Grainné no saldría en su busca, en esos momentos tenía otras preocupaciones que la chimenea de los señores. Y Ron apenas le había hecho caso, parecía ignorar la relación entre ella y Michael. Si al menos supiese cómo llegar hasta Wicklow...

Aturdida, corrió hasta la carretera. Al menos no se había olvidado de echarse sobre los hombros el chal contra el frío del

invierno. Le habría gustado coger un par de cosas de casa de sus padres, pero ya era imposible. Su madre y hermanos estarían allí y se percatarían del triste estado en que se encontraba.

Se despidió de ellos con un gesto de adiós y emprendió resuelta la marcha hacia Wicklow. Tampoco sería tan difícil encontrar el camino.

## 4

La carretera de Wicklow se extendía ante los ojos de Kathleen, pero el trayecto era largo, mucho más de lo que había imaginado. La joven avanzaba tan deprisa como le era posible. Era consciente de que un jinete le daría alcance fácilmente, y ya habían pasado dos por su lado. ¿Eran mensajeros de los casacas rojas? Pero deberían

haber ido de uniforme. Trataba de mantener la calma y no detenerse. Antes de que llegara a la ciudad ya habría oscurecido.

De repente oyó que un carruaje se aproximaba por su espalda. Lanzó una mirada temerosa al pescante. Posiblemente ya estaban llevando a Billy a la cárcel de Wicklow. Pero entonces vio los dos fuertes caballos píos que tiraban del carro y creyó reconocer al hombre que llevaba las riendas. Ian Coltrane, el hijo del comerciante de ganado.

—¡Y eso! ¡Mira a quién tenemos aquí! —Ian le sonrió desde lo alto—. Pero si es la pequeña Kathleen O'Donnell. ¿Adónde vas, bonita?

La muchacha se obligó a devolverle la sonrisa. Ian Coltrane era un chico guapo, moreno y de ojos brillantes. Hasta se parecía un poco a Michael, aunque sus pupilas eran negras como el carbón. La gente rumoreaba que los Coltrane tenían sangre de nómadas irlandeses, de *tinkers*.

Ian no solo parecía un gitano,

sino que se comportaba como tal. Mientras Patrick Coltrane, su padre, comerciaba con ovejas y vacas, él se había especializado en el comercio de caballos. Debía de sacar buen provecho de ello, pues vestía una chaqueta a cuadros casi nueva, de abrigo y forrada; pantalones de piel y botas recias y fuertes. Kathleen las miró casi con envidia. Sus propios zapatos estaban gastados y no abrigaban lo suficiente, y en ese momento ya tenía los pies helados.

—Voy... voy a Wicklow... —

respondió—. A... a visitar a mi tía. Está enferma.

Ian sonrió burlón.

—Y tu madre te ha enviado con un poco de pan y whisky, ¿no? ¿Y con una capa de lana? —señaló, mirando las manos vacías de Kathleen y su ropa, demasiado ligera para un viaje así en pleno invierno.

Kathleen se ruborizó. ¡Claro, tendría que haber pensado en ello! Los O'Donnell eran pobres, pero seguro que su madre habría preparado algo y encontrado algún

abrigo para que la joven se protegiese del frío. Y ella se habría puesto un vestido de domingo para ir a la ciudad.

—No... no tenemos nada que regalar —explicó lacónica—. Se trata de... de apoyo espiritual.

Ian rio.

—¡Eso también puedo necesitarlo yo! —bromeó—. En fin, si me ofreces un poco de ese apoyo, aquí arriba a mi lado hay un asiento libre. —Dio unos golpecitos al pescante.

El carro de dos ruedas también

tenía un banco atrás, donde Kathleen se habría sentado, pero estaba lleno de arreos y arneses, y en su miserable estado no podía andarse con pruritos. Así pues, se subió al pescante junto a Ian, que puso de nuevo en movimiento a los píos. Por detrás, el carro llevaba atados dos caballos más y un mulo.

—Y... ¿y tú? —preguntó Kathleen, aunque no tenía el menor interés en saberlo—. ¿Adónde vas?

Ian arqueó las cejas.

—¿A ti qué te parece? ¿Crees que he sacado a pasear a estos

jamelgos? Hay mercado de caballos en Wicklow. Mañana por la mañana en la plaza junto al muelle. Espero vender esos tres...

Kathleen echó un vistazo a los animales. Conocía uno de ellos.

—Pero el negro ya no es joven —observó.

El caballo ya tiraba del carro del zapatero cuando Kathleen era una niña. ¿O lo confundía con otro? ¿No tenía el caballo del zapatero el pelaje cano alrededor de los ojos? ¿Y en el lomo una matadura que se había puesto blanca? El animal que

iba tras el carro era negro y brillante.

—¡Ese solo tiene seis años y ni un día más! —Ian pareció ofenderse—. Mírale la dentadura si no me crees.

Kathleen se encogió de hombros. La dentadura no le habría dicho nada, pero habría jurado que de niña había cogido dientes de león para ese animal cuando esperaba a su amo delante del taller del zapatero. Eran tiempos mejores y la gente no tenía que prepararse sopa con las malas hierbas que

crecían al borde del camino. El caballo tenía una especie de bigote retorcido encima de los ollares. La muchacha nunca había visto algo semejante en otros animales y al zapatero debía de haberle pasado lo mismo, porque si no nunca lo hubiera llamado *Barbanegra*. Pero no quería discutir, estaba contenta de tener la oportunidad de ir en carro. Los píos trotaban con brío. Solo precisaría de una o dos horas para llegar a la ciudad.

Así pues, intentó conversar sobre caballos, un tema inocuo.

También preguntó a Ian por su padre, cuyo negocio, según contó el hijo, iba más mal que bien.

—Ahora no hay nadie que tenga dinero —señaló el joven.

Ian rondaba los veinte años. Era algo mayor que Michael. También su padre era arrendatario de lord Wetherby, pero mucho mejor situado que los demás. Patrick Coltrane no trabajaba su terreno, lo pagaba con los ingresos de su comercio de animales, y tampoco dependía de su propia cosecha de patatas. Su tierra servía para la

explotación del ganado. Él mismo no cultivaba lo que comía, o solo cultivaba una parte.

—Al menos para vacas y ovejas... —prosiguió Ian casi despectivo—. ¿Qué van a comer? La gente cava en la tierra para sacar las últimas raíces y llevárselas al estómago.

—Pero ¿se venden los caballos? —preguntó asombrada Kathleen.

Ian rio.

—Siempre acude algún señor rico; en Wicklow y en Dublín hay

algunos que necesitan un caballo, o que lo quieren. Lo único que hay que hacer es explicar que eso convierte al tendero en un lord. Y en el campo, los caballos ahora son baratos.

Kathleen se preguntó qué conocimientos tendrían los tenderos sobre caballos. Igual compraban el viejo *Barbanegra* si Ian les hacía creer que procedía de los establos de lord Wetherby.

—Pero a la larga no me quedaré aquí —añadió Ian—. En esta tierra no hay dinero. Sí hay

suficiente para vivir, pero si uno quiere un poco más... No, a mí me atrae lo de cruzar el charco. ¡Quiero hacer fortuna!

—¿De verdad? —preguntó Kathleen, interesada de repente.

El tratante de caballos era el primero que no hablaba de emigrar por mera necesidad, sino que parecía alegrarse de marchar al Nuevo Mundo.

—Un... un amigo mío también habla de esto —dijo—. Y yo... yo...

Ian la miró de reojo.

—¿A ti también te gustaría?

Pues eres la excepción. La mayoría de las chicas se echan a temblar cuando se les habla del Nuevo Mundo...

—Bueno, claro, la travesía por mar...

Ian resopló.

—¡Bah, la travesía! Vale, de acuerdo, será un poco incómodo y puede que no haya mucho que comer. Pero en comparación con lo que vas a comer aquí... Aunque a mí me parece que estás muy bien alimentada. ¡Una chica bonita! ¡Y

valiente!

Continuaron un rato en silencio. Hasta que Ian miró a Kathleen, que temblaba de frío, con renovado interés.

—¿Tienes frío, bonita? — preguntó, aparentemente preocupado, y sacó una manta. Al ponérsela sobre los hombros, aprovechó para atraerla un poco hacia sí—. Ven, yo te calentaré.

Kathleen se alegró de ver pasar el cartel que anunciaba que iban en dirección a Wicklow.

—Y no tiene por qué ser

América... —prosiguió Ian, mientras la mano que tenía bajo la manta se deslizaba por los hombros y el escote de Kathleen.

La muchacha se apartó de él.

—¿Puedes parar aquí para que baje? —pidió.

Ian rio.

—¿Aquí? Pero todavía estamos en plena naturaleza, como quien dice, bonita...

De hecho se hallaban en la periferia, donde se veían unas encantadoras casas de campo y huertos entre pequeños campos de

cultivo. Deberían quedar todavía entre tres y cinco kilómetros para llegar al centro de la ciudad, el muelle y Barney's Tavern.

—Mi tía vive por aquí — afirmó Kathleen.

—Sí, ya, tu tía... —se burló Ian—. ¿No quieres que te lleve hasta su puerta?

Kathleen negó con la cabeza.

—No... no, gracias. Ya has hecho suficiente... ya me he aprovechado bastante de tu ayuda. El resto del camino lo haré a pie. ¡Muchas gracias, Ian!

El joven levantó las cejas y tiró de las riendas. Los caballos se detuvieron al instante.

—Si insistes... ¡tus deseos son órdenes! ¡A lo mejor nos vemos en el pueblo! —Se tocó la gorra.

Kathleen bajó del pescante y le dirigió una sonrisa forzada.

—Claro, el... el domingo en la iglesia... si es que vas.

Patrick e Ian Coltrane solían estar los fines de semana en los mercados de ganado. Por eso Ian no debía de saber nada de la relación de la joven con Ralph Trevallion.

En caso contrario habría bromeado con eso.

Ian volvió a saludarla y puso de nuevo en marcha los caballos. Kathleen esperaba fervientemente no volver a verlo.

En el pescante del carro casi había pasado más frío que caminando. Ahora tenía que concentrar toda su energía, entumecida y cansada como estaba, en poner un pie tras otro. Pero ya debía de estar cerca.

En efecto, todavía no había oscurecido cuando Kathleen llegó a

la calle Mayor. El primer transeúnte a quien le preguntó por Barney's Tavern le indicó el camino.

—No te perderás, pequeña, justo ahí, detrás de la primera curva. Pero ¿qué quieres hacer en ese cobertizo? ¡En otros sitios puedes ganar más!

Kathleen deseó que se la tragara la tierra cuando al seguir caminando comprendió por qué clase de mujer la había tomado el hombre. Aceleró el paso. Cuando por fin llegó al pub, jadeaba. Ya

casi no tenía frío.

Con un suspiro de alivio, abrió la puerta y la recibió una bocanada de aire caliente y rancio, que apestaba a whisky, cerveza y tabaco. Kathleen sintió náuseas. No parecía que el bebé fuera a convertirse en un hombre dispuesto a pasarse todo el día en el pub.

—¡Cuánto esplendor en nuestro miserable antro! —la saludó un hombre regordete y bajito detrás de la barra—. Rizos dorados, piel de alabastro y los ojos tan verdes como los prados de Irlanda. Si eres

una ilusión, oh bella, puedes quedarte. En caso contrario, aquí solo entran chicos, con tu perdón.

La mayoría de los pubs no permitían la entrada a las mujeres.

Kathleen se forzó a esbozar una sonrisa.

—Soy Kathleen O'Donnell — se presentó—. Tengo que ver a Michael Drury.

El gordito le lanzó una mirada de aprobación.

—Yo soy Barney —se presentó a su vez—. ¿Eres la chica que quiere marcharse con él? —

preguntó—. Con todos mis respetos, podrías haber pescado algo mejor. ¿Qué tal yo, preciosa? Yo al menos tengo algo que ofrecerte. ¡Un pub siempre funciona!

Kathleen sintió que la invadía la rabia. Estaba harta. No tenía más ganas de andar sonriendo y adulando. ¡Quería ver a Michael!

—Escuche —repuso con tono decidido—, tengo que advertir a Michael de un asunto importante. Los casacas rojas van detrás de él. Así que, por favor, déjese de

tonterías.

El gordo se puso serio de repente.

—¿Los soldados? Maldita sea, chica, ya me olía muy mal... ¡Desde luego que apestaba! Que si una habitación solo para un par de días, Barney. Que solo hasta que mi chica pueda marcharse. Que no es sencillo para ella separarse de su familia... Utilizó su labia y yo me dejé convencer. Y ahora me mete a los casacas rojas en casa. ¡Michael! —llamó hacia atrás, en dirección a la trastienda.

Como nadie respondió, fue hacia allí. Kathleen lo siguió por la pringosa cocina hasta un pasillo al que daban varias puertas.

—¡Michael! —La voz de Barney no podía pasar desapercibida y, de hecho, se abrió una puerta por la que salió Michael.

—¿No chillas demasiado, Barney? —preguntó con desgana, pero entonces la vio a ella tras el gordo tabernero.

»¡Kathleen!... Retiro lo dicho, Barney, ella justifica cualquier vocerío. En realidad deberían

anunciarla trompetas y tambores allá por donde vaya para que los indignos aparten la vista antes de quedar cegados por tanta belleza. ¡Kathleen, todo ha ido más deprisa de lo que había esperado en mis sueños más audaces! —Hizo ademán de ir a abrazarla, pero ella se apartó.

—Michael, no tenemos tiempo para estas cosas. ¡Han atrapado a Billy! ¡Y hablará! ¡Tenemos que irnos!

—¿Han atrapado a Billy?... Maldita sea, ¡menudo idiota! No ha

soltado la botella de whisky, ¿a que sí? Y mira que se lo advertí...

—¡Michael! —Kathleen casi gritó—. ¿Conoce este escondite?

—Eso mismo me gustaría saber a mí —observó Barney con la expresión de un bull terrier enfurecido.

Michael se encogió de hombros.

—Puede que lo haya mencionado. Al menos... bueno, el sábado estuvimos aquí, ¿no? Si les habla de todos los pubs...

—¡Estoy arruinado! —gimió el

tabernero—. ¡Tengo que esconder las botellas! Si las encuentran aquí justo ahora... ¡Ya puedes largarte, Michael Drury!

El joven empezó a recoger sus cosas. Pero cuando todavía estaba cerrando su hatillo y Barney recorría a toda prisa el pasillo cargado de botellas de whisky adquiridas ilegalmente, un chiquillo entró en la cocina.

—Barney, me envía papá. Ya sabes, el de Finest Horse. Los casacas rojas están aquí, por el whisky. Y por Michael Drury.

Tendrías que...

El tabernero volvió a clamar ayuda al cielo y se apresuró todavía más, mientras Michael miraba alrededor como una fiera acosada.

—¡Kathleen, tenemos que largarnos! Deprisa, el Finest Horse está dos casas más allá, cuando hayan acabado vendrán directos aquí. Tú vete antes. Por ahí, por el salón...

—¿Y tú? —Kathleen estaba como petrificada.

—Yo saldré por la puerta trasera. Nos encontramos luego

en... en el muelle, ya te buscaré. — Michael se echó el hatillo al hombro, pero entonces se le ocurrió algo. Sacó una bolsita del bolsillo y se la entregó a Kathleen—. Aquí tienes. Llévatelo. Deprisa, ¿a qué estás esperando? —La empujó al pasillo.

—Pero... pero...

—No hay peros que valgan, Kathie. Nos encontraremos más tarde. —Michael tendió una moneda al niño—. Toma, Harry. ¡Lleva a la señorita a un lugar seguro!

De pronto, en la sala de la taberna resonaron voces. Voces fuertes y autoritarias. Michael corrió por el pasillo y el pequeño Harry, un niño pelirrojo y avisgado, con el rostro redondo y dulce de un querubín, tiró de Kathleen en la otra dirección. Ella solo tuvo tiempo de echarse el chal sobre la cabeza antes de encontrarse cara a cara con dos casacas rojas. Los soldados los empujaron a un lado con rudeza y empezaron a abrir las puertas de las habitaciones. Kathleen siguió a Harry como atontada por la sala,

donde volvió a sentir ganas de vomitar. Esta vez no solo a causa del mal olor, sino también del miedo. Dos soldados más retenían a los pocos bebedores que habían encontrado a hora tan temprana.

—¡Documentación! ¡Que nadie abandone la sala sin que sepamos quién es y de dónde viene! —ordenó uno de ellos.

Un par de parroquianos enseñaron sus documentos, los otros facilitaron verbalmente la información. Kathleen palideció de espanto: ella no podía identificarse.

La arrestarían, averiguarían de dónde venía y la encerrarían por ser cómplice de Michael.

En el patio detrás de la taberna se oían gritos. Pero Michael había huido... Kathleen temblaba.

Pero entonces sintió la pequeña y cálida mano de Harry en la suya.

—¡Ven, mamá, no está aquí! — dijo el pequeño con su dulce voz—. ¡Aquí solo están los soldados! ¡Mira, mamá, qué uniformes tan elegantes llevan!

El niño miraba con inocente admiración a los británicos, sin

dejar de apretar la mano de Kathleen.

—¡Llora! —le susurró.

Ella rompió a llorar, lo que le resultó más fácil que forzar las sonrisas que había estado repartiendo en las últimas horas.

Harry la arrastró hacia la salida.

—Buen señor, dejadnos pasar —pidió respetuosamente al corpulento militar que guardaba la puerta—. No hemos encontrado aquí a mi padre. Pero tenemos que seguir buscándolo o se gastará en

bebida todo el dinero que nos ha dado el abuelo.

El niño tiraba fuertemente del vestido de Kathleen. ¡Tenía que cooperar! No podía dejar que el crío se ocupara solo de que ella saliera de ahí a base de mentiras.

La muchacha gimió.

—Lo quería apostar a los caballos —se quejó—. ¿Se lo puede imaginar, amable señor? Y eso que era para pagar las deudas... y el alquiler. Si no encontramos a Paddy enseguida, el señor nos pondrá de patitas en la

calle...

Harry también fingió echarse a llorar y sus lágrimas habrían ablandado hasta una piedra. El militar los dejó pasar. El llanto le enervaba y la mujer no le interesaba. Por lo visto, Billy no había mencionado a Kathleen cuando había delatado a Michael. Al menos eso...

—Lárgate, mujer —gruñó el soldado—. Y espero que encuentres a ese hombre, pero así son vuestros Paddys y Kevins... borrachuzos y jugadores, ¡todos unos maleantes!

Kathleen no siguió escuchando. Apenas consiguió titubear un “gracias” cuando Harry, entre repetidos «¡Que Dios se lo pague, señor!», la sacó del pub. Fuera, el niño dejó de llorar y preguntó a Kathleen:

—¿Adónde quieres ir ahora?

Michael había huido por el pasillo. La puerta trasera era fácil de encontrar, a fin de cuentas ya era la tercera vez que Barney salía por allí con botellas para ocultar. No obstante, no se accedía realmente al

exterior, sino a un patio con un muro alto.

Parpadeó a la luz crepuscular mientras se precipitaba hacia fuera. Tenía que haber una puerta de salida o un portalón. El patio estaba lleno de cachivaches, botellas, toneles vacíos, mesas y sillas viejas. Al parecer, Barney sacaba allí todo lo que ya no utilizaba pero que por alguna razón no quería tirar. En la penumbra apenas se distinguía nada... ¡Ahí, ahí había una salida!

Michael corrió hacia una sólida

puerta de madera, pero estaba cerrada. Desesperado, buscó el tirador, a lo mejor tenía la llave puesta.

—¡Barney! —llamó.

Fue inútil. O bien el tabernero había vuelto al pub para fingirse inocente, o acababa de salir por esa puerta. Y en este caso sabía que condenaba a Michael al cerrar tras de sí.

Mientras, en la casa, los casacas rojas registraban las habitaciones. No tardarían en llegar al patio. Michael tenía que tomar

rápidamente una decisión. ¿Esconderse o tratar de escapar saltando el muro? Lo primero era absurdo, los británicos lo registrarían todo. Y en especial el patio, donde seguramente se escondía el whisky ilegal. Debía saltar el muro. Si se subía a uno de los toneles... o aún mejor, si colocaba un tonel sobre una de las mesas viejas...

Michael puso manos a la obra a toda prisa. Lamentablemente, la primera mesa cedió bajo el peso del tonel. La segunda aguantó, pero

para poder encaramarse precisaba realizar un número de equilibrista. Y los soldados ya estaban ahí. Michael rogó que la oscuridad no les permitiera descubrirlo enseguida, pero los dos hombres llevaban faroles.

—¡Allí está!

Michael subió al tonel con el valor que da la desesperación y se aferró al borde del muro para poder trepar. Pero entonces se oyó un disparo. Michael sintió el olor de la pólvora, pero no cesó en su empeño.

Sin embargo, era demasiado tarde. Uno de los soldados ya estaba a su lado y apartó de una patada la mesa y el tonel. Michael intentó aguantarse con ambas manos, pero la piedra estaba resbaladiza a causa de la lluvia helada de los últimos días. Los dedos del joven patinaron y él cayó pesadamente al suelo.

—¿Michael Drury? —preguntó el soldado, al tiempo que lo levantaba de un tirón.

El joven no pronunció palabra.

—No sé —susurró Kathleen—.

Al... al muelle. Cuando Michael...

—Si es que no lo pillan —le recordó Harry, pesimista—. Es mejor que lo comprobemos. Antes de que les diga que lo esperas en el muelle.

Kathleen se indignó.

—¡Él nunca me traicionaría!

Harry torció el gesto, reflexionando.

—¿Sabes qué, señorita?, sígueme, te llevo con Daisy. Allí no llamarás la atención... bueno, un poco sí, con esa pinta. Pero

funcionará. Lo único que no tienes que hacer es enseñarle la bolsa, o estarás perdida.

El pequeño la empujó enérgicamente por una callejuela, pero Kathleen lo detuvo cuando oyó ruido procedente de Barney's Tavern.

¡Un disparo!

—¡Michael! Oh, Dios mío, tengo que... —gritó Kathleen.

Harry la agarró del vestido con una fuerza insospechada.

—Tú ahí no vas. Ahora que te he sacado, ¿quieres volver a

meterte? ¿Estás loca o qué? Igual me persiguen también a mí si les dices quién eres.

—Pero yo...

De todos modos, Harry sentía tanta curiosidad como Kathleen desesperación. Al menos no la arrastró más lejos, sino que la sujetó tras la esquina. Los dos espionaron lo que sucedía en el pub, de donde salían gritos y más ruido. Y entonces la puerta se abrió. Dos casacas rojas sacaron a un hombre que se revolvía. Habían maniatado a Michael, pero se veía que no

estaba herido.

—Ya dije yo que lo iban a pillar —observó Harry—. Ven, a ese ya no puedes ayudarlo. Descuida, no lo colgarán enseguida. Mañana puedes preguntar adónde lo han llevado. Pero ahora, ¡vámonos de aquí!

Kathleen era incapaz de pensar. Estaba paralizada por el horror que le producía el destino de Michael. ¿Qué le harían? ¿Harry decía en serio que lo colgarían? ¡No iban a ahorcar a nadie por haber robado tres sacos de grano!

El niño la condujo hasta una casa sobre la que colgaba un cartel rojo con la palabra «Daisy's». Nada más, pero no era necesario tener mucha imaginación para saber qué era.

El espanto de Kathleen iba en aumento.

—Pero esto es... no puedo...

—Madame Daisy no hace nada —la tranquilizó el niño—. Y las chicas son muy majas. En cualquier caso no roban a los pobres y a mí siempre me dan azucarillos. ¡Vamos, no temas!

Kathleen se internó con el corazón desbocado por el oscuro pasillo que había tras la puerta, pero a esa hora tan temprana todo estaba sereno. El niño la condujo arriba por una escalera, que daba a otro estrecho pasillo con varias puertas. Detrás de una se oían risas y gente charlando. Harry llamó con los nudillos y la abrió sin esperar respuesta.

—¿Madame Daisy? Aquí hay una chica del campo. Es de los destiladores, la novia de Michael Drury. Pero acaban de detenerlo y

no sabe adónde ir.

Kathleen mantenía la cabeza gacha, observando amedrentada bajo el chal. Era una habitación llena de espejos, adornos y baratijas, una especie de vestidor. Para su horror, cuatro o cinco chicas ligeras de ropa estaban convirtiéndose en aves nocturnas multicolores con ayuda de ligas carmesíes y vestidos con volantes chillones. Una joven se ceñía el corsé, otra se maquillaba delante de un espejo.

De esa forma u otra parecida se

imaginaba Kathleen el camino hacia el infierno. Pero las muchachas no parecían nada diabólicas, sino totalmente normales. Algunas tampoco eran tan jóvenes como se diría a primera vista. En especial, la mujer que en ese instante se volvía hacia Harry ya había pasado con toda seguridad los cuarenta.

—¿Y yo tengo que darle cobijo? ¿Qué soy yo? ¿Un hotel?

—Esconderme no —susurró Kathleen—. Nadie... nadie me está buscando. Y yo tampoco quería... Yo... mejor me marcho ahora

mismo... —Se dio media vuelta.

La mujer rio.

—Vaya, ¿y adónde quieres ir?

Una jovencita sola por la calle, en este barrio... Los hombres se llevarán gratis lo mismo por lo que aquí han de pagar. Y conozco a Michael, es un chico noble. El whisky que trae siempre es de primera calidad.

Kathleen suspiró. Así que Michael también suministraba su mercancía clandestina a ese local. ¿Cuánto pagarían aquellas mujeres por el servicio? Sintió que la

invadía la cólera.

A madame Daisy —la mujer madura, que parecía la propietaria del burdel— se le ocurrió una idea al pronunciar la palabra «whisky». Pidió que sacaran una botella de debajo del tocador, llenó un vaso y se lo tendió a Kathleen.

—¡Toma, bebe! Con esa cara, parece que hayas visto un fantasma.

—Yo tengo que irme —dijo el niño.

La madame le sonrió y cogió del mismo escondite un azucarillo.

—Ten unas pequeñas

provisiones para el viaje, bribonzuelo. —Sonrió—. El único hombre al que todas queremos —explicó, volviéndose hacia Kathleen—. Las chicas se pelean por cuál de ellas se encargará de desvirgarlo.

Kathleen se ruborizó, pero Harry sonrió a la bondadosa dueña del burdel.

—De eso nada, madame Daisy, yo quiero una chica decente, como hizo Michael. «Harry, búscate a una buena chica», me dijo. Y luego me contó de su amada y de los ojos tan

bonitos que tenía, verdes como el campo irlandés, y de su pelo de oro...

La madame soltó una risotada y quitó juguetona el chal de la cabeza de Kathleen. La joven se protegió de forma instintiva, pero el pañuelo se deslizó sobre sus hombros y dejó a la vista su cabello y su rostro.

La mujer silbó entre dientes y un par de chicas también emitieron exclamaciones de sorpresa.

—¡Madre mía! —dijo la propietaria del burdel—. ¡Siendo campesina, me esperaba un

ratoncito asustado! Pero parece una verdadera princesa. Vaya si le han dado bien de comer a ese bribón de Michael... —Su mirada escrutadora se deslizó por el cuerpo de Kathleen, que se quitó el chal. Todavía tenía el vientre bastante plano, pero a la experimentada madame le bastó con una mirada sagaz.

—¡Oh, pequeña! Y yo que había pensado en contratarte... pero no me servirías por mucho tiempo. ¿Es Michael el afortunado?

Kathleen replicó airada:

—¡Claro que es Michael! ¿Qué se ha pensado usted? Yo... nosotros... nosotros queremos casarnos... en América. Nosotros...

De repente rompió a llorar. Sollozó sobre el whisky que Daisy le tendía y al final hasta bebió un sorbo. Era el primero de su vida y le sentó como si hubiese tragado fuego. Tosió.

—Pues ya no va a ser así — anunció madame Daisy—. A Michael no volverás a verlo pronto, al menos en libertad. Podrás

visitarlo en la cárcel, pagando un par de peniques al celador. Pero cuando lo dejen salir... si es que lo dejan, el niño ya habrá crecido.

—¿Si es que lo dejan? — repitió Kathleen horrorizada—. ¿Se refiere a que lo colgarán? Dios mío, por eso no pueden ahorcar a nadie, ¡solo ha robado tres sacos de grano!

—¿También ha robado? — suspiró Daisy—. Criaturita... Pero no, ahorcarlo no lo ahorcarán. Solo lo desterrarán a la Bahía de Botany, o la Tierra de Van Diemen...

¿Nunca has oído hablar de ese sitio, pequeña?

Kathleen intentó a un mismo tiempo asentir y negar con la cabeza. Claro que había oído hablar de las colonias. De Australia, donde enviaban a los presidiarios ingleses a realizar trabajos forzados. Pero... pero ¡no iban a hacerle eso a Michael!

—Si te caen más de siete años, estás listo —señaló Daisy—. Y eso es fácilmente lo que le echarán. Y si encima ha robado... Lo siento por el chico... y también por ti. De

todos modos, puedes quedarte aquí si quieres. ¿En qué mes estás? Todavía es pronto, ¿no? También puedes ir a que te lo saquen.

Kathleen se la quedó mirando. ¿Que le quitaran al niño? ¿Estaba loca?

—Conozco a una mujer que lo hace bien. Muy pocas la palman... Vale, vale, ya veo que ni te lo planteas. Lo lamentarás, pequeña.

Kathleen volvió a llorar. Entonces las otras chicas se reunieron alrededor de ella. Una la rodeó con el brazo en un gesto de

consuelo. Kathleen miró  
horrorizada aquel rostro  
pintarrajeado y vio que bajo todo el  
polvo y maquillaje se distinguían  
los rasgos de una mujer también  
madura y de actitud más maternal  
que Daisy.

—Dejemos tranquila a esta  
jovencita —dijo apaciguadora—.  
Todavía no sabe qué quiere.

—¡Michael! —sollozó Kathleen  
—. Quiero a Michael... y el niño lo  
necesita. No pueden...

—Tranquila, tranquila. —La  
mujer la meció.

»¿Qué te parece si mañana vamos a buscar a Michael?

Kathleen la miró esperanzada.

—¿A buscarlo? ¿Se refiere a verlo? ¿Dónde? En...

—En la cárcel, pequeña. Puedes decirlo tranquilamente. Lo primero es que lo encontremos; puede que lo retengan aquí, pero también que lo lleven de vuelta a vuestro pueblo. O a Dublín. Aunque no lo creo, al menos no tan deprisa. En cualquier caso, nos enteraremos. A lo mejor hasta puedes verlo. Así que deja de llorar, no es bueno para

el gusanito que llevas dentro que su mamá esté triste...

La mujer cogió uno de los pañuelos sucios de maquillaje del tocador y le secó las lágrimas a Kathleen.

—Me llamo Bridget —se presentó la mujer—. No tienes que hablarme formalmente. ¿Y cómo te llamas tú?

—Kathleen —musitó la joven—. Mary Kathleen.

Nunca había necesitado la ayuda de la Madre de Dios con tanta urgencia.

## 5

Kathleen cayó rendida en el vestidor de las prostitutas, sobre una montaña de vestidos usados con volantes y que apestaban a sudor y perfume barato. Se envolvió en su chal y dejó a un lado, estremecida, la manta raída y limpia que Bridget le había llevado.

Pero Kathleen no quería tocar nada de todo lo que ahí

seguramente tenía un uso pecaminoso. Pese a su cansancio, se asustó un par de veces al oír las carcajadas de los hombres y los chillidos de las mujeres. A medida que transcurría la noche, sus voces sonaban más retozonas y ebrias.

Por la mañana, sin embargo, Bridget no tenía aspecto demacrado cuando despertó a Kathleen, sino animado y despejado. Parecía, además, más digna de confianza que la noche anterior. Había cambiado el chillón vestido rojo por uno azul completamente normal y llevaba un

sombrero convencional sobre el cabello castaño y rizado. Si hubiese evitado la capa de maquillaje con la que intentaba ocultar las huellas dejadas por su mala vida, podría haber pasado por un ama de casa normal.

—¡Ven, Mary Kathleen! —dijo sonriente—. Vamos a ver qué podemos hacer por tu Michael...

Kathleen se pasó una mano nerviosa por su abundante cabello dorado. Debía de tener un aspecto horrible, igual que su gastado y ahora también arrugado y sucio

vestido. ¡Cómo había sido capaz de dormirse en ese montón de ropa! Seguro que también olía a ese horrible perfume.

Bridget le tendió un peine sonriendo burlona.

—Toma, pequeña, ninguna de nosotras tiene piojos. Debe de chocarte todo lo que ves aquí, pero es una casa de citas muy decente. Sabe Dios que las hay mucho peores. Además, Daisy no es tan severa como parece...

—Pero... dónde... ¿dónde están ahora? —titubeó Kathleen—.

Todas las chicas... y los hombres.

Bridget rio.

—Los clientes, gracias a Dios, están en sus casas. Aquí no dejamos que duerma ninguno. Y las chicas están en sus habitaciones. La mayoría ha trabajado mucho por la noche. Yo no tanto, ya no se fijan en mí. Pero, aun así, Daisy me permite quedarme aquí. Cada noche casi siempre hay uno o dos tipos demasiado borrachos para ver lo vieja que soy, y además mis precios son más bajos. Y si no, limpio un poco y vigilo que todo esté en

orden. ¿Estás lista, pequeña? Debemos echar un vistazo en la prisión, antes de que trasladen quizás a Dublín a tu tortolito.

Kathleen apenas se peinó y volvió a cubrirse con el chal. Una buena idea, pues cuando salió a la calle con su nueva amiga hacía un frío tremendo.

—Tu tortolito se congelará en la celda —dijo apenada Bridget—. ¿Tienes algo de dinero?

Kathleen no sabía qué responder. Por una parte, Harry le había advertido que no mencionara

la bolsa; pero, por otra, Bridget no tenía aspecto de ladrona.

—Solo lo pregunto porque los celadores se pueden comprar — explicó Bridget al notar la reserva de la joven—. En Wicklow, la trena puede ser una habitación corriente o un infierno. Pero quien quiere tener un fuego y siempre algo que comer, tiene que pagar. Es como un hotel. También tienes que pagar por la visita. Pero es barato, yo misma te doy el penique si quieres.

Una oleada de afecto y vergüenza invadió a la joven. Esa

mujer, que no la conocía en absoluto, iba a gastarse por ella el dinero que con tanto esfuerzo se había ganado. Y ella, como agradecimiento, la miraba con recelo y desconfiaba.

—No es necesario, ya tengo dinero —se apresuró a responder—. Pero... muchas gracias. Y tú... tú... ¡no creo que vayas a ir al infierno! —se le escapó.

Bridget soltó una carcajada.

—Pequeña, yo ya he estado en el infierno. ¡Voy y vengo! Más a menudo de lo que imaginas. Si Dios

o el demonio todavía quieren inventarse algo peor después de la muerte, tendrán que esforzarse mucho.

Kathleen intentó sonreír, aunque estaba horrorizada. Bridget parecía una mujer respetable, pero blasfemaba contra Dios y desafiaba al diablo.

Bridget la condujo a través de la pequeña ciudad portuaria y cruzaron barrios menos pobres. Wicklow Gaol, la tristemente célebre prisión, se encontraba en el extremo sur, junto al Palacio de

Justicia.

Cuando la avistaron, Kathleen estaba cansada y aterida.

—¡Allá, mira! Nuestra nueva prisión, con más de diez años ya. El antiguo edificio se caía a trozos, así que lo echaron abajo. Ahora van de modernos... a los que están ahí encerrados ya no los apalean, sino que los obligan a seguir una rutina. Dicen que es más humano. Solo que la cárcel es tan horripilante como antes...

Kathleen no entendía del todo de qué estaba hablando Bridget,

pero la adusta fachada del alto muro de piedra que rodeaba el edificio le infundió temor.

Bridget se dirigió directamente a la garita del centinela y pidió con resolución que las dejaran entrar. El guardia parecía conocerla.

—¿Qué, Bridie? ¿Ya han vuelto a enjaular a un admirador tuyo? ¿O a uno de tus amores? —preguntó en tono burlón.

La mujer rio con ironía.

—¿Qué va, guardia! Yo solo me lío con casacas rojas. ¡Aunque vaya a la horca, algo tendrá en los

bolsillos!

El hombre rio bonachón y las dejó entrar. Kathleen siguió a Bridget por un sombrío corredor hasta el edificio principal, donde la veterana ramera habló con un celador. Bromearon. Pero el hombre se puso serio cuando ella mencionó el nombre de Michael.

—¿El granuja del condado de Wicklow? ¿El que destila whisky ilegal?

—¡Michael no destila whisky!  
—intervino Kathleen.

Con un rápido gesto, Bridget le

ordenó que guardara silencio. El guardia la miró enarcando las cejas.

—La pobre chica no está muy bien... —observó lacónica Bridget.

El hombre no prestó más atención a la joven y siguió caminando.

—Ese tipo es un hueso duro de roer, Bridie. Ayer por la noche lo molieron a palos. Los soldados estaban furiosos porque se resistió a que lo encarcelaran. Se las hizo pasar moradas, tuvieron que cargar con él todo el camino, no dio ni un

paso por su propio pie. ¡Y encima sabe mantener la boca cerrada! Hasta ahora no ha dicho ni mu, y mira que le han atizado de lo lindo. Quieren averiguar dónde están los alambiques clandestinos. Han encontrado whisky en distintos pubs, aunque no tanto como ha vendido el chico. Pero lo más importante sería la destilería.

—Michael no sabe nada... —  
intervino Kathleen.

Esta vez el hombre la miró ceñudo.

—¿Qué pasa, chica, tú también

formas parte de la banda? —le espetó—. ¿Has echado una mano a la hora de destilar?

—¡Anda ya, la pequeña no sabe nada! —terció Bridget con resolución—. Acaba de llegar de su pueblo junto al Vartry, donde el chico se la ha camelado con astucia. Y ahora cae de las nubes. Es una chica decente, deberías dejarla ver a su amorcito, seguro que es una buena influencia para el chico.

El celador rio.

—¡Utilizas todos tus trucos,

Bridie! A mí me da lo mismo que el chico cante o no. De todos modos, ya tiene en el bolsillo su billete para la Tierra de Van Diemen, o adonde sea que envíen ahora a los presos. Han cerrado la Bahía de Botany. Que la chica rece con él o que los dos yazcan juntos cuesta un penique.

Kathleen cogió el par de monedas que había sacado antes de la repleta bolsa que llevaba escondida entre sus ropas. Contuvo la respiración.

—Bridget dice que tal vez

podría hacerse algo por Michael — susurró—. Darle una celda mejor, y comida mejor...

El centinela hizo un gesto cansino.

—Primero tiene que salir del calabozo y pasar a una celda normal, señoritinga. Mientras se estén divirtiendo con él, no puedo hacer mucho. Y si sigue siendo tan cabezota, se estará ahí hasta que lo condenen. Luego se quedará aquí un par de meses más: los barcos no parten antes de marzo, en invierno el mar está demasiado

embravecido. Puedo endulzarle su estancia aquí...

—Ahora tráiganoslo —decidió Bridget—. ¿O tiene que ir la chica al calabozo?

El hombre asintió con un gesto de resignación.

—Así tiene que ser, está encadenado. Pero esta es buena hora, los soldados están desayunando un par de whiskies. ¡Así que vamos allá, pequeña!

Kathleen siguió al hombre por varios lúgubres pasillos y escaleras. Cada paso resonaba

espeluznantemente. Ella guardaba silencio y el celador también; parecía contento de no encontrarse con nadie. Solo una vez se cruzaron con otro celador que conducía a un grupo de presos andrajosos. Los hombres no osaron levantar la vista, solo unas miradas fugaces de reojo se fijaron en Kathleen, que se escondía cuanto podía bajo el chal.

—Bueno, es aquí.

El pasillo anterior a los calabozos estaba escasamente iluminado por lámparas de aceite. En los pestilentes habitáculos casi

reinaba la oscuridad. Solo se dejaba a los presos una vela para iluminarse. Kathleen parpadeó en la penumbra cuando entró.

—Espera un momento —  
masculló el hombre, tomando una de las lámparas del pasillo—. Toma, por ser tú. Que tu amorcito pueda ver algo al menos. Solo cuesta medio penique más.

—Pero entonces tiene que dejar la lámpara aquí después.

Kathleen nunca hubiera pensado que tendría el valor de decir algo así. Pero Michael... solo de ver su

silueta, tendido sobre un montón de paja, se estremeció. Tenía que luchar por él. No tenía a nadie más que a ella.

—¿Por ser tú? —preguntó con tono hostil cuando el guardián se hubo ido—. ¿Qué has hecho para que te dejen entrar, Kathie?

La joven ya se había agachado a su lado, impaciente por abrazarlo y besarlo. Pero entonces lo miró iracunda.

—¿Qué estás pensando, Michael Drury? ¿Que me comporte como una casquivana solo porque

ahora soy para todos la novia de un maleante?

—Kathleen... —Él se enderezó—. Perdona, cariño... ha sido una... una noche muy dura.

Intentó apoyarse en la pared, pero ella vio que tenía pegada la camisa a la espalda y que la tela rezumaba sangre. Y entonces vio las cadenas que le sujetaban brazos y piernas.

—¿Te... te han dado latigazos? —preguntó.

Michael meneó la cabeza.

—No hablemos ahora de eso.

Lo único que puedo decirte es que lo siento. Era... Dios mío, lo último que quería era darte una mala reputación. Quería casarme contigo, Kathleen. Empezar una nueva vida, criar contigo a nuestro hijo. ¡Y no me llames «maleante»! No he hecho nada malo a nadie, nunca he pegado a nadie, nunca he engañado... cualquiera te dirá que soy un hombre honesto.

Kathleen sonrió.

—Cuando no te dedicas a robar grano y vender whisky ilegal...

—¿Acaso no tenemos como

irlandeses el derecho de destilar nuestro propio whisky en nuestro propio país? ¿No deberíamos comer el grano que nosotros mismos hemos sembrado y cosechado o beber lo que de él obtenemos? ¡Si Irlanda perteneciese a los irlandeses ya no habría más hambruna! ¡No, Kathleen, no me avergüenzo! ¡Y tú tampoco debes avergonzarte de mí!

La cogió por los hombros y la miró fijamente a los ojos. Nunca había hablado tan gravemente con ella.

—Me echarán de aquí, Kathleen —dijo—. No puedo casarme contigo y hacer de ti una mujer decente. Y eso que para mí eres mucho más que solo decente, ¡eres una santa! Y criarás a nuestro hijo dignamente. ¡Confío en ti! —La besó en la frente, como si quisiera sellar un vínculo.

Ella asintió en silencio.

—¿Qué ha pasado con el dinero, Kathleen? ¿Lo tienes?

—Sí —respondió ella en voz baja—. ¿Qué he de hacer ahora? —añadió.

Él la atrajo hacia sí y la estrechó entre los brazos. Sus caricias eran suaves y consoladoras. Pero no daban una respuesta.

Un penique significaba una hora para el celador, y ambos jóvenes se despidieron para siempre en ese breve período de tiempo. No hablaron mucho, pero se acariciaron. Michael puso la mano sobre el vientre de su amada como si pudiese sentir la presencia de su hijo.

—¿Quieres llamarlo Kevin? —

propuso—. ¿Como mi padre?

Kathleen pensó en si realmente quería poner a su hijo el nombre de un señor que se dedicaba a destilar whisky, pero luego se dijo que era un nombre bonito, un nombre santo. Pensó en todas las historias en torno a san Kevin que el padre O'Brien les había contado. Entre ellas, que era fuerte y bien parecido, pero también tan dulce y listo que desde monstruos marinos hasta corderitos yacían a sus pies y los pájaros se posaban en sus manos.

Así que volvió a asentir y se abandonó a los besos de Michael por última vez. Tendrían que bastar para toda una vida. Kathleen intentó no llorar cuando se separó de él.

—Quiero conservar el recuerdo de una sonrisa —susurró Michael.

Ella sonrió entre las lágrimas. Pero entonces se le ocurrió una cosa. Con un rápido movimiento envolvió un mechón de sus cabellos con la mano y lo cortó, como había visto hacer a los hombres con las crines de los caballos.

—Toma... —dijo—. No sé si

podrás conservarlo. Pero si es así...

Michael se llevó el mechón a los labios.

—¡Lucharé por él! —contestó, y luego trató de hacer él lo mismo. Pero no tenía el pelo lo suficientemente largo. Así que apretó los dientes y se arrancó un mechón.

—Michael... —exclamó asustada Kathleen, no quería que el joven padeciera más dolores.

—Para ti, amor mío. ¡Nunca me olvides!

El celador carraspeó cuando Kathleen besó a Michael en la frente castamente, no debía haber testigos de su intimidad.

El joven sostuvo la mano de la muchacha, hasta que ella la retiró.

—¡Siempre te amaré! — prometió con voz firme.

—¡Volveré! —gritó él cuando Kathleen ya avanzaba por el pasillo—. ¡Sea a donde sea que me envíen, volveré!

La joven no se dio media vuelta. Sabía que se pondría a llorar y no quería hacerlo.

«Criarás a nuestro hijo dignamente, confío en ti», había dicho Michael. Ella lo había prometido y tendría que cumplir su palabra.

—¿Y ahora? —preguntó Bridget.

Habían dejado Wicklow Gaol y la mujer había conducido a la joven al primer lugar que habían encontrado abierto. Kathleen estaba pálida y Bridget pensó que necesitaba un té caliente, a ser posible con un chorro de whisky.

Ahora bebía a sorbitos la infusión.

—¿Qué puedo hacer? — preguntó desalentada—. Solo sé que no quiero que me quiten al niño. ¿Cómo... cómo se le ha podido ocurrir algo así a madame Daisy? Bridget, yo... no creo que quiera volver con ella.

Bridget se encogió de hombros.

—Daisy no es mala persona. Y no te deseaba nada malo, créeme. Pero sabe muy bien con qué te enfrentarás si traes un bastardo al mundo. Pues así llamarán a tu hijo,

pequeña, sin que importe todo el amor con que lo hayas criado. Y eso no será agradable para tu hijo, Kathleen. ¡Yo misma soy una bastarda! Y a veces he pensado que habría sido una bendición que mi madre me hubiese matado en su vientre. Pero tú haz lo que creas conveniente, nadie te fuerza a nada. Y Daisy menos que nadie. Respecto a si deberías volver a su casa...

Kathleen la miraba con toda atención. La mujer prosiguió imperturbable.

—Mira, pequeña, tienes tres

posibilidades. Una es quedarte aquí. Daisy ya te ha hecho una oferta. Eres preciosa, chica, y ella ganaría una fortuna contigo, lo que duraría un par de años. Podrías dejar que te cuidaran al niño en algún lugar y pagar por ello...

—Pero ¡entonces no lo vería!  
—protestó Kathleen—. Serán otros los que lo críen.

Bridget hizo un gesto de resignación.

—En una casa de putas tampoco lo criarás como a un buen cristiano.

—¿Y las otras posibilidades?

—Otra, que te vuelvas a tu pueblo. Y la más inteligente es que te busques a uno que acepte mercancía usada...

—¿A qué te refieres? —  
inquirió la joven.

—A un hombre que se case contigo a pesar del niño. Eres tan bonita que tiene que haber un montón de hombres que te pretendan. Tendrán que aceptar al niño como un añadido. Y todavía más cuando seguramente aportarás algo de dote. —Bridget le dirigió una mirada penetrante. Algo debía

de sospechar del dinero de Michael.

Kathleen asintió.

—Ya —admitió—. Pero yo amo a Michael... no sería capaz de irme con otro...

—¡No te imaginas todo de lo que es capaz un ser humano! —la interrumpió con amargura Bridget—. Pero bueno, también puedes quedarte soltera. Tus padres probablemente te hagan la vida imposible, pero si tienes suerte no te echarán de casa. Y si lo hacen, hay otra posibilidad más.

—¿Cuál? —Kathleen se aferró a la última esperanza.

—Comprarte un billete de barco. Irte a América tal como habíais planificado. Pero te lo advierto: nadie puede asegurarte cómo te irá allí. Ni yo, ni nadie, da igual todo lo que cuenten. Tal vez sea la tierra prometida de la que fluye miel de las fuentes, pero también es posible que todavía sea más mísera y sucia que esta. Especialmente para las chicas. Todavía no he oído hablar de un país en que una mujer sea libre. Es

un riesgo. Si quieres correrlo, te ayudaremos hasta que zarpe el próximo barco.

Kathleen reflexionó mientras su corazón palpitaba con fuerza. Tenía miedo. Del barco atáúd, de una tierra desconocida... Suponía que también en América sería una vergüenza criar a un hijo sin marido.

—Podrías decir que eres viuda —apostilló Bridget como si le leyera el pensamiento.

A Kathleen le pasó una idea por la cabeza. Quizás un recurso para sí

misma y su nueva amiga.

—¿Vendrías conmigo, Bridget?  
—preguntó en voz baja—. Tengo...  
tenemos dinero para dos pasajes.  
Te lo pagaría. Y yo no estaría... no  
estaría tan sola...

Bridget se lo pensó un  
momento, pero luego negó con la  
cabeza.

—No, pequeña —susurró—.  
No tengo el valor, ya no creo en el  
Nuevo Mundo, hija mía, no creo ni  
en el cielo ni en la remisión, pero  
tampoco en la deshonra. ¿Qué  
responsabilidad tiene el pobre crío

de que su padre haya robado? Y encima por el más noble motivo. Pero eso no te salva. Y yo ya no tengo fuerzas para pasar por otro infierno. ¿Quién sabe lo que nos aguarda al otro extremo del mundo? —Suspiró—. Sé lo que tengo aquí. No es el paraíso, pero es mejor que otras cosas. No me atrevo a perderlo. Pero no me hagas caso, Kathleen. Ya soy demasiado vieja. Si volviera a tener dieciséis años lo haría. Pero ya no, pequeña. Lo siento.

La mujer apoyó su cálida mano

sobre el brazo de la joven, que suspiró. No se atrevería a marcharse sola, América nunca había sido su propio sueño, sino el de Michael. Se habría ido con él. Sola no tenía sentido.

Así pues, Kathleen eligió el segundo camino. Después de despedirse de Bridget y darle las gracias, emprendió el largo y pedregoso camino de regreso al pueblo. Esta vez no tenía ningún carro destartalado, y ya le iba bien. No tenía prisa por llegar. De todos

modos, todo el mundo murmuraría acerca de dónde habría estado y qué habría hecho.

Cuando se hallaba a medio camino, se encontró de frente con un carromato de los casacas rojas en el que iba encadenado Billy Rafferty. Por lo visto, conducían a Wicklow al segundo ladrón. Billy yacía sobre la paja del suelo con mirada ausente. Kathleen se tapó el rostro con el chal. No tenía ningún interés en el joven.

En el pueblo, su regreso despertó menos atención de lo que

ella había esperado. Los lugareños estaban más preocupados por Grainné Rafferty y su familia que por Kathleen. La ley había caído con todo su rigor sobre la cocinera, y Trevallion, el único que todavía habría podido oponerse a ello, no conocía la clemencia.

El ejército había ido a la casa de los Rafferty y echado a Grainné y sus hijos. La cocinera lloró y suplicó, pero los esbirros de la Corona eran inflexibles. Cuando la familia se quedó en la calle con las pocas posesiones que consiguió

salvar, derribaron las paredes de la casa y prendieron fuego a los restos.

La madre y sus hijos se retiraron entre sollozos. Nadie les brindó siquiera la posibilidad de alojarse temporalmente en su casa. Tenían hasta la noche para alejarse de las tierras de Wetherby.

—El único culpable de todo esto es Drury... —se lamentaba Grainné, señalando los escombros humeantes de la cabaña de los Drury.

No obstante, Fiona Drury y sus

hijos no le habían concedido a Trevallion el placer de ver cómo les desahuciaban. La misma noche, después de que apresaran a Billy, habían huido a las montañas.

—Tan cristianos que se hacían, pero, en el fondo, de la misma calaña que el abuelo —gruñía Grainné.

Sin embargo, seguro que Fiona también se había marchado llorando. La madre de Michael nunca había querido vivir en las montañas. Pero al menos para ella había habido una salida; en cambio,

para Grainné no había esperanza alguna.

—A lo mejor encuentras un empleo en la ciudad —la consolaba la madre de Kathleen—. Las chicas pronto serán mayores para trabajar...

Las mujeres del pueblo se iban acercando quejumbrosas a la condenada y le daban a escondidas pequeños obsequios. La señora O'Donnell le entregó, muy a su pesar, el último saquito de trigo de la reserva de regalos de Trevallion.

Grainné asintió agradecida.

Luego emprendió con sus hijos el camino hacia lo desconocido.

Kathleen soportó sin quejarse los reproches de su madre y el bofetón de su padre. No contó dónde había estado, pero los padres lo intuían.

—¡Y a estas alturas, Trevallion ya sabe lo que ocurre! —exclamó enfadada la madre—. ¡Con el buen partido que habría sido! Pero no, ¡tenías que irte con un bribón, un ladrón y un destilador clandestino! ¡Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que se eche tierra sobre

este asunto! Esperemos que al menos todavía seas virgen...

Kathleen no hizo comentarios. Su madre no tardaría en reparar en que las cosas se habían torcido del todo.

## 6

Las horas en el calabozo eran un infierno y el hecho de que dos días después del encarcelamiento de Michael encerraran a su lado a Billy Rafferty no mejoró la situación. Al contrario, Michael escuchaba ahora los gemidos y gritos de Billy durante el interrogatorio. La acusación se esforzaba en que los delincuentes

confesasen a base de golpes, pero Michael se mantuvo firme y Billy ya hacía tiempo que había dicho lo que sabía.

Michael apenas si soportaba el siseo del látigo, pese a que azotaba la espalda de su amigo. Le dolía más que los golpes que él mismo había aguantado. Ya hacía tiempo que había perdonado la traición de Billy. Asumía su culpa. Billy ni sabía apañárselas con dinero ni era capaz de seguir con el negocio del whisky. Involucrarlo en el robo había sido un error.

Michael tendría que haberse buscado un ayudante en las montañas o haber trabajado con sus hermanos más jóvenes. Jonny y Brian sabían callar. Pero en los últimos tiempos había tenido miedo de inducir a los niños al robo. Con Billy, por el contrario, no habían sido necesarias grandes dotes de persuasión. Este había participado encantado y ahora sufría las consecuencias.

El mismo Michael era tenido por un obstinado en la cárcel. Le retiraron incluso las mezquinas

porciones de papilla de avena de que vivían los presos de Wicklow Gaol. Pasó la Navidad de 1846 con agua y un pan enmohecido, en un calabozo oscuro como boca de lobo, pensando en Kathleen y oyendo los sollozos de Billy en la celda contigua. Desesperado, recurría a las hermosas imágenes del pasado. Evocaba el cuerpo pálido de su amada sobre la hierba, en el prado junto al río, recordaba cada beso y pensaba en el niño que ella llevaba en su vientre. ¡Este no podía ser el final! Michael estaba

decidido a volver junto a Kathleen, incluso si lo llevaban en un barco al otro extremo del mundo.

Para fin de año disminuyó el afán de los casacas rojas por obtener a la fuerza más información de Michael y Billy. Apareció en cambio un hombre peripuesto, cuyo traje había conocido tiempos mejores, y se presentó como su abogado. Michael escuchó cómo Billy le contaba, deshaciéndose en lágrimas, toda la historia. Él mismo se mantuvo una vez más en silencio.

No creía que el emperejilado abogado fuese capaz de hacer algo por él. El robo se castigaba con el destierro. Los juzgarían. Y el castigo daba más o menos igual. Quien iba a Australia, no volvía jamás.

Hasta ahora, pensó Michael obstinado. Él lo conseguiría. No había prisión de la que uno no pudiese escapar. No se podía amurallar todo un país, y si esa Australia era una isla, ¡él nadaría!

Michael anhelaba poder al menos escribir una nota a Kathleen.

Como la mayoría de los jóvenes del pueblo, dominaba los rudimentos de tal habilidad, pues el padre O'Brien se ocupaba de enseñar a chicos y chicas. Pero mientras permaneciera encarcelado no había nada que hacer. Incluso si hubiera dispuesto de un penique para comprar a los celadores habría tenido que pedir primero una lámpara. En su celda apenas distinguía nada situado más allá de un palmo de su nariz. Y por mucho que amara a Kathleen no estaba seguro de preferir papel y pluma a

un par de leños para calentar la gélida mazmorra.

El abogado les comunicó la fecha del juicio. Los juzgarían a principios de enero, en el cercano Palacio de Justicia. Tal noticia provocó un torrente de lágrimas a Billy, pero Michael se alegró. Si los juzgaban, ya no habría motivo para seguir torturándolos. No continuarían azotándoles y los encerrarían en las celdas situadas encima del sótano, donde seguramente haría más calor y la comida sería mejor. Michael volvió

a abrigar esperanzas y aguantó estoicamente el juicio sin decir ni una palabra.

—Podéis acortar la condena si os mostráis arrepentidos —señaló el juez, un hombre bajo y delgado, con una voluminosa peluca blanca, en quien Michael encontró un lejano parecido con Trevallion.

Billy casi se postró de rodillas delante de él y también en la sala de audiencias resonaron los llantos y lamentos. Grainné Rafferty y dos de sus hijos menores estaban presentes, pero Michael no había

reconocido a la regordeta cocinera a primera vista. Grainné tenía un aspecto demacrado y entristecido, sus hijos iban sucios y harapientos. Era evidente que los habían echado del pueblo y vagaban por las calles. Michael se preguntaba cómo podía ganarse la vida una mujer sin venderse. Con sentimiento de culpabilidad, pensó en las hijas de Grainné que no la habían acompañado. ¿Estarían en alguna esquina del muelle ofreciendo su cuerpo a los marineros?

Los padres de Michael tampoco

habían aparecido, pero la tercera vez que paseó la mirada por la gente presente en la sala —muchacha, pues se juzgaba a varios reos sucesivamente—, descubrió a Brian y Jonny en la fila posterior. Jonny le sonrió e imitó el chillido de un mochuelo. Michael sonrió pero los presentes se sobresaltaron.

Cuando el juez vio la expresión de Michael, se ofendió. Furioso, le acusó de faltar al respeto a la justicia, pero al joven le resbaló su reprimenda igual que antes los consejos supuestamente paternales.

La ocupación inglesa podía maltratarlo, juzgarlo y desterrarlo, pero no lo obligaría a tomarla en serio.

A continuación se declaró el fallo del jurado. Los siete años de destierro de Billy no supusieron ninguna sorpresa. Era la pena habitual por un delito de robo. Entre el público, al menos los irlandeses encontraron que diez años para Michael era una condena muy dura, pero los ujieres amenazaron con repartir bastonazos ante cualquier muestra de

descontento.

Michael aceptó la sentencia en silencio. Solo reaccionó cuando condujeron a los presos fuera de la sala y Jonny se acercó a él.

—¡Jonny! ¿Qué ha pasado con mamá? ¿Están todos bien?

El pequeño asintió.

—Sí, Michael. Te desea lo mejor; no ha venido porque el trecho era muy largo. No te guarda ningún rencor. —Sonrió—. Al contrario, diría yo. Papá y ella son uña y carne. No me extrañaría que este año tuviéramos algún hermano

más...

—¡Qué dices! —Michael soltó una risa, aunque algo forzada—. ¿Y... Kathleen? —preguntó a media voz.

Los chicos ya no vivían en el pueblo, pero Jonny seguramente seguía viéndose con sus viejos amigos.

El pequeño se encogió de hombros.

—No sé. No he vuelto a verla. Y los otros del pueblo apenas. Parece que los O'Donnell no la han echado de casa. Pero corren

rumores, claro. ¿Es verdad lo que dice Pat Monoghue? ¿Que está encinta?

Michael hizo un gesto de preocupación. El secreto de Kathleen se había descubierto. Ya debía de estar en el quinto mes. No se podía esconder un embarazo hasta el último día. Por supuesto, los padres se habrían enfadado con ella y la habrían castigado, pero al menos no la habrían echado de casa.

Michael no sabía si sentirse aliviado o decepcionado. Naturalmente, todo sería más

sencillo si Kathleen lo esperaba en el pueblo. No obstante, si la hubiesen expulsado de casa tal vez se habría animado a empezar una nueva vida en el Nuevo Mundo. ¡Y posiblemente Australia estuviera más cerca de América! ¡A lo mejor podía huir directamente allí!

—Dile que pienso en ella —  
pidió a su hermano, mientras los guardianes tiraban de él. Hasta el momento le habían permitido indulgentemente hablar, pero que enviara saludos a su amada ya era demasiado.

Poco después, Billy preguntó:  
—¿Y ahora qué pasa?

No los habían conducido de nuevo a los calabozos. Por fin llegaban las mejoras que Kathleen había negociado con ayuda de Bridget para hacer más llevadera la reclusión a Michael. El celador, fácil de comprar y de buen trato, había aceptado hacerlas extensivas a Billy. Le pagaba la prostituta veterana, que había estado en la sala de audiencias durante el juicio de ambos jóvenes y le había dado un penique más por el desesperado

cómplice de Michael.

Kathleen había dejado a la buena de Bridie dinero suficiente y esta, por su cuenta, sentía lástima del joven y de su familia. Desde el juicio, Billy compartía con Michael y dos hombres más una celda para cuatro algo espaciosa. Cada día tenían un par de leños y comida suficiente.

—Ahora esperamos a que zarpe el próximo barco hacia Australia —explicó uno de los compañeros de reclusión—. Y eso puede tardar. Si el invierno es largo, hasta mayo

no enviarán ninguno.

—Es posible que dependa también de lo rápido que lo llenen —opinó el otro—. Cuando la cárcel esté a reventar, partirán. ¡Poco les importa que se hunda!

Michael consideraba improbable esto último. Tal vez a la Corona inglesa no le importaran los presidiarios, pero un barco de esa clase era caro y la tripulación estaba formada por ingleses, probablemente navegantes experimentados. No trabajarían para un negrero. Michael nunca

había oído hablar de que se hubiese hundido un barco cargado de presos.

La mitad de presidiarios de Wicklow Gaol cumplía penas cortas y estaba obligada a trabajar, generalmente en labores sencillas y más bien aburridas, como fabricar cerillas. La otra mitad esperaba a que la embarcasen; era a los jóvenes más fuertes y a los criminales más peligrosos a quienes se enviaba a Australia. La mayoría estaba compuesta por ladrones que habían delinquido por

pura necesidad. Pero también había gente pendenciera y asesinos que continuamente buscaban camorra. El aburrimiento hacía el resto, había enredos, insultos y peleas.

Y los castigos eran terribles cuando los pescaban in fraganti. Michael, que era considerado un alborotador porque no estaba dispuesto a rendir pleitesía a los vigilantes ni a dejarse mangonear por los demás, pronto lo experimentó.

No veía el momento de librarse de los guardias de Wicklow Gaol.

Entretanto habían transcurrido los primeros meses de 1847. A principios de marzo, llevaron a Michael y los otros presidiarios, cuya deportación estaba prevista para la primavera, al médico de la prisión. Un indicio claro de que pronto se pondrían en marcha: se estaba reuniendo la primera remesa. Enviaban solo a hombres sanos y con cierta resistencia. A fin de cuentas, no viajaban en primera clase e Inglaterra no quería que le reprocharan haber provocado la

muerte de los reos. No obstante, había que contar siempre con pérdidas. La falta de espacio en el barco y la escasez de comida y agua propiciaba epidemias, infecciones y fiebres.

El doctor Skinning, un inglés cultivado, que con su cabello rojo y sus pecas podría haber pasado por irlandés, estudió con preocupación las estrías ensangrentadas de la espalda de Michael.

—Esto tiene que curarse antes de emprender la travesía —señaló—. Las heridas abiertas suelen

infectarse.

Michael rio con tristeza.

—Pues dígales a sus amigos los guardias que por un par de días no me colmen con su atención. Le aseguro que yo no soy el responsable de estas llagas.

Mientras el médico le hacía la revisión, auscultaba sus pulmones y su corazón, Michael deslizó la mirada por la enfermería. Llevaba semanas pensando en escaparse, en realidad, desde que había dejado el calabozo. Pero Wicklow Gaol era una prisión moderna y segura. Los

muros eran altos y gruesos, y los vigilantes concienzudos. Hasta el momento no había tenido ninguna posibilidad de huir.

Los presos que llevaban años en Wicklow le confirmaron esa impresión. Desde la nueva construcción de la cárcel, diez años atrás, todavía no se había escapado nadie. Pero tal vez las dependencias de la enfermería ofrecieran alguna oportunidad de fugarse. Michael no estaba dispuesto a arrojar la toalla tan pronto. Si la idea que se había

formado sobre la planta del edificio era correcta, la enfermería no estaba adosada a un muro exterior. Incluso suponiendo que hubiese podido escapar por una ventana, habría salido al patio de la cárcel. Además, las ventanas estaban tan enrejadas como las del área de los reclusos.

De todos modos, algo había llamado su atención. Sobre la mesa había papel y pluma, así como un cuaderno y un lápiz sobre el botiquín, junto a la balanza. Probablemente el médico anotaba

ahí las medicinas que cogía del armario o datos sobre los pacientes. Para los deportados se rellenaban formularios.

En ese momento el doctor Skinning escribía con esmero los datos de Michael. El joven aprovechó la oportunidad: cogió rápidamente el lápiz y dos hojas y se lo metió todo en el bolsillo de sus anchos pantalones de recluso. Sonrió al médico inocentemente cuando este le dirigió una mirada severa.

—¿Qué acaba de coger de ahí?

—preguntó con sequedad—. No mienta, le he visto. Ya puede devolverlo ahora mismo o llamo a los guardias. Esto último no sería lo más adecuado para que se cure su espalda...

Michael sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro. Ahora el doctor también lo consideraría un vulgar ladrón. Sin decir palabra, sacó las hojas y el lápiz del bolsillo y los dejó sobre el escritorio del médico.

Skinner enarcó las cejas.

—¿Lápiz y papel? ¿Nada del

armario?

Michael echó un vistazo a las botellas y cajas de píldoras del armario.

—¿Para qué querría yo esas medicinas? —repuso Michael.

El médico se encogió de hombros.

—Ni idea. ¿Drogarse? ¿Suicidarse? Los hombres lo intentan continuamente, y eso que la mayoría no sabe leer lo que está escrito en las botellas. Pero usted sí sabe, ¿no es así?

Michael asintió.

—Sé leer —admitió—. Pero todo eso es... latín, ¿no?

El médico asintió.

—Latín y a veces también griego. Vaya, vaya, o sea que es usted un chico listo, Michael Drury. Lástima que también sea un cabezota. ¿Para qué necesita papel y lápiz? ¿Espera que alguien de fuera lo libere? ¿Pertenece usted a una organización que tal vez planea un atentado en la prisión? Puede confesarlo ante mí o los guardias le sonsacarán la información a bastonazos. —El doctor se quedó

mirándolo con las cejas arqueadas.

El joven se echó a reír.

—A mí nadie me hace hablar a golpes —dijo—. Sé mantener la boca cerrada y, si es necesario, morir. Pero en este caso no se trata de ningún misterio. No tengo ningún amigo fuera con un arma prodigiosa. Solo a una muchacha en un pueblo junto al río Vartry que lleva a mi hijo en su vientre. Me gustaría escribirle una carta de despedida, darle un poco de esperanza...

Skinning movió la cabeza.

—¿Esperanza acerca de qué?  
¿Cree que va a volver usted aquí?  
¡Por todos los santos, Drury, sea  
razonable! Nadie regresa, pasará el  
resto de sus días en Australia, en  
Australia Occidental o en la Tierra  
de Van Diemen. Pero no tiene por  
qué ser algo malo. Es usted joven,  
ni siquiera ha cumplido veinte  
años. Claro que tiene que cumplir  
diez años de condena, pero luego  
puede convertirse en un colono  
libre. ¡Allá hay tierra en  
abundancia, Drury! Y respecto a los  
diez años... mencionaré en mi

informe que sabe usted leer y escribir. Esto lo convierte en un preso valioso, pueden encomendarle tareas más cualificadas que las de roturar simplemente la tierra. Siempre que sepa usted comportarse, claro está. Aproveche esos diez años, Drury. ¡Estudie el país, no considere la condena como una maldición sino como una oportunidad para empezar de nuevo!

Michael movió la cabeza.

—¿Y qué le digo a Kathleen?

—preguntó—. ¡Le había prometido

el matrimonio!

Skinning hizo un gesto de ignorancia.

—¡Olvídese de esa chica! Parece duro, pero es el mejor consejo que puedo darle. No volverá a verla. Y ahora coja el papel de carta adecuado, pluma y tinta y escríbale una bonita carta. Deséele suerte y no le dé esperanzas.

Michael pudo escribir la breve misiva en la consulta misma, mientras Skinning examinaba a los siguientes presidiarios. El médico

le había prometido enviarla, gratis. También había un par de celadores corruptos que franqueaban cartas, pero a cambio de un precio exorbitante. Michael no confiaba en ellos. Naturalmente, tampoco era seguro que ese médico fuera a enviarla sin leerla antes.

«Confía en mi amor, Mary Kathleen, y haz que nuestro hijo también confíe. Aunque todavía no sé cómo lo conseguiré, ¡volveré!»

Pocos días después metieron a los condenados al destierro en carros entoldados y los condujeron

al muelle. Michael había esperado que eso le brindara una oportunidad para escapar, pero los guardias se mantenían alerta. En la misma celda ataban de pies y manos a los agitadores como él, que fueron los primeros en arrastrarse hacia los carros entre el tintineo de las cadenas. En el interior sujetaban las cadenas a unas argollas afianzadas en el suelo del vehículo. Para poder huir, los presos tendrían que destrozar el carro.

Billy Rafferty volvió a gimotear cuando cayó junto a Michael en la

paja sucia que recubría el carro.

—Esto es el final —se lamentó—. Nunca más volveremos a ver nuestra tierra...

—¡Yo sí! —replicó Michael con resolución, y apretó el mechón de Kathleen que llevaba escondido en la manga de la camisa—. Yo volveré a ver Irlanda y me casaré con Kathleen. ¡No podrán tenerme diez años encadenado!

## 7

El embarazo de Kathleen ya no podía pasar desapercibido por más tiempo. En algún momento su madre había dejado de gritarle y su padre había renunciado a pegarle. A fin de cuentas, eso no servía para nada. Los primeros meses, durante los cuales un suceso piadoso podría haberla librado del niño, ya hacía tiempo que habían pasado. En lugar

de lamentarse y reñirla, los padres y los hermanos castigaban ahora a la muchacha con el silencio y el desdén, y la gente del pueblo cuchicheaba a sus espaldas.

Esa era la causa por la que Kathleen apenas salía y solía quedarse sola en la sofocante cabaña de su familia. Después de haber pasado la peor helada, la vida de los aparceros volvía a orientarse hacia el exterior. La falta de espacio en las pequeñas y ahumadas cabañas agobiaba a todos.

Kathleen, que se sentía siempre cansada, pasaba todo el día sollozando en su cama, hasta que un día su madre hizo valer su autoridad y la obligó a levantarse.

—¡A ver si haces algo útil, al menos! —le ordenó enfadada, señalándole el telar y la rueca—. ¡O te largas con tu bastardo! ¡Bastante trabajo va a darnos!

Kathleen se arrastraba hasta la rueca, pero cuando su madre salía de casa, sacaba la bolsa de Michael de debajo del jergón de paja y contaba el dinero. Pronto llegaría la

primavera y los barcos partirían hacia América... ¡Si pudiera hacer acopio de un poco más de fuerza y valentía! Pero al parecer, el niño que llevaba en su seno le consumía toda la energía... ¿o era tal vez el desdén y la maldad de la gente que la rodeaba? El único en el pueblo que le mostraba un poco de amabilidad era el padre O'Brien. El viejo sacerdote ya había visto caer a muchas muchachas y consideraba que ya no era momento para reproches.

Cuando Kathleen le confesó

entre lágrimas toda su historia, intentó incluso que el sacerdote de la prisión interviniera.

—Si Michael realmente quiere casarse contigo, a lo mejor puede bendecir vuestra unión —opinó O'Brien, proporcionando con eso varios días de ilusión a la joven. Pero la respuesta del clérigo llegó con el próximo correo. Desaconsejaba con contundencia que los presos se casaran antes de ser deportados.

«No se puede bendecir un matrimonio que nunca podrá

consumarse —escribió al padre O'Brien—. Por el contrario, con ello propiciaríamos el pecado. El joven permanecerá para siempre en las colonias y la muchacha en Irlanda. ¿Deben mantenerse toda su vida en castidad? Eso sería, claro está, lo deseable, pero la carne es débil. Además, con una boda antes de la deportación alimentaríamos la esperanza de que el hombre quizá regrese. No se integrará en el Nuevo Mundo, fomentaremos la rebeldía y la oposición, y aún más por cuanto Michael Drury no es un

siervo dócil y devoto del Señor. Sería pues mejor que la tal Kathleen O'Donnell se resignara a su suerte y la considerara una penitencia por su pecado. Puede servir como ejemplo disuasorio para otras muchachas del pueblo».

El padre O'Brien esperaba que Kathleen se echara a llorar cuando le comunicó la respuesta del capellán de la prisión. Pero las lágrimas no acudieron a los ojos de la joven y el sacerdote reconoció en ellos más rabia que dolor o contrición.

—¿Y qué pasa con el niño, padre? —preguntó con sequedad—. ¿Ese niño a quien la Iglesia niega el padre y un buen nombre? ¿Debo bautizarlo con el nombre de «Ejemplo Disuasorio»?

El religioso hizo un gesto de impotencia. Habría podido reprenderla por injuriar a la Iglesia, pero se abstuvo. En el fondo de su corazón estaba de acuerdo con ella.

Los primeros días de marzo salió el sol; a Kathleen casi le recordaban el otoño pasado y los

días felices con Michael. Apenas si soportaba la oscura cabaña, le habría gustado salir. Su madre, sin embargo, había traído lana para hilar en abundancia y para tenerla todo el día ocupada.

Estaba pensando precisamente en si debería sacar la rueca delante de la casa o si eso atraería sobre su persona la burla y el desprecio de los aldeanos que pasaran por allí, cuando alguien llamó a la puerta. Sorprendida, vio a Ian Coltrane delante de la casa.

El joven comerciante de

caballos le sonrió.

—Buenos días tengas, Mary Kathleen O'Donnell —dijo educadamente.

La joven hizo una leve inclinación y respondió al saludo.

—¿Qué te trae por aquí, Ian Coltrane? —preguntó, no con descortesía pero sí con recelo—. No tenemos caballo que vender y mi padre tampoco quiere comprar uno.

Ian sonrió con descaro.

—Un caballo no, señorita... Pero no vengo por eso. Quería

hablar contigo, Kathleen...  
¿Deberíamos entrar o ir a la plaza del pueblo? Si la gente te ve aquí a solas conmigo pueden pensar mal de ti.

La muchacha se preguntó si hablaba en serio.

—No serás tú el que me dé peor reputación de la que ya tengo —respondió—. A mí no me importa lo que la gente diga. Así que, ¿qué te trae por aquí Ian Coltrane?

Él sonrió.

—Bueno, uno de estos días tengo que volver a Wicklow otra

vez. Y quería proponerte que me acompañaras... En caso de que... de que quieras visitar otra vez a tu tía.

Kathleen bajó la cabeza. ¿Se estaba burlando de ella? ¿Se haría la desentendida! No quería sentir vergüenza.

—Mi tía hace tiempo que está bien —adujo.

Ian se encogió de hombros.

—Me alegro por ella —dijo—. Pero tal vez haya otra cosa que te lleve a Wicklow. Se dice que zarpa un barco de allí rumbo a Londres...

Kathleen frunció el ceño.

—Cada día salen barcos de Wicklow —le recordó.

Ian asintió y en sus ojos negros algo centelleó. Un brillo pícaro, travieso... ¿o con un asomo de malicia?

—Pero no todos llevan a condenados camino de Australia. Y me han dicho que a ti te interesa uno de ellos. Uno que parte en ese barco hacia Londres...

—¿A Londres? ¿Envían a Michael a Londres? Y de allí a... a... ¿Crees que podré verlo? —

Emocionada, agarró el brazo de Ian.

—No sé. Solo sé que el lunes temprano voy al mercado de caballos de Wicklow. Y si te encuentro delante del pueblo te llevaré de buen grado.

Kathleen reflexionó. Tendría problemas si se marchaba sin decir nada a sus padres. Era posible que se negaran a aceptarla de nuevo en casa. Pero seguro que eso ocurriría si les comunicaba que se iba. ¿Y qué esperaba Ian Coltrane a cambio de su ofrecimiento? ¡Su

ofrecimiento no era por puro amor al prójimo!

—¿Y tú qué ganas con eso, Ian?  
—preguntó desconfiada.

Él se encogió de hombros.

—Veré un cabello dorado agitado por el viento y unos ojos verdes brillando. Tal vez incluso unos labios rojos y tiernos me den las gracias...

—¡No me vengas con eso! —le espetó Kathleen—. No necesitas gastar cumplidos conmigo. De mí no sacarás más que un par de miradas y un par de palabras. Diga

lo que diga la gente.

Ian se inclinó galantemente.

—Jamás me habría pasado por la mente esperar de ti un acto inmoral, Mary Kathleen —dijo, sonriendo burlón—. Al contrario, te tengo en alta consideración. Una chica tan buena que sin pensárselo dos veces acude a cuidar a su anciana tía...

Kathleen apretó los labios. Su instinto le decía que no era una buena idea aceptar aquel ofrecimiento, pero su corazón ardía en deseos de volver a ver a

Michael, aunque no pudiese hablar con él. Incluso si solo veía el barco en el que se lo llevaban... Se consumía por estar cerca de él.

—Me... me lo pensaré... —  
contestó.

El joven sonrió.

—¡Te espero, pues!

El lunes al amanecer, Kathleen se deslizó fuera de la casa cuando creyó oír el carro de Ian. El vehículo de dos ruedas, del que esta vez tiraban dos burros, esperaba, en efecto, a la entrada del poblado.

—¡No te lo has pensado mucho!

—se mofó Ian, cuando la muchacha subió al pescante—. Pero puedo entender que a uno le guste ver zarpar los barcos... y todavía sería más bonito partir en ellos.

Sus ojos negros adoptaron un aire soñador. Parecía mucho más joven, más niño y honesto.

—Solo tienes que cogerle tres sacos de grano a Trevallion y tendrás tu billete gratis —replicó ella con insolencia.

Ian se rio. Luego empezó a hablar del mercado de caballos en

Wicklów. En esa época, primavera, la gente compraba animales de trabajo y esperaba vender los burros a buen precio. La chica echó una mirada fugaz a los animales y creyó reconocer al burro del jardinero en uno de ellos. Últimamente el viejo O'Rearke no dejaba de quejarse de que el animal era viejo y cojeaba. En ese momento, sin embargo, parecía más vivo y no arrastraba ninguna pata. Al parecer, Ian Coltrane tenía buena mano para rejuvenecer su mercancía.

Soltó una carcajada cuando Kathleen le hizo una observación al respecto.

—Sí, se podría decir así — señaló, y luego empezó a jactarse de sus logros.

Ella no le escuchaba. No tenía ganas de conversar, todos sus pensamientos iban dirigidos solo a Michael, cuya carta guardaba como un tesoro desde que el día anterior se la hubiese entregado el padre O'Brien.

—No debería hacerlo — casi se lamentó el sacerdote cuando retuvo

a Kathleen después de la misa—. Mi compañero, a través del cual me ha llegado esta carta, me aconsejó que la tirase. Pero tengo un corazón demasiado blando...

Y dicho eso puso la carta en la mano de la muchacha, rápida y furtivamente, para que los padres de ella no lo descubrieran. Kathleen había llevado la misiva durante horas de un lado a otro antes de quedarse por fin a solas. Tenía que ser de Michael y necesitaba tiempo y tranquilidad para leer sus palabras de

despedida. ¡Michael no la había olvidado! Regresaría. Y seguro que para él sería un consuelo verla entre la muchedumbre cuando el barco zarpase. La carta de su amado le había dado el impulso necesario para aceptar el ofrecimiento de Ian.

El tratante la dejó en el muelle antes de seguir con sus burros. Pasaría a recogerla para la vuelta.

—Disculpe, señor, ¿cuál es el barco de Londres? —Kathleen se dirigió tímidamente a uno de los marineros que estaba descargando

un cúter. El hombre le sonrió.

—¿El barco cárcel? No hay pérdida, chica, ¿ves ahí, donde está toda esa gente? También esperan echar un último vistazo a los maleantes que descargarán en la Tierra de Van Diemen. ¿Es tu hermano o tu novio, cielito?

El marinero le dio un repaso lascivo.

—¡Ah, el marido! —rio—. Pues vaya... de ese no volverás a saber mucho en esta vida. Pero en caso de que te busques uno nuevo, a mí me darías una alegría, cielo. ¡A

una chica tan guapa no se la deja escapar! —La agarró del brazo.

Kathleen se soltó y corrió hacia la dirección que le había indicado. En efecto, ya esperaban allí unas cincuenta personas, entre ellas Grainné Rafferty. Cuando Kathleen quiso acercarse a ella, la mujer escupió.

—¡Ahí está la puta que ha traído la desgracia a mi Billy! —espetó—. La delicada Mary Kathleen que pretendía el administrador pero que se llevó a la cama al peor granuja. ¿Qué pasa,

Trevallion ya no te quiere? ¡A ti tendrían que echarte y no a mi Billy, que en toda su vida no ha hecho nada malo!

La antigua cocinera vociferaba y soltaba improperios mientras la gente miraba a Kathleen más bien con piedad. Al final consiguió alejarse de la vieja cocinera sin enterarse de dónde vivía en la actualidad Grainné y su familia, ni de cómo estaban.

Había clareado pero no era un resplandeciente día de primavera, sino una mañana gris y lluviosa.

Kathleen temblaba de frío envuelta en su delgado y holgado vestido. Había pertenecido a su madre durante los cinco embarazos. Estaba raído por el paso de los años y el chal de la joven tampoco era de mucho abrigo. Además, empezaba a sentir hambre, pues se había marchado sin desayunar.

El niño protestaba dentro del vientre. En el muelle no sucedía nada. Pese a que la muchedumbre crecía, los presos no hacían acto de presencia. Hacia el mediodía aparecieron unos marineros en

cubierta que se dispusieron a preparar las velas obedeciendo las órdenes del primer oficial. Y entonces, cuando Kathleen ya estaba temblando de hambre y frío, por fin se acercó una fila de carros entoldados. La muchacha contó seis vehículos de transporte de presos, con guardias en el pescante, además de la milicia que custodiaba el convoy. Los soldados se apostaron entre la muchedumbre de los que esperaban y los carros. La esperanza de poder intercambiar unas palabras con su amado se

desvaneció.

Condujeron los vehículos lo más cerca posible del barco. Los presos solo tenían que dar unos pasos para subir a cubierta. Algunos se arrojaban sollozando al suelo para besar por última vez la tierra irlandesa. Otros se comportaban con estoicismo, sin mirar atrás. Y los había que intentaban desesperados distinguir a sus familiares entre la multitud agolpada en el muelle.

Los hombres que salieron del último carro no disponían de

ninguna de estas posibilidades. Fuertemente atados de manos y pies, se arrastraron hasta el barco conducidos con rudeza por guardias que les increpaban y maltrataban. Kathleen gritó al reconocer a Michael entre esos infelices. Gritó su nombre, pero también el resto de la muchedumbre gritaba el nombre de sus esposos, hermanos e hijos. Era imposible que los presos distinguieran las voces de sus seres queridos.

Michael no se volvió. No podía imaginar que Kathleen estaba en el

muelle. Cuando desapareció con sus cadenas en el barco, la joven se derrumbó entre sollozos.

—No llores, pequeña, no es bueno para tu bebé —dijo una voz compasiva a su lado—. Y debes tener cuidado, al menos es lo que te queda de él.

Una mujer muy pobre pero de aspecto maternal la ayudó a levantarse y la acompañó hasta un murete donde podía sentarse.

Kathleen la miró sin comprender. Le hacía bien que alguien le dijera algo amable sobre

el niño que crecía en su seno. Y la mujer estaba en lo cierto. Había perdido a Michael, pero el pequeño ser que estaba en su vientre era una parte de él. Tenía que alegrarse de ello en lugar de renegar de su destino.

—Y ¿usted? —balbuceó, señalando el barco que en ese momento partía.

La mujer la comprendió.

—Mi hijo... —susurró—. Y no me deja ningún nieto. Ha tenido dos hijos, pero la hambruna... Al final robó una oveja, pensó que un poco

de carne podría mantener con vida al hijo que le quedaba. Pero no era un ladrón hábil. Lo encerraron y yo enterré a su esposa y al niño... Qué tiempos estos, muchacha...

La anciana la rodeó con un brazo y ambas contemplaron cómo el barco se alejaba. En cuanto salió del puerto, aceleró paulatinamente la marcha. La lluvia puso su parte para que desapareciera veloz en la neblina. Kathleen lloraba en silencio. A la mujer que estaba a su lado ya se le habían agotado las lágrimas. Ninguna de ellas oyó el

carro que se abría camino con lentitud entre la muchedumbre que se dispersaba.

—¿Ya estás lista? —preguntó Ian Coltrane.

Kathleen se levantó.

—Yo...yo... —Pensaba que tenía que dar una explicación a la mujer. Pero esta se encogió de hombros.

—Está bien, pequeña, está bien que mires hacia delante. Y debe ser un buen hombre si te trae aquí para que te despidas del otro... —Y abrazó a la chica otra vez con gesto

cariñoso y maternal—. Yo también debo irme. Que Dios te acompañe, hija.

Excitada, temblando de frío y debilitada a causa del hambre, Kathleen subió al carro. Ian le tendió en silencio una manta para que se envolviera. Bajo el asiento guardaba una bolsa con pastel de carne y una botella de cerveza.

—Recupérate —dijo conciso.

Kathleen mordió con avidez ese manjar sin duda caro y se preguntó lo mismo que también había pensado la mujer del muelle: ¿por

qué Ian hacía todo eso por ella?

Durante todo el camino de vuelta temió que el tratante exigiese una recompensa por haberla llevado. Ella no habría podido impedirselo. Salvo ellos, no había ni un alma en la carretera ese desapacible día de lluvia. Pero no sucedió nada, Ian incluso aceptó su persistente silencio. Cuando llegaron al pueblo, ella se atrevió a preguntarle.

—No soy para ti una buena compañía, Ian Coltrane. Lo siento. Y además la gente murmurará si te

ve conmigo. ¿Qué ganas haciendo esto?

Ian la miró de reojo, escrutador.

—A lo mejor es que quiero que pienses que soy un tipo amable.

—¿Qué más te da lo que yo piense? —repuso Kathleen,

cansada—. Y qué me importa a mí que tú seas un tipo amable o un...

—Casi se le escapó «chalán», pero se contuvo a tiempo.

Ian hizo un gesto de indiferencia.

—Quería que lo vieras partir

—respondió. El brillo de sus ojos

desmentía su aparente tranquilidad —. Ahora sabes que se ha ido y puedes olvidarlo.

Kathleen no respondió, pero se alegró cuando aparecieron las primeras casas del pueblo detrás de la curva de la carretera: ya tenía un pretexto para apearse. Ian Coltrane le resultaba extraño. Pero ahora ya no tenía que ocuparse más de él.

La joven anduvo los últimos pasos bajo la lluvia, pensando en las palabras de aquella anciana. Michael se había marchado, pero había dejado un hijo. Un vínculo

que siempre los uniría. Y le había prometido que regresaría... Kathleen susurraba una canción de cuna cuando llegó al pueblo.

El recibimiento en la cabaña de su padre fue descorazonador. Claro que sabía que tendría problemas, pero el brutal bofetón con que él la recibió la pilló desprevenida. Reculó asustada y estuvo a punto de caerse.

—¿De dónde has sacado el dinero, so puta? —James O'Donnell agitaba la bolsa de

Michael ante la cara de su hija—. Escondes una fortuna en mi casa y no me dices nada. ¿De dónde sale esto, Kathleen, qué has hecho para conseguirlo? ¿Lo has ganado haciendo la calle?

La chica sollozó. Las palabras le dolían más que el golpe.

—Me lo dio Michael —admitió al final—. Y es del niño... No tienes derecho...

—¡Tengo todo el derecho del mundo! —bramó O'Donnell—. A mí me tocará ser el tutor del bastardo. Así que te lo dio Michael.

¿Y él de dónde lo sacó? Seguro que destilando whisky ilegal, robando...

—¿Vale por eso menos?

Sabía que su actitud era impertinente y desvergonzada, pero estaba harta. Quería acabar de una vez. Si su padre tenía que coger el dinero, que fuese sobre su cadáver. Solo deseaba poder hundirse en su jergón y ocultar la cabeza bajo la manta.

Pero entonces intervino la madre.

—Da igual de dónde haya

salido —dijo Erin O'Donnell con los labios apretados—. Lo importante es adónde irá. ¿No lo entiendes, James? Este dinero es un regalo del cielo. Salva nuestro honor.

O'Donnell la miró receloso y Kathleen no entendió nada.

La madre se llevó las manos a la frente.

—¡Por Dios, James! ¡Son veinticuatro auténticas libras inglesas! ¡Con ellas le compraremos un esposo! — Arrebató la bolsa a su marido y la

arrojó triunfalmente al aire frente a Kathleen para volver a cogerla—. ¡Este dinero, mi querida Mary Kathleen, será tu dote!

## 8

El domingo siguiente, Ian Coltrane apareció en la iglesia vestido de forma más discreta de lo habitual. Había cambiado su chaqueta a cuadros por una elegante levita oscura. Después del oficio, le pidió educadamente a James O'Donnell una entrevista.

Y poco después, delante de la chimenea de su mísera cabaña,

pidió la mano de Mary Kathleen.

—Puedo mantener a su hija, O'Donnell, mejor que la mayoría de los hombres de por aquí. Todavía vivo en casa de mi padre, pero puedo acondicionar dos habitaciones en el establo para nosotros... no será por mucho tiempo.

—¿No por mucho tiempo? —repuso O'Donnell con gravedad—. ¿Qué significa eso? ¿No está en tus planes un matrimonio duradero?

Ian rio.

—No; ¡quiero a su hija para

siempre! No me la arrebatará ningún otro, se lo aseguro. Pero no quiero pudrirme aquí en este nido de inmundicia. Ya estoy harto de la hambruna, señor O'Donnell. Y también de patronos ingleses a los que dorar la píldora para conservar mi licencia de comerciante. ¡Del alquiler y los impuestos que nos devoran lo poco que ganamos! No quiero hablar en contra de Irlanda, señor O'Donnell. Es una tierra hermosa que se llegaría a amar si se pudiera. Pero no tengo talento para hacer la revolución ni para ser

un pelota. Eso significa que tengo que irme. Y estoy dispuesto...

—¿A América? —intervino Erin O'Donnell—. Señor Coltrane, usted podrá creer que eso es una aventura con final feliz, pero la mitad de los emigrantes mueren en el barco. Y Kathleen... ¿Sabe que está embarazada? —La mujer se sonrojó.

La joven presenciaba en silencio la conversación. Quería intervenir, pero era como si no pudiese salir ningún sonido de su garganta.

Ian Coltrane arqueó las cejas.

—Lo sé, señora O'Donnell, no estoy ciego. Ni soy tonto. No hay nada que me tiene en esos ataúdes flotantes. Y tampoco en las fábricas de Nueva York. Un primo mío está allí y escribe de vez en cuando. Es otro tipo de infierno que el de aquí, pero infierno a fin de cuentas. No, señora, quiero hacer fortuna. Quiero ir a un nuevo país, totalmente nuevo, donde nadie escupa delante de un irlandés y le llame «Paddy»... Además, los barcos que llevan hasta allí están

mejor acondicionados. El viaje es más largo, y por eso la Corona envía inspectores que observan su mantenimiento y los alojamientos. No se trata de un país extraño que no interesa a Inglaterra: los británicos no pierden sus derechos y los irlandeses los adquirimos. Naturalmente, es algo más caro que la buena vieja América, por eso todavía tengo que ahorrar. Pero en dos años, como mucho...

James O'Donnell frunció el ceño.

—¿Y cómo se llama esa tierra

prometida? —preguntó escéptico —. De la que nadie ha oído hablar por aquí.

Ian sonrió y sus ojos brillaron.

Kathleen se percató de repente de qué era lo que la asustaba tanto. Cuando antes había hablado de casamiento, sus ojos no brillaban. Ian parecía estar al acecho, como un comerciante que cierra un negocio. Un chalán que esconde sus verdaderos motivos.

—Nueva Zelanda —respondió Ian—. Descubierta hace cien años, creo. Su aspecto se parece un poco

al de nuestra tierra, pero apenas está ocupada. Un par de tribus indias o así... pero pacíficas, al menos la mayoría. Allí donde quiero ir no hay ninguna, solo hay ovejas. Un lugar ideal para el comercio de ganado y la cría, aunque hay que introducir los animales pues allí no hay más que pájaros...

—¿Y dónde se supone que está?  
—intervino por vez primera Kathleen—. ¿A quién pertenece?

—¡No pertenece a nadie! —  
contestó Ian triunfal—. Bueno, es

una colonia inglesa o algo similar, pero cualquiera puede instalarse... ¿Dónde se encuentra? Lejos, muy lejos, en algún lugar de los mares del Sur... Pero esto da igual, el capitán sabrá llegar. ¡Y a nosotros nos espera tierra, libertad y una nueva vida! Por eso quiero llevarme a Kathleen, James O'Donnell...

—¿Y a su hijo? —preguntó Erin con aspereza.

Ian se encogió de hombros.

—Vendrá al mundo donde sea. Pero es mejor que nazca en un país

donde nunca hayan oído el nombre de Drury. Lamentablemente, no podré reunir el dinero tan rápidamente. Pero te prometo, Kathie, que nos habremos marchado antes de que el niño oiga la palabra «bastardo».

Kathleen experimentó un leve consuelo. ¿Se preocupaba Ian realmente por su hijo? ¿Lo criaría como si fuera suyo? ¿Con todas las consecuencias? Deseó poder confiar en él.

Erin O'Donnell respiró hondo y lanzó a Kathleen y su esposo una

mirada triunfal.

—No te preocupes por eso, Ian Coltrane. Esta chica tiene su dote. Puedes reservar los billetes, Ian. Pero primero presentas tu solicitud de matrimonio en el registro civil y te casas. ¡Antes de que Kathleen reviente las costuras de todos sus vestidos!

Kathleen casi reventaba, pero sobre todo de indignación.

—¿Y yo? —preguntó enfadada—. ¿A mí nadie me pregunta?

Tres pares de ojos fríos se la quedaron mirando. ¿Perplejos? ¿O

despiadados?

—No —respondió lacónico James O'Donnell—. Al menos no antes de que te presentes delante del sacerdote. Y que Dios te perdone si entonces...

Erin O'Donnell resopló.

—Eso no me preocupa —dijo—. Mi hija sabe decir que sí.

Mientras los padres emprendían las negociaciones de la llamada «petición de mano», Kathleen salió corriendo. No quería saber nada del whisky que Ian había llevado ni de la botella, cuya forma le recordó

el whisky clandestino que Michael repartía entre la gente. Le urgía hablar con alguien, con alguna persona de buenas intenciones para con ella. Kathleen suspiraba por Michael. O por Bridget, la veterana meretriz. O la mujer del muelle... sería maravilloso poder hablar con ella en ese momento.

Al final acabó en la parroquia del padre O'Brien. El sacerdote sonrió cuando la vio parada ante su puerta, jadeante, con el cabello revuelto y huellas de haber estado llorando.

—Pasa, Mary Kathleen —la invitó con tono afable—. Sabes que aquí eres bienvenida. ¿Quieres confesarte, hija mía? Ayer no estuviste ahí...

—¿Qué tengo que confesar, padre? Mis antiguos pecados están a la vista de todos. Y cometer nuevos... junto a la rueca o en el telar no es posible.

—También podemos pecar con el pensamiento, Mary Kathleen —señaló el sacerdote con fingida severidad—. Pero pasa, estás muerta de frío con ese vestido tan

ligero.

La joven entró en la pequeña parroquia, no más comfortable que la cabaña de su familia. Sobre la mesa había un vaso y una botella de whisky, seguramente de la producción de la familia Drury.

—¿Quieres? —Señaló el alcohol—. Tienes aspecto de necesitarlo. ¿Qué pasa, Mary Kathleen? —La condujo a una silla junto a la mesa.

Ella se sentó y tomó aire.

—¡Ian Coltrane quiere casarse conmigo! —anunció.

O'Brien escuchó en silencio una historia algo confusa sobre el dinero de Michael y los planes de Ian.

—¿Te refieres a que el joven Coltrane sabía algo de tu bolsa? — preguntó al final—. Tal como lo cuentas...

Kathleen hizo un gesto de ignorancia.

—No lo sé, padre. Es imposible que lo supiera. Pero Ian... es raro, padre. A veces me parece como si supiese todo...

El sacerdote se echó a reír.

—Seguro que no, hija. A no ser que quieras acusarlo de tener trato con el diablo. Y algo así me resulta inimaginable. Incluso en un timador. El mulo que vendió a William O'Neill... pero eso es harina de otro costal. Bien, centrémonos. No tienes mucha elección, Mary Kathleen, si deseas un padre para tu hijo.

—Pero ¡el niño tiene padre! Michael regresará. ¡Lo prometió! ¿Y qué pasará si no me encuentra? ¿Si yo estoy en... en...?

—En Nueva Zelanda —la

ayudó el religioso—. Pero de esa forma estarías bastante más cerca de Michael, pequeña. Si bien, naturalmente, una vez convertida en la esposa de Ian te estará prohibido pensar en otro hombre.

—¿Más cerca? —Kathleen se irguió.

El viejo cura advirtió complacido cómo la vida y el espíritu combativo volvían a los ojos verdes de la joven.

—Ven y compruébalo tú misma.

O'Brien sacó un globo terráqueo del armario donde

guardaba el material para las clases de la escuela.

—Mira, aquí está Irlanda. Y aquí, Londres, adonde llevan ahora a Michael. Desde ahí partirá hacia Australia. ¿Ves? A través del Canal, por el Atlántico, rodeando África y pasando junto a Madagascar. Y luego aquí, atravesando el océano Índico. Aquí esta la Bahía de Botany, Kathleen, y la Tierra de Van Diemen. Es una isla frente a Australia. Aquí, ¿la ves?

Kathleen siguió con la mirada el dedo del sacerdote, que trazaba

una ruta interminable por el globo. Todas sus esperanzas se desvanecieron. ¡Michael nunca regresaría a Irlanda! Era imposible. Se podía huir de una cárcel, pero no navegar por medio mundo sin dinero, sin licencias y sin documentos.

—Y mira aquí abajo. — O'Brien señaló dos islitas en comparación con Australia, al sureste de esta—. He ahí Nueva Zelanda.

Kathleen la contempló fascinada.

—¡Está... está de verdad muy cerca! —exclamó emocionada.

El sacerdote hizo una mueca.

—Más de tres mil kilómetros, Kathleen. Si eso te parece cerca... pero, claro, más cerca que Irlanda sí que está.

—Y ese país... nunca había oído hablar de él. Esas islas en los mares del Sur... ¿no están llenas de caníbales?

O'Brien rio.

—Bueno, esta está llena de protestantes, que en general resultan difíciles de evangelizar. Casi todos

los inmigrantes son ingleses y escoceses, y algunos alemanes. Hasta ahora no he oído hablar de los indígenas. Tampoco hay muchos asentamientos, solo un par de estaciones de pesca de la ballena, de cazadores de focas y de aventureros. No te imagino en sus campamentos, pero Ian tampoco se instalará allí; a fin de cuentas, no compran caballos...

—Ian habló de las Llanuras de Canterbury... —recordó Kathleen.

El sacerdote asintió.

—Sí, he oído hablar, la Iglesia

de Inglaterra planea fundar allí ciudades y dicen que el entorno es muy apropiado para la cría de ganado. Ian podría convertirse en una persona realmente honorable con que se esforzase solo un poco. En cualquier caso, allí ganará dinero. Así que piénsatelo, Mary Kathleen. Y no temas, no te casaré con ningún hombre que te resulte repugnante, da igual lo que quieran tus padres. Reflexiona. Y recuerda: no tienes muchas opciones.

La joven suspiró. Luego volvió a mirar el interminable trayecto

desde Irlanda hasta Australia, y lo cerca que quedaba en comparación Nueva Zelanda.

—¡Ya me lo he pensado, padre!  
—dijo acto seguido—. ¡Iré a Nueva Zelanda!

El viejo sacerdote movió la cabeza.

—No lo dices en el orden correcto, Kathleen —susurró—. Primero has de decir: «Quiero casarme con Ian Coltrane». En las alegrías como en las penas...

El padre O'Brien unió en matrimonio a Ian y Kathleen dos

semanas más tarde en su pequeña iglesia. Kathleen había buscado todos los pretextos posibles para postergar la ceremonia. Primero afirmó que quería casarse en su nuevo hogar y luego recurrió al argumento de que así podría ir vestida de blanco. Su madre miró con sorna el redondeado vientre de su hija.

—¡Ni pensarlo, Mary Kathleen!  
—replicó con severidad—. No puedes marcharte de viaje con Ian sin estar casada. ¿Y quién os va a unir en matrimonio allí abajo? ¿Un

reverendo anglicano? ¿A ser posible uno ciego para que no vea tu estado? ¿Y qué pasa si el niño nace durante el viaje? ¿Traerás al mundo en medio del océano a un pobre bastardo que no tendrá padre ni patria?

—Tendrá padre, por eso he aceptado todo esto... —refunfuñó la hija. Sabía que sus objeciones eran majaderías infantiles. El padre O'Brien tenía razón: Nueva Zelanda significaba tener que casarse. Pese a la cercanía espacial, estaría muy lejos de

Michael.

Kathleen se moría de vergüenza cuando al final tuvo que ponerse junto a Ian ante el altar, eso sí, con un vestido nuevo y de corte holgado de color verde. Aunque el sacerdote la habría reñido más de haber sabido que había escondido la carta de Michael y su mechón de cabello en el escote y que los llevaba en ese instante junto a su corazón. En el fondo ya estaba engañando en ese momento a su marido, pero nadie lo sabría. Hacía tiempo que Mary Kathleen no

confesaba todos sus pensamientos pecaminosos.

Ian había sido generoso destinando una parte de la dote de Kathleen para la celebración, y la buena comida al menos consiguió acallar las más crueles críticas. De todos modos, poco importaba lo que en el pueblo se rumorease respecto a que la muchacha se hubiese casado con Ian. Tres días después de la boda, la joven pareja partió hacia Dublín. Y el 5 de abril, el *Primrose* zarpó de Londres hacia Port Cooper, un puerto cercano a

las Llanuras de Canterbury, la zona que iba a dedicarse en el futuro a la cría de ganado.

Kathleen no tenía demasiado miedo de pasar la noche de bodas con Ian. Sentía ciertos reparos hacia su nuevo marido, pero su cuerpo no le producía rechazo y los recuerdos que conservaba de su relación con Michael eran estupendos. También había esperado que Ian fuera indulgente con ella al principio, pues el niño que llevaba en su seno obstaculizaría el acto. No obstante,

Ian no se amilanó por ello y tomó posesión de su joven esposa ya la primera noche.

No lo expresó así, por supuesto, pero Kathleen lo sintió como tal. El trato se había cerrado, el apretón de manos ya estaba dado y a partir de entonces ya se podía montar la yegua. Ian hizo esto último con poca ternura. Evitó las carantoñas y penetró sin miramientos a su flamante esposa.

Cuando Kathleen gimió a causa de la sorpresa y el dolor, Ian le preguntó:

—¿Y ahora qué pasa? No querrás hacerme creer que todavía eres virgen, ¿verdad?

Kathleen guardó silencio a partir de entonces y se quedó quieta hasta que el acto concluyó. Esperaba que no hubiese hecho daño al niño, pero no se preocupó demasiado. En las diminutas cabañas de los aparceros, a los niños no les pasaba desapercibido cuando sus padres mantenían relaciones sexuales, por mucho que estos evitaran hacer ruido. Y el padre de Kathleen había

reivindicado sus derechos hasta el final de los embarazos de su esposa. Erin O'Donnell había aguantado, y ahora le tocaba a Kathleen el turno de aguantar, además de evitar un pecado: nunca podría pensar en Michael mientras Ian la poseía.

# BONDAD

INGLATERRA, LONDRES

TIERRA DE VAN DIEMEN

NUEVA ZELANDA, PORT COOPER

Y

LLANURAS DE CANTERBURY

1847-1850

# 1

A Lizzie Owens le habría gustado ser buena. También sabía más o menos cómo se conseguía, a fin de cuentas el pastor del orfanato les hablaba de ello sin cesar. Las chicas buenas no robaban, no contaban mentiras y tampoco se entregaban a los hombres a cambio de dinero. De ahí que fueran por todos apreciadas, Dios las

contemplase desde lo alto complacido y al morir fueran al cielo.

El dilema de Lizzie era, simplemente, que ya tenía diecisiete años y todavía no quería ir al cielo. Renunciar a todas las cosas prohibidas enseguida habría conllevado una muerte prematura a causa del hambre, que también habría afectado a Hannah, Toby y Laura. Ya podía darle todas las vueltas que quisiera: le resultaba imposible dejar de robar, mentir y prostituirse, y por eso acabaría en

el infierno. Aunque no tan pronto.

Ese día de principios de 1847 se despertó hambrienta como siempre, y además hacía frío. Sobre todo después de apartar la delgada y mugrienta manta y de empujar a un lado cuidadosamente a los niños. Toby y Laura solían apretujarse contra Lizzie mientras dormían con ella desde que Hannah se llevaba a su querido Lucius al cobertizo de madera de Whitechapel. Como si aquel desangelado agujero, que servía de refugio contra la lluvia en un hueco entre dos casas de piedra,

no fuera ya de por sí demasiado pequeño para cuatro personas...

En cualquier caso, Lizzie odiaba tener que meterse detrás de una cortina andrajosa cada vez que venía un cliente, mientras Hannah preparaba, al lado, la comida de los niños. Conseguía apretar los dientes y no hacer ruido cuando los hombres se servían de ella. Pero Hannah no lo lograba, por eso Lizzie siempre intentaba salir con los críos. A veces también les cantaba, pero entonces los hombres solían quejarse. Con la voz de

Lizzie de fondo no se podía hacer gran cosa.

Ahora eso daba igual, pues recientemente Hannah tenía a Lucius y era ineludible que los niños se enterasen de lo que ambos hacían en la cama que había junto a la puerta.

—Pero ¡a cambio tienen un padre! —replicaba Hannah imperturbable—. ¡Lucius aportará dinero y nos protegerá!

La mayoría de las veces, sin embargo, Lucius ya estaba demasiado borracho al mediodía

para andar recto. Ni siquiera hubiese sido capaz de defenderse a sí mismo, mas no corría ningún peligro, ya que no tenía nada que pudieran quitarle. Justo el día anterior se habían peleado porque él no trabajaba.

Lizzie deslizó la mirada incrédula por el sucio colchón que compartían Hannah y Lucius. Había esperado verlos a los dos allí tendidos y abrazados, pero de hecho Hannah solo abrazaba su roída manta. ¡Así que Lizzie no se había imaginado el ruido que había

oído al amanecer! Lucius debía de haberse levantado para ir a trabajar.

Tampoco era tan difícil ganar un poco de dinero. Los hombres casi cada día tenían trabajo en el puerto. Había que cargar y descargar los barcos que zarpaban o llegaban de ultramar, y para eso se contrataban jornaleros. Pero había que estar en el muelle al amanecer, y los holgazanes como Lucius lo conseguían como mucho una vez al mes.

Lizzie se cubrió con la mantilla

y se dirigió a tientas hacia el fogón. Suspiró aliviada cuando encontró un rescoldo. Todavía quedaban dos leños gracias a los cuales se caldearía un poco la habitación antes de que los niños se levantaran. Y a medida que el día transcurriese, el sol los calentaría.

Se desperezó. No hacía nada de mal tiempo. No llovía, pues los cubos que habían distribuido bajo las goteras estaban vacíos. Y por la noche había quedado un mendrugo de pan. Con él recobraría fuerzas y podría bajar al puerto.

Por la noche debían de haber atracado barcos llenos de marineros hambrientos de mujeres. Hannah, que era más dormilona, no se lo creía, pero Lizzie solía encontrar por las mañanas a sus mejores clientes y, la mayoría de las veces, no tenía que llevárselos a casa. Las pensiones por horas alquilaban las habitaciones más barato de madrugada.

Lizzie buscó en vano el trozo de pan. Cuanto más y más inquieta palpaba el armario, más crecía en ella la sospecha. ¡Ese maldito

Lucius! ¡Se había zampado el último mendrugo de su chica y sus desnutridos bastardos!

El primer impulso de la joven fue despertar a Hannah para recriminárselo, pero imaginaba muy bien cómo iba a reaccionar su amiga: «¿Tiene que ir a trabajar con el estómago vacío? Encima que se levanta a media noche para ir a ganar unos peniques...»

Por el momento, a Hannah no se le podía hablar. Su amor por Lucius era ciego. Aunque Lizzie dudaba de que ese tipo llevara a casa ni medio

penique por la tarde. En el mejor de los casos, compartiría la última botella de ginebra con Hannah y Lizzie. En los niños no pensaba jamás.

Fuera como fuese, Lizzie tenía que cambiar de planes. Solía atraer a los hombres, pero para poner una sonrisa en su rostro, que la embelleciera a los ojos masculinos, necesitaba un poco de energía. A los clientes no les gustaba que su estómago protestara mientras ellos se afanaban encima de ella. Tenía que comer algo. Al menos

necesitaba un poquito de pan...

Resignada, buscó el vestido y el sombrerito y dio gracias al cielo de que Lucius no hubiese tocado el agua para lavarse que el día anterior ella misma había juntado. La limpieza no era lo suyo. Temblando de frío, Lizzie se remojó el rostro con el líquido helado, se frotó para secarse y se cepilló el cabello.

Siempre intentaba presentar un aspecto aseado al salir del cobertizo y evitaba, al menos durante el día, el llamativo

maquillaje de las de su oficio. Tampoco la perjudicaba: a algunos de los clientes les gustaba montárselo con una chica que parecía decente y que además era tan joven como aparentaba. Lizzie examinó su aspecto en el pedazo de espejo que Toby había encontrado entre la basura y que le había regalado.

Toby acababa de cumplir cinco años, pero ya sabía distinguir qué objetos eran valiosos. Si le dejaban rebuscar en los grandes cubos de basura de los ricos, encontraba

cristal y metal viejo que podía venderse, con lo que aportaba a la familia más medios de subsistencia que Lucius. Hannah lo sabía, y con frecuencia se limitaba a dejar al niño en la calle, otra cosa que Lizzie le reprochaba. El niño todavía era muy pequeño para defenderse de otros golfillos de la calle. Y aún peor, podían raptarlo. Había bandas en Londres que adiestraban a niños para convertirlos en ladrones de carteras y mendigos. Lizzie sentía espanto de ello.

Se enderezó el sombrerito que había comprado el año anterior en el mercado de ropa usada. La verdad es que no podría habérselo permitido si la mujer del mercado no se hubiese quedado prendada de su sonrisa y se lo hubiese vendido por un precio irrisorio. Lizzie ensayó la sonrisa delante del trozo de espejo. Pero no funcionaba sin un interlocutor o un desayuno...

Suspiró y deseó una vez más ser bonita. Tan bonita como Hannah antes de dar a luz a dos niños y de entregarse a la ginebra y a tipos

como Lucius. Hannah tenía unas curvas exuberantes, la tez clara y una abundante melena rojiza, los ojos de un azul luminoso y pestañas largas. Era una mujer irresistible para los hombres.

Por el contrario, Lizzie era menuda y delgada como una adolescente. Tenía pechos pequeños y dudaba de que le crecieran más. Sin embargo, la cara era redonda, aunque de mejillas hundidas y por lo general pálidas. Por sus proporciones, la nariz encajaba en el rostro, al menos de

frente. De perfil parecía demasiado larga, insolente sin ser grotesca. El cabello de la joven de diecisiete años era algo rizado, pero de un insulso rubio oscuro, las pestañas y cejas tan claras y escasas que apenas se distinguían si no las retocaba con un poco de hollín. Y los ojos presentaban un vulgar tono azul.

No era una chica que llamara la atención a primera vista, pero poseía un don singular que le permitía sobrevivir. Tenía la habilidad de hacer salir el sol con

una sonrisa. A veces, cuando sonreía, el aire que la rodeaba parecía vibrar. Sus ojos emitían un resplandor al que las personas no podían evitar responder, daba igual que fueran hombres, mujeres o niños. Sus corazones parecían reconfortarse, se ponían a hablar con ella y bromeaban, los comerciantes le vendían artículos a mejor precio, incluso se los regalaban.

Su sonrisa le abría puertas que para otras chicas del oficio permanecían cerradas: en suma, era

cautivadora. Los clientes brutos o malintencionados se contenían y se acercaban a ella con respeto y prudencia si ella les obsequiaba con su sonrisa. Y los pícaros se lo pensaban dos veces antes de estafar, como era habitual con las mujeres públicas, a Lizzie, que se ganaba honradamente el dinero. A veces los hombres, tras haberse desfogado, hasta la llevaban a un puestecillo y la invitaban a ginebra y pasteles de carne con el único fin de ver su sonrisa de agradecimiento.

Lamentablemente, no había poseído esa facultad de cautivar con su sonrisa desde la infancia. Lizzie solía soñar en lo distinta que habría sido su vida si hubiese sido una niña dulce y obediente. Si hubiese sabido deslumbrar con su sonrisa a la gente del orfanato, tal vez hasta le habrían encontrado unos padres. Siempre pasaban parejas por ahí que querían adoptar un niño pequeño. No para que trabajase, sino para mimarlo como a un muñequito.

La pequeña Lizzie, a quien

habían encontrado en una calle del East End, donde se colgaba berreando y llena de mocos a las perneras de los pantalones y las faldas de los transeúntes, era una niña seca y respondona a la que nadie quería. Había descubierto su sonrisa mucho después, con trece o catorce años, cuando ya llevaba tiempo viviendo en la calle.

Todavía recordaba cómo por entonces buscaba vestidos usados en la basura para venderlos y cómo después iba a las tiendas de dulces con los peniques que tanto le había

costado ganar. Debería haber comprado pan, pero le apetecía tanto el azúcar que no podía resistirlo. En una ocasión había sonreído al dependiente, exultante por ver todas aquellas maravillas en frascos y cajas, y, acto seguido, había salido con una bolsa llena de golosinas. Eran cañas de azúcar partidas y bombones rotos, nada que el hombre hubiese podido vender. Pero tampoco tenía por qué regalárselos a Lizzie. Todavía se acordaba de la sonrisa con que el hombre había respondido a la suya:

«Aquí tienes —había dicho—. Dulces para una niña dulce».

Lizzie dejó el espejo y se puso en marcha. ¿Dónde conseguiría a esa hora algo que comer? Pensó en ir primero al muelle en busca de algún cliente temprano, pero solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Aún más por cuanto el aroma de la panadería, a tres calles de su cobertizo, la hechizaba.

No tenía opción, el olor a pan fresco la seducía. Lo más inteligente habría sido colocarse junto a la puerta trasera y pedir

limosna. A lo mejor la mujer del panadero todavía tenía un trozo de pan de la vigilia y ese día se sentía generosa. Eso podía suceder, de vez en cuando le había dado algo a Hannah, cuando Toby y Laura tenían aspecto famélico. Pero Lizzie desafió al diablo. Entró en la tienda por la puerta principal.

El panadero estaba allí, lo que era una ventaja. Los hombres solían ceder antes a los encantos de Lizzie, tanto si funcionaba la sonrisa como si no. Delante de ella había un cliente pidiendo dos

panecillos. Lizzie esperó hasta que el panadero lo hubo atendido, luego sonrió y le saludó amablemente. No obstante, se percató de inmediato de que esa mañana la magia no obraba efecto. Y ya no conseguiría esbozar otra sonrisa amable.

Pese a todo, el panadero reaccionó con cordialidad.

—¿Qué hay, bonita?, ¿en qué puedo servirte para hacerte feliz?

¿En qué podían servirle para hacerla feliz? Lizzie dejó resbalar una mirada ávida por los productos de las estanterías.

—Un pan... —dijo ansiosa—.

Y dos roscas, para los niños... y unos bollos.

Lizzie no lo decía en serio, pero sus labios simplemente dejaban escapar sus deseos. Se estaba tan calentito ahí dentro, el olor era tan delicioso... La joven se quedó atónita cuando el panadero le tendió una bolsa por encima del mostrador.

—Aquí tienes. Son tres peniques.

Lizzie cogió la bolsa.

—Yo... —musitó—. Yo no

tengo dinero. ¿Le importa si se lo pago después?

—¿Que no tienes dinero? —La expresión antes amable del panadero se ensombreció—. Pequeña, tú no tienes dinero y yo aquí no regalo nada. ¿A qué has entrado? ¡Devuélveme la bolsa y márchate de aquí! Pagar después... ¡Menuda caradura!

Lizzie despertó de su ensoñación. ¡Qué tontería estaba haciendo! Pero la bolsa que tenía en la mano era real. Y el mostrador era alto, el hombre no podría saltar

por encima.

Apretó contra su pecho el pan y los panecillos.

—Lo... lo siento —titubeó—. Pero yo... yo vendré luego con el dinero... —Y salió corriendo de la tienda.

El panadero le gritó. Lizzie oyó la palabra «ladrona», pero no hizo caso y corrió calle abajo tanto como le permitían sus piernas. No hacia el cobertizo, ahí seguramente la habrían encontrado, sino hacia el mercado, donde ya reinaría mucho ajetreo y podría confundirse entre

la gente; luego volvería a casa dando un rodeo.

Lizzie sintió miedo, pero también una sensación chispeante de poder. Nunca se había atrevido a cometer un robo tan audaz. Pero había salido bien. El panadero no la persiguió con determinación, y los pocos y madrugadores transeúntes parecían demasiado somnolientos para prestarle atención... De repente, un agente corpulento como un armario se plantó delante de ella. Nunca había visto a un policía en ese distrito de

Londres. Qué desdichada coincidencia...

—Qué, ¿tenemos prisa, jovencita? —El policía sujetó con una mano a la menuda muchacha—. ¿Espera tu marido la compra?

Lizzie intentó emplear su sonrisa.

—Mis hijos, señor... yo... yo... Algo tienen que llevarse a la boca antes de ir a la escuela.

—Vaya, vaya, pequeña, así que ya tienes hijos que van a la escuela. Vaya, vaya. Y tu marido seguro que se gana honradamente el sustento y

que los gritos de ahí detrás van dirigidos a otra mujer, ¿no? — Señaló hacia la panadería, de la que seguían saliendo gritos.

La esposa del panadero apareció por la calle y corrió hacia ellos.

—¡Es ella! —vociferó—. Llévele a mi marido esa ladronzuela para que pueda confirmarlo, oficial. Todo tiene que seguir su orden. Conozco a esta pelandusca. Va dando vueltas por aquí la mar de educada, incluso se podría pensar que es una chica

decente. Pero de hecho se vende, lo saben hasta los niños. ¿Cómo puede mi marido haber mordido el anzuelo...? Claro, los hombres se derriten ante una cara bonita... No la suelte, oficial, o saldrá corriendo.

Lizzie no hacía ademán de escapar. Habría sido absurdo, el policía era mucho más fuerte que ella. En ese momento solo valía rogar y suplicar.

—Por favor, escúcheme. —El panadero parecía receptivo—. No era consciente de lo que hacía, no

quería pedir nada que no pudiese pagar. Pretendía decirle que me lo anotara en la cuenta. Pero los niños... Señor, si permite que me detengan, los niños no tendrán qué comer. ¡Y le aseguro que yo le hubiese traído el dinero! No soy una... una... Yo soy honesta... yo...

La esposa del panadero soltó una risa sarcástica.

El panadero resopló con fuerza.  
—¡Así que hay niños hambrientos! Pero no te bastaba con un pan, ¿verdad, chica?

Necesitabas también pasteles y panecillos.

Lizzie se mordió el labio.

—Yo no quería...

—Entonces, ¿va usted a denunciar el robo o no?

La esposa del panadero le arrebató la bolsa de las manos.

—¡Claro que lo haremos! ¡Solo faltaría! ¡Y mire usted cómo han quedado los panecillos y pastelillos! Aplastados, así no se pueden vender. Y además hace la calle, se lo digo yo, agente. ¡Pregunte por aquí!

—¡Por favor! —Lizzie apeló por última vez al marido de aquella bruja.

Sin embargo, tampoco él conocía la compasión. El panadero asintió.

—¡Quítele a esta lianta de la vista antes de que se ablande! — siguió refunfuñando la arpía.

Lizzie cerró los ojos. Solo cabía rogar que le tocara un juez clemente. Y que Hannah confirmara su versión con los niños...

La asquerosa prisión de

Newgate estaba repleta. Lizzie pensaba que no podría ni respirar cuando la arrojaron a una celda alargada y de techos altos, solo iluminada por un ventanuco enrejado en la parte superior. Por lo menos había quince mujeres allí dentro y solo un retrete común en una esquina, que apestaba. El único mobiliario era un catre del que se habían apropiado dos reclusas fornidas. Algunas presas estaban apoyadas en las paredes con indolencia —por lo visto a la espera de que las dejaran salir ese

mismo día—, otras se habían sentado en la paja sucia que cubría el suelo. Lizzie se colocó junto a la puerta y bajó la vista. La paja estaría llena de pulgas, y ella ¡odiaba las pulgas!

Una voz chillona resonó en algún lugar de la celda.

—¿Veo visiones o esa es Lizzie Owens, la que se las daba de ser mejor que las demás? —Lizzie levantó la vista. Candy Williams, una chica casquivana del barrio le sonreía burlona—. ¿Qué es lo que has hecho?

—Me han pillado robando pan —  
—confesó Lizzie en tono cansino.

¿Por qué iba a negarlo? Además Candy no era malintencionada. Estaba bromeando a su modo.

Algunas reclusas rieron.

—¡Mira que eres tontaina! —  
señaló una de las mujeres del catre —. ¡Si robas, tienes que hacerlo en grande! Mira esa... —Señaló a una muchacha bonita y de cabello oscuro que, con la mirada perdida, no participaba en la conversación —. Mangó un reloj de oro y casi le salió bien... pero el perista se

chivó.

—Mi marido me sacará de aquí... —susurró la chica.

Las carcajadas estallaron de nuevo.

—¡Seguro que el mequetrefe de tu galán ha sido el primero en traicionarte! —se burló la gorda del catre—. ¿No es él quien hizo el trato con el perista? ¿No podía haber asumido él las culpas? Nanay, chica, ese se ha librado a tu costa.

—¿Qué... qué pasa cuando uno roba pan? —preguntó Lizzie a

media voz.

La gorda sonrió irónica.

—Lo mismo que si robas el reloj más caro del mundo. Robar es robar. Depende también del abogado. Si vienen tus hijos y berrean un poco...

—No tiene hijos —señaló Candy.

La gorda frunció el ceño.

—¿No? ¿Pues no te he visto yo alguna vez con dos críos por la calle? Quería hablar contigo para que te vinieras a mi picadero, tú tienes algo, chica... Pero no cojo a

ninguna con críos, no hacen más que fastidiar...

Lizzie cayó en la cuenta de que sí había visto a la mujer una vez. Era Franny Gray, la madama de la casa de citas de Handbury Street.

—¿Cómo... cómo ha venido usted a parar aquí? —preguntó—. Pensaba... pensaba que cuando se tiene una casa de...

Las putas de la calle envidiaban un poco a las chicas de Franny Gray. Y sobre todo a la propietaria del burdel, naturalmente, que era la que se forraba.

—¡Aquí la que pregunta soy yo, rapaza! —dejó claro Franny—. Y por mí no hace falta que te preocupes. Saldré de aquí en menos de lo que canta un gallo... aunque no tan deprisa como Velvet les birla a los tipos el reloj del bolsillo... —Volvió a señalar a la chica de cabello oscuro. Las otras rieron. Luego prosiguió dirigiéndose a Lizzie—. A ver, ¿de dónde vienen los críos? ¿Raptados? ¿Les estás enseñando a robar? ¿Ya los estás vendiendo? Vaya, esto sí que no me lo esperaba de ti... —Franny

arrugó la frente, desdeñosa.

Lizzie protestó.

—¡No me hable así! Como si yo... como si yo... Dios mío, sí, soy una furcia, y algunas veces también robo, pero ¡eso no significa que envíe a los niños a hacer carrera! Son de Hannah, la pelirroja que trabaja en Dorset Street. Vivo con ella y los críos... Maldita sea, esos pequeños me dan pena...

Y dicho esto se dio media vuelta. Podía imaginar perfectamente en qué se

convertirían Toby y Laura si Hannah era la única en ocuparse de ellos.

Candy rio.

—¡Lo que me temía, un corazón de oro, Franny! Una que se pasa de buena. Eso no te ayudará, Lizzie. Y yo de Hannah tampoco me fiaría...

Lamentablemente, esto último no tardaría en confirmarse. Lizzie había esperado que Hannah fuera a verla pronto. En el barrio enseguida corría la noticia de una detención y todo el mundo sabía que las malas condiciones del encierro podían

aliviarse con un par de peniques. Si Hannah hubiese caído en manos de aquel esbirro, Lizzie seguro que habría atendido a un cliente más para ayudarla con algo de dinero. Pero Hannah ni se dejó ver. En cambio, aparecieron dos celadoras y dejaron libre a Franny.

—Ha habido un error en el asunto de la cartera de ese caballero —comentó una de mala gana—. El señor la había extraviado... Pero la ha recuperado y lamenta el malentendido.

Franny hizo un gesto de victoria

y se apresuró a marcharse. Lizzie se preguntó cómo se las habría apañado para arreglar el asunto, y, además, salir de la cárcel. Pero era posible que estuviese preparada para ese tipo de cosas. El cliente robado había recuperado el dinero. Aunque cómo había conseguido la gente de Franny que se disculpase, escapaba al entendimiento de Lizzie.

Al día siguiente, tras una noche infernal en la celda común, ella misma recibió una visita. El trozo de catre de Franny volvía a estar

ocupado, esta vez por una mujer menos sociable que la propietaria del burdel. La nueva jefa del cotarro era malcarada y a ojos vistas una bestia. Sin mayores preámbulos, se dedicó a intimidar a las demás.

—¡Deberíamos intentar salir de aquí! —gimió Candy—. Mañana querrá comer mejor y para eso nos cogerá todo lo que pueda vender...

—Pero ¡si no tenemos nada! —se asombró Lizzie.

Candy rio sarcástica. No era su primera estancia en la cárcel.

Había estado encerrada dos años por ejercer la prostitución y en esta ocasión esperaba una sentencia similar. O a lo mejor la enviaban a las colonias por haber reincidido.

—Nosotras todavía tenemos la ropa —señaló—. Si echas un vistazo alrededor...

Lizzie paseó la mirada por las otras reclusas. Algunas solo llevaban enaguas raídas sobre las que se colocaban pudorosas la mantilla agujereada. Al menos no hacía frío en la prisión, tantos cuerpos allí metidos la mantenían

templada.

—Y tu sombrerito... mañana mismo deberías venderlo a uno de los vigilantes. Tal vez a alguno le gusta para su mujer. Puede que tengas suerte y te encierre en otro sitio.

Lizzie estaba dispuesta a desprenderse de su prenda de lujo. Pero antes de que pudiese negociar con algún vigilante, alguien la llamó.

—¡Elizabeth Owens! —Una celadora leyó un papel en voz alta y monótona—. Tu abogado espera

fuera. Habla con él, esta tarde es el juicio.

Al menos el asunto iba deprisa. Lizzie abrigó nuevas esperanzas. A lo mejor salía pronto libre de ahí. Por un pan no podía ser que la castigarán con tanta severidad como a Velvet, la ladrona de joyas.

Al abogado no le interesaba la historia de Lizzie. Como esta pronto averiguó, no solo la defendía a ella, sino también a Candy, Velvet y, en realidad, a todas las mujeres que no tenían dinero para permitirse un abogado

mejor.

—Puede que el juez admita circunstancias atenuantes —dijo indiferente—. Pero yo no confiaría en ello. Las cárceles están llenas...

—Pero si me deja salir, tendrá una plaza libre —arguyó Lizzie.

El abogado rio.

—¡Hija mía, no pueden soltaros así como así! Adónde iríamos a parar si robarais y os prostituyerais, y al día siguiente os dejásemos otra vez libres... Si el juez es benévolo, te caerán cinco años.

—¿Cinco años? ¿Cinco años por un pan? —Lizzie se quedó mirando al hombre escandalizada.

—Fue más que un pan. Por lo que sé, también te apropiaste de algunos pasteles, y eso no responde a un hurto por hambre... De ahí que tampoco crea que el juez vaya a ser indulgente. Acabará en siete años, chica, y siete años significa deportación.

—¿Me... me está diciendo que me enviarán a las colonias? —Lizzie no podía creérselo.

—Acabará en eso. Ya puedes ir

haciéndote a la idea.

—Pero ¿usted no puede evitarlo? Cuando el juez vea a los niños... Dios misericordioso, nadie se ocupará de los niños si me mandan fuera...

Lizzie no había querido llorar, en realidad había intentado sonreír. Pero en ese momento las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Australia no le daba miedo, no podía ser peor que Londres, pero Toby y Laura... Y siete años, ¡siete años de cárcel!, sería vieja cuando saliera de la prisión.

El abogado hizo un gesto de impotencia. Pero Lizzie estaba decidida a luchar. Sacó el sombrerito del bolsillo de su vestido.

—Aquí tiene, señor. No tengo dinero, pero puede venderlo. —El raído traje del abogado parecía proceder también de un mercadillo de ropa usada, como lo que vestía Lizzie, y no estaba bien cuidado—. ¡Por esto le darán un par de peniques! Pero, por favor, vaya a Whitechapel Road y hable con mi amiga. Que lleve a los niños al

juicio, ¡tiene que apoyarme con su declaración! ¡Por favor! ¡A fin de cuentas, es usted mi abogado! ¡Tiene que ayudarme!

El hombre cogió el sombrero en silencio, le sacudió el polvo y se lo guardó.

—Veré qué puedo hacer —dijo —, pero no te prometo nada...

Al menos mantuvo su palabra. Cuando condujeron a Lizzie esposada a la sala del juicio, Hannah se encontraba con el rostro impasible entre el público, y con los niños a su lado. Toby y Laura

quisieron gritarle algo a Lizzie, pero Hannah los hizo callar bruscamente. Lizzie también distinguió a Lucius junto a su amiga. La expresión del hombre no prometía nada bueno.

El ujier le quitó las esposas y la acompañó al banquillo de los acusados. Intimidada, se quedó frente al juez, que, con la toga oscura y la peluca blanca, parecía un ser llegado de otro mundo.

—¿Nombre? —preguntó el secretario.

—Elizabeth Owens —

respondió Lizzie a media voz.

—¿Nacimiento?

—Creo que en 1830.

El juez frunció el ceño.

—¿Dónde?

—Supongo que en Londres...

—¿Hay algo que sepas seguro?

—preguntó sarcástico el juez.

Lizzie bajó la mirada.

—No —respondió.

—¡Siendo insolente, aquí no  
llegarás muy lejos, jovencita! —la  
censuró el secretario.

—No soy insolente —se  
defendió Lizzie—. Solo soy

huérfana. Aunque tampoco estoy segura de eso. Ni siquiera conozco mi apellido, me llamaron «Owens» por el hombre que me entregó a la policía. Dijo que me había encontrado en Cavell Street. Creo que es verdad. Creo que me acuerdo. Pero no estoy segura. Dicen que tenía unos tres años...

—Bueno, al menos a la calle le has sido fiel —observó el juez—. ¿No han intentado en el orfanato hacer de ti mejor persona?

—Así es —respondió Lizzie.

—¿Y? ¿Por eso estás aquí?

—Solo lo intentaron, señor —  
precisó Lizzie sumisa.

En la sala estallaron unas risas.

El juez golpeó el mazo sobre la  
mesa.

—¿Qué quieres decir con eso,  
chica?

—Me escapé, señor. Porque...  
yo ya quería ser una buena chica,  
pero no quería que me pegasen sin  
cesar. Yo siempre era la más  
pequeña, no me daban mucho que  
comer... y ahora... Por favor,  
señor, tiene que creerme. No suelo  
robar. Quería que me lo anotaran en

la cuenta, y solo quería pan... Por favor... Mire a los niños. ¡Dios es testigo de que no comen nada!

Pareció como si Hannah fuera a reaccionar indignada ante esa declaración, pero el abogado defensor tomó la palabra.

—Señoría, el caso presenta atenuantes. No robó el pan para ella misma, al menos no solo para ella, sino para dos niños hambrientos de los que se ocupa...

—Pero ¿que no son suyos? — preguntó el juez.

—No, señoría, pertenecen a su

amiga, aquí presente. ¿Querría escucharles, señoría?

El abogado señaló a Hannah, que se puso en pie con presteza.

—¡Es es una infamia, señor... eso... juez..., decir a la policía que yo dejo que mis hijos se mueran de hambre! Solo tuve problemas con un tipo del orfanato que quería meterse con mi forma de educar. Pero yo me ocupo bien de los niños, y ahora voy a casarme para que tengan un padre como Dios manda. —Hannah señaló a Lucius, que ese día no parecía borracho—.

¡Y nos comprará una casita y ropa bonita! ¡No van a pasar hambre, los niños!

Hannah tomó asiento y miró enfadada a Lizzie. Esta quería que la tierra se la tragara. Claro, Hannah no podía decir la verdad. En tal caso podrían quitarle a sus hijos...

—¿Tienes algo que añadir a eso, Elizabeth Owens? —preguntó el juez.

La joven calló. Pensó que los rostros enflaquecidos de Toby y Laura hablaban por sí mismos; pero

ese día, pese a todo, Hannah se había superado a sí misma y había limpiado la nariz a los niños. Los vestidos parecían nuevos; usados, claro, pero limpios. Lucius debía de haber ganado algo de dinero y Hannah se lo habría cogido antes de que se lo gastara bebiendo. Tal vez lo hiciera más a menudo en el futuro... Lizzie solo le deseaba suerte. No le guardaba rencor.

Siguió el resto del juicio como en una nube. El abogado defensor que no decía nada, las amonestaciones y reproches del

juez, y la sentencia final: deportación, siete años, tal como había predicho el abogado. Como supo después, no había sido raro: casi todas las acusadas habían recibido la misma sentencia. Solo aquella infame penderciera, que casi había matado a alguien, había sido condenada a diez años de reclusión.

Candy lloraba. Tenía un amante que le gustaba y al que no quería dejar. Velvet parecía haber palidecido aún más. Su amigo había declarado contra ella, aunque, de

todos modos, tampoco le habría servido de mucho. También a él lo enviaban a las colonias.

El capellán de la cárcel, al que las mujeres podían confiarse una vez a la semana si tenían la necesidad, contó a las convictas qué futuro les aguardaba.

—La Tierra de Van Diemen — explicó amablemente— es una gran isla frente a Australia, una colonia autónoma. Ya hace tiempo que está ocupada, así que no tenéis que tener miedo de los indígenas, todo allí es británico. La cárcel de mujeres es

muy moderna. Pronto partiréis. El *Asia V* zarpa a finales de marzo a las órdenes del capitán John Roskell. En el barco solo van mujeres, al menos así lo han planificado.

—¿Cuánto dura la travesía? — preguntó una de las chicas.

—Aproximadamente tres meses. Trabajaréis en el Penal de Mujeres, donde hay costureras y lavanderas. Pero una parte también trabajará de criadas en las granjas y huertas... y algunas no tardarán en casarse. Allí hay pocas mujeres.

Quien se porta bien y encuentra un hombre honesto, puede ser indultada. Así que no os desaniméis. ¡Dios sabe lo que hace! También estará con vosotras en ese lejano lugar, y si os esforzáis Jesús os redimirá. Y ahora recemos todos juntos y... ¿Tienes otra pregunta, chica?

Lizzie había levantado tímidamente la mano.

—Sí. Reverendo, si trabajamos allí... ¿nos darán de comer?

El reverendo rio.

—¡Pues claro, chica! La Corona

no deja que sus presos se mueran de hambre. De acuerdo, aquí la manutención no es la mejor, pero en las colonias...

Lizzie asintió. Tampoco en la cárcel de Londres iba a morir de inanición. El rancho era asqueroso pero suficiente, aunque fuera una eterna papilla de avena. Además, se decía que en las colonias la tierra era fértil y Lizzie estaba decidida a cultivarla ella misma. Bastaba con que le enseñaran a hacerlo. Y si «ser buena» ya no significaba tener que morir de hambre, estaba

dispuesta a intentarlo una vez más.

A pesar de las pulgas y piojos de la celda y de los llantos y ronquidos que la rodeaban, esa noche Lizzie se durmió llena de esperanza. Quería vivir según los preceptos divinos, incluso si no acababa de entender del todo a Dios. A lo mejor la enviaba a Australia para salvarla.

Pero entonces, ¿quién salvaría a Toby y Laura?

## 2

La mañana del 23 de marzo, las condenadas fueron conducidas en carros enrejados al *Asia*, un velero cuyo tamaño impresionaba a primera vista, pero que era más bien pequeño comparado con los *hulks*, los barcos prisión de varios pisos de Woolwich. No solo la cárcel de mujeres de Londres estaba a reventar. Las instalaciones

carcelarias para hombres también estaban tan llenas que se trasladaban a los barcos del muelle de Woolwich. Las condiciones carcelarias debían de ser horribles. Lizzie se horrorizó solo de ver aquellos armatostes pesados y abombados.

A su lado, el *Asia*, que al parecer había realizado cinco travesías de ida y vuelta a Australia sin contratiempos, casi parecía acogedor. Junto a unos cien pasajeros normales, se alojaban bajo cubierta algo más de ciento

cincuenta condenadas, además de una treintena de vigilantes y la tripulación del capitán John Roskell. No había mucho espacio para cada individuo. Lizzie quedó aterrada cuando la condujeron a un recinto enorme y oscuro una cubierta más abajo.

Llevaron a un centenar de mujeres a la primera entrecubierta, que estaba dividida por los tabiques de madera necesarios para sujetar las literas. Los guardianes condujeron a algunas más todavía más abajo, al fondo del barco. Ahí

dejaron también, al final, a doce hombres encadenados entre sí.

Las mujeres oyeron que el capitán del barco y un par de carceleros discutían al respecto.

—¡Bah, venga, no van llenos del todo! Y a nosotros ya no nos quedan celdas libres, no podemos embutir más maleantes en los barcos. Así que lléveselos usted, capitán Roskell, no es necesario que esto aparezca en los papeles.

—¿Y la manutención tampoco aparecerá? —gruñó el capitán.

—Naturalmente le

proporcionaremos la manutención. Pero no se registrará, ya me entiende... —El celador rio e hizo el gesto de embolsarse el dinero—. ¿Y bien? Diga que sí, capitán. A usted le da igual llevar una docena más de delincuentes. Y aún más cuando nadie los controla. Ya le encadeno yo a esos tipos y seguro que no le dan problemas.

El capitán debió de ceder finalmente, pues empujaron a los hombres escaleras abajo. El carpintero los siguió para supervisar la disposición de un

apartado para ellos.

Lizzie sintió cierta pena. Tan abajo, por debajo de la línea de flotación, el ambiente tenía que ser todavía más lúgubre que en la entrecubierta, donde estaban las mujeres y uno todavía podía orientarse un poco. Aunque no es que hubiese mucho que ver. Las literas triples se alineaban una junto a otra. No había más mobiliario, pero las presidiarias tampoco llevaban equipaje.

—¡No os quejéis, al menos no os encadenamos! —decía el

vigilante que controlaba las literas de las mujeres.

Lizzie, Candy y Velvet se pusieron de acuerdo sin discutir. Candy quería a toda costa la cama inferior, Velvet se colocó de buen grado arriba, debajo del techo, y para Lizzie quedó la cama de en medio.

A ella le daba igual, pero en otros lugares de cubierta las mujeres se estaban peleando por las literas. Los vigilantes tuvieron que intervenir, y lo hicieron con violencia. Incluso las amenazaron

con encadenarlas de inmediato. Lizzie descubrió espantada que cada catre disponía de cadenas.

—Solo hasta que hayamos zarpado —rezongó el vigilante, un soldado de la Corona como el resto—, para que no hagáis tonterías.

Lizzie le sonrió. Desde que había asumido su destino, podía hacerlo de nuevo. Había dirigido una sonrisa al reverendo y este le había regalado una Biblia. El religioso estaba encantado de que supiese leer y había intercedido para que diesen a la joven un

alojamiento mejor. Los últimos días antes de la deportación habían colocado a Lizzie en una celda de cuatro camas.

También había ejercido un efecto mágico sobre el médico. Certificó que Lizzie estaba desnutrida —lo que naturalmente era cierto, pero también extensible a la mayoría de las reclusas— y dispuso que mejorasen su alimentación antes de embarcar. Y ahora el oficial...

—¡A nosotras no necesita encadenarnos, señor! ¿Qué íbamos

a hacer? No creerá de verdad que unas pobres mujeres vayamos a secuestrar el barco y dejar en libertad a todos esos criminales...

Lizzie consiguió fingir que sentía miedo de los hombres que estaban en la cubierta baja. En el fondo consideraba a esos tipos, pese a sus cadenas, tan solo unos rufianes tan indefensos y desesperados como ellas. No era algo seguro, de todos modos. A fin de cuentas, también entre las mujeres iban algunas delincuentes peligrosas aisladas, asesinas que

habían sido condenadas a muerte, pero a quienes se había indultado y condenado a trabajos forzados en las colonias por el resto de su vida. Las colonias aceptaban de mal grado a ese tipo de gente, que también era temida por los capitanes. Durante la travesía las recluían encadenadas en la parte más profunda del barco, donde no entraba la luz ni el aire fresco. Lizzie había visto que también la malvada pendenciera, el terror de la celda común, era conducida abajo.

El vigilante miró casi con simpatía a las tres jóvenes y sus ojos se detuvieron en la hermosísima Velvet, pero luego se quedaron prendados de la sonriente Lizzie.

—Que lo secuestrara tanta hermosura tampoco sería lo peor que le podría pasar a un barco. — Sonrió burlón—. Pero todo tiene un precio, bonita. ¿Puedo hacerte una visita cuando estemos en alta mar?

Lizzie suspiró para sí, pero conservó la sonrisa. Esto en cuanto al tema «vivir según los preceptos

divinos», pensó. No había intentado coquetear con el hombre. Pero si ahora lo rechazaba, se disgustaría, y ella no podía permitirse que eso ocurriera. Al contrario, necesitaba un aliado en el barco.

—Si se divierte aquí, entre todas las mujeres... —dijo dulcemente—. A mí me da un poco de vergüenza...

El hombre rio.

—¿Vergüenza? ¿Tan delicada eres? No te preocupes, algún rinconcito encontraremos donde estar solos. Y ahora calladita,

guapa, y nada de gritos y llantos al zarpar. Puede ser una noche algo tempestuosa... —Y robó a Lizzie un beso fugaz—. ¡Me lo llevo como anticipo de una dulce tormenta! —susurró.

En cuanto el hombre se hubo marchado, Lizzie se limpió la boca. Ya sentía asco en ese momento. Seguro que durante el viaje no tendría la oportunidad de limpiarse después de tener relaciones con su nuevo cliente.

—Empiezas pronto... —observó desaprobadora una voz en

la cama de enfrente.

Lizzie se encontraba a la distancia de un codo de la vecina que estaba a su mismo nivel. A la luz turbia que penetraba por las rendijas de las tablas de cubierta, reconoció a una mujer madura. No la había visto antes y no tenía aspecto de prostituta. Incluso allí llevaba el cabello peinado y cuidadosamente cubierto por una capota y no le habían quitado el vestido ni el modesto tocado. Así que no debía de ser alguien carente de medios.

La joven se percató de que su nuevo admirador había renunciado también a encadenar a aquella mujer.

—Antes o después... — respondió con calma—. Los hombres hacen lo que quieren. ¿Y acaso no estás contenta de que tampoco te hayan encadenado?

—A mí me da igual —observó la mujer—. Si por mí fuera, podrían haberme ahorcado... —Y dicho esto volvió el semblante hacia la pared.

Lizzie cerró los ojos e intentó

apartar sus pensamientos de la sofocante cubierta baja. No lo consiguió. Pensó en los hombres y mujeres que habían encadenado allí y que lo estaban pasando todavía peor que ellas.

La muchacha prestó atención a los cientos de voces que hablaban, lloraban y rezaban. Ella solo dejaba a Hannah y los niños, pero la mayoría de las condenadas lloraban por sus maridos, amantes e hijos propios. Se preguntó qué dejaba atrás la mujer de al lado y por qué estaba allí. No tenía el

aspecto de una delincuente... pero ella misma tampoco lo tenía.

Al final intentó leer la Biblia mientras oía en la cubierta órdenes y gritos, las velas al izarse y luego el bramido del viento al colarse por ellas. La mayoría de las mujeres se pusieron a gritar cuando el barco empezó a moverse, al igual que los hombres que estaban en la cubierta inferior.

Lizzie percibió la partida como un único grito, un canto fúnebre de despedida sin retorno.

Michael Drury se había unido a los gritos de los presidiarios cuando el barco prisión había dejado Irlanda. Pero en ese momento callaba. Para él, Inglaterra era un país tan ajeno y quizá todavía más hostil que la lejana Australia, y de Londres no había visto más que un trozo del muro del puerto. Los presos de Irlanda debían ser instalados en uno de los *hulks* prisiones fondeados en Woolwich, pero por lo visto había quedado algo de sitio libre en ese barco que iba rumbo a la Tierra de

Van Diemen y que solo transportaba mujeres.

Habían trasladado directamente de un barco al otro a los presos de Irlanda y ahora Michael llevaba medio día encadenado y tendido en su camastro en el rincón más sombrío de la cubierta más oscura del *Asia*. El capitán había puesto como condición que los hombres permanecieran terminantemente separados de las mujeres durante el viaje. Así pues, no podían hacerse ilusiones de que los dejasen salir a estirar las piernas. Además, nadie

había pensado en dejar a disposición de los hombres orinales o botellas donde poder aliviarse. En lugar de ello, había un cubo que podían pasarse de unos a otros, pero cuando uno de los presos no colaboraba, no llegaba a los últimos catres.

En cada hilera había al menos un hombre que ya en esos momentos agonizaba en silencio y que no respondía a la llamada de los otros. Billy Rafferty era uno de ellos. Había sucumbido a una especie de inmovilidad después de haber

pasado horas alborotando tras abandonar Irlanda. El joven ya había sufrido en la celda de Wicklow unos ataques de claustrofobia y los camarotes oscuros y cerrados bajo la cubierta del oscilante barco le hicieron perder totalmente la razón. Yacía al lado de Michael encadenado y gemía.

El hedor procedente de la cubierta inferior fue empeorando y el aire haciéndose más sofocante. Michael se alegró cuando el barco empezó a moverse. Quizá les

quitaran las cadenas tras zarpar.

Así se hizo en la primera cubierta, pero Michael y sus compañeros de fatigas permanecieron atados. A la fetidez ya existente se sumó la de los vómitos, pues los primeros días en alta mar fueron tormentosos.

—El canal de la Mancha... — anunció el hombre del catre vecino al de Michael, un marinero que había matado a otro en una pelea—. Hasta el golfo de Vizcaya suele haber mala mar. Las mujeres sacarán el alma por la boca. Pero,

maldita sea, a pesar de todo tengo hambre... ¿No hay aquí nada que comer?

Antes de que por la mañana se distribuyera una escasa ración de galleta marina, los guardias enviaron a unas mujeres de la primera cubierta con cubos y cepillos para limpiar al menos la suciedad más molesta. Junto a cada una de ellas había un vigilante, como si Michael y los otros presos encadenados pudiesen abalanzarse sobre ellas.

—Al menos vosotros no vais en

literas —intentó consolar a Michael una de las mujeres—. Ahí, a una hasta se le cae la salsa en la cara. A algunas les ha pasado antes de que les quitaran las cadenas. Y las que están mareadas no siempre llegan al retrete. ¿Cuánto dura un viaje así?

—Unos cien días —respondió el marinero.

Los demás gimieron.

—Yo pensaba que serían cuatro semanas... —murmuró Michael—. A América...

El marinero rio con amargura.

—En comparación, Nueva York

está a la vuelta de la esquina. Pero nos sacarán a cubierta. No pueden dejar que nos pudramos aquí abajo. La reina es una buena mujer, no permitiría algo así.

Michael no hizo ningún comentario. Después de que la reina Victoria hubiese permitido tácitamente que media Irlanda se muriese de hambre, no confiaba demasiado en su bondad. Pero tal vez fuera benévola con sus compatriotas. A fin de cuentas, la mayoría de los presidiarios en la Tierra de Van Diemen eran

ingleses.

Estaba ansioso de luz y aire fresco, pero todavía más de incorporarse y estirarse. Sentía ya la presión de la dura cama de madera a la que le habían sujetado con cadenas. Apenas si podía moverse y, como casi todos los demás presos, estaba mal alimentado. Pronto se le llagarían los omóplatos de estar tendido en el catre. Las estrías apenas curadas de la espalda le escocían después de que las limpiadoras hubiesen vaciado un par de cubos de agua de

mar por encima de los prisioneros encadenados a sus sucios catres. Ahora los hombres estaban más limpios, pero mojados, y el aire en el interior del *Asia* era sofocante, aunque no realmente caliente. Posiblemente los pantalones de lino y la camisa de Michael tardaran días en secarse.

También Lizzie y las otras mujeres de la entrecubierta luchaban contra el mareo, pero ellas al menos disponían de un cubo por cada seis mujeres. En el

compartimiento de Lizzie las que peor lo habían pasado eran Candy y dos mujeres más. Velvet no parecía darse cuenta de nada de lo que ocurría alrededor y la mujer de más edad —que tras dos días de silencio se había presentado como la señora Portland— estaba, por lo visto, demasiado ocupada para ponerse enferma. Parecía tomarse como una obligación ocuparse de las otras mujeres. Cargada con cántaros y cubos llenos de agua potable y agua para lavar no paraba de correr de una a otra, les hacía

comer pequeños bocados de galleta y no protestaba cuando volvían a vomitarla de inmediato.

—Algunas están demasiado débiles... —explicó a Lizzie—. Temo que se me mueran de debilidad.

—Pero es que no retienen nada —dijo Lizzie. Por indicación de la señora Portland se ocupaba de la quejumbrosa Candy—. ¿Cuándo mejorará esta situación?

—¡Cuando se calme el mar! — resonó una voz masculina.

Lizzie se dio media vuelta.

Llevaba cuatro días esperando que el vigilante con quien había coqueteado exigiera sus servicios, pero al parecer en cubierta también había mucho que hacer.

—A veces uno también se encuentra algo mejor cuando sale fuera. ¿Qué te parece, pequeña? ¿Damos un paseo?

Lizzie hubiera hecho cualquier cosa por tomar un poco de aire fresco, pero...

—A estas les va mucho peor que a mí —advirtió, señalando a Candy y a otra chica.

La pequeña era menuda y no aparentaba más de catorce años. No sobreviviría si seguía vomitándolo todo.

El vigilante se lo pensó un instante.

—Primero te portas un poco bien conmigo —dijo— y luego ya veremos... De todos modos, ya va siendo hora de que salgáis a cubierta. Hablaré con el teniente.

Lizzie le dedicó una de sus dulces sonrisas y lo siguió escaleras arriba. La golpeó el frío y húmedo aire del Atlántico. Expuso

complacida el rostro al viento y miró con curiosidad lo que la rodeaba. Comprobó que no era la única chica en cubierta. Era evidente que los vigilantes se protegían mutuamente para poder subir con las chicas que habían elegido. El guardia de Lizzie —se presentó con el nombre de Jeremiah— incluso había pensado en refugiarse de la lluvia. La llevó a un bote salvavidas cubierto por una lona. Tampoco faltaba una colcha y, además, de debajo de las tablas sacó, con una sonrisa triunfal, una

botella de ginebra.

La muchacha tomó un gran sorbo: el alcohol le calentó el cuerpo y calmó su estómago. Luego se dejó caer complacida sobre la colcha. Había realizado ese trabajo en condiciones mucho peores. Aunque le resultó difícil fingir pasión cuando Jeremiah por fin se abalanzó sobre ella; por fortuna, era un hombre fácil de contentar. De constitución normal, no le hizo demasiado daño al penetrarla sin que ella estuviera lista. Lizzie se dejó hacer y reclamó luego el paseo

prometido. Para su sorpresa, Jeremiah accedió. Parecía estarle realmente agradecido, puede que hasta se hubiese enamorado un poco.

La condujo por la cubierta y le mostró los camarotes de los pasajeros y los alojamientos de la tripulación. Al final, Lizzie tenía el cabello mojado por la lluvia y se sentía reanimada. Resultaba casi demasiado bondadoso que Jeremiah le diera más de media botella de ginebra y una bolsita de harina.

—Aquí tienes, es bueno para el

estómago. A lo mejor conseguís reanimar a la pequeña. Mezclad la harina con agua, eso la confortará.

Lizzie le dio las gracias efusivamente y le puso a Candy la botella en los labios cuando regresó a su asfixiante y apestoso alojamiento. Candy bebió ávidamente y enseguida dio muestras de sentirse mejor.

—Señora Portland... —  
Tímidamente, Lizzie tendió la botella a la mujer, que se ocupaba de otra joven.

La señora Portland miró con

desconfianza la ginebra.

—Toda mi vida he evitado esto —señaló—. Pero era otra época y otras costumbres... —Miró a Lizzie y luego cogió la botella y bebió un trago. Intentó recuperar el aire tosiendo.

—Yo tampoco lo hago por diversión. —Lizzie pensó que tenía que justificarse. Su instinto le decía que esa mujer era buena y que había vivido según los preceptos divinos. Le habría gustado averiguar cómo, a pesar de todo, había acabado allí —. ¿Nos queda agua? —preguntó.

Cada día repartían el agua potable en cántaros y apenas alcanzaba para todas. Una y otra vez se repetían las escenas desagradables, y en algunos compartimientos las mujeres se habían enfadado entre sí. Se envidiaban mutuamente cada trago de agua y cada pedazo de pan.

La señora Portland asintió y Lizzie disolvió algo de harina en el agua, como Jeremiah le había aconsejado. Se lo ofreció a Candy, quien prefirió coger la botella de ginebra. La niña de quien se

encargaba la señora Portland, por el contrario, bebió y retuvo la mezcla.

Al día siguiente los guardias abrieron los accesos al exterior para todas las presas que iban en la entrecubierta.

—¡Salid en grupos de veinticuatro! —gritó el teniente que daba las órdenes a Jeremiah y los otros vigilantes—. Quedaos en la zona de cubierta delimitada y moveos. No está permitido holgazanear por ahí, ni establecer contacto con los pasajeros.

Tampoco debéis hablar con los marineros y los guardias.

Lizzie ayudó a Candy y la señora Porland sostuvo a la muchacha enferma hasta llegar a cubierta. Luego se pusieron en marcha. Tenían la sensación de estar expuestas como animales en una feria, a fin de cuentas tenían numerosos espectadores. Los marineros les dedicaban miradas lascivas y los pasajeros se juntaban en grupitos y las miraban como si fueran animales de feria. La mayor parte de ellos eran de mediana

edad, jubilados que habían concluido su servicio como militares o policías y se aprovechaban de la generosidad con que se repartían las tierras en Australia. En Inglaterra su pensión casi no alcanzaba para vivir, pero en la Bahía de Botany o en la Tierra de Van Diemen serían ricos. Y dispondrían de numeroso personal doméstico: las mujeres de los futuros colonos podrían escoger entre Lizzie y sus compañeras de infortunio.

La salida al exterior les levantó

los ánimos, pero surgió un problema. Llovía sin interrupción y las bodegas no estaban impermeabilizadas. Los vestidos de las presas estaban húmedos y no se secaban con el frescor primaveral del Atlántico. Pese a todo, el agua, que con el oleaje inundaba la cubierta, no permanecía en la entrecubierta. Se filtraba hacia la cubierta inferior y se acumulaba allí. Llegaba en parte a la altura de la rodilla y apestaba.

Los hombres y mujeres que se encontraban alojados allí, se

ovillaban en sus camastros todo el día aunque los liberaban unas horas de las cadenas. También los sacaban cada día, pero maniatados. No podían moverse mucho, tan solo acababan mojados por la lluvia y temblorosos de frío. Entretanto se produjeron los primeros casos de fiebres y diarrea. También Michael dormitaba durante largas horas, se le habían infectado las heridas y le dolían. Pese a ello, no estaba tan mal como para quedarse sin fuerzas. Se obligaba a comer y por el momento no vomitaba los

alimentos. Sufría sobre todo el frío y la humedad.

—En algún momento hará más calor —lo consolaba el marinero de al lado, mientras temblaba y tosía—. Cuando hayamos llegado al golfo de Vizcaya...

Como en otras ocasiones, el hombre no se equivocaba, pero la temperatura cálida y luego muy caliente del océano Índico no mejoró el estado de los presos. Las mujeres de la cubierta superior se alegraron de que sus vestidos se secaran, Michael y los otros reos

sometidos a una estricta vigilancia se mantenían bajo la línea de flotación. Ahí persistía la humedad y el calor aceleraba la descomposición. Además creció en exceso el número de insectos. Michael tenía la sensación de que las pulgas y los piojos se lo estaban comiendo vivo.

Los hombres intentaban dominar un poco las molestias y el picor salpicándose con agua de mar cuando salían a cubierta. No obstante, los vigilantes no permitían que se desnudaran. A los pasajeros

les gustaba mirar a los presos cuando los sacaban. Estaban terriblemente aburridos y ese «espectáculo» era casi lo único que rompía la rutina diaria. Michael y el resto regresaban de nuevo con la ropa mojada a sus catres. Nadie se sorprendió demasiado cuando se produjo un brote de cólera.

Lizzie se quedó horrorizada ante la muerte de los primeros enfermos. La jovencita del compartimiento de Lizzie sucumbió enseguida pese a los cuidados de la señora Portland y la comida

adicional que las seis mujeres de su alojamiento obtenían gracias a la relación de Lizzie con Jeremiah. Esta última repartía de buen grado los regalos del vigilante y le enfadaba que Candy no siempre hiciera lo mismo cuando, al salir a cubierta, desaparecía en algún rincón con un marinero.

Por supuesto, la prohibición de mirar siquiera a los hombres resultaba imposible de cumplir. Muy pronto se desarrolló un dinámico comercio entre las chicas casquivanas de la entrecubierta y

los lujuriosos tripulantes y soldados. Candy estaba muy solicitada y pronto se olvidó de su novio. Al final la ayudó sobre todo la ginebra. Mientras compartía generosamente los comestibles con la comunidad, conservaba para sí el alcohol.

—Esos ya han pasado a mejor vida —suspiró la señora Portland cuando, tras una breve ceremonia dirigida por el capitán, los cadáveres fueron arrojados al mar. Un maravilloso mar azul en el que jugaban los delfines, pero cuyas

ondas a veces también rasgaba la aleta de un tiburón en busca de su botín—. ¡A saber lo que nos espera a nosotras! —añadió.

La señora Portland se mostraba cada vez más abierta con Lizzie y ya no censuraba la relación de la joven con Jeremiah. A menudo solicitaba su compañía cuando iba a cuidar enfermas a otros compartimientos. La muchacha la ayudaba de buen grado y ella le enseñaba pacientemente las tareas más importantes.

—¿Dónde ha aprendido usted

todo esto? —preguntó un día con cautela.

Hasta el momento, la señora Portland nunca se había referido a su pasado, pero entonces respondió.

—Ayudaba en un hospital para pobres. Por agradecimiento. Con frecuencia se ocuparon de mí sin exigir ningún pago, y no me gusta tomar sin dar nada a cambio. Siempre necesitan quien les ayude. Para las mujeres no es agradable que un hombre las toque o las vende cuando otro de su sexo las ha

estado moliendo a palos.

No añadió nada más, pero Lizzie sacó sus conclusiones. La señora Portland había estado casada y su marido la había maltratado. ¿Lo habría abandonado y por eso había acabado en el mal camino?

—¡Oh, no, cielo, ella lo mató!

Fue una de sus pacientes quien al final se lo explicó a Lizzie. Emma Brewster, una vieja prostituta que había acabado robando a sus clientes para subsistir, sufría unos terribles

dolores e hidropesía en las piernas. La señora Portland la trataba con vendas frías y friegas de ginebra. Mientras Lizzie le estaba aplicando este tratamiento, surgió el tema de la señora Portland. A la joven casi se le cayó la botella de ginebra de las manos.

—¿La señora Portland asesinó a su esposo?

Emma Brewster asintió.

—Así es, pequeña. Yo estuve en el juicio. Ya sabes que nos juzgan en grupo y a Anna Portland le tocó justo detrás de mí. No fue muy

hábil en su defensa. No mostró ni asomo de arrepentimiento. Dijo que el hombre le pegaba todos los días. Pero ella lo toleraba porque quería ser una buena esposa, una mujer grata a Dios y no sé qué más. Hasta que el hombre lo intentó con la hija. Tenía trece años. La golpeó y ya estaba encima de ella con el pantalón desabrochado cuando Anna llegó a casa. Entonces ella le dio con el atizador. Y no se arrepentía, dijo, y aseguró que lo volvería a hacer. Y que si a Dios no le gustaba, añadió, pues lo sentía.

Que quizá tenía más en común con el demonio.

Lizzie no sabía si echarse a reír o llorar.

—¿Y no la condenaron a muerte? —preguntó.

La paciente asintió.

—Claro. Pero la indultaron. Suelen indultar a casi todas las mujeres.

—Pero... pero las asesinas van todas en la cubierta inferior...

Emma Brewster levantó la vista al techo.

—Hija, encerraron a Anna

medio año en Newgate. Ahí se dieron cuenta de que ella no es escoria. El doctor, el reverendo... todos intercedieron por ella, y también para que la dejaran en Inglaterra. La pobrecilla tiene siete hijos. La chica a la que protegió era la mayor. Pero no había nada que hacer. Anna tenía que marcharse a las colonias y los niños ingresar en un orfanato...

Lizzie suspiró. Pensó en su propia madre, desconocida. Hasta entonces no la había tenido en consideración, pues consideraba un

crimen abandonar a un hijo. Pero tal vez había sido víctima de la desesperación como Anna Portland.

### 3

Mientras el *Asia* navegaba pausadamente por la temida región de las calmas —era frecuente que se llegara a una calma chicha y en casos extremos las embarcaciones se quedasen sin provisiones—, la epidemia de fiebres a bordo llegó a su punto álgido. Si bien entre las mujeres de la entrecubierta el número de afectadas se logró

contener, en la cubierta inferior no había nadie capaz de levantarse. Los presidiarios ni siquiera podían dar su paseo diario al aire libre.

Los guardias se veían totalmente superados. Al principio se intentó forzar a los hombres a que salieran a cubierta, luego se les liberó de las cadenas y los abandonaron a su suerte en la oscuridad. El llamamiento a los pocos hombres todavía capaces de caminar a que cuidaran de sus camaradas quedó en gran parte desatendido, y el intento de

obligarlos a hacerlo fue boicoteado. Los más fuertes no tardaron en estar demasiado débiles para lavar y alimentar cada día a los que padecían las fiebres y a quienes agonizaban.

Tras arrojar al mar una cantidad elevada de cadáveres, se vislumbró por vez primera una solución. Los pasajeros presenciaron la macabra ceremonia y Caroline Bailiff, la audaz esposa de un agente jubilado, presentó una sugerencia al capitán.

—¿Por qué no se vale de las mujeres para que cuiden de los

enfermos? —preguntó—. Ya sé que la mitad está fatal y lo último que necesitan los tipos de ahí abajo es una puta que les dé la extremaunción. Pero habrá algunas que conserven un resto de sentido de la responsabilidad y que quizá cometieron su delito por necesidad. Y cuanto antes se las separe, mejor. Ahora para los infelices del fondo del barco y después para las familias que busquen empleadas domésticas.

Este último argumento fue muy bien recibido por los futuros

colonos libres, aunque los guardias dudaban de su eficacia.

Pese a ello, Caroline Bailiff puso manos a la obra y cuando las mujeres volvieron a salir, empezó a seleccionar asistentes capaces. La primera que se ofreció voluntaria fue Anna Portland.

—¿Quieres realmente cooperar? —preguntó Emma Brewster.

La antigua furcia había ocupado en silencio la cama libre del compartimiento de Anna y Lizzie. Allí dormía más tranquila que en el

rincón que le habían asignado hasta el momento y que compartía con cinco muchachas muy hábiles para los negocios. En el grupo de Anna, por el contrario, Candy era la única que alguna vez llevaba a un tripulante o un guardia a su cama. Jeremiah respetaba el pudor de Lizzie, lo que permitía a la joven salir más veces al aire libre.

—¿No estás harta de los hombres? Yo sí, y no me agradaría que me contagiasen la fiebre... — Emma se alejó de Caroline Bailiff y el marinero que la acompañaba y

anotaba los nombres de las voluntarias—. Además, ¡a lo mejor salvas a un cabrón que ha matado a golpes a su esposa!

—No todos son malos —respondió Anna—. A lo mejor salvo a uno que ha robado un trozo de pan para sus hijos. Ahí abajo hay muchos irlandeses y todo el mundo sabe la hambruna que están pasando...

Lizzie nunca había oído hablar de la hambruna, pero sabía que Anna tenía buena información. Su marido había sido operario, había

vivido en una casa propiamente dicha y no solo había alimentado a sus hijos, sino que, de vez en cuando, hasta había podido comprar un periódico.

—En cualquier caso, sé cuidar a los enfermos; administrar justicia no es mi tarea. Y tú, Lizzie, ¿te apuntas?

Con el corazón desbocado, Lizzie siguió a su amiga al despacho improvisado detrás de un toldo donde se había instalado Caroline Bailiff. La señora miró con satisfacción la aseada capota

de Anna, que, cuando estaba nueva, debía de haber sido parecida a las suyas. También la señora Bailiff prefería tocados pasados de moda. A Lizzie la miró más bien escéptica.

—¿Por qué quieres cuidar enfermos, joven? —preguntó con severidad después de que Anna le hubiese informado sobre su trabajo en el hospital.

Lizzie se encogió de hombros.

—Ayudo a Anna desde que estoy aquí —dijo—. Como no hay nada más que hacer...

La señora Bailiff arqueó las cejas.

—¿Y siempre te has ocupado de hombres? —inquirió sarcástica—. ¿Eres de esa clase de chicas que ofrecen... esto... cuidados especiales en las calles de Londres?

Lizzie la miró sin amilanarse.

—No voluntariamente —respondió—. Solo a cambio de dinero. Y nunca estaban enfermos, al contrario. Estaban demasiado... Estaban bien... en plena forma, señora.

Caroline Bailiff conservó su expresión severa, pero una chispa de humor centelleó en sus ojos.

—Yo me encargo de la joven, señora —intevino Anna en su favor—. Es servicial, una buena chica...

Lizzie sonrió, adoraba a Anna. Nunca nadie había dicho algo así acerca de ella.

La señora Bailiff vaciló un momento, pero necesitaba a todas las mujeres que se ofrecieran. Las mujeres no se apresuraban a ofrecer sus servicios a fin de recibir mejoras en sus condiciones de

reclusión o vagas promesas de obtener un buen puesto en una casa al llegar al nuevo país. La mayoría de ellas ya hacía tiempo que habían conseguido por sí mismas mejorar sus circunstancias. Una parte de ellas había encontrado entre los tripulantes y guardias amigos fijos que las visitaban y alimentaban; otra parte regalaba sus favores a los interesados a cambio de un poco de carne adobada o un par de tragos de ginebra. En cualquier caso, ninguna cambiaba su trabajo habitual de puta por la suciedad, el

trabajo y a lo mejor el contagio de la enfermedad. Así que al final solo hubo cuatro presidiarias y dos señora del grupo de los futuros colonos libres que se atrevieron a bajar al fondo del barco con agua para lavar y la inevitable ginebra que el médico suministraba como único medicamento.

La señora Bailiff y Anna Portland se pusieron de inmediato manos a la obra. Cuando entraron en la cubierta inferior, retrocedieron horrorizadas.

—¡Dios mío! ¡Aquí no

trabajaremos! —declaró resuelta Anna, sin preocuparse de emplear formalismos como «señora»—. Aquí no se ve nada, todo está lleno de mugre y es imposible combatir el calor y la humedad. Vaya a ver al capitán y pídale que lleven los hombres a la cubierta. Allí podremos ocuparnos de ellos, hace buen tiempo.

En efecto, el *Asia* ya había llegado al océano Índico. Hacía semanas que no se veía tierra, pero se mantenía el buen tiempo y el mar en calma. Las olas ya no bañarían

la cubierta, como en el Atlántico o en el cabo de Buena Esperanza. Tampoco era probable que se produjera un motín de los presos, que era el argumento con que el capitán había intentado al principio rechazar la petición de las mujeres de organizar un servicio de asistencia a los enfermos.

—Tal vez sean criminales peligrosos, pero de momento están más muertos que vivos —replicó la señora Bailiff—. E incluso si capturan el barco, ¿adónde van a ir? Yo aquí no veo más que agua,

agua y todavía más agua; no sabría si navegar hacia la derecha o la izquierda, y encima no sé navegar. Tan poco como los tipos de ahí abajo, que proceden de la Irlanda profunda o de algún rincón de Londres...

Al final, el capitán Roskell cedió. Ordenó que se quitaran las cadenas a los enfermos y que los subieran con la ayuda de algunos de los que todavía disponían de fuerzas. Las mujeres los tendieron en una enfermería improvisada en la cubierta y les quitaron la ropa

húmeda. La señora Bailiff insistió en que solo las asistentes casadas y que hubieran alcanzado la edad adecuada para procrear vieran a los hombres totalmente desnudos.

—¡Como si no hubiésemos vistos suficientes! —se mofó Jenny Toliver, una divertida prostituta pelirroja y con pecas de Aldgate—. Pero qué importa, me alegro por cada uno que me ahorro.

Lizzie asintió, aunque pensaba que los cuerpos jóvenes y en un principio fuertes que lavaba y frotaba con alcohol eran más bellos

que los de la mayoría de sus antiguos clientes. Claro que ahora habían enflaquecido y apestaban a sudor, pero aun así algunos...

Pasaba la esponja sobre el pecho de un hombre alto y de pelo oscuro, cuyo rostro anguloso y de labios llenos indicaban que antes había sido apuesto. Se sobresaltó cuando él murmuró un «gracias».

—¿Está usted despierto? — preguntó sorprendida. La mayoría de los hombres a los que había atendido no estaban en condiciones de hablar. Dos acababan de morir

cuando Anna se estaba ocupando de ellos, felices, por lo visto, de haber podido al menos dar su último suspiro al aire libre.

—No —susurró—. Estoy soñando. Sueño que soy libre, que no llevo más cadenas, que el sol brilla en lo alto y que estoy viendo a un ángel... porque solo hay ángeles en los sueños. ¿O es que ya he muerto?

Lizzie rio.

—Abra los ojos y verá que no soy ningún ángel —dijo, y acto seguido descubrió unos ojos que,

aunque enrojecidos, eran de un azul inverosímil. Cuando el hombre pestañeó y la distinguió a la luz del día, surgió en ellos también vida.

—Como yo decía... —suspiró—. Un ángel... y una nube... me han prometido una nube desde la que podré mirar hacia abajo.

Luego volvió a cerrar los ojos para sumirse de nuevo en los sueños producidos por la fiebre. Pero era evidente que no se encontraba tan mal como la mayoría. Lizzie se dirigió a Anna, que estaba repartiendo té entre los

presos que todavía tenían fuerzas para bebérselo. Cogió un cuenco para su protegido y se lo acercó a los labios.

—Tome. Bébase esto —le ordenó.

El hombre obedeció, pero se hallaba medio ido.

—¡Kathleen! —susurró cuando Lizzie le refrescó la frente.

Ella sintió cierta decepción inexplicable. Claro que un hombre así ya debía de tener novia, probablemente esposa.

Michael se había aferrado a su conciencia todo lo posible, también cuando empezaron a dolerle la cabeza y las extremidades y los primeros hombres murieron a su lado. Pero había arrojado la toalla cuando oyó gritar a Billy. Era como si todos los demonios del infierno estuvieran atacando al chico en su delirio febril. Llegó un momento en que Michael fue incapaz de seguir soportándolo y se retiró a su propio mundo. «Tal vez la fiebre me conceda unos sueños hermosos», pensó, pero esa ilusión no se hizo

realidad.

Los dolores que Michael sentía lo persiguieron también cuando perdió la conciencia. Las estrías de la espalda se le habían infectado, le escocían y supuraban, los hombros y caderas se habían llagado hasta los huesos de tanto estar acostado y en las articulaciones de manos y pies el roce de las cadenas había producido heridas sangrantes. Cualquier movimiento le dolía, era imposible encontrar una posición en que nada le hiciera daño. Michael sabía que vomitaba y se

hacía encima sus necesidades y que con ello aumentaba el hedor ya imperante, pero incluso si las cadenas no le hubiesen mantenido sujeto al camastro, hacía tiempo que carecía de fuerzas para levantarse. A todo eso se sumaba una sed tremenda. Si bien los vigilantes les llevaban agua potable, nadie se tomaba la molestia de distribuirla o acercarla a los labios de los enfermos con fiebre. Michael intentaba atrapar un poco cuando las cuadrillas de la limpieza arrojaban de mala gana un

cubo de agua de mar sobre su cuerpo, pero el agua salada empeoraba más las cosas.

También el ruido que lo rodeaba resultaba cada vez más infernal e impedía pensar o soñar en tiempos mejores. Los hombres llamaban delirantes a sus madres y esposas, y también Michael susurraba el nombre de Kathleen. Al menos eso creía hacer, pero no lo sabía seguro. No había nada que supiese con certeza, salvo que iba a morir. Allí, en un barco inglés y envuelto en su propia inmundicia...

Se avergonzaba de su debilidad, pero en algún momento lloró, gimió tan desesperado y desamparado como Billy, a quien hacía tiempo que habían sacado de allí. Envuelto en una lona y preparado para lo que se llamaba «el entierro del marino». Michael luchaba contra la imagen de unos tiburones hambrientos despedazando y comiéndose a su amigo y luego a él mismo.

Protestó con desesperación cuando los guardias lo desencadenaron e indicaron a un

par de presos que lo llevaran al exterior.

—¡Todavía no estoy muerto! — gimió—. ¡No... todavía no... no estoy muerto!

¿Era posible que se equivocaran y lo arrojasen vivo al agua para que los tiburones lo devoraran? ¿O se equivocaba él mismo y estaba en efecto muerto, pero no llegaba al cielo y se quedaría atrapado en su cuerpo hasta que los gusanos o los animales marinos se lo hubiesen comido?

Al final, un piadoso desfallecimiento lo había invadido, y cuando despertó creyó estar respirando aire fresco. Se sentía reanimado y estaba esa chica que lo limpiaba. Le susurró algo, un par de cosas bonitas, como antes a Mary Kathleen. La breve conversación le dejó sumido en unos hermosos sueños, sueños en los que hacía calor y el viento soplaba en los campos junto al río... solo que aquí olía a sal. Y el agua tenía un sabor amargo.

Michael tosió cuando el té sin

azúcar le mojó el paladar.

—Beba, le sentará bien.

Una voz cálida y afable le hablaba... Notó que alguien le levantaba la cabeza, y la infusión caliente y amarga se deslizaba despacio por su garganta. Tragó obediente. Al menos le calmaría la sed...

Lizzie, que le administraba lentamente el té, descubrió las estrías rojas e infectadas de la espalda de Michael y se quedó horrorizada. Claro que en Newgate se trataba a los presos a base de

golpes, pero esas eran las marcas de un látigo.

—¡Anna! —Alguien más versado en la materia que Lizzie tendría que ocuparse de eso.

Al cabo de unos minutos, tanto la señora Bailiff como Anna Portland estaban inclinadas sobre la espalda llena de cicatrices de Michael.

—¡Espantoso! —declaró la señora Bailiff—. Como en la Edad Media. ¿De dónde viene este hombre? ¿Irlanda? Allí las condiciones deben de ser

terribles... Menos mal que te has dado cuenta, muchacha, comprueba si a los demás les sucede lo mismo. La gente puede morir a causa de la fiebre si no se la trata. Señora Portland, ayúdeme...

Lizzie se percató de que la señora Bailiff ya no tuteaba a Anna. Ambas mujeres habían reconocido su simpatía mutua y se trataban con respeto.

Mientras la muchacha se separaba a pesar suyo de su enfermo y poco después descubría a dos hombres con heridas

semejantes, las dos mujeres lavaron la espalda de aquel desdichado y cuidaron de sus heridas, en primer lugar, con ginebra. Michael dio alaridos de dolor.

Lizzie estuvo a punto de correr a consolarlo y pedir que lo trataran con más delicadeza. Pero se reprimió. Anna y la señora Bailiff sabían lo que se hacían. Y si mostraba el menor interés por aquel apuesto hombre de cabello oscuro, de voz suave y profunda y ojos fascinantes, sin duda le impedirían atenderlo.

Después, las mujeres pidieron al médico que les diera un unguento para las llagas, pero les dijo que a esas alturas ya no era útil. Solo recordaba vagamente que sus antecesoras untaban esas heridas con alquitrán vegetal. Eso enfureció a la señora Bailiff todavía más que la visión de las estrías, fue a su camarote y salió segundos después con un tarro de pomada de caléndula.

—Era para el botiquín de mi casa —se lamentó—. Quién sabe si en Australia encontraré algo

similar. Y hasta que las semillas que he cogido crezcan... Pero ahora necesitamos el unguento aquí, no podemos dejar que esos infelices mueran como animales.

Cuando Lizzie se atrevió de nuevo a acercarse al joven que tanto la había atraído, ya lo habían vendado esmeradamente. Aunque todavía tenía fiebre alta. Los cuidados parecían haberlo debilitado. Lizzie volvió a administrarle té y agua y lo tapó con otra manta. Pese al calor que hacía en la cubierta, le temblaba

todo el cuerpo. La muchacha se hubiese quedado con él de buen grado, pero anocheecía y los vigilantes insistieron en llevar a las prisioneras de vuelta a la entrecubierta. La señora Bailiff y una de las otras enfermeras, una mujer huesuda y carente de sentido del humor, llamada Amanda Smithers, seguirían ocupándose de los hombres en la cubierta.

Lizzie se percató de lo cansada que estaba cuando se tendió en su litera. Aunque no iba a poder disfrutar de tranquilidad.

—¿Nos vemos luego, corazoncito? —le susurró Jeremiah.

Acompañaba a Candy, que había estado en la fila para recoger la comida del grupo de seis. Una olla llena de un guiso compuesto en su mayor parte por patatas.

—Has de tener hambre... Pero esto no es bazofia. Ven conmigo, fuera tengo pan y carne para ti. — Jeremiah sonrió prometedor.

A Lizzie se le hizo la boca agua. Era consciente, por supuesto, de que en la cubierta no solo la esperaba una comida estupenda,

sino también el cuerpo sucio de Jeremiah. ¡Y era posible que la señora Bailiff y la señora Smithers la vieran! ¡Dios no lo quisiera!

Intentó dedicarle una sonrisa seductora y al mismo tiempo pusilánime.

—Un poco más tarde, Jeremiah, por favor. Cuando las señoras... — Intentó ruborizarse e incluso lo consiguió.

El hombre sonrió.

—¡Eres un ratoncito tímido! ¡Se diría que eres una pudorosa muchachita de casa bien! Pero ya

me gusta así. Un poco más tarde, cuando hayan servido la comida a los pasajeros.

En el *Asia* los colonos no viajaban en primera clase, como en los barcos de emigrantes, en los que había lujosos camarotes para pasajeros que pagasen bien y donde incluso se embarcaban animales para servir carne fresca, pero se encontraban en un comedor en las horas de las comidas comunes. Naturalmente, los platos que les ofrecían eran mucho mejores que el rancho de los presos. La señora

Bailiff y la señora Smithers no se privarían de la comida. Tras el duro trabajo, estaban tan hambrientas como Lizzie y Anna.

Lizzie trataba de calmar los latidos de su corazón cuando una hora después Jeremiah la condujo escaleras arriba. ¿Evitaría el encuentro con las dos señoras? Hasta entonces nunca había estado por la noche en la cubierta. Las estrellas brillaban en el firmamento mientras Jeremiah se satisfacía con ella.

—Las estrellas brillan de otra

manera que en Londres —dijo Lizzie, estrechándose con repugnancia contra él.

Sabía que a él le gustaba y si no conseguía acariciarle mientras él la penetraba procuraba dedicarle al menos un par de caricias antes o después del acto. En general, después él no mostraba demasiado interés. Y si ella se esforzaba demasiado, corría el riesgo de volver a excitarlo. Pero creía que tenía una deuda con él. En el fondo, Jeremiah era un buen tipo.

—Claro —dijo él orgulloso,

como siempre que podía darle una explicación—. Estamos casi en el otro lado de la esfera terrestre. La Cruz del Sur... allí, ¿la ves? — Señaló cuatro estrellas brillantes que formaban una cruz fácil de distinguir—. El pie de la cruz señala al sur, por eso se llama así. Antes servía para orientarse en el mar... Ah, sí, y los australianos quieren incluirla en su bandera, cuando se pongan de acuerdo en cómo representarla exactamente.

Lizzie asintió y contempló fascinada el cielo nocturno. El

brillo de las estrellas era allí mucho más intenso que en Londres, pero eso se debía, claro, a que la cubierta del *Asia* estaba a oscuras, mientras que las calles de la gran ciudad estaban iluminadas, al menos en parte, por farolas de gas.

—Precioso... —musitó—.

¿Has estado alguna vez en Australia? ¿Es bonito?

Jeremiah se encogió de hombros.

—Pues nunca he estado allí... Pero no me importaría quedarme. A veces pienso en hacerlo. Se

consiguen tierras y podría casarme... ¿Cómo sería, Lizzie, te lo imaginas?

Ella se lo quedó mirando atónita. ¿Era una proposición? ¿Quería realmente...?

—Pero yo... yo soy una condenada, yo...

—Bah, he estado informándome. Te indultan enseguida si encuentras a un hombre. Es lo que quieren. Que os volváis honradas y viváis como mandan los preceptos de Dios. Trabajas uno o dos años para la

colonia y luego... Todavía tardaría un poco, tengo que seguir trabajando unos añitos. —Rio—. Tú no te me escapabas...

«Pero en el próximo viaje encontrarás a la próxima chica», pensó Lizzie fríamente. Se preguntaba por qué todo eso ya no la emocionaba. ¡Casarse! ¡Volverse decente! Ser libre, tener hijos... Bien, no amaba a Jeremiah, pero era de buena pasta. Hasta el momento no había visto que golpeara a las presas o las tratara mal. Casarse con él era más de lo

que una chica como ella podría haber soñado jamás. Y además tener casa y tierras propias... Sin embargo, se sintió aliviada de no tener que decidirse enseguida. En un par de años, Jeremiah tal vez pensara de otro modo.

Por su parte, no podía olvidar al joven de cabello oscuro, ojos azules y la espalda llena de cicatrices. Pensaba todo el rato en él y esperó no levantar sospechas cuando pidió a Jeremiah que la dejara ver una vez más a los enfermos antes de volver a llevarla

abajo.

Tal como esperaba, el guardia se quedó fuera del área de la cubierta aislada en la que habían instalado a los enfermos. Los celadores temían el contagio tanto como las presidiarias. Por suerte no se le había pasado por la cabeza que podía contagiarse también a través de la muchacha.

Lizzie se acercó al joven irlandés y se asustó. Ya no temblaba ni se movía. Pero entonces se percató de que estaba contemplando el cielo estrellado

como ella había hecho pocos minutos antes. Se sintió espontáneamente unida a él.

—Es muy distinto, Kathleen...  
—musitaba casi sin emitir sonido—. El cielo... Había pensado que para ver la tierra tendría que mirar hacia abajo... pero miro hacia arriba y veo el cielo... Qué raro, Kathleen.

Lizzie vio que todavía le ardía la cara. Tenía fiebre y alucinaciones, pero miraba las mismas estrellas que a ella la fascinaban.

—¡No estás en el cielo! —  
musitó—. Sino casi en Australia.  
Son nuestras estrellas, y mira... ¡la  
luna!

La pequeña media luna  
ascendía en ese momento por  
encima del horizonte azul oscuro.

—Yo tampoco soy Kathleen —  
puntualizó Lizzie, algo triste—. Soy  
Lizzie. Lizzie Owens... Elizabeth.

El hombre sonrió con debilidad  
y buscó su mano.

—Eres bonita, Kathleen... —  
susurró—. Más bonita que todas  
esas estrellas.

Lizzie renunció a hacer más rectificaciones. Le habría gustado saber el nombre del joven. Y cuánto deseaba haber sido bonita...

## 4

El viaje de Kathleen e Ian a Nueva Zelanda transcurrió sin incidentes, excepto una tormenta en el cabo de Buena Esperanza y un par de días de calma chicha en la zona ecuatorial. Kathleen casi habría podido disfrutar de la travesía.

Naturalmente, sufrió como todos del reducido espacio de la

entrecubierta, pero por trece libras por persona no podía exigirse más. Ian y Kathleen compartían un camarote con un matrimonio y sus dos hijos, una niña llorona y un niño insolente que continuamente reía o hacía comentarios cuando su padre o Ian ejercían sus débitos conyugales. A Kathleen y la joven señora Browning, que ya ofrecía un aspecto afligido, les resultaba desagradable mantener relaciones sexuales con sus maridos delante de los niños y otra gente, pero los maridos no encontraban ningún

impedimento a ese respecto.

Tampoco la cubierta del *Primrose* estaba impermeabilizada y, al igual que en los barcos prisión, el agua también goteaba en los alojamientos de los pasajeros más pobres. No obstante, las condiciones sanitarias eran algo mejores y había retretes en la entrecubierta. Demasiado pocos, desafortunadamente, de modo que rebosaban con frecuencia y había que limpiarlos. La comida era sencilla y solía llegar fría a la entrecubierta, pero bastaba para

saciar el hambre.

Los irlandeses, famélicos, no entendían por qué los ingleses se quejaban de las deficiencias de la cocina. Para muchos de ellos era la primera vez en años que comían cada día. Después de superar la primera pena por la despedida, los irlandeses se ocuparon de dar ambiente a bordo. Muchos hombres habían llevado sus flautas, violines y armónicas, y por la noche tocaban música de baile y las mujeres cantaban canciones de su patria. Kathleen no dejaba de pensar en

Michael. Nadie tocaba el violín tan bien como él y creía escuchar aquella voz profunda con que entonces cantaba para ella.

Cuando dejaron atrás el Atlántico —y con ello la molestia de tener siempre la ropa húmeda y agua en los camarotes—, los hombres de la entrecubierta y los tripulantes intentaron ampliar la carta con platos de pescado. Tratar de pescar con anzuelos y arpones los delfines, tiburones y barracudas que acompañaban el barco más bien parecía un entretenimiento al

principio. Pero con el tiempo la técnica se perfeccionó y el aroma a pescado asado acabó extendiéndose por la cubierta. También las aves, sobre todo el albatros, se convirtieron en parte del menú. Se cogían con cañas largas que se colocaban en la popa con anzuelos y peces como cebo.

Kathleen disfrutaba de las eventuales comidas con carne y, cuando por las noches se reunía al aire libre con los demás pasajeros de la entrecubierta, de la visión de un cielo estrellado cada vez más

ajeno. Ese espacio estaba reservado a los pasajeros de primera clase, pero cuanto más duraba el viaje más hacían la vista gorda los oficiales y tripulantes. A una chica tan bonita como Mary Kathleen —incluso si su embarazo ya no se podía ocultar— no se le negaba un deseo. Lo único que ella esperaba era que el bebé no naciera en el barco. Cuando Ian le había confesado, una vez ya embarcados, que la travesía duraría tres meses largos, se quedó horrorizada y le echó en cara su falta de

consideración. El bebé debía llegar al mundo a principios de julio, y no era seguro que para entonces hubiesen arribado a su nuevo hogar.

Ian permaneció indiferente a sus protestas, así como a cualquier cosa que ella dijera o sintiera. Kathleen no tardó en sentir que para él no era más que un animal doméstico o una muñeca. Hablaba con ella y esperaba también ciertas reacciones, pero también podría haber sido muda o hablar en chino. Ian no se preocupaba de argumentar o reflexionar acerca de sus planes a

corto o largo plazo, y cuando ella le contaba algo que le había gustado o molestado no solía hacer comentarios.

Pero no era solo el silencio de Ian lo que le amargaba el viaje. Era también la continua desconfianza con que la trataba su esposo. Cuando se alejaba o hacía algo sin él, se ponía a indagar lo que había hecho. Nunca se le ocurría preguntarle directamente dónde había estado o qué había hecho. Le salía un instinto casi detectivesco y la espiaba o bien interrogaba a otra

gente acerca de su paradero.

Era evidente que a los Browning esto les resultaba molesto, y más aún porque la señora debía de suponer que Ian sospechaba que su marido rondaba a Kathleen. Durante las diversiones nocturnas, Ian observaba con celo los movimientos de su esposa, ¡y eso que nadie trataba de intimar con ella, en un estado tan avanzado! Si la invitaban a bailar —había muchos jóvenes solteros a bordo y la mayoría de los casados permitían sin protestar a sus mujeres que

bailasen—, Ian respondía de forma negativa a los jóvenes que le pedían amablemente su autorización. Al principio era cortés y señalaba el avanzado estado de Kathleen, pero tras un par de whiskies se ponía agresivo. Después de que una vez casi llegara a los puños, los demás pasajeros empezaron a evitar a Kathleen. Los hombres, porque Ian desconfiaba de ellos; las mujeres, por el chismorreo. Si alguien tenía que vigilar tanto a su esposa como el señor Coltrane, cotilleaban las

aburridas emigrantes por los pasillos, algún motivo tendría. Y desde luego la señora Coltrane era bonita, demasiado bonita... Más les valía no perder de vista a sus propios maridos.

Después de dos meses de travesía, Kathleen se sentía tan sola como en su pueblo cuando se difundió que estaba embarazada. No había nada que pudiesen reprocharle, pero desde Ian hasta los niños de la improvisada escuela, todos la miraban con recelo.

La joven lo aceptó y buscó la soledad. Cuando conseguía escapar de la estrechez de su camarote por unos momentos, admiraba el cielo estrellado y hablaba con el hijo que llevaba en su vientre, que cada vez se movía más.

Ian se molestaba cuando ella prolongaba demasiado tiempo una supuesta visita nocturna al retrete, pero ella disfrutaba de esos momentos de libertad. Bajo esas estrellas desconocidas se sentía más cerca de Michael. A lo mejor también él contemplaba la Cruz del

Sur y pensaba en ella. Si al menos pudiera comunicarle que estaba siguiéndole al otro lado del mundo...

Por fin empezó la última parte del viaje. Tras la misa del domingo en cubierta, el capitán explicó a los pasajeros que estaban cruzando el mar de Tasmania, entre Australia y Nueva Zelanda.

—¿A qué distancia de Australia estamos? —preguntó Kathleen en voz baja, después de que el médico se interesase por su salud.

Ella esperaba que no fuera él

quien se ocupara del parto, pues no confiaba mucho en sus virtudes como profesional. De todos modos, era un buen maestro. Casi todos los niños embarcados, a los que daba clase como ocupación secundaria, habían aprendido a leer y escribir durante la travesía.

—¡Lejos! —respondió sonriendo el doctor—. Muy lejos. Pero estuvimos algo más cerca, hemos pasado por su lado. Si hubiésemos querido ir a la Bahía de Botany, ya estaríamos allí, señora Coltrane.

Kathleen forzó una sonrisa.

—Ya no envían a nadie allí, ¿verdad? —preguntó.

El médico afirmó con un gesto.

—Cierto, solo a la Tierra de Van Diemen y últimamente a Australia Occidental. Dando la vuelta a medio continente.

Kathleen se sintió decepcionada.

—¿Así que no se puede llegar desde Nueva Zelanda? —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué se le ha perdido en Australia? —bromeó el médico

amablemente, pero Kathleen se estremeció. Hablaba demasiado fuerte y podría oírlo Ian—. Si quiere un consejo: quédese en Nueva Zelanda. Es un lugar pacífico, no hay animales peligrosos ni serpientes, nada preocupante. En Australia, por el contrario, la mitad de los animales son venenosos, los indígenas son agresivos, el clima es extremo y cada día se producen incendios forestales. Razones hay para enviar allí a los delincuentes. Aunque ahora intentan poblar los nuevos

asentamientos con colonos honrados. Los primeros, en el oeste, ya están casi muertos de hambre.

El médico empezó a hablar animadamente de ello, pero cuando se percató del semblante afligido de Kathleen, se interrumpió.

—Bueno, pero si uno quiere ir, supongo que podrá... —añadió—. Tiene que haber barcos que parten de la costa occidental de Nueva Zelanda hacia Fremantle. Pregunte cuando llegue. Pero en primer lugar, dé a luz a su hijo. No tardará.

¿Cómo está? ¿Siente dolores?

Kathleen respondió distraída. Ian la observaba, a esas alturas notaba su mirada incluso sin verlo. Seguro que preguntaría a alguien si había escuchado de qué hablaba con el médico. Se dio media vuelta nerviosa. La señora Browning estaba a su lado y miraba fatigada por la borda. Precisamente ella. Ojalá no hubiese escuchado nada. Aunque, desde otro punto de vista, la mujer con quien compartía el camarote estaba de su parte. Tenía la sensación de que la constante

desconfianza de Ian también sacaba a Elinor Browning de sus casillas.

Kathleen esbozó una sonrisa cuando volvió con su marido. Cualquier otro le habría preguntado simplemente de qué había hablado con el médico. Pero, como siempre, Ian apartó la vista de su mujer y se dirigió hacia Elinor.

—¿Sobre qué trataba esa importante conversación que mi bella esposa mantenía con nuestro doctor? —Para un desconocido, la pregunta habría sonado divertida, pero para Kathleen era escrutadora.

Elinor Browning forzó una sonrisa.

—Pues ¿de qué van a hablar? ¡De su hijo! —aseguró—. Sobre si será niño... Los médicos dicen que no se sabe lo que hay en la barriga, pero si quiere que le dé mi opinión: las niñas se alojan más abajo y de ahí que el vientre se vea redondo. Pero su niño está bien arriba y por eso la barriga casi es puntiaguda...

Kathleen dirigió a la mujer una sonrisa de agradecimiento. Había salvado ese escollo. ¡Ojalá fuera tan fácil salvar los escollos que

separaban Nueva Zelanda de Australia!

El *Primrose* llegó a Port Cooper después de ciento dos días de navegación. Coincidiendo con el alumbramiento del bebé. Cuando todavía se estaban reuniendo los inmigrantes en la cubierta principal —llamados por la sirena del barco que anunciaba la primera tierra que se avistaba en semanas—, Kathleen rompió aguas. Pese a los primeros dolores, se acercó como pudo a la borda para ver su nuevo país. No daba una impresión demasiado

alentadora, antes al contrario, la Isla Sur se escondía tras una cortina de lluvia. Allí se perfilaba una costa rocosa y a lo lejos se percibían vagamente unas montañas que parecían cubiertas de nieve. ¿Y esa era la tierra que se parecía a Irlanda?, pensó Kathleen. ¿Con ovejas en prados verdes? Estaba decepcionada, pero en ese momento tenía otras preocupaciones. Podían tardar horas en atracar. ¿Qué sucedería si el niño no quería esperar tanto? Poco importaba cómo fuera ese país, ¡no quería

tener al niño en el barco!

De hecho, el pequeño se tomó su tiempo. Elinor Browning y un par de mujeres más se ocuparon de Kathleen hasta que atracaron, cuando la dejaron sola para celebrar la llegada. Mientras los primeros colonos bebían por la emoción y alegría de haber sobrevivido a la travesía, bajaban dando traspiés y besaban la tierra de su nuevo hogar, Kathleen estaba muerta de miedo y dolor. ¿Qué sucedería si las mujeres no volvían? ¿Si la habían olvidado

ahí? Naturalmente, la joven se dijo que Ian se ocuparía de ella, pero no veía a su marido desde que la costa había aparecido por la mañana. En su peor pesadilla, él ya estaba negociando la compra del primer caballo en Port Cooper mientras ella permanecía en el barco a punto de parir. Al fin y al cabo, no era su propio hijo el que iba a nacer. Seguro que le daba igual lo que ocurriese con el bebé.

Pero al final Ian dio señales de vida, aunque era evidente que le resultaba desagradable ver a su

esposa sudada y temblando en el camarote. Parecía tranquilo, por lo visto esperaba que diera a luz de forma tan rápida y carente de emoción como una yegua paría un potro.

—Levántate, Kathleen, tenemos que bajar. Y necesitas a alguien que se ocupe de ti. Ya he hablado con la gente del lugar. Te llevaremos a casa del herrero...

—¿De quién? —preguntó horrorizada la joven—. ¿Del... del herrero? No irás a decirme que es él quien se encarga aquí de los

partos...

Conocer al herrero antes que a nadie era propio de Ian, y era probable que ya supiese también dónde vivía el talabartero... Kathleen se habría echado a reír histérica, pero se le atragantó la risa cuando vio la expresión arisca de su marido.

—Claro que no, pero su mujer es la comadrona. ¡Vamos! ¡Y ponte algo, no puedo llevarte en camisón a tierra! Queremos fundar un negocio, Kathleen. Así que ponte como Dios manda y compórtate

como una dama.

El regocijo de Kathleen se convirtió en rabia impotente. Se encogía cada dos minutos a causa de las contracciones, ¿cómo iba a ponerse un vestido y peinarse? Pero el rostro de Ian no admitía alegaciones. Agotada, víctima de las contracciones y los sollozos de desesperación, se levantó como pudo de la cama, se puso su vestido más holgado e intentó recogerse el cabello bajo una capota. Al final desembarcó del brazo de Ian.

Apenas si vio nada de su nuevo

hogar. Un muelle, un puerto elemental y con forma de pera, más bien un puerto natural, pues no habían construido demasiado todavía. Más arriba, colinas, una población. Kathleen comenzó a sudar mientras luchaba por subir la cuesta. Continuamente tenía que detenerse. Si Ian no la hubiese sujetado, se habría caído y es posible que hubiese dado a luz en el camino.

«Criarás a nuestro hijo dignamente...» Kathleen creía oír la voz de Michael. Apretó los

dientes. Por fortuna, la herrería no estaba lejos; en Port Cooper nada estaba lejos de la bahía donde fondeaban los barcos. La localidad era diminuta, pero aun así cualquiera de las casas de madera era bastante más grande y elegante que las cabañas de los aparceros en Irlanda.

Kathleen abrigó esperanzas cuando Ian llamó a una casa pintada de azul. En la dehesa de detrás había una mula y del cobertizo contiguo salían los ruidos de un martillo de forjar. Kathleen se dejó

caer contra la puerta. Por lo menos no daría a luz bajo la lluvia... Se le escapó una sonrisa cuando pensó que Nueva Zelanda e Irlanda a lo mejor solo se parecían en que siempre hacía mal tiempo, pero cuando la puerta se abrió, se quedó de piedra. La mujer que les atendió era más baja que ella, regordeta, de cabello oscuro y crespo. Pero lo más sorprendente fue que ¡tenía la tez oscura!

«Una negra», pensó Kathleen consternada. Pero ¡negros solo había en África! Nadie le había

comentado que hubiera negros en Nueva Zelanda... ¿O sí? El padre O'Brien había mencionado a indígenas. Pero que había pocos. Y pacíficos.

Cuando Kathleen observó a la mujer con más detenimiento, tuvo que admitir que no obraba ningún efecto aterrador, aunque... La joven se sobrecogió: aquella mujer tenía el rostro cubierto de signos azules. ¡Tatuajes! Kathleen tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. Y encima la siguiente contracción, acompañada de

náuseas. Intentó contenerse. No podía ser que vomitara en el umbral de unos desconocidos.

—¡Oh, el niño viene enseguida!  
—La mujer sonrió, y su ancha sonrisa hizo que su semblante resultara menos terrorífico—. ¡Pasa, mujer! ¡Yo ayudar, no tener miedo!

Complacido, Ian dejó a su esposa cuando la regordeta comadrona se ofreció para ocuparse de todo. La joven se percató de que la esposa del herrero llevaba al menos ropa

normal. Y también su pelo estaba recogido como los de las buenas amas de casa inglesas o irlandesas.

Se dejó conducir por la pequeña y acogedora casa. Todo ahí era normal, excepto la piel morena de la mujer y sus conocimientos básicos de la lengua inglesa. ¿Estaría soñando? Al final, la joven se encontró en una cama limpia; por lo visto, la cama del matrimonio en un acogedor dormitorio. Kathleen solo había visto tanto lujo en la casa señorial y en la de Trevallion.

La mujer palpó con manos diestras el vientre.

—¡Viene pronto! —dijo apaciguadora—. ¿Primer hijo?

Kathleen asintió. Y se atrevió a preguntar algo. Con amabilidad, pues, a fin de cuentas, debía comportarse como una dama.

—¿Usted... usted no es inglesa?

La comadrona casi se tronchó de risa.

—Claro, sí —contestó entre risas—. Yo de Londres, pariente de la reina, pequeña prima...

Kathleen se retorció de dolor

con la siguiente contracción. ¿Lo decía de broma? Ya no sabía qué era sueño y qué realidad, cómo había llegado hasta allí, qué la esperaba... A lo mejor despertaba de golpe y estaba tendida con Michael en los prados junto al río...

—¡Tú levantada! De rodillas niño sale más fácil. Pero sé que no es costumbre vuestra. Y claro, yo no soy prima de la reina, aunque sí sobrina de jefe tribu. Mi nombre Pere. Yo maorí. Nombre de mi tribu ngai tahu. —La mujer de piel

oscura se señaló orgullosa el pecho y sonrió a la desconcertada Kathleen—. Maorí llegar antes que *pakeha*, por el mar con *tainui*, que es unión de tribus. Muchos veranos e inviernos atrás... Pero ahora todos viven aquí, no enemigos de *pakeha*, colonos blancos. Mi marido *pakeha*, herrero...

Así que una indígena se había casado con el herrero del pueblo. Su tribu o su poblado se llamaba *ngai tahu*. Y también era cierto que era pacífica. Kathleen ya no quería pensar más. Agotada, se abandonó

a sus dolores y a las hábiles manos de Pere.

Unas horas más tarde, el hijo de Kathleen había nacido. Mientras que la joven miraba extasiada a su hijo y Pere parecía compartir su fascinación, Ian no dedicó ni una mirada al recién nacido. Solo cuando la maorí le presentó ingenuamente al niño como Kevin James Coltrane, reaccionó airado.

—James está bien—confirmó a la asustada comadrona—. ¡Que no se atreva a llamarlo Kevin!

¡Díselo! ¡Adviértese lo, mujer, si intenta jugar conmigo...! —La voz de Ian tenía un tono amenazador.

Kathleen suspiró cuando Pere le comunicó la noticia y cómo se la había dado el tratante de caballos.

—Tu marido no muy amable —observó.

Kathleen se dispuso a disculparse por Ian, una actitud que pronto se convertiría en costumbre.

—Entonces llamaré Sean al pequeño —decidió al final. Ese nombre siempre le había gustado y, por lo que sabía, no aparecía ni en

la familia de Michael ni en la de Ian.

Ian, que por fortuna no puso ninguna objeción más, enseguida apartó la atención de su esposa y del bebé y pareció alegrarse de que Kathleen se alojara en un principio con John y Pere Seeker. Él mismo se fue a dormir a las tiendas de campaña, alojamientos provisionales que los habitantes de Port Cooper ponían a disposición de los recién llegados. Unos pocos colonos querían quedarse, otros tenían prisa por cruzar las montañas

y llegar al interior, donde se suponía que las condiciones eran mejores para construir una granja. Si bien había tierra fértil alrededor de Port Cooper, ya se la habían repartido sus habitantes. Quien quería instalarse en las Llanuras de Canterbury —un nombre que los primeros inmigrantes habían dado a la planicie que se extendía tras las montañas— tenía que negociar con los maoríes.

Ian no tenía esa intención. Tampoco veía la necesidad de aprender unas palabras básicas en

la lengua maorí. A fin de cuentas, había pocas probabilidades de que los indígenas le compraran en un futuro próximo algún caballo. No solían criar ganado, sino que vivían de la caza y la pesca, así como de una agricultura primitiva. A Kathleen, por el contrario, le gustaba hablar con Pere. Lo primero que aprendió fue el nombre maorí de Port Cooper: *Te whaka raupo*, «Puerto de las Cañas».

—¡Y a Nueva Zelanda la llaman *Aotearoa*! —explicó a Ian durante su segunda visita.

La primera vez todavía se hallaba agotada por el parto, pero ahora estaba sentada en la cama con un camisón limpio y el bebé entre los brazos, y casi era como la Kathleen de siempre. Solo que más feliz y, si eso era posible, todavía más hermosa. Ian miró al pequeño Sean con una expresión que casi rayaba en los celos.

Pere lo observó con los labios apretados. Su inglés no era perfecto, pero por lo visto leía en los semblantes como en un libro abierto.

—Significa «Gran Nube Blanca». Según John, es bonita, este es solo el puerto... solo una bahía con acantilados alrededor. Pero la tierra misma es extensa y fértil...

—¿De qué cosas tan interesantes tienes tú que hablar con el herrero? —preguntó Ian malhumorado.

Al menos esta vez se dirigió directamente a ella. No dio ninguna importancia a que Pere escuchara sus palabras. Kathleen hizo un gesto de indiferencia. Le habría gustado

contestar que le agradaba escuchar cualquier información sobre ese nuevo país, pero la rabia se apoderó de ella. No podía permitir que Ian estuviese todo el tiempo acosándola.

—Bueno, por el momento ocupó su cama —observó—. Algo tendré que hablar con él.

Ian se la quedó mirando.

—Estás en la cama de John con el hijo de Michael en los brazos... Realmente notable, Kathleen, puedes sentirte orgullosa de ello. Pero esto no va a seguir así. Si no

fueras charlando por ahí y escucharas, hace tiempo que te habría dicho que una parte de tu *te whaka raupo* ya me pertenece. He comprado una parcela de tierra y una casa.

¿Con el dinero de Michael? Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero logró dominarse. Bastante miedo daba la expresión de Ian, no quería encolerizarlo aún más. Sin embargo, la noticia aumentó más su propia ira.

¡Tierra propia! ¡Casa propia! Siempre lo había deseado, solo que

en sus sueños su marido no se lo hubiese presentado como un hecho consumado. ¿No podía haber esperado a que ella lo acompañase? ¿Y cómo había decidido instalarse en Port Cooper, si fuera había quizá mucha más tierra y mejor?

Kathleen puso una expresión compungida.

—Ian, es... seguro que es bonito. Pero... pero ¿no te planteaste comprar la tierra en otro lugar? ¿Detrás de las montañas? A lo mejor... a lo mejor habría sido

más barata. ¿Ya has firmado? — Tenía que ser posible hablar de forma racional con su esposo.

Él frunció el ceño. Kathleen se percató de que su observación le había molestado.

—¡Claro que he firmado, no tengo por qué hablarlo contigo! Y claro que he pensado en todo, no soy tonto. Pero esta es la única población grande en un amplio radio. Y por aquí han de pasar todos los nuevos colonos a la fuerza. Así que es el mejor sitio para un negocio de ganado. El

único sitio. Creo que mañana podré pasar a recogerte, Mary Kathleen. Mientras tanto llevaré nuestras cosas a casa y así podrás instalarte.

Por el momento, ella apenas podía ponerse en pie. El parto tras la larga travesía la había agotado más de lo esperado, por lo que Pere y John se mostraban muy comprensivos con ella. John Seeker, alto y fuerte como un oso, cogió simplemente la ropa de cama y se la llevó a la herrería, y Pere se tendía junto a Kathleen. Las mujeres enseguida se entendieron.

Por las noches charlaban y se contaban historias. Fue Pere quien contó al pequeño Sean las primeras historias sobre su país, Aotearoa.

—¡Tiene que conocer su historia! —dijo a Kathleen—. Para nosotros es importante, lo llamamos *pepeha*. Todos saber con qué canoa llegar sus antepasados a esta isla, dónde vivir, qué hacer. También las historias de abuelos. —Pere lo pensó brevemente, antes de desviar la conversación hacia un terreno delicado—. Tu marido no contento con hijo. ¿Por qué? ¡Es hijo! Todos

quieren hijo.

Entretanto, Kathleen ya había aprendido que *pakeha* era la palabra maorí para los primeros colonos blancos procedentes de Europa, que *pakeha wahine* designaba a la mujer blanca y *pakeha tane*, al hombre blanco. Los maoríes se llamaban a sí mismos «cazadores de moa», expresión que aludía al pájaro que había vivido en Aotearoa cuando ellos habían llegado. Ahora el ave se había extinguido.

Kathleen suspiró. No sabía qué

responder. Pero Pere siguió hablando.

—¿Es a lo mejor de otro hombre? Entre nosotros no importar, los hijos bien recibidos. Pero *pakeha*...

Kathleen se ruborizó y la invadió un horror increíble. ¿Tan fácil era reconocerlo? ¿Lo sabrían todos? Asustada, se agarró al brazo de Pere.

—¡Por Dios, Pere, no se lo cuentes a nadie! —suplicó—. Por favor, este niño es un Coltrane, yo... yo lo he hecho todo para darle

un nombre y un padre. Nadie debe saber que... ¡Por favor, nadie! ¡Por favor, no se lo cuentes ni a John!

Pere se encogió de hombros.

—Para mí igual. Yo no contar a nadie. Pero tú has dado solo nombre a niño. ¡No padre! Padre es más que un nombre. Y tu marido no es nada.

## 5

Durante tres días, Michael Drury tomó a Lizzie Owens por una chica decente. Y ella nunca se había sentido más feliz.

Los hombres de la cubierta inferior se recobraban lentamente de las fiebres. Lizzie y las otras mujeres pasaban muchas noches lavando a los enfermos, frotándolos con vinagre y ginebra y dándoles

agua, té y, al final, sopa. Para satisfacción de la señora Bailiff y Anna Portland, muy pocos habían muerto bajo sus cuidados. Y Michael consiguió incluso sonreír a Lizzie y no hablarle como si fuera Kathleen.

—Elizabeth... —dijo con dulzura—. Sabe, recuerdo... Me dijo usted su nombre cuando estaba enfermo y aseguró no ser un ángel. Pero no me lo creo. No cabe duda de que es usted un ángel...

Ella sonrió y Michael encontró que era bonita. Hasta entonces le

había parecido insignificante, cálida sí, pero del montón. En ese momento, sin embargo, le cautivó su sonrisa cariñosa y comprensiva.

—Un ángel no acaba en un barco prisión —señaló ella—. A no ser que haya errado mucho el camino...

Michael le devolvió la sonrisa y bebió un sorbo del té que ella le ofrecía.

—Usted misma lo dice, sin duda una equivocación. ¿Por qué la envían a la Tierra de Van Diemen, Elizabeth?

—Lizzie —lo corrigió, aunque se sentía halagada. Elizabeth sonaba más bonito, importante y... virtuoso—. Robé pan —reconoció—. Tenía hambre. ¿Y usted?

El corazón de Lizzie latía con fuerza. Esta pregunta la asustaba, por eso había evitado hasta el momento planteársela a la señora Bailiff o a Jeremiah. Michael iba encadenado, seguramente era un criminal peligroso. Pero le costaba imaginarse que tenía ante sus ojos a un ladrón o un asesino.

—Tres sacos de grano —dijo

Michael—. Todo nuestro pueblo estaba hambriento.

A la joven le flaquearon las piernas de alivio. ¡Así que también él había pecado por necesidad! ¡Y además para ayudar a otros!

Sonrió llena de felicidad.

—¡Eso no importa! —exclamó—. Los jueces nunca pasan hambre, eso es todo.

Lizzie pasó unos días como flotando entre nubes. Michael no era un maleante, podía demostrar su valía en Australia y alcanzar la libertad más tarde; como ella.

Cuando por las noches se tendía en la litera, se permitía soñar con esa libertad. Tierras, un huerto, una casa... Y Michael, que le preguntaba tímidamente si quería compartir todo eso con él.

Claro que no eran más que sueños, en algún lugar todavía existía esa Kathleen a quien Michael no ocultaba que amaba. Mary Kathleen... Lizzie no quería ponerse celosa, pero sintió algo cercano al odio contra ese ser angelical cuando él le describió a su amor en su antiguo hogar. Ella

había planteado con cautela, en tono de broma, que le gustaría saber algo de la muchacha con quien la había confundido. ¿Tanto se parecían la una a la otra?

La joven se sintió herida cuando él respondió con una carcajada a esa pregunta. No, claro que no tenía nada en común con aquella hada de rizos de oro, resplandecientes ojos verdes y estilizada figura... Michael no podía parar de ensalzar las virtudes de su amada.

Lizzie vio su paciencia puesta a

prueba. Bien, en persona nunca podría superar a esa espléndida mujer; pero desde un aspecto práctico: Kathleen estaba muy lejos, Michael nunca volvería a verla y en algún momento su imagen se desvanecería. A Lizzie, por el contrario, la tenía cada día delante de los ojos y, aunque no era bonita, él era un hombre.

A la larga necesitaría a una mujer, y ¿por qué no iba a tener ella suerte por una vez en la vida? Entre los deportados solo había unas pocas mujeres guapas y no

tardarían en estar casadas.

El capitán del barco se había decidido por la bella Velvet. Ella cedía de mala gana, pero era justo ese talante esquivo lo que a él parecía excitarle. En su nuevo hogar, Velvet no trataría con un presidiario. Un colono libre o un militar podrían ofrecerle mucho: que la dejaran antes en libertad y, por añadidura, una casa grande y servicio.

En cambio Michael... Lizzie, ya entonces reconoció que no era una persona sencilla. Seguro que era

amable, inteligente, a ella le gustaban sus bromas y sus piropos. Pero también era orgulloso y se ofendía con facilidad. Para entonces ya sabía por qué lo habían encadenado con los presos peligrosos. Michael Drury no se amoldaba a las circunstancias y, si a pesar de ello, quería sobrevivir en un sistema que exigía de los presidiarios un buen comportamiento y humildad, necesitaría a una mujer que lo apoyase.

La muchacha no siguió ninguna

estrategia para que Michael Drury se interesase por ella. Había estado obligada demasiadas veces a fingir delante de los hombres. Lo único que perseguía con Michael era estar con él, darle algo bueno. No comprendía que con eso volvía a ponerla en un dilema. Ahora, cuando se encontraba con Jeremiah en la cubierta y hacía lo que él quería, le pedía carne adobada y salchicha. Se suponía que para reforzar el guisado de los enfermos, pero en realidad se lo llevaba a Michael.

—Nos lo dan como recompensa por cuidaros —le hizo creer—. Pero tú lo necesitas más que yo.

El trato entre enfermos y enfermeras se volvió menos formal en los últimos días. Los primeros hombres ya estaban lo suficientemente fuertes para pasárselo bien en los brazos de alguna muchacha complaciente, con lo cual la cantidad de mujeres dispuestas a cuidar de los enfermos aumentaba con cada día que pasaba. Lizzie no era la única que se enamoraba de un joven

condenado, también las otras estaban hartas de relaciones de conveniencia con tripulantes y guardias. Por añadidura, el viaje tocaba a su fin y muchas jóvenes suspiraban por un hombre que no fuera a abandonarlas, sino que tal vez representara un apoyo para ellas en aquel nuevo país.

—Es una chica encantadora — comentó Michael a uno de los otros irlandeses de la prisión de Wicklow. Desde que Billy Rafferty había muerto, sus catres eran vecinos y había trabado cierta

amistad—. ¡Los ingleses están locos! Deportar a una chica tan amable solo porque ha robado pan...

Hank Lauren soltó una carcajada.

—Puede que haya robado pan —señaló—. Pero solo porque le daba pereza buscarse un nuevo cliente.

Michael se irguió indignado, apoyándose en el codo.

—Pero ¿qué te pasa, Hank? ¡Para ti todas las chicas son furcias!

Volvió a resonar una carcajada,

esta vez más sonora porque se sumó la del hombre al otro lado del camastro de Michael.

—¡Y tú insistes en que la otra es una santa! —se burló de Michael—. «Mary Kathleen...» Ya cuando hablas de ella es como si rezaras.

—Con lo que es de esperar que al menos Mary Kathleen sea tan santa como te ha hecho creer. En cualquier caso, la pequeña Lizzie hace aquí carrera —se mofó Hank, un conocido chulo y maleante.

—Y no es que haya empezado aquí en el barco —añadió el de

enfrente.

Michael miró a Lizzie, quien en un rincón atendía a uno de los hombres cuya vida todavía peligraba. Asistía con esmero a un enfermo y nada hacía suponer que sus cuidados albergasen otro tipo de interés.

—¿Y cómo os habéis enterado vosotros dos? —preguntó de mal humor.

—Es que no somos pardillos como tú —se rio Hank—. Por Dios, Mickey, se nota solo por cómo se mueve una chica así... cómo te

coge... y prescindiendo de eso. ¿Tú de dónde crees que viene eso? — Hank Lauren señaló la carne macerada y las galletas marinas cuyos restos se lamía Michael en ese momento de los dedos—. Raciones adicionales por el cuidado de pacientes, ¿no me hagas reír!

—¿Y qué piensas tú que hace sola en cubierta casi cada noche, cuando pasa un momento a ver cómo estás? —preguntó el otro—. ¿Crees que se marcha a su aire de la entrecubierta? No, no, Michael,

la señorita Lizzie se ha tirado a uno o dos guardias y lo compensa con una visión de tus bellos ojos...

Michael no dijo nada, pero a partir de entonces observó a Lizzie con más detenimiento. Y, en efecto, la oyó hablar en voz baja con Jeremiah antes de ir a verlo. La joven se entristeció cuando él la saludó fríamente y no le dedicó ningún piropo. El día anterior la había llamado «mi lucero de la tarde» y le había dicho que eligiera una estrella del firmamento para que él le pusiera su nombre.

En ese momento, el joven se limitó a un: «Buenas noches, Lizzie. Qué, ¿ya has terminado de trabajar?»

Michael no le contó lo que sabía ni tampoco le hizo ningún reproche. Pese a ello, la muchacha pasó la noche llorando en su litera. Sus sueños habían concluido. Elizabeth volvía a ser Lizzie y el ángel volvía a ser una puta.

Tras una travesía de ciento diez días, el *Asia* atracó una fría mañana de julio en el puerto de Hobart.

Jeremiah había advertido a Lizzie que en Australia era pleno invierno y, como correspondía a la estación, en la isla frente al continente también imperaba el frío y la lluvia. El capitán del barco entregó los documentos de los presos y con ellos su mercancía humana al gobernador de la Tierra de Van Diemen. Michael no se enteró de nada porque lo llevaron de nuevo, junto con los otros presos peligrosos, a la cubierta inferior.

—Los condenados ya se han recuperado —explicó el capitán a

la indignada señora Bailiff—. Y ver tierra les dará más vigor. ¡No puedo arriesgarme a un levantamiento un par de horas antes de descargar!

Por el contrario, las mujeres sí pudieron contemplar desde cubierta cómo atracaba el barco. La pequeña ciudad que se extendía alrededor de una dársena natural no tenía aspecto amenazador. Los edificios daban la impresión de ser nuevos y acogedores, no una cárcel.

—En Port Arthur también hay una cárcel —reveló el parlanchín

Jeremiah a la curiosa Lizzie—. Pero ahí solo envían a los presos peligrosos. A esos que aquí en las colonias han reincidido, la escoria de la escoria. A los otros los envían a campos de trabajo donde la vigilancia no es, ni de lejos, tan rígida.

—¿Y las mujeres? —preguntó Lizzie, temerosa.

—Servicios especiales —respondió Jeremiah—. Pero no es ni la mitad de malo. Espérame, Lizzie, deja que haga uno o dos viajes más y vendré a buscarte.

Lizzie no se lo creía, pero miraba esperanzada las casas y la fortaleza de Hobart. La ciudad se encontraba en la desembocadura del río Derwent, a los pies de una montaña. Parecía más limpia que Londres, y el aire se veía más nítido pese a la lluvia que enturbiaba la vista. Pero, sobre todo, era por fin tierra firme. Lizzie sintió cómo se desprendía de la angustia. Nunca lo habría aceptado, pero la conciencia de saber que navegaban por el impetuoso océano a muchas millas de tierra firme, le

había infundido miedo.

Los primeros en desembarcar fueron los pasajeros y futuros colonos. La señora Bailiff y la señora Smithers se despidieron cordialmente de Anna Portland y también dedicaron unas palabras amables a Lizzie y las otras ayudantes.

La misma Lizzie se despidió de Jeremiah, por un lado con alivio, pero por el otro casi a disgusto. No se había enamorado del guardia, y suponía además que el rechazo creciente que Michael le

demostraba tenía que ver con el guardia. Pero aquel hombre la había ayudado a superar la travesía. Siempre había sido agradable y nunca había descargado sobre ella ni rabia ni frustración. Lizzie había necesitado un protector y había pagado a Jeremiah por ello, con el único medio de pago a su alcance. Si Michael no lo entendía, no había nada que hacer.

Se secó las lágrimas y Jeremiah la besó conmovido. Debía de pensar que lloraba por él y Lizzie no lo defraudó.

—Al Penal de Mujeres Cascades. —Una celadora, severa y vestida con sobriedad, indicó al oficial dónde debían llevar su carga. Había distribuido a las mujeres en los carros, auxiliada por soldados y cocheros.

Lizzie, Candy y Anna Portland se sujetaban mutuamente. Tras un período tan largo en alta mar, el suelo parecía moverse bajo sus pies. Anna estuvo a punto de caer al bajar por la pasarela y Lizzie tenía en esos momentos, en el carro, la

extraña sensación de que avanzaban por una superficie insegura. Apenas podían ver el exterior, solo Velvet lograba otear a través de una rendija en el toldo del carro. Las mujeres captaban breves imágenes de callejuelas limpias, casas de madera y recios edificios de piedra rojiza.

—Todo construido por presos —señaló Velvet con tono monocorde.

Lizzie se preguntó si echaba de menos al capitán, en cuya cama había dormido casi todas las

noches de las últimas semanas. Pero, como siempre, la hermosa muchacha de cabellos oscuros no revelaba nada de sí misma.

También el Penal de Mujeres, el lugar de reclusión y trabajo de las presas, era una construcción de piedra. Se trataba de un complejo de edificios sobrios y alargados, con secciones de celdas.

La celadora llevó a las mujeres a una sala de espera y luego pudieron lavarse bajo severa vigilancia y recibieron los uniformes. Anna Portland miró su

capota con pena cuando un par de presidiarias se marchó con la ropa de las recién llegadas. Las prendas, gastadas y sucias a causa del viaje, se quemaban.

—¡Y ahora a cortaros el pelo!  
—ordenó una celadora, lo que provocó gritos de espanto.

Lizzie contempló desconsolada cómo caía el cabello castaño y surcado por hebras grises de Anna, Candy sollozó desesperada cuando le cortaron sus espléndidos rizos pelirrojos, y también Lizzie lloró cuando una celadora aburrida pasó

las tijeras por su cabello largo y suave. No crecía deprisa y tardaría mucho en estar más o menos bonito.

Velvet presenció con estoicismo la caída de sus trenzas negras, pero Lizzie creyó ver tras su mirada indiferente unas chispas iracundas en los oscuros ojos. Más sentimiento del que la joven había mostrado durante todo el viaje.

Anna, Lizzie, Candy y Velvet ocuparon juntas, con ocho presas más, un dormitorio. Era un lugar espacioso y, como todo en el Penal de Mujeres, immaculado.

La encargada de su sección pronunció un discurso acerca de cómo debía transcurrir la vida de una mujer según los preceptos divinos. Así, cada mañana, antes de ir a trabajar rezarían juntas, al igual que por la noche. El alcaide oficiaría la hora de oración y las celadoras, entretanto, supervisarían que las celdas estuvieran limpias y ordenadas. El trabajo empezaba a las seis, se veía interrumpido por las comidas y las horas de oración, y proseguía hasta la puesta de sol. No había recreos.

Por lo menos, el trabajo de Anna y Lizzie en el barco, al igual que la productiva relación de Velvet con el capitán, les fueron útiles. Las tres pronto alcanzaron el estatus de reclusas de primera clase, lo que comportaba ciertas ventajas. Por ejemplo, se las destinaba a labores menos duras: Anna obtuvo un puesto en la enfermería, y Lizzie y Velvet acabaron en la cocina, donde apenas estaban sometidas a vigilancia.

—¡Podríais hasta escaparos! —

señaló Candy casi con envidia. Ella pertenecía a la segunda clase, pero podía mejorar tras tres meses de buen comportamiento.

Anna movió la cabeza.

—¿Adónde quieres que vayamos, hijita? —preguntó con dulzura—. Una cárcel en medio de la nada... —El Penal de Mujeres estaba situado en una especie de monte bajo y claro, no cultivado y a kilómetros de la población más cercana—. Te atraparían antes de que llegases a la ciudad. ¿Y de qué vas a vivir? ¿Continuarías con tu

antiguo oficio? Te descubrirían enseguida, a la que tus tres primeros clientes se aburriesen de ti.

De hecho, escapar del Penal de Mujeres Cascades no tenía sentido. Bastaba con comportarse medianamente bien para obtener un indulto, e incluso esto se aceleraba en caso de boda.

Candy lo comprobó a los dos meses de estar en la sección de costura, adonde había sido destinada.

—¡No os lo podéis ni imaginar!

—informó pasmada—. Nos han hecho poner a todas en fila, las chicas de primera clase delante, naturalmente, y tres hombres han desfilado ante nosotras. Dos colonos nuevos y un militar. Uno de los colonos ya sabía a quién quería, ya había conocido a Annie Carmichael en el barco. Ella fue la primera delante de la que cayó un pañuelo. Se puso roja como un tomate cuando lo recogió, ¡y con esto se ha prometido!

Lizzie y las demás se quedaron mirando a Candy boquiabiertas. Les

hablaba excitada y  
atropelladamente.

—Los otros tipos nos  
estudiaron como a yeguas en el  
mercado de ganado —prosiguió  
Candy—. Parecía que iban a  
mirarnos los dientes y todo. Pero no  
podían tocar, solo mirar. Luego  
dejaron caer sus pañuelos ante sus  
elegidas, una de las chicas lo  
recogió, pero la otra se puso a  
llorar... Todavía está triste por un  
novio que dejó en Inglaterra. Yo  
pensé que el hombre le iba a decir  
que ya volvería otro día. Pero no,

se limitó a buscarse otra. Van a indultar y a casar a las tres. ¿No es increíble? Esta vez no me atreví, con las horquillas en el pelo parezco un pollo desplumado, pero la próxima no dejaré de sonreír a los que vengan. ¡Pescaré un buen partido y me largaré de aquí!

Unos meses después, también Lizzie presencié la visita de dos hombres a la cocina. El personal doméstico de la cárcel tuvo que ponerse en pie, como Candy había contado, y los hombres eligieron. Pensó que iba a morirse de

vergüenza. Por supuesto, en las calles de Londres los hombres también realizaban una criba. Con frecuencia, ella misma había hecho la calle junto con otras prostitutas. Pero al menos había decidido cómo y cuándo presentarse. Tenía la posibilidad de ocultarse tras el maquillaje o aquel precioso sombrerito. Claro que era un autoengaño, pero había tenido la sensación de ser dueña de sus actos. Allí, por el contrario, parecía un mercado de caballos o de esclavos... Lizzie no sonreía.

Velvet, naturalmente, tampoco esbozó ninguna sonrisa, pero aun así la escogieron. El hombre no era ni joven ni guapo, y Lizzie se preguntó por qué Velvet había recogido el pañuelo. Su futuro marido resultó ser un soldado, y ella se mudaría con él a una pequeña vivienda en el cuartel.

Ningún hombre se dignó echar un segundo vistazo a Lizzie, pero su corazón se puso a latir con fuerza el día que el alcaide la mandó llamar por la tarde. Normalmente, esto solo les ocurría a quienes habían

cometido alguna falta o a las elegidas para casarse. Lizzie no recordaba ninguna falta. ¿Acaso se había decidido por ella uno de aquellos hombres? ¿Y cómo lo rechazaría sin perder su estatus de presa de primera clase?

Temerosa, recorrió los largos y desapacibles pasillos de la penitenciaría donde siempre había corriente de aire, incluso en febrero, el verano austral.

Pero en el despacho del severo alcaide no había ningún hombre, sino una mujer bien vestida. Lizzie

reconoció a la pequeña y huesuda señora Smithers. Hizo una educada reverencia.

—Elizabeth Owens —el director de la prisión tenía una voz hueca y cortante que hacía temblar a las mujeres—, supongo que conoces a la señora Smithers...

Lizzie asintió.

—Espero que esté usted bien —saludó cortésmente.

La mujer sonrió.

—Muy bien, joven. Nosotros...

El director la interrumpió. Era evidente que prefería escucharse a

sí mismo y no parecía dispuesto a que la visitante comunicase personalmente la causa de su presencia allí.

—Elizabeth, la señora Smithers necesita a una doncella. Y, puesto que en el barco le has causado buena impresión, ha pedido que te asignáramos a ella.

Lizzie enrojeció e hizo una nueva reverencia. Ocurría a veces que las presas también podían desempeñar su trabajo fuera del penal. Las colocaciones en casas señoriales eran muy codiciadas.

Las muchachas pasaban todo el día fuera del centro, llegaban a ver algo de la ciudad y se ahorran la oración de la tarde. Por añadidura, la comida era mucho mejor que en la prisión. La alimentación que se suministraba allí era suficiente, pero no muy variada y nada especiada: pan y papilla de avena para desayunar, pan y sopa de verduras en la comida y en la cena. Tanto los días laborables como los domingos y festivos. Nadie pasaba hambre, pero hacía tiempo que Lizzie ya no disfrutaba de las

comidas.

—Aunque este es un caso especial —prosiguió el alcaide—. El señor Smithers supervisa los trabajos de la carretera de Hobart a Launceston. La casa donde vive se encuentra en Campbell Town, es decir, más cerca de Launceston que de Hobart. Habría sido mejor que...

—También para una chica del penal de Launceston habría sido demasiado largo el camino para regresar cada día —lo interrumpió la señora Smithers—. Lo que

quiere decir el señor, Lizzie... Elizabeth... es que deberás vivir en nuestra casa si aceptas el trabajo. ¿Te parece bien?

Lizzie se sobresaltó. La mayoría de las chicas se habrían puesto a gritar de alegría, pero ella tenía sentimientos contradictorios. No había pensado en dejar el Penal de Mujeres tan pronto; a fuer de ser sincera, tampoco le hacía mucha ilusión. Lizzie pocas veces se había sentido tan segura como en esa cárcel. El trabajo no era difícil: la cocinera, una mujer gorda y

amable, reía y bromeaba con sus chicas y todavía no había pegado a ninguna. También en el dormitorio de Lizzie las mujeres eran de buen trato y todo estaba limpio y ordenado.

La comida era insulsa, pero la servían tres veces al día. Por primera vez en su vida no estaba pasando hambre. Aunque tantas oraciones la aburrían a veces, disfrutaba con la sensación de que por fin podía ser buena sin tener dudas. Las celadoras y el cura eran amables con ella, los domingos

acudía a veces a las reuniones de lectura de la Biblia u otros libros, que si bien no eran emocionantes, sí resultaban edificantes, o iba a jugar con los niños de otras presas. En efecto, algunas mujeres habían sido deportadas con sus hijos y si una de las inmigrantes de la Tierra de Van Diemen era condenada a prisión, sus hijos la acompañaban al Penal de Mujeres. Se daba clases a los pequeños, que estaban bien atendidos. Lizzie podía disfrutar del trato con ellos sin tener que preocuparse por su suerte.

A la larga esperaba obtener un trabajo en la guardería infantil, aunque sería más bonito, naturalmente, un trabajo de niñera fuera de la institución. En cualquier caso, se había hecho a la idea de pasar los siguientes tres años y medio en Cascades. Las mujeres solían ser indultadas al llegar a la mitad de su condena. Entonces podría buscar un trabajo en la ciudad, ver si encontraba a algún hombre...

Últimamente, a veces se permitía soñar de nuevo, aunque el

rostro de su príncipe azul siempre aparecía entre sombras. Así no tenía que admitir que su cuerpo siempre era el de Michael Drury.

Y ahora esta oferta de mudarse con los Smithers a Campbell Town...

—Nos hemos instalado en una casa señorial —prosiguió sonriente la señora Smithers. Al parece notaba la indecisión de Lizzie—. Los propietarios permanecerán por un tiempo en Inglaterra y nos la han cedido amablemente mientras se trabaje en ese tramo de la carretera.

Sea como fuere, necesito urgentemente a una doncella y creo que te sentirás bien con nosotros. Tendrás una bonita habitación, la cocinera es de buen trato y el jardinero... —Pestañeó—. Bueno, espero que no te nos cases y te marches de inmediato como tu antecesora. ¿Qué dices, Lizzie, te parece bien?

—Antes que nada tiene que declarar su conformidad la dirección de la prisión —señaló riguroso el alcaide—. Bien, puesto que hasta ahora esta chica se ha

comportado bien...

Lizzie no sabía qué había sucedido, pero una hora más tarde iba sentada al lado de la señora Smithers en un pequeño y bonito carruaje rumbo a Launceston.

## 6

Kathleen Coltrane subía con esfuerzo la pendiente. Hacía un tiempo maravilloso ese día de primavera y a lo lejos, detrás de las colinas que rodeaban Port Cooper, se veían las majestuosas cumbres de los Alpes Neozelandeses. En medio se suponía que se extendían llanuras de pastizales, una visión con la que Kathleen solía soñar. En

especial cuando tenía que recorrer a pie y con dos niños las calles pedregosas de Port Cooper para llegar a su casa.

Casi todas las casas de la floreciente ciudad portuaria, a la que recientemente se había dado el nombre de Port Victoria, estaban en las colinas. También la pequeña casa de campo pintada de azul que Ian había adquirido dos días después de su llegada. Kathleen recordó el día que subió la pendiente por primera vez. Casi había desfalecido.

Tres días después del nacimiento de su hijo y muy poco después de la larga travesía, ante ella pareció abrirse un abismo oscuro cuando se puso en pie e intentó caminar. Pero Ian no conocía la piedad. Había comprado una casa y quería habitarla con su joven esposa pese a no tener apenas muebles. El anterior propietario — que se había mudado a las Llanuras de Canterbury— había dejado solo el mobiliario que no necesitaba en su nuevo hogar. Al entrar en la fría e inhóspita vivienda, Kathleen

rompió a llorar.

—¿Y dónde me pongo yo con mi hijo? ¿Dónde dormiremos?

Ian se limitó a encogerse de hombros.

—Compraremos una cama. Por mí, también una cuna, la necesitaremos más veces. Puedes ocuparte tú misma, te daré el dinero. Y, Kathleen, no hagas como si en tu familia no hubieseis dormido en el suelo de la cabaña.

Estaba en lo cierto, claro, pero tenían jergones y siempre ardía un fuego en la chimenea. Tampoco

había estado tan débil y agotada. Ian todavía no había comprado comida, y tampoco leche. En la mesa de tres patas solo había un saco de harina. Kathleen podría hacer pan si no se encontrase tan mal.

—Lo dicho, Kathleen, tú te ocupas —ordenó Ian—. Yo tengo que ir al establo, es posible que obtenga mi primer caballo, el penco del molinero. Dice que se le escapó con el carro del pan. Bueno, eso ya lo juzgaré yo. Pero la casa es cosa tuya.

La joven lanzó una mirada desesperada a la cocina de leña, que ni siquiera estaba cargada de leña. Seguro que algo habría. Pero no tenía fuerzas para volver a salir, no mientras el suelo pareciese oscilar bajo sus pies.

Colocó a Sean sobre una manta y examinó la casa. Por suerte el niño dormía, y ella tenía leche para alimentarlo, al menos hasta ahora. Pere le había dado suficiente sopa y algo que llamaba «boniatos». Pero ahora Kathleen ignoraba si lograría reunir fuerzas para preparar algo.

La casa era muy bonita. Sencilla pero funcional: una sala de estar, un dormitorio, otra habitación donde Sean podía dormir y una cocina amplia. Para la escala irlandesa, era una vivienda de lujo, nadie en su pueblo natal tenía un lugar semejante, hasta la casa de Trevallion era más pequeña. Seguro que también había corrales y dehesas, a fin de cuentas, en lo primero que siempre pensaba Ian era en su mercancía de cuatro patas.

Tuvo que reconocer que su marido no había hecho una mala

compra. Las ventanas de la cocina se abrían al puerto y Kathleen siempre tendría algo que contemplar cuando estuviese allí. Y ya la primera visión del exterior le dio una alegre sorpresa: en esos momentos, Pere subía por la pendiente con una cesta bajo el brazo, y la acompañaba otra mujer más joven.

—Traer regalos para nueva casa —anunció la maorí, y orgullosa tendió a su nueva amiga un cesto de boniatos y semillas.

Su compañera sonrió a

Kathleen.

—Soy Linda Holt, mi marido es el molinero —se presentó—. Y acaba de contarme que se ha mudado. Sin muebles, sin provisiones, y además con un recién nacido... ¡Estos hombres! A Carl ni se le ha ocurrido traer a su marido un tarro de leche o un jamón... Tenemos un pequeño establecimiento de productos del campo.

Las mujeres no esperaron a que Kathleen las invitara a pasar, sino que sin más entraron.

—¡Dios mío! —exclamó  
horrorizada Linda—. Los  
Shoemaker no han dejado nada  
aquí. Y... ¿Qué le pasa? ¿Está  
usted temblando?

Kathleen no podía ni hablar,  
pero Pere contó a la mujer del  
molinero en pocas palabras cómo  
los Coltrane habían llegado a Port  
Cooper. A continuación, las dos  
visitantes desplegaron una  
laboriosa actividad. Pere recogió  
bastante leña y encendió todas las  
chimeneas de la casa.

—Lo primero es ahuyentar el

frío, no es bueno para el bebé — explicó cuando Kathleen protestó. La leña seguro que era cara.

Linda dijo que iba a su casa en busca de una cuna. Su hija ya había crecido.

—Y hasta que venga el siguiente —se tocó el vientre complacida—, ¡ya tendrá usted su propia cuna!

Al volver, traía a su hija, una niña preciosa de rubio cabello rizado. Kathleen cuidó de la niña y Pere hizo un pan ácimo que nada tenía que ver con los panes que la

joven recién llegada conocía hasta el momento. Entretanto, Linda se dirigió a casa del carpintero en el carro de su marido. Cuando regresó, traía una cama, una mesa y dos sillas en el vehículo.

—Al carpintero solo le quedaba esto. Lo que falte tenéis que encargárselo. Ayúdame a montar la cama, Pere... ¡Menudo trasto! Vosotros los maoríes dormís sobre esterillas, ¿verdad? Es mucho más práctico.

La palabra favorita de Linda era «práctico». Kathleen no

tardaría en sentir afecto por la alta, delgada y rubia mujer. Todavía no sabía cómo habría sobrevivido en la primera época en Port Cooper sin la resuelta ayuda de sus vecinas. Linda y Pere, Veronica, la esposa del carpintero, y Jenny, la menuda y audaz esposa del vendedor de madera, cocinaron para ella, le prestaron muebles y objetos para la casa, cargaron las chimeneas y, sobre todo, siempre tuvieron una palabra amiga y animosa.

Ian contemplaba aquella  
invasión femenina con

desconfianza. Las mujeres no tardaron en percatarse de que su presencia le resultaba molesta y se mantenían alejadas cuando veían su carro delante de la casa. Era justo lo que Ian se proponía, pero también pedían a sus maridos, sobre todo Veronica y Jenny, que ayudasen a los nuevos colonos. El carpintero tomaba medidas y entregaba los muebles, el marido de Jenny enviaba a un chico con leña. Cuando Ian sorprendía esas visitas, reaccionaba mal, cada vez peor.

Dos semanas después del parto,

malhumorado, quiso fornicar.

—¡No! —Kathleen intentó apartarlo con cuidado—. Todavía no, es demasiado pronto. Aún tengo heridas...

Ian la sujetó con fuerza por los brazos.

—¿Tan mal estás? No me creo que las heridas sean del parto. ¿Quién viene a verte, Kathleen? ¿Con quién disfrutas mientras yo trabajo? No tenía mal aspecto el chico que vi ayer salir de casa cuando llegué...

—Era el hijo mayor de Jenny

—contestó ella, intentando desprenderse de la presa de su esposo—. Acaba de cumplir trece años. Trajo leña... Dios mío, Ian, ¿por quién me tomas? ¿Por una gata en celo que con todos los hombres...?

—¿... se abre de piernas? Bueno, hasta el momento no me has demostrado lo contrario. Y corro el riesgo de criar a un nuevo bastardo. Pero esta vez seré yo quien te deje preñada.

Ian la montó a la fuerza y la penetró sin miramientos. Ella no

pudo reprimir un grito de dolor. Sean gimió y ella se mordió el labio. Rogó que los vecinos no la hubiesen oído.

Solo tres semanas después, Ian hizo su deseo realidad. Kathleen se quedó de nuevo encinta y dio a luz a su segundo hijo, Colin, diez meses después de su llegada al nuevo país. Sin embargo, mientras el embarazo de Sean había transcurrido sin dificultades, el segundo fue complicado. Kathleen luchaba contra la debilidad y las náuseas y tuvo que destetar de

repente a Sean porque se quedó sin leche. El bebé protestó. Lloraba continuamente y ella no sabía cómo mantenerlo tranquilo cuando Ian llegaba a casa.

Este, por fortuna, solía estar con frecuencia fuera, sus negocios marchaban bien y le obligaban a pasar días ausente. En Nueva Zelanda todavía no había mercados de ganado como en Irlanda e Inglaterra. Ian tenía que negociar como una especie de vendedor ambulante. Compraba un par de caballos, ovejas o bueyes, viajaba

con ellos y los vendía al primer granjero interesado. Naturalmente, eso funcionaba mejor con equinos que con vacunos y bovinos, cuyo transporte requería pastores y perros. Además, era casi imposible conducir esos animales sin cabestro por el paso escarpado que separaba Port Cooper de las llanuras. Por eso, Ian se concentraba en el comercio de caballos en el mismo Port Cooper y consiguió en un período breve que las relaciones con sus nuevos vecinos se enfriasen.

Kathleen pensaba en ello mientras subía por la pendiente con el todavía torpe Sean en una mano y con Colin sujeto a la espalda en un portabebés. En la otra mano llevaba la compra. Cargaba con las verduras del mercado del puerto cuesta arriba, leche y grano molido para hacer pan y preparar la papilla de los niños. Acarreaba además un voluminoso saco de lana que arrastraba tras ella. Tenía que lavarla, cardarla e hilarla. Kathleen era hábil en esos menesteres y sobre todo Linda, la activa mujer

del molinero, solicitaba sus servicios. Había crecido en una granja y criaba un par de animales en el establo junto al molino. Ella misma esquilaba sus cinco ovejas. Sin embargo, los trabajos manuales como hilar y tejer no se le daban bien.

Kathleen pensaba afligida que Linda y su marido le habrían llevado las cosas a la puerta de su casa en el carro, pero últimamente su caballo volvía a cojear. Además, aunque Linda no lo decía directamente, notaba que la dejaban

de lado por culpa de los trapicheos de Ian.

—¡Qué se ha pensado tu marido, mira que venderle a mi Carl ese penco viejo! —protestaba la esposa del molinero. Kathleen había tenido que volver a escucharla esa misma mañana—. La yegua de antes era algo particular, de vez en cuando llegaba a casa sin Carl... —En la voz de Linda se escondía una risa contenida. Ella era del campo, pero su marido de un suburbio londinense. Era un panadero y

molinero estupendo, pero no era bueno en el trato con los animales —. Pero al menos siempre llegaba. El nuevo, por el contrario... apuesto que al menos tiene veinte años.

—¿No se puede comprobar? — preguntó tímidamente Kahtleen—. ¿Mirándole los dientes?

—¡Oh, no es seguro! — intervino John, el herrero. Acababa de llegar al molino para examinar de nuevo la pata del caballo—. Los dientes se retocan aquí y allá... Los tratantes de caballos son muy

imaginativos.

—Pero... pero ¡lan no! —  
defendió Kathleen a su marido.

Los otros la miraron con una mueca en los labios. John levantó los ojos al cielo.

—Todavía no he conocido a ningún comerciante de caballos que no sea un chanchullero —respondió—. Pero, naturalmente, estoy de acuerdo con usted, señora Coltrane: su vecino no debería comprar ningún jamelgo cojo. Eso siempre trae dolores de cabeza. Así que supongamos que su marido no sabía

nada de las maquinaciones del antiguo propietario...

A Kathleen le habría gustado darle crédito, pero se rumoreaba demasiado en la pequeña localidad. Casi nadie estaba contento con los animales que Ian vendía. Solo George Hancock, un granjero, se alegró al principio de su espléndida yegua de cría. Lamentablemente, el segundo año no parió ningún potro y Hancock acababa de enterarse de que el propietario anterior la había vendido por esta razón. El argumento de que Ian no estaba al

corriente no era válido, pues el vendedor juró que se lo había comentado.

—No tenía por qué mentir — dijo un enojado George Hancock en una comida campestre que se celebró tras las oraciones del domingo—. *Penny* es un buen caballo, lo que sucede es que no es adecuado para la cría. Pero Ian Coltrane (disculpe, señora Coltrane), bueno, miente más que habla...

Kathleen fingió no prestar atención —a fin de cuentas, Colin

estaba intentando acallar a gritos a todos los adultos y había que disuadir a Sean de que no hiciera lo mismo—. No obstante, le dolía, claro, y además la situación enturbiaba sus propias amistades. A Ian eso ya le parecía bien. La atormentaba sin cesar con sus celos y estaba enfadado porque no había vuelto a quedarse embarazada después de tener a Colin. Siempre estaba irritado. Entretanto, él mismo había reconocido que Port Cooper tampoco resultaba el lugar ideal para instalarse.

Poco después de su llegada a Nueva Zelanda se había fundado en Inglaterra la Canterbury Association, una organización de creyentes anglicanos que aspiraban a construir un asentamiento más grande en la nueva colonia. Habían adquirido tierras en las llanuras a un día de marcha desde Port Cooper. Allí se crearía una nueva ciudad, Christchurch, una sede episcopal siguiendo el modelo inglés. El paso por las montañas sería transitable en un futuro próximo.

Se necesitaban animales para el servicio de transporte y animales de trabajo. Los nuevos habitantes de Christchurch no los comprarían en Port Cooper. Ian pensaba, pues, en mudarse, mientras que la sola idea de abandonar a sus nuevos y cordiales vecinos precipitaba a Kathleen en un torbellino de miedo e inseguridad. Cuando Ian volvió a descargar su mal humor en ella y le echó en cara que le engañaba en su ausencia, ella le contradijo por vez primera con una respuesta contundente.

—¡Y tú me reprochas que yo te engaño! ¿Quién es aquí el que engaña? Casi no puedo mirar a los ojos a la gente, ¡todos se lamentan de los jamelgos viejos, cojos o estériles que les vendes! ¿He de pensar que esto va a cambiar cuando nos mudemos a Christchurch? ¿De repente te vas a convertir en un comerciante honrado?

—¡Un comerciante tan honrado como esposa honrada eres tú! — bramó Ian, golpeándola, y la tiró a la cama.

En los últimos tiempos apenas se daba por satisfecho exigiendo el débito conyugal por la noche, cuando los niños dormían y ella se había lavado y puesto un recatado camisón. Al parecer, temía que evitara de algún modo quedarse embarazada si él no la pillaba por sorpresa. Además, reñir antes de hacer el acto parecía excitarlo, así que la forzaba cada vez más a mantener relaciones mientras Colin lloraba y Sean corría el peligro de quemarse o hacer una insensatez.

Kathleen nunca podía relajarse.

El acto le resultaba doloroso y tanta humillación la encolerizaba. Eso no tenía nada en común con las alegrías del amor en los prados junto al río. La joven pedía perdón a Dios, pero empezaba a odiar a su marido.

Ese día de primavera, sin embargo, los problemas de Ian con el vecindario se agravaron. Kathleen pasaba por la herrería de John Seeker, tirando de su hijo y sus bolsas y pensando en si debía hacer una parada. Sean lloriqueaba,

también para él era una pendiente larga y hacía un calor inusual para ese noviembre. Seguro que Pere tenía un vaso de agua para Kathleen y leche para los pequeños. La maorí era la única que seguía tratándola con el mismo cariño que a su llegada. No obstante, precisamente ella, que conocía el secreto de los orígenes de Sean, habría tenido motivo para rechazarla. Pero los maoríes pensaban de forma distinta.

—Todos los hijos motivo de alegría; todos los hijos pertenecen a

tribu; todas las mujeres, madres; todas las ancianas, abuelas —había dicho Pere, tranquilizando a Kathleen. Siempre le contaba cosas sobre las costumbres de su pueblo, donde tener un hijo antes del casamiento no era motivo de vergüenza—. ¡Si hombre sabe que mujer es fértil, todavía la valora más!

También el pequeño Sean tiraba de Kathleen en dirección a la casa. Se ponía contento cuando visitaban a Pere, quien le contaba cuentos y le daba dulces. El azúcar era muy

apreciado entre los maoríes y Pere disponía abundantemente de él por ser esposa de un *pakeha*. Preparaba caramelos, palitos de azúcar y pasteles que repartía luego generosamente entre los niños del vecindario.

Pero mientras Kathleen todavía estaba cavilando en si llamar a la puerta o ir a su casa para empezar a trabajar la lana, oyó unas voces estridentes en la herrería. Una de ellas era la de Ian y, en efecto, su caballo, un robusto bayo, esperaba atado delante de la vivienda.

El primer impulso de Kathleen fue marcharse a toda prisa. Si Ian la encontraba allí, le reprocharía que iba a ver a John o en busca de algún remedio de Pere para evitar quedarse embarazada. Era mejor que se la encontrase en casa lavando o cardando lana. Pero entonces oyó unas palabras perfectamente comprensibles y sintió demasiada curiosidad. Consiguió que Sean callara y apoyó la oreja en la pared de madera de la herrería.

—¿Qué significa que tú no lo

haces? —preguntaba Ian a un John al parecer indignado—. Venga, solo te pido que las claves más profundo, el vendedor se ha desprendido del jamelgo porque las herraduras no aguantan...

John resopló.

—No me vengas con historias, Coltrane, si las herraduras no aguantan no se cambia de caballo, sino de herrero. El hombre ha vendido el caballo porque hay algo turbio, tiene algo en la pata delantera izquierda, supongo que tiene hundido el tejuelo. ¿Y ahora

quieres que le hunda hasta el fondo los clavos de la derecha? Así las dos patas le harán igual de daño y dejará de cojear, claro. Pero ¡yo no hago esas cosas, Ian Coltrane, va en contra de mi honor profesional!

—Bah, ¿qué significa el honor, John? Venga, hazlo de una vez, te pago tres peniques más... —Ian parecía relajado—. Si no lo haces tú lo haré yo mismo, pero no consigo poner los clavos en fila y se notará.

Kathleen se sobresaltó cuando John abrió la puerta de la herrería

de par en par. No pudo ponerse a salvo a tiempo.

—Que ignores lo que es el honor me lo creo perfectamente. Pero yo no lo ignoro, así que lárgate de aquí con tu jamelgo cojo y ten un poco de decencia.

El fornido herrero propinó un ligero empujón a Ian para que saliera. El tratante de caballos tropezó y cayó. El caballo que conducía con una cuerda se asustó. Kathleen esperaba escapar sin ser vista, pero Ian ya la había descubierto.

—¡Eh, tú, zorra! —La cogió del brazo y la sacudió—. Te he pillado, ¿eh? ¿Estabas espiando en la puerta a ver si la costa estaba despejada para poder reunirte con tu galán?

Kathleen movió desesperada la cabeza. Los niños empezaron a llorar.

John Seeker salió de la herrería.

—¡Esfúmate, Coltrane! —bramó—. En mis tierras, ni herrarás un caballo ni pegarás a tu mujer. ¡Esta pobre chica no se merece a un tipo como tú! Déjala en paz, vete a

casa y tranquilízate. ¡Y que no vea yo mañana a esta mujer con la cara destrozada! ¿Todo en orden, Kathleen?

Ella asintió con la cara roja de vergüenza. Ahora también los vecinos sabían que Ian le pegaba. Y, además, con la intención de protegerla, John la había llamado por su nombre. Ian se lo echaría en cara, los maridos de sus amigas la llamaban respetuosamente señora Coltrane cuando Ian estaba presente.

Él arrastró con brusquedad a su

esposa hacia su casa.

—¡Discúlpate! —le siseó—. Ya me has puesto en evidencia lo suficiente. Venga, a casa, te espero ahí. ¡Y esta vez te hago otro hijo!

En efecto, Kathleen volvía a estar embarazada cuando, dos meses más tarde, Ian vendió la casa de Port Cooper. John Seeker había estado comentando el episodio de la herrería y desde entonces todo el mundo evitaba a Ian Coltrane. Tampoco invitaban a Kathleen a las reuniones de lectura de la Biblia ni

a las oraciones de los domingos en que se celebraban encuentros interreligiosos de los colonos. Hasta el momento, no había sacerdote ni católico ni anglicano en Port Cooper, los colonos tenían que apañárselas solos. Kathleen, que con su dulce y atractiva voz leía y cantaba para todos, había sido bien acogida al principio. Pero también eso le había estropeado Ian. Este le explicó que en el otro lado de las montañas no habría vecinos con los que ella pudiera coquetear. Ian había comprado una

granja junto al río Avon, no lejos de la nueva población de Christchurch, pero no lo suficiente cerca para que Kathleen pudiera tener un poco de vida social.

—Puedes ocuparte de los niños, también tendremos un par de ovejas, y para variar podrás hilar nuestra propia lana. —Ian se alegraba de poder enclaustrarla en una granja aislada.

Sin embargo, pese a los malos presentimientos, Kathleen estaba impaciente por conocer el mundo más allá de la montaña. Por fin

podría ver algo más de su nuevo hogar que el puerto y un par de colinas. Así que intentó ver el futuro con optimismo mientras arrastraba a Colin y una parte de sus posesiones por el camino trillado que conducía a Christchurch. Puesto que la gente de Port Cooper esperaba en breve una avalancha de nuevos habitantes para Christchurch, lo habían aplanado y ya no había que hacer proezas para recorrerlo. No obstante, casi siempre había que tirar a los animales de las riendas y

solían ser unos lugareños quienes por unas monedas llevaban los caballos y mulos. De ahí que el camino recibiera el nombre de Bridle Path, sendero de las bridas.

Ian y Kathleen disponían en ese período de mudanza de tres animales de carga, pero Ian los necesitaba para transportar los muebles y utensilios domésticos. Aunque era posible llevar objetos voluminosos hasta las llanuras por barco a través del Avon, Ian era tacaño. Tras la travesía y la compra de la primera casa no había

quedado nada del dinero de Michael. Ian financiaba ahora la granja con los beneficios de su negocio.

Pese a todo, Kathleen se decía que una parte todavía les pertenecía a ella y Sean. Y ya no se avergonzaba del dinero obtenido con la venta del whisky. La destilación todavía era vista como una actividad clandestina, pero lo que Ian hacía era mucho peor.

Fuera como fuese, Kathleen y los niños tenían que ir a pie, como la mayoría de los colonos que

llegaban a Nueva Zelanda en la entrecubierta. Sin embargo, ella tenía la ventaja de no haber quedado debilitada por la larga travesía y estaba entrenada de tanto subir la colina de Port Cooper. Kathleen no perdía tan pronto el aliento, pero la primera parte del ascenso por Bridle Path no dejó de ser una experiencia bastante deprimente. Tenía que tirar del afligido Sean, que no entendía por qué tenía que subir por ese paso ni por qué habían vaciado su casa. La idea de tener que vivir en otro sitio,

tan lejos de su querida tía Pere, lo asustaba tanto como a su madre.

Por añadidura, el camino no solo era escarpado sino que ofrecía un paisaje poco edificante. El prado cedió lugar a un inhóspito pedregal y había que avanzar mucho tiempo a través de un desierto de piedra volcánica gris y sin árboles. Sean se agarraba a la mano de Kathleen y Colin a su cuello. La joven madre tenía sensación de angustia cuando todavía no habían llegado a la tercera parte del camino, y encima

Ian era incapaz de darle ánimos. Solo cuando tropezó en un lugar peligroso, cogió el portabebés de Colin y lo colocó encima de uno de los mulos.

—No puede quedarse así, Ian, si se mueve resbalará y el niño acabará cayéndose por el precipicio. —Estaba agotada y deseaba no tener que cargar con el niño, pero colocarlo en ese tambaleante mulo...

—Con lo torpe que eres tú, seguro que sí se cae —replicó su marido—. ¡No voy a permitir que

pongas a mi hijo en peligro!

Kathleen estuvo a punto de responder airada, pero se contuvo cuando Ian aseguró sólidamente el portabebés al lomo del animal. Se le podía criticar, pero amaba a Colin. A veces incluso le traía al pequeño alguna cosa de sus viajes comerciales. Caballitos tallados o pelotas que trenzaban los indígenas. Colin todavía no sabía qué hacer con eso, pero Sean estaba encantado. Kathleen no quería ni pensar cómo reaccionaría cuando entendiese que Ian no llevaba todas

esas maravillas para él, sino exclusivamente para su hermano.

El ascenso por los peñascos y el avance por el escarpado y angosto paso parecía interminable, pero por fin se abrió una especie de meseta ante ellos. Ian sugirió descansar y ató los mulos a un árbol. Kathleen habría tenido que desempaquetar en ese momento los panecillos que había llevado, además estaba sedienta. Pero la venció la curiosidad. Con Sean de la mano, se acercó al borde de la meseta.

La vista la embargó de emoción. Descubrió un mundo que pronto haría dos años había dejado atrás para siempre. Ante ella se extendía su hogar: Irlanda, los prados, el río...

Parpadeó para cerciorarse de que no estaba soñando. Luego se quedó mirando atónita un paisaje verde, con suaves colinas a través de las cuales serpenteaba el Avon y salpicado de bosquecillos, así como de formaciones rocosas, justo igual a lo que sucedía en Irlanda. Lo que faltaba eran los

asentamientos humanos. No había pueblos ni casas señoriales, solo pequeñas granjas aisladas. Y también faltaba otra cosa: los interminables muros de piedra que dividían la tierra en pequeñas parcelas. ¡Esta era una tierra extensa y libre!

Sintió que le brincaba el corazón y una extraña alegría. Contempló la tierra que Michael y ella habían soñado. Inundada de sol pero verde, tan verde como Irlanda, una tierra que se reflejaba en los ojos de Kathleen

—Por Dios, Ian, ¡qué hermoso es esto! —dijo arrobada—. Es... ¡esta tierra es mía!

—¡De tuya, nada! —gruñó Ian—. Pero será la de nuestros hijos. Cuando hayan crecido, poseeré un montón, la suficiente para construir una granja enorme. Con ovejas y caballos... ¡Seremos ricos!

Kathleen se preguntaba si pensaría también en Sean cuando hablaba de sus hijos. Pero no podía desheredar al niño. Ian se había apropiado del dinero de Michael; a esas alturas ya estaba segura de que

antes de pedir su mano conocía la existencia de la bolsa. A cambio, Sean llevaba su apellido. Un negocio justo. En los documentos, Sean constaba también como hijo suyo, y Kathleen lucharía por él. La tierra de Port Cooper no había tenido importancia para ella. Pero esta... ¡esta pertenecería al hijo de Michael!

# 7

Si el señor Smithers no hubiese existido, Lizzie Owens habría sido feliz en su nuevo puesto de trabajo.

El viaje desde el Penal de Mujeres hasta Campbell Town había durado tres días, pero incluso las pernoctaciones habían sido más agradables de lo que Lizzie habría imaginado. La señora Smithers descansó primero en casa de unos

conocidos de Green Ponds, donde Lizzie se alojó en la habitación de la doncella Lisa. Esta también había sido presidiaria y ahora solo hablaba bien de su vida y su posición. Lizzie y Lisa pasaron media noche charlando, y la primera no daba crédito a que no hubiesen mencionado ni clientes, ni hambre, ni métodos de prevención contra hijos no deseados, sino solo cotilleos inocentes y anécdotas románticas como dos chicas normales y corrientes.

La señora Smithers pasó la

segunda noche del viaje en un pequeño hostel de Jericho, una bonita ciudad junto a uno de los trechos ya concluidos de la carretera que llevaba a Launceston. La mujer alquiló con toda naturalidad una habitación también para Lizzie y la previno en broma de que no se escapara. Algo en lo que Lizzie ni pensaba. Por primera vez en su vida dormía sola en una habitación, entre sábanas immaculadas y sobre una almohada blanda, que olía a rosas y lavanda. Creía estar en el cielo o al menos

viviendo un hermoso sueño.

Incluso el viaje en sí fue emocionante. Parte de la carretera que unía Hobart y Campbell discurría entre bosques. Lizzie, que nunca había salido de Londres, observaba embelesada entre la espesa vegetación, en apariencia impenetrable, donde se suponía que hacían de las suyas animales extraños como el diablo de Tasmania. Gritó sorprendida cuando un canguro saltó a la carretera, pero también se estremeció cuando vio los primeros

condenados a trabajos forzados. Después de haberse adaptado tan bien en el Penal de Mujeres, no había vuelto a preocuparse realmente por Michael. En ese momento, sin embargo, reconoció que la Corona inglesa se comportaba de modo muy distinto con los condenados varones.

Horrorizada, Lizzie observó uno de los tristemente famosos *chain gangs*, grupos de delincuentes peligrosos que trabajaban encadenados entre sí. Los vigilantes no solo iban

armados, sino que también llevaban látigos, que utilizaban sin miramientos. En las espaldas de los hombres se percibían las huellas de ese trato. Sin la menor compasión, los forzaban a tallar piedras para mejorar la carretera y desbrozar el entorno para nuevos asentamientos.

Lizzie se tapó los ojos con la mano.

—Ya, no es un espectáculo agradable —señaló la señora Smithers e indicó al cochero que extendiera la capota sobre el elegante carruaje. Había empezado

a lloviznar—. Pero es lo que se merecen esos tipos. Quien ha de trabajar aquí, en los *chain gangs*, no ha respondido a las expectativas en otro lugar. La mayoría ya eran delincuentes peligrosos en Inglaterra, y aquí han cometido otras faltas. Sé que te dan pena. Pero no olvides que se trata de ladrones y asesinos.

—Pero algunos... algunos solo son fugitivos —se atrevió a contradecirla Lizzie.

En el penal se comentaba que había hombres que siempre trataban

de huir de la prisión. Para las chicas eran héroes románticos, rebeldes indómitos que ni con los peores tratos se dejaban dominar. El final era entonces la temida cárcel de Port Arthur o los trabajos forzados en un *chain gang*. Hasta el momento, ni un presidiario había conseguido evadirse ni de los muros de Richmond Gaol ni de un grupo de encadenados. Lizzie comprendió en ese momento que un destino de este tipo no tenía nada de romántico. Los hombres se mataban trabajando. Sin duda

habría sido mejor conformarse e intentar conseguir un indulto en lugar de huir.

—Un par de ellos, sí — respondió la señora Smithers desdeñosa—. Pero si quieres saber mi opinión: ¡la idiotez también debe castigarse! Y quien intenta huir varias veces es incomprensiblemente tonto. ¿Adónde quieren ir esos tipos? ¿Al bosque? ¿Allí donde las serpientes o los animales salvajes van a matarlos? Las ciudades son demasiado pequeñas para

escondirse en ellas, Jericho, Hobart, Launceston... nada que ver con Londres. Además, aquí no conocen a nadie. Es inútil escaparse.

—Pero ¿y si roban un barco y vuelven navegando a casa?

—¿A su casa? —La señora Smithers se echó a reír—. ¿Por el mar de Tasmania, el océano Índico y alrededor del cabo de Buena Esperanza? ¿Por el Atlántico? Hija, si alguno de ellos tuviera el título de capitán de alta mar, no estaría aquí. De todos modos, he oído

decir que algunos huyen a Australia. Pero son solo rumores. Si se instalan en esta isla o en otras, al final, indiferente.

«No para alguien que quiere ser libre», pensó Lizzie angustiada, intentando olvidarse de la nostalgia de los ojos de Michael. Su mirada la había ido derritiendo e invitado a soñar también con la libertad. Pero entonces él solo había pensado en aquella tal Mary Kathleen.

La casa de Campbell Town era, en efecto, imponente. La señora Smithers no había exagerado: los

dueños de la propiedad disponían de una especie de castillo. Lizzie se sorprendió de que hubiera tantas habitaciones, del tamaño de los muebles, de la cubertería y cristalería procedentes de Inglaterra. En el futuro tendría que aprender a sacar brillo a todo eso, pero ese primer día únicamente iba, incrédula, de una maravilla a otra.

A sus ojos lo mejor era el cuarto del ala de servicio que le asignaron. Era pequeño. Exceptuando una cama, una mesa, una silla y alguna estantería, no

cabía mucho más en el interior, pero le pertenecía solo a ella. Nadie le impediría dormir con ronquidos, llantos o conversaciones. La ropa de cama era sencilla pero limpia, y si conseguía un par de flores y las dejaba secar, flotaría el mismo aroma que en la pensión de Jericho. No sería complicado, pues en el jardín había rosas.

Incluso el temor de que el resto de criados la mirasen con malos ojos por ser una condenada no tardó en desvanecerse. La cocinera

era una deportada que había merecido un indulto.

—Hice de campana durante un atraco de mi chico —le contó—. Dios, qué tonta era entonces... Creí que él iba a dar el gran golpe. En vez de eso, mató a un hombre. Todavía tuve suerte de no acabar en la horca.

El jardinero cada noche regresaba a la barraca en la que cumplía condena. Daba gracias al cielo de no tener que trabajar en la construcción de la carretera, pues era un hombrecillo canijo con el

que no se podía contar para trabajos duros. Se enamoró perdidamente de Lizzie y, poco después, la inundó de pétalos de rosa.

El mozo de cuadra era más fuerte pero también más anciano, esperaba que lo indultaran pronto y esperaba casarse luego con la cocinera. Ambos permanecerían en la casa, ya los esperaba una vivienda. Lizzie tenía cada vez más claro que, para muchos condenados, la deportación representaba más una bendición que

una huida.

Ella misma obtuvo un uniforme de criada precioso y se encontraba bonita con su cofia. La señora Smithers se tomó su tiempo para instruirla en sus nuevas labores. Le enseñó pacientemente a limpiar la plata y servir el té. Lizzie cambiaba las sábanas y sacaba el polvo, pulía los muebles de madera y llevaba la comida a la mesa. No todas esas tareas eran de su agrado, pero era mejor estar ahí que ir vagando por las inhóspitas calles y aguantar a los clientes entre sábanas roñosas.

Por primera vez pudo responder a las exigencias del reverendo de su patria: era buena, vivía según los preceptos divinos y se mantenía así.

Si no hubiese existido el señor Smithers...

El marido de Amanda Smithers solía ausentarse durante días, como la señora había dicho en la cárcel, para supervisar las obras de construcción de la carretera en que participaban, claro está, los condenados. Los hombres eran hábiles, pero ninguno tenía experiencia en estas tareas. Cuando

se trataba de condenados ingleses, eran granujas y atracadores que nunca habían vivido de su propio trabajo. De Irlanda y Escocia solían llegar campesinos. Entendían de agricultura y ganadería y realizaban un espléndido trabajo en tareas como el desmonte para la nueva carretera, pero no tenían conocimientos respecto a cómo partir las rocas y pavimentar las calzadas.

Los guardias tenían una carrera militar y no una formación de obrero cualificado. Martin Smithers

debía adiestrar a sus trabajadores más o menos voluntarios y decidir él mismo cualquier nimiedad. Dormía en tiendas o barracas, no mucho más cómodamente que los presos, y volvía solo los fines de semana a la casa señorial que su esposa y los empleados domésticos hacían acogedora para él.

Lizzie lo conoció apenas una semana después de instalarse en la casa, y en la presentación formal que realizó su esposa él no mostró especial interés por la recién llegada. La señora Smithers no

sospechó lo más mínimo, pero Lizzie enseguida vio un brillo en sus ojos que no auguraba nada bueno. Dicha impresión se vio reforzada cuando, a la mañana siguiente, el hombre se presentó en la habitación donde se servían los desayunos mientras ella estaba poniendo la mesa.

—¡Vaya, si está aquí nuestra nueva gatita! —observó.

Lizzie, que no sabía qué cara poner, dudaba entre el deseo de ignorarlo y continuar con su trabajo y la obligación de ser cortés y

hacerle una reverencia. Al final optó por esto último con la mirada baja y virtuosa. Smithers, sin embargo, no la dejó en paz.

—¿Por qué no me miras a los ojos, bonita? —preguntó con una sonrisa maliciosa; puso un dedo debajo de la barbilla de la joven y la obligó suavemente a levantar la cara—. ¿Tienes miedo de que pueda ver en los tuyos algo parecido a la lujuria? ¿Siendo tú tan buena como dice mi esposa?

Lizzie levantó la vista pacientemente y miró su rostro

ancho y enrojecido por el sol. Smithers era alto y corpulento, y no parecía encajar con su bajita y delgada esposa. Su cabello castaño ya estaba clareando y tenía los ojos de un azul acuoso. Lujuria era lo último que podría sentir Lizzie al mirarlo. La ex prostituta calculó con un suspiro el peso que debería aguantar una vez que él hubiese satisfecho su deseo y se desplomase sobre ella.

—No sé qué quiere decir, señor —afirmó Lizzie, con la esperanza de llegar tal vez a ruborizarse. Pero

había escuchado tales palabras suficientes veces como para no sentir vergüenza. Simplemente estaba harta de ellas y, además, en ese momento el miedo se adueñaba de ella.

—Entonces, piénsatelo un poco, gatita. —Sonrió el hombre, irónico, y su dedo se deslizó desde la barbilla hasta la sien pasando por la mejilla—. Eres una muchachita preciosa... no me hagas esperar demasiado para ponerte en celo.

Por fortuna, Lizzie oyó a la señora Smithers en el pasillo y se

liberó de su nuevo patrón antes de que su esposa entrase en la sala. El resto del fin de semana intentó evitar al señor Smithers, pero le resultó casi imposible. El hombre le sonreía de forma lasciva cada vez que pasaba por su lado y, al servir la mesa, tuvo que poner atención en que él no deslizara la mano por debajo de su falda o la pellizcara burlón. Si ocurría, ella no debía gritar del susto. Lizzie estaba con los nervios destrozados cuando, después de fregar y de preparar el desayuno del domingo,

fue a su habitación discretamente, solo para confirmar que Smithers estaba al acecho.

—A una gatita tan dulce no se la deja meterse en la cama sin un besito de buenas noches...

Lizzie se libró de él cuando intentó abrazarla.

—Creo... —balbuceó entre dientes— creo que no es saludable abrazar y besar a los animales domésticos.

Lo dijo de broma, pues en las calles londinenses no solo se adquiriría práctica en seducir a los

hombres, sino también en mantenerlos a raya con una buena réplica. Los carteristas y granujas que vagaban por las calles no buscaban a una puta, sino a una querida. Era frecuente que esos tipejos desplegaran sus encantos y habría sido descortés y poco inteligente rechazarlos con palabras hostiles. Más valía una broma, incluso aunque fuera burda, que rechazar al hombre con brusquedad. Lizzie encontró su ocurrencia muy original, pero Martin Smithers retrocedió como si ella le hubiese

atacado.

—¿Qué significa eso, pequeña? ¿Qué fechoría has cometido para enseñar así las uñas? Había pensado que habrías robado algo. Pero si eres tan agresiva...

El miedo recorrió a la joven. Fuera lo que fuese lo que ese hombre contase sobre ella a las autoridades, ¡le creerían! Atemorizada, retrocedió hacia la pared del pasillo y alzó las manos en gesto de protección.

—Nunca he hecho daño a nadie, señor, se lo juro, y tampoco se lo

haría a usted... nunca...

—¿Entonces? ¿No te referías a que los gatos arañan? —preguntó desconfiado Smithers.

Lizzie sacudió la cabeza.

—Claro que no, señor. Claro que no. Solo que... los médicos dicen... bueno, que los animales domésticos comen ratas y esas cosas y tienen pulgas... —se esforzó por aclarar la broma.

Y de hecho Smithers pareció reírse con retraso, pero su risa no era cordial, sino más bien amenazadora.

—Las pulgas seguro que ya te las han quitado en la prisión. ¡Piensa bien de dónde vienes cuando respondas! ¡A ti las ratas todavía te están esperando!

Dicho esto, agarró a Lizzie y le plantó un beso en la boca. No de forma brutal como la mayoría de los clientes, pero la joven se asustó y sintió asco. El día siguiente tendría que ser todavía más prudente... Lizzie oyó a la cocinera trajinar en la cocina. Y también la señora Smithers debería de andar por ahí.

Precisamente en ese momento llamó a su marido. Lizzie suspiró aliviada y dio gracias en silencio tanto a su señora como a Dios. En cuanto el patrón se dio la vuelta, corrió a su habitación y cerró con llave.

Al día siguiente tenía que ir con los señores a la iglesia. El hombre no perdió oportunidad de ponerse a su lado. La cocinera y Lizzie servían en la comida campestre posterior, pero Lizzie era demasiado tímida para unirse a su compañera y el galán de esta, que

fueron a pasear y se reunieron con otros criados que libraban o con presos de primera clase.

Así que permaneció con sus señores. Le habría encantado sentarse en su manta y disfrutar del sol y el extraño paisaje que rodeaba la preciosa iglesia y la pequeña población de Campbell Town. A primera vista, el escenario semejaba al de un parque inglés, pero si se observaba con mayor detenimiento, cada árbol y cada brizna de hierba eran distintos a los que había en el otro extremo del

mundo.

El señor Smithers, sin embargo, pronto volvió a acosarla cuando se puso en pie para estirar las piernas. Con el pretexto de enseñarle los árboles y los pájaros la alejó del camino de la iglesia y la condujo al bosquecillo, donde la besó de nuevo.

—Así está mejor, pequeña. Una gatita dulce y cariñosa.

Lizzie intentaba desesperada librarse de él.

—Señor, por favor... por favor, aquí no. Si viene alguien...

El bosquecillo detrás de la iglesia era el único lugar donde podían retirarse los jóvenes enamorados. También la cocinera y su galán se habían internado ahí.

Smithers gruñó comprensivo.

—Vale, vale... tienes razón. Es que no me puedo quedar quieto cuando veo ese brillo en tus ojos... y cómo te mueves, ágil y delicada como una gatita.

—Pero... pero... —Lizzie luchaba por contener las lágrimas. Si alguien los sorprendía...

—Un poco tímida, pero eso

tampoco es malo. Bien, aquí no, pero pronto encontraremos un rinconcito apartado y entonces tendrás que cumplir tu promesa...

Lizzie no sabía qué le había prometido, pero cuando por fin la soltó, se sintió tan aliviada que asintió.

Tuvo libre el resto del domingo. Pasó el día pensativa y rezando, desamparada en su cuarto. Como siempre, o Dios no la oyó o al menos no respondió.

El lunes, el señor Smithers volvió a las obras de la carretera,

pero Lizzie estaba tan nerviosa y agitada que no lograba concentrarse en su trabajo. Rompió una taza y la regañaron por ello, se olvidó de recoger el servicio del té con lo que se ganó una segunda regañina, y cuando por la tarde tenía que ayudar a la cocinera, se hizo un corte en el dedo y la sangre manchó la bandeja de la ensalada.

—¿Se puede saber qué te pasa?  
—bramó la cocinera cogiendo la bandeja para limpiarla. No tenía ganas de volver a trocear tanta verdura—. Con lo diestra que eres

en general...

Lizzie agradeció que la cocinera no la regañara todavía más. Ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar. Después de contar entre sollozos lo ocurrido, empezó a formular dudas sobre sí misma.

—Lo notan —se lamentó—. Yo quiero ser buena... de verdad que quiero serlo, vivir en la gracia de Dios.

La cocinera la escuchó con rostro impasible.

—Así que vuelve a las

andadas... —suspiró al final—. No es culpa tuya.

Lizzie no la escuchaba.

—¿Puede ser que una esté destinada a... a ser una puta? —preguntó desesperada.

La cocinera negó con la cabeza.

—Para tipos como Smithers cualquier chica que lleve cofia es una presa de caza —observó con calma—. Eso le vuelve loco, hasta a mí me pellizca el trasero de vez en cuando, y eso que yo no soy más joven que su esposa. ¿Por qué crees tú que Tilly se fue tan pronto? —

Tilly era la doncella anterior a Lizzie—. Estaba la mar de contenta antes de que los Smithers se instalaran en la casa. Los Cartland daban asiduas cenas y Tilly no hacía más que recibir propinas. Quería ahorrar tres años más y luego casarse con su Tom. Pero el nuevo señor no la dejó ni un solo día en paz...

—Pero... pero no pudo entonces... Estaba indultada, ¿no?  
—balbuceó Lizzie. Se sentía algo aliviada.

—Eso no significa demasiado,

tesoro. Bastaba con que el tipo hiciera desaparecer una cucharilla de plata para endosarle el robo a ella. Y su libertad se habría acabado. Y contigo sucederá lo mismo. Tú...

—Podría pedir que me devuelvan a la prisión —dijo Lizzie.

En ese momento, Cascades se le antojaba como un refugio celestial. Y eso que habría estado dispuesta a aceptar lo inevitable e irse a la cama con el señor Smithers. Pero si el asunto llegaba a oídos de la

señora, todo habría acabado. El régimen abierto, el estatus de prisionera de primera clase... La meterían de nuevo en la cárcel sin miramientos.

La cocinera sacudió la cabeza.

—¿Aduciendo qué? ¿Vas a contar la verdad? Entonces los dos se abalanzarán sobre ti, el señor y la señora. Por todos los cielos, sé prudente, algo así puede acabar en la horca. Lo mejor es que pongas al mal tiempo buena cara y te busques pronto un tipo con quien casarte. Coge al jardinero. No es guapo

pero sí buena gente. Aunque, claro, luego te pedirán que sigas trabajando aquí y que al mismo tiempo engañes al pobre hombre.

—Pero ¿cómo voy a encontrar a alguien? ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿No hay nada que pueda hacer? —Lizzie miró desesperada a la mujer.

La cocinera reflexionó.

—Podrías robar algo —dijo entonces con dureza—. Algo pequeño, y yo te acuso. Puedes decir que cogiste un pan o algo así para hacérselo llegar a un amigo

que tienes en el *chain gang* más cercano. No; te interrogarán para averiguar su nombre, así que mejor otra cosa, qué...

—¡No quiero que vuelvan a condenarme! —protestó Lizzie—. No lo aguantaría. Y una reincidencia significa el grado tres. Me pudriría en la cárcel.

La cocinera se encogió de hombros.

—Pues entonces procura que el viejo Smithers esté contento...

Lizzie se entregó a su patrón al

siguiente sábado por la tarde. Para ello profanó su refugio más seguro, su propia habitación, en la que tan feliz había sido. Martin Smithers vio en ello la prueba de que ella se acostaba con él voluntaria y alegremente, pero para Lizzie solo era la opción más segura. La señora Smithers nunca visitaba los alojamientos del servicio y la cocinera ya estaba al corriente de lo que sucedía. Cuando por fin se quedó sola, cambió las sábanas, se lavó con el agua que había preparado y que todavía estaba

algo caliente, y lloró hasta caer rendida.

Ya no esperaba llegar a ser buena algún día. Lizzie Owens volvía a luchar por su supervivencia.

## 8

La nueva granja de Ian Coltrane se encontraba en un paraje precioso junto al río Avon, que con el tiempo discurriría a través de la ciudad de Christchurch. Estaba formada por una casa grande, aunque algo venida a menos, y corrales para animales de trabajo. Tenía más hectáreas de tierra que el pueblo de Kathleen en Wicklow. De la noche

a la mañana, los Coltrane disponían de una propiedad mayor que la de su anterior patrón Wetherby. Sin embargo, faltaban las vallas y los aparceros.

Ian y Kathleen nunca podrían trabajar solos la tierra; de todos modos, se explotaba más la cría de ovejas que la agricultura. Ian enseguida llenó los establos de animales y Kathleen se vio en la obligación de cuidarlos y el trabajo no tardó en superarla. Ella procedía del campo y tenía conocimientos de cómo mantener una huerta y trabajar

la tierra. En los buenos tiempos, su padre incluso había tenido una cabra, un par de pollos y una o dos ovejas. Pero ahí se trataba de grandes rebaños de animales que se repartían por enormes prados que Ian solo cercaba en caso de necesidad.

Ian no conservaba mucho tiempo los animales, comerciaba con ellos y los vendía. Solía dejarlos sueltos y confiaba en la vastedad del terreno y en el inexistente instinto de pastor del perro guardián, en cuya adquisición

lo habían engañado a él, para variar. Lamentablemente, a las ovejas les gustaba diseminarse y, por razones incomprensibles, se sintieron atraídas por las obras de construcción de la futura Christchurch.

El único contacto con vecinos que Kathleen estableció en los primeros meses en las Llanuras de Canterbury, se limitó a las visitas de unos indignados obreros de la construcción y de unos malcarados barqueros del río que tenían que abrirse paso entre las ovejas

cómodamente dispersas y que pastaban pacíficamente. Pese a su embarazo, la joven se obligaba a subir a un mulo o un caballo en venta para reunir a los animales. La mayoría de las veces la ayudaban un par de hombres: la belleza de Kathleen y su evidente consternación tocaban la fibra sensible de los chicos jóvenes, que luego se ofrecían a conducir el ganado.

Como agradecimiento esperaban que ella los invitara a un café o, mejor aún, a un whisky, pero

Kathleen solo les hablaba con el corazón acelerado y daba gracias al cielo cuando se habían ido. ¡A saber lo que haría Ian si la descubría con uno o varios desconocidos, por lo general muchachos de aspecto atractivo, a la mesa de la cocina! Los nuevos colonos de Canterbury no eran los pobres inmigrantes de Irlanda o Escocia, famélicos y desesperados, sino anglicanos de casas bien que iban en pos de la aventura. Por otra parte, no había peligros especiales en la nueva colonia. Muchos

hombres eran obreros de la construcción contratados en Inglaterra, y la mayoría eran amables y tenían buenos modales. Ninguno intentó propasarse con la solitaria granjera, aunque más de una noche soñara con ella.

Kathleen, por su parte, tampoco tenía ningún interés en ellos. Cuando todavía le quedaban fuerzas para soñar, era a Michael a quien veía. Sin embargo, también su rostro se iba desvaneciendo en sus recuerdos. La vida de la joven transcurría solamente entre el

jardín, los campos de cultivo y los corrales, e incluía las preocupaciones por los niños, a los que había que vigilar constantemente. A Colin, sobre todo, era imposible alejarlo de los establos, y en cuanto podía salir hacía de las suyas. Sean se interesaba poco por los animales. Solo le gustaba el perro guardián y ambos, juntos y en armonía, se sentaban en el porche de madera de la granja y contemplaban el río. A veces le susurraba algo al oído y ella se preguntaba si el niño le

contaría historias al perro. ¿Se acordaría Sean de las historias de Pere sobre las canoas y los semidioses maoríes? Cuando Kathleen fantaseaba con historias de Irlanda sobre hadas y leprechauns, el niño no se hartaba de escucharlas. Cuando su hijo por fin conciliaba el sueño, ella estaba cansadísima.

Salvo los niños y algún que otro visitante eventual de Christchurch, los contactos sociales de Kathleen se limitaban a los clientes de Ian, pero debía presentarse ante ellos

con la cabeza baja y en silencio. Lo hacía solícitamente después de que se le escaparan dos improcedentes verdades sobre unos animales en venta. Su marido le había pegado tanto, que ella había temido perder al hijo. Sin embargo, se alegraba de esas escasas visitas. Finalmente, Ian solía beber con los clientes un par de copas de whisky por el ventajoso acuerdo y charlaba con ellos: la única oportunidad para la joven de enterarse de alguna novedad del mundo.

La afluencia de colonos que se

dirigían a Christchurch era interminable. Después de que arribaran los cuatro primeros barcos, cada vez eran más los habitantes del Viejo Mundo que se interesaban por aquella nueva tierra tan lejana. Los clientes de Ian siempre subrayaban que Nueva Zelanda, a diferencia de Australia y la Tierra de Van Diemen, no estaba ocupada por presidiarios, sino por cristianos decentes. Estaban orgullosos de ello e Ian bebía a su salud, pese a que los Coltrane eran católicos y prestaban menos

atención a un protestante inglés que a un condenado irlandés.

Ian tampoco permitía que Kathleen asistiese a la misa de los domingos en la iglesia anglicana de Christchurch. A ella le hubiese gustado. Dios seguramente habría hecho la vista gorda respecto a qué religión era la equivocada y habría atendido sus oraciones a pesar de todo. Pero Ian no se dejó ablandar, por lo que Kathleen sospechaba que no se trataba tanto de lo sólida que era su fe, sino del placer que sentía por tener una buena excusa para no

asistir al oficio. A fin de cuentas, Ian tampoco era un practicante regular en Irlanda.

De vez en cuando, los clientes de Ian también les informaban acerca de Port Cooper, lo que, naturalmente, interesaba mucho a Kathleen. Todavía echaba de menos a Pere y las otras amigas de la pequeña ciudad portuaria que acababa de volver a cambiar de nombre. Ahora se llamaba Lyttelton, según un miembro notable de la Canterbury Association, y la pequeña colonia se estaba

transformando lentamente en una auténtica ciudad. El tráfico internacional hacia Christchurch llevaba dinero a la ciudad. John, el herrero, había abierto un servicio de transportes para los nuevos colonos. A cambio de un precio, los recién llegados eran conducidos a lomos de unos mulos a través de Bridle Path, servicio que aprovechaban sobre todo los inmigrantes acomodados. No obstante, John no compró los animales a Ian, lo que molestó a este último, que decidió «no» timar

al rival de John, que trabajaba desde Christchurch, sino alquilarle animales de carga sanos y fuertes. No obstante, el hombre no llegó a imponerse. John estaba en Lyttelton, simplemente en el mejor lugar. Cuando los barcos atracaban, él ya estaba en el sitio correcto.

En esos momentos había en Lyttelton un pub y un hotel, y recientemente se habían instalado un sacerdote y también un médico.

La noticia de esto último llenó de envidia a Kathleen. Faltaban pocas semanas para que diera a luz

y esta vez no contaría con la ayuda ni de Pere ni de otra comadrona, menos de un médico. Ian podría ir en busca de alguien de Christchurch, pero los Coltrane no conocían a casi nadie allí e Ian tampoco hacía nada por establecer nuevos contactos. Además, tampoco estaba segura de que Ian fuera a estar en casa cuando alumbrara. Naturalmente, él había prometido que no viajaría durante el período en cuestión, pero si el niño llegaba unos días antes, Kathleen estaría sola. Al principio intentó no pensar

en ello. Pero entonces apareció alguien que sometió a discusión ese problema.

Kathleen estaba supervisando las vallas que había cerca de la casa, una labor que detestaba. Después de una hora ya estaba empapada en sudor aunque fuese invierno, un día de junio frío y seco, inhabitualmente despejado para la época del año. Quien sabía apreciar la belleza de un paisaje podía disfrutar de una extensa vista hasta los majestuosos Alpes Neozelandeses e incluso distinguir

montañas aisladas. Ella solo conocía el nombre del más alto, el famoso Mount Cook. En Port Cooper, Pere le había contado todo sobre la bahía y los Port Hills que separaban Lyttelton de Canterbury. Ahí en las llanuras nadie lo hacía. Para Kathleen, montañas y valles no necesitaban nombre y ella tampoco se tomaba la molestia de nombrar los accidentes geográficos.

Sin embargo, pronto el pequeño Sean descolló en ese punto. Había empezado temprano a hablar. Así pues, bautizó como Plaza de las

Hadas al bosquecillo que presentaba en el centro un claro natural, y como Leprechaun al bloque de roca que se erguía en un prado.

En ese momento los niños jugaban alrededor de Kathleen. Colin le tendía atentamente las herramientas y Sean intentaba que el perro aprendiera a saludar.

—Buen chico, ¡da la patita! — decía al manso pero inútil chucho.

Desde hacía poco, Ian creía que tenía que enseñar a sus hijos buenos modales cuando estaba en casa.

—¡Impresiona a los clientes! —  
decía—. A los mejores,  
precisamente. A los granjeros les  
suele dar igual cómo seáis. Pero los  
caballeros quieren un «sí, por  
aquí», «sí por allá», «¡qué bien  
monta, caballero!», «naturalmente,  
señor, este caballo no es sencillo,  
tiene demasiado brío, pero ¡un  
jinete como usted sí sabe  
dominarlo!». Y al mismo tiempo  
hacéis una reverencia y sonreís.

Colin, que con trece meses  
todavía no entendía nada de lo que  
le explicaba su padre, solía reír a

continuación e inclinarse, imitando a Ian, mientras Sean fruncía el ceño. Ya tenía dos años y cada vez planteaba más preguntas. En una ocasión se entrometió en una conversación sobre una venta. El posible cliente estaba interesado en una yegua y dio una vuelta por el prado vecino a la casa.

—Señor tener cuidado. Puede caer del caballo. Mamá también caído.

Kathleen tuvo que contener una sonrisa al pensar en ello, aunque la caída no había carecido de peligro.

Había tenido que volver a reunir ovejas y el único caballo de que disponía era *Fairy*, de pelaje zaino colorado. Lamentablemente, ese animal no podía montarse.

—Algunos pueden y otros no... —dijo Ian disgustado, más para sí mismo—. Lo principal es que el cliente lo crea. Si luego resulta que no es así... bueno, son pocos los que vuelven y lo admiten. Y, chicos, si el hombre regresa enseguida con el caballo, dadle la mano diestra y haced una reverencia.

—¿Por qué la diestra? —

preguntó Sean, corriendo el riesgo de ganarse un cachete por impertinente—. La izquierda también, ¿no?

Al perro parecía pasarle lo mismo. Si daba una pata, siempre era la izquierda, pero en ese momento algo desvió la atención de Sean. Por el camino que llevaba de la granja a Christchurch se acercaba trotando un burro. Un animalito con manchas y vistoso y con las orejas erguidas. Iba perfectamente embridado y llevaba a una amazona que no parecía

menos extraña que su montura.

Una mujer joven, tal vez de la misma edad que Kathleen, por los veinte. Era menuda y delicada, aunque Kathleen creyó reconocer los primeros signos de un embarazo en ella. La cintura del elegante traje de montar de terciopelo marrón parecía un poco elevada y la zona del pecho se veía un poco tirante. Pese a ello, iba sentada con garbo en una silla de amazona inglesa, una postura relajada y derecha como la que lady Wetherby utilizaba en Irlanda cuando iba de cacería.

Sobre un burro, y además tan pequeño, la voluminosa silla, así como el cuidado aspecto de la amazona, contrastaban bastante.

Kathleen no pudo evitar sonreír. La joven le devolvió la sonrisa abiertamente en un rostro oval y enmarcado por tirabuzones castaño oscuro. Unos ojos castaños y amistosos brillaban bajo unas cejas gruesas y unas pestañas espesas. La nariz pequeña y los labios rojos encajaban con la tez algo oscura de la muchacha.

—¡Buenos días! —La

desconocida se inclinó y bajó la mano con la fusta en un grácil gesto. Kathleen había visto tal ademán en las amazonas de su patria—. ¡Qué estupendo encontrar a un ser humano! Y que además sea mujer. Aunque se ría de mí. Admito que debo parecer un poco a Sancho Panza con su burrito.

—¿Como quién? —preguntó Kathleen con timidez.

La joven no contestó. En su lugar, miró con curiosidad a Kathleen y los niños.

—En fin, ya veo que los dos

caballeros son todavía demasiado jóvenes para ayudarme a desmontar —se lamentó, y resbalando ágilmente descendió del animal sin ayuda. Sonriente, se acercó a Kathleen—. Soy Claire Edmunds. De Stratford Manor, allá lejos, junto al río...

—¿Stratford Manor? —preguntó Kathleen, intimidada. Sonaba a algo muy distinguido. También las casas de muchos de los ricos ingleses de Irlanda tenían nombres aristocráticos.

—Bueno, sí, por Stratford,

Stratford upon Avon. Ya sabe, donde nació Shakespeare. Qué tontería ponerle al río el nombre de Avon, pero la ciudad de Christchurch... qué pueblo tan mojigato, todos misioneros frustrados. En cualquier caso, yo le he puesto este nombre a la granja. ¿Suena mejor que Granja de Edmunds? Mi marido se burla de mí por eso... ¿Cómo se llama la suya?

Kathleen se encogió de hombros.

—Comercio de Ganado

Coltrane —respondió—. Yo soy Kathleen Coltrane. —Claire Edmunds frunció el ceño.

—Ah, sí, su marido le vendió *Spottey* al mío. —Señaló el burro.

Kathleen recordó entonces que por un breve tiempo ese animal había estado en el establo. A los niños les encantaba.

—Un animal amable —prosiguió Claire—. Pero su marido no debería haberle dicho al mío que iba a solucionar todo el trabajo de la granja. «Vale por dos mulos. Tira tanto del carro como del arado», le

dijo.

Kathleen se ruborizó.

—Mi marido...

—¡Es un chalán! Lo sé, todos mienten. Lo único que hay que hacer es no creerlos. Es evidente que el pobre *Spottey*... Pero Matt no tiene ni idea de caballos. ¡Y a mí no me hace caso!

—¿*Spottey*? —preguntó Sean, acariciando el morro del burrito.

Claire asintió.

—Exacto. Y ¿cómo te llamas tú, jovencito?

Sean le tendió la mano,

lamentablemente la izquierda, pero hizo una reverencia.

—Sean, señora.

Claire Edmunds rio y estrechó la mano del pequeño despreocupadamente.

—¡Qué niño tan mono! ¡Y tan bien educado! Bueno, no me tomo a mal lo de *Spottey*. Al contrario. No sirve para el trabajo en la granja, así que me lo he quedado yo.

—La silla es rara —observó Sean.

—Es de Inglaterra —explicó Claire—. La traje conmigo.

También me habría traído el caballo, pero no podíamos permitirnoslo... —Su rostro se entristeció—. Pero bueno, ¡la felicidad no depende de esto! —La joven recuperó la jovialidad—. En cualquier caso, tengo la silla, el traje de montar y a *Spottey*. Y por fin he encontrado a otra mujer que no vive tan lejos y que habla conmigo. —Miró a la sorprendida Kathleen—. Hablará conmigo, ¿no?

Kathleen le sonrió y decidió que no podía mostrarse como una pusilánime.

—Mire —dijo tranquilamente—. Es usted la primera mujer con quien me encuentro en siete meses. ¿Y no iba a hablar con usted? Solo estoy un poco... asombrada.

Claire asintió comprensiva. A ella misma no parecía irle mejor. Una sonrisa traviesa apareció en su rostro.

—No pasa nada. Pero ahora tendría que ir pensando en invitarme a un té, si no tendré que marcharme enseguida. Cuando mi marido regrese por la noche, tendrá que tener la cena preparada. Me lo

tomo muy en serio. ¡El amor pasa por el estómago! —Claire lo dijo con total convencimiento—. Lo que ocurre es que yo no cocino muy bien... —confesó luego.

Kathleen se echó a reír y la invitó a pasar. No tenía té, pero Claire se conformaba también con un café. Se quitó el sombrerito dejando al descubierto un grueso moño de cabello oscuro. Desprendió de él los tirabuzones para dar un aire gracioso a su rostro. Kathleen se preguntó cómo le sentaría a ella un peinado así y

de repente se percató de lo raído que estaba su vestido y lo desgredado que llevaba el cabello. Claire pareció leerle el pensamiento.

—Yo tampoco tengo tantos trajes buenos —admitió con franqueza—. En realidad solo este, porque nunca me lo pongo desde que me marché de casa. Y pronto no me servirá. Los otros tampoco, claro. Matt dice que me cosa uno nuevo, pero yo no sé. —Suspiró—. En cualquier caso, hoy me he vestido bien para salir a montar. ¡Y

resulta que he conocido a alguien!  
—Su rostro se iluminó—. Matt se alegrará mucho por mí. ¡Es tan atento! En realidad...

—¿De... de dónde es usted? — preguntó Kathleen.

—De Liverpool. ¿Y usted? Es irlandesa, ¿verdad? Matt me lo dijo... —Se ruborizó.

Kathleen no pudo evitar volver a reír.

—Esos malditos irlandeses — dijo, imitando con voz profunda lo que seguramente había dicho Matt Edmunds—, todos gitanos y

chalanes...

Claire soltó una risita.

—¡Tal cual! —confirmó—. No quería decirlo para que no se sintiera usted ofendida. Desde luego no todos los irlandeses son así. Seguro que los hay muy amables. —Puso cara de circunstancias y cambió de tema—. ¿Por casualidad es usted comadrona? Voy a tener un hijo...

Kathleen tragó saliva. En su país la gente no era tan mojigata como en Inglaterra, pero después de solo media hora de conversación,

tampoco en Irlanda se hubiese abordado un asunto así. Únicamente Pere, la mujer maorí, hablaba con tanta naturalidad sobre los partos.

Claire volvió a enrojecer.

—Lo siento, seguro que eso tampoco ha sido muy oportuno. Pero tengo que marcharme pronto y es un asunto que me preocupa. Es que yo, señora Coltrane... no tengo ni idea de cómo sale de ahí el niño.  
—Se mordió el labio.

Kathleen debería haber sentido pena, pero Claire le caía en gracia. Ambas eran de la misma edad, pero

esa chica parecía demasiado inocente e ingenua. Resultaba difícil asimilar que ya estuviera casada y fuera a tener un hijo.

—Bueno, en general, por el mismo orificio por el que entraron —respondió.

Claire la miró incrédula.

—Se refiere a ahí donde mi marido... pero... pero si no hay sitio suficiente... apenas si lo hay para mi esposo... —Tenía la cara como un tomate y parecía como una niña de diez años en la clase del padre O'Brien.

Kathleen sonrió.

—¡Oh, Claire! —dijo—.

¿Puedo llamarla Claire? —Le resultaba incongruente utilizar el ceremonioso «señora Edmunds»—. Espero que apruebe el tuteo... El orificio, Claire, se ensancha...

—¿Seguro? —receló—. Sé que soy una tonta para estas cosas, aunque mi padre es médico. Pero es que en mi familia no se hablaba de esto. A mi madre le daba un ataque de asma si le preguntaba algo sobre el tema. Y mi padre...

—Ya —la tranquilizó Kathleen

—. Por eso no tienes que preocuparte. Pero te han casado, ¿de verdad nunca nadie te contó nada sobre el parto?

Claire frunció los labios.

—En rigor no me casaron — señaló—. Yo misma me casé. Debería haber aceptado a mi primo, que será médico y se encargará de la consulta de mi padre. Pero es tonto y aburrido. Pues sí, y entonces conocí a Matt. —Su rostro adquirió un brillo especial—. En la ciudad, en el mercado. ¡Es un hombre muy divertido, Kathleen! Siempre me ha

hecho reír. Y cuenta las cosas con tanta gracia... Sobre todos sus viajes. ¡Imagínate, estuvo en América! ¡Y en Hawái! ¡Y en Australia! Pero entonces dijo que lo mejor era Nueva Zelanda. Un poco como Inglaterra, pero todo nuevo, nada de ricachones, nada de limitaciones... Matt quería comprar tierra e instalarse. ¡Connmigo! ¡Oh, Kathleen, fue tan romántico cuando me lo dijo! Y cómo lo describió todo. El río Avon... ¿crees que el nombre es como una señal? Yo soy Julieta, Matt es Romeo... Pero mis

padres nunca lo hubiesen comprendido. ¡Así que me limité a hacerlo!

Claire se levantó y adoptó una pose teatral.

—¡Oh, Romeo! ¡Reniega de tu padre, de tu nombre! ¡Y si no quieres hacerlo, haz de mí tu amada y yo dejaré de ser una Capuleto!

Relucía.

Kathleen frunció el ceño. ¿Estaba loca su nueva amiga?

Claire la miraba igual de atónita.

—¿No lo conoces? —preguntó

sin dar crédito—. Romeo y Julieta. De Shakespeare. Una historia famosísima... ¿Es que en Irlanda no sois románticos?

Kathleen no le desveló ese primer día en qué simas del romanticismo había caído con Michael en el prado junto al río, y sin la influencia del Bardo de Stratford upon Avon. En cambio, se enteró de todos los detalles de la fuga de Claire de su casa paterna, la precipitada boda en Londres y luego el viaje a Nueva Zelanda.

—Se lo conté a mis padres por

carta. No quieren volver a verme. Tampoco es que los añore especialmente. Sí echo de menos a mi caballo aunque ahora tenga a *Spottey*. Y a Matt también lo tengo, claro. Es maravilloso, en serio. Solo que... al principio era emocionante estar aquí en esta nueva tierra, en la granja, pero ahora... ¡Me siento muy sola, Kathleen! —Oscilaba entre la euforia y la decepción—. Matt se ha comprado una barca y eso está bien, es bonito que trabaje... es romántico. Pesca en el río, lleva a

la gente que quiere ir de Port Victoria a Christchurch. Podríamos hacernos ricos de verdad, dice Matt, si yo consiguiera administrar mejor la casa. Él es... bueno, seguro que me quiere mucho, pero no está muy satisfecho de mí... — Claire parecía una niña a la que han puesto una mala nota en el colegio —. Y eso que yo me esfuerzo. Pero ¡no sé cómo hacerlo! ¿Habías ordeñado antes una vaca? ¿Antes de llegar aquí?

La pregunta de Claire no exigía una respuesta, lo cual era

preferible. Un informe sobre las experiencias de Kathleen en el mantenimiento de vacas y ovejas probablemente habría hecho enmudecer a la joven amazona de admiración. Así que esta siguió explicando, y así la asombrada Kathleen se enteró de que su nueva amiga nunca había estado especialmente ocupada en asuntos prácticos. Sus padres administraban una casa grande. Había sirvientes que se encargaban de hacerlo todo por Claire y su hermana menor. Su madre era una mujer peculiar y

nunca les había enseñado lo básico sobre cómo llevar una casa. En lugar de ello, las muchachas podían dedicarse a lo que les gustaba, aunque ceñidas a un comportamiento aristocrático. A Claire le gustaba montar a caballo, leer y estudiar. Sabía francés, latín e italiano. Tocaba muy bien el piano y un poco el violín. Había leído libros sobre astronomía y aspiraba a descubrir una estrella nueva.

—¡También eso era maravilloso con Matt! —exclamó exultante—.

Contemplábamos juntos el cielo y me explicaba las estrellas. Y me hablaba del sur... de la Cruz del Sur... —Sonrió pensativa al recordarlo, pero luego volvió a ponerse triste—. Ahora cada día descubro estrellas, pero sin Matt. Él... él no tiene tiempo. Pero seguro que sabe sus nombres. También podría consultarlos yo misma, pero no encuentro ningún libro al respecto. ¡No hay libros, Kathleen! De lo contrario, podría leer algo sobre la asistencia en el parto. ¿Cómo... cómo sabes todo

eso que pasa con los bebés? ¿Te lo contaron antes de casarte?

Kathleen suspiró.

—Lo supe demasiado pronto...

—respondió—. ¿Cuánto te falta?

—Todavía mucho —afirmó

Claire, sin aclarar si sabía la duración de un embarazo—. Pero el tuyo vendrá pronto, ¿no? ¿Tienes a alguien que te ayude?

Kathleen hizo un gesto negativo y Claire creyó intuir que su experimentada amiga no tenía menos miedo del parto que ella misma.

—¿Sabes qué? —dijo animosa—. Cuando llegue el momento, vendré y me quedaré contigo. No podré ayudarte en nada, pero observaré. ¡Así sabré qué me espera! Vale más esto que estar sola del todo...

## 9

—No te creas que ignoro lo que hay entre mi marido y tú.

La señora Smithers hizo esta deprimente declaración como de paso, mientras metía unas rosas de tallo largo recién cortadas en el cesto que llevaba Lizzie. Sería un adorno para la mesa. Por la tarde se esperaba la llegada del señor Smithers, al que acompañaría un

colega de trabajo. A Lizzie le subió la sangre al rostro. Sintió que se mareaba y casi dejó caer el cesto, luego la invadió la resignación y el agotamiento. De acuerdo, era el fin, había perdido. Pero al menos ya no tendría que pasar más miedo.

La joven intentó respirar hondo y ordenar sus pensamientos. Paseó la mirada por el jardín lleno de plantas, inspirado en un jardín inglés pese a tener solo un lejano parecido. Las rosas prosperaban, pero la hierba crecía demasiado y no era suave como el terciopelo

sino dura como la caña. Las acacias invadían gran parte del jardín en lugar de formar un bonito seto, y los eucaliptos arrojaban su sombra sobre los pequeños árboles frutales ingleses.

Era un fresco día de verano pero, de modo excepcional, no llovía en la Tierra de Van Diemen. Desde hacía casi seis meses, Lizzie se esforzaba por guardar el triste secreto de su relación con el señor Smithers. No era fácil, pues el patrón con frecuencia carecía de prudencia y tacto. A veces parecía

perder el control cuando la veía trabajando con su vestido azul, el delantalito de puntillas blanco y la cofia. En tales ocasiones el hombre sentía el impulso de hacerlo en el sofá más próximo o sobre una alfombra, y reaccionaba malhumorado cuando ella, atemorizada, lo rechazaba. La muchacha no tenía nada que reprocharse: no lo excitaba voluntariamente y permanecía sin moverse en su cama hasta que él satisfacía su deseo. Los clientes que había tenido en Inglaterra se

hubiesen quejado de su apatía, pero a Smithers no parecía importarle mientras ella llevase la cofia y el delantal. Por lo visto, lo que más lo excitaba era verla con aquel uniforme.

Y ahora, tras tantos esfuerzos por que el asunto no saliera a la luz...

—Señora... yo... —titubeó Lizzie, sin encontrar las palabras.

—¡No me mientas! —replicó cortante la señora Smithers. La miró bajo el ala del sombrero de paja que solía llevar en el jardín,

incluso si no hacía sol. Al parecer había esperado que la doncella desmintiera sus palabras—. ¡Si todavía puede salvarte algo es que seas honesta!

¿Salvar? Lizzie tenía la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies, y mucho más que durante la travesía en barco.

—Yo...

La señora no le dio oportunidad de justificarse.

—¿Crees que vas a obtener algo de ello? —preguntó lacónica—. ¿Te haces ilusiones al respecto?

¿Hacerse ilusiones? ¡Más bien se las habían destrozado todas! Lizzie casi se habría echado a reír. ¡A lo mejor todo eso no era más que un mal sueño!

Negó abatida con la cabeza.

—¿Esperabas privilegios? ¿Que te indultaran antes? ¿Que te pagaran por el silencio?

Lizzie negó con más vehemencia.

La señora Smithers frunció el ceño.

—¿Es que lo amas? —Hasta ella misma parecía creerlo

imposible.

—¡No! —gritó Lizzie por fin, con voz clara.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —soltó la mujer, y por vez primera sonó a pregunta genuina. Incluso ella misma pareció asombrarse de ello y se respondió antes de que Lizzie lo hiciera—: Entiendo, las chicas como vosotras os dejáis llevar por el sexo. Por eso estáis aquí, ya me lo habían advertido...

Lizzie bajó la cabeza. Debería haber sentido rabia, pero solo estaba agotada y ya no quería oír

nada más. Que la señora emitiera su veredicto y que todo acabara de una vez...

—¿Eres consciente de que podría enviarte de vuelta a Cascades?

Lizzie asintió con humildad.

—No obstante... —La señora Smithers contempló a la desgraciada que tenía enfrente sujetando el cesto lleno de rosas—. La siguiente no será mejor. Y tú al menos no eres guapa...

Algo en el interior de la joven quiso gritarle que ella misma podía

llevarse a su marido a su propia cama poniéndose simplemente una cofia y un delantalito. Pero se abstuvo, porque de repente sintió una extraña curiosidad. ¿Qué estaría maquinando la señora Smithers?

—No; me lo he pensado mejor. En general eres útil. Así que te casarás. Puedes quedarte con Cecil, el jardinero. Seguro que estará encantado y podéis instalar vuestra vivienda en la vieja cochera. Así, si tu libido está satisfecha... —La señora Smithers enrojeció.

Lizzie sintió pánico. Si vivía en la cochera se convertiría en una presa fácil. No solo engañaría a la señora Smithers, sino a su propio marido. Y en algún momento volverían a pillarla. No veía solución posible...

—Pero señora, su marido...

—¡Ni una palabra en contra de mi marido, chica! —espetó la señora Smithers con una voz de la que nadie habría creído capaz a esa menuda mujer, que casi pasaba desapercibida—. Está decidido. Hablaré con Cecil y te pedirá en

matrimonio.

Arrancó a Lizzie el cesto de los brazos y se marchó dignamente a su casa.

La joven se quedó atrás compungida. Explicar lo que sucedía... explicarlo era la única solución. Tenía que hablar con Cecil al respecto. El jardinero también era un convicto, seguro que la comprendería.

Esa noche, nadie molestó a Lizzie. Smithers se emborrachó con su invitado. Se trataba de un militar que coordinaba la introducción de

los prisioneros en la región y quería hacer un favor a su anfitrión, a saber, enviarle un *chain gang* para arrancar las acacias del jardín.

Lizzie oyó la conversación mientras servía y la señora Smithers se informó ansiosa sobre los riesgos de traer a hombres tan peligrosos. El sargento Meyers, un hombre achaparrado y con cara de bulldog, la tranquilizó con una sonrisa.

—Esos animales van encadenados, señora, y ya llevan meses así, por lo que no piensan en

hacer tonterías. A la larga todos se vuelven pacíficos. También los educamos para que se conviertan en buenos cristianos.

Lizzie se marchó asqueada. Pasó la noche inquieta, dándole vueltas a la cabeza. Tenía que preparar la conversación con Cecil... ¿qué solución podía sugerirle? Dependería sobre todo de él. A lo mejor no le importaba compartirla con Smithers. Entonces ella estaría perdida. Aunque, con un poco de suerte, se negaría a tomarla por esposa en esas condiciones. En

tal caso, debería buscarse a otro hombre lo antes posible, preferiblemente con cierta influencia y que la sacara de casa de los Smithers. Lizzie nunca lo hubiera creído, pero empezó a añorar a Jeremiah.

A la mañana siguiente, Cecil estuvo ocupado dando instrucciones a los hombres encadenados. El sargento Meyers no había exagerado, un vigilante conducía a los presos atados al trabajo al salir el sol. Todos los hombres parecían fuertes y estaban tostados por las

tareas continuas al aire libre, pese a que ahí, en la Tierra de Van Diemen, eran pocas las veces que brillaba el sol. El verano y el invierno eran fríos y solía soplar un fuerte viento del oeste. Lizzie contempló desde la casa a los presidiarios y esperó a que Cecil pudiese dedicarle algo de tiempo, pero la señora Smithers parecía observar al jardinero con la misma atención que ella. Antes de que Lizzie pudiese acercarse a él, lo hizo llamar.

—¿Y ahora qué querrá? ¿Otras

plantas de adorno nuevas? —gruñó la cocinera.

La señora Smithers era una apasionada de la jardinería, pero no comprendía que la mayoría de las plantas de su hogar natal no prosperaban ahí. La flora autóctona, por el contrario, no le interesaba en absoluto y la trataba como si fuese mala hierba.

—Tiene algo que ver con la decencia... —suspiró Lizzie y se puso a sacar el polvo en las habitaciones que había frente a la sala de recepciones de la señora.

No quería que la viesen cuando Cecil volviera a marcharse, pero quería seguirlo al jardín en cuanto tuviera la oportunidad.

El hombre, bajito y de aspecto similar a un gnomo, no cabía en sí de contento cuando la señora lo dejó marchar. Lizzie lo oyó darle las gracias cien veces. A ella, por su parte, se le cayó el alma a los pies. La conversación no iba a ser fácil. Tal vez era mejor esperar a que Cecil se serenara un poco. O no, pues al final aparecería debajo de su ventana con un ramillete de

rosas. Tenía que hablar con él sin demora. Dejó a un lado el paño del polvo y se dirigió decidida al jardín.

Sin embargo, no estaba preparada para ese recibimiento.

—¡Lizzie! —El rostro de enanito del bosque del pequeño jardinero resplandeció al verla. No esperó a que ella le hablase, sino que corrió a su encuentro cimbreado dichoso el cuerpo, y la besó sin rodeos en los labios—. Sabía que tú también lo querías. Solo que no te atrevías, ha dicho la

señora, y eso está bien. Pero ¡ahora nos amaremos mutuamente!

A Lizzie se le encogió el corazón por tener que darle un disgusto, pues lo apreciaba por su amabilidad.

—No es tan sencillo... —  
empezó mientras lo conducía a la sombra de un eucalipto, fuera de la vista de la casa grande—. Cecil... la señora y yo...

Mientras ella hablaba, primero desapareció la alegría y luego el color del rostro apergaminado del jardinero.

—¿Así que en realidad no quieres casarte conmigo?

Lizzie gimió.

—Cecil, lo que yo quiera no tiene importancia. Voy a casarme contigo, pero seguiré siendo propiedad del señor Smithers...

La sonrisa volvió al semblante del jardinero.

—Pero ¡no para siempre! —la consoló—. Ahorraremos un poco y nos iremos a otro sitio. Y los Campbell volverán un día. Entonces trabajaremos otra vez para ellos...

—Pero ¡falta medio año! —  
objetó Lizzie—. Como mínimo.  
Hasta entonces...

—Ah, hasta entonces podré  
soportarlo —declaró Cecil,  
optimista.

«Pero ¡yo no!», quiso gritar  
Lizzie. Desde luego no quería  
casarse con un chiflado que ni  
siquiera entendía qué riesgos corría  
entregándola de buen grado a un  
libertino. ¿O acaso Cecil pensaba  
obtener él mismo alguna ventaja de  
ese arreglo? ¿Ocultaría que  
Smithers fornicaba con su esposa y

ganaría por ello más dinero u ocuparía una mejor posición?

—A partir de mañana la noticia se hará pública —añadió Cecil radiante de alegría—. La *missus* lo hablará con el reverendo. ¡Y también se ocupará de tu indulto!

El mismo Cecil había conseguido, cuatro semanas antes, que le perdonasen la condena y, con la boda, también Lizzie quedaría en libertad. Aunque pocas veces se había sentido tan acorralada...

Cecil volvió a sus flores. La joven miró pensativa a los hombres

encadenados. La cocinera le había encargado que les llevara agua. Podía hacerlo en ese momento.

Llenó un cántaro en la fuente. Los hombres ya debían de tener vasos. Luego se encaminó, preocupada y compungida, al bosque de acacias en la parte posterior del jardín. Llevaba la cabeza baja, como exigía el decoro, y casi se hubiese reído de ello. A fin de cuentas, la virtud no se veía casi nunca recompensada; la mojigatería, por el contrario, mucho más.

—Pero si es... ¿Es que ya no me reconoces, Lizzie?

La joven estaba sirviendo agua al primer hombre de la fila, tras haber saludado cortésmente al vigilante, cuando un preso alto y de cabello oscuro le dirigió la palabra ansioso.

—¡Lizzie Owens! ¿Eres mi pequeño ángel del barco?

La joven levantó la vista incrédula, pero ya había reconocido, al oír las primeras palabras, aquella voz dulce y oscura con acento irlandés. Los

radiantes ojos azules de Michael Drury la miraban casi desbordantes de alegría.

—¡Y de nuevo no dejas escapar ninguna oportunidad! —bromeó—. ¿Ha sido eso un saludo? ¿Desde cuándo te gustan los leprechauns?

—¿Cómo? —preguntó Lizzie desconcertada.

Ya estaba bastante agitada, pero la repentina aparición de Michael la había confundido.

—Leprechauns. Gnomos, enanos... así llamamos en Irlanda a tipos como ese amiguito tuyo.

Michael señaló con una mirada evaluadora a Cecil, quien en ese momento se esforzaba en preparar la dura tierra para plantar unas semillas procedentes de Inglaterra.

Lizzie se estremeció. Si mostraba flaqueza, si revelaba los sentimientos que de nuevo surgían en ella al ver a Michael, nunca podría dirigirse a él con naturalidad.

—Un hombre menudo pero libre —respondió burlona—. Tú, por el contrario, Michael Drury, ¡todo un año en la Tierra de Van

Diemen y todavía encadenado! Y eso que solo has robado un par de sacos de grano. ¿O era mentira?

Michael se encogió de hombros.

—Tal vez una descripción insuficiente, Lizzie, como tú con el pan. —Le guiñó el ojo—. A lo mejor vendí también un poco de whisky, ¿y tú un poco de Lizzie? —dijo con cierta ironía.

Lizzie sonrió afligida.

—Para andar encadenado por aquí, debes de haber cometido alguna fechoría.

Se esforzó por mantenerse tranquila y, sobre todo, por controlar la expresión de su rostro. El vigilante no debía enterarse de que se había encontrado con un viejo conocido. Lentamente fue sirviendo agua a un hombre tras otro, mientras charlaba con Michael en voz baja.

—Tres intentos de fuga — confesó Michael—. El primero justo el primer día. Pensé que sería una buena idea volver al *Asia* antes de que zarpara. Al menos allí conozco el rincón más oscuro. ¡Un

pasaje directo de vuelta a Irlanda!  
—Rio.

En realidad no era mala idea.

—¿Qué es lo que falló? —  
preguntó Lizzie.

—Debería haber esperado hasta  
que limpiasen y cargaran el barco  
—respondió Michael con tono  
resignado—. Pero no lo hice y me  
descubrieron enseguida. Y luego...

Pero Lizzie ya había terminado.  
Todos bebían y el vigilante parecía  
preguntarse por qué permanecía  
todavía junto con los presos. Tenía  
que volver a la casa.

—Escucha, Michael, tengo que irme —susurró—. Pero mañana es domingo y tengo la tarde libre. ¿Dónde te encuentro?

Él arqueó las cejas.

—La pregunta más bien es: ¿dónde os encuentro? Como ves, dependemos mucho los unos de los otros, salvo en la celda solo nos encuentras mutuamente encadenados. Pero el domingo por la tarde nos dejan salir al aire libre. Entre una oración y otra...

Los demás hombres rieron.

—Basta con que sigas la nueva

carretera, las barracas están junto al río. Las viejas, las de los hombres que construyeron el puente. Por eso están llenas de chinches...

El vigilante levantó significativamente el látigo y miró a Lizzie con severidad.

—¡Se acabó el descanso!

La chica saludó y levantó el cántaro.

—¡Iré! —susurró.

Al día siguiente debería encontrarse a otra conocida. Como

cada domingo, acompañó a los Smithers a la iglesia. Cecil le ofreció el brazo reluciente de alegría y con un gesto posesivo. El señor Smithers parecía abatido. Era probable que su esposa le hubiese dejado bastante claro por qué daba tanta importancia a la boda de Cecil y Lizzie. Esta última avanzaba con el semblante triste al lado de su nuevo prometido. Ni siquiera logró sonreír cuando el reverendo la felicitó. La cocinera le dio unos golpecitos de consuelo en el hombro.

De repente, el sargento Meyers y su esposa atrajeron toda su atención. El oficial se había instalado recientemente en una vivienda en la comunidad y saludó a los Smithers desde la puerta de la iglesia. Su mujer, alta y elegante, se hallaba a su lado. Llevaba un sencillo vestido marrón adornado con un cuello de encaje color crema. Sus manos, largas y delicadas, lucían unos guantes de encaje también, y un gracioso sombrerito marrón con una cinta color crema descansaba sobre su

cabello abundante y recogido en un moño en la nuca. Un cabello de un negro intenso, unos ojos como diamantes oscuros y una tez suave.

Sin dar crédito, Lizzie se quedó mirando a Velvet, la ladrona de joyas londinense. Velvet tendió la mano con educación a los Smithers y pronunció un par de fórmulas de cortesía. A Lizzie solo le comunicó con un pestañeo que había reconocido a su antigua compañera de celda. Luego siguió a su marido, al que sobrepasaba en media cabeza.

Lizzie no pudo concentrarse en la misa. Por eso se había casado Velvet: el sargento Meyers tenía un buen puesto, seguramente cobraba un sueldo regular y podía esperar una buena pensión y algunas hectáreas de tierra cuando dejara la carrera militar. Lizzie no sabía que incluso hombres de posición tan acomodada buscasen mujeres entre las condenadas, pero Velvet era sin duda una belleza. El sargento, por el contrario, era feo; puede que en Inglaterra hubiese encontrado una mujer más virtuosa, pero no a

ninguna cuyo atractivo ni siquiera se aproximase al de Velvet.

Velvet dirigió un discreto gesto a Lizzie cuando, tras la misa, los Meyers salieron a dar un paseo con los Smithers. Las mujeres no habían visto el progreso de las obras de la carretera desde hacía mucho tiempo y la señora Smithers quería saber en qué se ocupaba su marido durante toda la semana. Velvet subió grácilmente al carruaje. Lizzie la saludó con un gesto apenas perceptible. Ninguna de las dos sacaría ningún provecho

mostrando que se conocían.

Pero, en primer lugar, Lizzie tenía que deshacerse de la compañía de Cecil si quería ir a ver a Michael ese día. Por desgracia, el pequeño jardinero se pegaba como una lapa y le contaba toda su desdichada existencia mientras paseaban.

Era el benjamín de una familia de quince hijos de una granja galesa, marchó a Cardiff huyendo de la miseria y el hambre, realizó un par de viajes como marinero, pero le gustaba poco el mar y

volvió a intentarlo en tierra. Finalmente, robó una oveja y lo descubrieron. Por eso estaba en las colonias.

—¡Y el próximo día me cuentas tú tu historia! —concluyó para sorpresa de Lizzie—. ¡Ahora he quedado con un par de colegas! — Con un gesto cauteloso, Cecil sacó una botellita de whisky del bolsillo—. Mira, me la ha dado el señor. Para celebrar el compromiso.

Lizzie temblaba de rabia. ¿No podría haber compartido con ella el aguardiente? Dios mío, le habrían

sentado bien un par de tragos después de todos los nervios vividos los últimos días. Y encima, era evidente que el asunto ya estaba en marcha: el patrón regalaba a Cecil whisky, que el jardinero aceptaba agradecido. Los dos se volverían buenos camaradas. Así que no habría problema en compartir luego a la mujer...

No se tomó la molestia de arreglarse antes de enfilear la nueva carretera, que no era tan nueva. El puente rojo que cruzaba el río había sido construido casi veinte años

antes por presidiarios. En la actualidad las obras se centraban más en su ampliación y reparación. Debajo del puente, junto al río Elizabeth, se hallaban las barracas en que se alojaban los obreros. Como casi en toda la Tierra de Van Diemen, no se daba mucha importancia a la seguridad. ¿Adónde iban a fugarse los hombres? La mayoría se quedaba voluntariamente hasta su indulto. A los pocos rebeldes y a un par de realmente peligrosos se los mantenía encadenados. Incluso los

domingos.

El grupo de Michael se divertía en esos momentos en el río. Dos presidiarios habían construido una especie de caña con la que intentaban pescar, pero, por lo visto, ninguno de ellos había pescado con anterioridad. Otros dos intentaban aclararles qué era lo que hacían mal, pero no los escuchaban.

Michael dirigió a Lizzie una cálida sonrisa cuando ella descendió en su dirección y se sentó con él junto a la orilla. El río

estaba bonito, muy tranquilo, en el agua flotaban plantas que la joven habría clasificado de nenúfares. Pero probablemente eran del todo distintas, nada en la Tierra de Van Diemen parecía ser aquello a lo que ella estaba acostumbrada.

—Llegas tarde, ¿tanto te ha retenido tu leprechaun? —preguntó burlón.

—Mi futuro marido ha dado un paseo conmigo —respondió Lizzie dignamente.

El *chain gang* río y los hombres le dirigieron bromas

burdas. Todos la pedían en matrimonio y le prometían hacerla disfrutar más de lo que lo gozaría entre los brazos de Cecil. Lizzie se puso ceñuda.

—¡Chicos, a vosotros por el momento ni siquiera se os puede tener de uno en uno! —replicó terminante—. Y ahora, suéltalo, Michael Drury, ¿qué has hecho para que todavía te tengan encadenado? —Miró las muñecas del joven—. ¡Cielos, vuelves a estar llagado! Tienes suerte de que no haga tanto calor aquí, las moscas se posarían

en las heridas y volverías a tener fiebre...

Michael se encogió de hombros.

—Ahora soy más listo, Lizzie. Pero un hombre necesita tiempo para aprender. Fue una tontería huir sin un plan previo... Pero yo esperaba que aquí hubiese ciudades más grandes en las que ocultarse al principio.

—Planearlo es igual de inútil —observó un presidiario que no estaba encadenado y que además parecía saber pescar. A su lado

había tres hermosos ejemplares recién obtenidos—. Las ciudades son algo mayores que los pueblos y la totalidad es una isla, por si no os habíais dado cuenta. Uno no puede escapar de aquí.

—¡Yo no lo diría así! —objetó otro de los hombres con aires de importancia. Asombrada, Lizzie reconoció al antiguo marinero que había llegado en el *Asia* y que dormía en la cama vecina a la de Michael. Por lo visto, también él era incorregible—. Nosotros, de todos modos, tenemos un plan. En

cuanto nos dejen libres, lo ponemos en práctica.

Michael asintió y lanzó una piedra al agua.

—¿Quieres volver a escapar?  
—preguntó Lizzie atónita—.  
¡Entonces pasarás toda la condena encadenado! ¡Sé razonable, Michael, sin barco, capitán y tripulación no puedes regresar a Irlanda!

—A Irlanda no... —dijo el joven, llevándose una brizna de hierba a la boca—. Pero...

—¡Ahora no cuentes nuestro

plan! —le advirtió el marinero—. Ya has oído que han indultado a la chica. Después nos traicionará...

—¡Os traicionaréis vosotros solos! —replicó Lizzie ofendida—. ¿Quién es el que ha urdido ese plan genial? ¿Vosotros doce?

Había otros dos irlandeses más. Lizzie pensó que algo de cierto habría en lo que se rumoreaba acerca de su testarudez. Dylan era un joven pelirrojo y rechoncho cuyo origen irlandés se reconocía a primera vista. Tenía el torso musculoso. Will parecía menos

fuerte, pero en cambio era más alto. Era un gigante de rizos rubios, frente huidiza y los ojos malignos de un pitbull.

—¡Nosotros tres y Connor como navegante! —respondió Michael con orgullo—. Connor conoce el mar. Lo encontrará con los ojos cerrados...

—¿Qué encontrará con los ojos cerrados? —inquirió Lizzie, mientras los otros murmuraban o reían.

Dylan seguía quejándose de que desvelaran «el secreto». Lizzie

meneaba la cabeza desconfiando del supuesto secreto que compartían con los otros doce y, probablemente, con la mitad del resto de los alojados en las barracas. Pero seguramente no fuera ningún problema. Nadie traicionaría a los hombres. Huir de la Tierra de Van Diemen era utópico, tanto que la autoridad ni siquiera se tomaba la molestia de anunciar que sería perdonado quien desvelara un plan de fuga.

—¡A Nueva Zelanda! —  
informó el antiguo marinero—.

¡Está aquí al lado, el viaje se hace en un periquete!

—¡Por eso la mitad de la colonia de presidiarios se ha mudado allí! —se burló el pescador.

—Cuando se sabe hacer... —le recordó el marinero.

—¿Qué es eso de Nueva Zelanda? —preguntó Lizzie—. ¿Otra colonia?

Una hora más tarde, la cabeza le zumbaba de tanta información contradictoria. Will y Dylan

describían Nueva Zelanda como la tierra prometida, Michael había oído decir que se parecía a Irlanda. El marinero, que era a quien ella más crédito concedía, contó historias fantásticas sobre la pesca de la ballena y la caza de focas. Algo llamado «costa occidental» se mencionó en varias ocasiones. Lizzie volvía a lamentar la ausencia de Jeremiah, cuyas revelaciones solían ser muy fiables.

Pero también ella podía averiguar algo por su cuenta. En la sala de caballeros de los Smithers

había un globo terráqueo. Por la tarde buscó las islas que estaban alrededor de Australia, pero junto a la Tierra de Van Diemen solo encontró Nueva Guinea y un par de islas más pequeñas en el otro lado del continente. Navegar hasta allí le pareció una locura. Había que recorrer toda la costa australiana. La Bahía de Botany, Australia Occidental... y por todas partes había presidiarios. Lizzie no podía imaginarse que simplemente dejaran pasar a alguien navegando a vela o remando.

Pero entonces descubrió dos islas más en el otro lado del mar de Tasmania. Una alargada y otra más pequeña con una forma similar a la Tierra de Van Diemen. Nueva Zelanda. Así que existía ese país y la costa occidental se hallaba orientada hacia la Tierra de Van Diemen. Pero ¡para llegar hasta allí había que cruzar un océano! Lizzie intentó calcular la distancia, pero todo la confundía.

—¿Qué haces tú por aquí, gatita? —Lizzie se estremeció al oír la voz de Martin Smithers—.

¿Sacando el polvo del globo? Pero si ni siquiera tienes puesta la cofia.

Lizzie suspiró.

—Es mi tarde libre, señor... —susurró—. Pero si lo desea puedo... puedo ir a vestirme para usted. No diga que...

—¿Que tienes curiosidad por saber cómo es la Tierra? Pero no, cielito, ¿por qué iba yo a decir nada? Ahora que estás a las puertas del matrimonio, seguro que sueñas con volver a Inglaterra con Cecil. Pero mira, gatita, todo el camino que has de recorrer. Inglaterra está

a más de veinte mil kilómetros de distancia.

La besó en la nuca.

—¿Y Nueva Zelanda? —  
preguntó afónica.

Smithers rio.

—Tampoco puedes ir nadando. Pero está bien: son solo unos cuatro mil kilómetros. Desde Hobart sale a veces incluso un barco. Pero te lo advierto, gatita, el mar es muy bravío. ¿Y qué ibas a hacer allí con Cecil? ¿Pescar ballenas? ¿Cazar focas? Cecil no cazaría ni a una mosca. Y para doncellas no hay

trabajo. Excepto si son tan lascivas como tú... —Smithers la rodeó con los brazos y le puso las manos encima de los pechos—. Clientes hay muchos en la costa occidental.

—¿Estuvo usted allí, señor? —preguntó Lizzie, conteniendo el asco que le producía ese hombre.

—Es posible que vayamos cuando terminemos el contrato aquí —respondió Smithers con poco interés—. Construyen una ciudad en la costa oriental. Tendría trabajo. David Parsley irá en breve a echar un vistazo.

David Parsley era el asistente de Smithers, un joven ingeniero a quien los patrones tenían en alta consideración.

—Si eres buena, gatita, te llevaremos a ti y a tu Cecil...

Martin Smithers volvió a cubrir el cuello de Lizzie de húmedos besos.

Lo último en lo que pensaba era en ir con él y Cecil a Nueva Zelanda, por muy seductoras que sonaran las palabras «nueva ciudad». Siempre que se empezaba algo nuevo se desataba el caos. Y

al parecer no había presidiarios en Nueva Zelanda, por lo que tampoco habría soldados encargados de atrapar delincuentes o fugados.

—¿Cómo tenéis pensado lo de Nueva Zelanda? —preguntó a Michael cuando fue a verlo al domingo siguiente. El grupo de encadenados seguía trabajando cerca y Lizzie había pretextado un dolor de cabeza para librarse de Cecil—. Por aquí cerca no hay mar...

—Tampoco somos todavía

libres —respondió Dylan—. Para que nos quiten las cadenas todavía habrá que esperar un par de meses, y entonces ya estaremos en Launceston.

—¡Volveremos a Hobart! —informó Michael con optimismo—. Nos largamos, robamos un barco...

—¿Qué tipo de barco? —preguntó Lizzie.

—Un velero. Está demasiado lejos para ir remando, ¿verdad, Connor?

Connor asintió.

—Lo que a mí me gusta —dijo

dándose aires— es un velero pequeño y que corte el agua...

—¡Queremos avanzar rápido!  
—intervino Will no menos convencido.

Una balsa mejorada. Lizzie pensó con horror en el ancho mar y en lo bravío que Smithers había dicho que era.

—¿Alguno de vosotros ha navegado alguna vez? Bueno... exceptuando a Connor.

Michael, Dylan y Will negaron con la cabeza.

—Pero ¡se aprende pronto! —

los consoló Connor.

Lizzie no podía remediarlo: lentamente empezó a dudar también de la experiencia de Connor en travesías en alta mar. A lo mejor solo había navegado como grumete, no aparentaba más de dieciocho o diecinueve años. En cualquier caso, ella opinaba que el plan estaba condenado al fracaso. ¡Los fugitivos tendrían que sentirse afortunados si los descubrían en el puerto de Hobart! Podían pagar su imprudencia con una muerte en el mar.

En cualquier caso, no quería que Michael corriera ese riesgo. Ni ella misma tampoco. Sin contar con que no podía esperar eternamente a que un representante ciego de la Corona cometiera la tontería de desencadenar a Dylan y Will. Lizzie habría dejado atados a esos tipos hasta que fueran viejos y tuvieran el cabello gris. Tenía que suceder de otro modo. Esa noche no trató de evadirse pensando en lugares más bellos mientras soportaba estoicamente las embestidas de un sudoroso Martin Smithers.

Urdió un plan.

## 10

La visita de Claire Edmunds había insuflado nuevos ánimos a Kathleen. Su mudo cavilar, su resignación y abandono a la soledad cedieron paso a una nueva ansia de actividad. ¡Ojalá hubiese encontrado a una amiga! ¡Ojalá fuera posible visitarse mutuamente de forma periódica, hacerse compañía durante los partos,

charlar despreocupadamente con una vecina como antes en Irlanda o los primeros meses en Port Cooper!

Kathleen iba a lavar su taza de café y la de Claire, pero luego se lo pensó mejor. ¡La taza de Claire era una prueba de que había estado allí! No se lo había imaginado, no estaba volviéndose loca. Al día siguiente le devolvería la visita. Si la casa de Claire también estaba junto al Avon, tenía que haber un camino más corto que la carretera de Christchurch. Kathleen guardó la taza que Claire había utilizado

como si fuera un tesoro.

Al día siguiente despachó las tareas más urgentes y puso a los dos niños en el mulo más tranquilo y seguro que tenía Ian en el establo. Primero se montó detrás de ellos, pero pronto le resultó difícil abrirse paso a través de las cañas, la hierba alta y las ramas que caían de los árboles junto a la orilla. Kathleen desmontó y llevó de las bridas a su montura, pero no se dejó abatir. Cuando recorriese la orilla tres o cuatro veces, un sendero se abriría por sí mismo. La

orilla estaba cubierta de hierba, pero no era impracticable.

Y, en efecto, sus esfuerzos se vieron recompensados. No necesitó más de una hora para llegar: entre la granja de los Coltrane y Stratford Manor no había más de cinco kilómetros. La propiedad de los Edmunds tampoco le resultó tan imponente como había temido. Al contrario, pese a su hermoso nombre, no era una casa señorial, sino una cabaña pobre, confeccionada con tablas, igual que la suya pero peor construida.

Kathleen se acordó de los improperios de Ian cuando se instalaron en su granja. Su marido había pasado las primeras semanas haciendo reparaciones antes de que la casa y los corrales estuvieran dispuestos de modo que el viento no se colara entre las ranuras de las tablas y que la cubierta no volara. Por lo visto, los primeros colonos habían construido de prisa y sin mucho cariño sus casas, para percatarse, después, de que preferían vivir en la nueva colonia de Christchurch o al menos cerca

del paso por el cual se extendía el camino entre Port Cooper y Christchurch. Los primeros que se habían instalado en ese entorno pocas veces habían sido granjeros, antes bien pescadores o barqueros, y ambos podían ganarse mejor la vida río abajo.

También el marido de Claire se marchaba cada día con su bote en dirección a Christchurch para trasladar a la gente de una orilla a otra o para transportar el mobiliario de los colonos que llegaban por mar y por el río Avon

hasta la nueva ciudad. Desde su granja eso era fatigoso y también le privaba de mucho tiempo. Al menos no había contado con tiempo o con dinero hasta el momento para impermeabilizar la granja o pintarla de nuevo. El viejo color, un amarillo mate, se desconchaba e intensificaba la impresión de abandono. Tampoco las vallas de los corrales en que estaban la burra *Spottey*, una vaca gorda y su ternero recién nacido, así como un par de ovejas, parecían muy sólidos. Todavía disponían de

mucha hierba, pero cuando la hubiesen acabado Claire tendría que salir tantas veces como Kathleen a recuperar los animales, que se desplazarían a otros lugares en busca de alimento.

Bajó a sus hijos del mulo, ató el animal en el poste que le pareció más digno de confianza y se encaminó a través de un porche ruinoso hacia la puerta de la casa. Claire respondió de inmediato a la llamada: estaba tan ansiosa de novedades como la propia Kathleen. Ese día, sin embargo, no

se había arreglado. Llevaba el cabello oscuro recogido con dejadez y un vestido viejo de estar por casa que se ceñía tanto al vientre como el traje de montar. ¿Por qué no se soltaba un poco los vestidos?

El semblante de Claire resplandeció al reconocer a Kathleen y los niños. Espontáneamente, abrazó a su nueva amiga.

—¡Qué alegría que hayáis venido! —exclamó—. Entrad, prepararé té. También podéis comer

algo del guiso que estoy haciendo. Aunque me temo que no es demasiado bueno...

En efecto, Kathleen se abstuvo de probar los boniatos recocidos.

—Tendrías que haberlos pelado antes —indicó, dejando perpleja a Claire.

—Pero la piel sale por sí misma si se hierve lo suficiente y entonces...

—Entonces quedan pastosos y el agua de hervir parece arena. ¿O cepillas a fondo la piel antes? Si preparas un guiso, tienes que pelar

las patatas y cortarlas en trozos pequeños. Y yo metería algo más en la olla que los boniatos y el trozo de carne. ¿Qué es esto, por cierto? No puedes dejar hervir un trozo hasta que la carne se desprenda del hueso y se deshilache, yo la cortaría ahora. ¿Y no tendrás un par de cebollas y patatas?

Kathleen intentó salvar el guiso. Sacó el agua, desmenuzó los boniatos y cortó otras verduras que encontró en el huerto cubierto de hierba y lo puso todo junto con la carne sin hueso al fuego. Claire no

salía de su asombro. Ella misma no había hecho el huerto, debía de haber sido la esposa del anterior propietario de la granja. Claire no tenía ni idea de que allí creciera algo comestible. Sus esfuerzos se limitaban a plantar algunos arbustos de trepadora de rata escarlata, tan extendida en esas tierras.

—Son muy bonitas, ¿verdad?  
—preguntó maravillada, señalando las flores rojas.

Kathleen asintió sin mucho interés.

—Pero no se comen. —Para los

aparceros de Irlanda, el producto de los huertos, en su mayor parte muy pequeños, era esencial para su supervivencia. A nadie se le habría ocurrido plantar flores—. Mira, patatas y zanahorias. Y hierbas aromáticas. Todo eso se puede cultivar...

Claire escuchaba con atención y se alegraba tanto de cada tubérculo desenterrado como del descubrimiento de ese tesoro.

—¿No teníais huerto en casa?  
—preguntó Kathleen mientras las dos limpiaban las verduras. Claire

manejaba el cuchillo con tan poca destreza que su vecina tenía miedo de que fuera a cortarse.

—Sí. Pero también jardinero. Mi madre se ocupaba, como mucho, de las rosas. Y nosotras, las chicas, nos encargábamos de los adornos florales.

Respecto a este punto, Claire se había esforzado en embellecer su cabaña. Las flores de la enredadera escarlata, así como la pohutukawa, de un verde resplandeciente, y las ramas de kowhai, con flores amarillas, se encontraban en unos

jarrones preciosos de porcelana distribuidos por el suelo. Exceptuando esto, el mobiliario era escaso. Los Edmunds tenían todavía menos muebles y en un estado mucho peor que los de Kathleen e Ian. Pese a ello, la mesa de tres patas estaba cubierta de un mantel de lino maravilloso y Claire en ese momento disponía unos platos de porcelana decorados. Sean tocó fascinado las finísimas tacitas de té, que Kathleen le sacó de las manos con cuidado antes de que hubiera un accidente.

—Bah, tampoco pasa nada, ya se han roto algunas durante el viaje —señaló tranquila Claire—. Tengo servicio para doce personas, más de las que viven en todo el condado.

Kathleen no pudo contener la risa. Esa casa le resultaba tan extraña como su nueva amiga, que no sabía hervir ni unas patatas pero servía el té con destreza y elegancia. Le recordaba a lady Wetherby. También ella había instruido a sus doncellas en el arte de preparar y servir esa infusión

típicamente británica. ¿Sería eso lo único que aprendían las chicas inglesas respecto a cómo llevar una casa?

Claire lo admitió con toda franqueza cuando Kathleen se atrevió a preguntárselo.

—Sí —dijo—. Más o menos. Claro que también sé cómo programar y servir un menú de varios platos. Y cómo distribuir a los invitados de forma adecuada, si, por ejemplo, recibes al mismo tiempo la visita de un obispo y un general... Pero eso aquí no me

sirve demasiado. Tan poco como la vajilla... —Miró con tristeza su tesoro de porcelana china.

—¿Por qué te la has traído, entonces? —preguntó Kathleen. No había nadie que pensara de forma menos pragmática y, sin embargo, Claire mostraba un espíritu aventurero.

Claire hizo una mueca.

—Me lo envió mi madre. Ya te conté que escribí a mi familia a Londres después de casarme. Y que mi padre no quería saber nada más de mí, pero mi madre me envió una

caja con el ajuar. Me escribió que se le rompía el corazón al pensar que me marchaba a un lugar desconocido sin nada...

—Pero podría haberte ofrecido otras cosas... —señaló Kathleen. Pensaba en ollas, telas para vestidos o, simplemente, dinero.

Claire miró a su amiga con expresión de complicidad.

—Pues sí, ¿verdad? El violín para que pudiese practicar. O un par de libros, partituras... ¡Una enciclopedia! No tengo ni idea de cómo educar a mi hijo. ¿Cómo voy

a enseñarle algo si ni siquiera tengo una enciclopedia?

Kathleen suspiró. Estaba claro que era peor de lo que se había imaginado. No cabía duda de que Claire era una persona cultivada, pero no poseía ninguna de las habilidades que para Kathleen se daban por supuestas y necesarias para vivir en esas tierras. No sabía coser y tampoco había barrido y fregado nunca.

—Cuando las doncellas pasaban la bayeta por el suelo, quedaba limpio —explicó la

muchacha, desconcertada—. Cuando lo hago yo, solo se queda todo mojado...

No obstante, no se dejaba desanimar por sus carencias. Era laboriosa y lo probaba todo, si bien destacaba en las tareas en el establo. Su simpatía y amabilidad obraban también efecto en los animales. Así pues, había leche fresca para el té. Claire contó con cierto humor que había bautizado a la vaca con el nombre de *Minerva* y había alcanzado con ella una especie de «pacto de damas». Si le

daba de comer y le cantaba, se quedaba quieta al ordeñarla.

—¡Y además esta noche ha tenido un ternero! —informó, encantada de su reciente aventura—. Le salió de detrás... —Se ruborizó—. Tenías razón, se... humm... se ensancha. ¿A nosotras nos pasa igual? —Se tocó el vientre.

Kathleen asintió.

—De todos modos, tuvimos que tirar de él, Matt y yo, fue cansado y... ¿Los niños también... resbalan tanto? Pero bueno, ahora el ternero

ya está ahí y la vaca debería dejar de llamarse *Minerva*, ¡porque ella sí era virgen! —Claire seguía hablando animada.

—¿La vaca todavía era una novilla? —interrumpió Kathleen asombrada—. Pensaba que Ian os la había vendido preñada. Y que ya daba leche.

Claire volvió a abrir los ojos de par en par.

—¿Sabías que estaba preñada?

En la hora que siguió, Claire aprendió que las vacas solo dan leche cuando tienen o han tenido

terneros, y el pequeño Sean escuchó emocionado la historia de la diosa Minerva que surgió de la cabeza de su padre y nunca eligió marido.

—¡Eso seguro que se lo perdió!  
—observó Claire.

Kathleen no estaba del todo de acuerdo. Ya hacía tiempo que había empezado a cuestionarse su matrimonio con Ian. ¿Llegaría el momento en que pudiese hablar en confianza con Claire Edmunds al respecto?

También ese día se separó de

mal grado de su vecina, algo extraña pero muy divertida. Esperaba a Ian por la tarde y no quería arriesgarse a que encontrara la casa vacía. Claire le dio generosamente la mitad de la verdura que habían recogido en el huerto. El de Kathleen todavía no daba frutos.

—¡Con esto le puedes preparar un guiso a tu marido! —dijo—. Bueno, ¡Matt se sorprenderá cuando vuelva! —En la cocina olía a sopa—. ¡Y la próxima vez me traes levadura o como se llame!

Los esfuerzos de Claire por hacer pan se limitaban, hasta el momento, a mezclar cereal toscamente molido con agua. El resultado era un pan ácimo más duro que una piedra e incomedible. Esta tarde había oído hablar por vez primera de la existencia de la levadura.

Kathleen estaba contenta de contar con la compañía de Claire, pero Ian Coltrane no se mostró tan entusiasta con la nueva conocida de su esposa. En un principio, esta no le había contado nada de Claire.

Después de que él interpretase sus observaciones como críticas o sus inocentes anécdotas como pruebas de infidelidad, la joven se había vuelto extremadamente prudente y solo hablaba de lo necesario con su marido.

Pero Sean enseguida soltó las novedades cuando Ian regresó a casa. Se burló —todo lo que podía burlarse un niño de su edad— de la «silla tan rara» de «la tía Claire».

—¿No se cae? —preguntó.

—¡Pottey, Pottey! —gritó Colin riendo.

—¿Están hablando de esa niña fina de ciudad y de su burro? —preguntó Ian malhumorado.

Kathleen le explicó de qué hablaban los niños y le dijo dónde vivía Claire.

—¿Con ese marido que ahora intenta ganarse la vida de barquero? Ese no llegará lejos. Y la mujer... te lo advierto, Kathleen, ¡las mujeres decentes de Christchurch no hablan con ella!

Por eso Claire había temido que también Kathleen la rechazara.

—¿Por qué no? —preguntó—.

Es peculiar, pero muy amable y abierta...

—¡Una arrogante es lo que es!  
—sentenció Ian—. Y una insolente. La mujer de la tienda de ultramarinos de Christchurch dice que le hizo unas preguntas tan indecentes que casi se desmayó de la vergüenza. Y encima es una desaseada, hasta su propio marido lo dice. Este da pena a las mujeres por el modo en que va. No le remienda la ropa, no le cocina. Y la casa... Yo mismo la he visto, Kathie. ¡Una vergüenza! ¡No me

gusta que te relaciones con ella!

Kathleen se encogió de hombros.

—Bueno, las mujeres finas de Christchurch no se enterarán — observó—. Aunque es interesante cuánto sabes tú de lo que cotillean. Pero da igual lo que la gente diga de Claire Edmunds: en un par de semanas voy a tener un hijo. Y la única mujer en quince kilómetros a la redonda es ella. Me ha prometido acompañarme y...

—¿Esa? —Ian se echó a reír—. ¡Esa todavía cree que la cigüeña

trae a los niños! Te lo advierto, Kathleen...

La joven bajó la cabeza y siguió hablando. Claire y ella no se habían contado ninguna intimidad, pero tan solo el contacto con una chica tan vital la había animado.

—Eso es porque nadie responde a sus preguntas chocantes —determinó Kathleen—. Y, además, Claire Edmunds también está embarazada. Alguien tiene que ayudarla cuando el niño venga al mundo y seré yo. Es un deber cristiano, Ian. Tanto si te gusta

como si no.

Para sorpresa de Kathleen, Ian no siguió hablando de Claire Edmunds ni tampoco intentó prohibirle expresamente la relación con ella. Probablemente comprendió que no iba a ser fácil imponer su criterio.

—Kathleen, me enteraré si coqueteas con Matt Edmunds — anunció, dicho lo cual se levantó de la mesa y con una mirada sombría le ordenó que fuera al dormitorio. Ella lo siguió con un suspiro. Pero mientras yacía bajo él y soportaba

sus embestidas y ásperos besos, no pensaba en otro hombre, sino en la diosa Minerva, armada y luchadora.

—¡Bah, Matt tampoco quiere que seamos amigas! —exclamó Claire tranquilamente cuando, durante el siguiente encuentro, Kathleen aludió con cautela a lo que Ian había dicho. Claire sabía muy bien lo que se rumoreaba sobre ella. También había oído cotilleos sobre Kathleen, que compartió en esos momentos con su amiga—. Dicen que no quieres saber nada de

la congregación porque eres católica. Que los irlandeses son todos raros. Y que a saber qué ritos tan extraños tenéis...

—¿Ritos? —repitió Kathleen, que no conocía tal palabra.

—Lo que se hace en la misa. En vuestro caso, algo con la carne y la sangre o parecido. ¡Si oyes a la esposa del tendero se diría que coméis niños! —Y se echó a reír, pero Kathleen estaba horrorizada —. En serio, Matt dijo que debería tener cuidado con nuestro hijito. Pero solo está enfadado con Ian por

el asunto del burro. Se lo ha tomado a mal. Y pronto necesitará un mulo. Espero que tu marido no vuelva a darle gato por liebre. ¿Tienes alguna influencia sobre él?

Kathleen meneó la cabeza como disculpándose. Ian no la ponía al corriente de sus negocios, pero, naturalmente, seguía engañando con su comercio de caballos. Lo peor para Kathleen era que, recientemente, dejaba que los niños mirasen cómo transformaba pencos viejos y cojos en caballos de pelaje brillante y jóvenes, con un

temperamento brioso, para realizar una venta. Por el momento los niños no entendían demasiado, pero ambos se sentían importantes cuando su padre los llevaba al granero y les enseñaba su «oficio». Si eso seguía así, también ellos iban a convertirse en unos tímidos antes de aprender a hablar.

Ella intentaba aportarles una base moral y sana a través de la enseñanza de todas las historias bíblicas posibles, pero estas caían en suelo fértil solo con Sean. Y a

este respecto, Claire se iba convirtiendo en su ídolo. Nadie conocía más y mejores historias que aquella joven, que las cambiaba gustosamente por la ayuda práctica que Kathleen le dispensaba en la vida cotidiana.

En adelante, las mujeres se veían hasta tres veces por semana. La burrita de Claire y el mulo de Kathleen pronto pudieron avanzar sin obstáculos por el sendero ya trillado que transcurría junto al río. Las artes culinarias de Claire

progresaban y su casa resplandecía tanto como la de Kathleen, tan limpia estaba. Esta, a su vez, volvió de nuevo a practicar la lectura. Conocía bien esta disciplina gracias al padre O'Brien, pero nunca la había dominado con soltura, así que empezó balbuciente y despacio. Al principio, tenía suficiente con la Biblia, pero luego Claire le prestó uno de sus pocos interesantes libros. Kathleen se esforzó en la lectura y muy pronto leía casi con la misma fluidez que su amiga. Una de sus mayores

alegrías consistía en sacar por las noches la misiva de despedida de Michael, que mantenía cuidadosamente alejada de Ian desde su matrimonio. Ahora que leía bien, le parecía escuchar la voz suave y oscura del muchacho.

«Mary Kathleen... Volveré...»  
¡Cuánto hacía que nadie la llamaba Mary Kathleen!

Unos tres meses después del primer encuentro de las mujeres, Kathleen trajo al mundo a una niña. Fue un nacimiento fácil. La pequeña Heather era diminuta, Claire apenas

lograba comprender lo delicados y bien formados que eran los deditos de sus pies y manos, lo preciosa que era la boquita y lo suaves que eran sus rizos rubios. Una vez más, Ian estaba de viaje, pero, tal como había prometido, Claire permaneció junto a su amiga, si bien su ayuda se limitó a preparar el té y darle ánimos. Kathleen nunca habría pensado que nadie fuera a conseguir hacerla reír mientras sufría las contracciones. Pero Claire comparó el transcurso del nacimiento de Heather con tanta

seriedad con el parto de su vaca que Kathleen no podía aguantarse la risa.

—¡Me alegra no haber tenido que meterte la mano! —exclamó Claire cuando al final depositó al bebé en los brazos de su madre. En lo que iba de tiempo habían nacido en las dos granjas corderos y Kathleen había ayudado como una especialista cuando había habido complicaciones. Claire había observado el proceso interesada, pero solo había comprendido vagamente lo que Kathleen hacía

para traer al mundo, uno después del otro, a unos mellizos entrelazados entre sí—. Pero ¡en caso desesperado lo habría hecho, naturalmente!

La propia Claire no tuvo un parto tan sencillo. Sufrió dolores durante casi dos días y Kathleen dudó seriamente de que fuera a sobrevivir. Matt no estaba dispuesto a llamar a un médico de Christchurch. Cuando Kathleen le preguntó el motivo, señaló que costaba mucho dinero.

—¡Ya os las apañaréis vosotras solas! —protestó de mala gana—. ¡A fin de cuentas, es igual que con los terneros!

—Entonces colaborará también usted, como entonces con la vaca, ¿verdad? —respondió enojada Kathleen.

No aguantó tanto. Pasadas las primeras horas, durante las cuales Claire gritó y lloró desesperada, Matt Edmunds se subió a la barca y se dejó llevar por la suave corriente hasta el próximo pub.

Kathleen estaba furiosa. Para su

sorpresa, la partida de Matt llenó a Claire de esperanza.

—Seguro que va a buscar una comadrona... —jadeó—. O a un médico. No puede ser tan caro. Él... él me quiere.

Y al final la joven demostró tener más resistencia de lo que Kathleen había estimado. Cuando el niño ya estaba a punto, empujó con todas sus fuerzas y con un grito desgarrador dio a luz a su primera hija de forma natural.

—Nunca seré una dama... —gimió Claire—. Mi madre decía

que las damas nunca gritan. Una dama siempre sufre en silencio...

—¿De verdad? —gruñó Kathleen—. Pues aquí no necesitamos damas. Que se queden todas en Liverpool. ¡Mira qué hija más preciosa tienes! ¿Ya sabes qué nombre le pondrás?

Claire dio la razón a su amiga: la niña era encantadora.

—Creo, creo que la llamaré Chloé —respondió—. Encaja bien con Claire. —Acarició la tierna carita del bebé que, tras el nacimiento, estaba un poco

arrugada—. Pero no sé si quiero repetir —reflexionó después—. Te admiro, Kathleen. Tres veces esta tortura... yo creo que con una basta.

Kathleen le cogió a Chloé de los brazos y la bañó y vistió.

—Matt no te lo preguntará —respondió luego avergonzada—. Al menos Ian...

—¿Has tenido tres hijos solo porque Ian insistió? —preguntó Claire con curiosidad—. Y yo que pensaba... bueno, yo pensaba que yo era la única... —Se mordió el labio.

—¿La única que qué? — preguntó Kathleen. Ian no andaba equivocado, no debían mantenerse este tipo de conversaciones. Eran muy inmorales. Pese a ello, sentía curiosidad.

—La única que no lo pasa bien. Esto... humm... haciendo el amor.

Kathleen no sabía si reír o si callar perpleja, pero Claire siguió hablando.

—En los libros pone que debería ser bonito. Bueno, en realidad no describen nada, pero siempre sucede como si la boda

fuera el punto culminante y luego vivieran felices y comieran perdices. Pero... yo encuentro que antes de la boda era más bonito. Entonces Matt siempre me hablaba con amabilidad y delicadeza, y cuando me besaba era con ternura y dulzura. Pero ahora... ¿Tú lo has encontrado alguna vez bonito, Kathie? Lo... lo que se hace en la cama.

Kathleen sonrió... y creyó volver a sentir los besos de Michael. De repente experimentó un apremiante deseo de compartir

su secreto con alguien. O al menos de aludirlo.

—No tiene necesariamente que ver con una... una boda... —respondió—. Ni con el antes ni el después...

Pero entonces se interrumpió y se alegró de que tras el parto Claire estuviera demasiado cansada para seguir preguntando.

Transcurrieron el verano y el invierno. Con el tiempo, Kathleen fue comprendiendo por qué Matt Edmunds decepcionaba a su amiga.

Por lo que Claire contaba, ella se había imaginado un marido totalmente distinto de aquel tipo flaco y parco en palabras que ni siquiera mostraba especial interés por su hija. Sobre todo porque Claire no se cansaba de describirlo como un tipo de rompe y rasga y un fascinante narrador que había conquistado su corazón. Así parecía considerarlo ella y, de hecho, Matt Edmunds era realmente atractivo. Era alto y rubio, pero, para Kathleen, siempre exhibía un gesto enfurruñado que le daba un

aspecto huraño y poco simpático. El marido de Claire parecía estar a malas con todo el mundo, pero sobre todo con su hermosa, alegre y encantadora esposa.

Era evidente que Matt se había imaginado la emigración y la vida en el nuevo país de forma distinta, aunque Claire y Kathleen no podían averiguar qué era lo que no le gustaba. Considerando que habían llegado con poco más que un servicio de té y un par de libros, a los Edmunds no les iba mal. Matt había invertido los escasos ahorros

que tenía de su época de marinero en un bote y ahora ganaba lo suficiente para vivir. A la larga, iría a mejor, pues la ciudad de Christchurch prometía una existencia próspera y segura. Tal vez Matt extrañara las aventuras que la vida en el mar le había ofrecido. Y estaba claro que Claire, pese a todos sus encantos, no le compensaba por esa pérdida.

Sin embargo, Claire era incapaz de admitirlo.

—¡Seguro que me quiere! — decía obstinada cuando Kathleen

volvía a hacerle alguna observación poco complaciente sobre la conducta de Matt—. Aunque me encuentre tonta y aburrida...

No aclaraba si ella suponía que él pensaba así de ella o si le decía a la cara que estaba harto.

—La razón es que no hago nada bien... —señalaba, disculpando el comportamiento de Matt.

Kathleen no comentaba nada al respecto, aunque tenía en la punta de la lengua algunas respuestas afiladas. A fin de cuentas, Claire ya

administraba su casa de forma muy correcta. No tenía ni un pelo de tonta y, en opinión de Kathleen, le llevaba mucha ventaja a su marido. Naturalmente, le faltaba la experiencia práctica y su talento para el trabajo manual era, como mucho, medio. Pero en cuanto a inteligencia y originalidad superaba fácilmente a Matt Edmunds.

Kathleen nunca se cansaba de escuchar las vivaces narraciones de Claire y sus ideas siempre originales, y se imaginaba las veladas de los Edmunds mucho más

alegres y entretenidas que su monótona convivencia con Ian. Pero tal vez también Claire enmudeciera en presencia de su marido. Parecía encogerse cuando Matt aparecía de forma inesperada en casa y ella estaba sentada a la mesa y charlando con su amiga.

Quizás eso se debiera también a que Matt reaccionaba mal ante cualquiera que llevase el apellido Coltrane. Cuando encontraba a Kathleen en su casa siempre hacía observaciones al estilo de «mujeres perezosas», «irlandeses inútiles» y

«chanchulleros y chalanes». Kathleen comprendía que las prácticas de Ian como comerciante lo encolerizasen. El marido de Claire había pagado mucho por la burrita *Spottey*, pero debía pedir prestados mulos cuando había trabajos duros en la granja. Y eso se convertía, debido a su talante huraño, en un difícil y desagradable asunto. Por añadidura, la granja más cercana estaba bastante lejos y traer y llevar los animales exigía un gasto importante. El tratante de caballos más próximo vivía todavía

más lejos, por lo que Kathleen no se sorprendió cuando un día vio el bote de Matt Edmunds en la orilla, junto a su granja, y oyó las voces de Matt e Ian en el establo.

—Ahí tiene, míresela bien, la mula baya. Fuerte, joven y dócil, yo hasta se la dejo a mis hijos... ¡Venga, Sean, saca a la mula del corral!

Sean, que ya tenía tres años, agarró con afán el cabestro. Los dos niños competían por ayudar a su padre cuando estaba en casa. Por fortuna, Sean todavía no se daba

cuenta de que las miradas más benévolas recaían sobre todo en Colin, mientras a él lo regañaba más veces que lo elogiaba. Pero, por el momento, Sean superaba a su hermano simplemente en edad y destreza. Los problemas más serios surgirían cuando Colin se pusiera a su mismo nivel.

Casi un poco orgullosa de su hijo, Kathleen contempló cómo Sean entraba en la dehesa, cerraba cuidadosamente la puerta tras de sí y se acercaba a la vieja mula que Ian tenía en el establo desde hacía

una semana. El tratante de caballos había dedicado tiempo a afilarle los dientes, trabajarle los cascos de modo que los defectos del paso que en un principio había mostrado no se percibieran más y abrillantarle el pelaje mediante tintes y aceites. Los pelillos grises por encima de los ojos y debajo del escaso flequillo ya no se distinguían y una generosa cantidad de avena, así como compresas con una mezcla especial que Ian llamaba «eufrasia», daban brillo a los ojos del animal. Kathleen pensó

preocupada si habría utilizado otros métodos para avivar su temperamento que en ese momento tal vez pusiesen en peligro a Sean, pero la mula se dejó llevar dócilmente como siempre. Era un animal de buen carácter, pero no tenía menos de quince años.

—Aquí, mire usted los dientes: tendrá seis años como mucho. Esta sí que tira, ¿ha visto qué patas más recias? Y qué mirada, ¿a que es bonita, no le parece? ¡Seguro que su esposa, por lo que he oído, sabrá valorarlo! —Ian esbozaba una

sonrisa cautivadora.

Edmunds echó un vistazo a la boca del animal, tal como le decían, y observó el interior con el mismo desconcierto con que su esposa había contemplado por primera vez el huerto. Ian no debía de haberse molestado en limar los dientes de la mula, pues Matt no tenía ni idea.

—Y no es cara... le haré un buen precio. Podría venderla más cara si la ofreciera en Port Cooper en el servicio de transporte. Pero en cuanto a usted, Matt... humm...

tengo cierta mala conciencia porque no di, en cuanto a su extensión, la debida importancia a su granja. Yo pensé que la burrita (un animal estupendo, como su esposa le comentó a la mía) sería suficiente para trabajarla. Pero tiene usted que arar mucha tierra, ¡con todo mi respeto! ¡Y además ejercer su profesión de barquero! Seguro que con su esposa trabajan codo con codo, ¿eh?

Kathleen admiraba la labia de su marido solo a regañadientes. Sobre todo porque Matt Edmunds

mordió complaciente el anzuelo y, con lujo de detalles y expresión avinagrada, se puso a hablar de los defectos de Claire. Al parecer, el reconocimiento del animal se había dado por concluido. Kathleen todavía tenía trabajo en el huerto, pero cuando al terminar regresó a la casa, los hombres estaban bebiendo su segundo vaso de whisky a la salud del trato cerrado. Le habría gustado gritar, pero había tomado una decisión. ¡Ian no tenía que engañar por segunda vez a su vecino! No soportaría que Claire se

distanciara de ella como habían hecho al principio las mujeres de Port Cooper.

Cuando Edmunds se hubo marchado, se plantó delante de su marido.

—Ian, eso no está bien. En pocos días ese hombre se dará cuenta de que la mula es viejísima y en cuanto la vuelvan a herrar, a más tardar, cojeará otra vez. Hasta es posible que Claire lo vea enseguida, sabe mucho de caballos. ¡Y luego no nos dirigirán nunca más la palabra!

Ian se echó a reír y se sirvió otro vaso de whisky. Ahora siempre tenía una botella en casa y no solo se permitía un trago después de cerrar un trato. Además era un buen whisky, no uno barato ni destilado en casa. Ian Coltrane se ganaba muy bien la vida. Hasta se notaba en su aspecto. En los años que llevaba en el nuevo país, Coltrane había engordado, ya no era aquel grandullón musculoso pero delgado, de aire siempre misterioso, al que se atribuía ser descendiente de nómadas

irlandeses. Cada vez se parecía más a su fornido padre. Tenía el rostro más carnosos, los contornos de sus músculos más difusos y, si bien no estaba gordo, daba la impresión de estar lleno. Con el tiempo había adoptado la costumbre de la mayoría de los tratantes de caballos de llevar siempre un bastón nudoso en el que se apoyaba durante las negociaciones de la venta y con el que podía dirigir los animales deprisa y de forma efectiva. Hasta Kathleen, e incluso el pequeño

Sean en una ocasión, habían conocido los efectos del bastón.

En cuanto a Kathleen, ya hacía tiempo que no sentía ninguna inclinación hacia su marido. Al contrario, Ian Coltrane le resultaba repugnante. Soportaba las noches con él porque sabía que entre sus vestidos tenía guardada la carta de Michael. En cuanto Ian la dejaba, solía acercarse a su arcón y acariciar la misiva y el rizo del cabello de Michael. Era casi como si eso la purificase.

Ian se echó a reír.

—¡A nosotros nos da igual que los Edmunds nos dirijan o no la palabra! —le rebatió—. Ese tipo es tonto y la mujer una soberbia. A nosotros, ¿qué nos importan?

Kathleen sacudió la cabeza.

—Ian, ¡los Edmunds son nuestros vecinos! Si algo sucede, los necesitaremos. Claire y yo nos hemos acompañado en los partos. Somos amigas...

—¡Yo ya te advertí que no me gustaba esa amistad! —contestó Ian sin inmutarse—. Cuanto antes dejes de ver a esa mema y de llevarte a

tus hijos para que les llene la cabeza de cuentos, mejor.

Ella suspiró, pero no se arredró.

—Ian, no les llena la cabeza de cuentos. Está enseñando a Sean a leer, aunque todavía es pequeño. Y a Colin le enseñará el año que viene. ¡Dónde van a aprender los niños si no los puedo enviar cada día a la escuela de Christchurch! ¡Por favor, Ian! ¡Si no puedes dejar de ser un tratante de caballos, sopesa de una vez a quién puedes timar sin perjuicios y a quién es

mejor que no!

Ian se enderezó amenazador.

—Kathleen, no me gusta que me llamen «timador». ¡Y todavía menos una zorra como tú! ¡Bien sabe Dios que no tienes ni idea de lo que es decente y lo que no lo es!

Kathleen era consciente de que esa noche se ganaría unos moratones y peores humillaciones, pero no podía rendirse. Quería de una vez respuestas.

—Entonces, ¿por qué te has dado tanta prisa en casarte con la zorra? —replicó en un arranque de

audacia—. Bien que sabías que yo estaba embarazada, Ian. ¡Sabías que existía Michael! Si tan repugnante me encontrabas...

Él rio y bebió un trago de la botella. Ese día había bebido más whisky de lo habitual.

Kathleen temblaba. Esperaba no haberse excedido.

Pero Ian la cogió casi con ternura por el cabello, que todavía seguía siendo suave y dorado.

—¿Quién podía encontrarte a ti repugnante, cielo? La muchacha más bonita de Wicklow... Aunque

un poco echada a perder... solo un poco. A fin de cuentas me escogiste a mí y no el trabajo con madame Daisy...

Kathleen sentía oleadas de frío y calor. ¿Cómo sabía Ian que le había ofrecido un sitio en el burdel?

Ian le sonrió burlón.

—Sí, pequeña, ¿o es que te pensabas que yo vivía como un monje? —preguntó, mofándose de ella—. Kathleen, tesoro mío, yo comerciaba con caballos. ¡Y un buen tratante de caballos conoce a

todo el mundo y lo sabe todo! A tu querido Michael, yo mismo le había comprado varias veces un par de botellas de alcohol destilado en casa. Y que no había robado el grano de Trevallion para repartirlo entre los pobres lo tenía claro cualquiera que no fuera ciego. ¡Y encima ese Billy Rafferty! A ese lo llevé en mi carro después de que se emborrachase. Ese no podía entender que tu Michael solo le hubiera dado una pizca de lo que le correspondía porque tenía que pagar el viaje en barco de su

pequeña Kathleen...

La joven lo miraba con los ojos desorbitados, sin dar crédito. Su intuición no la había engañado: Ian conocía la existencia del dinero de Michael la primera vez que la condujo a Wicklow. ¿Era posible que hubiese denunciado a Billy Rafferty? Kathleen no se lo podía creer.

En cualquier caso, Ian se había ocupado de que Kathleen viera a su amado en Wicklow una vez, y luego, para estar más seguro, otra. La segunda vez ella solo había

visto partir el barco, pero eso no podía saberlo Ian. No le había permitido ver por última vez a Michael Drury por amistad, sino para asegurarse. De algún modo, Michael haría llegar a su amada el dinero del hurto, ya que él mismo no podía hacer nada con él.

—¿Tú... tú sabías que tenía esa dote? —preguntó con voz ahogada.

Ian se dobló de risa.

—¡Pues claro! Al menos podía sumar uno más uno. Los favores para Michael en la cárcel, por ejemplo... La vieja Bridget tiene un

corazón de oro, pero que mantuviera a dos campesinos como Michael y Billy con sus honorarios de puta... Vaya, ¡no podía creérmelo!

—¿Cómo supiste lo de los favores en la cárcel?

Ian hizo un gesto con la mano.

—La hermana de Billy Rafferty. Hacía la calle junto al mercado de caballos. Hablé con ella, le regalé una botella de whisky... es como se hace, Kathleen. ¡Y no me mires así de escandalizada! ¿Es que no he administrado bien tu dinero? ¿No

os va bien a ti y a tu bastardo?

Kathleen se dio media vuelta, pero Ian todavía no había acabado.

—Y también me enteré de la oferta de madame Daisy, Mary Kathleen —anunció en tono triunfal—. Dime, ¿te resultó muy difícil decidirte? Habrías podido llevar una vida fácil en Wicklow. ¿Por qué me escogiste a mí a pesar de todo, Kathleen? ¿Solo por el pequeño bastardo?

Ella no pronunció ni una palabra más. Tampoco cuando, en un arranque de embriaguez y ansia

de dominio, se la llevó a la cama y creyó morir asfixiada, bajo su peso y la carga de lo que acababa de saber.

Por la mañana, sin embargo, se levantó temprano, antes de que su marido se moviese. Dio a los niños una papilla de prisa, se ató a Heather en la espalda y puso a los niños a lomos de la mula joven de pelaje castaño. Cabalgó lo más deprisa que pudo por el sendero de la orilla y alcanzó a Matt Edmunds cuando estaba preparando la barca para marcharse a Christchurch.

—Señor Edmunds... —

Desmontó y le acercó la mula—. Me envía mi marido para traerle su compra de ayer. Es un animal muy bonito. Creo que esta vez quedará satisfecho.

Edmunds no advirtió el cambio de los animales, pero Claire se maravilló cuando acompañó a Kathleen al establo.

—¿Es vuestra bonita mula? ¿Tu marido ha vendido al mío su mejor animal? ¿Qué ha pagado por él? ¿Tengo que pensar que perderé la casa y el terreno si no reunimos el

dinero? —Rio y acarició a la nueva mula. *Spottey* reaccionó con un rebuzno celoso.

Kathleen no estaba de humor para bromas.

—Sobre todo, hoy llévate tus animales un poco hacia el interior... —aconsejó a Claire—. Coge a *Spottey* y la mula nueva y déjalas pacer junto a la piedra Leprechaun. O aún mejor: escóndelas en la plaza de los Elfos. Y que no te vea mi marido. Ah, sí, y mañana echa un vistazo a ver si estoy. ¡Si me ha matado, ocúpate de

los niños!

# 11

El sargento Meyers no vivía con su joven esposa en el cuartel improvisado, que apenas si ofrecía mayor comodidad que las barracas de los convictos. En vez de ello había reservado habitación para él y Velvet en una pequeña y acogedora pensión. Los Meyers ocupaban dos habitaciones y la patrona enseguida permitió la

entrada a Lizzie. Esta ofrecía un aspecto muy convencional e inocuo con su vestido negro y el cabello esmeradamente recogido en un moño. Se había quitado la pequeña cofia y el delantal para que no reconocieran su condición de criada. Era un día laborable y para conseguir una hora libre había dicho que tenía que hacer un recado.

Siguió a la patrona con el corazón palpitándole. El sargento Meyers no debería encontrarse ahí a esa hora, pero, claro, nunca se

sabía...

En efecto, solo la recibió Velvet. Enseguida pidió a la patrona, con amabilidad pero con determinación, que llevase té y pastas para ella y su amiga.

—No puedo quedarme mucho rato... —anunció Lizzie nerviosa, al tiempo que miraba la habitación—. ¡Qué bonito es esto! Te has convertido en una auténtica dama.

Velvet sonrió.

—No es tan bonito como la casa de tus patronas —respondió. Los Meyers habían visitado a los

Smithers. Velvet estudió el rostro de Lizzie y malinterpretó su expresión desdichada—. Bueno, si yo tuviera que dar lustre cada día a tanto lujo, también lo vería de otro modo... —se corrigió.

Lizzie sacudió la cabeza.

—No es eso. No me importa limpiar... Pero no tenemos mucho tiempo, Velvet. Tienes que escucharme. Necesito tu ayuda.

Velvet la previno con un ademán y señaló el pasillo con la barbilla. La patrona entró sin siquiera llamar a la puerta y dejó

una bandeja con tazas de té y pasteles sobre la mesa.

Velvet le dio las gracias con una sonrisa e invitó a Lizzie a tomar asiento.

—Ahora ya podemos hablar —anunció cuando la mujer se hubo marchado—. A ver, ¿qué puedo hacer por ti? He oído que vas a casarte.

—Voy a escaparme —soltó Lizzie. No tenía tiempo para conversaciones de circunstancia—. Con Michael Drury. Pero antes tiene que librarse del *chain gang*.

—Un momento, un momento...

—Velvet sirvió el té. No parecía impresionada por la confesión de Lizzie, pero ella siempre había sido así—. Estamos yendo demasiado deprisa. ¿Eres consciente de que nunca nadie ha conseguido escapar de la Tierra de Van Diemen?

—Eso se dice. Pero si yo fuera el gobernador y de vez en cuando se me escapara algún preso, no lo admitiría. Aunque da igual. Entonces seremos los primeros.

—Pero ¿por qué, Lizzie? —En el rostro impaciente de su antigua

compañera de celda, Velvet distinguió que no quería hablar de ello.

Lizzie miró de forma significativa el maravilloso reloj de piel que había en un rincón de la habitación.

—Tengo que ir al carnicero, Velvet, la cocinera espera que le lleve la carne...

Velvet asintió.

—Está bien, has tomado la decisión de convertirte en una desdichada junto con Michael Drury. ¿Y yo qué puedo hacer?

—Interceder ante tu esposo para que coloque a Michael en el nivel dos de seguridad y le quite las cadenas. Eso es lo primero. Luego tenemos que ir como sea a Hobart...

Su plan no llegaba mucho más lejos. Además, todo tenía que hacerse con rapidez. En especial, había que ir deprisa, el anuncio de su casamiento ya era público.

—Como sea —repitió Velvet burlona—. Tranquilízate, Lizzie, así no se hacen las cosas. Tienes que tomártelo con calma.

—Pero ¡es que no tengo tiempo! ¡Ese cerdo de Smithers viene cada noche que pasa en casa a dormir en mi cama! Más o menos con el consentimiento de su esposa, que cree que casándome podrá cambiar la situación. Dentro de un mes me unirán con el jardinero, quien está de acuerdo en compartirme con el señor. Y Michael está encadenado con un par de atontados peligrosos que le hablan entusiasmados de huir a Nueva Zelanda cuando no saben ni coger unos remos, así que no te digo lo que sabrán de navegar a

vela por el mar de Tasmania. ¡No tengo tiempo, Velvet! Necesito documentos y un pasaje para el próximo barco...

—Los barcos que parten hacia Inglaterra son sometidos a un control estricto.

—Pero no los que zarpan hacia Auckland o Greymouth o como se llamen esos extraños lugares de Nueva Zelanda. La idea no es mala, solo la ejecución. ¡Con Dylan y Connor, Michael nunca llegará allí!

Velvet mordisqueó un pastelillo.

—Bien, en primer lugar, tienes más tiempo del que crees —observó—. No, no ahora, claro, tienes que irte inmediatamente a la carnicería, lo entiendo. Pero con la boda. Antes de indultarte, vuelven a interrogarte y para eso te llevan a Hobart o Launceston si tienes mala suerte. Hasta que eso suceda habrá que esperar unos dos meses, así que no te angusties. Y, en segundo lugar, comprendo que quieras marcharte. Y la idea es genial... ¡ojalá se me hubiese ocurrido a mí! Pero ¿para qué, por todos los cielos, necesitas

a Michael Drury?

Lizzie entornó los ojos.

Velvet gimió y se apartó de la frente un mechón de su precioso cabello negro.

—Sí, ya veo, lo amas. Era imposible no darse cuenta en el barco. Pero Lizzie, ¡ese hombre te hará desdichada! Es un calavera, es...

—Tú no lo conoces —defendió Lizzie a su amado.

Velvet puso los ojos en blanco.

—He oído lo suficiente sobre sus aventuras. Aunque calavera

quizá no sea la palabra adecuada. Es posible que Drury sea una buena persona. Todavía suspira por esa chica que dejó embarazada en Irlanda...

—Dejó a... dejó a Mary Kathleen...

Hasta ese momento, Lizzie todavía no había tocado el té, pero entonces necesitó un reconstituyente. Velvet cogió una botella de ginebra de detrás del sofá y le vertió un chorrito en la taza.

—Bebe, no lo olerán. Y sí, tu

Michael dejó a la chica encinta. Y luego pensó en cómo alimentar al niño. Igual que escapó de la sartén al fuego. Al principio ni sabía que esto es una isla. Ese hombre siempre se meterá en problemas, Lizzie. Demasiado pasional, demasiado impulsivo. Ya lo salvaste una vez, cuando estuvo con fiebre. Y ahora quieres volver a salvarlo... ¡Si ni siquiera te quiere!

—Velvet se echó un chorro de ginebra en su té.

—¡Lo hará! —afirmó Lizzie—. Si yo solo...

Sobre la nariz de Velvet se formó una diminuta arruga, lo que sucedía cuando se permitía un poco de emoción.

—¿Si tú solo haces qué por él? ¿Engañar, robar, prostituirte? Yo también lo creí en una ocasión. Lo hubiera hecho todo por mi Murphy... y luego tuve que escuchar cómo me cargaba a mí con toda la culpa. Dijo que él era solo un campesino que ni siquiera sabía que robar relojes estaba prohibido. Y que yo lo había involucrado en ese asunto... Y resulta que yo

llevaba dos años robando para él. Al principio pensé que me moría. Pero uno no se muere tan fácilmente. —Velvet bajó la mirada.

—Pero Michael... —Lizzie volvió a intentarlo.

—¡Olvídate de Michael! —exclamó Velvet con rudeza—. ¡Sálvate tú! Ya encontrarás a otro en tu Nueva Zelanda, estas colonias están llenas de hombres. ¡Ya lo ves aquí! ¡Y allí, en las islas, son todos libres!

Lizzie se mordió el labio.

—Sola no lo conseguiré —  
susurró—. Lo necesito.

Velvet sacudió la cabeza.

—No lo necesitas. ¡Él te  
necesita a ti!

—¡Es lo mismo! Entonces, ¿me  
ayudarás? Por favor, Velvet, por  
favor. Hasta tú misma dices que es  
una buena persona.

Velvet se llevó las manos a la  
frente.

—Está bien —respondió—.  
Pero prométeme que no te  
precipitarás. ¡Piénsatelo con calma!

Lizzie asintió sin mucho

convencimiento; pero entonces fue Velvet quien meditó y tuvo una idea.

—Escucha, Michael viene del campo, ¿no? ¿Crees que se maneja bien con los caballos?

Lizzie no tenía ni idea, pero asintió con vehemencia.

—¡Seguro! —respondió.

—Bien. Aquí siempre faltan cocheros. Utilizan carros de tiro fuerte para los materiales de construcción y las talas, pero la mayoría de los convictos proceden de grandes ciudades. No saben

manejar un carro y además tienen miedo de esos enormes caballos. Si mi marido libera a Michael de las cadenas y este se comporta de forma aceptable durante un par de semanas, podrá conseguir un carro. Tu billete y el suyo de viaje a Hobart. Pero esto requiere un poco de tiempo. ¿Lo aguantarás?

Lizzie asintió efusiva.

—Lo intentaré —declaró—. Con tal que Michael no se largue en cuanto le quiten las cadenas...

Velvet levantó los ojos al cielo.

—Entonces te lo tomas como

una señal —dijo—. En el fondo, es lo mejor que podría pasarte. Y ahora, ve al carnicero, o aún te ganarás una reprimenda.

Acompañó a Lizzie a la puerta y, de repente, la abrazó.

—¡Mucha suerte! —musitó—. ¡Sería precioso que al menos una de nosotras fuera feliz!

Lizzie pasó la semana siguiente sorprendentemente bien. El señor Smithers estaba encantado y su esposa y Cecil más bien decepcionados ante el hecho de que

el proceso para el indulto se postergase, con el consiguiente retraso de la boda. Entretanto, también la señora Smithers empezaba a criticar. Por lo visto, consideraba que ahora Lizzie podía divertirse con Cecil en lugar de hacerlo con su marido. Tanto si tenía o no el certificado de matrimonio. Pero no se lo mencionó directamente a la muchacha.

Tres semanas después del encuentro entre Lizzie y Velvet, liberaron a Michael de las cadenas, aunque el inesperado indulto y la

separación del grupo de presos pareció crearle cierta inseguridad, al menos por un breve período de tiempo. Al principio se portó bien y ocupó el puesto de mozo de cuadra que le asignó Meyers tras una breve entrevista sobre su experiencia previa. Michael estaba acostumbrado a los mulos. Los pesados caballos de sangre fría de los que ahora tenía que ocuparse eran más grandes, pero no de trato más difícil. Les daba de comer y los cepillaba, e incluso sabía, para regocijo del caballero, cómo

enganchar el tiro.

—¿Sabes también conducir un carro, muchacho?

Michael asintió y pronto se acostumbró a los enormes vehículos con que se transportaba el material de construcción y los troncos. El problema no eran los caballos, sino las dimensiones del carro. Por otra parte, los vehículos para la cosecha de lord Wetherby no eran mucho más pequeños. Habrían recurrido a Michael para que ocupara el cargo de cochero, pero todavía no confiaban tanto en

él como para dejarlo ir solo por la carretera.

—¡No hagas ninguna locura! —  
le advertía Lizzie.

Intentaba verlo siempre que podía, pero no era sencillo. Lo más fácil era que se encontrasen los días laborables, cuando ella hacía recados. La cocinera Ginnie colaboraba de buen grado, aunque no estaba al corriente de los planes de fuga; en caso contrario, se habría preocupado.

—¿Cómo va a terminar todo esto, hija? Amas a uno, te casas con

otro y el tercero te lleva a la cama. ¡Ve con cuidado, muchacha! Puede que a Cecil no le guste lo del señor, pero no puede hacer nada en contra. Mas si se entera de lo del guapo cochero...

Lizzie hizo un gesto de impotencia. Antes de que Cecil averiguase algo, ella estaría en el barco rumbo a Nueva Zelanda... o de nuevo en la cárcel de Hobart. Si se iba no habría regreso; a esas alturas, prefería cualquier cosa antes que ser la esposa de Cecil y la puta de Smithers.

—Pórtate un par de meses bien, gánate la confianza de los Meyers —le suplicaba a Michael, que iba sentado en el pescante del coche, cuando caminaba discretamente junto a él en dirección a la tienda. Intentaba no mirarlo, así que apenas podía consolarse contemplando el hermoso rostro y los resplandecientes ojos del irlandés —. ¡En algún momento surgirá la oportunidad! —le susurraba.

—¡Pues claro que sí!

Michael parecía satisfecho y despreocupado. Por lo visto, el

trabajo de cochero le gustaba. ¿Tal vez ya no quería marcharse? A Lizzie se le encogía el corazón. Si ahora ella lo arreglaba todo y él decía que no...

—De todos modos, no puedo hacer nada solo. Tengo que esperar a Will, y a Dylan y Connor. Sin Connor es inútil.

Lizzie respiraba aliviada. Así que seguía queriendo escaparse. Ya lo convencería ella para que no lo hiciera con los otros presidiarios.

Y entonces, unas semanas después de que Lizzie hablara con

Velvet, los acontecimientos se precipitaron.

Todo empezó cuando la señora Smithers llamó a Lizzie. La muchacha acudió con el corazón en un puño. ¿Se le hacía demasiado largo el tiempo a la señora? ¿Volvería a reprocharle que sedujese a su marido?

Sin embargo, la señora no hizo nada parecido. Por el contrario, tenía muy buenas noticias.

—Mañana viajarás a Hobart. Quieren interrogarte una vez más y

luego se supone que no tardarás en poder casarte. Y Pete tiene que viajar a Hobart y llevar a David Parsley al barco. —Pete era el mozo de cuadra que también hacía las veces de cochero.

El corazón de Lizzie se aceleró.

—¿El señor Parsley se va... de viaje? —preguntó con voz ahogada.

—De negocios. A Nueva Zelanda. Se trata de un encargo. Están pensando en construir una carretera entre la costa Este y la Oeste... o algo parecido. Yo preferiría volver a Inglaterra. Pero

no te preocupes, nosotros todavía tenemos que quedarnos dos o tres años más aquí. Prepárate de todos modos, el barco zarpará cuando salga el sol.

Lizzie se puso a pensar febrilmente en cuanto volvió a sus quehaceres. Era jueves, y viernes y sábado estarían viajando, así que el barco zarparía el domingo o el lunes. Se desharía del señor Parsley, era un blando, y con frecuencia le guiñaba el ojo significativamente cuando se quedaba como invitado en casa de

los Smithers y ella le servía la comida. ¿Sabría que era propiedad de su jefe? A Lizzie se le agolpó la sangre en el rostro. Pero poco importaba eso. Al contrario, podía darle cierta gracia al asunto. Lo fundamental era ver a Michael. Preparó rápidamente la mesa para la cena y corrió a Ginnie.

—¡Tengo que volver a marcharme! ¡Dame otro encargo!

La cocinera frunció el ceño.

—¿Qué te propones a estas horas, hija? La señora quiere que sirvas la cena. Se espera la llegada

del señor...

Lizzie la miró horrorizada.

—¿Hoy? Da igual. ¡Tengo que irme, Ginnie! Busca cualquier excusa. Diles que he ido a contarle a Cecil la feliz noticia de su inminente indulto. O que me has enviado a buscar huevos y que luego te he dicho que me había torcido el pie y que...

Ginnie se frotó la frente con las manos.

—Las gallinas ya están durmiendo —observó—. Solo las locas sin plumas no saben estarse

quietas. ¡Lárgate, chica, pero date prisa! Ya inventaré algo. La señora está de buen humor. Y él... bueno, si vuelves a tiempo...

Lizzie asintió. Conocía sus obligaciones. Al marcharse se quitó el delantal y se puso la mantilla de Ginnie. Era verano tardío y en la Tierra de Van Diemen ya hacía frío. Lloviznaba de nuevo mientras corría por las calles del pueblo hacia el establo del cuartel. Con un poco de suerte, Michael estaría allí. ¡Tenía que estar!

Michael estaba poniendo el

heno a los caballos. A Lizzie casi le fallaron las piernas de alivio.

—¡Michael, Michael, gracias a Dios que estás aquí! —Tuvo que contenerse para no arrojarle los brazos al cuello.

—¡Dulce ángel! —sonrió él—. Eh, ¿se está quemando una nube o es que te molesta tu pequeño cortejador? ¿Tengo que pegarme con él?

Michael parecía de buen humor y no del todo sobrio. No era sorprendente, cuando entre los presos corría algo de whisky

prohibido, él siempre tomaba un par de tragos. Michael incluso pasó el brazo por los hombros de Lizzie, que se había apoyado jadeando en un box para recuperar el resuello.

—Déjate de tonterías y escúchame con atención. —El miedo la hizo rechazarlo con más dureza de la que pretendía. Esperaba que no estuviera demasiado bebido y comprendiera el plan—. Michael, el domingo o el lunes por la noche zarpa un barco para Nueva Zelanda. Tendrás documentos y un billete para el

viaje... No, no preguntes ahora, no tengo tiempo. Pero has de conseguir como sea ir a Hobart. Me reuniré allí contigo.

—Battery Point, Mayfair Tavern —dijo Michael. Por fortuna había entendido a la primera—. Es un pub supuestamente fácil de encontrar.

Lizzie puso los ojos en blanco.

—Resumiendo, que ahí será donde los soldados busquen primero —se burló ella—. Pero bueno, al menos es una dirección. Pero ¡no entres! Quédate por los alrededores. O aún mejor: busca el

barco de Nueva Zelanda y te escondes por ahí en el muelle. Llegaré con un hombre. Nos sigues sin llamar la atención y en algún momento me reúno contigo y te doy los papeles.

—Pero ¿cómo vas tú...? —  
Todo era demasiado rápido para Michael.

—Todavía no lo sé, pero debemos intentarlo. Límitate a ir a Hobart. Y no cuentes nada a nadie. Ni a tus compañeros del *chain gang*.

—Pero ellos estarán... No

puedo... Se preguntarán...

—¡Que lo hagan! Es mejor que se queden con la incertidumbre a que te delaten. Michael, antes de que zarpe el barco tienes que esconderte durante tres días y además recorrer doscientos cuarenta kilómetros. ¡Es más fácil cuando nadie sabe dónde buscarte!

El joven caviló unos segundos y pareció evaluar a quién guardar fidelidad. Pero entonces se encogió de hombros.

—Poco importa. De todos modos me voy esta misma noche —

anunció.

Lizzie entornó los ojos.

—¿No crees que es mejor mañana, con el carro...?

—El carro llama mucho la atención, conozco algo mejor. Me llevaré un caballo. ¡Deséame suerte, Lizzie!

La joven ya iba a marcharse cuando él la besó. Primero en la frente, luego, deprisa, en la boca.

—¡Y mucha suerte también para ti!

Lizzie consiguió sonreír cuando esa noche Martin Smithers se metió

por última vez en su cama. Aguantó sus caricias soeces pensando en Michael.

Michael necesitó suerte. No solo para la huida, sino también para la marcha. Entre los animales que cuidaba había un joven y rebelde semental. Un caballo shire, elegante, marrón oscuro y calzado de blanco, de unos dos metros de alto. Un granjero de Launceston había hecho traer al animal desde Inglaterra y uno de los cocheros lo había recogido en Hobart. Ahora se encontraba en el establo de Michael

y esperaba una posibilidad para su posterior transporte, con lo que el caballero no tenía prisa. Una parte de los caballos de que disponía estaba formada por hembras y había pensado que el semental las cubriese antes de su marcha. Gratis, se entendía, pues no había planeado informar al granjero al respecto. Aparte de ello, casi todos los colonos de los alrededores que tenían yeguas o burras esperaban lo mismo. Pagaban una tarifa pequeña al caballero y el semental cumplía

con sus deberes.

Era evidente que el animal no entendía la suerte que había tenido. Con cada día que pasaba se volvía más rebelde y coceaba nervioso el box siempre que una yegua estaba en celo. Michael ya había tenido que reparar tres veces los tabiques. Que el semental se escapara un día resultaría totalmente verosímil. Y el caballo era fuerte. Podía correr sin esfuerzo hasta Hobart montado por Michael. Si es que alguna vez lo había montado alguien...

Michael no estaba nada seguro

de ello y el corazón le latía con fuerza cuando buscó para el ejemplar más alto del establo una silla adecuada. Mejor no, ¡seguramente echarían en falta la silla! Tragó saliva, pero decidió correr el riesgo de montar a pelo. Solo le puso una vieja cincha y la brida más discreta que había, una que ya no utilizaban, y le fue susurrando mientras lo sacaba.

Todavía faltaba la nota. En el establo había una pizarra en que los cocheros registraban sus viajes. Michael buscó la tiza y escribió en

todas las columnas:

«Se ha escapado el semental. Salgo a buscarlo en dirección oeste. Michael».

Eso tranquilizaría al caballero por un par de horas. Y lo ocuparía. Seguro que enviaba una cuadrilla en su búsqueda, ya que el semental era valioso. Mientras Michael cabalgaba hacia el este... o se rompía la crisma.

Necesitaba una piedra u otro apoyo para subir a lomos del gigante. Y no podía correr el riesgo de desviarse hacia un suelo blando.

En caso contrario, el caballerizo encontraría las huellas de los cascos, y las del enorme semental eran inconfundibles. Musitó una oración y pensó en Kathleen cuando pasó del pescante de su coche a la grupa de *Gideon*. El animal hizo unos esgarces, pero conservó la calma. Michael dio gracias al cielo. Luego lo puso en movimiento. *Gideon* dio los primeros pasos, proporcionando al jinete una pequeña muestra de lo que le aguardaba. Sin silla, los movimientos del potente caballo lo

iban a sacudir de tal manera que después le dolería todo. Pero en ese momento le daba igual. Ya se habían puesto en camino.

Lizzie se esforzó por ser agradable al subir al carro que la llevaría a Hobart con David Parsley. Lamentablemente, el joven tenía mal despertar. Lizzie esperó a que su acompañante se despertara del todo. Temblaba de emoción, pero consiguió lucir su cálida sonrisa cuando él por fin mostró cierto interés en ella. Al final

encontró un tema de conversación que a él le interesara: la construcción de carreteras.

Parsley no paraba de hablar. Lizzie ya no necesitaba intervenir, pero aun así se sentía agotada cuando Pete se detuvo por la noche en la encantadora pequeña pensión donde Lizzie había pasado la noche más agradable y reconfortante de su vida camino de la casa de los Smithers. Y todo ello sin ningún hombre a su lado, como pensaba con amargura. En realidad nunca había disfrutado en compañía de un

hombre. El olor a lavanda de la cama la atraía y David Parsley había empezado a hacerle un poco la corte, pero era preferible ser prudente...

—Nosotros dormiremos en la paja —indicó a Pete, el cochero. Este, al menos, no la tocaría.

Lizzie suspiró y fingió que le costaba despedirse de Parsley. Y para su fortuna, se produjo la magia. Su sonrisa iluminó el corazón del esquivo ingeniero y, aunque no le tocó una noche entre sábanas perfumadas, sí obtuvo al

menos una buena cena. Por primera vez en su vida, Lizzie bebió un vino bueno y quedó cautivada por el sabor afrutado de la nueva bebida. En Londres había probado alguna vez un licor dulce y empalagoso al que llamaban vino tinto, pero no tenía ni punto de comparación con la ligera acidez, el regusto de canela y pera con que el muscat blanco francés había hechizado su paladar. Habría podido quedarse una eternidad sentada a la mesa adornada con velas, sin importarle qué contase Parsley.

—No enciendas nada... —  
susurró Pete cuando después, alegre  
pero muerta de frío, se acondicionó  
un nido en la paja.

La observación del mozo la  
hizo volver a la sobriedad al  
instante. Hasta el momento, Ginnie  
y Pete habían tenido una opinión  
elevada de ella, pero en un par de  
días también ellos considerarían a  
Lizzie Owens una puta.

El día siguiente transcurrió  
igual que el primero, pero Parsley  
se mostró más locuaz y Lizzie

empezó a coquetear.

—¿Así que no tiene usted esposa, David Parsley? ¿No añora a veces unos brazos suaves cuando viaja por el mundo para construir carreteras en las colonias?

Parsley enrojeció y titubeó.

—No una... una... tan dulce como usted, señorita Lizzie... Es que aún no la he... encontrado.

Lizzie sonrió y se permitió soñar un poco. ¿Qué sucedería si él hablaba en serio? ¿Si realmente pudiese ganarse a ese hombre algo aburrido, pero de muy buen porte y

sin duda honrado? David Parsley tenía un cabello castaño y abundante, el rostro redondeado y unos cordiales ojos castaños. Podría formar una familia, incluso ver mundo si viajaba con él un par de años. Pero todo eso era ilusorio. Nunca convencería a Parsley de que se la llevara con él a Nueva Zelanda, y aún menos antes del indulto. Y para cuando él volviese, ella ya llevaría tiempo casada con Cecil. No, no había alternativa. Ser buena volvía a resultarle imposible. Al contrario: a su lista ya

inabarcable de pecados iba a añadir alguno más.

La segunda noche volvió a cenar con Parsley y esta vez no fue tan fácil eludir sus insinuaciones. David Parsley se había bebido la mayor parte de las dos botellas de vino que habían vaciado juntos y se balanceaba un poco cuando se puso en pie y la acompañó a la puerta.

—Venga, señorita Lizzie...  
Conmigo no pasará tanto frío como en la paja. Y... y si he entendido bien al señor Smithers, tampoco... tampoco es usted tan mojigata.

Lizzie se quedó helada. Conque esas teníamos. Ese joven que hasta entonces le había parecido tan ingenuo estaba al corriente de su deshonra. Smithers había fanfarroneado a su costa.

Tomó una profunda bocanada de aire. No debía ofenderse, tenía que interpretar un papel.

—Pero... pero no delante del cochero del señor Smithers, señor Parsley —susurró—. Sería... sería comprometedor, ¿no cree? Tal vez... tal vez mañana. ¿Cuándo zarpa su barco, señor Parsley?

## 12

Pete tenía el encargo de dejar a Lizzie el domingo por la noche en el Penal de Mujeres Cascades. Dormiría allí y por la mañana acudiría a la entrevista. Sin embargo, cuando al mediodía llegaron a Hobart, Parsley le tendió un billete de una libra al cochero. Una pequeña fortuna para un preso.

—¡Olvídate de la chica,

muchacho! —ordenó Parsley—. Mañana temprano zarpa mi barco y quiero pasar un buen rato hasta entonces. Me la llevo a mi hotel.

—Pero mi patrón me preguntará... —vaciló Pete—. Y se requiere su presencia en la prisión.

—Ya llegaré, Pete —lo tranquilizó Lizzie—. Pero un poco más tarde, por la noche. Llamaré virtuosamente a la puerta y les diré que se nos rompió un eje del carro.

—¡La acompañaré yo personalmente! —decidió Parsley, sonriendo.

Pete se encogió de hombros.

—Usted sabrá, señor. ¡Y tú! —

Lanzó a Lizzie una mirada desdeñosa y dirigió el carro a un establo de alquiler. Ahí encontraría un sitio donde dormir.

Lizzie suspiró. Y a continuación el último acto. Esperaba que Michael también hubiese conseguido llegar a Hobart.

—Y ahora busquemos una pensión acogedora, cielo... — susurró Parsley, cogiendo a Lizzie del brazo.

Ella le sonrió prometedora.

—¿Quizás en el puerto? —  
propuso—. Así mañana no estarás  
tan lejos. ¡Y a mí me gustaría ver el  
barco! ¿Sabes?, me encanta  
contemplar los barcos. Si yo fuera  
hombre... bueno, creo que habría  
sido navegante.

—¡Qué maravillosa visión, tú  
con uniforme de marino! —se burló  
él.

Lizzie se estremeció. ¿Es que a  
todos los hombres les gustaban los  
uniformes?

La embarcación era un moderno  
velero de tres mástiles y, por lo que

Lizzie llegaba a apreciar, parecía en buen estado para la navegación. Era más pequeño que el *Asia*, pero, a fin de cuentas, no iba a pasar tres meses en alta mar. Parsley le informó que para llegar a Nueva Zelanda se estimaban entre veinte y treinta días de viaje. El corazón de Lizzie latía con fuerza. ¡Ojalá ya estuvieran en el mar!

Y entonces descubrió a Michael. Estaba acuclillado en el muelle simulando pescar con una especie de caña. Un pobre diablo que, amparándose del viento tras un

carro cargado, intentaba pillar algo para cenar. Lizzie se esforzó por no volver a mirarlo. Pero él debía de haberla visto, pues empezó a tirar del sedal.

Lizzie cogió a Parsley del brazo con determinación.

—Vamos, tengo un poco de frío... Quizá deberíamos comprar una botella de whisky.

Lizzie rogó que Parsley estuviera de acuerdo. Ya se había percatado la noche anterior de que no aguantaba bien el alcohol. Si ya se mareaba con un poco de vino,

después de media botella de whisky se quedaría roque. Eso le ahorraría tener que golpearlo en la cabeza. Lo cierto es que no se veía capaz de esto último.

Él la estrechó contra sí.

—Por lo que veo, también te gusta el whisky, señorita Lizzie. Con lo modosita que parecías en casa de los Smithers... Vaya con vosotras las chicas...

El ingeniero soltó una risita, como si hubiese descubierto un secreto guardado desde los tiempos de Adán y Eva. Lizzie rio sin ganas.

Pero tenía que aguantar, no debía permitir que la afectaran sus palabras. Por suerte no se decidió por un hotel por horas, sino por una pensión cuya casera no pidió el certificado de matrimonio cuando él la presentó como su esposa, y puso a su disposición una habitación espaciosa y con sábanas limpias.

Lizzie rebajó su whisky con agua y a Parsley se lo sirvió puro. Estaba casi demasiado nerviosa para esperar a que él se emborrachase y pensaba seriamente

en darle en la cabeza con el atizador del fuego cuando, tras el primer coito, se quedó dormido. De todos modos, Anne Portland había matado a su propio marido con un atizador. Lizzie no podía correr tal riesgo. Su destino no era ser una buena persona, pero eso tampoco la convertía en una asesina. Así que sonrió de nuevo y despertó a Parsley dándole unas sacudidas.

—¡No te habrás cansado ya de mí, ¿verdad?! Vamos, bebe otro trago. Y luego, ¡hazme feliz una vez más!

Pocas veces había trabajado tan duramente en su despreciada profesión como esa noche, pero a las tres de la mañana —a las cinco había que embarcar y a las siete zarpaba el barco—, David Parsley ya había vaciado más de dos tercios de la botella de whisky. Dormía como un muerto... o... Espera, ¿por qué no se lo llevaba ya todo? Necesitarían equipaje. Llamaría la atención que emprendieran el viaje sin él. Conservando la sangre fría, Lizzie se guardó la bolsa de David en el

bolsillo y bajó con su maleta.

—Mi marido saldrá después —  
informó a la casera y se marchó  
antes de que pudiera hacerle alguna  
pregunta.

Esperaba que la mujer no  
corriera escaleras arriba para  
despertar a Parsley. Pero era poco  
probable. Mientras el hombre  
estuviese en su hotel, podía esperar  
el pago de la factura. Y lo que la  
«señora Parsley» hiciera por la  
noche con su maleta, a la mujer le  
daba igual.

En cuanto Lizzie salió, Michael

surgió de un rincón.

—¡Por fin! ¡Pensaba que nunca acabarías! ¿Quién era ese tipo? ¿Y qué... qué has hecho?

Lizzie le tendió el documento de identidad de su víctima.

—Era David Parsley. Y ahora lo eres tú. No necesitas saber más.

Avanzaron lo más discretamente posible, como una inofensiva pareja de noctámbulos. Michael llevaba la maleta de Parsley al hombro. Olía a caballo.

—Demonios, no podía separarme del caballo —dijo,

contándole su aventura con *Gideon*. El semental le había conducido dócil y sin dar muestras de cansancio por la carretera que llevaba a Hobart. Michael no se había desviado por caminos laterales hasta la segunda noche y describió vivamente los animales exóticos que había visto—. Te juro que uno era uno de esos demonios de Tasmania...

Se trataba de un animal negro, de aspecto feroz y provisto de unos afilados dientes, que sin embargo no se atrevió a enfrentarse con el

enorme *Gideon*. Durante el día, el joven había dormido a la sombra del enorme semental y le agradecía haber salido ileso. Lizzie, sin embargo, creía haber oído que lo realmente peligroso en la Tierra de Van Diemen eran las serpientes y los insectos, no los escasos y bonitos marsupiales; pero no hizo comentarios. Por lo visto, a Michael le había resultado difícil deshacerse del caballo.

—Habría obtenido una bonita suma, si hubiese vendido el semental —se lamentó—. Pero

habría levantado sospechas...

—Ha sido muy prudente por tu parte —lo elogió Lizzie—. ¿Qué has hecho con él?

—Lo he dejado marchar —respondió Michael—. Aparecerá en algún lugar, posiblemente cubriendo a alguna complaciente yegua. Quien lo encuentre decidirá si se lo queda porque lo encontró o si busca al propietario.

Lizzie sonrió.

—Este es el barco —dijo cuando llegaron al muelle—. El *Elizabeth Campbell*. Y aquí están

los billetes de embarque. —Tendió a Michael un par de documentos más—. Hay dinero suficiente en la bolsa, puedes...

—¡Lizzie, no sé cómo darte las gracias! —Michael cogió las cosas y miró con avidez hacia la pasarela—. Lo que has hecho por mí... pero, dime, ¿no es peligroso para ti? Si ese tipo se despierta...

Lizzie se lo quedó mirando sin entender.

—¿Que si es peligroso para mí? —preguntó incrédula—. Michael, ¡ese tipo es el más estrecho

colaborador de los Smithers! Y claro que se despertará, nadie se muere por beberse una botella de whisky...

—Pero entonces... entonces te denunciará... —Michael la miró preocupado.

Lizzie puso los ojos en blanco.

—Michael, para cuando se despierte, nosotros ya hará tiempo que nos habremos marchado.

—¿Nosotros? ¿Quieres venir?

—¿Pues qué te habías pensado?

—Lizzie estaba demasiado perpleja para sentirse herida—. ¿Que iba a

ayudarte a escapar y luego volvería obedientemente con mi... cómo lo llamas... con mi leprechaun? ¿A casarme con él?

—Pero ¿qué vamos a hacer? —

Michael, nervioso, cambiaba la maleta de una mano a otra.

La cólera iba apoderándose de Lizzie.

—¡Muy sencillo! —le contestó—. Ahora vas al capitán o al encargado y reservas un pasaje para la dulce Elizabeth Parsley, tu amada esposa. Funcionará, descuida. Dormiremos en el mismo

camarote.

—Pero ¡se darán cuenta! —  
objetó Michael—. ¿Cómo es que de  
repente David Parsley tiene  
esposa?

Lizzie se obligó a conservar la  
calma.

—Michael, el patrón no conoce  
a Parsley. Este puede llevar diez  
años casado o haber encontrado  
esta noche el amor de su vida. El  
capitán no lo sabe y le da igual.  
Solo se alegrará de que le pagues.  
Así que ve ahora y dile que de  
repente has decidido llevar a tu

mujer.

—No sé...

Michael luchaba consigo mismo. Por una parte agradecía a Lizzie que le brindase la oportunidad de huir, pero todo le resultaba bastante deshonesto. No era de su agrado robar a personas honradas como David Parsley de la forma que, por lo visto, había hecho Lizzie. Robar un barco de la Corona, como había planeado con Connor y los otros, le habría complacido más, aunque fuera más arriesgado. Pero ahora no podía

echarse atrás. Sería un suicidio buscar a Parsley y devolverle los documentos robados. Sin embargo, tampoco tenía ganas de empezar su nueva vida en libertad en Nueva Zelanda llevando como carga a una ladrona... y además puta.

—¡Vale! —exclamó Lizzie con resolución, y con un rápido gesto arrancó al perplejo Michael la bolsa con el dinero de Parsley—. O vas conmigo o no vas. Decide.

Lizzie balanceó provocadora el dinero sobre la pared del muelle y Michael se sobresaltó. Si ahora

decía algo erróneo —o si la asustaba con un movimiento torpe — todo estaría perdido. Así que aceptó su suerte.

—Está bien. Se lo diré al capitán... le explicaré que...

Lizzie suspiró.

—No le expliques nada —dijo resignada—. A mí ya se me ocurrirá una buena razón.

—Espero que todavía quede un sitio libre en el barco —dijo Lizzie con una caída de ojos que debía resultar recatada. Pero para el

espíritu sobreexcitado de Michael, hasta la mínima mueca tenía un matiz ofensivo—. Imagínese, mi marido me deja ahora que viaje con él. ¡Está muy preocupado por... por nosotros! —Lizzie se pasó la mano fugazmente por el vientre plano y consiguió incluso enrojecer ligeramente. Su sonrisa era conmovedora.

El capitán sonrió.

—Pues claro que sí, milady. Y no se preocupe, en el *Elizabeth Campbell* no correrá usted el menor peligro. Por un pequeño

suplemento, tenemos incluso un camarote sumamente confortable...

—¡Eso sería maravilloso! — resplandeció Lizzie—. Oh, ¿lo has oído, cariño? El barco se llama *Elizabeth*. ¡Como yo!

Michael asintió haciendo rechinar los dientes. El «pequeño suplemento» se comió casi todo el capital que tenían para empezar en el nuevo país, pero el camarote era lujoso de verdad. Lizzie admiró las camas de sábanas blancas, la jofaina y la jarra de porcelana y el enorme espejo. Examinó su imagen

y suspiró aliviada.

No, nadie podía saber lo que había hecho esa noche. Tenía un aspecto sumiso y algo soso con el vestido gris que había heredado de la señora Smithers. Se cubría la cabeza con una capota a juego, no tan elegante como el sombrerito adornado con flores que había llevado en Londres, pero apropiado para una dama.

—Me gustaría lavarme —  
anunció algo pudorosa a Michael  
—. Podrías...

Él salió del camarote. Lizzie se

preguntó si le guardaría rencor. ¡No podía tomarse realmente a mal que ella hubiese robado a David Parsley, dadas las circunstancias...! Lizzie se ruborizó un poco. ¿Por qué era en realidad peor simular amor que robar barcos y destilar whisky?

Mientras ella se sentía segura en su camarote, Michael paseaba nervioso por la cubierta del barco. Debería haber investigado más a fondo qué le había sucedido a Parsley. ¿Se había contentado Lizzie con emborracharlo y nada

más? ¿Qué pasaría si se despertaba antes de tiempo? No podía ser que los pillaran ahora... ¡se moriría de vergüenza por haber sacado provecho de las artimañas de Lizzie! ¡Sería el intento de fuga más penoso desde que a un presidiario se le había ocurrido escapar de Hobart vestido de canguro y brincando!

Pero los temores de Michael no se confirmaron. El *Elizabeth Campbell* levó anclas puntualmente, a las siete, y el patrón lo dirigió con tiento fuera

del puerto natural de Hobart hacia alta mar. El corazón de Michael palpitó de expectación cuando, pasado un breve tiempo, dejó de ver tierra. ¿Cómo se habría sentido si ahora fuese con Dylan, Will y Connor en un velero robado? ¡Veinte días! Fue cuando Lizzie le señaló la duración aproximada del viaje, que tomó conciencia de qué tipo de aventura iba a emprender. Tenía que admitir que Lizzie había tenido razón. Esa era la única posibilidad de huir a Nueva Zelanda sin poner su vida en

peligro. Tal comprensión lo tranquilizó un poco.

Dispuesto a pedir disculpas, se dirigió a su lujoso camarote. Lizzie se hallaba sentada junto al ojo de buey, por el que penetraba la luz y se despedía indiferente de la tierra extraña donde había vivido un año sin haberla conocido realmente.

—Y pensar que nunca vi ningún diablo de Tasmania... —Sonrió al volverse hacia Michael.

Al parecer no estaba molesta con él. Y su sonrisa era encantadora. Tan tierna y cálida que

transformaba su rostro corriente bajo un cabello rubio oscuro. Además se había lavado. La piel le brillaba y sobre sus labios había un velo de humedad.

De repente, Michael tomó conciencia de que llevaba mucho tiempo sin tener a una mujer entre sus brazos. Le devolvió la sonrisa.

—Podría ofrecerte un diablo de Irlanda... —dijo, lanzándole una indirecta y acercándose a ella.

Lizzie retrocedió nerviosa. Claro que solo lo hacía a cambio de dinero, pero tal vez... Siempre

había sentido algo especial por aquel joven.

—Lizzie, no tengo nada para darte —su voz tenía un deje suplicante—, pero yo... Mira... estaremos aquí viviendo más de dos semanas. Nos acostaremos juntos como marido y mujer...

—O hermano y hermana —observó Lizzie divertida. Había valido la pena tener paciencia. Al principio él no había comprendido, pero ahora... ahora por fin parecía dispuesto a sincerarse con ella.

—¡Lizzie! ¡Ten piedad! ¡No lo

soportaré! Soy un hombre. Hace mucho que no estoy con una mujer. Puedes imaginártelo... ¡Por favor, comparte cama conmigo!

Ya lo había soltado. La miró suplicante, sus ojos ya no brillaban, sino que ardían.

Ella sonrió. Luego permitió que la abrazara.

Michael no la poseyó de prisa y con brutalidad como los demás hombres. Puede que estuviera apremiado, pero había aprendido el arte del amor en el burdel de madame Daisy en Wicklow, y si las

damas del lugar lo hacían sin cobrar, también quería disfrutar. Daisy, personalmente, había iniciado al guapo adolescente de cabello oscuro, y él había disfrutado de cada minuto pasado con aquella mujer madura. Luego había hecho feliz a Kathleen con su amor lento y tierno, y ahora tampoco decepcionaría a Lizzie.

La muchacha, que asociaba el acto del amor al dolor y, en el mejor de los casos, la indiferencia, había estado convencida de que nunca llegaría a gozar. Los hombres

lo necesitaban, las mujeres disfrutaban de palabras amables y besos tiernos y, sobre todo, de la esperanza de que el hombre les ofreciera un hogar y las protegiera. No importaba lo que pensase la señora Smithers o las otras. Para Lizzie el placer había sido, hasta entonces, algo desconocido.

Pero ese primer día en el barco, rumbo a Nueva Zelanda, Michael pulsó unas cuerdas que ella nunca hubiese sospechado que existían en su interior. La acarició y la besó en puntos que sus clientes ni siquiera

conocían y la penetró, despacio y con cuidado, como si poseyera a una virgen temerosa. En un momento dado, se olvidó de todo lo que la rodeaba, ardía, no sabía dónde terminaba su cuerpo y empezaba el de él. Al final estalló en una cascada de luz y satisfacción, se irguió debajo de él, hincó de gozo las uñas en la espalda de Michael y hundió el rostro en el cuello de él y contra su fuerte pectoral.

—Michael... —susurró—. Oh, Michael...

Él se desplomó encima de ella. Frotó el rostro contra su pecho, inspiró su olor...

—Kathleen... —musitó.

Lizzie tuvo la sensación de que algo en ella moría. Permaneció tendida en calma, no lo molestó, intentó con la mejor voluntad retener la magia. Michael recuperó el aliento. Se irguió junto a ella y le acarició juguetón los pechos y el vientre.

—¡Ha sido maravilloso! —dijo con dulzura—. Nunca podré agradecértelo. Lizzie, eres... ¡eres

tan buena persona!

Ella no pronunció palabra. Por primera vez en su vida, esa noche durmió con el hombre al que amaba. Pero lloró mientras dormía.

# FORTALEZA

NELSON, KAIKOURA, LLANURAS DE  
CANTERBURY

1850-1858

# 1

Lizzie y Michael pasaron veintidós días ajenos a toda preocupación en el *Elizabeth Campbell*. Por las noches compartían la cama en el cómodo camarote y durante el día los trataban como un matrimonio normal. En el pequeño barco solo iban unos pocos pasajeros, lo que inquietaba a Michael.

—Cuando nos busquen, todos se acordarán muy bien de nosotros —señaló preocupado—. ¡Tenemos que marcharnos enseguida de la ciudad donde atraquemos... cómo se llama...! ¿Nelson?

—No empezarán a investigar tan pronto —respondió más relajada Lizzie—. Y en cuanto a nuestra descripción, tampoco nos cubrimos los rostros en la Tierra de Van Diemen. Pero ¿quién querrá buscarnos? Por supuesto, las autoridades australianas informarán a la policía de Nueva Zelanda, si es

que hay. Pero eso no sucederá de la noche a la mañana. ¿Y no creerás que el gobierno de Nueva Zelanda vaya a concentrarse en encontrar a dos fugitivos entre miles de colonos libres? Yo creo que podemos echar tranquilamente un vistazo a la ciudad.

Lizzie fingía no estar asustada, pero, en realidad, la idea de llegar a Nelson cada día le desagradaba más, no tanto por el peligro de que los descubriesen y encarcelasen, sino a que concluyera su vida en pareja con Michael. No sabía qué

tenía planeado hacer él, pero intuía que ella no entraba en sus planes.

Fuera como fuese, su primera visión de la bahía de Nelson, una colonia joven, pero ya casi urbana en el extremo septentrional de la Isla Sur, reveló la belleza arrebatadora de su nuevo hogar. Cuando el barco entró en el puerto natural, la brillante luz del sol bañaba la población. Se veían playas, colinas verdes y gráciles casitas de madera. Al fondo se distinguían las montañas.

—¡Y palmeras! —exclamó

maravillada Lizzie cuando el barco se acercó al muelle—. Michael, ¿habías visto antes una palmera? ¡Aquí ha de hacer calor! ¡Ay, me gusta, Michael! Quizá deberíamos establecernos aquí. —Llevada por el entusiasmo, la joven se estrechó contra el hombre.

Pero Michael la apartó.

—¿Quedarnos aquí? ¿Estás loca, Lizzie? No venimos como colonos, somos...

—¿Qué somos, entonces? — Lizzie respiró hondo. No tenía ganas de plantearse preguntas

complicadas, pero había llegado el momento. Aunque doliera, tenía que saber qué la aguardaba—. Claro que podemos marcharnos de esta ciudad, pero ¡no creas que podemos escapar de la isla!

Michael soltó una risita forzada. Apartó la vista de Nelson y miró casi nostálgico el mar.

—¡Claro que lo creo! —respondió con firme convencimiento—. Me quedaré aquí para ganar dinero suficiente para un pasaje de barco. Y luego, ¡adiós, Nueva Zelanda! ¡La patria

me llama!

Lizzie tuvo que aferrarse a la borda para contener el impulso de zarandear a Michael.

—¿Quieres volver a Irlanda? ¡No lo dirás en serio! Allí te apresarán en cuanto desembarques y te enviarán en el siguiente barco de vuelta a la Tierra de Van Diemen.

El joven sacudió la cabeza.

—¡Qué va! En Irlanda tengo amigos que me ocultarán. Y tampoco será por mucho tiempo. Recogeré a Kathleen y el bebé...

Lizzie tragó saliva.

—Michael, el bebé, como lo llamas, ya tendrá dos o tres años. Y durante todo este tiempo no has sabido nada de Kathleen. Ignoras dónde está. Si tal vez se ha casado...

—¿Mary Kathleen? ¿Mi Mary Kathleen? —Michael reaccionó con enfado—. ¡Le dije que volvería! Le juré que volvería y ella me cree. Kathleen me espera. ¡Seguro! —Se mesó el espeso y oscuro cabello revuelto por el viento.

—¿Y dónde te espera? —

preguntó Lizzie burlona. Dios santo, iban a separarse enfadados, pero tenía que hacer sentar la cabeza a ese hombre—. ¿En vuestro pueblo? ¿Crees que sus padres estarán encantados de mantenerla? ¿A ella y su hijo bastardo?

—Bueno... a lo mejor no está en el pueblo... —farfulló Michael—. A lo mejor vive en una ciudad más grande. En Dublín... o... —Su semblante se iluminó—. A lo mejor hasta se ha ido del país. Yo le dejé dinero para marcharse a América. Tal vez está allí.

—Y cada día baja a la playa a ver si te encuentra —se burló Lizzie—. No sé nada de América, Michael, pero envían muchos barcos desde Londres. Cada semana más o menos sale uno, por lo general lleno de gente. Así pues, es probable que sea un país grande. ¿Cómo vas a encontrarla allí? ¿Y de qué ha de vivir con un niño? ¡Por todos los cielos, Michael, para una muchacha nada es fácil!

Él se removió.

—¿Qué quieres decir? ¿Que a lo mejor Mary Kathleen se ha

envilecido? ¿Que a lo mejor... se ha convertido en una mujer como tú?

Todo el desdén de Michael por las fulanas se reflejó en sus palabras. Lizzie se volvió, pero la cólera la invadió y le plantó cara.

—¡Claro que no! ¡Es totalmente imposible! —dijo sardónica—. Mary Kathleen es demasiado santa para abrirse de piernas por un mendrugo de pan. Seguro que preferiría morir. ¡A lo mejor hasta ya se ha tirado al agua con su bastardo y su deshonra! A veces esa

es la única elección que tiene una chica, Michael. Prostituirse o morir. Siento haber sido hasta ahora demasiado cobarde para esto último. Aunque ambas opciones se castigan del mismo modo: puta o suicida, Dios las envía a las dos al infierno. Solo Michael Drury ve una diferencia. ¿Cómo puedes vivir sabiendo que el dinero que he ganado como puta ha comprado tu libertad? —remachó.

Y se alejó de él. No tardó en recoger sus escasas posesiones del camarote. Michael había sacado

buen provecho de la bolsa de viaje de David Parsley, Lizzie le había arreglado durante el viaje algunas prendas, en especial había tenido que alargar los pantalones. Ella, por el contrario, volvía a empezar con un solo vestido y un anticuado sombrero. Reflexionó unos minutos y jugueteó con la bolsa de dinero de David Parsley, que habían escondido bajo el colchón. No quedaba mucho, solo diez chelines, pero la mitad le pertenecía a ella. ¿La mitad? ¡Y un cuerno! Cogió con rebeldía todo el dinero, hasta el

último penique. Se lo había trabajado. Y Michael que se aguantase. Maldita sea, si hubiese tenido que pagar por cada noche que ella le había regalado en ese viaje...

Se puso el sombrerito y descendió por la rampa al muelle del pequeño y recogido puerto. Tenía que olvidarse de Michael, había llegado el momento de empezar de nuevo. En algún lugar de ese hermoso país donde el aire parecía más límpido de lo que había creído posible debía haber,

seguro, un lugar para ella. Se buscaría un empleo y a lo mejor ahí sí funcionaría lo de vivir según los preceptos divinos.

Recorrió las calles nuevas y limpias de Nelson y sintió que su rabia se desvanecía. Esperaba hacer sitio al valor y el optimismo, pero de hecho solo la invadió una tristeza infinita. No importaba cómo la había tratado Michael, ella lo amaba. Y a partir de ahora era posible que no lo viera nunca más.

Michael estaba agitado cuando,

poco después, también desembarcó. Por una parte estaba enfadado —ya se había percatado de la ausencia del dinero—; por la otra, desconcertado. Todavía tenía presente la pelea con Lizzie. A fin de cuentas, todo lo que había dicho sobre Kathleen no carecía de fundamento. Claro que Kathleen nunca se humillaría tanto como para prostituirse o robar. Y seguro que estaría esperándole. Pero realmente sería complicado encontrarla.

Ese asunto no le abandonaba mientras avanzaba por las calles de

Nelson con otros problemas más urgentes que resolver. Por ejemplo, ¿dónde iba a ganar dinero suficiente para pagar su próxima comida? ¿Qué iba a hacer? Pero todo ello palidecía ante la pregunta de dónde estaría Kathleen y cómo podría averiguarlo.

Solo tras largas cavilaciones, y como si se le cayera una venda de los ojos, se le ocurrió la solución: ¡el padre O'Brien! El sacerdote seguro que sabía dónde estaba la joven. Bastaría con escribirle y preguntárselo. Pero antes

necesitaba una dirección a la que el clérigo pudiese dar respuesta.

Suspiró y consiguió mirar alrededor con la mente despejada. Maldita sea, Nelson tenía el puerto más limpio y aseado que había visto en su vida. Todo parecía sólido y al alcance de la vista. Y era un puerto. Michael Drury o, mejor dicho, Parsley no podía ser el único hombre que llegaba a ese lugar sin dinero ni futuro. Entró decidido en un pub cercano, esbozó una sonrisa afable y paseó la vista por el tabernero tras la barra y los

parroquianos.

—¡El Señor sea con vosotros, amigos! ¿Hay algo aquí que pueda hacer para ganarme una cerveza? Acabo de llegar de Australia y mi chica me ha birlado el dinero...

El tabernero estalló en una carcajada y uno de los parroquianos le hizo sitio a su lado. Indicó que le sirvieran una copa. Un par de horas más tarde Michael dormía su primera borrachera en ese nuevo país en el patio del pub. Al día siguiente se puso en camino hacia su nuevo puesto de trabajo.

—¡Ve al sur, hacia Kaikoura! —  
le había aconsejado uno de los  
hombres—. Estación ballenera  
Waiopuka. Allí siempre tienen algo  
para el hombre adecuado, y nadie  
pide papeles...

—Pero yo no soy marinero —  
objetó Michael.

El otro se encogió de hombros.

—No pasa nada —respondió  
—. ¡Arrastran a tierra esos  
animales monstruosos!

Lizzie vagó por la retícula de  
calles de Nelson embriagada por la

libertad recuperada. Había odiado su vida en Londres, pero de vez en cuando había tenido breves momentos estelares: recordaba los días soleados en que el cielo —o mejor dicho un cliente amable— le había regalado un par de chelines y ella no había tenido nada más que hacer que pasear por las calles del mercado, admirando coloridos escaparates y probándose sombreritos, mientras el mundo sonreía a la alegre e ingenua jovencita que ella soñaba ser.

Cuánto había añorado aquella

sensación. En la Tierra de Van Diemen todo el mundo sabía quién era y nunca había tenido más de un penique. Todavía más rica se sintió cuando entró en una acogedora casa de té pintada de blanco con terraza. Lizzie se sentó, sonrió a la camarera y pidió un té con *muffins*. Se sentía tan bien y tan cómoda que tuvo ganas de pedir trabajo. Pero en cuanto a esto, Michael tenía razón. Era una locura quedarse en Nelson. Y un trabajo en una casa de té en la que podía acabar entrando David Parsley en cuanto volviera a

encontrar el modo de llegar a Nueva Zelanda...

Casi se le escapó una risita. ¡Si seguía un par de horas más en ese estado de despreocupación pronto consideraría su vida como una agradable aventura! Pero no lo era. Lizzie se obligó a pensar seriamente. Pronto se le acabaría el dinero, tenía que pasar a la acción.

—Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta? —se dirigió con una sonrisa tímida a la camarera—. Busco a un primo de mi pueblo de Inglaterra. Vino aquí dos años atrás

y nos escribió... pero he olvidado su dirección. Un sitio cerca de Nelson, eso lo sé seguro. No directamente en la ciudad. ¿Hay otras colonias en los alrededores?

La joven se encogió de hombros.

—A Nelson vienen colonos desde hace diez años. Y aquí se quedan muy pocos, por desgracia no hay mucho que ganar. Se diseminan por los alrededores, en pueblos y granjas. La localidad más grande después de Nelson es Sarau. Pero allí casi todos son alemanes.

—¿Alemanes? —se sorprendió Lizzie, pero la nacionalidad de sus futuros conciudadanos no le importaba. Ahora tenía que improvisar—. Sí... ¡mi primo mencionó algo sobre alemanes! Y «Sarau»... ¡sí, ese podría ser el sitio! ¿Cómo puedo llegar hasta allí?

—Ese caballero viene de la zona. —Señaló a un hombre alto y grueso, de cabello castaño y espeso y un ancho rostro curtido por la intemperie. Estaba sentado en un rincón del local y comía

circunspecto un plato de pastel de carne y boniatos. Bebía un café—. Pregúntele si conoce a su primo. A lo mejor puede llevarla. Es amable. Siempre viene aquí cuando tiene cosas que solventar en la ciudad.

Lizzie se mordisqueó el labio.

—Pero no puedo ir simplemente allí y sentarme con él. ¿Qué pensaría de mí?

La camarera sonrió.

—Yo hablaré con él —se ofreció.

Poco después, Lizzie saludaba educadamente a Otto Laderer,

granjero de Sarau.

—No conozco ningún Owens —dijo en un inglés algo elemental y áspero—. Hay ingleses en la zona. Pero se quedan juntos, como nosotros. Puede que tu primo esté allí. Puedes venir conmigo y buscar si quieres.

Lizzie le dio las gracias, esperó a que terminara de comer y luego subió en el pesado carro tirado por dos fuertes caballos. Laderer había llevado madera a Nelson, comprado herramientas y algunas cosas como café y té, telas y

artículos de ferretería. No mucho, de todos modos.

—Nosotros tenemos una granja con vacas lecheras, cerdos, pollos. Se alimentan solos en los campos —explicó Laderer cuando Lizzie le preguntó al respecto.

La joven se alegró. Nunca había estado en el campo y la perspectiva de alimentarse con los productos de un huerto propio le parecía paradisiaca.

—¿Es bonito Sarau? —preguntó—. Bueno, en realidad... en realidad he venido para casarme

con mi primo. —Lizzie se entusiasmó con su historia, que iba desplegándose por sí sola—. Pero ¿y si no lo encuentro? Y además... tampoco me entusiasma casarme con alguien que no he visto en diez años...

El robusto alemán le lanzó una breve mirada de reojo.

—Todo irá bien —refunfuñó.

Lizzie le obsequió con su dulce sonrisa.

—Puede ser. Bien. Pero si no pasa... ¿cree usted que podría encontrar trabajo en Sarau? Soy

doncella. ¡He trabajado con familias de alta alcurnia!

—Ninguna gente de alta alcurnia en Sarau —respondió el agricultor—. Pero trabajo, sí. Mucho. Si quieres, yo te contrato como criada. Comida y ropa, una libra a la semana. Pero trabajo duro.

Lizzie asintió.

—¡Estoy acostumbrada! —dijo. También en Campbell Town había trabajado desde la salida hasta la puesta de sol.

El campesino le dirigió otra

mirada de reojo, esta estimativa. Sus ojos claros se deslizaron por la silueta menuda, los hombros y las caderas estrechos. Lizzie estaba acostumbrada a que la mirasen así, pero en los ojos de Laderer no había lascivia.

—Ya veremos —dijo él tranquilo y chasqueó a los caballos.

Avanzaban entre bosques claros, tras los cuales se percibía el majestuoso panorama de las montañas. Lizzie miraba con confianza al futuro.

Kaikoura se hallaba a más de ciento sesenta kilómetros de Nelson, pero el compañero de copas de Michael le ofreció la posibilidad de viajar con él. El hombre navegaba en un barco que llevaba aceite y barba de ballena a Europa. Había recogido algo de género en la costa occidental, pero la mayor parte tenía que cargarla en Kaikoura.

—¿No puedo ir con usted directo a Inglaterra? —preguntó Michael, que apenas daba crédito a su buena suerte—. Seré útil, seguro.

Sin embargo, la reducida tripulación del velero no necesitaba de ningún refuerzo y el capitán tampoco tenía muchas ganas de instruir a un «campesino». Apenas si accedió a llevar a Michael y dejó claro que no iba a tener pasaje gratis.

—Ah, el viejo Fyfe te lo pagará —le consoló su amigo del pub—. Un tipo alto y fuerte como tú, seguro que le resultas muy útil. Claro que tendrás que devolvérselo con trabajo. Pero ¡cada cosa a su tiempo!

Robert Fyfe era el fundador y explotador de la estación ballenera y parecía ansioso por encontrar trabajadores. El capitán llegó a un acuerdo, aunque no parecía un hombre que confiara mucho en sus semejantes. Michael volvió a embarcar y dejó atrás Nelson —y a Lizzie Owens— sin el menor pesar.

Kaikoura se reveló como una península idílica que separaba dos bahías de playas en parte arenosas y en parte de piedras. En una de ellas se encontraba la estación ballenera Waiopuka, dominada por

una casa imponente, la de su fundador.

—Construida sobre cimientos de huesos de ballena —explicó el compañero de copas de Michael—. Aquí apenas hay madera...

En efecto, como Michael pronto descubriría, hasta las cruces de las tumbas de los hombres muertos en Kaikoura eran de huesos de ballena. Por lo visto, aquellos imponentes animales marinos se aprovechaban de muchas maneras y su pesca debía de ser muy lucrativa. Robert Fyfe, un hombre

nervudo, con la piel curtida por el viento y las inclemencias y un cabello rojizo y ralo, tendió gustoso el dinero a Michael para que pagara el viaje.

—Allí arriba puedes construir una cabaña —informó a su nuevo trabajador, mostrándole un mísero asentamiento por encima de su casa.

Las cabañas de los balleneros eran de corteza de árbol y tallos de helecho. Las puertas y ventanas estaban cubiertas de toldos y arpilleras que resguardaban del

viento y la lluvia. El vecino de Michael, Chuck Eagle, enseguida lo invitó a su alojamiento, que no disponía de más muebles que una especie de catre, una mesa basta y una silla de huesos de ballena. Olía fatal, al parecer no habían hervido los huesos lo suficiente. ¿O el olor procedía del mismo Eagle y sus ropas apestosas?

—Ya te acostumbrarás —dijo Chuck de buen humor cuando vio que Michael arrugaba la nariz. Le tendió una botella de whisky y su invitado bebió un buen trago—. Los

animales apestan, en especial cuando no podemos llevarlos inmediatamente a tierra. Intentamos retenerlos agarrados, pero a veces los arpones se sueltan y el cadáver se hunde. No es nada malo, solo se hincha con los gases y en un par de días sale a la superficie. Pero apesta.

—¿Retenerlos con la caña? — preguntó Michael—. ¿Pescáis a estos enormes peces con caña y anzuelo?

De momento no había visto ninguna ballena, ni siquiera desde

el barco. Pero los imponentes restos del esqueleto que se encontraban en la playa le habían dado una idea de con qué podía tropezar en ese lugar.

Chuck soltó una sonora carcajada.

—¡Qué va, el cebo necesario sería un engorro! ¡Un cachalote es capaz de tragarse un tiburón entero! De verdad, esos animales se comen peces de veinte varas de largo. ¡De un solo bocado! Además, no son peces, según dicen. Dan de mamar a sus crías como las vacas.

Nosotros los matamos con arpones.

Al parecer, Michael iba a presenciar la pesca al día siguiente. Había tenido suerte, según Chuck.

—Antes, cada semana nos caía una en la red, pero ahora se han vuelto más prudentes. O la zona se ha despoblado debido al exceso de pesca, a saber. A veces pasamos semanas sin apenas pescar y entonces tampoco ganamos mucho.

Los sueldos estaban escalonados. Quien ganaba más era el arponero, que tenía que lanzar su potente arma lo más acertadamente

posible a la ballena para debilitarla con el primer disparo. Los anzuelos tenían que afianzarse bien en la piel. Si se soltaban, la presa solía escapar. La ballena se sumergía y sobrevivía herida o moría en otro lugar. Recorrían distancias increíbles y era impensable encontrar el cadáver.

Si el disparo era certero, entonces la ballena había «mordido el anzuelo». El arpón la retenía mediante un largo cabo unido al bote. La arrastraba en una lucha a muerte que justificaba el elevado

salario que se pagaba a los seis remeros y el timonel del bote ballenero. Tales embarcaciones se volcaban con frecuencia y sus ocupantes morían en el mar. Los remeros y arponeros más diestros y valientes de la estación de Fyfe eran unos hombres extraordinariamente fuertes, de piel bronceada y largo cabello oscuro y liso que solían llevar recogido en una especie de moño. Sus rostros cubiertos de tatuajes azules inspiraban miedo.

—Maoríes —explicó Chuck

Eagle—. Colonizaron Nueva Zelanda un par de siglos antes que los blancos.

Michael estaba sorprendido. Puesto que en la Tierra de Van Diemen hacía tiempo que no había «salvajes», no había esperado encontrar indígenas en Nueva Zelanda. No obstante, los maoríes de la estación ballenera no tenían mucho de salvajes, sino que eran muy tratables cuando uno se acostumbraba a la visión de las marcas tribales de sus caras. Llevaban la misma ropa de trabajo

que los cazadores blancos: camisas y pantalones holgados de lino y sombreros de ala ancha. También se comunicaban en un inglés precario pero comprensible. Se reían de las mismas bromas que los blancos o al menos lo fingían, como si entendiesen las invectivas, y tampoco rehusaban cuando los invitaban a un trago de whisky. De todos modos, no vivían en las cabañas improvisadas de la estación, sino que por las tardes volvían a su poblado. No una aldeúcha, como Michael había

supuesto al principio, sino un asentamiento cercado, compuesto por casas de madera provistas de complicados adornos tallados.

—Pero todos duermen en la misma estancia —contó Eagle al desconcertado Michael—. ¡Incluso las chicas!

Las muchachas maoríes no eran especialmente hermosas para los cánones de belleza europeos. Eran de complexión achaparrada como los hombres y con frecuencia pechugonas, incluso en la juventud. También les tatuaban el rostro, algo

que al principio desagradó a Michael. Aun así, eran amables y, sobre todo, sumamente desenfadadas. No era solo el hecho de que cuando el tiempo era bueno rechazaban cubrirse el torso y andaban por el pueblo o bailaban con los pechos balanceándose, sino que también dormían con cualquier hombre que les gustase. Por lo visto, nadie controlaba si una muchacha salía por la noche del dormitorio.

—¡Y lo hacen gratis! — exclamó un risueño Eagle—.

Naturalmente, se alegran de que les regales una tontería. ¡Gente de costumbres extrañas, pero muy agradable!

Al principio Michael no pensaba en chicas. Después de haber descuartizado por primera vez a una ballena no le apetecía la vida social, sino mucha agua y jabón. Y una botella de whisky para olvidarse de todo. Todavía no podía salir en el bote.

—Primero hay que ver si sabes remar —le dijo Fyfe.

Michael, que estaba ansioso por

que le aumentarán el sueldo, no confesó que nunca lo había hecho. A fin de cuentas, no parecía difícil y, tras tanto tiempo de trabajos forzados con cadenas, seguro que lo conseguiría sin esfuerzo.

No obstante, Fyfe pareció leerle en la cara que estaba mintiendo.

—Primero observa y ayuda a despiezar la ballena. Luego ya veremos —le dijo.

Michael observaba desde la orilla cómo la ballena arrastraba tras de sí el bote del arponero hasta quedar exhausta. A continuación, el

timonel le lanzaba una lanza para  
herirla de modo que solo se  
hundiera un poco o se mantuviera  
en la superficie. La barca  
arrastraba entonces la ballena a  
tierra y los hombres comenzaban a  
destriparla.

—¡Todavía no está muerta! —  
constató horrorizado cuando  
clavaron los primeros cuchillos en  
el enorme cuerpo para desprender  
la grasa de debajo de la piel.

—No hables y trabaja —le  
indicó Eagle.

Esta vez podía reclamar para sí

el honor de haber clavado el arpón a la ballena y estaba ansioso por celebrarlo. Sin embargo, antes había que descuartizar el gigantesco animal. Michael intentó no mirar los ojillos del pobre bicho cuando también él le clavó su ancho cuchillo en el flanco. La grasa era de un blanco grisáceo, viscosa y repugnante. Michael no quería tocarla y prefirió ocuparse en el transporte a los calderos: los trozos de grasa se arrastraban con una especie de cabrestantes y se hervían. El hedor del aceite que se

producía así era todavía más nauseabundo que el del cadáver, y las ropas y la piel de los hombres se quedaban impregnadas.

Con el líquido amarillento de los calderos se llenaban los toneles. De una ballena se sacaban hasta veinte y se pagaban muy bien. Entretanto los descuartizadores habían llegado hasta los huesos de la ballena y separaban las barbas. Las colocaron sobre bandejas, separaron provisionalmente la carne y pidieron a Michael y un par de hombres que las enterrasen en la

arena.

—Así no olerán tanto mientras se pudra la carne —le explicó Chuck a su nuevo vecino.

Este se preguntó qué diferencia habría, pero se puso a cavar obedientemente. Pocas semanas después, desenterrarían las láminas óseas y las venderían a un alto precio. En Inglaterra las utilizaban para hacer corsés de mujer, muelles para los carros, cañas de pescar y otras cosas que requerían ese material ligero, flexible pero recio.

A Michael el despiece le

resultó nauseabundo y no quiso ni probar la carne de ballena que por la noche cocieron en los mismos calderos donde se había derretido la grasa. Se alegró cuando al final abrieron una especie de conducto de agua por el que echaron al mar los restos de la ballena despedazada. Eso limpiaba la playa, pero el mismo Michael, incluso después de darse un buen baño en las aguas serenas del Pacífico, se sentía apestoso y sucio. Una mitad del jornal se la quedó Fyfe como primer pago del viaje en

el barco, y con la otra mitad, el joven se emborrachó.

—Pues sí, en tierra no se gana mucho —lo consoló Chuck, que atribuía el ánimo apagado de su vecino al pequeño jornal que tan deprisa se había fundido—. ¡La próxima vez coges los remos con nosotros, se gana más así!

En efecto, pocos días después se emprendió la siguiente cacería y a esas alturas Michael ya se las arreglaba con los remos. Tane, uno de los fuertes maoríes, se sentó junto a él y lo introdujo en materia.

—Lo hacemos desde siempre  
—dijo amistosamente al ver que Michael no se desenvolvía demasiado bien—. Nosotros venimos con canoas, muchas, muchas vidas antes. Mi familia con *Aotea*. ¡Canoa grande y orgullosa!

—¿Llegasteis en una piragua?  
—preguntó Michael perplejo—.  
¿Desde dónde?

Desde el viaje en velero a Kaikoura y sus primeros intentos con los remos volvía a pensar agradecidamente en Lizzie Owens. ¡No podía ni imaginar qué habría

ocurrido si ella no hubiese tomado la iniciativa y le hubiese dejado hacerse a la mar él solo con aquellos ineptos! Las pocas veces que había podido echar una mano en el velero le habían demostrado lo difícil que resulta maniobrar una embarcación. Y además en el mar de Tasmania...

—¡De Hawaiki, el país de donde venimos! Lejos, muy, muy lejos. Kupe, el primer hombre de Aotearoa (así llamamos a esta isla), mató al marido de Kura-maró-tini. Era mujer muy bonita. Entonces

escapó con ella y vino aquí...

—Pero de eso hace mucho, ¿verdad? —preguntó Michael después a Chuck Eagle.

Este río.

—¡Seiscientos años! Pero así y todo, también son colonos, esta tierra es tan poco suya como nuestra. Y pese a ello, no cobran poco cuando nos venden algo.

Chuck Eagle ahorrraba para adquirir su propia parcela de tierra. Soñaba con construirse una granja, pero no aclaraba si en Inglaterra había trabajado alguna vez en una.

La mayoría de los balleneros compartían un pasado oscuro. Exceptuando a los maoríes, todos los que andaban por ahí huían de alguna cosa.

Los maoríes también eran los que mejor realizaban las tareas más horribles. Durante la siguiente caza de la ballena, Tane susurraba una especie de invocación en su lengua mientras iba sentado en el bote junto a Michael. El arponero acababa de lanzar el arpón y los garfios se habían afianzado al flanco de un cachalote imponente.

—Decir perdón a Tangaroa, dios del mar —explicó Tane—. Perdón por matar y gracias por enviar ballena. Y pedir ayuda para la caza.

Mientras el maorí seguía rezando a su manera, el animal herido de pronto se dio media vuelta. Para Michael y los demás empezó un descenso a los infiernos. Llevado por el pánico, el cachalote subía y bajaba frente a la costa para desprenderse del arpón. Arrastraba tras de sí el bote de remos, donde el agua empapaba a los hombres.

Michael tragó borbotones de agua salada, pero al principio no se dio cuenta del malestar que eso producía. Cuando el bote amenazó con zozobrar, creyó que había llegado su hora. Tane y los otros intentaban mantener la embarcación en equilibrio empleando hábilmente el remo y su propio peso sobre los bancos; pero Michael era incapaz de pensar.

Al final, el cachalote, agotado, se quedó en la superficie y, cuando el timonel clavó la lanza en el indefenso animal, Michael vomitó

por la borda. Al empezar de nuevo a remar, Michael tuvo la sensación de que el cachalote herido de muerte lo seguía con la mirada. Seguro que eran imaginaciones suyas, no lo miró para comprobarlo, pero no consiguió desprenderse del lamento mudo del animal agonizante. Ya había pescado antes y cazado conejos, también había colocado trampas para presas pequeñas a las que luego retorció el pescuezo. En época de hambruna, cada uno cogía lo que podía, y Michael no se había

sentido culpable por ello. Pero ahora era distinto. Aquello era una masacre despiadada por mercancías que, en sentido estricto, nadie necesitaba. Inglaterra también sobreviviría sin aceite ni barbas de ballena, no importaba lo mucho que se pagara por esos artículos. Michael estaba convencido de que la oración de Tane no había sido atendida. El dios del mar no podía perdonar algo así.

Por la noche, Michael ahogó su malestar en alcohol, para lo que necesitó mucho más whisky del

habitual. Los hombres comían la carne de la presa sin percibir, por lo visto, el hedor que los rodeaba. Michael no quería volver a salir nunca más en el bote de remos y no se sentía en absoluto tentado a ocupar los puestos de timonel o arponero. Soportó en silencio las carcajadas de los hombres que se burlaban del miedo que había pasado y reflexionó sobre el modo más rápido de marcharse de allí. Naturalmente, tenía que saldar las deudas. Pero ¿quedarse en aquel lugar infernal hasta poder costearse

el billete para Irlanda? ¡Ni hablar!

## 2

Lizzie nunca había estado tan cerca de vivir en la gracia de Dios como trabajando al servicio de los Laderer en su casa de Sarau. La granja estaba algo apartada del bonito pueblecito de la región de Marlborough, al borde de la planicie de Waimea. Como casi todo en ese país, la colonia todavía se encontraba en construcción, pero

parecía muy prometedora. La tierra era fértil y los colonos se mostraban agradecidos después de que la suerte no les hubiese favorecido durante los primeros años en el nuevo país. Cerca de Nelson habían encontrado poca tierra de labor y, por añadidura, habían sufrido inundaciones.

Pero un Otto Laderer no se dejaba amedrentar por tales adversidades de la naturaleza. Se había atrevido a comenzar desde cero por segunda vez y ahora desmontaba cada vez más tierras.

También la cría de bueyes prosperaba. Su esposa, Margarete, una mujer nervuda y fuerte, trabajaba tan duro como él, y lo mismo los dos hijos. Ni el padre ni los chicos, para los que ya se había encontrado esposa, miraban a Lizzie con lujuria. Y cuando uno de los colonos se interesaba por ella, sus acercamientos no pasaban de unas palabras corteses y, tal vez, una excursión el domingo. Para aquellos chicos serios y diligentes procedentes de Mecklemburgo o la Baja Sajonia se había establecido

que en algún momento se casaran con una de las chicas serias y diligentes de las granjas vecinas. Que uno se uniera a la hija de uno de los pocos católicos bávaros ya habría sido como una catástrofe para la familia, así que una chica inglesa sin medios ni siquiera entraba en consideración, por muy cautivadora que fuese su sonrisa.

Los Laderer empezaban a trabajar al amanecer y se iban a la cama cuando oscurecía. Y lo mismo esperaban que hiciera Lizzie. Gastar el aceite de las lámparas por

la noche era un lujo. El trabajo era duro, pero las comidas eran abundantes, y el sueldo se pagaba puntualmente al final de cada mes. Las mujeres llevaban blusas y faldas azules, con delantales claros en casa. La señora Laderer ayudó a Lizzie a arreglar su viejo vestido de trabajo y le prometió tela para un nuevo vestido en Navidad. A la muchacha solo le preguntó cómo había podido llegar de Inglaterra con un único vestido. Su vida anterior no parecía interesarle en absoluto.

Los Laderer llamaban a su nueva doncella Liese o Lieschen y ni siquiera se preocuparon de averiguar su apellido. Naturalmente, los domingos la llevaban a la iglesia luterana, donde Lizzie echaba un poco en falta la ceremonia católica, más festiva. El reverendo, al que llamaban «pastor», parecía más severo que el de Campbell Town, aunque no lo sabía con exactitud porque predicaba en alemán.

Pero nada de eso la habría molestado. Le habría gustado

quedarse un tiempo y ahorrar, pero no encontraba ni una pizca de placer en el trabajo que realizaba y sentía que le exigían demasiado. Lizzie no era perezosa, como doncella y asistente de cocina siempre la habían elogiado por ser servicial, pero los Laderer no necesitaban ninguna sirvienta doméstica sino una moza de cuadra. Lizzie tenía que limpiar las cuadras y ordeñar, recoger los huevos y ayudar en la matanza. Sobre todo esto último le resultaba imposible. Limpiar el estiércol no la

molestaba, salvo que acababa extenuada después de llevar la quinta o sexta carretilla de pesadas boñigas a la montaña de abono, pero para el señor Laderer era muy importante el orden y la limpieza. Lizzie era una joven menuda. El trabajo pesado la superaba.

Peor era ordeñar, dar de comer y sacar las vacas y los caballos. Los animales grandes le daban miedo. Desconfiaba de ellos y se moría de espanto cuando, al ordeñarla, una vaca movía una pata o volvía la cabeza para mirarla. A

veces, asustada, volcaba el cubo y la señora Laderer se enfadaba.

Se desenvolvía algo mejor con el trabajo en el campo, le gustaban más las plantas que los animales y con el paso del tiempo le cogió cariño al huerto. El domingo desenterraba bonitas flores del bosque, o que a ella le gustaban, y las plantaba en el huerto para embellecerlo. Sin embargo, la señora Laderer era incapaz de entender que se ocupara de algo así.

—¿Qué hacen aquí estas flores?

¡Un manzano es mejor!

Los Laderer rechazaban todo lo que consideraban que no era de utilidad y no daba frutos. Lizzie se sorprendió a sí misma echando de menos la casa de los Smithers: sacar el polvo de los bonitos muebles, las reuniones para tomar el té, los ramilletes de flores en los jarrones, las rosaledas... Lizzie podía imaginarse una vida más hermosa, por sucia y amenazante que fuese la realidad. Con los Laderer no tenía nada que temer, pero tampoco había sueños ni nada

en lo que deleitarse. Además, añoraba de vez en cuando su idioma. Ni los Laderer ni sus vecinos consideraban necesario aprender más inglés del imprescindible, y en el fondo tampoco eran generosos con su propia lengua. Los inmigrantes de la Baja Sajonia constituían un pueblo parco en palabras. Lizzie no llegó a intimar con ellos.

De ahí que se alegrara todavía más cuando Margarete Laderer le pidió, al cabo de cuatro meses, que la ayudara esa tarde en la casa.

—Tú has dicho que estás en casa elegante —le recordó. Por lo visto, Otto Laderer había contado su singular conversación con la extraña muchacha inglesa—. Hoy vienen ingleses, hombre elegante. Representante británico en Bahía de las Islas.

Lizzie no sabía nada de ninguna Bahía de las Islas, pero pensó que un representante británico tenía que ser alguien importante.

—La visita quiere hablar con alguien que sabe inglés. Por eso, Otto.

En efecto, Otto Laderer hablaba mejor inglés que la mayoría de los colonos.

—Seguro que bebe té. ¿Tú haces té?

—¿Si puedo preparar un té? —Lizzie respondió afirmativamente con una sonrisa—. También puedo servirlo. Oh, por favor, señora Laderer, déjeme poner la mesa y arreglarla. Como la gente distinguida. ¡Por favor! —Estaba deseando mostrar sus habilidades.

—Como buena gente, no distinguida —gruñó la mujer,

aunque no se lo prohibió.

Lizzie revisó el armario de la cocina y sacó el mantel que los Laderer solo utilizaban en las grandes festividades. Con auténtico celo dobló las servilletas, cortó flores de la enredadera rata y las arregló para decorar la mesa. Buscó en vano jarrones, al igual que una tetera. Los granjeros solo hervían café. Aun así, disponían de un bonito juego de café de loza, azul con puntos blancos, en el que seguramente también podría servirse un té.

Lizzie lo preparó todo y luego se puso su bonito traje de viaje y un delantal blanco. Solo le faltaba la cofia para completar el uniforme de doncella. Cuando se miró en el único y diminuto espejo de los Laderer la invadió la inquietud. Seguro que el concejal no tendría las mismas y anormales inclinaciones que el señor Smithers. Sabría apreciar su trabajo, no solo su apariencia.

Finalmente puso a hervir el agua para el té cuando oyó voces en el patio y luego corrió a abrir. La

señora Laderer observó fascinada por la rendija de la puerta cómo su moza de cuerdas hacía una afectada reverencia y cogía servicialmente la esclavina que aquel hombre alto y delgado llevaba para protegerse de la llovizna que caía. El recién llegado sonrió amablemente y le dio también el sombrero alto. Luego siguió al lacónico Otto Laderer a la sala donde esperaba la señora Laderer.

—James Busby, estimada señora.

Con una reverencia perfecta, el

invitado se presentó al ama de casa, quien, era evidente, no sabía qué debía decir. Aun así, indicó con cierta torpeza al señor Busby que tomara asiento. Lizzie sirvió el té caliente después de haberlo dejado reposar exactamente tres minutos. Se colocó a la derecha del invitado, le preguntó con amabilidad cuánto azúcar y leche deseaba e hizo una reverencia cuando el hombre le dio las gracias.

Otto Laderer miraba a la joven con respeto y a Lizzie le costaba conservar una postura servicial en

lugar de sonreír radiante. ¡Por fin causaba a sus señores una buena impresión! Sin embargo, los Laderer no podían, al parecer, prestar ayuda a su invitado.

—Había oído decir que un par de colonos alemanes de la región de Marlborough poseen conocimientos sobre el cultivo de la vid —anunció el señor Busby abatido tras intercambiar unas pocas palabras con Otto—. No tendrían que ser expertos, yo ya les instruiría. Pero sería bueno que tuvieran un poco de experiencia

como viticultores. Nuestros trabajadores nativos no se dan maña para eso, ¿sabe? Nunca han bebido vino y cuando lo prueban, ¡no les gusta!

Busby lo contó con una expresión tan apenada en su rostro oval y rodeado de una barba ya grisácea que se diría que los maoríes habían, como mínimo, blasfemado contra su Dios. Los Laderer, por su parte, permanecían impasibles. Lizzie pensó que tal vez tampoco ellos habían probado nunca un vaso de vino. Bebían poco

alcohol, y cuando lo hacían era un aguardiente claro que ellos mismos destilaban o un licor para cuya elaboración se mezclaba alcohol con frutas y azúcar. Lizzie lo encontraba muy rico, pero bastante fuerte.

—No hacemos vino —dijo Lederer secamente—. Quizá los bávaros. Pero no creo. Ellos hacen cerveza.

—Por aquí tampoco tienen viñedos —suspiró Busby, como si fuera inevitable que alguien que hubiese bebido vino en alguna

ocasión y supiera un poco sobre su elaboración, también cultivase vides—. Pues sí, no hay nada que hacer. Siento haberle robado su tiempo. Y muchas gracias por el té, ¡estaba estupendo! —Busby sonrió a la señora Laderer y a Lizzie.

—¿Le apetece al señor otra taza? —ofreció Lizzie.

En realidad tendría que haber sido la señora Laderer quien lo preguntara, pero esta parecía estar satisfecha de que el inglés se marchase pronto.

Busby rehusó, pero enarcó las

cejas.

—¿Eres inglesa, guapa? —  
preguntó afablemente.

Lizzie asintió y volvió a inclinarse.

—¡Y excelentemente instruida!  
Mis felicitaciones, señor Laderer.  
Aquí escasean. En las grandes  
ciudades ya se está hablando de  
reclutar servicio inglés en los  
orfanatos londinenses.  
Precisamente en la Isla Sur, donde  
tampoco hay tantos aborígenes a  
disposición. Aunque los de aquí me  
parecen más dóciles que los

nuestros en el norte... Pero ustedes han tenido un golpe de suerte con su doncella. ¿De dónde eres, hija?

Lizzie pensó un momento en si debía mentir. Pero si el hombre conocía Inglaterra, tendría que saber, por su acento, de dónde procedía.

—De Londres, señor —  
respondió con franqueza—.  
Whitechapel.

Busby sonrió.

—Pero supongo que no importada de sus orfanatos. Extraña idea esa de traer aquí la escoria

londinense.

Lizzie enrojeció.

—No, no... Mi padre era... carpintero. —El marido de Anna Portland había sido carpintero.

—Y de pequeña ya te pusieron a trabajar. Muy bien. Lo dicho, ¡tiene usted suerte, Laderer! ¿Me permitiría que le secuestrase a esta muchacha? —Busby se volvió sonriendo hacia el alemán.

Otto Laderer contrajo los labios.

—¿Secuest...?

—Secuestrar. Significa que al

señor Busby le gustaría que yo trabajara para él.

Eso también era una insolencia, pero Lizzie no pudo reprimirse. Busby parecía partir de la idea de que ella estaba contenta allí y que aquellos granjeros alemanes estaban satisfechos con su doncella. Pero si ella lo rectificaba... ¡tan apegados a su torpe moza de cuadras no podían estar!

—Liese moza de cuadras aquí  
—aclaró la señora Laderer.

El señor Busby miró a Lizzie. Tenía una mirada penetrante y

aguda.

—¿Es cierto, Lie...? —El nombre ya le dio dificultades.

Lizzie hizo una reverencia.

—Elizabeth, señor. Lizzie.

—¿Qué más, hija? —preguntó Busby.

Lizzie tomó aire. No debía cometer ningún error.

—Portland. Elizabeth Portland. Y sí, es cierto, trabajo aquí sobre todo en el establo. Aquí no... no necesitan doncellas. —Lizzie intentó que también el señor y la señora Laderer la entendiesen.

—Pero ¿entonces por qué no te buscas otro lugar? En Nelson o en Christchurch o en alguna de las grandes granjas se disputarían tus servicios. Seguro que tienes cartas de recomendación. —Busby la miraba interesado, pero severo.

La mente de Lizzie trabajaba a toda máquina. ¡Tenía que encontrar una buena historia! Una que explicase por qué no tenía ni documentos ni certificados de trabajo. Se mordió el labio inferior. Necesitaba una historia lo más veraz posible. No tenía por qué ser

la propia, pero tampoco una recién inventada. Se maldijo por su falta de prudencia. A fin de cuentas, debería haber pergeñado algo durante esos aburridos meses en Sarau.

—El señor y la señora fueron muy buenos conmigo cuando llegué de Australia —dijo con la mirada baja—. Tampoco me preguntaron nada, y yo... yo hubiese sentido mucha vergüenza si hubiese tenido que darles explicaciones.

Busby sonrió.

—¿Australia? ¿No serás una

convicta? —Amenazó a Lizzie bromeando con el dedo.

Lizzie lo miró afligida.

—Yo no, señor, pero sí mi madre. Anna Portland... en Londres... pero... en Londres todo el mundo estaba al corriente del caso... y mis señores ya no quisieron tenerme más tiempo empleada. Así que pensé que podría estar con mi madre si venía a Australia. Lo que me dejó mi padre fue suficiente. Pero yo... — Lizzie dejó que su voz se apagara— yo no la encontré.

Mientras los Laderer la escuchaban interesados, pero comprendiendo solo a medias, Lizzie resumió de forma atropellada el drama de Anna Portland para aquel representante británico. Un hombre que fácilmente podía confirmar la veracidad de la historia enviando una carta a Londres, o con una carta expedida a Australia requiriendo información sobre las presas huidas.

Al final de su explicación, Busby pareció conmovido.

—Naturalmente, comprobaré lo que dices, Elizabeth. Pero en principio, si tus señores te dejan partir, me gustaría llevarte conmigo a Waitangi. Está en la Isla Norte. Espero que no te marees en el mar.

Los Laderer dejaron partir a su poco diestra moza de cuabras y James Busby informó a cada uno de los numerosos conocidos que se iba encontrando durante el viaje de que por fin podría darle una alegría a su esposa.

—Habitualmente suelo volver a

casa con cepas, y ahora le había hablado de un viticultor alemán. Si en su lugar le llevo una doncella inglesa, se pondrá contentísima.

Lizzie se enteró con no menos alegría de que en casa de Busby había una mujer a la que este quería. Al menos la pareja tenía seis hijos. Tampoco durante el largo viaje intimó demasiado con su nueva empleada. Por lo demás, a esta le costaba evaluarlo. Busby tenía convicciones y opiniones firmes que no dudaba en defender con vehemencia. Camino de

Waitangi, un lugar en el extremo de la Isla Norte, se alojaron en las casas de sus amigos y enemigos políticos y de vez en cuando presenció acaloradas discusiones entre Busby y su anfitrión. Ella no cesaba de escuchar que su nuevo señor era testarudo, pero, por otra parte, parecía una persona sumamente respetada, y debía de ser también un buen diplomático.

Como el mismo Busby le explicó, él había redactado y preparado el célebre Tratado de Waitangi, según el cual las treinta y

cuatro tribus maoríes se sometían de forma pacífica a la Corona inglesa. El más famoso por ello era William Hobson, pero Busby había estado defendiendo los intereses británicos en Nueva Zelanda desde mucho antes que él. Había llegado a ocupar el cargo de concejal de Bahía de las Islas, es decir, desempeñaba una especie de función de asesor británico en los alrededores de Waitangi.

Las bahías e islas de esa región estaban relativamente poco pobladas y ya hacía tiempo que los

maoríes se habían convertido al cristianismo y adaptado. En lugar de balleneros y cazadores de foca como en otros lugares, ya a principios de siglo se habían asentado en Nueva Zelanda misioneros. El entorno era fértil y cálido, se practicaba la agricultura ante un decorado de bahías azules, verdes selvas y cascadas impresionantes.

En realidad, nadie quería que Busby le asesorase, y ya se había enemistado con muchos colonos y misioneros. Con quienes mejor

parecía entenderse era con los maoríes, pues sus logros se remontaban al hábil trato con los jefes tribales de los indígenas. Pero tampoco ellos necesitaban un *councillor* y, como consecuencia, Busby tenía mucho tiempo para dedicar a sus propios intereses. Uno de ellos era la viticultura, pero dinámico y temperamental como era, también había fundado un periódico y se había aventurado como comerciante o granjero. Lo que más le gustaba era ejercer de profesor, siempre que los alumnos

no replicaran. Anteriormente había dado clases en Australia de agricultura y viticultura y, por lo visto, de vez en cuando echaba de menos esas disciplinas.

Esta peculiaridad de su nuevo patrón ofreció a Lizzie un interesante viaje. Busby conocía Nueva Zelanda como pocos y proporcionó a la muchacha, sedienta de saber, todo tipo de información sobre su flora y fauna. Los bosques de helechos y las extrañas aves que cavaban agujeros la dejaron maravillada, lo aprendió

todo sobre la cría de ovejas, actividad en la que Busby veía el futuro de la Isla Sur, y fue enterándose de más cosas sobre el cultivo de la vid. Busby hacía pruebas con una propiedad vinícola más allá de Waitangi. Y aunque hasta el momento no había obtenido demasiado éxito, estaba encantado.

El paisaje que rodeaba Waitangi no podía compararse con el entorno de Nelson. Lizzie, la chica londinense, se quedó impresionada ante la hermosura de la naturaleza de la Isla Norte. Como

las bahías de intenso azul y sus islitas rocosas, como el bosque de helechos con su verdor impenetrable y las montañas, cuyo color cambiaba según la posición del sol. Así se había imaginado el paraíso... aunque quizá menos lluvioso. Como Lizzie averiguó, el clima era inestable tanto en invierno como en verano. Hacía más calor que en la Isla Sur, pero también había más humedad.

¡Y por fin fue posible llevar una vida placentera que al mismo tiempo seguía los preceptos

divinos! Agnes Busby dirigía una casa grande y abierta y se alegró sinceramente de tener una nueva ayuda. Solo contaba con sirvientes y doncellas maoríes, pero no conocía ni una palabra de su lengua. O bien su marido se encargaba de la traducción o bien ella se daba a entender por medio de signos. Lamentablemente, ni lo uno ni lo otro se desarrollaba de forma satisfactoria.

A la señora Busby le gustaban las cosas bonitas y habría querido dirigir su hogar como si fuera una

casa de campo inglesa. Había crecido en Nueva Gales del Sur, pero procedía de una familia noble. Por desgracia, ni su marido ni los maoríes se interesaban por encerar y pulir los imponentes muebles o por la caída de las cortinas de terciopelo. Nadie conseguía cepillar correctamente el traje de montar de la señora Busby ni planchar los encajes de sus vestidos. Lizzie había aprendido todo eso con la señora Smithers y, además, compartía con su nueva patrona el placer por las

habitaciones ordenadas y elegantes. Con un leve estremecimiento, Lizzie se cubrió el uniforme de servicio con un delantal y una cofia, pero muy pronto se sintió a gusto así vestida, mientras las muchachas maoríes constantemente protestaban por ello.

Lizzie disfrutaba con el trato con los hijos de los Busby, de buen grado alivió las tareas de las niñeras maoríes, que si bien eran cariñosas, desconocían la educación británica. Las muchachas agradecían su ayuda. Eran cordiales

y voluntariosas, pero anhelaban cierta amabilidad en el trato. A diferencia de la señora Busby, que las consideraba una especie de animales de trabajo incomprensibles, Lizzie pronto se percató de que entre ingleses y maoríes había más semejanzas que diferencias. Al principio casi todo la dejaba perpleja. En Inglaterra nunca había visto a personas de tez oscura y la descripción de los salvajes en los sermones del reverendo la había llevado a pensar que tal vez fueran seres vagamente

emparentados, pero no propiamente humanos. La gente tatuada y robusta con sus peinados extraños y esa particularidad de ir semidesnuda casi habían reforzado esa idea. Sin embargo, Lizzie se dio cuenta de que las chicas hablaban entre sí, reían y bromeaban al igual que ella había hecho antes con sus amigas. Los hijos de los Busby aprendían inevitablemente la lengua de sus niñeras y Lizzie observaba fascinada que se entendían con los maoríes igual de bien que con los suyos. Como consecuencia, cuando

Lizzie tenía que comunicarse con los maoríes no recurría a los signos ni a la desagradable costumbre de la señora Busby de hablar más alto. En lugar de ello, preguntaba a los otros empleados por el significado de las cosas en su lengua. Empezó a aprenderla y, un par de meses después, podía reírse con la muchacha de la cocina, Ruiha, de que en maorí no hubiese palabras para «aparador» o «tarjeta de visita».

Aprendió que casi todas las extrañas costumbres de los maoríes

tenían su significado: las danzas marciales y los gritos que al principio la habían asustado, con frecuencia no eran más que saludos, y los tatuajes indicaban a qué tribus pertenecían las personas.

Ruiha y los demás empleados pronto invitaron a Lizzie a su *marae*. Lizzie admiró las artísticas tallas de madera de la casa de asambleas y del dormitorio común. Y hubo algo más que la dejó atónita: al parecer, entre los maoríes no era importante quién se casaba con quién, y tampoco sabían

qué era una muchacha «casquivana». Por la noche, Ruiha se marchaba contenta con el jardinero Hare a algún lugar de los alrededores. La doncella tenía un hijito, pero ningún padre para él. Lizzie reaccionó escandalizada cuando el mozo de cuadras Paora le hizo avances en público, pero los maoríes se rieron cuando ella lo rechazó aterrada. Al principio, Lizzie temió que esto lo incitara a intimar con ella por medio de la violencia, pero luego comprobó que los miembros de la tribu

bromeaban más acerca del despechado Paora que de la negativa de ella. El joven, no muy alto pero fuerte y robusto, se retiró compungido mientras dos muchachas parodiaban risueñas la forma correcta de pedir la mano a una *pakeha wahine*.

Lizzie pronto se relajó y empezó a reír con los demás viendo cómo una chica tendía flores a otra y se inclinaba una y otra vez. La intérprete de la muchacha *pakeha* hacía melindres hasta que «se entregaba» a su admirador, lo que

expresaba por medio de unos pasos de danza que, a ojos de Lizzie, resultaban bastante obscenos. Para los otros espectadores no era especialmente escandaloso. Se reían sin cesar de que el galán tropezara con sus pantalones y ya no supiera si tenía que dejárselos puestos o quitárselos para hacer el acto. Más tarde, Paora desapareció con otra muchacha y Lizzie regresó a casa de los Busby sin que nadie la incordiasse.

La señora de la casa contemplaba la amistad de Lizzie y

los maoríes con sentimientos contradictorios. Por una parte, la actividad de intérprete de Lizzie le facilitaba las cosas, pero por la otra no le gustaba que «confraternizara» con los aborígenes, como lo llamaba ella. Se le antojaba raro, sobre todo en una muchacha inglesa decente.

El señor Busby parecía evaluar de forma más satisfactoria la situación. Respetaba a los maoríes, pese a que le dolía como una espina clavada su desinterés por el cultivo de la vid. Por grande que fuera su

compromiso con su propiedad vinícola, esta no prosperaba. Los trabajadores no entendían que no era igual que se vendimiase hoy que una semana más tarde, o que se dejara fermentar el mosto antes o después de prensarlo. Consideraban que aclarar las cepas era un derroche y, aunque Busby no se cansaba de indicárselo, dejaban demasiados brotes en los troncos. Se producía entonces mucho vino pero poco sustancioso. Busby podía hablar durante horas acerca de estos problemas, pero salvo uno de

sus hijos, solo Lizzie se interesaba por los métodos de la elaboración del vino. Busby importaba vino de distintos terrenos de cultivo para su consumo personal y desde que la había introducido en la materia durante el viaje que habían realizado juntos, dejaba que Lizzie lo probara al igual que su menos entusiasta familia.

Los domingos se llevaba a la muchacha a los viñedos, supuestamente para que preparase la comida campestre de la familia, pero sobre todo para que escuchara

sus minuciosas explicaciones sobre las cepas. A veces la joven se atrevía, con cautela, a hacer algún comentario, plantear alguna pregunta o incluso expresar su opinión, lo que a Busby le encantaba.

—Voy a ponerme celosa — comentaba la señora Busby y se sumía satisfecha en la lectura de un libro bajo una sombrilla mientras su marido conducía a Lizzie y los niños montaña arriba y les explicaba la razón de vendimiar temprano y de podar las cepas.

Por primera vez en su vida, Lizzie se sentía casi enteramente feliz. De vez en cuando pensaba en Michael, claro, en el extraño poder de seducción que había ejercido sobre ella y en la inesperada dicha que había sentido en sus brazos. Pero no quería lamentar su pérdida. Al final la había herido. ¡Y ya había sufrido suficientes heridas! Lizzie ya no quería que la decepcionasen o amedrentasen más. Disfrutaba y se sentía satisfecha trabajando para los Busby. Así transcurrieron el verano, el otoño y el invierno, pero

ella seguía siendo joven, acababa de cumplir los veintidós años. Tenía mucho tiempo para reponerse antes de volver a pensar en un marido e hijos. Necesitaba un par de años más para aprender de nuevo a soñar, pero tenía la esperanza de que en algún momento volvería a enamorarse. Esta vez de un buen hombre. Lizzie seguía pensando en llevar una vida que fuera grata a Dios, con hijos y una humilde casita.

—¡A nuestra Lizzie le buscaremos un viticultor! —solía

bromear James Busby cuando uno de sus muchos conocidos se reía de la muchacha porque no tenía ningún novio en vista—. ¿Tú qué prefieres, Lizzie, un francés de mirada ardiente del Languedoc o un alemán rubio y de ojos azules?

—Uno moreno y de ojos azules —respondía entonces ella con coquetería—, pero me temo que esos están en Irlanda y se dedican a destilar whisky.

### 3

Michael no se acostumbraba a cazar y destripar ballenas, pero no encontraba ninguna alternativa de trabajo. Puesto que no alcanzó el rango de arponero ni de timonel, su sueldo siguió bajo, y gastaba buena parte en hacerse la vida más pasable emborrachándose por las noches. Tardaría años en poder pagarse el regreso a su patria. No

podía ni pensar en ahorrar, y ante sí se abría un futuro sombrío. Los otros trabajos para hombres que se ofrecían en la ruda Nueva Zelanda eran tan poco atractivos como la caza de la ballena. En una ocasión vio cómo mataban y despellejaban las focas y necesitó casi una botella de whisky para no pensar en los ojos abiertos de par en par de las crías y los gritos de sus madres. Para eso, mejor destripaba ballenas.

Pero cuando Michael ya llevaba dos años largos dedicado a ese

desagradable empleo, un rayo de esperanza surgió en el horizonte. De un día para otro, el viejo lobo de mar Robert Fyfe ordenó a sus hombres que construyeran un corral junto a su severa casa señorial erigida sobre huesos de ballena. La madera para ello procedía de la costa occidental. Fyfe, por lo visto, no escatimaba esfuerzos para llevar a término su nuevo proyecto.

—¿Qué idea tendrá, cultivar algo o criar animales? —preguntó Michael asombrado a su vecino Chuck Eagle.

Chuck se encogió de hombros.

—Tal vez caballos, tratándose de él. Necesita probar algo nuevo. Las ballenas no se acercan. Solo una en todo el mes pasado.

—Es invierno —señaló Michael.

Chuck meneó la cabeza.

—Aquí las estaciones no marcan ninguna diferencia. Además, todas son ballenas macho, para las hembras siempre hace demasiado frío en esta área. Antes cazábamos todo el año. Pero ahora... Los animales no son

tontos, Michael. Han tardado un poco, pero ya han comprendido que esta es una zona peligrosa. Así que, o bien el viejo Fyfe se compra un barco otra vez, o intenta otro negocio. Y ya no le quedan ganas de recorrer los siete mares.

Las inquilinas del nuevo corral aparecieron un par de días más tarde. Michael no podía dejar de mirarlas. Desde su marcha de Irlanda no había vuelto a ver ninguna oveja. A fuer de ser sincero, tampoco había visto en su antiguo hogar ejemplares tan

bonitos y bien alimentados como los trescientos que en ese momento se apretaban en la dehesa de la granja de Fyfe.

—¡Ovejas romney, dos carneros y trescientas ovejas madre! — anunció Fyfe con orgullo—. Mira, Parsley, ¡menuda fuerza tienen esos dos!

Dos carneros se estaban peleando. Estar tan apelotonados les provocaba agresividad.

—Yo los separaría antes de que se maten —señaló Michael—. Son unos animales bonitos. De primera

calidad, tienen todo mi respeto.

—¿Sabes algo de ovejas? — preguntó desconfiado Fyfe.

Michael asintió.

—Un poco. Teníamos algunas en mi pueblo. O mejor dicho, el hacendado tenía algunas; los arrendatarios manteníamos como mucho dos o tres, y al final ninguna. En los años de hambruna nosotros mismos nos comíamos la hierba.

Fyfe rio. Michael puso una expresión compungida.

—Entonces ya sé a quién dirigirme cuando surjan problemas

—dijo Fyfe afable, algo de lo que Michael ni siquiera tomó nota.

Fyfe era conocido por ser porfiado. Mientras existió la estación ballenera nunca pidió consejo a nadie. Para comprar esas ovejas estupendas seguramente había tenido un golpe de suerte, pues un tratante de ganado bien habría podido estafar al viejo capitán. En las semanas siguientes, Michael no pensó demasiado en las ovejas, menos aún porque dos enormes ejemplares cayeron en manos de los balleneros. Michael

volvió a hundirse. Primero en la sangre y la grasa, y al final en el whisky.

Pero entonces, cuatro semanas después de la llegada de las hermosas ovejas romney, Fyfe apareció por su cabaña.

—¿Parsley? Dijiste que sabías de ovejas...

Michael salió dando traspiés. La noche anterior le había dado en serio al whisky.

—En cualquier caso, más que de ballenas —farfulló.

—¿Era una fanfarronada o hay

algo de cierto en eso?

Michael bostezó e intentó recomponerse.

—Cuidé de las ovejas del señor cuando era un niño —explicó—. Luego me dediqué sobre todo al campo, no soy un pastor. Pero se aprende mirando, toda Irlanda está llena de ovejas.

Fyfe caviló.

—Bueno —dijo—. Menos que yo no puedes saber. Así que pásate por ahí y echa un vistazo a los animales. Me parece que no están bien. Cojean. Quiero saber por qué.

Michael salió de casa después de haberse refrescado un poco y contempló con lástima los animales antes tan bonitos y limpios. La lana se les había pegado y ensuciado, y el suelo de hierba del corral se había convertido en un barrizal. Los animales tampoco querían comer el heno, pues en cuanto se les echaba, se mezclaba con el barro y el agua. Algunos animales cojeaban.

—¿Y bien? ¿Qué diagnosticas?  
—gruñó Fyfe. Era evidente que le desagradaba no llevar él las riendas.

Michael asintió.

—Está claro. El corral es muy pequeño. El suelo está demasiado húmedo y embarrado.

—¿Y por eso cojean?

Michael volvió a asentir.

—Se llama gabarro —explicó—. Es una especie de infección de las pezuñas. ¡Mire! —Se acercó a una oveja, la puso patas arriba hábilmente y le cogió una pezuña—. ¿Ve? Empieza en la rendija entre los dedos. Huela. Apesta, ¿verdad?

Michael señaló la masa

purulenta que se había formado entre los dedos y el patrón arrugó la nariz. El joven no encontraba el olor pútrido de las pezuñas tan desagradable como el de las ballenas al pudrirse, pero se asombró de que Fyfe conservara todavía algo del sentido del olfato.

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó el viejo lobo de mar con gesto de repulsión—. Por todos los diablos, ¡si el criador me ha engañado lo mataré!

Michael negó con la cabeza.

—Tranquilo. Cuando llegaron

estaban estupendas. Es por el barro. Lo dicho: gabarro. Un vicio de postura.

—Entonces necesitamos un corral más grande... todavía más madera. ¿Y después se curarán solas?

Michael sonrió.

—No puede cercar un pastizal para entre seiscientos y novecientos animales, que son los que tendrá cuando las damas hayan parido. — Señaló a las ovejas madre—. Deje que los animales pasten en libertad. En cuanto a las pezuñas... Hay que

cortarlas como es debido. Y pregunte en la botica por sulfato de cobre. Lo untaremos por encima o lo echaremos en un abrevadero para que las ovejas metan las patas en el agua.

—¿Cortar? —preguntó Fyfe desazonado—. ¿Cortarles algo en los pies? ¿Sabes hacerlo tú? Bueno, sin matarlas.

Michael rio.

—Si me consigue un pujavante...

Robert Fyfe se puso de inmediato camino de Kaikoura.

Michael se frotó la piel para desprenderse del hedor a ballena y no espantar a las ovejas. Luego empezó a ocuparse de las pezuñas. Los otros trabajadores, menos entusiastas, construyeron entretanto un abrevadero para tratar a los animales infectados. Dos días más tarde llegó la madera que Fyfe había comprado para construir vallas. Era evidente que estaba decidido a tomarse en serio el mantenimiento y la cría de ovejas.

El húmedo invierno dejó paso a una no menos húmeda primavera.

Michael contemplaba con preocupación que los nuevos recintos muy pronto se parecieran a los antiguos en cuanto a las condiciones del suelo.

—Tiene que sacar a pastar a las ovejas —aconsejó a Fyfe por enésima vez, pero el marino no se atrevía a dejar en libertad su tan preciada propiedad.

—¿Y si no vuelven? —preguntaba preocupado.

—Envíe a un pastor con ellas. Que sea trashumante. —En Irlanda era habitual que las ovejas

migraran por las tierras con sus pastores.

Fyfe resopló.

—¡Ya te gustaría a ti! Admítelo, te gusta ese trabajo. Todo el día mirando el paisaje y cobrando por eso.

Michael se encogió de hombros.

—Si deja aquí las ovejas pronto tendrá que pagarme por volver a cortarles las pezuñas.

A ese respecto, había sabido aprovechar la oportunidad: Fyfe le había pagado por cortar las pezuñas

lo mismo que pagaba a un arponero. El viejo se mordisqueó el labio inferior mientras buscaba una salida que le resultara lo más barata posible.

—¿Pueden hacerlo también las chicas? —preguntó.

Michael rio.

—Puede hacerlo cualquiera que no sea ciego ni cojo —afirmó. En Irlanda había conocido a un pastor de casi setenta años.

Fyfe sonrió complacido y dejó a Michael. Al principio ninguno de los dos cayó en la cuenta de que

habían olvidado un detalle importante, pero Michael, por supuesto, enseguida fue consciente cuando pronto presenció un espectáculo digno de reflexión.

Hacia el atardecer se acercó a los corrales para echar un vistazo a las ovejas, pero esta vez encontró los recintos vacíos. Fyfe debía de haber seguido por fin su consejo. Michael se preguntó a quién habría reclutado como pastor —¡o pastora!—, y decidió preguntárselo al viejo lobo de mar. Este salía en ese momento de la casa y miraba

receloso hacia las colinas que había tras la estación ballenera. Por lo visto, esperaba a sus ovejas.

Las primeras ya se divisaban cuando Michael se acercó al capitán. Descendían la montaña flanqueadas por unas muchachas mahoríes ligeras de ropa, ágiles y contentas.

—¡Hemos tardado un poco en encontrar todas hoy! —explicó la mayor al viejo lobo de mar—. Kere y Harata tenían que caminar mucho. ¡Y yo escalar! —Era evidente que la muchacha estaba orgullosa de sí

misma y sus amigas.

A Michael se le escapó la risa.

—¿Qué tiene esto de divertido?

—refunfuñó Fyfe—. No habéis perdido ningún animal, ¿eh, Ani?

La muchacha sacudió presumida la cabeza, mientras Michael se disponía a dar una explicación.

—Tan solo esta hermosa visión me causa alegría —respondió dirigiendo una mirada de admiración a la delgada y flexible Ani, cuyo largo cabello negro ondeaba al viento—. Y me pregunto por qué en Irlanda conducen a los

animales con perros, cuando aquí se hace de forma tan agradable. Bueno, supongo que los perros son más rápidos. Tal vez por eso han sustituido a las chicas por ellos, y la palabra Collie viene de *colleen*.

*Colleen* era una palabra de uso frecuente en Irlanda que significaba «muchacha».

Fyfe lo miró con el ceño fruncido.

—¿Perros? —preguntó—. ¿También habrá que volver a pagar por ellos?

Las muchachas maoríes

entendieron rápidamente. Ya a la mañana siguiente llegaron acompañadas de dos perros bastardos gordos y de pelaje amarillento que movían el rabo contentos, saludaban encantados a todo el mundo y no se interesaban en absoluto por las ovejas.

Fyfe mandó llamar a Michael.

—¿Sabes adiestrarlos? Para que sustituyan a las chicas.

Michael lo intentó, y nadie podría haberles echado en cara ni a él ni a los perros falta de empeño. También las pastorcitas imitaron

pacientemente lo que les enseñó, pero los perros de los maoríes eran incapaces de guiar un rebaño. Encontraban irresistible la playa de las ballenas y daban vueltas sin parar por los restos de los animales sacrificados.

—Cuando una oveja se escapa, es solo porque el perro apesta a ballena —se lamentó Michael a su nuevo amigo Tane.

El maorí hizo una mueca.

—¡No son más que perros!

Michael asintió.

—Pero no los adecuados...

Tane, ¿hay por aquí alguna granja de ovejas? Tengo claro que no hay ninguna cerca. ¿Tal vez en el interior?

Tane reflexionó, habló con los miembros de la tribu y al final dio con una. Michael pidió a Fyfe unos días libres y al siguiente fin de semana remontó con Tane, otros dos jóvenes maoríes y dos perras en celo el río Clarence. También tres de las diligentes pastoras se unieron a ellos para colaborar. Michael tenía que esforzarse para seguir el rápido paso de los

maoríes, y todavía más porque apenas había senderos en los bosques y las marañas de arbustos a través de las cuales cruzaba el río.

Pero finalmente llegaron a una tierra desnuda y unos pastizales.

—Hacienda Coverland —  
anunció un maorí—. ¡Casa allá! —  
Señaló hacia el oeste y contó con los  
dedos los kilómetros.

Michael y los maoríes  
acamparon a un kilómetro y medio  
aproximadamente de la casa  
principal de la granja de ovejas.

Tane y los otros sacaron nasas y pescaron en el río, Michael prendió fuego y las chicas cocinaron unos boniatos en las brasas.

Las perras desaparecieron durante la noche y regresaron por la mañana seguidas de unos machos collie fantásticos, de morro alargado y con manchas blancas y negras.

—¡Este es el perro adecuado!  
—señaló Michael, y los dos días siguientes disfrutó pescando, cazando y, sobre todo, en los brazos de la hermosa Ani.

Pocos meses después, el poblado maorí bullía de cachorros y todos tenían más instinto de perros pastores que sus madres. La mayoría eran blancos y negros y algunos eran casi la viva imagen de su hermoso padre.

—¡Con estos seguiremos criando! —anunció Robert Fyfe, y pagó de buen grado un extra a Michael y los dos maoríes.

Michael se concentró en el adiestramiento de los perros y Fyfe por fin lo aceptó como pastor. A fin de cuentas, habían aparecido en el

ínterin muchas tareas más exigentes que la de conducir animales: había que ayudar en los partos y esquilar. Lo primero no representaba un gran problema. Las jóvenes pastoras maoríes enseguida comprendieron de qué se trataba cuando Michael les enseñó solo una vez cómo asistir a las madres si surgían complicaciones. Más complicado era esquilar. Michael lo había hecho un par de veces en Irlanda y, tras practicar un poco, consiguió reunir un vellón aceptable. No obstante, era lento, resultaba

impensable que él solo librarse de la lana a las trescientas ovejas, que en breve rondarían las mil. Era vano intento enseñar a las chicas, que no tenían fuerza suficiente para tumbar patas arriba a los animales y luego utilizar las tijeras con la debida rapidez.

Ani y sus amigas consiguieron esquilar tres animales y luego se marcharon, como era habitual entre los maoríes, sin anunciar que se iban ni disculparse. Tane y los otros maoríes se presentaron voluntarios al principio. Cada vez cazaban

menos ballenas y veían que con la pesca de estos animales ya no se ganaría más dinero. Ya hacía tiempo que los maoríes se habían acostumbrado al sueldo adicional que obtenían con el *pakeha*. La vida les resultaba más agradable desde que podían comprar en las tiendas de los blancos y ya no dependían exclusivamente de la pesca, la caza y los escasos frutos de sus campos. En la actualidad se prestaban a trabajar en las granjas y demostraban gran destreza en el trato con los animales. Sin

embargo, el esquila presentaba problemas morales para Tane y sus amigos.

—La oveja no quiere esto — explicó Tane, viendo cómo Michael cogía un animal y lo inmovilizaba entre sus piernas para esquilarlo. El carnero bramaba a modo de protesta.

—¿Y qué? —respondió atónito Michael—. Las ballenas tampoco quieren que les claven un arpón. Y eso nunca os ha molestado.

—Con la ballena es distinto. Con la ballena, primero se llama a

Tangaroa y se le pide perdón. La ballena nos perdona.

Michael lo dudaba, pero se encogió de hombros.

—Está bien, pero entonces pide también a las ovejas que te perdonen —objetó.

Tane hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tangaroa dios del mar —explicó—. La oveja no viene del mar. La oveja no es de aquí. Venir con los *pakeha*.

Michael entendió. Entre las divinidades de Aotearoa no había

nadie responsable de las ovejas. Pero había un remedio. Michael dio las gracias en silencio al padre O'Brien por sus amplias enseñanzas sobre los diversos santos de la Iglesia católica.

—Entre nosotros, san Wendelin es quien se encarga de las ovejas —comunicó a su futuro compañero de trabajo—. Podemos dirigirnos a él con una breve oración.

—Ahora solo tenemos que conseguir que se esfuercen un poco más —reflexionaba Michael

mientras hablaba con Robert Fyfe y un recién llegado a Waiopuka, el primo de Robert, George.

Se trataba de nuevo del esquileo. George Fyffe —quien nunca se olvidaba de mencionar que su nombre se escribía con tres efes— acababa de comprar una parcela de tierra en el norte de Kaikoura y la había bautizado como Mount Fyffe Run. Planeaba dedicarse allí a la crianza de ovejas a gran escala.

—Por el momento no logran esquilar más de una o dos ovejas al

día, les resulta agotador. ¿Qué tal si hiciésemos una especie de concurso? ¿Qué tal si premiásemos al esquilador más rápido con una botella de whisky?

El arreglo dio buenos resultados: Michael se metió en el bolsillo la primera botella, luego los hábiles indígenas lo aventajaron. Aun así, seguía pendiente el problema de si rezar a san Wendelin antes o durante el horario de trabajo. Hasta entonces, Tane y sus amigos se habían puesto en contacto con el santo antes de

esquilar a cada oveja, pero ahora pronto se pusieron todos de acuerdo en pedir una absolución colectiva previa al inicio del trabajo. George Fyffe y su capataz, Michael Parsley, no tardaron en ganarse fama de hombres especialmente honorables y temerosos de Dios. A fin de cuentas, ningún otro criador de ovejas convocaba a sus hombres antes de trabajar para rezar una oración.

Mientras Michael se iba

ganando un nombre y dejaba su cabaña en Waiopuka para mudarse a una casa de madera en Mount Fyffe Run, en Irlanda un sacerdote se peleaba con una difícil tarea. Ante el padre O'Brien había varias cartas: algunas de Kathleen Coltrane, que informaba del nacimiento y evolución de sus hijos y quien, para alegría del religioso, cada vez escribía con mayor fluidez y viveza; y una carta torpe, pero no por ello menos asombrosa, de Michael Drury. Este le contaba orgulloso su huida de la Tierra de

Van Diemen, pues no eran muchos los hombres que lo habían conseguido antes. Le comunicaba que se encontraba en Nueva Zelanda y camino de hacer fortuna con la caza de la ballena. Pensaba que, en un tiempo no muy lejano, habría ganado suficiente dinero para volver en busca de Kathleen y su hijo. Le pedía noticias sobre su «prometida» y le enviaba sus saludos.

El padre O'Brien, un hombre prudente, se marchó a Dublín en el vehículo de Patrick Coltrane.

Mientras el tratante de ganado se ocupaba de sus asuntos, acudió a las bibliotecas en busca de información sobre la lejana Nueva Zelanda. Esperaba que Christchurch y Kaikoura se encontraran a cientos de kilómetros de distancia o incluso en islas distintas. Así no se vería en la necesidad de mentir. Pero el viejo sacerdote sabía que se engañaba a sí mismo. Michael Drury estaba dispuesto a recorrer medio mundo para volver a ver a Kathleen O'Donnell. Un par de cientos de kilómetros le arrancarían

como mucho su característica y atrevida sonrisa.

Por añadidura, las esperanzas del sacerdote se demostraron falsas: Kaikoura estaba a unos ciento cincuenta kilómetros de Christchurch. Michael podría visitar a Kathleen y al hijo de ambos en pocos días. ¿Y entonces? ¿Le haría algún reproche a la muchacha? ¿Se pelearían él y Coltrane? ¿Cometería Kathleen un pecado mortal y abandonaría a su marido al reencontrarse con Michael? Kathleen no amaba a Ian

cuando O'Brien los había casado y, por sus cartas, no se diría que la situación hubiese mejorado con el tiempo. De hecho, no decía nada de su esposo, probablemente se avergonzaba de que fuese un chanchullero embaucador.

Cuanto más pensaba el sacerdote, menos conveniente le parecía informar a Michael del lugar donde habitaba su antigua amada. El que los dos casi hubiesen vuelto a reunirse debía de ser una de esas extrañas bromas que Dios hacía de vez en cuando. ¿O tal vez

una intervención del demonio para poner a prueba a todos los implicados? El padre O'Brien no quería sentirse culpable y, tras una larga reflexión, se decidió por la siguiente fórmula:

En lo que respecta a Mary Kathleen O'Donnell, hijo mío, poco después de que te deportaran se casó con el tratante de ganado Ian Coltrane. Los dos emigraron y lo último que sé de ella es que tiene tres hijos y viven, en el temor de Dios, en ultramar. Puede que esta noticia te decepcione, pero

Dios sin duda guio a Mary Kathleen y continuará protegiéndola a ella y sus hijos. El mayor responde al nombre de Sean. El niño nació pocos meses después de la boda y tiene, según cuenta Kathleen, un espíritu despierto y el cabello oscuro de su padre. Mary Kathleen, su familia y ahora también tú estáis presentes en mis oraciones diarias. Quedo pues al cuidado de tu salvación y de la de tu alma inmortal.

Afectuosamente,  
el padre O'BRIEN

## 4

—¡Mira lo que tengo! —Claire arrastró emocionada a su amiga Kathleen al interior de su casa—. O espera, ocupémonos primero de las niñas, no quiero que dejen huellas pegajosas sobre las cosas. Aquí, Chloé, Heather... pero ¡no os peléis!

Kathleen sentó a Heather al lado de Chloé, que jugaba en un

rincón de la sala con unas piezas de madera, y Claire dio a cada niña un pastelillo de té recién hecho. Era sorprendente lo bien que preparaba esos dulces, mientras que con el pan apenas si lograba hacerlo comestible.

—Una vez robé dos pastelillos —confesó Kathleen absorta en sus pensamientos. ¡Cuánto tiempo había pasado!—. No quería hacerlo, pero tenía tanta hambre... Y olían tan bien...

Claire rio.

—Bueno, ahora los tienes en

abundancia. Toma, coge más. Solo tenemos que dejar tres o cuatro para Matt. —Colocó generosamente dos sobre el plato de porcelana fina que tenía listo para Kathleen.

—¡Frutas escarchadas! — Kathleen comió con placer y tuvo que reconocer que nunca había saboreado los dulces trozos de fruta que su amiga había mezclado con la masa—. ¿De dónde las has sacado?

Ambas estaban sentadas, como casi todas las tardes, en la sala de Claire, que seguía escasamente amueblada. Habían pasado dos

años desde el nacimiento de su hija y el asunto de la mula, y tanto Matt Edmunds como Ian Coltrane parecían haberse resignado a la amistad de sus esposas. Al menos ambos maridos no se llevaban mal entre sí. Desde que la yegua de pelaje castaño le prestaba un buen servicio, consideraba que la primera mala compra había respondido a una mala estimación del tratante y estaba dispuesto a llevar una buena relación de vecino. Kathleen recurría a su ayuda con frecuencia. Ian esperaba

que la granja diera algún beneficio, pero en las épocas de siembra o cosecha no estaba presente y tampoco tenía ganas de arar la tierra o segar los cereales. Cada vez viajaba más por el país dedicado a la compraventa de animales.

Ian seguía comerciando con caballos, pero ahora tenía un rebaño de ovejas preciosas en la granja que, según la opinión de Kathleen, necesitaba con urgencia una esquila. A lo mejor, pensaban las mujeres, podrían llamar a unos

esquiladores profesionales. Ese tipo de cuadrillas habían aparecido recientemente, desde que la cría de ovejas y la producción de lana se habían convertido en una importante rama de la economía en las Llanuras de Canterbury. Ya se hablaba de los «barones de la lana» en referencia a los grandes criadores de ovejas, con los que Ian se esforzaba en hacer negocios, mientras Kathleen permanecía al cuidado de los animales. La relación de la pareja no había cambiado mucho, pese a que Ian se

había tomado con inesperada calma aquel cambio de mulas. No obstante, no había comprado a Kathleen ninguna montura nueva útil, sino que había dejado en la granja la vieja mula que en realidad había pensado vender a Matt Edmunds.

—¡A ver cómo te las apañas ahora para visitar a tu amiga! —se había mofado, con la esperanza de castigar más así a su esposa que dándole una paliza.

La joven se limitó a encogerse de  
de                   hombros,                   alimentó

generosamente al viejo animal y se lo dejó una vez a Claire, quien iba de forma periódica con el burrito al herrero de Canterbury. El hombre puso herraduras nuevas al animal, dio a Claire un unguento para la pata y le aconsejó que no lo cargara en exceso.

—«Todavía puede trabajar un poco —repitió Claire a su amiga, imitando la voz profunda del maestro herrero—. Llevar a una muchacha tan dulce como la señora Coltrane ¡tiene que ser una alegría para este animal!» —Naturalmente,

decía «señora Edmunds», su voz era normal y le dirigía una sonrisa cómplice—. Creo que está un poco enamorado de mí.

Kathleen no sabía nada de cómo iba la relación entre Claire y su esposo, pero le asombraba que la joven no se hubiese quedado embarazada otra vez en los últimos dos años. Era algo bastante inusual en una mujer joven y sana. En ese tiempo, Ian había dejado embarazada a Kathleen dos veces, pero en las dos ocasiones había abortado de forma natural.

—Probablemente trabajas demasiado —señaló Claire, apenada, después de que su amiga perdiese a una niña al quinto mes.

La misma Kathleen veía la causa en la creciente brutalidad de Ian. Seguro que no era bueno para los niños que estaban por nacer que cada vez que volviese de viaje, llegara más o menos borracho y se abalanzara sobre Kathleen para poseerla. Aunque también durante los primeros embarazos había hecho de forma regular el acto con ella, la había tratado con más

cuidado. Ahora, sin embargo, la penetraba sin la menor consideración y la golpeaba si ella se quejaba o dejaba ver que no tenía ganas. Él había engordado, mientras que Kathleen estaba más delgada. Sin embargo, ya no pasaba hambre. El huerto daba verdura, los campos cereales y varias veces al año Ian sacrificaba animales, por lo que siempre disponían de carne.

Pero Kathleen trabajaba de sol a sol y, sobre todo, estaba siempre en tensión. El motivo era, por supuesto, Ian, si bien asumía mejor

la relación con ella que con Sean. Los hijos de Kathleen tenían ahora cinco y seis años, y en cuanto a sensatez y destreza física apenas había diferencia entre ambos. Sean ya no podía brillar ante el más joven, al menos en las habilidades que resultaban importantes para Ian. Al contrario, en todos los asuntos que tenían que ver con el establo, Colin demostraba ser más ágil y sagaz que su hermano. A esas alturas ya sabía cómo tenía que esbozar su sonrisa pícaro para engatusar a los compradores de

caballos. Mientras que Sean tenía el cabello oscuro como sus dos «padres», Colin era rubio y tenía los mismos rasgos que Kathleen. Con sus hoyuelos, sus vivos ojos castaños y su carácter abierto encantaba sobre todo a las mujeres, e impresionaba a los hombres por la devoción que sentía hacia su padre.

Colin adoraba a Ian, lo idolatraba. E Ian lo hacía todo para reforzar ese sentimiento. Le elogiaba, le llevaba regalos, le dejaba montar los caballos que

estaban a la venta y a veces exhibirlos cabalgando delante de los compradores. Cuando hacía viajes cortos, Colin podía acompañarlo y se quedaba sentado tranquila y juiciosamente junto a su padre en el pub, mientras Ian se vanagloriaba de sus éxitos comerciales. Sean, por el contrario, nunca recibía regalos, lo que cada vez lo atormentaba más. Al principio, Kathleen todavía podía despistarle: «Vale, Colin tiene una piedra de jade, pero papá te ha traído un libro a ti. Mañana puedes

ir a buscarlo a casa de la tía Claire», pero a la larga eso dejó de funcionar. Sean percibía el rechazo y desafiaba, a su vez, a su padre y su hermano. Los niños se peleaban con frecuencia e Ian pegaba a Sean cuando no obedecía sus órdenes o le contestaba.

—¿Para qué tengo que limpiarte la silla si luego vas a decirme que Colin lo hace mejor? —replicaba Sean, por ejemplo, ganándose una paliza. Apretaba los dientes y no emitía el menor quejido cuando Ian le azotaba.

Kathleen se preguntaba de dónde sacaría el valor para ser tan rebelde, pero, naturalmente, Michael no había sido nada sumiso. Sin saberlo, Claire fomentaba la rebeldía de su alumno favorito en las horas de clase, alimentándolo con lecturas sobre personajes como Robin Hood y el rey Arturo. Las leyendas griegas y romanas eran sus temas predilectos. No solo bautizaba a sus animales con nombres pomposos procedentes de tales historias —la mula nueva se llamaba *Artemisa* en honor a la

virginal cazadora—, sino que describía vivamente ante sus oyentes jóvenes y adultos cómo Heracles y Teseo se ocupaban de que reinara el orden en el mundo antiguo.

Kathleen y Sean la escuchaban con una atención que nunca decaía. A veces, a Claire se le escapaba la risa al ver dos pares de ojos verdes abiertos de par en par y totalmente concentrados en sus labios. Ese era el único legado que Kathleen había dado a su hijo. Sin embargo, el verde de los ojos del chico no era

resplandeciente como el de ella, sino pálido y siempre algo velado. Sean tenía el cabello oscuro de Michael, cuyos rasgos angulosos se empezaban a dibujar en su rostro. Era muy inteligente, pero tendía ligeramente a la ensoñación. Su sentido de la justicia era más marcado de lo habitual. A veces necesitaba horas para dar de comer a los caballos ya que contaba el heno para no dar a unos más que a otros.

—¡A lo mejor algún día se convierte en juez! —decía Claire a

su amiga.

Kathleen se encogía de hombros. También podía imaginar a Sean en las funciones de un honrado agricultor o —en caso de que le fuera posible asistir a la escuela— un sacerdote. Tan solo la carrera como tratante de caballos no se ajustaba a su carácter.

Las dos niñas pequeñas, Chloé y Heather, todavía no mostraban cualidades especiales, solo se parecían a sus madres por su aspecto. Claire esperaba que Heather fuera tan bonita como

Kathleen, y esta deseaba a su vez que su ahijada Chloé sacase el carácter chispeante de Claire y su sensibilidad para lo nuevo. Como los pasteles moteados de colores que en esos momentos contemplaba Kathleen con desconfianza.

—¿Las has hecho tú? — preguntó, intentando sacar una cereza escarchada del pastel para observarla más de cerca.

Si bien Claire había aprendido técnicas que aligeraban sus tareas domésticas, seguía sin tener talento para desempeñarlas.

—Son frutas. Maceradas y hervidas en azúcar y zumo. No sé exactamente cómo se hacen, pero ¿verdad que saben muy bien? Las he...

Antes de que Claire pudiese explicar la procedencia de esas exquisiteces, irrumpieron los dos chicos en la sala de estar y se abalanzaron a la bandeja de los pastelillos de té. Colin empujó a Sean a un lado, quien a su vez le devolvió el empujón con igual brutalidad. Kathleen tuvo que separarlos. Cogiéndolos por el

cuello de la camisa, como quien coge del pelaje a dos cachorros gruñones, los mantuvo alejados al uno del otro.

—¡Comed, no os peléis! —les riñó con severidad—. ¡Y antes dad los buenos días! —Señaló a Claire, cuya presencia no habían advertido los recién llegados.

Sean enseguida volvió a la realidad, le tendió la mano a la visita e hizo una reverencia perfecta. Colin le dirigió su sonrisa irresistible, se inclinó brevemente y se interesó por su estado. A

Kathleen siempre le llamaba la atención esa diferencia. Sean era cortés pero reservado, mientras que Colin aprovechaba cualquier oportunidad para entablar conversación con su interlocutor y cautivarlo con una rapidez pasmosa.

—Las frutas son de mi madre —reveló Claire la gran novedad—. Le comuniqué el nacimiento de Chloé y envió una caja llena de sorpresas.

—¿Más porcelana? —preguntó Kathleen escéptica.

—No; ¡libros escolares! —  
respondió Claire complacida—.  
¡Una enciclopedia! Y frutas  
escarchadas porque me gustan  
mucho. Y tela para un vestido  
nuevo; le conté por carta que ahora  
coso.

Kathleen sonrió. Era una verdad  
a medias. Claire tenía tan poco  
talento para las labores de costura  
como para cualquier otra labor  
doméstica, pero ciertamente ahora  
sabía arreglar algunas prendas  
propias y de Matt y también cortar  
algún vestidito sencillo para la

niña.

—Mira, ¿a que me sentará estupendamente bien?

Claire sacó del prometedor arcón procedente de Inglaterra la tela y se la enseñó. Era realmente bonita, de un marrón dorado claro que acentuaba el resplandor de sus ojos. El arcón contenía además encajes de color crema hechos a mano. Se podía adornar con ellos el vestido e incluso hacerse un sombrerito.

—Pero me ayudarás a coser, ¿verdad? —pidió Claire—. ¡Mira,

quiero este! ¿Lo conseguiremos?

Dicho esto, sacó un montón de revistas del arcón y las extendió delante de Kathleen, que las miró con los ojos como platos. Kathleen Coltrane tenía veintidós años y veía por vez primera en su vida una revista femenina. Claire señaló los dibujos que ilustraban las nuevas colecciones de París y ya había elegido un vestido. Muy ceñido, por supuesto, que resaltara su fina cintura y que solo se pudiera poner con corsé. La falda caía en volantes que podían adornarse con encajes,

el escote era redondo y también provisto de encajes. Claire nunca podría coserse un vestido así. Pero ¿y Kathleen?

Estaba impresionada por la cantidad de patrones distintos que ofrecía la revista. Mangas de farol, cuellos redondos y cuadrados, volantes, vestidos para marineros y corsés de barba de ballena. En Irlanda, toda esa variedad habría maravillado, como mucho, a lady Wetherby, aunque incluso ella solía llevar en su casa de campo vestidos de casa y trajes de montar

sencillos.

—Tiene que ser un poco más corto —dijo Kathleen—. Si dejas que se arrastre por el suelo lo echarás a perder. Por lo demás, ¡es precioso! ¡Y claro que lo conseguiremos! ¡Matt se quedará maravillado!

Claire asintió, pero no parecía muy ilusionada, lo que preocupó a su amiga. ¿Dónde estaba el chispeante optimismo de Claire y su convicción de que Matt la amaba por encima de todo?

Antes, Claire habría recibido

ese comentario con una sonrisa de alegría anticipada, pero ahora necesitó más bien un par de segundos para rehacerse después de que Kathleen hubiese mencionado a su marido. Luego volvió a reír.

—¡Empezaremos enseguida! — declaró Kathleen complacida—. Te tomaré las medidas y lo cortas. Y luego te ayudo a coserlo. ¿Habrás tela suficiente?

La tela no solo bastaba para un vestido para la menuda y delicada Claire, sino también para una falda para la costurera. Aunque esta

sugirió hacer un vestidito para Chloé, Claire se negó rotundamente.

—No, ya que me ayudas con todo este trabajo, también tienes que sacar algo. Ian es igual que Matt, nunca te compra nada.

Era cierto, aunque a Kathleen le extrañó cómo lo había formulado. «Es igual que Matt». ¿Estaba desapareciendo el entusiasmo incondicional de Claire por su marido? Desde luego, resultaba fácil percatarse de que ambos maridos no eran especialmente

generosos cuando se trataba de sus esposas. Claire iba arreglando sus viejos vestidos y Kathleen llevaba años llevando siempre vestidos de algodón estampado, tela que Ian compraba a buen precio en algún sitio. A él le daba igual si el color armonizaba con la tez de Kathleen, sus cabellos y sus ojos, y la joven cosía sus vestidos siguiendo el patrón con que su propia madre cortaba vestidos de premamá.

La nueva falda resaltaba el tono dorado de su cabello y daba brillo a sus ojos. ¡Lástima que sus blusas

fueran de un material tan barato como sus vestidos! Pero la generosa Claire insistió en que cogiera los encajes sobrantes y que adornara con ellos su mejor blusa, de un delicado color verde.

Kathleen no podía dejar de contemplarse cuando se colocó frente al viejo espejo de Claire, quien todavía estaba más entusiasmada con sus nuevas galas.

—¡No me lo puedo creer! — exclamaba dichosa la joven, dando vueltas delante del espejo que, naturalmente, era demasiado

pequeño para mostrar la imagen entera—. ¡Es perfecto! De verdad, Kathleen, en Liverpool nos hacíamos la ropa en el mejor sastre de la ciudad, pero jamás lo hizo mejor que tú. ¿Dónde has aprendido?

Kathleen no supo qué contestar. Siempre se había desenvuelto bien con la aguja y el hilo. Claro que su padre había sido sastre y ella se había familiarizado un poco con lo que hacía, pero pocas veces había confeccionado James O'Donnell un traje de señora con tantos adornos.

En los años buenos, le habían encargado alguna vez un traje de novia, y también lady Wetherby le había pedido de vez en cuando algún arreglo. De esto se había encargado con frecuencia la misma Kathleen cuando servía en la casa grande. Siempre le había interesado la ropa.

—¡Podrías ganar dinero así! — exclamó Claire encantada—. ¿Sabes qué? ¡Cuando Ian vuelva a marcharse un par de días, te voy a buscar y nos vamos juntas a Christchurch!

Claire realizaba eventualmente estas salidas desde que los Edmunds tenían la nueva mula. Cuando *Artemisa*, a quien Kathleen y Matt llamaban simplemente *Missy*, no se necesitaba en el campo, Matt no ponía objeciones. Solo parecía encontrar pesado que Claire siempre llegase a casa encantada y le explicara todas las novedades. Kathleen había presenciado un par de veces cómo la criticaba severamente por ello. Su amiga callaba, decepcionada.

—Nos ponemos la ropa nueva y

vamos a la tienda de la vieja Broom. ¡Se le saldrán los ojos de las órbitas! Y luego echamos un vistazo en el hotel y a lo mejor vamos también a ver al párroco. ¡Sí, qué buena idea! Su esposa es una vanidosa de cuidado y tienen también una hija tonta y fea. Cuando nos vean pensarán que la niña podría parecer guapa si tuviera unos vestidos tan bonitos como estos.

Kathleen no pudo evitar echarse a reír.

—Pero no hay telas tan bonitas

en Christchurch —le señaló.

Claire frunció el ceño y luego sacudió incrédula la cabeza.

—Llevas tiempo sin pasarte por ahí, ¿verdad?

Kathleen nunca había estado en la pequeña y floreciente ciudad. Solo había visitado un par de veces con Ian la tienda de los Broom, pero entonces todavía estaba todo en construcción.

—Hay muchas telas en Christchurch y también un sastre de caballeros —le informó Claire—. En un par de años podrás adquirir

allí todo lo que hay en Londres, la ciudad crece a una velocidad vertiginosa. Pero ya lo verás todo por ti misma. ¡Nos iremos de tiendas!

Kathleen sonrió fatigada. La empresa planeada fracasaría porque ni ella ni su amiga tenían dinero propio. Pero Claire estaba de tan buen humor que prefirió no sacar el tema. Y tampoco quiso hablar de lo que Ian diría si Kathleen se paseaba vestida de domingo por las calles de Christchurch sin su vigilancia.

No, un viaje a la ciudad sin el permiso de su marido era totalmente impensable.

No obstante, Claire podía llegar a ser muy obstinada y, cuando una cosa se le metía en la cabeza, le costaba renunciar a ella. También esta vez, una semana más tarde, detuvo el carruaje delante de la casa de Kathleen. Bajó del pescante como una princesa con unos guantes blancos, que tuvo que quitarse para atar la mula. También ese lujoso complemento procedía del arcón

que le había enviado su madre; en Nueva Zelanda era perfectamente inútil, pero, por lo visto, a Claire la hacía feliz. La joven había vuelto a peinarse cuidadosamente. Los tirabuzones asomaban esta vez bajo un viejo sombrero que Kathleen había combinado con el vestido valiéndose de los encajes, y sus ojos brillaban ávidos de aventura.

—¡Vamos, vístete, Christchurch nos espera! —animó a su amiga—. Todos los niños pueden venir. ¡Subid, chicos! Pero ¡que no se caigan ni vuestra hermana ni Chloé!

Naturalmente, los Edmunds no poseían carruaje, Claire había enganchado la mula a un carro entoldado. En el pescante solo había dos sitios y los niños tendrían que ir detrás. Sean y Colin lo encontraban sumamente emocionante. Celebraron a gritos la expedición y Kathleen necesitó un buen rato para convencerlos de que se lavaran y cambiaran la ropa. Claire esperaba fuera a que todos estuvieran listos y al principio retrocedió asustada cuando vio a Colin. Se pavoneó delante de ella

con una chaqueta nueva a cuadros que hacía de él la singular caricatura de su padre.

—Vaya, qué guapo te has puesto —rió Claire cuando se repuso—. ¿Quién te la ha hecho? ¿Tú, Kathleen? —Era evidente que en ese momento dudaba seriamente del gusto de su amiga y, por tanto, también de su capacidad para convertirse en una modista de señoras.

Kathleen la miró afligida.

—El sastre de la ciudad. Ian la trajo el fin de semana. Se había

hecho una para sí mismo y sobraba género. A Sean, naturalmente, no le regaló nada.

—De todos modos, yo no me pondría algo así —observó Sean, aunque su voz delataba que estaba herido—. ¡Parece un... un leprechaun!

Claire estalló en una carcajada. Mientras ella contaba con gracia las historias, Kathleen poseía talento para dibujar, y cuando Claire describía vivamente a los protagonistas de sus sagas y cuentos, Kathleen con frecuencia

los dibujaba en un papel. Le gustaba especialmente dibujar hadas y gnomos de las leyendas irlandesas, y la semejanza del pequeño Colin en su chaqueta de gala con los originales enanos de Irlanda no le pasaba inadvertida.

—¡Solo falta el sombrero alto!  
—añadió Sean irónico. Él llevaba el traje de los domingos que le había cosido Kathleen. Tenía buen aspecto, pero era de tela barata—. ¡Prefiero un traje de marinero!

El chico leía todo lo que caía en sus manos, así que, claro está,

también devoró las revistas de moda de Claire. Mostraban las últimas tendencias en atuendos infantiles en Inglaterra: niños y niñas con trajes de marinero.

Claire hizo subir a los chicos al carro y les tendió a las niñas.

—Cuando tu mamá empiece a ganar dinero te hará uno —le prometió a Sean, y puso en marcha la mula cuando todos ya habían ocupado sus puestos.

Kathleen se ruborizó y movió la cabeza. Era una idea alocada. ¿Quién iba a pagarle por coser? Y

seguro que se arrepentía de «ir de compras» por mucha ilusión que ahora le hiciera.

La primera reflexión muy pronto demostró ser falsa, la última correcta. Al principio, Claire y Kathleen hicieron una entrada triunfal. Ya en la tienda de la señora Broom las prendas que llevaban tuvieron una estupenda acogida. Dos clientas expresaron sin reservas su admiración cuando vieron los nuevos estilos y se inclinaron impacientes sobre las revistas de moda que Claire,

previsóramente, había llevado consigo. Ambas descubrieron allí el vestido de sus sueños, pero ninguna se habría atrevido a hacérselo ella misma.

—¡Kathleen se lo hará! — sugirió Claire—. Si le pagan, naturalmente.

Kathleen se puso como un tomate y apenas si se atrevía a dar un precio cuando las mujeres se abalanzaron sobre ella.

—No sé... ¿Una libra?

Claire tampoco tenía ni idea, pero entonces intervino la cotilla y

gorda señora Broom. No era conocida por ir repartiendo generosamente consejos o por hacer felices a sus semejantes, pero era mujer de negocios.

—¿Una libra? ¿Quiere ofender a esa pobre mujer? ¡Por esa cantidad el señor Peppers, de la sastrería de caballeros, ni siquiera enhebra la aguja! —informó a sus clientas—. ¡No, no, señora Coltrane, no lo permita! Usted no puede confeccionar este traje por menos de dos libras, más bien de tres. Y si no se lo pueden permitir,

que se lo cosan ellas.

La señora Broom examinó con la mirada a las dos clientas, que enseguida vieron amenazada la reputación que gozaban de pertenecer a la clase acomodada de la ciudad. Por consiguiente, se apresuraron a encargarse los vestidos: una todavía tenía tela en casa y la otra eligió entre las existencias de la señora Broom.

—Pero los corsés no los puedo hacer —advirtió con prudencia Kathleen. Las clientas se habían decidido por vestidos con

auténticas cinturas de avispa.

—¡Yo los pediré a Inglaterra!  
—anunció satisfecha la señora Broom. Miró a Kathleen con expresión conspiradora cuando las complacidas clientas se marcharon—. ¡Y a mí me hace este! —dijo, señalando un elegante vestido de puntillas negro que había causado furor en París—. Pero por una libra, ¡a fin de cuentas le he conseguido dos clientas!

—¡Y ha vendido usted la tela para un vestido y dos corsés! —terció Claire, respondona—. Por

eso tendríamos que conseguir nosotras una comisión. No, si la señora Coltrane tiene que rebajarle algo serán, como mucho, dos chelines.

Las mujeres se pusieron de acuerdo en que Kathleen calcaría los modelos de vestidos de las revistas de moda y dejaría las ilustraciones en la tienda de la señora Broom. Por cada clienta que obtuviera, Kathleen le dejaría un chelín por pedido.

La señora Broom despidió a las jóvenes con expresión radiante. No

podía contenerse de alegría al pensar en su vestido francés.

—Le vas a coser el vestido en balde —profetizó Claire—. Y tendrá un aspecto horrible con él. Como un pastel de nata de luto... Pero te procurará tantas clientas que no darás abasto.

La siguiente parada fue en la parroquia, y Kathleen se sorprendió de lo mucho que Christchurch había crecido desde que ella se había mudado a las llanuras procedente de Port Cooper.

—Van a convertirla en

obispado —explicó Claire complacida—. Y nuestro reverendo Baldwin se hace, por supuesto, ilusiones. ¿No podrías decir, por ejemplo... qué sé yo, que has hecho un vestido para la esposa del Papa?

Kathleen se persignó.

—En primer lugar, yo no miento; y en segundo lugar, los sacerdotes católicos no se casan —dijo.

Claire frunció el ceño, buscando una alternativa.

—Pero a cambio, ellos sí llevan unos hábitos bastante

elegantes, ¿no? ¿Y un traje de baile para el obispo de Irlanda?

Kathleen se negó categóricamente a decir cualquier mentira que implicara una ofensa a su Iglesia. También se avergonzaba un poco de hacer una visita de cumplido, siendo católica, a los anglicanos, pero, aun así, la flaca esposa del reverendo y su regordeta hija encargaron un vestido cada una. Los intentos de regatear el precio fueron rechazados por Claire con la misma firmeza con que había rechazado los de la

señora Broom.

—Aunque tampoco estaría mal dejar en la iglesia un par de revistas de moda —reflexionó en el camino de vuelta—, o al menos en la parroquia. La vieja Baldwin es lo suficientemente avara como para permitirlo si consigue su ropa algo más barata. Pero creo que el reverendo se opondrá.

Claire insistió en celebrar las exitosas negociaciones con un té en el White Hart Hotel. La joven estaba en su elemento y entró en el local con la seguridad y la gracia

de la elegante dama que sin duda había sido en Inglaterra. Kathleen, que no se sentía cómoda entre los preciosos muebles, las cortinas de brocado y las arañas de plata, iba con la cabeza gacha. Pese a ello, atrajo miradas de admiración. Claire era bonita, pero la belleza de Kathleen apagaba la de todas las mujeres presentes en la sala, por muy tímida que fuera. De hecho, esa timidez todavía potenciaba más su poder de atracción. Sus mejillas se teñían de rojo y los ojos parecían más grandes. Claire miró sonriendo

cómo los camareros se peleaban por atender a Kathleen. Los clientes varones volvían sus asientos hacia ella y las mujeres la miraban celosas. Únicamente Claire experimentaba la felicidad que su amiga no podía disfrutar del todo.

—¡Ríete! —dijo a Kathleen—. Aquí eres especial. Gustas a todo el mundo.

Sin embargo, Kathleen no levantó la cabeza, apenas bebió té ni probó los pasteles y solo dio de comer a su hijita unos dulces de chocolate. Sean se comió diligente

un trozo de tarta, intentando manejar el tenedor con tanta destreza y naturalidad como Claire. Daba las gracias, pedía las cosas por favor y se esforzaba por que sus modales fuesen perfectos. Colin se atiborró de pasteles de crema e hizo cuanto pudo por relacionarse con el entorno.

—¡Qué chico tan encantador!  
—Kathleen escuchó los elogios de algunas clientas cuando las dos amigas cruzaban el salón hacia la salida. Todas parecían reprimirse un «Pero ¿por qué viste al niño de

ese modo?» cuando Colin cogió con orgullo su chaqueta a cuadros.

Claire se había ocupado de dejarla en el guardarropa escondida entre otros abrigos.

—Aquí es mejor que no digamos que eres modista —susurró a Kathleen.

Naturalmente, en cuanto llegó a Christchurch Ian oyó hablar de la escapada de su esposa y volvió a casa encolerizado. Al final de la tarde había dejado a Kathleen llena de moratones y le había cogido los

anticipos de los pedidos.

—¡Dinero de puta! —gritó.

En casa de su amiga, Kathleen derramó lágrimas de desesperación por las libras perdidas. Tendría que trabajar todo un mes sin recibir ni un chelín por ello.

—Y yo que pensaba que podría ahorrar algo —gimió—. Por si Sean quiere estudiar en la universidad.

Claire la abrazó y le puso pomada en el rostro golpeado.

—Ya lo harás. ¡Esto no volverá a pasarnos! —la consoló—. Yo

recogeré los siguientes encargos y cuando Ian esté en casa no trabajas. Lo mejor es que tampoco le enseñes nada a Colin, ¡ese pequeño traidor!

Kathleen la miró indignada.

—¡Colin solo tiene cinco años!  
—observó.

Claire arqueó las cejas.

—Pero se jacta de su aventura. Tú misma sabes las maravillas que cuenta de sus salidas con su padre. Estoy segura que le ha contado a su querido papá todos los cumplidos que el camarero te susurró en el

White Hart.

—Pero... pero ¡él solo era cortés! —defendió Kathleen al hombre.

Claire asintió con severidad.

—Ya sabes las conclusiones que Ian saca de estas cosas. Y Colin sabe lo que su papá quiere oír. ¡Incluso con cinco años, no te engañes!

El nuevo arreglo funcionó. Claire viajaba una vez al mes a Christchurch, dejaba los vestidos cosidos y recogía los nuevos pedidos. Además pidió a su madre

más revistas de moda, aunque no corrían prisa pues Kathleen se sentía inspirada para diseñar nuevos modelos. Daba rienda suelta a su fantasía desde que había copiado los vestidos de aquella revista en la tienda de la señora Broom y solo necesitaba las publicaciones para orientarse en las tendencias de la moda. Claire estaba entusiasmada con sus ideas y las clientas no lo estaban menos.

No hubo que esperar mucho para que Kathleen tuviera que rechazar algunos encargos porque

no daba abasto. Esto se debía en parte a que solo podía ponerse a coser por la noche, cuando había acabado el trabajo de la granja y Colin dormía. Kathleen no quería admitirlo delante de Claire, pero también ella se percataba de que convivía con el espía de Ian.

Entretanto, el esquileo se había llevado a término sin provocar nuevas crisis en el matrimonio de Kathleen. La cuadrilla de esquiladores se había presentado uno de los pocos días que Ian se encontraba en casa y Kathleen no

salió al exterior. Ian aprovechó la oportunidad para vender un caballo al jefe.

—Esto significa que la próxima vez tendremos que buscarnos a otro grupo —suspiró Kathleen, mirando a los animales liberados de la lana y los hermosos vellones—. El hombre pronto se dará cuenta de que el caballo castrado es un holgazán de cuidado y que además cojea. Aunque a lo mejor el año próximo ya no tenemos ovejas en esta época.

—¡Nosotros sí! —exclamó

Claire alegremente.

En casa de los Edmunds el número de cabezas de ganado no cambiaba continuamente. A diferencia de Kathleen, quien veía en las ovejas unas criaturas que se escapaban y lo ponían todo perdido, a Claire le gustaban. Se había entendido muy bien con los esquiladores e incluso ella misma había esquilado dos ovejas. Ahora ardía en deseos de aprender cómo se trabaja la lana. Kathleen se lo enseñó pacientemente y, en el tiempo que siguió, Claire adquirió

cierta destreza hilando. Pese a que Kathleen no esperaba gran cosa, ofreció su lana en la tienda de la señora Broom y, para su sorpresa, las mujeres de la ciudad la compraron complacidas.

—¡Ya te lo decía yo! —se alegró Claire, poniendo otro cargamento en su carro—. Puede que en Irlanda las mujeres hilen, pero en Liverpool nadie hace algo así. Hacen punto y ganchillo, pero cardar la lana, teñirla e hilarla no es posible en una casa de ciudad y vale la pena solo cuando se crían

ovejas.

Kathleen y Claire vendieron toda la lana que habían obtenido en las granjas y se alegraron de que a sus maridos no se les ocurriera reclamar las ganancias para sí. Ni Ian ni Matt ambicionaban convertirse en barones de la lana. Para Ian, los animales propios no eran más que una pesada boca que alimentar, e intentaba venderlos en cuanto podía. Y Matt estaba cada día de viaje entre Christchurch y Lyttelton. Se ganaba bien la vida transportando las propiedades de

los nuevos colonos o artículos de consumo de las llanuras a los barcos. Respecto a esto último, ya debería haberse dado cuenta de que cada vez se cargaba más lana para enviar a Inglaterra. Pero, o bien no consideraba dignas de mención a sus dos docenas de ovejas, o bien no se interesaba por lo que transportaba.

De hecho, daba muestras de desinterés, pues Matt cada vez parecía más aburrido y de peor humor. Claire sufría por ello, aunque no lo manifestaba. A

Kathleen, sin embargo, no podía engañarla. La falta de entusiasmo por el maravilloso, divertido y tierno Matt Edmunds constituía un indicio del desencanto de Claire.

La joven se alegraba mucho por los ingresos.

—¡Aún nos haremos ricas, Kathleen! —reía, pero luego se ponía seria—. ¡Nos iremos juntas!

Kathleen miraba con respeto su dinero. Lo contaba una y otra vez y no podía entender que tuviera esa pequeña fortuna. Pero esto la alertó. ¿Estaba pensando Claire

Edmunds en poner punto final a su matrimonio?

—Dicen... —susurró Claire, por fin sincerándose—. Bueno, las mujeres de Christchurch... dicen que Matt tiene una amante en Lyttelton.

Kathleen le pasó un brazo por los hombros para consolarla.

—Dudo de que sea verdad, Claire. ¡Seguro que son chismorreos!

—Tengo mis dudas —objetó Claire con tristeza—. En los primeros años, el mar estaba tan

movido que tenía que dormir en Port Cooper. Pero ahora esto pasa continuamente. Yo también me doy cuenta, Kathleen. ¡No estoy ciega!

—¿Ya no quieres acostarte con él? —preguntó Kathleen ruborizada—. Me refiero a que... no has vuelto a quedarte embarazada.

Claire se secó las lágrimas de los ojos.

—No es que no quiera —dijo en voz baja—. Todavía le amo, aunque haya cambiado tanto. Pero es él quien no quiere. Matt está... no sé qué lo hace tan descontento e

infeliz, pero... Bueno, creo... creo que si por Matt fuera, yo podría desaparecer mañana.

Claire Edmunds, la eterna optimista, rompió a llorar.

## 5

Los matrimonios de Kathleen Coltrane y Claire Edmunds no se hicieron más dichosos en los años siguientes, pero su negocio común tuvo un éxito insospechado. Kathleen ya no intentaba realizar ella misma todos los encargos de vestidos e incluso trajes de noche. Se concentraba sobre todo en el esbozo de los modelos y en el

corte; de coser se encargaban dos mujeres de la ciudad que había contratado Claire. Esta se dedicaba a tejer finas telas de lana. Trabajaba ella misma casi toda la lana de sus ovejas y se ocupaba de la de Kathleen cuando los Coltrane tenían animales en el establo durante el período de esquila.

La venta de cantidades pequeñas apenas valía la pena, ya que las florecientes granjas de los grandes barones de la lana suministraban a los comerciantes cantidades enormes de vellón de

calidad superior. La lana teñida y de estructura distinta se podía comprar como mucho en un estado ya trabajado, y Claire demostró mucho talento para conseguir efectos nuevos con distintos matices de colores. Sus mimadas ovejas colaboraban en lo que era imprescindible para la subsistencia de la familia.

Claire se quejaba de que el negocio de Matt no prosperase. Mientras que los demás barqueros y pescadores ya tenían botes más grandes y modernos y se ganaban

bien la vida con la venta de la pesca en Christchurch, Matt no progresaba. El dinero que obtenía, lo gastaba emborrachándose en el pub o en los barcos con amigos.

—Da gusto escucharlo —gruñó Ian, que de vez en cuando aludía a la decadencia de Matt—. Entretiene a todo el pub con sus historias de marinero. Pero así ni pesca ni transporta cargamentos, que, dicho sea de paso, también van escaseando desde que han mejorado el Bridle Path.

El paso ya podía cruzarse en

carro y cuando Ian se llevó a Colin para un viaje de varios días, Kathleen y Claire se atrevieron a marcharse a Lyttelton. Kathleen quería volver a ver a su amiga maorí Pere, y Claire, ansiosa por saber más sobre la lana, esperaba reunir recetas de los indígenas para teñir las fibras.

Naturalmente, Pere se alegró muchísimo. Se admiró de lo crecido que estaba Sean y regaló azucarillos a Heather y Chloé. Kathleen, por su parte, se maravilló del modo en que Port Cooper había

evolucionado hasta convertirse en la pequeña ciudad de Lyttelton, nombre que debía a un caballero de la Canterbury Association. Disfrutó de poder conversar, sin ser víctima de los ataques de celos de Ian, con el marido de Pere, John, y averiguó algo más sobre cómo evolucionaba su nuevo país.

—Han encontrado carbón en Westport y van a empezar a explotarlo —explicó el discreto hombre—. Pero todavía es más importante el hallazgo de oro en Otago. Todos los locos y

aventureros se dirigen a los yacimientos esperanzados en hacer fortuna. No muchos lo conseguirán, pero esto atrae a gente al país. Aunque, lamentablemente, no sea de la mejor clase. También se están fundando nuevas ciudades. Dunedin en el sur, en la costa, que está habitada por escoceses sobre todo. Blenheim en el norte, y en los alrededores hay muchos alemanes. Así que, lentamente, el país se está poblando.

—¿Y esto no le importa a su pueblo? —preguntó Claire a la

tranquila Pere, que estaba explicando a los niños las estrellas del cielo.

Era una cálida noche de verano y había disfrutado de la vista del mar mientras Pere asaba pescado y boniatos. En esos momentos un cielo nocturno y diáfano se extendía en lo alto y, para inmenso placer de Claire, Pere conocía los nombres de las estrellas. Aunque no en inglés, sino en su propia lengua.

Pere sacudió la cabeza.

—Aquí no. En Isla Sur, a la que llamamos Te Waka-a-Maui, nunca

ser muchos. Solo una tribu, ngai tahu, y muy pocos en el norte. No tenemos nada contra *pakeha*, si pagan nuestra tierra y nuestro trabajo. ¡Tenemos que vigilar, muchos son timadores! Pero nuestros jefes son listos, no se pelean mucho entre sí. En Isla Norte es distinto, hay muchas tribus, muchos pactos... En Waitangi los jefes cerraron un pacto con *pakeha*, pero hay muchos enfados.

—Aquí la gente está muy contenta cuando tiene trabajo —

intervino John.

Pere lo miró con una sonrisa irónica.

—Y dinero, ollas, mantas y ropa caliente —admitió—. ¿Quién no quiere vivir un poco mejor?

Kathleen y Claire asintieron. Su vida carecía de lujos pese a los buenos ingresos que Claire escondía en el establo bajo el estiércol y Kathleen detrás de una piedra suelta de la chimenea. Ambas vivían en una situación paradójica al no poder gastar nada sin que sus maridos se percataran

de sus ganancias. En esos momentos miraban con melancolía la acogedora casa de Pere, los cojines sobre las sillas, los tapices tejidos por las mujeres maoríes colgados de las paredes y las pequeñas esculturas de *pounamu*, la piedra de jade.

—El *hei-tiki* —señaló Pere, y regaló generosamente a Claire y Kathleen dos colgantes de jade con cintas de piel.

Claire contempló con reverencia el suyo, mientras que Kathleen lo escondió entre sus

ropas. Le gustaba tener un talismán, pero no quería ni imaginar cómo reaccionaría Ian si lo encontraba. Lo mejor sería esconderlo en el rincón secreto donde guardaba la carta de Michael y su rizo, así como el dinero.

Claire se unió a los pequeños astrónomos y cogió a su hija en brazos.

—Esa es la Vía Láctea —le dijo, señalando el cielo.

Pere sonrió.

—Nosotros la llamamos Te Ika o Te Rangi —explicó—. Y ahí está

Matariki. Muy importante para fijar la gran fiesta de año nuevo.

—¡Las Pléyades! —tradujo Claire—. ¿Y cómo llamáis a esa estrella de allá? Yo no sé qué nombre tiene.

La mujer maorí respondió pacientemente y el deseo de Claire de conocer mejor las estrellas de su nuevo hogar se vio por fin colmado.

A Kathleen, por el contrario, las estrellas no le interesaban. Mientras Claire y los niños repetían risueños las palabras maoríes, ella prefería aprenderse los nombres de

las colonias *pakeha* que John le enumeraba. Greymouth y Westport, Nelson y Blenheim, Dunedin y Queenstown. A las estrellas seguro que no viajaría. Pero tal vez encontrara ahí, en la Isla Sur de Nueva Zelanda, un lugar para ella y sus hijos donde refugiarse de las acusaciones, golpes e insultos de Ian.

Claire quería saber los nombres de las estrellas; Kathleen estaba decidida a alcanzarlas a la larga.

No obstante, fue pasando el

tiempo —corría el año 1858— antes de que pensara seriamente en hacer realidad sus planes de huida, cuyo desencadenante no fue, al final, ni la creciente desesperación de Kathleen ni la relación cada vez peor de Sean con Ian. Fue precisamente Matt Edmunds quien puso en marcha el engranaje.

Sean tenía once años, Colin diez y los dos iban a la escuela de Christchurch. El camino para llegar allí era largo, pero a Sean no le importaba cabalgar hasta la escuela, ansiaba aprender y desde

el principio formaba parte de los mejores alumnos. Gracias a las clases de Claire ya hacía tiempo que sabía leer, escribir y contar, y entendía incluso un poco de latín. Se había leído la mitad de la enciclopedia y había adquirido conocimientos notables sobre muchos asuntos menores. Ya los primeros días dejó estupefacta a su profesora con el empleo más o menos correcto de palabras como «absolución» y «pesquisa», por lo que le hicieron saltarse al principio un curso y luego tres. También entre

los alumnos mayores era de los mejores, y ya se hablaba de su ingreso posterior en el noble Christ's College, todavía en construcción.

A Colin la escuela le gustaba menos. Gracias a las clases de Claire, también él pudo saltarse el primer curso y habría podido hacer lo mismo con el segundo si hubiese sido más ambicioso. Para la profesión que iba a ejercer después como tratante de ganado — explicaba él mismo, y Kathleen consideraba que de ese modo

repetía la opinión de Ian— solo necesitaba aprender a contar. Los demás conocimientos que se impartían en la escuela le resultaban más bien un engorro. A Colin le gustaba más ayudar en el establo, preparaba los caballos antes de su venta, los montaba y no había nada mejor para él que acompañar a su padre en los viajes.

Seguía habiendo pocas localidades que dispusieran de mercados de ganado. La mayoría de las veces, Ian iba de granja en granja, con lo que Kathleen

sospechaba que evitaba las mayores y más importantes. Gente como los Warden en la Hacienda Kiward, los Barrington o los Beasley no permitían que les diesen gato por liebre y sin duda consideraban que estaba por debajo de su nivel recibir a un chalán como Ian. Traían sus animales de Inglaterra o los criaban ellos mismos. Ian negociaba principalmente con pequeños granjeros y en general conseguía apaciguar a la gente que había tenido una mala experiencia a causa

de sus artimañas. Respecto a esto, el whisky desempeñaba una función muy importante, por supuesto.

En la actualidad, Ian también bebía con frecuencia durante el día. El joven de pelo oscuro de quien Kathleen casi podría haberse enamorado, se estaba convirtiendo en el auténtico retrato de su padre: metido en carnes, de nariz roja y cara de torta, con facilidad de palabra pero también presto a utilizar los puños o coger el látigo. Ni en Irlanda ni en Nueva Zelanda se había hecho tan rico como

esperaba, pero los Coltrane tenían lo suficiente para vivir. Kathleen se habría contentado con que Ian la tratase de forma amable y con que no fuese tan manifiesto que prefería a Colin por encima de los demás hijos. Su rechazo hacia Sean aumentaba claramente y a Heather no le hacía ni caso. La niña, que ya había cumplido nueve años, sentía un miedo creciente hacia su padre, ya que veía cómo fastidiaba a su adorado hermano Sean y maltrataba a su madre.

Salvo Colin, toda la familia

solía respirar aliviada cuando Ian se iba de viaje. También el chico era el único que ese primaveral día de noviembre estaba de mal humor. Ian se había marchado por la mañana para un periplo de varios días, pero había dejado a Colin en casa para que no se perdiese las clases. El muchacho maltrataba al caballo que había en el corral delante de la casa. Sean limpiaba el establo de al lado y se peleaba con su hermano cada vez que salía al exterior con la carretilla. Según su parecer, trataba al potro con

demasiada dureza y el animal todavía no podía cumplir las tareas que le pedía. Kathleen estaba en casa y Heather recogía flores para un magnífico ramo rojo y amarillo. La niña emulaba a Claire, quería ser una dama y adornar como tal su casa.

La mula de Claire casi derribó a la pequeña. La alazana había aparecido por el camino sin pavimentar que unía la casa de Kathleen y el corral como alma que lleva el diablo. Claire la montaba sin silla y la guiaba por medio de

un cabestro de cuerda. *Spottey*, la burrita, la seguía a un ritmo no menos trepidante, llevando a la hija de Claire, Chloé, ya convertida en una amazona tan segura como su madre, aunque solía montar elegantemente en una silla australiana o de amazona. Ese día, sin embargo, también Chloé se sostenía a duras penas sobre el lomo huesudo de *Spottey*. Si madre e hija habían recorrido los casi cinco kilómetros a ese ritmo, la niña debía de estar magullada.

Claire y Chloé bajaron de sus

monturas con presteza y la niña hizo el gesto de ir a atar las yeguas, pero Claire parecía incapaz de actuar o pensar con sensatez.

—¡Kathleen! —llamó.

Cuando Kathleen salió presurosa de la casa, Claire se arrojó sollozando en sus brazos.

—Kathie, Kathie, yo... nosotros... nuestra casa... Matt...

Kathleen sostuvo a su amiga y la estrechó entre sus brazos. Por su mente pasaron velozmente todas las catástrofes posibles. ¿Se habría quemado? ¿Había muerto Matt entre

las llamas?

—¿Un... un incendio, Claire?

—preguntó cautamente.

Claire movió la cabeza sin decir palabra.

—Ha venido gente —dijo Chloé—, un hombre, una mujer y dos niños. Con un coche grande y muebles. ¡Y nos... nos han echado!

La niña parecía más sorprendida e incrédula que intranquila. No se daba cuenta de la gravedad de la situación.

—¿Que os han echado? —

Tampoco Kathleen comprendía

nada, aunque la invadieron los recuerdos de Irlanda. Grainné Rafferty en el muelle de Wicklow, la cabaña de los Drury derribada y quemada...—. Pero no puede ser, Claire, esta es una tierra libre. No hay hacendados, no hay terratenientes, no pertenece a los ingleses, pertenece...

—Esa gente dice que la ha comprado —señaló Chloé. Para tener ocho años era una niña muy madura que sabía expresarse con claridad—. Con todo el in... in...

—Inventario —completó Claire

mecánicamente, recuperando el control de sí misma—. Lo podían demostrar. El contrato de compra era correcto. Matt, ese canalla...

—¿Matt ha vendido la casa en que vivís? —preguntó horrorizada Kathleen.

Claire asintió.

—A lo mejor nos consideraba parte del inventario —indicó con amargura—. No obstante, los compradores estaban muy enojados de encontrarnos allí. Han dicho que Matt ya se había ido. El dinero de la granja lo ha invertido en una

goleta mercante. En estos momentos navega con ella rumbo a China.

Kathleen miró a su amiga deshecha y aterrada y, de repente, se serenó. Había postergado la decisión mucho tiempo, pero ahora se sentía empujada por el destino. No podía dejar a Claire en la estacada, todo en ella se rebelaba. Claire era demasiado bien educada e ingenua para sobrevivir en Christchurch o Lyttelton. Kathleen respiró hondo.

—¿Y qué ha pasado con tus vestidos, Claire? —fue lo primero

que preguntó.

Matt nunca se había interesado por el guardarropa de Claire, pero su madre le enviaba telas de vez en cuando. Claire y Chloé poseían para entonces un guardarropa variado que habían confeccionado con ayuda de Kathleen y del que se enorgullecían.

Los ojos de Claire lanzaban chispas. Por lo visto, empezaba a reponerse y su horror dejaba sitio a una saludable cólera.

—¡Formaba parte del inventario! —respondió alterada—.

Quise empaquetar algunas prendas, pero la mujer vio que no solo tenía un vestido viejo como este. — Claire llevaba un raído vestido de estar por casa, seguramente estaba trabajando en la huerta cuando la desgracia se cernió sobre ella—. Esa gorda fofa se colocó delante de mi armario y dijo que todas esas estupendas prendas se habían comprado con la granja.

—Esto habría que verlo — repuso Kathleen—. Un abogado de Christchurch...

Claire hizo un gesto de rechazo.

—Bah, olvídate, venderán la ropa antes de que el abogado aparezca... —sonrió irónica—. Pero ¡al menos nos quedan los animales!

—Que seguramente sí forman parte del inventario, ¿no? ¿Cómo has conseguido llevártelos?

Claire compuso una expresión casi traviesa.

—¡Estaban en el bosque, en la plaza de los Elfos! —contestó—. Y los nuevos dueños estaban ocupados en que yo no me llevara nada de la casa. Así que nos fuimos

a pie al río y luego rodeamos la granja y nos internamos en el bosque. ¡Y aquí estamos!

—No deberíais quedaros mucho tiempo —les aconsejó Kathleen—. Seguro que denuncian el robo.

Una sombra pasó por el rostro de Claire.

—No... no lo dirás en serio... —susurró—. No nos echarás de aquí, ¿verdad? Pensaba...

Kathleen agitó impaciente la cabeza.

—¡Déjate de tonterías, claro

que no os voy a echar! Pero tienes que comprender que donde primero mirarán será aquí. A más tardar cuando se enteren de que somos amigas. Además, Ian no dejará que te quedes. Nos vamos. Nosotras dos y los niños.

—¿Nos vamos las dos? —Los ojos de Claire se abrieron como platos—. ¿Quieres... quieres abandonar a Ian?

Kathleen asintió decidida.

—Ya hace tiempo. Estoy harta de que me humille y me pegue. No me he atrevido a hacerlo sola. Pero

dejemos eso ahora, tenemos planes que trazar. Lo primero es encerrar a los animales en el establo. Sean... —Miró alrededor y no solo vio al hijo mayor, sino a los otros dos. Sean aguardaba tranquilo y escuchando sentado en la valla del corral; Colin estaba a lomos de su montura con los ojos y los oídos bien abiertos. Heather y Chloé cuchicheaban, comentando a su manera los acontecimientos.

*Missy y Spottey* no estaban ya a la vista. Sean dirigió un guiño a su madre. Kathleen le sonrió. ¡El

chico era inteligente!

—Bien. Entonces vayamos a casa y vosotros empaquetáis vuestras cosas, niños. Tenemos que coger la calesa y la vieja mula. Ian se ha ido con el carro entoldado. Así que no os llevéis muchas cosas, apenas tendremos sitio para los seis. —Kathleen inspiró hondo y tomó fuerzas para hacer la pregunta más importante—: Claire, ¿tienes el dinero?

Kathleen suspiró aliviada cuando Claire asintió.

—Sí —susurró y volvió a

adoptar una expresión traviesa—. Chloé lo cogió del establo mientras yo discutía con la mujer a causa de los vestidos. Esa gente sería capaz de reclamar que era suyo. Pero ¡aquí está!

Sacó los billetes y monedas del bolsillo de su vestido. Guardaba el dinero en una preciosa cajita de caoba, una pieza más de su inútil ajuar, pero no habría podido llevársela en su acelerada carrera.

—¡Bien! —Kahtleen se sintió tan aliviada que abrazó a su amiga—. Entonces no es todo tan funesto.

Mira, tienes los animales, el dinero... Eres rica, Claire, ¡y yo también! ¡Nos vamos! Empezaremos en algún sitio de cero.

—Pero ¿dónde?

Claire, todavía algo sorprendida, siguió a Kathleen al interior de la casa. Esta puso agua a hervir y colocó pan y mantequilla sobre la mesa. Por mucha prisa que tuvieran, Claire necesitaba un té y también comer algo. Por su parte, Chloé parecía hambrienta y enseguida se puso a comer.

Los hijos de Kathleen no hacían ningún gesto de prepararse para la marcha, solo escuchaban fascinados la conversación de las mujeres. Colin había dejado el caballo en la cuadra.

—Tendrá que ser una ciudad — decidió Kathleen—. Y a ser posible que no haya surgido de una estación ballenera o algo similar. Allí no hay mujeres, así que ¿a quién venderíamos nuestros vestidos? Solo tomaremos en consideración ciudades como Christchurch.

—Pero ¡está demasiado cerca!

—objetó Claire.

Kathleen puso los ojos en blanco.

—¡Claro que no será Christchurch! Ian no tardaría ni medio día en encontrarnos y a ti te quitarían los animales y es posible que te llevaran a juicio por robo. No; creo que deberíamos ir hacia el noroeste, a Nelson, o hacia el sur, a Dunedin.

—Yo abogarí por Nelson, mamá —intervino Sean con su forma de expresarse algo afectada tras su lectura de la enciclopedia

— O por la Isla Norte. Allí hay grandes ciudades: Wellington, Auckland... donde papá nunca nos encontrará.

Sean era el único de los hijos que no parecía sorprendido por los planes de huida de Kathleen. Por lo visto, él mismo había estado reflexionando al respecto.

—Pero ¡yo no quiero separarme de papá! —saltó Colin, que tomaba conciencia de qué estaban hablando —. No es verdad que nos vamos, ¿verdad, mamá? ¿O qué? Nosotros... nosotros pertenecemos

a...

—Justamente nosotros no pertenecemos a tu padre, Colin — objetó Kathleen con súbita brusquedad—. No es justo que lleve años teniéndome aquí encerrada, ya estoy harta. Nos vamos a...

—¡Yo no voy a ningún sitio! — exclamó alterado el niño—. ¡Yo me quedo con papá!

Kathleen movió la cabeza.

—Tú no tienes nada que decidir, Colin. Ya has cogido demasiadas malas costumbres. ¡A

partir de ahora nada de tratar con caballos! Irás a la escuela y aprenderás un oficio honesto. Por Dios, desde que me casé con tu padre todo el mundo me reprocha sus chanchullos. ¡No podría mirarme en un espejo si hubiese de oír lo mismo de mi hijo!

Colin se levantó de un salto.

—Tú has vivido muy bien a costa de los chanchullos, tú y tu... tu...

Colin no manejaba las palabras tan bien como su hermano, pero Kathleen se cubrió de rubor

mientras su hijo intentaba repetir la acusación que Ian con tanta frecuencia le había arrojado a la cara. ¡Era imprescindible que los niños se marcharan de esa casa! No podía ni imaginar que llegaran a comprender un día lo que significaba la palabra «bastardo». Claire, por otra parte, parecía sospechar lo que el niño quería decir. También ella se sonrojó y bajó la vista.

Kathleen respiró hondo, levantó la mano y propinó un bofetón a Colin.

—¡Cierra la boca, Colin! Sean, llévate a tu hermano a vuestra habitación y ayúdale a recoger sus cosas. Una camisa y un pantalón de muda cada uno, un par de tonterías que queráis llevaros... Sí, Sean, por todos los cielos, también la enciclopedia.

—¿Todavía la tienes? —El rostro de Claire se iluminó.

Kathleen levantó la vista al cielo, pero Colin no se daba por vencido.

—¿Es que no me has oído, mujer? —preguntó con el mismo

tono y las mismas palabras que utilizaba su padre. Un escalofrío recorrió la espalda de Kathleen—. Yo me quedo. ¡Yo no me voy cuando papá no está! Y tampoco puedes coger la calesa. Es nueva, papá la compró y...

—Papá ha comprado todo esto con mi dinero —observó Kathleen serena—. Así que si solo me llevo la calesa y una mula, puede considerarse afortunado —añadió—. Y ahora, manos a la obra, niños.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer? —preguntó Colin desafiante

—. ¿Me vas a atar a la calesa? ¿Me atarás de manos y pies? Pues ya puedes hacerlo bien fuerte, mamá, porque cuando me libere me iré con papá. ¡Yo sé dónde encontrarlo! ¡Y luego irá a esa ciudad y te atrapará, o a la Isla Norte o donde sea que te escondas!

Claire miró a su amiga. Kathleen reconoció en su mirada, entre compasiva y temerosa, que creía la amenaza del niño. Y la expresión de Claire también se reflejaba en Sean. Él tampoco confiaba en su hermano.

—¡En algún momento tendrás que dejarme libre! —exclamó Colin en tono triunfal—. Entonces iré a la policía y te denunciaré. Y encontrarán a papá por muy lejos que estemos.

—Colin... —Kathleen tenía la sensación de que se le estaba desgarrando el corazón—. Colin, perdona que te haya pegado. Pero no podemos marcharnos sin ti. Tenemos que mantenernos juntos.

—¡Yo quiero estar junto a papá! —gritó Colin. Ya estaba casi en la puerta—. ¡Y ahora mismo me voy

con él!

Se deslizó rápidamente fuera de la cocina. Sean no dudó y salió tras él.

—No podemos dejarlo aquí —dijo Kathleen desesperada.

Claire le sirvió un té. En ese momento ella era la que tenía la mente despejada.

—Tampoco nos lo podemos llevar —dijo con determinación—. Nos crearía inseguridad. Siempre lo ha hecho. Acuérdate del viaje a Christchurch.

—Pero todavía es muy pequeño

—susurró Kathleen—. No es malo.

Claire se encogió de hombros.

—Para los niños no hay grandes diferencias entre lo bueno y lo malo —señaló—. Colin está influido por su padre. Como es natural, lo quiere y lo admira. Para Colin, Ian no comete ningún error. Pero tú, Kathleen, a sus ojos vas de error en error, lleva años escuchando los reproches que te lanza Ian. Tienes que explicarme exactamente lo que pasó. Sean...

Kathleen asintió, pero se llevó el índice a los labios.

—No delante de las niñas... — dijo en voz baja—. Pero si lo dejo aquí, significará... significará que lo abandono...

Claire la miró a los ojos.

—Puedes abandonar a Colin o abandonarte a ti misma —replicó con dureza—. ¿O debería decir «abandonar a Sean»? Cuando comprenda lo que has hecho por él... si hoy te vas, es posible que te quiera por eso. ¡Si te quedas, te odiará!

Kathleen giró la taza de té entre sus manos. En ese momento se

abrió la puerta y entró Sean.

—Se ha escapado —anunció jadeante—. Lo siento, mamá, pero es más rápido que yo. Se ha ido en dirección al bosque. Voy al establo para vigilar a los animales. Si coge el caballo estaremos perdidos.

—¿Quieres llevarte el caballo?  
—preguntó débilmente Kathleen.

Sean asintió.

—No tenemos opción. Por suerte tenemos uno. Pero si le dejamos a Colin una montura...

—Volverá —musitó Kathleen—. Esperemos un poco.

Sean hizo un gesto de impaciencia.

—Claro. Vendrá cuando tenga hambre. ¿Y entonces lo atarás?

—Ve al establo, Sean —dijo Claire—, y engancha la mula. En media hora estamos ahí.

Sean se balanceaba de un pie al otro.

—¿Mamá? —preguntó.

Kathleen se mordió el labio inferior.

—Haz lo que dice tía Claire, Sean.

Kathleen recogió sus patrones y

dibujos, ropa para ella y Claire. Por suerte era la más alta de las dos y podría arreglar unos vestidos para su amiga. Por último sacó el dinero del escondite de la chimenea. No era una fortuna, pero junto con el de Claire sería suficiente para una tiendecita. Pensó en si llevarse alguna de la valiosa ropa de Colin para Sean, pero se abstuvo, asustada. Colin sin duda crecería con la idea de que su madre era una ladrona y una puta, así que no quería robar a su hijo. Sean tampoco querría ninguna

prenda de Colin. Solo se llevó la ropa de su hijo mayor y la enciclopedia.

Sean ya había parado la calesa delante de la casa cuando Kathleen salió con sus pocas pertenencias.

Claire había ayudado a hacer el equipaje de Heather y cogido un par de cosas para Chloé.

—¿Te parece bien? —preguntó con timidez.

Kathleen le hizo un gesto de que no se preocupase.

La calesa de cuatro ruedas era relativamente nueva y casi un poco

señorial. Ian la conducía cuando vendía caballos de tiro a gente de la ciudad. Se le podían enganchar uno o dos animales y Sean lo había hecho con las mulas de Kathleen y Claire. El burrito iba atado detrás. El caballo también estaba al lado. Después de que Colin lo hubiese montado, todavía estaba ensillado y con los arreos. Por eso el niño había vuelto tan pronto a la cocina después de la llegada de Claire, porque no había perdido tiempo en desensillar al animal. ¿O acaso ya tenía en mente salir a galope en

busca de su padre?

Sean acondicionó el pescante para Kathleen y se dirigió al pequeño caballo negro.

—Yo montaré, así tendréis más sitio en el coche —dijo, atando su equipaje en la silla.

Las mujeres asintieron. Las niñas cogieron sus hatillos y subieron al asiento posterior. Kathleen amontonó sus cosas detrás del pescante. Poco después se pusieron en camino.

—¿A qué distancia queda Nelson? —preguntó Claire mientras

Kathleen llevaba las riendas.

—Unos trescientos kilómetros.

—¿De verdad Colin no viene?

—preguntó quejumbrosa Heather desde el asiento trasero. La niña miró entristecida hacia atrás. La granja junto al Avon desaparecía en ese momento tras un recodo del camino.

—Tesoro, Colin amenazó con traicionarnos si le obligábamos a acompañarnos. —Se diría que Claire iba a contar una historia ocurrida mucho tiempo atrás, tal vez en la corte artúrica—. Por eso

hemos tenido que dejarle hacer lo que él quería.

—¡Ese desgraciado nos traicionará de todos modos! — intervino Sean, que cabalgaba junto a la calesa—. No tenemos que ir por la carretera principal, mamá. Será mejor dar un rodeo.

Kathleen sacudió la cabeza.

—Lo sé —dijo apretando los labios—. Por eso he dicho que nos vamos a Nelson. Pero Nelson está muy lejos, Sean. El camino por la montaña es peligroso, no conseguiríamos recorrerlo con la

calesa, ni a pie ni a caballo. También está Kaikoura, la estación ballenera... Dos mujeres y tres niños... es demasiado arriesgado, Sean, aunque tienes razón en cuanto a la Isla Norte.

—¿Adónde vamos, entonces?  
—preguntó sorprendida Claire, mientras Kathleen ponía rumbo al sur.

Kathleen tomó la decisión final.

—A Dunedin. Donde están los escoceses.

## 6

La vida en gracia de Dios de Lizzie se prolongó durante siete años en casa de los Busby.

Fueron años emocionantes para la Isla Norte y la casa de James Busby se encontraba a menudo en el centro de los acontecimientos. Tras la llegada, lenta en un principio, de inmigrantes de Inglaterra, Irlanda y otras partes de Gran Bretaña, los

nuevos colonos acudieron en tropel una vez firmado el Tratado de Waitangi. Se fundaron ciudades y se explotaron terrenos agrícolas y yacimientos de carbón. Como representante británico de Bahía de las Islas, James Busby organizaba la topografía y la construcción de carreteras, recibía a los colonos más importantes y ofrecía su propio vino a las visitas, pese a que, para su gran preocupación, el resultado de sus esfuerzos no alcanzaba el nivel de los caldos alemanes o franceses. Solía gustarle hablar de

este problema con Lizzie, pues su familia no mostraba interés.

Cuando volvían a hacerle probar el vino de su marido, Agnes Busby ponía una expresión tan avinagrada como el sabor que, según su parecer, tenía la bebida. Lizzie, por el contrario, hacía cuanto estaba en su mano para plasmar las ideas que Busby se había formado sobre el correcto cultivo de la vid, al tiempo que no la intimidaba el trabajo en las cepas. Pero sobre todo hizo maravillas con los esforzados

viticultores maoríes. A esas alturas ya casi hablaba con fluidez su lengua y conseguía explicar lo que Busby había decidido, no para ampliar, sino para mejorar los resultados del cultivo de la vid. Ahora tenía muchos amigos maoríes, puesto que carecía de conocidos *pakeha*. Los invitados ricos de los Busby no prestaban atención a la doncella. Lizzie no se relacionaba con otros colonos más pobres y al parecer no había personal blanco en otras casas señoriales.

La joven habría vivido aislada si no se hubiese reunido cada vez con mayor frecuencia con los acogedores maoríes. Las doncellas y los jardineros la llevaban de buen grado a sus poblados, donde la recibían con imparcialidad y nunca le planteaban molestas preguntas acerca de su pasado. A Lizzie eso le producía una sensación de libertad, tanto más cuanto incluso sabiendo exactamente su vida anterior no la habrían juzgado. A los maoríes, el concepto de prostitución les resultaba tan ajeno

como la rígida moral sexual de los *pakeha*. Las muchachas maoríes entregaban generosamente sus favores antes de decidirse por un esposo, solo las hijas del jefe de algunas tribus quedaban excluidas de ello y se les imponían diversos *tapu*. Así que si había algo en Lizzie que extrañara a los maoríes era justamente su rechazo a elegir pareja. Ruiha, la niñera, le preguntó un día abiertamente al respecto.

—¿No te gustan los hombres?  
—inquirió, jugueteando con un mechón de sus largos cabellos

negros, que siempre se desprendían del formal moño que la señora Busby había impuesto—. ¿Te gustan más las mujeres? Yo nunca lo he visto, pero dicen que existe.

Lizzie se ruborizó.

—A lo mejor —balbuceó, avergonzada pero con franqueza—. He estado con muchos hombres... pero con mujeres no. Con mujeres... todavía no... Yo no sabía que era posible.

Ruiha asintió tranquila. Quizá no entendía la postura de Lizzie, pero la aceptaba.

Los señores de Lizzie contemplaban con cierto recelo que las amistades de la joven entre los indígenas aumentaran, aún más por cuanto las relaciones de los maoríes con los *pakeha* iban empeorando con los años. Los primeros habitantes de la isla ya no acogían a los recién llegados tan calurosamente como al principio. Por lo visto, percibían que su isla se iba poblando demasiado y que cada vez surgían más peleas. Naturalmente, solían ser a causa de malentendidos. Si había alguien que

dominase la lengua del otro, solían ser los niños maoríes que habían estudiado inglés en las escuelas de las misiones. Allí también les impartían lecciones de lectura, escritura y cálculo, con lo que los alumnos más inteligentes enseguida empezaban a poner en cuestión los contratos y las ventas de terrenos. James Busby tuvo que ocuparse de sus quejas o del malestar de los colonos contra esos maoríes respondones. Y la señora Busby se enfadaba porque, pese a que los indígenas llevaban años trabajando

en su casa, todavía no eran perfectos. Le resultaba imposible entender qué se le había perdido a su impecable doncella inglesa Lizzie en el poblado de los maoríes.

—¡Podrías quedarte aquí leyendo un buen libro, por ejemplo! —reprochaba inclemente a Lizzie cuando esta se retiraba después de la misa del domingo y ya estaba servida la comida—. Te presto uno. O te coses un vestido... ¿Por qué no te limitas a hacer lo que hacen las otras doncellas?

Lizzie desistía de señalarle por enésima vez que en ese lugar no había ninguna doncella *pakeha*. Además, leía despacio y con dificultades, y no sabía coser especialmente bien. En cambio, se divertía realizando tareas con las mujeres maoríes. Las ayudaba a recoger lino, a trenzarlo y tejerlo, aprendió a tocar una pequeña flauta con la nariz y preparaba carne y verduras en hornos de tierra que se alimentaban de la actividad volcánica. Lizzie, una joven de ciudad, aprendió con los indígenas

a atizar el fuego y pescar. Llevaba a su señora miel de rongoa y unos polvos de hojas de koromiko contra el dolor de cabeza. Todo ello era inofensivo, pero sin embargo creaba desconfianza en la señora Busby.

—¿No irás con sus chicos al bosque, Lizzie? —preguntó, ruborizándose como era de esperar—. ¿No habrá un galán negro entre ellos que un día de estos te deje plantada con su bastardo?

Lizzie podía negar lo primero con buena conciencia, y lo segundo

en realidad también, aunque había un hombre que la pretendía. Kahu Heke, un joven alto y fuerte, pero según las convenciones maoríes delgado, procedente de una de las mejores familias, prefería deambular por el campamento de cazadores de ballena, Kororareka, en lugar de desarrollar las virtudes tradicionales de los maoríes: el arte de la guerra, la oratoria, la caza y la danza. Kahu Heke llevaba el nombre de un famoso antepasado. Lizzie no entendía del todo si el gran jefe Hone Heke, que en la

última década había dirigido levantamientos en la colonia inglesa y con ello había iniciado la guerra de Flagstaff, era su padre o su tío.

En cualquier caso, Kahu era sobrino del actual jefe Kuti Haoka, quien con frecuencia le regañaba severamente cuando, tras una aventura espeluznante, Kahu volvía a sentarse a la hoguera de su tribu. Como a su gran antepasado, a Kahu le gustaba romper de vez en cuando el mástil de una bandera inglesa o robar la Union Jack. Se ocupaba de

mejorar la cría de ovejas de los suyos introduciendo en sus rebaños un par de animales estupendos de las granjas *pakeha* que, simplemente, le habían seguido. Asimismo, escribía cartas de reclamación por cada maorí que de algún modo había tenido algún problema con los blancos. Kahu dominaba perfectamente la lectura y la escritura, había recibido en la escuela de la misión una formación exquisita y, oficialmente, era cristiano; de forma no oficial solía apelar a los derechos de los

antiguos dioses cuando reclamaba que los colonos *pakeha* no explotaran las tierras que su pueblo consideraba sagradas.

Kahu todavía no tenía mujer y, tras años en la escuela de la misión, le resultaba difícil seguir las desenfadadas costumbres del *marae* de su tribu. Lizzie le gustaba y la cortejaba de un modo que no parecía ajustarse demasiado bien a ninguna de las dos culturas. A veces hacía bromas groseras que ruborizaban a la mujer blanca. Luego le ofrecía pequeños regalos

o recogía flores al estilo *pakeha*. El resto de la tribu se divertía enormemente. Lizzie no sabía si los maoríes apostaban a si Kahu conseguiría conquistar a su amiga *pakeha* y cuándo, pero probablemente lo hacían. Ella no le daba esperanzas, para lo cual podía alegar distintas causas. Kahu era un hombre apuesto, pero como miembro de la nobleza maorí tenía el rostro cubierto de tatuajes, y eso a Lizzie simplemente le repelía. Además, no quería volver a enamorarse de un joven que

siempre tenía un pie en la cárcel. En lo que a Kahu Heke concernía, ella no solo temía que se descubrieran sus correrías, sino también las revolucionarias ideas que cada vez expresaba en voz más alta.

Sin embargo, los ngati pau, a cuya tribu también pertenecía el *hapu* de Kuti Haoka, una especie de clan subordinado, habían sido en su origen muy afables con los blancos. Su gran jefe Hongi Hika fue uno de los primeros en firmar el Tratado de Waitangi. Con el paso del

tiempo, sin embargo, también esta tribu dudaba de la honestidad de los recién llegados. Los *pakeha* habían estafado demasiadas veces a los distintos *hapu* e *iwi*, las organizaciones tribales de los maoríes, con la compra de tierras, y las restricciones comerciales parecían ser válidas solo para los indígenas, no para los blancos. Siempre que volvía al poblado, Kahu Heke hablaba de nuevos casos de injusticia.

—Llegan a nuestra tierra, causan afrentas a nuestros *tapu*,

talan nuestros bosques para sus barcos. ¿Y qué recibimos a cambio? Su whisky y sus enfermedades.

—¡Pues a ti el whisky te sabe muy bien! —se mofó Ruiha.

Mientras Lizzie no sentía más que indiferencia, era evidente que su delicada amiga de cabello oscuro sentía debilidad por el joven agitador. Sin embargo, Kahu tenía razón respecto a las enfermedades. Muchos aborígenes morían a causa de enfermedades infantiles como el sarampión, que

entre los *pakeha* solían ser inofensivas. Y no todos los guerreros estaban acostumbrados al whisky, lo que provocaba conflictos en el seno del mismo *iwi*.

—No lo aguantaremos mucho más tiempo —proclamaba Kahu a voz en grito—. Escuchad mis palabras, tarde o temprano estallará la guerra.

A Lizzie le disgustaba escucharlo, pues le provocaba un conflicto de lealtad con sus señores. Sin duda, James Busby habría esperado de ella que le

comunicase estas actividades revolucionarias. Pero ella callaba, tanto en las reuniones de los maoríes como con los blancos.

Al final, lo que puso fin a su plácida vida con los Busby fue algo totalmente distinto a una rebelión. Lizzie se vio confrontada de la forma más repentina e inesperada con su pasado.

—Esta noche daremos una gran cena, Lizzie —anunció la señora Busby cuando la muchacha y las otras doncellas se presentaron a la sala de recepciones para el

encuentro matinal—. Así que, por favor, quiero veros a todas sirviendo con los uniformes limpios y los zapatos lustrados. Controla a las demás, Lizzie, ya sabes que son negligentes.

Las muchachas maoríes evitaban en especial el calzado europeo, que formaba parte del uniforme de servicio.

—Ruiha servirá la mesa, Lizzie se encarga de recibir a los invitados y después hablaré con la cocinera sobre el menú. Ah, y pulid otra vez la cubertería de plata. Los

señores vienen de Inglaterra y estarán acostumbrados a cierto refinamiento.

—¿A cuántas personas esperamos, señora? —preguntó Lizzie.

La señora Busby se encogió de hombros.

—Dos ingenieros o arquitectos británicos y un par de hombres de Russell. Se trata del proyecto de construcción de carreteras, otra aburrida velada para mí. Ah, sí, y coge un par de botellas del vino francés, Lizzie. A lo mejor

conseguimos abrirlas antes de que James aparezca con su vinagre.

Lizzie hizo una pequeña reverencia formal e inició los preparativos de la noche. A diferencia de las chicas maoríes, disfrutaba exponiendo la vajilla de porcelana y frotando la cubertería y la cristalería hasta que relucían.

Al final, también las doncellas resplandecían, limpias y aseadas. Permitían de buen grado que Lizzie les impartiera instrucciones hasta que la última cofia estaba perfecta. Por último, la joven esperó en la

entrada para recoger los abrigo y paraguas de los invitados. Era invierno y, aunque no hacía mucho frío, todo el día llovía a raudales. La belleza de las bahías y las colinas boscosas se escondía tras una cortina de lluvia.

Lizzie no reconoció a primera vista al hombre que se precipitaba hacia el interior para guarecerse del chaparrón, en medio de un grupo de otros caballeros vestidos con trajes oscuros. Fue cuando el ingeniero de carreteras, alto y rubicundo, se desprendió del

sombrero y del abrigo cuando se sintió fulminada por un rayo. Ante ella estaba Martin Smithers, y miró a la doncella tan pasmado como ella a él.

El primer impulso de Lizzie fue huir, simplemente salir corriendo y hacer como si no hubiese ocurrido nada. A lo mejor Smithers no la había reconocido y ella podía escapar antes de que recordara de qué la conocía. Pero, naturalmente, era ilusorio. De hecho, el hombre se recuperó de la sorpresa antes que la joven. Los ojos azules y

acuosos de Smithers brillaron lascivos. Sonrió a Lizzie con ironía mientras le daba el abrigo.

—¡Mira por dónde, gatita! ¡Qué alegría volver a verte! ¡Y otra vez trabajando! —Miró alrededor como un hurón y se inclinó hacia Lizzie al ver que los demás invitados estaban inmersos en la conversación—. No me gustó demasiado que te fueras, cielo. ¿Sabes a quién puso mi esposa en tu puesto? A un tipo pálido y lúgubre, que había seguido un curso para mayordomos antes de robar a sus patrones. ¡No es broma,

gatita!

Lizzie se tambaleó hacia atrás, como si el abrigo y el sombrero del caballero fuesen demasiado pesados para ella. Luego los llevó al guardarropa, mientras su mente trabajaba febrilmente. ¡Smithers la delataría! La detendrían y la devolverían a Australia. Pero tal vez los Busby querían conservarla, a lo mejor no iban tan mal las cosas. Quizás...

Smithers la siguió con la mirada cuando regresó e hizo una reverencia delante de los invitados.

Lizzie dio gracias al cielo de que Ruiha se encargase del servicio. Ella misma solo tenía que ocuparse de revisar en la cocina que los platos estuviesen dispuestos siguiendo las normas estéticas europeas. La cocinera se permitía eventualmente alguna creación exótica que la familia estaba dispuesta a probar, pero que se prefería evitar cuando había invitados.

James Busby, no obstante, no permitió que le privasen de la oportunidad de presentar su propio

vino. Después del primer plato, Ruiha apareció con las instrucciones del señor.

—Tienes que coger uno de nuestros vinos tardíos y de... decan...

—Decantarlo —la ayudó Lizzie, dando un suspiro.

Eso significaba que había que servir el vino con el plato principal y eso la obligaría a salir. Por lo visto, James Busby quería presentar a su genuina doncella inglesa con su genuino vino neozelandés. Por lo general, eso no la molestaba, pero

precisamente ese día...

—Gatita... ¡espérame en el pasillo! —Smithers le susurró esas palabras mientras ella le servía el vino en su copa de cristal—. Tenemos que hablar de un par de cosas...

Lizzie volvió a pensar en huir, pero sin duda era preferible escuchar qué tenía Smithers que decirle. A lo mejor era posible negociar. Por ello, abandonó con un pretexto la cocina tras el siguiente plato y aguardó en el pasillo que conducía al baño. Martin Smithers

no se hizo esperar mucho.

—¡No sabes cuánto te he echado de menos, gatita!

El hombre apretó a Lizzie contra la pared y la besó como si le fuera la vida en ello. Lizzie notó el sabor de la salsa del asado y un regusto de vino agrio. Sintió asco.

—Pero tú a mí no, ¿verdad? Seguro que la casa del señor Busby está muy abierta... Muchos clientes para una putita tan dulce como tú.

Ella intentó liberarse del hombre.

—¡Soy decente, señor Smithers!

—aseguró—. Desde que me marché de Australia no he cometido errores. Siempre he trabajado y... y ya llevo siete años con la familia Busby... ya he pagado mi delito.

Smithers rio.

—¡No lo dirás en serio, gatita! ¿Que ya has pagado tu delito? Será quizá tu pequeño robo en Londres. Pero ¿qué hay del dinero que le quitaste al pobre Parsley? Después de que lo sedujeras siguiendo todas las reglas de ese arte, se convirtió en el hazmerreír de toda la colonia. ¿Crees que no te denunció? ¡Te

buscan, gatita! Y esta vez no obtendrás ni una salida ni un indulto. A chicas como tú las encierran en el Penal de Mujeres durante diez, quince años.

Lizzie vio las paredes ante sí y pensó en el monótono paso de los días, siempre iguales. Entonces eso no le parecía tan terrible. Pero ya se había acostumbrado a la libertad. El vasto cielo sobre las bahías, los bosques con sus secretos y las fiestas con sus amigas maoríes.

—Señor Smithers... ¡por favor!

—Lizzie no sabía por qué suplicaba. Ese hombre no sabía qué era la piedad. Pero tal vez pudiera negociar con él.

»Señor Smithers, quizá... quizá sí le he echado de menos... —Trató de esbozar una sonrisa.

El hombre volvió a reírse.

—¡Ah, no mientas, gatita! Pero qué carita más dulce se te pone al sonreír. Esta cofia merece una cara sonriente... Oh, te... te comería. —Volvió a besarla.

Lizzie lo soportó con resignación. Entonces respiró

hondo.

—Señor Smithers, puede usted poseerme solo si no me traiciona.

Smithers se separó de ella y frunció el ceño.

—¿Y eso? —preguntó amenazador—. ¿Y quién me obliga?

—¡Yo! —contestó sin perder la calma—. Si no me jura por Dios que no me entregará, me pongo a gritar... ahora mismo, aquí.

Smithers rio con ironía.

—Pero nadie te creerá, cielito. Diré que te has abalanzado sobre mí.

Lizzie tuvo un impulso de matarlo. Había oído leyendas maoríes que trataban de guerreras. En las antiguas batallas, las mujeres luchaban junto a sus hombres, las muchachas esgrimían sus antiguas mazas de guerra, confeccionadas para manos femeninas. Entonces Lizzie había sentido miedo, pero ahora habría deseado tener una de esas mazas de jade para atizar el cráneo de ese hombre. Una y otra vez hasta no poder reconocer nada de su rostro ancho y sudoroso y de su malévola sonrisa.

—Señor, llevo muchos años sirviendo en esta casa —dijo dignamente—. Y hasta ahora no me he abalanzado sobre ningún caballero. Así que no será tan fácil que le crean. Naturalmente, puede usted hablarles de mi fuga, pero entonces me apresarán. Pasaré esta noche detenida por la policía. ¿Querrá entonces colarse en la comisaría y sobornar a un agente? ¿Quiere usted violarme en la pequeña celda donde hasta las paredes oyen? ¡Para eso es usted demasiado cobarde, señor! ¡Toda

Nueva Zelanda se enteraría de ello!

Smithers reflexionó. No le gustaba, pero debía dar la razón a la muchacha. Tal vez Lizzie estuviera perdida, pero en ese momento era la más fuerte.

—De acuerdo, gatita... ¿cuál es la alternativa? —Ya no sonreía, pero sus ojos ardían de deseo.

—Iré a la habitación de su hotel. Lo único que tiene que hacer usted es meterme dentro sin que nadie se percate, pero no es difícil, hay un acceso posterior.

Lizzie había estado con

frecuencia allí para entregar vino y otros productos de la granja. Naturalmente, Smithers interpretó su experiencia de otro modo.

—Así que ya has estado más veces allí de noche, ¿verdad, cielito? —repuso con una expresión cómplice—. ¡De acuerdo! Pero ¡espero una noche inolvidable!

Lizzie asintió. Si de ese modo compraba su libertad, no habría problema. Sabía por experiencia que no era un hombre difícil de contentar mientras llevara puesta la cofia.

Así pues, Smithers concluyó la velada temprano, él era el invitado principal, pero no consiguió convencer a los notables de Russell de que construyeran una carretera a Auckland. El ingeniero estaba distraído e inquieto.

—Como si estuviese planeando algo más —señaló asombrado Busby a sus amigos, con los que tomaba la última copa en la sala de caballeros—. Un tipo raro, tal vez sea mejor que nos busquemos a otro.

¿Cómo es que no se le había ocurrido antes? Lizzie se hacía esa pregunta ociosa mientras finalizaba sus últimas tareas. Ruiha y las demás se marchaban alegres con una parte de los restos de la comida para sus familias. La cocinera era generosa y la señora Busby apenas controlaba.

Lizzie, por el contrario, fue a su habitación. ¿Debía llevarse un hatillo? ¿Debía escaparse, para mayor seguridad, tras satisfacer a Smithers? Pero ¿adónde ir? ¡Le encantaba su trabajo en casa de los

Busby! Pese a ello, empaquetó un vestido de muda y algo de ropa interior. Había prometido a Smithers pasar toda la noche con él. Si él insistía en ello, tendría que volver directamente al trabajo.

Martin Smithers ya esperaba en la puerta posterior del hotel cuando Lizzie llamó prudentemente. Logró hacerla entrar en su habitación sin que la patrona se diese cuenta, lo que tranquilizó a Lizzie. Se habría muerto de vergüenza si la anciana y honorable señora que regentaba ese decente hotel la hubiese pillado in

fraganti con un huésped. Smithers apenas le dejó tiempo para desprenderse de su vestido, aunque al final encontró sumamente excitante que ella solo llevase su delantalito. Lizzie, que había temido que él le arrancara las ropas, dio de nuevo gracias a su suerte. A lo mejor todo salía bien y, a ser posible, sin embarazo. Hacía mucho que no controlaba su ciclo mensual, pero esperaba no estar en los días más peligrosos. De todos modos, luego se haría un lavado. Cuanta más seguridad, mejor.

Smithers reclamó su noche pero exigió poco de Lizzie. A ella le repugnaba que la obsequiara con sus húmedos besos y que le pidiera que hiciese reverencias delante de él con su delantal y la cofia al tiempo que decía frases como «La comida está servida, señor». Pero las embestidas de Smithers no eran dolorosas, era más bien un amante sin imaginación. De todos modos, Lizzie hizo cuanto pudo para ofrecerle una noche especial. Ejecutó su parte del trato y se mostró más tierna, servicial y

activa que en Campbell Town. Smithers se quedó dormido por la mañana. Lizzie todavía se quedó un rato junto a él. Quería volver a casa. Cuanto antes se lavara con vinagre, mejor. Y, desde luego, dormir un poco antes de ponerse a trabajar le sentaría bien, estaba agotada. Sin embargo, no esperaba poder descansar. Eran las cinco cuando se marchaba y sus tareas empezaban a las seis y media.

Lizzie echó un último vistazo al hombre que dormía, cogió su hatillo y salió sin hacer ruido de la

habitación. Solo esperaba no volver a verlo jamás.

Desafortunadamente, la patrona del hotel ya estaba despierta y ocupada poniendo orden en la cocina. El acceso posterior estaba por ello bloqueado, pero Lizzie no se atrevía a salir por delante. Así que esperó impaciente a que la mujer desapareciese en uno de los aposentos anteriores y echó a correr para llegar al trabajo a tiempo. Hacía frío en la calle y en el patio de la cocina de los Busby, pero Lizzie cogió un cántaro de

agua helada, lo subió a su habitación y se lavó a fondo. De repente recordó que había olvidado el vinagre. Antes siempre tenía una botellita en la habitación, pero este era el primer lavado en años. Reflexionó un momento en si tendría tiempo de ir a la cocina antes de que llegara la cocinera y decidió correr el riesgo. A la cocinera podía contarle cualquier cosa, pero un posible embarazo no se podía disimular. Cuando regresaba a su habitación, de pronto oyó voces.

—¿A estas horas, señor Smithers? —La voz airada de James Busby resonaba en la sala de recepciones—. ¿Tan urgente es su noticia? ¡Nos ha sacado de la cama, señor!

Busby no era hombre de trato fácil cuando le interrumpían el sueño. Lizzie sabía que tenía fama de colérico en la colonia, aunque se llevaba bien con él.

—Para cuando usted se hubiese despertado, esa bribona ya estaría de camino a la ciudad más próxima —replicó la amenazadora voz de

Martin Smithers.

Lizzie se quedó anonadada. ¡Menudo malnacido! Ella le había regalado esa noche, pero igual la traicionaba, aunque su cama todavía estaba caliente.

—Ayer no estaba seguro de que fuera la misma chica, pero cuando esta noche vino a mi hotel...

Lizzie sintió asco. ¡Conque eso iba a contar! Ella quedaría como una puta y una ladrona y hasta su propia esposa aceptaría la historia de Smithers. Así que todo estaba perdido...           Lizzie           deseó

desplomarse ahí mismo y llorar. Ni siquiera había logrado defender su virtud. No solo la habían traicionado, sino que ella había vuelto a venderse.

Pero entonces se repuso. ¡De momento todavía era libre! Martin Smithers hablaba agitado al somnoliento Busby. Hasta que este acabase de entender la historia y se dispusiera a detenerla, ella podría largarse. Si al menos tuviera un lugar al que ir... Imposible esconderse en Russell o Kororareka. Aunque Russell no

quedaba lejos, era poco más que un pueblo, y una mujer sola en una estación ballenera era una presa fácil. Allí solo se podría refugiar como prostituta, y cuando ofrecieran una recompensa por su cabeza, el siguiente cliente la entregaría.

Pero entonces se acordó del poblado maorí. ¿Cómo no se le había ocurrido el día anterior? Sus amigos no la delatarían, probablemente no entenderían por qué la perseguían. Y los *pakeha* no osarían entrar sin más en un

poblado ngati pau.

Lizzie no se atrevió a ir a su habitación, pero cuando salía se encontró con la cocinera, Ruiha y Kaewa, la otra asistente de la cocina.

Con la inmutable tranquilidad de su raza, las tres escucharon su confusa explicación. Lizzie ignoraba si las mujeres realmente la comprendían, pero no tenían la menor duda de que en el poblado sería bien recibida.

—Puedes quedarte todo lo que quieras —dijo Kaewa

tranquilamente.

—Podrías... mis cosas...

Lizzie quería pedirles que llevaran su hatillo, pero su conocimiento de la lengua no era suficiente. Estaba a un mismo tiempo agitada y muerta de cansancio. Trató de explicarse gesticulando. El austero equipaje hecho la noche anterior debía de estar todavía en su habitación.

Ruiha asintió dulce y discreta, como era propio de ella.

—Y si no podemos, te daré un vestido de los míos —dijo.

Lizzie supo apreciar ese ofrecimiento. A las mujeres maoríes les encantaban los vestidos occidentales y no tenían muchos.

En el *marae* de la tribu de Kuti Haoka reinaba, pese a la temprana hora, una gran animación: las mujeres asaban sus tortas de pan en los fuegos abiertos y cargaban los hornos *hangi*. Si por la noche querían comer carne bien asada, los hornos de tierra tenían que encenderse a mediodía como muy tarde. Los niños jugaban y los

hombres se encargaban del ganado: recientemente la tribu criaba ovejas. Recibieron a Lizzie tranquilamente. Nadie preguntó qué hacía allí en un día laborable, pero, por supuesto, las mujeres se percataron de su confusión y miedo.

—¿Estás enferma? —preguntó afectuosamente la madre de Ruiha —. Ve a ver a Tepora, ahora está hablando con los dioses, pero luego seguro que tiene tiempo para ti.

Tepora era la comadrona del poblado, tenía fama de sanadora experta y también desempeñaba la

función de sacerdotisa de los dioses. Lizzie no entendía del todo la esfera de acción de la *tohunga*, como se llamaba a esas mujeres, pero sabía que Tepora era complaciente y de una agradable serenidad. También en ese momento recibió a la joven sin grandes aspavientos, tostó pan para ella y calentó agua y hierbas. Lizzie se sintió mejor después de haber comido y bebido. A continuación empezó a hablar de Londres, de Australia y, por último, de esa espantosa noche.

Tepora le acarició suavemente la mano.

—Sabía que lamentabas tu pasado —dijo con cariño—. Todo esto determina tu vida presente, pero no tienes que permitir que te domine.

—¿Significa eso que soy culpable? —se ofendió Lizzie—. ¡Nunca anhelé la llegada de ese Smithers!

Tepora movió la cabeza.

—No entiendes, pequeña. No ves la diferencia entre *taku* y *toku*. *Taku* dice lo importante que eres

para tu historia. Y *toku* dice lo importante que la historia es para ti. Tú no eres importante para Londres y para Australia. Y ese hombre no es importante para ti.

—Siempre tengo que huir por su causa —objetó Lizzie entristecida—. De una vida que me gusta.

—A lo mejor vas tras una meta que te espera en el pasado —señaló a media voz Tepora—. Todos los tiempos son uno, Lizzie, tú puedes definirlos.

Lizzie suspiró. Nunca había

entendido los razonamientos de Tepora, pero comprendía que, por lo visto, la anciana no podía ayudarla. ¿O sí?

—¿Sabes de alguna hierba que pueda evitar quedar encinta? — preguntó esperanzada.

Tepora se encogió de hombros.

—No es seguro, pero un poco seguro —se limitó a decir—. Espera, voy a buscar algo. Te provocará sangrado.

Lizzie esperó delante de la casa de la mujer sabia. No debía entrar en ella, formaba parte de los

muchos *tapu* de las tribus. Tepora volvió enseguida con un cuenco y Lizzie bebió de un trago la amarga cocción. Al menos parecía haber evitado un peligro. Y luego, mientras se despedía de la *tohunga*, descubrió a alguien que posiblemente estaría dispuesto a ayudarla y que sin duda se hallaba bien anclado en este mundo.

Kahu Heke se deslizaba con naturalidad a través del campamento. El joven guerrero sonrió a Lizzie cuando ella se acercó; si no hubiese lucido

aquellos tatuajes marciales, Lizzie lo habría encontrado simpático.

—¡Estás aquí, Elizabeth! —la saludó alegremente. Siempre llamaba a Lizzie por su nombre completo—. Vengo a buscarte, el jefe quiere hablar contigo. Las mujeres dicen que has huido de los *pakeha*, ¿es así? —El rostro de Kahu resplandecía y se diría que las filigranas azules que cubrían sus mejillas bailaban—. ¡Bien hecho! Quizás ahora comprendas por qué me desagradan.

Kahu se había sorprendido a

veces de que Lizzie defendiera a los Busby de las acusaciones que él les lanzaba. En esos momentos la joven hizo un gesto de indiferencia.

—Era algo totalmente distinto —fue su vaga respuesta.

Kahu arqueó una ceja.

—Por lo que he oído, te han vendido a un viejo libertino.

Lizzie volvió a notar como la sangre se le agolpaba en las mejillas. Era difícil expresar en una lengua extranjera lo que le había pasado. Pero Kahu hablaba un inglés fluido, como la mayoría de

los jóvenes maoríes. Ella se alegraba de que la acompañara a la casa del jefe, tanto daba si lo hacía como protector, traductor o por simple curiosidad.

Kuti Haoka recibió a Lizzie delante de la *wharenuí*, la casa de las asambleas del poblado. Ese día no llovía, por eso se ahorró las extensas ceremonias que según las costumbres maoríes eran necesarias para autorizar la entrada de una mujer. No obstante, el escenario imponía el suficiente respeto. Kuti

Haoka, un anciano y prudente guerrero, se encontraba de pie, vestido con el traje tradicional, delante de la *wharenuī*, ricamente adornada con tallas de madera. Se protegía del frío con una voluminosa capa que le confería, junto con los tatuajes tribales, el aspecto de una peligrosa ave rapaz. Tras él y el pueblo se alzaban las montañas y, pese a la lluvia caída el día anterior, el aire estaba transparente como el cristal.

Lizzie, Kahu y los demás espectadores del poblado se

colocaron a una respetuosa distancia. También el jefe de la tribu era *tapu*. No debía ser tocado, incluso la preparación y consumo de sus comidas se desarrollaba siguiendo unas estrictas normas.

—¿Estás aquí, *pakeha wahine*, para pedirnos ayuda?

Lizzie tragó saliva al oír esa voz grave y profunda. Era la primera vez que el jefe le dirigía la palabra. Nerviosa, se dispuso a explicarse, pero Kuti Haoka la hizo detenerse y pidió escuetamente a Kahu que tradujese.

—Habla en inglés —la animó el antiguo alumno de la misión—. Será más fácil para todos. Aunque el jefe aprecia que hables nuestra lengua, también ve que hoy enmudeces bajo el peso del pasado. Yo traduciré.

Lizzie lo miró desconcertada.

Kahu suspiró.

—Él entiende que las palabras se te atascan en la garganta —le explicó.

Ella sonrió. Luego empezó a contar en inglés lo que le había ocurrido.

El jefe la escuchó con calma.

—¿Te han castigado alejándote de tu tribu a una isla con estrellas desconocidas? —preguntó incrédulo—. ¿Porque querías dar de comer a los niños y para eso cogiste un par de tortas de pan del fuego del vecino?

—Más o menos —dijo Lizzie. Kahu había traducido con bastante libertad—. Solo que yo no tenía una tribu propiamente dicha.

—¿Y luego te poseyó un hombre que tú no querías y las otras mujeres no intervinieron?

Lizzie movió la cabeza afirmativamente.

—¡Cualquier mujer habría escapado! —la apoyó Kahu.

El jefe asintió, pero reflexionó serenamente qué respuesta dar a Lizzie.

—Deseo ayudarte, *pakeha wahine*, pero no quiero problemas —explicó a continuación; o al menos así tradujo Kahu—. En los últimos tiempos, cada vez hay más mala sangre entre los maoríes y los *pakeha*, además de peleas tribales. Me resulta difícil, pues, enviarte a

otra tribu. A lo mejor a los de Waikato, que ahora acogen a nuestro rey. Podrías... ¿cómo se dice, Kahu? ¿Pedirles asilo?

Poco antes, a instancias de hombres moderados como Hongi Hika y Wiremu Tamihana, se había elegido un monarca entre los jefes maoríes. Esperaban negociar mejor con los blancos si se confrontaba a la reina con un *kingi*. Sin embargo, había sido difícil encontrar voluntarios para ese puesto, y, hasta el momento, la reina Victoria parecía ignorar ampliamente a

Potatu I de Aotearoa.

Kahu Heke sacudió la cabeza. Sus ojos brillaban traviosos, como si estuviese planeando otra vez una acción contra los *pakeha*.

—¡Potatu no entenderá de qué se trata! —señaló al jefe—. Además no tiene la menor influencia. Hazme caso, eso no provocará más que fastidio. Pero... pero si me das la gran canoa, la canoa del jefe, la llevaré con los *ngai tahu*.

—¿Con quién? —preguntó Lizzie. Todavía no había oído

hablar de esa tribu.

—A la Isla Sur —respondió Kahu en voz baja para no perturbar la reflexión del jefe sobre su audaz sugerencia—. Ahí nunca te encontrarán.

—Pero... pero la Isla Sur... Vengo de ahí. Tenemos que atravesar todo el país. —Lizzie sentía vértigo al pensar en los días que había durado el viaje con James Busby—. Me encontrarán antes de que lo consigamos.

Kahu sacudió la cabeza y le pidió que se callara.

—¿Qué pasa? Llevar a la *wahine* a un lugar seguro aumentaría el *mana* de los dos. Todas las tribus hablarían de nosotros.

El *mana* designaba la influencia y prestigio de un guerrero.

El jefe miró con severidad a su sobrino.

—Los hombres junto al fuego pueden divertirse con una historia así, Kahu. Pero ¿que aumente el *mana* que los espíritus te conceden? ¿Acaso el combate que libramos aquí por Aotearoa no es

demasiado serio y sagrado como para que sea determinado por muchachas raptadas y mástiles de banderas derribados?

Kahu hizo un gesto de indiferencia.

—Depende del espíritu —se le escapó en inglés—. El jefe Hone Heke se partirá de risa allí en Hawaiki.

Su antepasado Hone Heke había muerto unos años antes y residía ahora, según la creencia de los maoríes, en la legendaria isla de Hawaiki.

Kahu hizo un breve guiño a Lizzie, pero luego se recompuso y lo formuló de forma más digna en su propia lengua.

El jefe no se dejó impresionar.

—¿Has cometido tal vez una falta, Kahu? ¿Quieres irte? ¿Volveremos a ver la canoa? ¿Por qué te aventuras a un viaje que puede costarte la vida?

Kahu colocó la mano sobre su corazón.

—¿Qué crees? ¡Claro que volverá la canoa! Y no me costará la vida, soy un buen navegante. ¿Y

que por qué lo hago? Bien, ¿por qué raptó Kupe a Kura-marotini?

Lizzie no entendió lo último, pero vio que el jefe sonreía burlón.

—Así que el viaje nos llevará a nuevas islas con la bendición de los dioses —observó—. Pero también Kupe regresó, como es sabido. — El jefe pareció arrojar una mirada crítica a Lizzie.

—¿Qué le has dicho? —susurró la joven a Kahu—. ¿Por qué quieres llevarme lejos?

El muchacho maorí la miró con ingenuidad.

—Porque tenemos enemigos comunes —respondió—. Y no hay mejor amigo que el enemigo de tu enemigo.

Lizzie arrugó la frente. No eran palabras que le resultasen extrañas en Kahu. En el fondo tendría que haber comprendido una parte. Pero tal vez los maoríes hablasen con insinuaciones. Solían hacerlo, Lizzie creía con frecuencia que se necesitaba más de una vida para escuchar todas las leyendas e historias sobre Aotearoa y sus antiguos héroes y llegar a

comprender su significado.

Kuti Haoka tomó finalmente una decisión.

—Bien —anunció, dirigiéndose en voz alta a los hombres de su tribu—. Kahu Heke, el hijo del jefe de los ngati pau, viajará con la gran canoa. ¡Navegará con la bendición de los dioses! Que Tangaroa acompañe su viaje. Prepararemos la canoa.

»Y tú —se volvió hacia Lizzie — te quedarás aquí hasta mañana. Pero si quieres acostarte con mi sobrino hazlo en la casa de las

asambleas. Conozco las costumbres de los *pakeha*. Y no debes manchar tu honor con un hombre de mi sangre. —Dicho lo cual, se retiró.

Lizzie se abalanzó sobre Kahu.

—¿A qué se refiere? ¿Tenemos que casarnos? Pero ¿por qué?

Pernoctar juntos en la *wharenuī* de la tribu significaba casarse. Los hombres y mujeres que simplemente querían pasárselo bien juntos salían al aire libre. Pero de ese modo no ensuciaban, según el parecer de los maoríes, el honor de las mujeres...

—El jefe ha entendido mal

alguna cosa —sostuvo Kahu sin reflexionar—. No te preocupes. No te haré nada, ni hoy ni durante el viaje.

Lizzie dejó de buen grado el tema a un lado. Había otras cosas que la inquietaban mucho más.

—¿Qué idea te haces de lo que va a ser el viaje? —preguntó, pensando en la alocada ocurrencia de Michael y Connor de huir en un pequeño velero desde Australia hasta Nueva Zelanda—. ¿Navegaremos a vela? ¿O con remos? ¿Solos los dos? ¿Sabes lo

lejos que está? ¡Tenemos que dar la vuelta a toda la isla! Son muchos kilómetros, y es invierno.

Lizzie creía recordar que Inglaterra no enviaba ningún transporte de presos antes de la primavera. En invierno las aguas estaban muy bravías, y eso seguro que también sucedía en el mar de Tasmania.

Kahu la miró severo.

—A ver, ¿quieres escaparte del viejo que te está buscando o no? — preguntó casi enfadado. Por lo visto, había pensado que le daría

las gracias en lugar de plantearle preguntas engorrosas—. ¡Y no me digas tú lo lejos que está! Al parecer te olvidas de que nosotros ya dimos la vuelta a la isla diez generaciones, antes incluso de que naciera vuestro Tasman. En verano y en invierno, en primavera y en otoño. Y ahora, disculpa. Debo ocuparme de la canoa del jefe.

## 7

Echar la canoa del jefe al agua parecía un asunto muy complicado e impregnado de espiritualidad. Los hombres de la tribu permanecieron el resto del día en la playa, ejecutando danzas, canciones y bendiciones.

Lizzie se enteró solo tangencialmente, pues las mujeres de la tribu no se ocupaban de la

embarcación. En cualquier caso, las mujeres y niñas prefirieron ocuparse de la preparación de una opípara cena. Lizzie las ayudó a cortar, especiar y cocer verdura, pescado y carne de cerdo. Era evidente que planeaban celebrar una fiesta de despedida. Todos estaban contentos y, ya por la tarde, las muchachas más jóvenes se habían puesto el traje de baile tradicional: faldas de fibra de lino endurecida y blusas tejidas. Por encima se colocaron mantas para protegerse del frío invernal.

Cuando oscureció, los hombres seguían festejando en la playa y las mujeres saludaron a Ruiha y Kaewa, así como a la cocinera de los Busby. Lizzie estaba impaciente por que le contasen las novedades de la casa del representante británico y se alegró cuando Ruiha le dio su hatillo. Lo había cogido antes de que advirtieran la ausencia de Lizzie.

—El señor y la señora tardaron un poco en entender lo que ese señor Smithers contaba de ti —dijo Kaewa.

—¿Y? ¿Le creyeron? —Lizzie tenía que preguntarlo aunque, claro está, ya sabía la respuesta. Sin embargo, al menos aunque fuera durante la fracción de un segundo quería pensar que los Busby habían sabido apreciar los largos años que había pasado trabajando incansablemente para la familia. A lo mejor habían puesto a Martin Smithers simplemente de patitas en la calle. O tal vez enviaran a la Tierra de Van Diemen una carta solicitando su indulto. Seguro que se lo concedían. Tantos años de

prueba en una familia como la de los Busby valían más que una fuga. Pero Ruiha se limitó a asentir.

—Sí, al final sí. Y más aún porque te habías marchado. Quizá si te hubieses quedado...

—¡Tonterías! —Era Kahu Heke, que por fin había regresado de la playa. Le seguían los demás hombres, hambrientos tras los cánticos y danzas en aras de los dioses del mar—. ¡Ni se te ocurra volver, Elizabeth! Los blancos siempre piensan lo peor de los demás, incluso de sus semejantes.

Kaewa asintió.

—La señora ha dicho que en los últimos tiempos veía algo sospechoso en ti. Que vinieras asiduamente a nuestro poblado la hacía desconfiar.

Lizzie contuvo las lágrimas. De nada servía llorar por el orgullo herido. A fin de cuentas, llevar una vida en la gracia de Dios no parecía parte de su destino.

—¡Toma, come algo! —le aconsejó Kahu, tendiéndole un plato con carne y boniatos—. Y bebe un trago. —Le tendió una

botella de whisky—. ¡Olvídate de los Busby! ¡Mañana estaremos navegando!

Por la mañana, Kahu cargó la canoa del jefe con provisiones y agua. Lizzie lo ayudó, aliviada al ver la embarcación. Hasta el momento se había imaginado que una canoa era una especie de bote de remos pequeño. Pero en ese momento la *Hauwhenua* estaba ante ella, una elegante canoa de batangas decorada con tallas de madera, el orgullo de la tribu de Kuti Haoka. Tenía la misma forma de los

pequeños botes con que los hijos de los Busby solían jugar en la bahía. Por lo demás, tenía espacio para veinte remeros o pasajeros. Por regla general, una canoa de ese tipo no se movía mediante fuerza muscular, sino con velas. La batanga se encargaba de que cuando el mar estaba agitado el bote no volcara.

Kahu explicó a Lizzie que la vela, que para ella tenía una forma muy extraña, también cuidaba de su seguridad. No era cuadrada, sino oval y se desplazaba por dos raíles.

—Gracias a esto es más rápida —indicó el joven—. Y además, cuando sopla el viento, es muy segura. Un invento muy importante, solo a los *pakeha* no se les ha ocurrido todavía. —Kahu sonrió animoso, mientras arrojaba a bordo el hatillo de Lizzie—. ¡No debes tener miedo *pakeha wahine!* —añadió con dulzura—. Me sabe mal haber sido grosero contigo, no entendía que al viaje te daba miedo.

Lizzie asintió. Había estado reflexionando sobre las palabras que Kahu había dicho al jefe el día

anterior. Kupe había sido el primer inmigrante llegado de Polinesia a Nueva Zelanda, y Kura-marotini era su esposa. Kahu tenía que haber comparado con ellos a sí mismo y a Lizzie, y el jefe había supuesto que su sobrino esperaba una recompensa de amor por el viaje a la Isla Sur. Eso no le había agradado, pero Lizzie entendía que Kahu todavía no quisiera casarse con ella. En el fondo, ella estaba dispuesta a entregarse a él para darle las gracias por haberla salvado. Los hombres solo insistían

una vez en estas recompensas, e incluso si su rostro no le gustaba, tenía un cuerpo tenso y ágil. Dormir con él sin duda sería más agradable que las noches que había pasado con Martin Smithers.

—¿Qué significa *Hauwhenua*?  
—preguntó para llevar la conversación a un terreno más inocente.

Kahu sonrió.

—«Viento que sopla de la tierra» —contestó—. La canoa debe alejarnos de la costa.

Finalmente casi todo el poblado acompañó a los viajeros al agua. Delante de todos iba el jefe, su intocable hija y varios sacerdotes. También la partida con la *waka ama* transcurrió entre cánticos y bendiciones.

Finalmente, Kahu ayudó galantemente a Lizzie a subir a la canoa. La joven no pudo menos que sonreír. Ahí estaban, en la playa de Aotearoa, rodeados por unos cuantos indígenas que cantaban y danzaban medio desnudos, pero Kahu se comportaba como una

especie de galán invitando a su amada a dar un paseo en un bote de remos por Hyde Park. El comportamiento de Kahu respondía a una mezcla de costumbres tribales y de la educación inglesa que le habían dado sus profesores europeos. Lizzie se preguntaba qué era lo que triunfaría al final.

Al principio, Kahu condujo la *Hauwhenua* en el sentido opuesto a la Isla Sur. Creía que era más conveniente rodear la Isla Norte por el lado oeste a través del mar de Tasmania. A Lizzie casi la

invadió el pánico cuando perdió la tierra de vista, pero su acompañante maorí se limitó a reír, si bien con cierta tristeza.

—No confías en mí, ¿verdad, Elizabeth? ¿Es porque no soy blanco? ¿O porque me consideras un vagabundo?

Lizzie se arregló el pañuelo que se había atado alrededor del cabello. Hacía un frío penetrante. Luego trató de sonreír.

—Es... es solo... que el barco es muy pequeño. Y... y tú no eres marino.

Kahu volvió a reír, en esta ocasión con franqueza.

—Yo nací para marino, Elizabeth, como todos los hombres de la tribu. ¿Nunca has visto a los niños maoríes con sus pequeñas canoas en las playas? Pero puedo tranquilizarte de otro modo. He navegado con un velero de tres mástiles inglés, de Tamaki Makau Rau a Londres.

—¿Estuviste en Londres? — Lizzie se irguió. Apenas si podía creérselo. Tamaki Makau Rau era el nombre maorí de Auckland.

Kahu asintió.

—Sí. Quería conocerlo. Por eso me enrolé en un barco inglés. Hay que conocer al enemigo para vencerlo. Y quería saber qué planeaban los *pakeha*. Lo que quieren hacer de nuestra tierra si se lo permitimos. Y ya te digo que no me gustó.

Lizzie se encogió de hombros.

—Bueno, Londres no es feo, pero el barrio del puerto...

—¡Es una cloaca, Elizabeth! Tú misma lo sabes. Claro que también hay casas bonitas, casas grandes y

gente rica. Pero la tribu no está unida. La sociedad está podrida. He visto a esos niños en los barrios malos que solo pueden elegir entre robar o morir de hambre. Puedo imaginarme cómo fue tu pasado.

Lizzie se ruborizó.

—¿Te...?

—¿Que si pagué a una chica *pakeha* para pasar una noche? — Kahu sacudió la cabeza—. No. Pero no porque yo sea tan buena persona, siento decepcionarte al respecto. Me fui con los otros marineros por la ciudad. Pero las

chicas no me querían. —Señaló sus tatuajes.

Lizzie sonrió.

—A mí... a mí no me importa —afirmó—. Así que si quieres...

Kahu emitió un fuerte resoplido.

—¿Te crees que lo hago por eso?

La muchacha parpadeó.

—Pues no es así —dijo Kahu sin mirarla—. Es algo totalmente distinto. Si un día he de acostarme contigo, Elizabeth, que sea en la casa de las asambleas, delante de los ojos de los ancianos. No quiero

ser parte de tu ayer, sino de tu mañana. Y para ti quiero ser *toku*, no *taku*.

Esta vez la sonrisa tímida de Lizzie fue sincera.

—¿Ha sido eso una... una declaración de amor? —preguntó con cautela—. ¿Y qué sucede con la enemistad entre maoríes y *pakeha*? Con... con la guerra que crees que va a estallar.

Kahu seguía mirando hacia el mar.

—Todas las guerras concluyen, mejor o peor. Y por si te interesa:

no creo que podamos echar a los *pakeha* del país. A la larga nos lo tendremos que repartir. Tenemos que aprender a respetarnos los unos a los otros, aunque lamentablemente muchos de los vuestros solo entienden el lenguaje de las armas. Pero tú no, Elizabeth Portland. Tú y yo podemos crear algo nuevo.

Lizzie suspiró.

—Tú no me conoces —dijo a media voz—. Portland ni siquiera es mi auténtico nombre.

Kahu buscó su mirada de reojo. El guerrero maorí parecía

desconcertado, aunque luego sonrió.

—Pero conozco el nombre de la canoa con que llegaste a Aotearoa.

Lizzie deseó besarlo, pero no sentía nada más que una forma indeterminada de emoción cuando Kahu respiró hondo y luego enderezó la vela.

—¿Iremos a tierra durante la noche? —preguntó.

Kahu negó con la cabeza.

—No. Primero viajaremos cerca de la costa, pero luego nos tendremos que alejar de ella,

entonces es precisamente más fácil navegar de noche, mientras los dioses permitan que las estrellas reluzcan. Solo atracaremos de vez en cuando para aprovisionarnos de agua y víveres. Pero no temas. No vamos a descubrir nada, Elizabeth. Rodeamos la tierra que pertenece a mi pueblo desde hace siglos, incluso si el tuyo se apodera ahora de ella. Puedes dormir tranquila. Y mañana te enseño adónde hemos llegado. Echaremos un vistazo hacia Hawaiki.

Para su sorpresa, Lizzie durmió realmente bien en la balanceante embarcación, envuelta en mantas para protegerse del cortante e invernal frío nocturno. Las olas la mecían con más dulzura que los grandes barcos de los blancos, el aire era fresco y la cansaba. Despertó relajada y sin miedo. Ni el mar parecía tener nada contra ella, ni Kahu la había molestado durante la noche. Lizzie se dispuso a preparar un desayuno para los dos, pero el joven maorí la llamó y le señaló la costa. Había unos

acantilados imponentes que caían verticales al mar. Eran escarpados y yermos. Solo algún que otro árbol kauri se agarraba a un saliente de roca donde se había reunido un poco de tierra.

—Mira, eso es el cabo Reinga, la punta más septentrional de Te Ika-a-Maui y de toda Aotearoa. Desde aquí, las almas de los maoríes muertos regresan a Hawaiki, la isla de la que llegaron las primeras canoas.

Kahu señaló hacia el mar. Se distinguía una pequeña isla, pero

luego solo el vasto océano, y nadie sabía dónde había estado situada en realidad Hawaiki. Los antepasados de Kahu tenían que haber recorrido una distancia inimaginable.

Lizzie se estremeció.

—¿Así que Hawaiki estaba en el norte? —preguntó—. ¿Hacia más frío que aquí?

Kahu cogió el pescado seco y el pan que le tendía y bromeó.

—¡Elizabeth *wahine*! ¿Cuánto tiempo llevas en este extremo del mundo? ¿Siete años o más? ¿Y en todo este tiempo todavía no has

comprendido que aquí es distinto que en Inglaterra? Hawaiki era más cálido que Aotearoa. Por eso nuestros ancestros no pudieron plantar aquí muchas de las plantas que trajeron. Solo prosperó el *kumara*, el boniato. Vosotros los *pakeha* habéis sido más afortunados, vuestro clima es igual que el nuestro, vuestras plantas crecen y vuestros animales todavía más. Marcaréis esta tierra con más fuerza que nosotros, podéis hacer más cosas aquí. Pero a pesar de ello, esta no es razón para

apropiársela sin pagar como es debido.

Lizzie asintió, pero no quería concentrarse en las peleas entre maoríes y *pakeha*. Las playas y acantilados junto a los que navegaban eran demasiado bonitos, un paisaje montañoso virgen e indómito, interrumpido una y otra vez por playas blancas y colinas verdes. Hacia el atardecer, la tierra volvió a perderse de vista y así transcurrió mucho tiempo. Esto volvió a inquietarla.

También empeoró el tiempo.

Pasados dos días, se desató una terrible tormenta. Si bien *Hauwhenua* no zozobraba, tampoco ofrecía abrigo contra el temporal. Las olas bañaban la canoa, Kahu se ocupaba de la vela y Lizzie achicaba agua sin cesar. Estaba empapada, muerta de frío y todo el cuerpo le temblaba.

—Avanzaremos deprisa — anunció Kahu complacido, mientras relampagueaban rayos en el cielo nocturno. De hecho, la canoa avanzaba veloz como una flecha y el joven parecía disfrutar de la

travesía.

Lizzie, por el contrario, pronto sintió la necesidad de rezar. Se preguntaba seriamente si tenía que dirigirse a Jesucristo o mejor a Tangaroa, el dios maorí del mar.

Kahu casi se partió de risa cuando ella le preguntó a quién rezaba él.

—Te resultará raro, pero no quiero blasfemar —dijo ella enfadada—. ¡Justamente con esta tormenta! Si alguien se enoja por esto...

El alto maorí miró con ternura a

la delicada muchacha que semejaba en ese momento una gata empapada y asustada. ¡Lizzie no sabía lo parecida que era al pueblo de él! En cualquier caso, Kahu nunca había conocido a una blanca que se planteara preguntas así de prácticas sobre la religión. La mayoría de los *pakeha* le parecían unos beatos.

—¿Te arriesgarías si hiciera buen tiempo? —preguntó burlón, gritando contra el viento—. Reza a quien quieras, de todos modos no corres ningún peligro. El viento amainará pronto. Los maoríes

aprendemos que Tane es responsable del bosque, Tangaroa del mar y Papa de la tierra. En la escuela de la misión, por el contrario, cantábamos canciones sobre Cristo como pastor, marino, jardinero de la viña del Señor...

—¿De la viña? —preguntó Lizzie interesada. Su estudio de la Biblia no había llegado al cultivo de la vid.

Kahu no se dejó desviar de otras reflexiones teológicas.

—A veces —prosiguió—, me he preguntado si no será esto

demasiado para él.

Lizzie no pudo evitar volver a reír.

—Mira, ¡una estrella! — exclamó señalando el cielo, que empezaba a despejarse.

Kahu asintió serenamente.

—Ya ves que empieza a desencapotarse. Por lo que tienes que dar gracias de nuevo a Rangī, el dios del cielo.

Cuando pasada la noche clareó, Kahu dirigió de nuevo la canoa hacia tierra. Era urgente reabastecerse de provisiones y

secarse.

—Este es el territorio de los ngati maniapoto —señaló el maorí mientras tiraba de la canoa hacia la playa—. Son muy belicosos, pero desde que se someten a nuestro rey maorí se han vuelto más diplomáticos. Encenderemos una hoguera, podrás calentarte, y yo iré a buscar agua potable.

Sin duda abundaba el agua en ese territorio. Estaba lleno de colinas verdes con bosques espesos, sobre los que dominaban unos peñascos imponentes como

gigantes. Lizzie se puso nerviosa cuando Kahu la dejó sola, pero aprovechó para quitarse las prendas empapadas y envolverse en una manta también húmeda como una mujer maorí. La indumentaria exótica casi logró hacerla sentirse más segura.

Kahu sonrió tiernamente cuando regresó y la vio sentada junto al fuego. Se había soltado y desenredado el cabello, que le caía todavía tieso y duro a causa de la sal, pero al menos seco, hasta la mitad de la espalda. Su cuerpo

delgado estaba envuelto en una manta que se mantenía más o menos sujeta con un cinturón. Estaba asando pescado en una estaca y boniatos en las brasas. Ya no era una *pekeha wahine*, sino una muchacha maorí que él habría deseado estrechar entre sus brazos. Observó que había construido una especie de armazón de madera de helecho donde se estaban secando las ropas de ambos.

Kahu traía odres con agua dulce y además un pájaro que había cazado. Ese día comerían como

príncipes. El guerrero desplumó al animal, frotó la carne con sal marina y lo colocó en la parrilla improvisada de Lizzie.

—¿Cómo lo has abatido? — preguntó Lizzie maravillada. Kahu se había marchado sin armas, solo llevaba consigo un pequeño cuchillo—. ¿Y qué animal es? Las plumas se parecen más a un pelaje.

Kahu asintió.

—Sí, a primera vista. Y no lo he abatido con ninguna arma, solo lo he desenterrado. Pero bueno, ¡no me mires como si no me creyeras!

Los kiwis son aves nocturnas, durante el día se entierran en el bosque. Si se tiene un poco de experiencia pueden encontrarse los agujeros y cogerlos fácilmente. Los ingleses seguro que lo encontrarían infame, pero yo estaba hambriento.

También a Lizzie le daba igual cómo había cazado Kahu el pájaro, estaba riquísimo. Se había secado y se sentía mejor cuando volvieron a empujar la canoa al mar.

—¿A qué distancia está ahora?  
—preguntó Lizzie.

Kahu se encogió de hombros.

—Podríamos llegar en uno o dos días. Depende del viento. Y de adónde queramos ir.

—¡A la Isla Sur! —respondió Lizzie—. ¿A Nelson?

Kahu miró a la joven con el ceño fruncido.

—Ese sería el último lugar en que yo atracaría —señaló—. Apenas hay maoríes en la zona tras el asunto de Wairau.

—Ha habido una guerra, ¿verdad? —Lizzie parecía amedrentada—. Los colonos alemanes hablaron de ello. ¿Los

ngai tahu son muy belicosos?

Kahu sacudió la cabeza y rio con tristeza.

—Al contrario. ¡Demasiado pacíficos! Hasta ahora no ha habido ni un solo levantamiento contra los blancos. En Wairau estaban los ngati toa. Pertenecen a la Isla Norte, pero tuvieron un jefe muy guerrero que extendió sus dominios hasta la Isla Sur. Entonces también se produjeron algunas confrontaciones con los ngai tahu. Los ngati toa no son especialmente indulgentes. Cuando los *pakeha*

midieron sus tierras antes de proceder a las negociaciones de la venta, atacaron. Veintidós muertos del lado de los blancos y dos del maorí. Yo no lo llamaría guerra.

—Tampoco fuiste uno de los muertos —observó Lizzie—. Nadie lo toma en serio cuando no está implicado.

Kahu sonrió irónico.

—¡Una palabra digna de Tepora! Pero excluyendo todas las guerras, luchas, tumultos o como se quiera llamarlos, ¿crees que sería inteligente volver a refugiarte en el

mismo lugar en que Busby te contrató entonces? Será el primer lugar a donde vayan a buscarte.

Lizzie apretó los labios.

—Pero ¿hay otras ciudades?

Me refiero...

Kahu puso los ojos en blanco.

—La Isla Sur es mucho más grande que la Norte, aunque no tiene tanta densidad de población. Los ngai tahu son unos dos mil. Y aguantan también a más *pakeha*. Desde nuestra posición, la costa occidental es la que está más cerca. Allí, de todos modos, no me

gustaría dejarte sola, hay solo balleneros y cazadores de focas, gente salvaje, los peores tipos que nos envía vuestra Inglaterra. Las poblaciones todavía están en construcción, lo único que está acabado son los pubs.

Lizzie suspiró. Se imaginaba las posibilidades de trabajo que tendrían las chicas en esas ciudades.

—En la costa oriental están Dunedin y Christchurch. Ambas quedan lejos, tendremos que navegar unos días más. Pero allí

vive gente temerosa de Dios... —  
Hizo un guiño.

Lizzie hizo un gesto cansino.

—Lo sé. La Canterbury Association. Y una organización escocesa, ahora no recuerdo cómo se llama. El señor Busby los conoce a todos. Siempre le visitaban representantes de los notables... ¡Kahu, no confío en Christchurch! Es posible que lo primero que haga sea volver a caer en las garras de otro señor Smithers.

El maorí asintió.

—¿Por qué no en las de él mismo? —preguntó—. En la Isla Sur también construyen carreteras... ¿Quieres volver a trabajar de doncella?

—¿De qué si no? —Lizzie dejó caer la mano ociosa en el agua, sobre la borda—. No sé hacer otra cosa. Pero a lo mejor en una familia menos importante. Una casa más pequeña... y si no hay más remedio, en una granja como la de los Laderer.

—También puedes buscar asilo con los ngai tahu —propuso Kahu.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no... Kahu, no te enfades conmigo. Los maoríes me gustáis. Pero soy una *pakeha*. Estaba bien con los Busby. Y los ngai tahu tampoco me querrán. ¿Qué iban a hacer conmigo? No... ¿No hay ninguna otra ciudad?

Kahu reflexionó.

—Kaikoura —dijo algo reticente—. También es una estación ballenera, pero ahora se han establecido más granjas, aunque seguro que no hay ningún caballero como tu señor Busby.

Nadie te buscará allí. —Sonrió—. Y te tendría más cerca. La leyenda cuenta que el semidiós Maui pescó en Kaikoura el enorme pez que luego se convertiría en la Isla Norte.

Lizzie miró a Kahu. Esta vez consiguió esbozar la cálida sonrisa con que se ganaba amigos por todas partes.

—Así podríamos pescar un pez y tendríamos una isla para nosotros solos.

Kahu se encogió de hombros.

—Desgraciadamente eso solo

lo deciden los dioses. Los seres humanos cogen sus canoas y zarpan al mar hasta encontrar tierra. Como hicieron una vez Kupe y Kuramaro-tini. Si tú quieres, Elizabeth...

Lizzie bajó la vista ante el amor que reflejaban los ojos del joven.

Pocos días después, Kahu dejó a Lizzie en tierra a la altura de Kaikoura. La península en que la pequeña ciudad crecía la cautivó ya desde el mar. Las playas, las colinas, el portentoso paisaje

montañoso de los Alpes Neozelandeses, que se extendían ahí casi hasta el mar: todo parecía más grande e inexplorado que en el norte. Además, una ballena apareció delante de ellos de repente y la sobresaltó.

—¡Podría... podría devorarnos de un bocado! —exclamó jadeando Lizzie, mientras el enorme animal ejecutaba saltos juguetones.

—Pero no lo hará —la tranquilizó Kahu—. Está contenta de que no le hagamos nada. Aquí los hombres las van exterminando

lentamente, ya no quedan tantas como antes.

Lizzie no lograba imaginárselo, pero tomó conciencia de dónde procedía la leyenda de Maui y su pez. ¡Uno podía concebir que un animal tan enorme se convirtiera en una isla!

Kahu propuso que Lizzie se presentara primero en el poblado local de los ngai tahu, pero ella prefería ir a la ciudad.

—Yo misma puedo ir en caso necesario a saludar a la tribu — dijo—. Pero antes tengo que

encontrar una colocación y un alojamiento en Kaikoura, no me queda otro remedio.

No quería aparecer junto con Kahu en el poblado maorí. Todo el mundo, o al menos todas las mujeres, se darían cuenta de lo que Kahu sentía por ella en cuanto se presentaran. Los indígenas no sabían lo que era una relación platónica. Y Lizzie no quería iniciar su nueva vida dando pistas falsas.

—Necesitarás dinero —señaló Kahu.

Lizzie hizo un gesto de

impotencia.

—¿Acaso me lo darían los ngai tahu? —preguntó.

Kahu sacó una bolsa del hatillo en el que había guardado sus cosas.

—Te doy algo, pero no es mucho. Podrás arreglártelas un par de días.

Lizzie se ruborizó cuando cogió el saquito de tela.

—Esto... humm... no tienes ninguna obligación, Kahu.

Él hizo un gesto de rechazo.

—No puedes darme nada a cambio, al menos nada que me des

complacida y que yo pueda tomar. ¡No digas nada, Elizabeth! Está todo bien. Si los dioses lo quieren, volveremos a vernos. Entonces podrás devolverme la cantidad, si es que para entonces eres rica. ¡*Haere ra*, Elizabeth!

Él iba a inclinarse ligeramente, pero Lizzie se acercó y le rozó la cara con la nariz y la frente. *Hongi*, el saludo maorí.

—Por qué... ¿por qué me llamas siempre Elizabeth? — preguntó. No deseaba prolongar la despedida, pero hacía tiempo que

quería hacerle esta pregunta.

Kahu la miró con gravedad.

—Porque es tu nombre. Puede que no sea Portland. Pero tampoco es Lizzie. Lizzie es un nombre para una doncella. Pero Elizabeth es el de una reina.

Lizzie se conmovió. ¿La veía él realmente así? ¿Como a una reina? Michael solo había visto en ella a la puta... No sabía por qué pensaba ahora en Michael.

La muchacha extendió la mano y le acarició suavemente los tatuajes de las mejillas. Los signos de un

jefe tribal.

—*Haere ra*, Kahu Heke —dijo a media voz—. Espero que los dioses sean benévolos contigo.

## 8

Lizzie llegó a tierra vadeando. Kahu no había querido entrar en el pequeño puerto de Kaikoura con la llamativa canoa del jefe, sino que la había dejado en una playa junto a la colonia. La joven se volvió a poner las medias y los zapatos y se dirigió a la ciudad. ¿O era más bien un pueblo? Estaba situado en un lugar maravilloso, y desde el mar le

había parecido un lugar muy atractivo a la luz del sol. Aun así, observado de cerca, el sol también mostraba suciedad y abandono.

Kahu había dicho que en su origen había sido una colonia de cazadores de ballenas, y eso era exactamente lo que parecía, pese a que Lizzie nunca había visto ninguna. Sin embargo, conocía el fango portuario de Londres y sabía qué aspecto ofrecía un lugar donde encontraban refugio sobre todo hombres, así como mujeres jóvenes, perdidas y poco

hogareñas. Kaikoura estaba formada por casas de madera construidas precariamente y en distintos estadios de decadencia. El asentamiento no se había realizado como en Nelson. Todo estaba concebido para dar un refugio provisional a los aventureros que cazaban ballenas y focas. Nadie se quedaba largo tiempo, nadie se buscaba a una mujer para algo más de dos horas, a nadie le pertenecía nada. Las únicas excepciones eran unas pocas cabañas de pescadores miserables en las que sin duda no

necesitaban ninguna doncella. Una tienda de ultramarinos ofrecía de todo, desde provisiones hasta anzuelos, pero también ahí movió negativamente la cabeza el propietario cuando Lizzie le pidió trabajo.

—Me las arreglo con mi esposa —respondió—. Por todos los santos, ¡una doncella! ¡Llevan cofia y delantalito! Mi Allison se troncharía de risa si me presentara con una.

—¡Te echaría de casa! —observó una mujer basta y

rechoncha que en ese momento salía de la trastienda. Superaba en una cabeza a su marido, un hombre bastante bajo. Con toda certeza era ella quien llevaba los pantalones en la pareja—. Todo el mundo sabe lo que pasa en las casas nobles entre los señores y las doncellas.

Lizzie se preguntó cómo sabría eso todo el mundo. Volvió a ruborizarse.

—¡Soy una chica decente! —afirmó—. Y... y tengo referencias.

En efecto, las tenía... escritas por Kahu Heke gracias a sus

estudios en la escuela de la misión. Lizzie se había sentido muy conmovida cuando había descubierto las falsas cartas de referencia que le había puesto Kahu en la bolsa. ¡Y ella ni siquiera había podido darle las gracias!

La esposa del tendero rio.

—Aquí no encontrarás nada, muchacha. Ya seas o no decente, aquí nadie necesita empleados domésticos. A lo mejor en las granjas de ovejas del interior. Pero tampoco son casas tan grandes y nobles como las de las llanuras.

Todos los granjeros eran antes cazadores de ballenas o de focas. Si alguno necesita a una mujer de la limpieza coge a una maorí, que le sirve también para la cama y no exige nada. Nada de nada, guapa. Ya puedes buscarte otra ciudad u otro trabajo.

Era desalentador, pero Lizzie continuó vagando por el lugar. Kaikoura no tenía nada más que una tienda, una herrería, un carpintero que al mismo tiempo era el encargado de la funeraria, y tres pubs. Delante de uno de ellos

encontró a otra chica, algo más joven y muy maquillada. A Lizzie le pareció que la había conocido en Londres.

—¿Trabajas aquí? —preguntó—. ¿En... en la calle o en una casa?

La chica miró a Lizzie atónita. Era rubia y llevaba el cabello recogido en un complicado peinado, y vestía de un rojo demasiado chillón para ser la honorable hija de un tendero. Lizzie, con su aseado traje de doncella oscuro, daba la impresión de ser una chica sumamente formal.

La muchacha del bar habría esperado de ella una mirada cargada de reproches en lugar de una pregunta cortés.

—En el pub —respondió—. Aquí en la calle nadie se pone. Lluve demasiado y hace un frío que pela. Además, los patrones siempre necesitan sangre nueva. Y pagan más o menos bien. ¿Buscas trabajo?

Lizzie asintió.

—Sí, pero no de este tipo.

La chica rio.

—Ya. A ti te va más el trabajo

en la cocina de un convento, ¿o quieres hacerte monja? Tu vestido es el adecuado. Pero lamentablemente no hay ningún convento por la zona. De lo contrario ya estaría yo misma dentro. Soy Irin, una buena católica...

Lizzie frunció el ceño. No sabía nada de conventos, pero no cabía duda de que la chica le tomaba el pelo.

—Hasta ahora he trabajado de doncella —explicó—. Antes de moza de cuadras.

—Bueno, al menos no te asustará el tufo de los clientes — dijo la rubia—. En serio, querida, aquí apestan. Aceite de ballena, sangre, qué sé yo. Los balleneros no son tipos delicados. —Evaluó a Lizzie con la mirada—. Pero tú tampoco eres una persona delicada, ¿verdad, hermanita? Me da en la nariz que no eres nueva en el oficio.

Lizzie suspiró. Así pues, se le notaba. Siempre lo había sabido.

—Hace tiempo que no me dedico —respondió.

La chica hizo una mueca.

—Eso no se olvida.

Lizzie puso una expresión compungida.

—Pero me gustaría no volver a hacerlo.

La rubia resopló.

—Querida, yo tampoco lo hago para divertirme. Pero echa un vistazo alrededor: por aquí solo hay este pueblucho. Justo detrás de las montañas, un poco más al sur, está Waiopuka, la estación ballenera junto a la costa, de donde venían antes casi todos los clientes. Pero ahora hay menos, necesitan

barcos para perseguir esas bestias. Fondean aquí y nosotras servimos a los clientes. Con los parroquianos era más agradable, de vez en cuando se lavaban. Pero es lo que hay. Los Fyfe de la estación ballenera se dedican además a las ovejas.

Lizzie se aferró a esto como a una tabla de salvación.

—He oído hablar de las grandes granjas de ovejas. Ahí debe de haber gente distinguida, a lo mejor necesitan personal doméstico.

—Los Fyfe son viejos lobos de mar. Lo que necesitan es buen whisky y alguna chica de tanto en tanto, pero seguro que no como doncella. Y grandes granjas no hay por la zona. Las grandes están en las llanuras. En Christchurch hay casas de ricos, al menos eso se dice.

—No puedo ir hasta allí —dijo cansada Lizzie.

—Yo tampoco. Desplumé a un cliente —confesó la chica con franqueza—. No fue culpa mía, el tipo no quería pagar, así que le di

con una silla en la cabeza y luego me marché con su bolsa. Por desgracia era hermano del oficial de policía... Total, que ahora me buscan. Como sea, Christchurch es un sitio demasiado pacato. Y Dunedin todavía es peor, está lleno de calvinistas...

Lizzie pensó angustiada.

—¡Tiene que haber otra cosa! No me importa trabajar duro. Sé de pescado. ¿Crees que podría hacer algo en una estación ballenera?

La joven soltó una carcajada.

—¡Una chica en una estación

ballenera! Me gustaría ver cómo te mueves medio desnuda entre el aceite de ballena y la sangre, y descuartizas al animal. Querida, no necesitas hacer eso. Eres lo suficientemente bonita y tienes experiencia profesional... ¿para qué quieres saber si esos pescadores necesitan ayuda con las langostas?

—¿Con las langostas?

—Sí. Las sacan en grandes cantidades del mar. Son muy sabrosas. Pero no creo que los pescadores contraten a una chica.

Eso sí, suelen llevarse a sus esposas con ellos, aunque ¡las matan a trabajar! Podrías casarte con uno. Todos andan locos buscando mujer. Apenas tienen algo de dinero vienen al pub y hacen proposiciones de matrimonio a las chicas. Pero ¿es eso lo que quieres?

Lizzie reconoció que no. Las cabañas de los pescadores tenían un aspecto abandonado y miserable, las esposas seguro que se rompían la crisma trabajando con sus maridos y luego las esperaban la casa y los niños. Podría ser muy

grato a Dios, pero la devoción de Lizzie tenía sus límites.

—Me lo pensaré —respondió—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Claudia —se presentó la rubia—. ¿Y tú?

—Lizzie.

Un mundo, de nuevo, en que bastaba con un nombre de pila. Lizzie tampoco necesitaría en Kaikoura el apellido Portland. No podía hacerle algo así a Anna.

Volvió a intentarlo con el carpintero que confeccionaba ataúdes, quien le comunicó que era

muy amable pero que sus clientes no necesitaban ningún estímulo. Dio una vuelta más alrededor de las cabañas de los pescadores y luego se dirigió al poblado maorí. Los ngai tahu eran cordiales, más abiertos que las tribus de la Isla Norte. Lizzie se sintió a gusto con ellos, entre otras cosas porque eran muy pocos los jóvenes que iban tatuados. Vestían también más al estilo europeo. Por lo visto, los maoríes de la Isla Sur estaban más dispuestos a adoptar las costumbres de los *pakeha* que los de la Isla

Norte. Sin embargo, la tribu tenía problemas económicos. Muchos hombres habían trabajado en la estación ballenera, siempre como jornaleros. Desde que allí había cesado la actividad, no ganaban más dinero. Y para las chicas no había mucho que hacer. Algunas ayudaban en las granjas, pero solo en el establo y temporalmente. Respecto al personal doméstico, le confirmaron lo que habían dicho los *pakeha* en la ciudad. Allí nadie había instruido a un maorí como criado, jardinero o cochero, menos

a una chica para convertirla en doncella o asistente de cocina.

Lizzie se quedó una noche en el poblado, que más se parecía a un campamento que al *marae* de los ngati pau, decorado con elaboradas tallas de madera. Los habitantes abandonaban también con más frecuencia el asentamiento.

—En primavera, cuando las provisiones se agotan —contaron a Lizzie—, nos vamos a las montañas para encontrar mejores territorios de caza. Si quieres, puedes venir, pero casi no hay *pakeha* y seguro

que tampoco casas grandes.

Naturalmente, las tribus que se encontraban tan cerca del mar siempre podían alimentarse de pescado, pero los *pakeha* se disputaban cada vez más con ellos el área de pesca. A Lizzie le extrañaba que no peleasen como las tribus rebeldes del norte, pero los *ngai tahu* contemplaban la evolución con indiferencia.

—Antes de que los *pakeha* vinieran nos iba peor —le informaron las mujeres—. Bueno, había pescado, pero ninguna

semilla y ninguna oveja. Hacía frío en invierno. Ahora tenemos ropa de más abrigo, cultivamos nuestros campos, y durante mucho tiempo los blancos nos dieron trabajo.

Los resultados de dicho trabajo se apreciaban en las casas de la tribu. Eran más cómodas que las de los ngati pau, las mujeres tejían lana y tenían mantas y esteras. Los platos que se servían eran más variados, la comida no se preparaba en hornos de tierra y en asadores improvisados, sino en cazuelas y sartenes introducidos

por los *pakeha*. Por supuesto, la situación geográfica era otra. Lizzie enseguida se percató de que hacía más frío que en la Isla Norte. Seguro que era más difícil resistir el invierno.

No quería vivir a expensas de la tribu durante mucho tiempo. Se despidió pasados dos días, dio algo de dinero a las mujeres y volvió a la ciudad.

El pub delante del cual había conocido a Claudia se llamaba Green Arrow y era el más limpio de Kaikoura. Lizzie entró y pidió

trabajo.

Pete Hunter, el fornido tabernero, no le pidió referencias ni su nombre. Hizo una breve evaluación de la muchacha, refunfuñó algo, pero le asignó una habitación sucia en el primer piso.

—Tú misma te encargarás de la limpieza, las sábanas se llevan a la lavandería china una vez a la semana. Si quieres cambiarlas más a menudo, te las lavas tú misma.

Lizzie empleó las primeras horas de su nueva antigua vida fregando la habitación y luchando

contra las pulgas.

—¿Te presto un vestido? —le ofreció Claudia cuando por la noche bajaron al salón—. Hunter te adelanta el dinero si quieres coserte tú misma uno, pero hay que devolvérselo con intereses.

Lizzie sacudió la cabeza. Había empleado la última hora en abrirse el escote de su vestido de trabajo y en recoger la falda por debajo del delantal, de modo que por delante era más corta y dejaba ver las piernas. Se había maquillado y recogido el cabello, y llevaba la

cofia de forma atrevida y algo inclinada.

Se colocó pudorosa junto a la puerta del pub e hizo una reverencia cuando entró el primer hombre.

—¿Desea el señor que le guarde el abrigo? —Lizzie sonrió con picardía y reconoció al carpintero. Este sonrió y le metió mano en el escote.

Lizzie tenía su primer cliente.

Kahu Heke navegaba en su canoa rumbo al norte, pensando en

la muchacha que había dejado atrás. La primera que parecía capaz de viajar con él entre dos mundos. Pero Elizabeth todavía se mantenía con los *pakeha*. ¿Y él? Kahu Heke no tenía respuesta. Probablemente lo elegirían jefe cuando muriese su tío Kuti Haoka. Los *nagti pau* lo respetaban. Pero si tenía un poco de suerte y conquistaba a Lizzie, entonces debería convertirse en granjero. Desprenderse de todos los *tapu* que rodeaban a un jefe guerrero, adaptarse como los *ngai tahu* a la Isla Sur, a la que ahora

veía alejarse. Podría aproximar los dos mundos.

Kahu decidió no vagar más por Kororareka y negociar con los cazadores de ballenas. Sería mejor aprender algo sobre agricultura, puede que hasta aquello que tanto cautivaba a Lizzie: el cultivo de la vid.

El joven maorí sonrió con ironía mientras la *Hauwhenua* avanzaba sobre las olas. Cuando fuera jefe y si tenía ganas, podía incluso hacerse coronar rey. Hasta el momento nadie se disputaba por

el puesto, a los maoríes les resultaba ajena la idea de un gobierno central. Si alguien como Kahu, con sus conocimientos de la cultura *pakeha* y la fluidez de su inglés se presentaba al cargo, todos lo apoyarían encantados.

Kahu Heke se entregó a sus sueños. Elizabeth era su reina y un día se la llevaría a Londres. El joven maorí se imaginó negociando con la soberana, y se rio al imaginar que Elizabeth hacía una reverencia delante de la reina Victoria y que el príncipe Alberto

le besaba galantemente la mano.  
Elizabeth haría honor a su nombre.  
Una reina que enternecía el corazón  
de los demás con su irresistible  
sonrisa.

## 9

Michael Drury no podía ver ni una oveja más. En los últimos días, sus ayudantes maoríes y él habían esquilado a más de cuatro mil ovejas madres y carneros, en su mayoría reticentes, todos los animales de las granjas del distrito de Kaikoura. Ya hacía tiempo que se había propagado la noticia de que Michael dejaba la granja de

Fyffe durante un par de semanas en manos de las muchachas maoríes e iba de granja en granja con la cuadrilla de esquiladores. De este modo los hombres se ganaban una buena paga adicional, mientras las chicas ayudaban a parir y llevaban a las ovejas madre a las montañas para que pasasen allí el verano. Con los perros había sido fácil, los maoríes tenían mano con los animales. Además, solo Fyffe contrataba también mujeres para esas labores, los demás granjeros solo querían hombres para conducir

las ovejas.

Fuera como fuese, las ovejas estaban esquiladas, Michael tenía dinero en el bolsillo y una sed inmensa. Pasarse por el pub de Kaikoura le sentaría bien. Siempre le quedaría algo que ahorrar para el regreso a Irlanda.

Guardaba parte de su dinero para volver a casa, aunque no estaba seguro de querer hacerlo. Desde que le había llegado la carta del padre O'Brien, su ansiedad había disminuido considerablemente. A fin de

cuentas, no volvería a ver a Kathleen. Se había marchado a algún lugar de América con aquel miserable chalán de Ian Coltrane.

Michael se preguntaba cómo había podido liarse con ese hombre. Cada vez que pensaba que su hijo llamaba padre al tratante de caballos se horrorizaba. ¡Y todo eso, encima, con su dinero! Ian Coltrane ni siquiera se había pagado él mismo el viaje. Además, no creía que Ian amase a Kathleen. Por lo que él sabía, Coltrane había mantenido en Wicklow a una puta

pelirroja, menuda, insolente y soberbia, exactamente lo contrario de la reservada y dulce Kathleen. Y esta tampoco amaría a Ian, era posible que sus padres la hubieran forzado a casarse.

Cuando Michael cabalgaba por el campo, vigilando las ovejas, a menudo se imaginaba que viajaba a América en busca de Kathleen. Iría a Nueva York o a algún otro sitio y arrancarí­a a Ian Coltrane de la cama de la muchacha. Pero en los momentos de serenidad sabía que buscarla solo en Nueva York sería

más difícil que en toda Irlanda. Por añadidura, desde Nueva Zelanda era imposible llegar a América. La ruta normal pasaba por Australia, adonde Michael no quería volver, y luego por China. Así pues, Michael volvió a postergar la decisión. De todos modos, sus ahorros crecían tan despacio que tendría que trabajar todavía años antes de poder pagarse el viaje. La causa de ello no era solo el sueldo relativamente bajo que le pagaban los Fyffe como capataz, sino también el whisky y las rubias de

Kaikoura. Cuando le atenazaba la añoranza, se permitía una como la hermosa Claudia del Green Arrow, y pagaba tan bien que ninguna de las chicas se quejaba de que en el punto culminante de su placer gritara el nombre de Kathleen.

También esa tarde, tras el esquileo, sintió la necesidad de pasar una noche con Claudia o con otra de las complacientes rubias. Michael dejó a sus amigos maoríes Tane y Maui en el primer pub, donde la cerveza era menos fuerte y las chicas más baratas. Él se dirigió

al Green Arrow. Cuando abrió la puerta, se quedó pasmado al ver a una extraña portera.

—Buenas noches, caballero. ¿Me permite que le guarde el abrigo? —Una delicada muchacha de cabello rubio oscuro, vestida con un sencillo uniforme de criada muy escotado que dejaba ver generosamente las piernas, lo miró insinuante—. Me gustaría, milord, poder ofrecerle mis servicios. —La muchacha hizo una reverencia y le dedicó una seductora sonrisa.

Michael soltó una carcajada.

—¡Lizzie Owens! ¡Todavía sin ser decente!

Lizzie lanzó una mirada al aspecto andrajoso de Michael, a sus pantalones de montar gastados y al sucio impermeable.

—Michael Drury —dijo—. ¡Todavía sin ser rico!

Ya hacía mucho que Michael había olvidado las diferencias que habían tenido antes de la separación. Sonriente, cogió a Lizzie en volandas y la hizo girar en el aire.

—¡Chica, que alegría volver a

verte! Me he preguntado muchas veces qué habría sido de ti. Suponía que habrías pescado un honrado campesino alemán de Nelson.

Lizzie se soltó. También ella se alegraba de volver a ver a Michael, a su pesar. Ya le había hecho daño en una ocasión. No iba a permitir que ocurriera otra vez.

—¿No tenías que estar ya en Irlanda? —preguntó—. ¿Casado con Mary Kathleen?

Michael suspiró.

—Oh, Lizzie, es una larga

historia.

Se disponía a contársela, cuando Claudia se interpuso entre los dos. La chica estaba esperando a los clientes en la barra, pero acababa de reconocer a Michael.

—¡A este no me lo toques, Lizzie! ¡Es mi cliente habitual! — Se restregó contra Michael y lo miró seductora a los ojos.

Lizzie reculó. La voz de Claudia tenía un tono alegre, pero podía ponerse grave si veía amenazados sus intereses.

—No quiero nada de él, solo es

que lo conozco de antes —señaló—. Ve a lo tuyo, nosotros ya hablaremos después.

Claudia sonrió irónica, mientras Michael parecía desconcertado. Seguía siendo atractivo, con su cabello negro y ondulado que ahora llevaba más largo que antes. Lizzie casi había olvidado cuán negros eran sus ojos y cuán compungidos podían parecer cuando trataba de ganarse los favores de alguien.

—¿De... de verdad que no te importa, Lizzie, si ahora vamos a...?

Lizzie puso los ojos en blanco.

—No, Michael, puedo renunciar a que me llamen Mary Kathleen en la cama. Pero me gustaría saber qué ha ocurrido con esa señorita. Cuando hayas terminado de hacer feliz a Claudia, nos tomamos algo.

Con una sonrisa triste, volvió a colocarse en su sitio. Como solía ocurrirle todas las noches, no tuvo que esperar mucho. Siempre había hombres que sucumbían a los encantos de la doncella, sobre todo desde que había elaborado más su

actuación y recibía a los cazadores de ballenas o de focas llamándolos «milord». Pete Hunter ya hacía mucho que no la situaba en un nivel medio, sino que la consideraba la mejor yegua de su establo. Lizzie ganaba lo suficiente para vivir y permitirse nuevos vestidos. Siempre elegía vestidos discretos de buen material, no demasiado escotados. Vestidos de domingo para la iglesia, como solía tomarle el pelo Claudia y las otras chicas.

Sin embargo, Lizzie no iba a la iglesia como algunas de sus

compañeras. El reverendo era un hombre paciente que perdonaba a sus ovejas más que su Dios. Pero Lizzie ya se había cansado de rezar a un Dios que, según la opinión de Kahu, se veía superado por las exigencias de sus fieles o sencillamente no se ocupaba de ellos. La joven era paciente, comprendía que Dios no podía ponérselo fácil a quienes querían vivir en su gracia. Sin embargo, no le perdonaba las piedras que le arrojaba en el camino. Martin Smithers había constituido una

prueba excesiva, y todavía más la vida en el Green Arrow.

Lizzie odiaba tener que entregarse a cazadores de ballenas y focas que apestaban a aceite de pescado y sangre, y el intenso olor a oveja que emanaba de los pastores la repelía por igual. Tampoco antes le había gustado vender su cuerpo, pero, en cierto modo, con los marineros londinenses no era tan desagradable. A menudo se permitían un baño después de la travesía y antes de salir a

divertirse, y siempre estaban contentos cuando entretenían a Lizzie con historias de países lejanos y costumbres extrañas. Los hombres de Kaikoura, por el contrario, llevaban unas tristes existencias en las que se mataban trabajando sin ilusiones y los sábados se jugaban o se gastaban en putas el poco dinero que ganaban. Ella nunca les preguntaba de qué huían, pero sabía que casi todos habían escapado de algo. En la cama eran torpes y violentos, pese a que ella trataba con los mejores; a

fin de cuentas, se necesitaba un mínimo de humor y fantasía para seguirle el juego. Pero también los «milord» exigían que les diera rápidamente lo máximo posible por el dinero que pagaban, y todos le dejaban un par de pulgas y piojos entre las sábanas.

La vida de Lizzie era una lucha constante contra el hedor, la suciedad y los insectos, ella misma lavaba las sábanas de la cama cada día, aunque habría debido cambiarlas tras atender a cada cliente.

Mientras las demás chicas dormían la mona durante el día después de las noches agotadoras, Lizzie solía mantenerse sobria. Ya era suficiente con que sus noches semejasen pesadillas, por las mañanas no quería andar deambulando con dolor de cabeza. Por añadidura, no le gustaba el aguardiente que Pete Hunter ofrecía a sus clientes. No era solo porque ese aguardiente barato hería su sentido del gusto como antes el vino de los Busby, sino que cualquier bebedor de whisky

habitual se habría estremecido con aquel brebaje. Lizzie ignoraba de dónde sacaban los taberneros de Kaikoura el alcohol, pero fuera quien fuese quien lo destilase no tendría que ser desterrado a Australia, sino al Polo Norte.

Lizzie, en cualquier caso, pedía un té frío cuando los clientes la invitaban a un whisky, y así por las mañanas estaba despejada. Casi a mediodía solía dejar el Green Arrow para patearse la zona con la esperanza de encontrar una alternativa a su triste existencia en

el pub. ¡No podía ser que tuviera que pasar toda su vida allí!

Algún que otro domingo alquilaba con Claudia u otras chicas un carruaje y hacían una excursión, pero nunca llegaban a ninguna granja de ovejas retirada (administrada por un caballero inglés y una dama deseosos de contratar una doncella bien instruida). Lizzie rozó la desesperación cuando sus amigos maoríes iniciaron la migración. Añoraba a Kahu Heke y soñaba con él y su canoa como una niña que

sueña con un príncipe a lomos de su corcel. En su imaginación, él atracaba en la playa de Kaikoura para que ella subiese a la canoa y huyera de esa triste vida.

Pero Lizzie ignoraba hacia dónde escapar con el joven maorí. Entretanto, pensaba con frecuencia que habría sido mejor entregarse a las autoridades aun a riesgo de que la volvieran a embarcar rumbo a la Tierra de Van Diemen. En el Penal de Mujeres se había sentido mejor que en el Green Arrow, y en algún momento acababan absolviendo

también a las reincidentes. A veces incluso se sorprendía soñando con una vida al lado del desdentado jardinero de los Smithers...

Y ahora Michael había vuelto.

Lizzie pensaba en él mientras yacía bajo un pescador que esa mañana había arponeado una ballena gris. El hombre era un gnomo barbudo que le había contado orgulloso su hazaña, aunque ella ya lo sabía pues apestaba a aceite de ballena y su cuerpo estaba cubierto de una capa pringosa.

La joven tenía que evadirse mientras él estaba encima de ella, pues corría el peligro de vomitar. Así que trataba de imaginarse el rostro de Michael. Todavía era apuesto, incluso más que antes. La vida dura y el trabajo a la intemperie —y quizá su preocupación por aquella Kathleen — habían surcado de arrugas su cara, dándole un aspecto menos juvenil que entonces. Pero, al igual que antes, daba la impresión de ser una persona intrépida y su sonrisa seguía siendo juvenil. Lizzie se

esforzaba por ahondar en sus sentimientos hacia él. ¿Todavía lo anhelaba? ¿Sentía el deseo de compartir la vida con él, como entonces, cuando se hicieron pasar por marido y esposa durante el viaje a Nueva Zelanda? Una cosa sí tenía clara: no se lo imaginaba como amante. Por el momento no sentía necesidad de un amor físico. Como fuera, se alegraba de que Michael hubiese aparecido, sentía algo parecido a la... esperanza.

Claro que era un sentimiento disparatado. Michael nunca había

tenido nada de príncipe azul. Pero tenerlo cerca de algún modo le daba fuerzas, como si la estimulara en su interior. Maldita sea, no la sacaría de allí sobre la grupa de su corcel y al galope, pero ¡era un hombre! Nadie le impedía llevar a cabo la idea que se le ocurriese, aunque él apenas se había demostrado imaginativo o exitoso en sus empresas, ni en la petición de mano de Kathleen ni en el trato con Lizzie. Pero no era ni tan tonto ni tan orgulloso como para no obedecer a las mujeres. Lizzie se

veía capaz de tomar ella misma las riendas del caballo blanco y llevar al príncipe por el buen camino. Solo faltaba que se le ocurriera algo. Tal vez si averiguaba su historia... de dónde venía y qué hacía en la actualidad.

Pero ¿acaso no conocía el elemento determinante de su historia? El corazón le palpitaba mientras el ballenero por fin se separó gruñendo de ella. Si era cierto lo que Michael había contado sobre Irlanda, tal vez había la posibilidad de volverse rico y

también honrado.

Lizzie no volvió directamente a su puesto de trabajo. Estremecida de frío, se lavó las huellas del último cliente y se puso uno de sus vestidos nuevos. Luego pidió disculpas a Pete Hunter.

—Pete, lo siento... pero de repente me han llegado visitas. — Enrojeció. Las prostitutas solían utilizar esta frase cuando les venía la regla.

Hunter la miró enojado.

—¿Otra vez, Lizzie? ¿No estuviste mala la semana pasada?

La muchacha bajó la vista al suelo.

—Yo... yo... he debido de pillar algo, aunque me curé. Pero ahora... parece que vuelve a sangrar.

Esperaba que el tabernero supiese lo suficientemente poco sobre asuntos de mujeres para creérselo. Al fin y al cabo, no podía haberse quedado embarazada en los pocos días que habían seguido a su última regla. Pero Pete solo hizo un gesto de fastidio.

—Está bien, lo principal es que

no se os quede la barriga como un bombo. ¿Quieres salir? —Eché un vistazo a su vestido—. ¿No sería mejor que te quedases en cama?

Lizzie fingió no querer contestar.

—Pete, tengo que... acudir a esa mujer otra vez. Precisamente por lo que me pasa...

Michael estaba con Claudia en la barra y vio salir a Lizzie. Ella esperaba que la siguiera, y así fue, la alcanzó en la esquina siguiente.

—¡Siempre te encuentro en calles mal iluminadas! —dijo

sonriendo y pasándole un brazo alrededor—. Cuéntame lo que has estado haciendo, Lizzie. O no, mejor nos buscamos un pub agradable donde podamos beber algo.

Ella negó con la cabeza.

—Aquí no hay, Michael. Los tres pubs son casas de putas y yo no puedo aparecer en el Golden Horseshoe o en el Paul's Tavern. Si quieres que bebamos algo, consigue una botella y nos vamos al puerto.

La noche primaveral no era demasiado fría, pero Lizzie

temblaba mientras esperaba a Michael en el muelle. La costa era el único lugar en que podían encontrarse hombres y mujeres que mantenían relaciones sentimentales. Los hijos de los pescadores solían estar ahí con sus amores, con frecuencia en los botes de sus padres. Lizzie se preguntaba si también ella debía meterse en uno cuando Michael apareció con una botella.

—¡Menudo aguardiente barato!  
—gruñó tras beber un trago y pasarle la botella a Lizzie. Ella

sonrió, ya había contado con que reaccionara así.

—También quería hablar de esto contigo —señaló—. Pero primero cuéntame. ¿Qué ha pasado con tus planes de volver a Irlanda?

Michael describió a grandes rasgos lo que le había ocurrido y Lizzie se rio.

—¡Así que tu querida Mary Kathleen te ha sustituido por otro! —se burló—. La que tenía que esperarte hasta el final de sus días, con una oración por su amado ausente en los labios.

—Seguro que no pudo evitarlo  
—defendió Michael a su amada—.  
Seguro...

Lizzie levantó la mirada al  
cielo.

—De todos modos todavía no  
he ahorrado dinero suficiente para  
ir a Irlanda —confesó el joven—, o  
a América. No se gana tanto siendo  
pastor. El viejo Fyffe no nos paga  
demasiado.

Lizzie asintió, aunque estaba a  
punto de burlarse de nuevo de él.  
De hecho, los buenos esquiladores  
ganaban mucho más que la mayoría

de los cazadores de ballenas y de focas. Pero ya había visto en qué se le iba a Michael el dinero.

—¿Y cómo te ha ido a ti? — preguntó el chico—. ¿Has permanecido fiel a tu viejo oficio?

Lizzie sacudió la cabeza y le contó su historia con los Busby.

Michael se llevó las manos a la cabeza cuando le habló de Smithers.

—¡Increíble! —Rio—. De los sesenta y cinco mil blancos que hay en Nueva Zelanda, precisamente te lo encuentras a él. Parece cosa del

destino, Lizzie, acéptalo. ¡Y además ya tienes un trabajo nuevo!

Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Te lo regalo encantada!

Hasta me cambiaría por ti, las ovejas no huelen peor que esos tipos y, sobre todo, no tendría que sonreírles. Tampoco me quedaría embarazada trabajando y los carneros no me contagiarían ninguna enfermedad repugnante... ¡Maldita sea, Michael, quiero salir de ahí!

Michael se encogió de hombros.

—Puedo preguntar al viejo Fyffe —sugirió apaciguador—. Contratamos a dos chicas maoríes para que se ocupen de las ovejas. Pero ¿a una chica *pakeha* del barrio portuario de Kaikoura? Demonios, Lizzie, los tipos de la estación ballenera perderían los nervios. ¿Y dónde ibas a alojarte?

La joven suspiró.

—Tampoco quiero ocuparme de ovejas, Michael. Quiero hacer otra cosa. Presta atención...

—¿Podemos ir a otro lugar? —la interrumpió Michael. Temblaba

de frío—. A lo mejor en el establo, junto a mi caballo, estaremos más caldeados.

—Eso también tiene que ver con mi idea —contestó Lizzie.

Michael la miró consternado.

—¿Quieres ir al establo? —preguntó.

Lizzie se agarró la frente.

—¡Quiero meterme en algún sitio abrigado con la botella! —le aclaró—. O mejor dicho, con muchas botellas. Pero tienen que contener algo mejor de lo que hay en esta. Michael, antes vendías

whisky. ¿Sabes también destilarlo?

Él reflexionó.

—Mi padre lo destilaba. Pero no es tan difícil. Solo se necesita un par de cosas... una cazuela y cereales. También la madera es importante. Tiene que ser de roble o fresno. Y aquí no hay.

Lizzie movió la mano para detenerlo. Los detalles no le interesaban.

—¿Sabes o no sabes? —lo apremió con frialdad.

Michael asintió.

—Sé. Pero... ¿está permitido

poner aquí una destilería de whisky?

Lizzie se frotó los ojos. No había pensado que sería tan difícil.

—¿Te preocupó eso en Irlanda? ¡Michael, justo después de la ciudad empieza el bosque! Construye un cobertizo en algún lugar de las montañas, nadie saldrá a buscar una destilería de whisky. Y si no hay forma de hacerlo de otro modo, pagas un par de impuestos y ya está. Kaikoura está llena de gente sedienta que con este aguardiente... —señaló la botella

— disfruta tan poco como nosotros. Con que nuestro producto sea un poco mejor que este lo venderemos sin dificultad.

—¿Y eso qué tiene que ver con el establo? —preguntó Michael. En ese momento abría de un empujón el cobertizo del Green Arrow. Su caballo, un pequeño zaino de matices rojizos, lo saludó con un leve resoplido.

Lizzie se obligó a no perder los nervios.

—Tiene que ver con que en esta ciudad falta un bar. Uno en el que

no haya mujeres en venta, sino adonde un pescador también pueda llevar a una chica sin avergonzarse ni morir de frío como en el puerto. ¡Alquilaremos una de las casas antiguas!

—¿Nosotros? —preguntó Michael incrédulo.

En ese momento empezaba a comprender que Lizzie hablaba en serio y que sus planes no se referían solo a él. Pero con eso siempre había tenido dificultades. Por su parte, Lizzie intentaba que no volviera a renacer en ella la

decepción anterior. Debía conservar la objetividad, pensar en que quería establecer una relación profesional con Michael. No casarse con el príncipe, solo guiar su caballo...

—He estado pensando que yo llevaré el bar —anunció emocionada—. Y tú me suministras el whisky. Las otras tabernas enseguida querrán nuestro alcohol, pero seguirá habiendo diferencias. Puedes destilar un whisky de primera calidad para nosotros y uno segundón para los demás. La gente

irá a beber a nuestro local y al Arrow cuando quieran chicas. ¡Y todos tan contentos!

—Pero primero habrá que invertir dinero —advirtió Michael—. Las ollas de cobre son caras. Y al principio debería probar un poco. ¡Necesitaré botellas vacías para rellenar!

Lizzie asintió.

—He ahorrado un poco —dijo—. Y tú también, ¿no?

—Para ir a Irlanda —contestó Michael obstinado.

A ella le habría gustado

zarandearlo.

—Por Dios, Michael, si la destilería funciona y también el bar, ganarás en un año suficiente para marcharte a Irlanda y buscarte tres chicas allí que se llamen Mary y que se sepan de memoria el libro de oraciones. Pero tal como estamos, ni tú llegarás a nada ni yo saldré del Green Arrow. ¡Intentémoslo, Michael! ¡Me lo debes!

En las semanas siguientes, Michael reunió madera en las

montañas con la ayuda de Tane y Maui. Los tres hombres construyeron una cabaña y probaron quemando distintos tipos de leña.

—Si está húmeda, vieja o hace mucho humo, no sirve —explicó Michael—. Entonces el humo se ve de lejos y ya podremos despedirnos del invento.

Lizzie lo alabó por su prudencia y evitó señalarle que en Kaikoura ni siquiera había un puesto de policía. Tenía otras preocupaciones. Kaikoura estaba apartada y apenas había agricultura.

¿De dónde sacarían los cereales que la destilería necesitaría en grandes cantidades?

Al principio, Lizzie pidió distintos tipos de cereales en la tienda de la ciudad. Adujo que quería preparar postres de su tierra natal.

—¿Qué es lo que se prepara con cebada y centeno? —preguntó desconfiada la obesa esposa del tendero.

—Esto... pues... ¡pan alemán! —afirmó. En Sarau, la señora Laderer hacía un pan negro y

compacto con todos los ingredientes posibles, de los que Lizzie ya no se acordaba, pero que debían de parecerse mucho a aquellos con que se hacía el whisky.

—¿Es usted alemana? — preguntó asombrada la mujer—. Su acento me suena al Cheapside de Londres.

Lizzie asintió.

—Emigramos a Inglaterra cuando... cuando yo todavía era muy pequeña. Pero en realidad soy de... de Sant Pauli.

Así se llamaba el barco que había llevado a Nelson a los primeros alemanes y Lizzie creía recordar que se trataba también del nombre de una localidad.

—Ajá —gruñó la esposa del tendero, tendiéndole los artículos.

Para comprar una olla de cobre y alambiques, Michael tuvo que marcharse a Christchurch. Sin embargo, nadie compraba utensilios para hacer whisky entre los creyentes anglicanos. Finalmente, consiguió comprar el equipo de un

boticario. La olla y los alambiques eran más pequeños que los de su padre, pero las cantidades que él tenía que destilar también eran menores.

Unos días más tarde, Michael destilaba el primer alcohol bajo la supervisión de Lizzie y de los algo sorprendidos maoríes, Tane y Maui. Los hombres vertían el líquido en un tonel vacío que habían encontrado en un cobertizo de Fyfe. El viejo lobo de mar, Robert, solía hacerse traer de Escocia su propio whisky y guardaba los toneles

vacíos en medio del caos reinante en su propiedad.

—De ahí saldrá whisky — indicó Michael con expresión de experto después de haber probado un par de gotas—. Tiene que descansar un par de años todavía.

—¿Un par de años? ¿Estás loco? —Lizzie, que había esperado en tensión a que apareciese realmente el licor en los alambiques, se dio un golpe en la frente—. Invéntate otra receta que funcione de inmediato. ¡Quiero abrir mi local cuanto antes!

Michael no la decepcionó. Ya una semana más tarde podía ofrecer una bebida pasable, y en el tiempo que siguió obtuvo licor con las cosas más insólitas, hasta con los boniatos neozelandeses. Para simplificar, Lizzie lo llamaba whisky a todo. ¿Qué sabían los clientes del sabor de un auténtico whisky? En caso de urgencia, estaba dispuesta a mezclarlo con otro licor. El señor Busby había bebido de vez en cuando cócteles y Lizzie se había anotado un par de

recetas. Le había impresionado especialmente la mezcla de café y whisky, muy apreciada por las amigas de la señora Busby. El alcohol, cuyo consumo desmesurado estaba peor visto en las mujeres que en los hombres, no se veía ni se olía.

Lizzie, quien también apostaba por una clientela femenina, bautizó su local recién inaugurado con el nombre de Irish Coffee y ya por las mañanas hacía las delicias de las agotadas esposas de los pescadores que llegaban extenuadas y muertas

de frío de la pesca matinal. Sus maridos no podían oponerse a una pequeña charla y un café en el local de la simpática Lizzie, y menos todavía cuando esta solo cobraba un penique por bebida. También los pescadores pagaban un precio especial por las consumiciones, pues la habían ayudado a encontrar un lugar para su bar. Estaba situado justo al lado del puerto. Un cazador de focas lo había construido, pero se había marchado a la costa occidental. El ruinoso local estaba vacío desde entonces, pero Michael

y los dos maories enseguida lo renovaron, de modo que Lizzie no temía que un buen día se le desmoronara encima. Lizzie pintó la construcción de verde y marrón café, y colgó una bonita placa con el nombre en la puerta.

—¡Ahora la clientela tiene que saber que a la dueña se la mira pero no se la toca! —señaló risueño Michael cuando Lizzie inauguró el local.

Lizzie se encargó de advertir mediante su atuendo formal que no quería ser más una mujer pública.

Llevaba uno de sus vestidos oscuros de tela de calidad, un poco más escotados que para ir a la iglesia pero decentes. Encima se ponía un delantal blanco impoluto, pero en el cabello virtuosamente recogido no llevaba ninguna cofia.

—Descuida —sonrió Lizzie.

En efecto, muy pronto se convirtió en una experta en el arte de prohibir afablemente la entrada a los clientes molestos. Además, durante las primeras semanas siempre estaba en la barra uno de los hombretones maoríes, tomando

cerveza a sorbos y preparado para echar a los bebedores impertinentes con cortesía y determinación. Al poco tiempo los clientes fijos ya se encargaban de hacerlo. El local de Lizzie atraía a pescadores y obreros que, después del trabajo, querían beber algo tranquilamente y charlar un rato con sus compañeros o con la simpática patrona. Los bebedores estaban con frecuencia solos, pero ni las veleidosas mujeres de los burdeles, por lo general ya algo bebidas a esas horas de la noche, los atraían, ni

ellos podían permitirse su compañía. La cálida sonrisa de Lizzie era gratis y además había bocadillos y otros sabrosos bocados para apaciguar el estómago. La mayoría de los hombres que vivían solos tenían alojamientos muy precarios y casi nunca cocinaban. El Irish Coffee pronto se convirtió para ellos en algo así como un hogar acogedor y reconfortante. Después de un par de semanas, la esposa de un pescador se ofreció tímidamente a abrir al lado un asadero de pescado.

—Gambas —dijo la mujer, una maorí casada con un blanco—. Por eso se llama así este sitio: Kaikoura significa «comida con gambas». Las de aquí son únicas.

Lizzie dio el visto bueno después de haberlas probado, y a partir de entonces comenzó a servir gambas y sopa de pescado a precios razonables. Michael se quedó atónito cuando, pasada la primera mitad del año, le sirvió una abundante comida y luego las primeras cuentas. Ella se encargaba de la distribución del whisky. Lo

que no vendía ella misma, iba a los otros pubs.

—¡Es increíble! —murmuró Michael—. Ni en dos años he ganado tanto.

Lizzie asintió satisfecha.

—Y gastas menos, además, porque ya no tienes que comprarte el whisky —bromeó la joven.

Michael la miró con seriedad por primera vez en mucho tiempo. Y le gustó lo que vio. Lizzie había engordado un poco en los últimos meses y ya no parecía una gata descarnada. Se acababa de lavar el

pelo y resplandecía, en su rostro volvía a reflejarse la alegría. No era guapa como Kahtleen, pero sí bonita. Recordó lo dulce que había sido en el barco y la calidez de su sonrisa. ¡No era sorprendente que la mitad de Kaikoura estuviese enamorada de miss Lizzie, la propietaria del Irish Coffee!

Michael le apartó tiernamente el cabello del rostro y la atrajo hacia sí para besarla.

—Se me acaba de ocurrir algo para ahorrar un poco más —le susurró al oído—. ¿Para qué

necesito a una chica del Green Arrow cuando podría acostarme aquí con la dueña? En serio, Lizzie, estás muy atractiva con tu vestidito formal. Tan decente y amable... ¿Qué piensas, no deberíamos asociarnos también de otra forma?

Lizzie luchó por un instante con la debilidad que sentía cuando él la abrazaba. Maldita sea, todavía no era inmune a los ojos azules y las palabras bonitas. Pero se liberó del abrazo, se irguió y se retiró dos pasos.

—Yo quería ser decente y tú

rico —dijo implacable—. Y hago lo que puedo para ayudarte a conseguirlo. Pero debes comprender también mis deseos.

Michael asintió. Nunca más volvió a tocar a Lizzie en Kaikoura.

# LA FIEBRE DEL ORO

DUNEDIN, KAIKOURA, TUAPEKA,  
OTAGO

1859-1862

# 1

En cierto modo, Dunedin era igual a Christchurch. También esta ciudad era joven y estaba todavía en construcción. Los primeros colonos habían llegado hacía solo diez años. Antes, sin embargo, ya había habido una estación ballenera y también la colonia de focas, que todavía resistía en las proximidades del centro y había

atraído cazadores.

Los decididos trescientos cincuenta escoceses que habían llegado en 1848 en dos embarcaciones a la Isla Sur pusieron punto final a los primitivos asentamientos de tiendas y cabañas de madera. Querían fundar una ciudad y edificaron para la eternidad. Un nuevo Edimburgo iba a nacer. Los seguidores ortodoxos de la Iglesia de Escocia emprendieron enseguida la construcción de edificios de piedra monumentales. Todos ellos eran

calvinistas fanáticos y la postura de la Iglesia tradicional escocesa en cuestiones de fe les resultaba demasiado liberal. Los nuevos pobladores de Nueva Zelanda se consideraban los elegidos de Dios e intentaban mostrarse dignos de tal honor trabajando incansablemente para alcanzar un bienestar económico. Todos cultivaban una severa y ordenada disciplina.

Eso era lo que Claire había oído decir y lo que contaba ahora a Kathleen y los niños mientras las mulas tiraban de la calesa rumbo al

sur.

—Espero que a las mujeres les interese la moda por muy ascetas que sean. ¡A lo mejor consideran los vestidos bonitos un lujo superfluo!

Kathleen se encogió de hombros.

—Algo tendrán que ponerse. Y no todas serán escocesas, ¿no crees?

—No lo sé. Pero deben de ser muy, muy aplicadas y nosotras también lo somos. ¡Ya saldremos adelante, Kathleen!

Desde que Claire estaba de viaje su humor había mejorado notablemente. Kathleen encontraba, incluso, que se olvidaba del ladrón de su marido a una velocidad pasmosa; Claire era una soñadora optimista. La belleza del paisaje circundante le levantaba los ánimos. Ya había una carretera costera bien hecha que ofrecía una y otra vez vistas sobre aguas azules y escarpados acantilados. Además, las montañas parecían estar más cercanas, pues abandonaban la tierra llana de las granjas de

Canterbury y se acercaban al montañoso Otago. Para Claire, detrás de cada recodo del camino aguardaba una maravilla. No se cansaba de hacer bromas con Chloé y Heather y de contarles historias.

Kathleen había sentido temor los primeros días del viaje, aunque sabía que Ian no podía seguirla. Incluso si, por la razón que fuera, hubiera regresado antes, Colin lo habría enviado a Nelson. Pero estaría más tranquila cuando pudiera esconderse en una ciudad grande y poblada. Había soñado

muchas veces con su fuga, pero ahora tenía mala conciencia. Había pecado por segunda vez a los ojos de su Iglesia. Primero, se había casado no siendo virgen, y ahora abandonaba a su marido. No se atrevía ni a pensar en lo que el padre O'Brien diría de los pecados de su otrora alumna favorita.

En cambio, Sean se sentía como Claire. Aquella aventura lo emocionaba y se sentía libre. Para los calvinistas, había oído decir Claire, la formación era importante, así que debían de estar

construyendo buenas escuelas en Dunedin, incluso se había planeado edificar una universidad. Y ahí nadie le reñiría si prefería estudiar antes que trabajar en las cuadras. Seguramente tampoco tendría que desplazarse kilómetros a caballo para llegar a la escuela. Sean ya se alegraba de su nueva vida y observó cautivado los nuevos edificios y la actividad de la gente en las calles cuando por fin llegaron a la ciudad.

Heather y Chloé estaban menos fascinadas con su nuevo hogar.

—¡Pero, mamá, aquí no hay nada terminado! —señaló Heather cuando pasaron junto al tercer edificio en obras—. ¿Dónde vamos a vivir?

Durante el viaje, los niños habían dormido en el carro, Kathleen y Claire con ellos. Pero en Dunedin eso sería imposible, en especial para unas futuras empresarias. Kathleen, tan insegura como su hija en la nueva ciudad, miraba preocupada a Claire, quien con los ojos brillantes contemplaba el trajín de la gente.

—Bien, al principio en una pensión —declaró—. O en un hotel. Hasta que encontremos una casa que podamos alquilar.

Kathleen la miró escéptica.

—¿Dónde vas a encontrar aquí algo para alquilar? Heather tiene razón, las casas todavía están en construcción.

Claire se encogió de hombros.

—Los propietarios tendrán que vivir en algún sitio. Y una vez tengan lista la casa nueva, quedará la vieja libre. ¡No te preocupes tanto, Kathie! ¡Algo encontraremos!

Así pues, lo primero que buscó Kathleen fue un establo de alquiler, y lo encontró. Junto a los establos se construía un hotel, pero de momento solo estaban los cimientos.

—¿Una pensión? —repitió el encargado del establo a la tímida pregunta de Kathleen.

Era un hombre grande como un oso cuyo nombre, Duncan McEnroe, hizo surgir en la mente de Claire imágenes de guerreros de clanes e historias de héroes. Aun así, McEnroe no parecía muy

heroico, sino más bien malhumorado y arisco. Tan solo la forma en que pronunciaba la palabra «pensión» hacía pensar en un burdel.

—Pues sí, algún albergue decente y limpio debe de haber donde una mujer respetable pueda pernoctar un par de noches sin que la moleste nadie —precisó Claire.

McEnroe arqueó una ceja.

—¿De dónde vienen ustedes?  
—preguntó groseramente. Al parecer, en Escocia no sabían gran cosa de cortesía ni de discreción—.

¿Dos mujeres solas en una calesa llena de niños pero sin hombre?

—Mi marido es marino — explicó Claire, próxima a la verdad, pero luego empezó a mentir —. Y la señora Coltrane es viuda.

Kathleen bajó la cabeza.

—¿Y qué las trae solas por esta región?

Duncan McEnroe no era el único que quería saberlo. También las dos propietarias de las pensiones cuyas direcciones les facilitó de mala gana se pusieron a hacer preguntas. La primera se negó

a aceptar a las mujeres y los niños; tampoco la segunda creyó del todo la historia de Claire acerca de un esposo desaparecido y una cosecha que se había echado a perder y que las había forzado a dejar sus granjas de Canterbury.

—¡Dios concede una abundante cosecha al que es honrado y cultiva su tierra como es debido! — sentenció la pequeña anciana, cerrando la puerta en las narices de las dos mujeres.

—Al parecer nunca ha oído hablar de la gangrena de la patata

—observó Kathleen después.

—Esa nunca había salido de Edimburgo antes de emigrar —supuso Claire—. Es probable que estuviera casada con un calvinista severo, pero debió de morir en la travesía y ahora tiene que alquilar habitaciones para mantenerse a flote...

Kathleen interrumpió a su amiga con un gesto.

—Claire, no malgastes tu imaginación con esa bruja, piensa mejor qué hacemos. En algún lugar tendremos que alojarnos.

Seguidas por unos niños agotados y quejumbrosos, las mujeres recorrieron el centro de la ciudad, cuyas calles formaban un grandioso octógono. Estaba listo el proyecto urbanístico y algún día Dunedin sin duda sería una ciudad bonita, pero por el momento solo había unas pocas casas. Y además empezaba a llover.

—Será mejor que volvamos a sacar la calesa y busquemos algo en las afueras —dijo Kathleen desalentada.

Claire no le hizo caso. Acababa

de descubrir una obra extraña en medio del octógono. A diferencia de las demás obras, todavía no tenía piedras colocadas, pero alguien había montado una carpa.

—Mira, ahí hay alguien acampado —señaló la joven—. A lo mejor es así como lo hacen cuando tienen la intención de construir más tarde. ¡Así a lo mejor pueden obtenerse tierras! Si se vive el tiempo suficiente así, se adjudican. ¡Ven, vamos a preguntar!

Kathleen arqueó las cejas. Claire tenía unas ideas extrañas

respecto a la adquisición de tierras, lo que de nuevo procedía de leer demasiadas historias fantásticas. En los cuentos de su amiga los dioses regalaban la tierra en torno a la cual uno había caminado durante un día, en la que se arrojaba una lanza o la que se abarcara con la piel de un buey, como ocurrió en una ocasión a Dido con Cartago. Kathleen no podía imaginarse que tales arcaicos rituales se dieran en Dunedin. Ahí, lo más probable era que la tierra simplemente se arrendara o se comprara, y si uno

montaba una tienda en un sitio donde estaba prohibido hacerlo, lo ponían de patitas en la calle.

Sin embargo, ya nada podía frenar a Claire. Llamó a la entrada de la tienda hasta que algo dentro se movió. Un hombre alto y vestido de negro salió a la lluviosa penumbra.

Kathleen no entendía lo que su amiga le decía, pero respiró aliviada cuando él le indicó que entrase.

—¡Pase, pase, o la lluvia la empapará!

El hombre tenía una voz agradable y unos ojos castaños y cordiales, un cabello liso castaño claro, una frente alta y unos hoyuelos, como si riera con frecuencia. Su posición, sin embargo, seguramente le obligaba a mantener una actitud digna: un alzacuellos indicaba que era un sacerdote.

Kathleen y los niños siguieron a Claire para ponerse a salvo de la lluvia y entraron en la tienda, inesperadamente acogedora. Había una butaca y un sofá, un bufet de

madera y una mesa para comer con sillas. Daba la impresión de estar llena hasta los topes, como si los muebles estuvieran en realidad pensados para una casa más grande. Pese a ello, no parecía que el reverendo la considerase una vivienda provisional.

—Reverendo Peter Burton, de la Iglesia anglicana —se presentó —, de la diócesis anglicana de Dunedin, para ser más exactos. Pero hasta ahora todavía sin obispado.

—¿Será usted el obispo? —

preguntó Claire respetuosamente.

Burton se echó a reír.

—No. Con toda seguridad, no. Yo soy el que guarda la plaza. En el sentido más estricto de la palabra.

—¡Lo ves! —exclamó Claire triunfal, mirando a Kathleen. Mientras que las niñas le hacían una reverencia formal al reverendo y Sean le estrechaba educadamente la mano, Claire explicó a Burton su teoría sobre la adquisición de tierras en Dunedin. El reverendo rio todavía más fuerte.

—No, milady, no es tan

sencillo, aunque en mi caso no está usted del todo equivocada. Resulta que Johnny Jones, un antiguo ballenero de Waikouaiti, que ahora dirige granjas, ha regalado este solar a la Iglesia. El edificio se llamará un día catedral de San Pablo, aunque al noble bienhechor seguramente le habría parecido más adecuado que se llamara San Juan, lo que sin duda habría aumentado su predisposición a hacer donativos. Lo sugerí, pero a mí nadie me hace caso.

El reverendo ofreció asiento a

Kathleen y Claire. Cogió un cántaro de agua y vasos y sirvió a todos. Luego se sentó y siguió hablando.

—La ubicación de nuestra futura casa de Dios es sumamente céntrica, como ciertamente usted ha advertido, lo que de nuevo no parece bien a nuestros ediles calvinistas. ¡La Iglesia de Inglaterra en medio de Nueva Edimburgo! En cualquier caso, nos disputan el solar, así que mientras a nadie se le ocurra erigir aquí un monumento a Calvino o algo similar, yo acampo.

—Peter Burton hizo una mueca

irónica—. Yo soy algo así como Pedro, la piedra sobre la que en algún momento se construirá nuestra iglesia. Espero que el obispo no se lo tome al pie de la letra y me emparede en los cimientos como portador de la buena suerte según la costumbre hereje.

Kathleen lo observaba perpleja.

—Pero no lo harán, ¿verdad?

—preguntó Sean.

Burton volvió a reír.

—Hay gente que opina que sería una buena idea. Pero te doy la

razón, hijo mío, no sería muy cristiano que digamos, y el obispo seguro que prescindirá de ello.

Claire dirigió al reverendo una sonrisa pícaro.

—¡Infiero de sus palabras que no ocupa la posición más codiciable dentro de la Iglesia anglicana! —observó—. Pero deje primero que nos presentemos. Claire Edmunds y Kathleen Coltrane. Y Chloé, Heather y Sean.

Burton estrechó la mano a las mujeres. Kathleen volvió a levantarse e hizo una tímida

reverencia.

—Chloé y yo somos anglicanas  
—añadió Claire—. Kathleen...  
bien, es irlandesa.

Burton asintió.

—Con lo que acaban de sumarse a mi congregación dos miembros. Si contamos a todos, ¡ya somos cinco! La señora Coltrane y sus hijos son bien recibidos, faltaría más. Ya verán que las diferencias no son tan grandes.

Kathleen asintió. En Lyttelton había asistido a la misa del domingo anglicana.

—Pero ¿qué las trae por aquí, además de su intención de adquirir tierras deprisa y sin problemas?

Claire volvió a contar su historia del esposo desaparecido y el esposo muerto.

—Queremos abrir una tienda de confecciones —añadió—. ¿Podríamos dejar tal vez aquí un par de dibujos? La esposa del párroco de Christchurch es una de nuestras mejores clientas.

Kathleen se puso como un tomate, pero Claire ya sacaba un par de dibujos de su bolsa de viaje.

El reverendo soltó un travieso silbido entre los dientes.

—¡Muy bonitos! —dijo—. Pero ya se lo digo ahora, aquí no entablarán relación con más gente que la que entablo yo con la misa. ¿Han echado un vistazo a las mujeres? ¡Se superan en su intento de semejarse lo máximo posible a cornejas!

Claire soltó unas risitas y Kathleen tampoco pudo contenerse. A diferencia de su optimista amiga, ella ya se había dado cuenta, mientras paseaban por la ciudad, de

lo tristes y deslucidas que vestían las mujeres de los escoceses. Era cierto que la propietaria de la pensión era idéntica a una maligna corneja. Burton miró a la joven mujer con satisfacción. Hasta el momento, Claire había llevado la voz cantante, pero ahora se percató del cabello color miel de Kathleen, de sus rasgos aristocráticos y sus desconcertantes ojos verdes.

—Para un puritano —dijo el reverendo señalando uno de los dibujos, un vestido de noche ceñido — esto puede parecer el camino

directo a la perdición. A fin de cuentas, un vestido así provoca en cualquier hombre pensamientos pecaminosos.

Su sonrisa quitó dureza a sus palabras. Claire hizo un guiño conspirador y solo Kathleen se quedó mirando a Peter Burton con aprensión.

Burton empezó a examinar discretamente a las mujeres. Claire Edmunds era despreocupada, pero Kathleen Coltrane no parecía una emprendedora ni una empresaria de éxito. Más bien se la veía

intimidada. ¿O tal vez estaba huyendo?

—Y bien, ¿qué hacemos ahora con ustedes? —preguntó al grupo. Las mujeres tenían aspecto de estar cansadas, lo mismo que los niños.

—Creo que esta noche les daré primero asilo eclesiástico. Para ello tendrán que imaginarse la iglesia.

—¿Vamos a dormir aquí en la tienda con usted? —preguntó Claire con el ceño fruncido.

El reverendo sacudió la cabeza.

—Por todos los cielos, mi

obispo me... Bien, en Nueva Zelanda no hay peor puesto que este, pero ¡en algún sitio del mundo debe de haber caníbales a los que enviar urgentemente a un misionero!

—¿Qué delito ha cometido? — se interesó Claire—. Para que lo desterraran aquí, quiero decir, aunque no directamente a los caníbales.

Pero Kathleen ya estaba harta de tanta cháchara. Heather se apoyaba en ella agotada e incluso Sean parecía a punto de desfallecer. Y ella misma se sentía igual,

necesitaba una cama urgentemente. Se dirigió al religioso con cierta impaciencia:

—Díganos dónde vamos a dormir, por favor. Si no tendremos que buscarnos otro sitio, ya es de noche. Y no creo que ese señor McEnroe nos permita dormir en el establo.

—¡Ni hablar! —exclamó secamente Burton—. Podrían seducir a los caballos. No, como ya he dicho, les daré asilo eclesiástico. ¿Ven eso? —Levantó un poco la lona trasera y señaló

otra tienda similar a unos metros de distancia—. Eso es la iglesia de San Pablo. Colocamos ceremoniosamente una primera piedra y monté allí la tienda. Ahora les pertenece a ustedes. El domingo celebraremos la misa allí. Pero ustedes no necesitan toda la catedral. Tiene cabida para unos quinientos creyentes, según mi obispo.

Kathleen dirigió al reverendo una sonrisa tímida, algo culpable.

—Es... es muy amable por su parte.

Peter Burton le quitó importancia con un gesto.

—No me dé las gracias. O sí, puede hacerme un favor y compartir esta noche mi escasa cena conmigo, aunque no será tan escasa si me permiten enviar a este jovencito ahora mismo al carnicero. — Señaló a Sean—. No había contado con recibir visitas. Pero no me dejan que pase hambre y también tengo un rebaño. Sería un placer alimentarlas a ustedes y sus hijos si me lo permiten.

Kathleen ya estaba a punto de

decirle que estaba cansada y a rechazar la invitación, pero Claire asintió radiante.

—¡Claro que se lo permitimos! Dejad que los niños se acerquen a mí... En realidad es su deber. Y estamos todos muertos de hambre. ¿Cocinamos nosotras? Bueno, a mí no me sale especialmente bien, pero Kathleen es una estupenda cocinera.

Al final, Kathleen se encargó a disgusto de la cocina provisional de la tienda, mientras el clérigo acompañaba a Claire y los niños al

establo de alquiler. En la futura iglesia no había humedad ni hacía frío, pero salvo un par de bancos de madera y una cruz tampoco había mobiliario y, naturalmente, ninguna cama. Claire había sugerido coger esa noche las mantas y sábanas que llevaban en la calesa y aceptó con agrado el ofrecimiento de acompañarla del reverendo.

—Aunque a ojos del señor McEnroe esto tal vez lo ponga en un compromiso —bromeó Claire con él.

Burton se encogió de hombros y

abrió un enorme paraguas negro sobre la cabeza de la joven.

—A ojos del señor McEnroe estamos todos condenados al infierno. Y lo mejor es que no podemos hacer nada por cambiar la situación. Ya desde el comienzo de los tiempos Dios determinó que Duncan McEnroe iría al cielo y nosotros no. No es de extrañar que lleve la cabeza tan alta, aunque ni siquiera sea mérito suyo. También le podría haber tocado a él. En fin, recojamos ahora sus cosas y mañana ya buscaremos otro establo

de alquiler. Por otra parte, en la ciudad vive un irlandés: Donny Sullivan. Comercia un poco con caballos y, cómo no, es católico. Pese a ello es un tipo simpático.

—¿Qué es lo que hizo? — volvió a preguntar Claire una hora más tarde, después de que todos hubieran ocupado sus sitios alrededor de la gran mesa del reverendo Burton.

El reverendo había bendecido la mesa, sobre la que humeaban platos con carne, verduras y

patatas. Se sirvió diligente y no ahorró elogios para la cocinera. Kathleen enrojeció de turbación y tomó unos sorbitos de vino. Nunca antes lo había probado, pero, a fin de cuentas, Jesús también lo había hecho, no debía de ser tan reprobable como beber whisky. Burton brindó despreocupadamente con las mujeres después de haber abierto la botella con gran ceremonial.

—¡Por mis primeras visitas en la nueva diócesis! ¡Y por nuestra fabulosa cocinera la señora

Coltrane! —declaró sonriendo a Kathleen. Esta bajó la vista con timidez y, entre las pestañas, buscó a Claire con la mirada para pedirle ayuda.

Esta reiteró su pregunta.

—A ver, ¿qué le ha ocurrido a usted?

Claire podía desarrollar una curiosidad inquisitorial. No cejaría hasta que el reverendo hubiese contado su historia.

El hombre la examinó.

—Si yo confieso ahora, quiero después escuchar su historia —

advirtió—. Y una versión mejor que la de la cosecha arruinada. Llegué hace un par de meses a través de Christchurch, señoras. En las llanuras no se había estropeado ninguna cosecha. De gangrena de la patata, nada. Deberían decir la verdad o ser más diestras a la hora de mentir, si no cualquiera las descubrirá enseguida.

Kathleen volvió a ruborizarse. Incluso Claire se mordió el labio con expresión culpable.

—Una... ¿marea viva? — preguntó—. ¿Una inundación?

Vivíamos al lado del Avon.

Burton puso los ojos en blanco.

—Tiene suerte de que yo no pueda oírlas en confesión —señaló—. Su amiga no miente de forma tan desvergonzada. ¿No desearía contarme la verdad, señora Coltrane?

Kathleen bajó tanto la cabeza sobre el plato que apenas se le veía el rostro.

—Yo... yo... bueno... en su origen no fue una marea viva —balbuceó—, pero... pero sí que tiene que ver con los campos junto

al río y... bueno, con una cosecha perdida.

El reverendo y Claire se miraron igual de perplejos. Entonces Burton hizo un gesto de negación.

—Está bien, a lo mejor no tengo que entenderlo. Y acepto que me toque a mí confesar. —Sonrió burlón a las mujeres, se dirigió a la librería y sacó un libro—. Supongo que no lo conocerán.

Kathleen todavía no se había repuesto del interrogatorio, pero Claire cogió interesada el librito y

Sean enseguida lo miró con curiosidad: *La selección natural. Sobre la tendencia de las variedades a diferenciarse indefinidamente del tipo original*, de un tal Charles Darwin.

Claire frunció el ceño.

—¿De qué trata? —preguntó.

—Es una teoría fascinante —respondió el reverendo con los ojos brillantes—. Trata del origen de las especies animales y vegetales. Darwin parte de la idea de que han ido evolucionando unas a partir de las otras en el transcurso de miles

de años.

—Ajá. ¿Y? —inquirió Claire tomando otro sorbo de vino. Era evidente que le encantaba: era su primera copa desde que había abandonado Inglaterra—. Es como en la cría de ovejas. Se cruza un tipo con el otro para que la lana sea más bonita, y las mismas ovejas se vuelven también más resistentes a la intemperie. Es así, ¿no, Kathie?

Kathleen asintió distante.

—Pero el señor Darwin también lo relaciona con los seres humanos —prosiguió Burton.

—Eso tampoco es nuevo. —

Claire aprobó la teoría con indiferencia—. Yo tengo el cabello oscuro y los ojos castaños, mi marido tiene... tenía... bueno... tiene... —Claire ya había contado tantas versiones de la historia que no sabía exactamente si había dicho que la viuda era ella o Kathleen—. Ojos azules y pelo rubio. Y Chloé tiene el cabello negro y los ojos azules. ¿Dónde está el problema?

Burton apretó los labios.

—Tiene que analizarlo desde una perspectiva más amplia, señora

Edmunds. El señor Darwin opina que el hombre, en cierta medida, ¡proviene del mono!

Claire volvió a fruncir el ceño.

—Una vez vi un mono — recordó—. Era muy gracioso. Y se parecía un poco a un hombre. Además, también parecía muy juicioso, reunía el dinero del organillero.

El reverendo no pudo evitar echarse a reír de nuevo.

—Al señor Darwin se le ha pasado por alto la codicia que parecen tener en común las

especies más desarrolladas.

Claire soltó unas risitas, pero Kathleen no parecía escuchar.

—¿Y qué tiene esto que ver, reverendo, con que tenga que defender de la Iglesia libre de Escocia una parcela de tierra en Dunedin, en lugar de estar predicando en Canterbury? — preguntó Claire—. No acabo de entender la relación.

El hombre señaló el tratado.

—Estuve predicando acerca de esto —explicó—. Sobre que esto obliga urgentemente a realizar una

reinterpretación de la Biblia.

Claire comprendió.

—Porque esto no concuerda con Adán y Eva —señaló—. De todos modos, yo tampoco podía imaginarme algo así: ¡yo no estoy hecha de una costilla! —Echó orgullosa la cabeza atrás y Burton casi no pudo contenerse de satisfacción.

—Con lo que ambos estamos hechos unos sacrílegos —bromeó—. A diferencia de usted, señora Edmunds, mi obispo insiste, y con él toda la Iglesia anglicana, en que

Darwin no tiene razón y la Biblia sí. Tendrá que contentarse con la costilla, aunque el mono le resulte más simpático.

—Pero ¿qué encuentra el obispo de molesto en la nueva interpretación? —preguntó Claire, y bebió otro sorbo de vino—. ¿No da lo mismo que Dios haya creado el mundo en seis días o que haya necesitado de un poco más de tiempo?

Kathleen levantó la cabeza. Parecía indiferente, pero sin embargo había escuchado

atentamente.

—Si el obispo admite que el asunto de la costilla no es cierto —dijo con serenidad—, tendrá que confesar también que tal vez todo lo demás tampoco lo sea. Lo... lo de la Virgen María, por ejemplo, y la inmaculada concepción. O... o lo de la indisolubilidad del matrimonio.

No sabía por qué, pero Burton tenía la impresión de que aquella hermosa mujer rubia había hallado algo de consuelo en esa conversación.

## 2

Encontrar una casa para dos mujeres y tres niños se reveló tan difícil como encontrar una pensión. Fuera del octógono, donde se hallaban los edificios públicos importantes, se habían concluido ya algunas casas, y un par de ellas eran muy bonitas, de piedra y de varios pisos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los

propietarios las habitaban y si había algo que alquilar podían elegir a su inquilino. Una anglicana y una católica sin esposos se hallaban, lamentablemente, en el último puesto de su lista de prioridades. Todos los habitantes de la ciudad eran escoceses calvinistas.

—Y respecto a lo de la costura, también lo veo negro —suspiró Claire. Volvían a estar invitadas a la mesa del reverendo. Las mujeres habían comprado y cocinado y se preparaban para pasar su segunda

noche en Dunedin en la iglesia provisional—. En el sentido estricto de la palabra, las mujeres no parecen llevar otros colores distintos aquí.

—¿No hay otra cosa que sepan hacer? —preguntó el reverendo—. Exceptuando el cocinar; la comida está riquísima de nuevo, señora Coltrane. Pero me temo que contratar a una cocinera sea considerado por la Iglesia libre tan lujoso como comprar vestidos bonitos.

—Trabajar en la granja —

respondió Kathleen a media voz—. Siempre he trabajado en el huerto, los campos y con animales. También Sean.

El adolescente asintió afligido. Había esperado no tener el fastidio de limpiar estiércol y dar de comer a los animales, pero, contrariamente a su hermana, entendía la gravedad de la situación. Claro que trabajaría si no quedaba otro remedio.

Burton reflexionó unos instantes, hasta que su rostro se iluminó.

—Bueno, si no tiene que ser justo en Dunedin... lo del trabajo en la granja me ha dado una idea. Ya mencioné a Johnny Jones, ¿no es así?, nuestro generoso donante.

Las mujeres asintieron.

—Como ya he dicho, tenía al principio una estación ballenera — prosiguió el reverendo—. Pero desde hace algún tiempo se ocupa del comercio y las travesías en barco, y ¡explota una granja! Eso significa que hay varias granjas en Waikouaiti, una pequeña localidad no muy lejos de aquí. Allí se han

asentado algunos granjeros desde que se fundó Dunedin. Suministran alimentos a la ciudad. Por lo que sé, a todos les va muy bien.

—¿Dónde está? —quiso saber Claire, y sus pensamientos volaron a otro lugar—. Ah, sí, se me acaba de ocurrir. ¡Yo también podría dar clases de piano!

Tanto Kathleen como el reverendo veían más oportunidades en Waikouaiti que enseñando piano a los niños escoceses.

—Acabarás tocando el órgano cuando celebren misa —le advirtió

Kathleen cuando se percató de que Claire renunciaba de mala gana a su última idea para ganarse la vida—. A no ser que también consideren la música como un sacrilegio. Pero en la granja podremos volver a tejer. Colores neutros, puede que hasta podamos venderlos aquí.

—Mañana nos vamos — anunció Burton de buen humor, abriendo otra botella de vino.

Eso consoló a Claire, que parecía algo triste por tener que volver a vivir fuera de la ciudad, en Waikouaiti.

Kathleen, por el contrario, parecía complacida por la idea de Burton. Se iluminaba mientras él les contaba acerca de los colonos de la nueva localidad. Johnny Jones los había llevado a Nueva Zelanda de la ciudad australiana de Sídney.

—Pero ¿podían marcharse de allí? —preguntó más animada que de costumbre—. ¿No son todos presos?

—No todos llegaron a Australia siendo convictos —respondió Burton, sorprendido por su interés—. Y hay solo unos pocos

condenados a cadena perpetua. La mayoría tiene siete o diez años. En cuanto han cumplido la condena, quedan libres. Pueden ir a donde les plazca. No obstante, no ganan lo suficiente para pagarse el viaje de regreso a Inglaterra. No tengo ni idea de por qué Jones trajo australianos y si eran convictos o no. Pero usted misma puede preguntarlo mañana a la gente.

Así pues, Sean volvió a enganchar las mulas. Las mujeres todavía no habían cambiado de

establo de alquiler, lo que Burton no acababa de entender. Había pensado que Kathleen se alegraría de conocer a un paisano, y más aún porque Donny Sullivan cobraba más barato que McEnroe. Pese a ello, la irlandesa y su hijo reaccionaron de forma evasiva ante la idea de cambiar de establo. Era evidente que tenían cierto resentimiento hacia los tratantes de caballos.

Hasta el momento, Burton no había conseguido sonsacarles nada más. Pero de todos modos, el

asunto estaba solucionado. El reverendo cogió también su caballo y cabalgó junto a Sean, detrás de la calesa con las mujeres. Le llamó la atención lo seguro que montaba el muchacho a lomos de su pequeño caballo negro. Si bien la mayoría de los niños de las granjas sabían montar, Sean parecía haberlo aprendido; se notaba que tenía experiencia y esmero en el trato con los animales. En cualquier caso, cuando Burton lo felicitó por eso, el chico se ruborizó. Un muchacho reservado, como su madre. El

reverendo los encontraba a ambos igual de encantadores. Ella tal vez tuviera escrúpulos respecto a su religión, pensó el reverendo. Los irlandeses ya habían tenido que soportar bastante de los anglicanos, pero Peter Burton no tenía prisa. Permanecería mucho tiempo allí, como Kathleen. En algún momento ella abandonaría su reserva.

Waikouaiti se encontraba a unos pocos kilómetros de la ciudad de Dunedin y no podía compararse con la colonia escocesa. Ahí los asentamientos crecían directamente

en la costa y el entorno era totalmente llano. Apenas a un kilómetro y medio al oeste de las granjas empezaba de nuevo el paisaje de montaña de Otago. Tres kilómetros más allá se encontraba la desembocadura del río Waikouaiti. Claire se sintió de nuevo en el Avon, y, en efecto, Waikouaiti era más parecida a las Llanuras de Canterbury que Dunedin. La pequeña localidad estaba formada, sobre todo, por casas de campo que, para Kathleen y Claire, eran similares a las

granjas que habían abandonado.

El reverendo se dirigió con determinación a la escuela, pintada de rojo, que se hallaba junto a una iglesia pequeña e igual de cuidada. También era la casa del párroco.

—Mi compañero Watgin también hace las veces de profesor —informó Burton a Sean, que lo escuchaba atentamente—. Ya ha pasado veinte años aquí y es muy severo, así que, por favor, ni menciones las teorías del señor Darwin. El reverendo Watgin me considera peligroso, el obispo debe

de haberle advertido sobre mi persona. Sea como fuere, Johnny Jones lo trajo para que ofreciera a sus colonos apoyo espiritual y moral. ¡Realmente pensó en todo!

El reverendo Watgin y su esposa tenían un aspecto tan mojigato y rancio como los colonos escoceses de Dunedin, solo que llevaban más tiempo en la Isla Sur y no parecía que tuvieran ganas de irse. Ante el reverendo Burton mostraron un mínimo de amabilidad y, en cuanto a sus acompañantes, solo manifestaron escepticismo.

—Así que de las llanuras —  
dijo Watgin, un hombre alto y flaco,  
de mirada penetrante—. ¿Viudas?

—Mi marido es navegante —se  
apresuró a contestar Claire.

—¿Y por qué no le espera en  
casa como una buena esposa? —  
preguntó con severidad—. Siempre  
que está usted por en medio,  
reverendo Burton, tenemos que  
afrontar las consecuencias de los  
tiempos modernos. Los sacerdotes  
desmienten la Biblia, las mujeres  
abandonan su hogar...

Como Burton les había

aconsejado, Kathleen y Claire no dijeron ni mu.

—Haremos una breve visita de cumplido —añadió el severo religioso—. Lo más importante es que le caigan bien a la señora Jones. Johnny suele estar navegando y es la esposa quien permanece aquí. ¡Es la reina sin corona!

La señora Jones residía en la granja Matanaka, así llamada por la franja costera en el extremo septentrional de la bahía de Waikouaiti. Tenía una casa grande y

cuidada, en cuyo jardín Claire, amante de la belleza, supo apreciar la exuberancia de sus flores. También los colores alegres con que estaban pintados los edificios de la granja reflejaban un espíritu optimista. Y además la señora parecía tener debilidad por los hombres jóvenes y apuestos. En cualquier caso, sus ojillos azules centellearon cuando abrió la puerta y vio al reverendo Burton.

La señora Jones era regordeta y en su rostro gordinflón asomó una sonrisa. Emocionada, se arregló el

peinado, que parecía compuesto por miles de tirabuzones rubios. Sin duda dedicaba horas para rizárselos con las tenacillas, pero le daban un aspecto juvenil. Con su voz alegre y cantarina, enseguida caía bien.

—¡Reverendo Burton! ¡Otra vez nos trae ideas peligrosas a nuestra pequeña y recogida ciudad! — bromeó al tiempo que sus ricitos se agitaban—. ¿Y quién le acompaña esta vez? No será ninguna muchacha perdida, ¿verdad? — amonestó al hombre con el dedo—.

Acuérdese: ¡nuestros orígenes se remontan a personas decentes y de buena reputación del sur de Inglaterra! —canturreó con voz meliflua, más alta y con cierto tono de censura como si estuviera imitando a alguien—. Así que no exijan a nuestra señora Ashley que tolere unas ovejitas pecadoras. ¡Podrían teñir de negro todo el rebaño! —Y guiñó un ojo al reverendo y a las visitas.

—Y al mismo tiempo niega la genética —rio Burton—. Pero, señora Jones, debería

avergonzarse. En cuanto nos encontramos, critica a sus hermanos y hermanas ante los ojos del Señor... ¿Es eso cristiano? — Burton no esperó respuesta—. Creo que ha llegado el momento de hacer una buena obra, para reconciliarse, por así decirlo, y usted tendrá que sufrir en silencio lo que Agnes Ashley tenga que decir al respecto.

Y sin más, el reverendo describió a Carol Jones la situación en que se encontraban ambas mujeres y sus hijos.

—Ya conoce usted a los

escoceses, señora Jones, huelen la perdición eterna en cuanto ven a una mujer sola, sin atender razones. La señora Edmunds y la señora Coltrane nunca prosperarán allí y yo no puedo dejarlas dormir para siempre en la iglesia. La gente ya está empezando a cotillear. Tampoco nuestras damas son ángeles, como usted bien sabe.

La señora Jones rio con satisfacción.

—Bien, ¿han trabajado antes en una granja? —preguntó—. ¿Pueden hacer cualquier otra cosa que sea

de utilidad?

Kathleen asintió y ya iba a hablar de sí misma, cuando Claire se le adelantó.

—Teníamos una especie de negocio en Christchurch —explicó animada—. Moda femenina al estilo de París y Londres.

Sacó teatralmente un par de dibujos de Kathleen y se los tendió. La mujer del fundador de la ciudad los contempló con una expresión cada vez más codiciosa.

—¿Saben ustedes coser algo así? —Los ricitos de la señora

Jones volvían a balancearse—. ¿De verdad?

Poco después, Kathleen, Claire y los niños se instalaban en un cobertizo. No tenía ventanas, pero a cambio podían oír el mar, como Claire señaló complacida.

—Pondremos ventanas —dijo la señora Jones—. Es importante, o se destrozará la vista cosiendo a oscuras. Reverendo, ¿cree de verdad que esta crinolina me sentará bien? —La mujer no podía separarse de los dibujos. Ya había encontrado su vestido favorito—.

¿No me engordará?

Kathleen ya estaba ocupada arreglando el cobertizo y haciéndolo más acogedor mientras Claire se despedía cariñosamente de Burton.

—Vendrá a vernos de vez en cuando, ¿verdad? —preguntó.

El reverendo asintió.

—Claro. Pero me alegraré de verlas en la misa del domingo. Por supuesto, está un poco lejos. Pero de vez en cuando les gustará alternar mis sermones con los de mi muy apreciado compañero de

oficio. —Le guiñó un ojo—. Y tiene que devolverme eso. — Señaló el libro del señor Darwin, que Claire había tomado prestado para estudiarlo con Sean.

Kathleen no estaba entusiasmada con la idea. A partir de ese momento, Sean asistiría a la escuela con el reverendo Watgin y no tenía que discutir con él nada más llegar. Pero, por otra parte, las ansias de saber del niño eran insaciables.

—Pronto me llegará un nuevo libro —dijo con entusiasmo Burton

— *El origen de las especies* se publicará próximamente. Ahí justifica su tesis el señor Darwin. ¡Ponga atención, será causa de polémica en los siguientes años! ¡El mundo cambiará!

Respecto a esto último, el reverendo tenía razón precisamente en relación a Otago. No obstante, no fueron las tesis del señor Darwin lo que puso patas arriba Dunedin y sus alrededores.

Al principio la vida de Kathleen y Claire transcurrió por

caminos ya trillados. Para disgusto de Claire, su existencia apenas si se diferenciaba de la de Christchurch. Y exceptuando a la alegre señora Jones, tampoco hicieron amigas.

Kathleen se había alegrado de que hubiera colonos de Australia y esperaba obtener información sobre el país al que habían desterrado a Michael. Pero la sola mención de las colonias penitenciarias parecía encolerizar a los granjeros, y aún más a sus esposas.

—Siempre pasa igual —gruñó la señora Ashley. No habían tenido

ni que presentársela a Kathleen y Claire. La señora Jones la había imitado estupendamente bien—. ¡En cuanto uno menciona esa desventurada tierra, enseguida se habla de estafadores, ladrones y asesinos! No hay que decir que uno procede de allí, la gente supone de inmediato que se arrastraba encadenado por aquellas tierras. Pero nosotros, señora mía, somos gente honrada que hemos llegado impulsados por el espíritu pionero. Nos hemos marchado voluntariamente del sur de

Inglaterra, ¡tome nota! Venimos de familias respetables y...

—Yo solo quería saber cómo es la vida allá —susurró Kathleen intimidada—. El país, el clima, la gente...

Pero la señora Ashley no se dejó ablandar. Siguió lanzando a las recién llegadas miradas de desprecio.

—Depende de en qué sitio de ese país infernal acabes —terció el señor Ashley. No era tan beato y peleón como su esposa, pero tampoco les cayó bien a las dos

jóvenes. Un granjero fuerte y algo tonto—. Hay desiertos donde el calor abrasa y zonas donde llueve continuamente, como aquí. Hay estepas y bosques pluviosos, pantanos... O sea, nada es como debería ser. Y los animales... Todo lo que se arrastra u hormiguea lleva la muerte consigo: serpientes, escorpiones, enormes arañas. Y los animales grandes no traen al mundo sus crías como es normal, sino que las llevan en bolsas de carne y pelo. ¡Eso no es natural!

—Al menos es distinto del sur

de Inglaterra. —Sonrió la señora Jones.

La colonia se había reunido para ir a la iglesia y su «reina» llevaba un vestido confeccionado por Kathleen según la moda inglesa. La crinolina y las mangas de farol la convertían en una muñeca hecha con bolas, pero estaba satisfecha con la tela de seda azul marino que había escogido. Las otras mujeres la miraron con una mezcla de fascinación, menosprecio y envidia.

—No hagan caso de nuestros

amigos, niñas. Australia los decepcionó, por eso están aquí.

—Pero ¡lo peor son los presidiarios! —continuó la señora Ashley con el discurso de su marido—. Uno pierde la buena reputación en cuanto llega a ese país y, además, nunca está seguro de que no vayan a agredirlo. Dejan a la gente en libertad cuando han cumplido la condena y, con frecuencia, antes. ¡Imagínense! ¡Todo un país poblado por maleantes!

—Seguro que no todos son

maleantes —se atrevió a intervenir Kathleen, pero eso encendió más a los implacables ingleses. Cada uno tenía una historia que contar sobre cómo le habían robado, engañado o timado a él mismo o a su vecino.

—Seguro que hay algo de cierto en lo que dicen —señaló Kathleen afligida a Claire después de la iglesia—. Seguro que algunos presos son peligrosos. Y luego los incendios forestales, los animales salvajes... eso significa que muchos convictos mueren allí.

Kathleen ya no podía reprimirse

más. Ese segundo domingo en su nuevo hogar, por fin habló de Michael a su amiga. Suspiró aliviada cuando Claire no la condenó por su amor sino que lo encontró todo muy romántico.

—¡Te escribió que volvería por ti! —dijo maravillada cuando Kathleen le mostró la misiva de Michael que había guardado cuidadosamente escondida todos esos años. La visión del rizo la conmovió casi hasta las lágrimas —. ¡Oh, Kathleen, tendrías que haberlo esperado!

La señora Ashley y sus amigas encontraron raro el interés de Kathleen por Australia, al igual que las mujeres y los niños sin protección masculina levantaron sus sospechas. La bonita y vivaracha Claire y la más silenciosa, pero aun así extraordinariamente bella, Kathleen les parecieron una tentación constante para sus maridos. Chismorreaban sobre cualquier breve conversación con un trabajador de una granja o un

colono. No obstante, también a esas íntegras mujeres las atraía la moda londinense. Así que se asomaban al cobertizo de Kathleen y Claire y encargaban prendas que coser, de cuyos precios se quejaban después por considerarlos exageradamente caros.

—De todos modos, nunca ganaremos tanto como en Christchurch —dijo Claire al final del primer mes—. Yo ya me había alegrado del estilo urbano, y resulta que aquí estamos de nuevo en el campo y lavando lana. Si al menos

me dejaran ayudar más a menudo con los caballos y las ovejas... Pero ¡podría seducir al señor Ashley! ¡Si es menos atractivo que un carnero! —La pobre estaba muy descontenta.

Kathleen se encontraba más tranquila que su amiga con esa vida sin incidentes. Nadie le pegaba ni la humillaba, no molestaban a Sean, y Heather no era testigo de escenas desagradables. Todos los niños asistían a la escuela del reverendo Watgin, pero aventajaban un poco a los niños de la localidad. Sean, en

particular, ya no podía aprender nada en la escuela del pueblo; habría sufrido otra decepción en Otago si no hubiese estado el reverendo Burton en Dunedin para ir a visitarlo. Una vez al mes como mínimo, Claire insistía en ir a misa en Dunedin, y la mayoría de las veces se marchaban el sábado por la tarde, cenaban en la tienda de Burton por la noche y dormían en la «iglesia» o con algún otro miembro de la congregación. La comunidad anglicana crecía lenta pero sin pausa, y Burton no quería crearse

una mala reputación hospedando por la noche a las visitantes femeninas.

Por lo demás, Claire y Kathleen siempre eran bien recibidas, al igual que Sean, cuya mente despierta fascinaba al reverendo. Hablaba con el chico como con un adulto sobre historia y filosofía, le prestaba libros y respondía a sus preguntas. También Claire apreciaba las interesantes conversaciones con el reverendo. Kathleen solía escuchar en silencio, pero nunca se opuso a los viajes a

Dunedin y no parecía aburrirse. Cuando intervenía ocasionalmente, sus observaciones eran agudas y acertadas. No obstante, también habría podido vivir sin discutir las tesis del señor Darwin.

Kathleen se preguntaba a menudo qué era lo que le gustaba cuando estaba con el reverendo. Notaba que, en su presencia, se sentía bien y más segura, mejor que en cualquier lugar desde que había huido de Ian. Seguía luchando con sus sentimientos de culpabilidad, no tanto por Ian sino por Colin. ¡No

debería haberlo entregado a su tramposo padre! Además, Kathleen temía una venganza. Mientras había planificado la fuga, nunca había pensado que Ian podría salir a buscarla, sino que había partido de la idea de que la dejaría marchar. Pero ahora recordaba sus ataques de celos. No había soportado ni siquiera que ella mirase a otros hombres, ¿iba a tolerar ahora que lo hubiese abandonado? Era posible que Ian no la hubiese querido, pero la consideraba una propiedad suya. ¡Y no dejaría de buen grado que se

la robaran!

Todos esos pensamientos enmudecían cuando Kathleen estaba con el reverendo. Percibía que a él le maravillaba su belleza, aunque nunca pretendía intimar con ella. La fascinaban las conversaciones entre el religioso y Claire. No parecían un hombre y una mujer hablando, sino simplemente dos seres humanos que compartían los mismos intereses. Burton no decía cosas bonitas como Michael, no coqueteaba con las mujeres. Pero seguro que mantenía sus promesas y

asumía las consecuencias de todo lo que decía y hacía. La impresionaba que se aferrase a la doctrina darwinista y que protestase contra su Iglesia. La Biblia era un libro grueso, Peter podía predicar sobre cualquier tema, no tenía por qué ser siempre la historia de la Creación. Sin embargo, no abandonaba ese tema y por ello aceptaba con paciencia su destierro en una tienda en Dunedin.

Pese a ello, recientemente andaba siempre preocupado por su futuro.

—Están hablando de nombrar a un obispo y enviarlo aquí —suspiraba—. ¿Conservaré entonces mi puesto? No lo creo, me encontrarán otra cosa. A lo mejor tengo que ir a predicar a los maoríes. —Hacía una mueca contrayendo las arruguitas que se le habían formado de reír y adquiría una expresión entre cómica y triste.

—Los maoríes creen que la tierra nació cuando dos amantes fueron violentamente separados —dijo pensativa Kathleen.

Últimamente trabajaba en

colaboración con mujeres maoríes. Había un poblado cerca de Waikouaiti, y Watgin dedicaba grandes esfuerzos a convertir a los ngai tahu. De hecho, estos acudían solícitos a la iglesia, pero contaban historias de la mitología de su pueblo a Kathleen y Claire cuando intercambiaban modelos de puntos y secretos para teñir la lana. Papa era la Tierra, Rangi el Cielo, y fue cuando sus hijos los separaron con rudeza que aparecieron las plantas, los animales y los seres humanos.

—¡Todavía peor! —exclamó

Claire riendo—. ¡Evolución y separación matrimonial! A usted no se le puede dejar con los maoríes, reverendo. ¡Volvería con ideas todavía más chocantes que las que ya tenía antes!

Así transcurrieron el verano, el otoño y el invierno. Claire y Kathleen vivían una existencia tranquila, aunque carente de emociones, en aquella pequeña localidad de la Isla Sur. Pero entonces, un frío día de otoño de 1861, sucedió algo que no solo

marcaría a la Iglesia anglicana, sino la vida de cada uno de los habitantes de Otago. La primera en enterarse del acontecimiento fue Carol Jones, pues se permitía el lujo de comprar el periódico. Por supuesto, el *Otago Witness* le llegaba con un par de días de retraso y cuando no había nadie que se lo llevara, recibía tres o cuatro ejemplares a la vez. Pese a ello, se enteraba de las novedades antes que los demás y ese día compartió la noticia con Claire, que la estaba ayudando en el huerto.

—Han encontrado oro en Tuapeka —dijo la regordeta—. Un australiano, no cabía en sí de la alegría. «Brillando como la constelación de Orión en una noche oscura y helada», declaró al diario. Vaya, que como geólogo puede que sea aprovechable, pero como poeta se moriría de hambre.

Claire rio.

—¿Y ahora? ¿Corre todo el mundo hacia Tuapeka?

El pequeño río en que Gabriel Read había encontrado el yacimiento de oro discurría a unos

cincuenta y cinco kilómetros de distancia de Dunedin.

La señora Jones movió la cabeza negativamente.

—¡Qué va! ¡Ya conoce a los escoceses! El trigo tiene para ellos más valor que el oro, y por todos los santos, no hay riqueza sin trabajo. El gobierno ha enviado a ciento cincuenta hombres para comprobar si realmente hay algo allí. Tal vez ese Read simplemente lo ha soñado.

Durante un tiempo no se oyó

hablar más del yacimiento de oro de Gabriel Read, ni siquiera el reverendo Burton tenía algo nuevo que contar.

—El obispo de Canterbury previene ante el estallido de una fiebre del oro, pero de momento solo corren rumores de que hay más yacimientos. En el periódico no aparece nada.

Unas semanas más tarde, Kathleen, Claire y los niños volvieron a pasar la noche del sábado con el reverendo. Había invitado a una pareja de jóvenes

anglicanos recién llegados de Australia. Burton sabía del interés de Kathleen por el país vecino. Se alegró de la sonrisa de agradecimiento que ella le dispensó, pero también tomó nota de cómo la expresión de la joven se iba ensombreciendo a medida que escuchaba las historias de la pareja.

—La tierra es fértil —dijo el señor Cooper, un ingeniero agrónomo—, pero una gran parte está muy seca. Y no carece de peligros. Algunas zonas son muy

hermosas, pero la hierba está plagada de serpientes venenosas e insectos. Tampoco los indígenas son siempre pacíficos, nada que ver con los maoríes de aquí. Los aborígenes no tienen nada que regalar y se sienten amenazados por los colonos blancos. Y claro, el elevado número de presidiarios no nos ha hecho más simpáticos a sus ojos. En su mayoría no son tan malos, pero sí hay maleantes que a menudo se pelean entre sí.

—¿Es cierto... es cierto que muchos mueren? —preguntó

Kathleen a media voz.

Cooper hizo un gesto de ignorancia.

—Eso depende de la zona. Por ejemplo, Tasmania, que se llamaba la Tierra de Van Diemen, tiene muy mala fama, pero la naturaleza no es tan hostil. En el interior, por el contrario...

—¿Y qué ocurre con los incendios forestales? —se interesó Claire.

Kathleen le había confesado que estaba sufriendo pesadillas después de lo que habían contado

los Ashley. Veía a Michael envuelto en las llamas del infierno. Y a veces también a sí misma. Con lo que no sabía si la perseguían los pensamientos sobre Australia o sus propios pecados y el inevitable castigo que se había ganado con ellos.

Cooper asintió.

—Pues sí —confirmó—. Se producen incendios. O mejor dicho, incendios gigantescos de arbustos. Cuando estos arden, el fuego se propaga a una velocidad increíble. Quien queda ahí atrapado no tiene

posibilidad de salvarse. Nueva Zelanda es desde luego un país mucho más agradable. Pero los presidiarios de Australia tampoco mueren entre rejas. Al contrario, se indulta a la mayoría, muchos adquieren tierras y se convierten en colonos normales. ¿Tiene parientes allí? ¿O usted, Kathleen? Usted es irlandesa, ¿verdad?

Kathleen enrojeció como la grana, pero antes de que pudiera decir algo, Sean —que ya había cumplido catorce años— y Rufus —el hijo de los Cooper— se

introdujeron en la tienda. Ambos adolescentes se habían hecho amigos y habían salido a pasear un poco por Dunedin después de comer.

—¡Mamá! —exclamó Sean excitado—. Dicen que han llegado barcos al puerto. ¡Un montón!

—¡Más de sesenta! —gritó Rufus—. ¡Y traen miles de personas!

El reverendo frunció el ceño.

—¿La armada española? —preguntó mofándose de los chicos—. ¿U otra flota para la conquista

del Imperio británico?

—¡No lo sé! —respondió Sean—. Pero deben de venir de Inglaterra. ¿O es de Australia?

—¡La gente cuenta muchas cosas! —añadió Rufus.

Claire asintió sonriente.

—Precisamente —contestó—, y no siempre dicen la verdad. Es probable que se trate de uno o dos barcos cargados de escoceses.

Pero por la mañana, cuando Kathleen y Claire despertaron en casa de los Cooper, los dos chicos les informaron de la última y

espectacular noticia.

—¡Mirad ahí, en la colina!

Los Cooper vivían en una calle que conducía a la montaña por una pendiente escarpada. Desde las colinas que rodeaban la ciudad había una buena vista. Hasta el día anterior, allí solo había árboles y maleza, pero en ese momento estaban jaspeadas de blanco.

—Tiendas —señaló atónito el señor Cooper. Todavía llevaba el batín y miraba tan perplejo como los chicos a los numerosos recién llegados que se habían instalado en

torno a la ciudad—. Tienen que haber llegado docenas de barcos para traer aquí a tanta gente. ¿Qué querrán?

La esposa de Cooper, ya despierta de buena mañana, arqueó las cejas.

—¿Pues qué va a ser, Jason? ¡Oro! Lo que estamos viendo es solo la primera oleada. Mañana se habrán marchado rumbo a Tuapeka, pero pasado mañana vendrán más.

—Tenemos que ir a la iglesia—les recordó Kathleen.

Si los chicos tenían razón y los

buscadores de oro habían llegado de Inglaterra, seguro que también acudirían muchos al reverendo.

En efecto, esa fue la primera misa dominical anglicana de Dunedin en que la tienda de la iglesia de Burton estaba atiborrada de feligreses. El reverendo tuvo que predicar lo suficientemente alto para que oyeran algo también los hombres que estaban en el exterior. La comunidad que ya estaba asentada contemplaba a los recién llegados con desconfianza, pero los

hombres daban en general una buena impresión. Por supuesto, tenían un aspecto un poco desastrado y debilitado por el viaje, y por sus trajes podía verse que no eran de los más ricos. Aun así, eran amables y respetuosos, casi parecían amedrentados en ese nuevo país.

El reverendo asumió la petición de los hombres de dar gracias a Dios por el buen final de la travesía. De hecho, la mayoría procedía de Inglaterra y Gales. Un par de irlandeses se mantenían a

distancia. Si bien tenían el imperioso deseo de rezar, desconfiaban del rito anglicano. Burton contempló complacido que, tras la misa, Kathleen se ocupaba de ellos. Los recién llegados la miraban como si fuese la encarnación de un ángel. Durante el viaje, según le contaron, no habían visto más que hombres. El patrón del barco había reclutado selectivamente a buscadores de oro, justo después de que llegase a Gran Bretaña la noticia del nuevo hallazgo. En dos días el barco

estaba lleno y zarparon sin más.

—¡Al que madruga Dios lo ayuda! —exclamó alegremente un joven galés llamado Chris Timlock que flirteaba con Claire—. Cuando esto sucedió en Australia, yo era muy joven. Pero ahora... ¡No me lo he pensado ni medio día! Mi esposa no estaba tan entusiasmada, pero al final lo entenderá: a fin de cuentas, es una oportunidad para salir de la pobreza.

Una gran parte de los hombres todavía no había pagado el pasaje del barco, el capitán los había

llevado confiando en que le pagarían con el fruto de sus ganancias en los yacimientos de oro. Los jóvenes que asistían a la misa querían pagar el viaje, pero en cuanto a los buscadores de oro...

—¡En parte son unos maleantes! —dijo Chris Timlock, agitando la cabeza—. Algunos tipos que venían en el barco eran repugnantes. Y en el campamento impera la grosería, se lo aseguro, señora Edmunds.

Pero los *digger*, como se llamaba a los buscadores de oro, no procedían todos del Viejo Mundo.

A bordo de algunos de los sesenta y cinco barcos que habían fondeado en Otago había veteranos buscadores de Australia.

—Hay que seguir sus instrucciones —señaló Chris con los ojos brillantes—. Esos saben lo que hay que hacer.

El hecho de que, a pesar de todo, de momento nadie se hubiese hecho rico no parecía inquietarlos. Cada uno de los hombres creía firmemente en su suerte.

Esos días quienes sin duda hicieron fortuna fueron los

comerciantes de Dunedin y sus alrededores. Las palas, platos y tamices para lavar el oro ya estaban agotados el lunes por la mañana y los buscadores de oro se peleaban por las últimas herramientas. También en lo tocante a las provisiones la ciudad no podía hacer frente a tal afluencia de gente. Los granjeros de Waikouaiti vendieron todo su cereal en un periquete. El número de animales que pululaban en los alrededores de Dunedin se redujo, pues los buscadores de oro disparaban de

forma drástica a todo lo que se moviese y prometiese una comida, incluso a ovejas descarriadas, gatos y perros. La higiene en los campamentos improvisados era inexistente. El aire fresco y de montaña de Otago se empañaba de un penetrante hedor a excrementos en cuanto uno se acercaba a la zona de las tiendas. No obstante, y tal como había predicho el señor Cooper, los buscadores de oro se marcharon pronto hacia Gabriel's Gully, tal como se llamó el primer yacimiento de oro de Tuapeka. Los

escoceses respiraron aliviados por haberse librado de esa gentuza. El reverendo Burton, sin embargo, movió la cabeza con pesadumbre.

—Más nos vale estar preparados para la próxima avalancha —advirtió cuando Kathleen y Claire se despedían de él.

Se habían quedado un par de días en casa de los Cooper y habían ayudado a las otras mujeres de la comunidad a preparar té y sopas con que alimentar a los hombres hambrientos. En los campamentos

reinaba la ley del más fuerte. Los pobres y optimistas feligreses del campo o de familias de trabajadores no podían competir con los aventureros de Australia y de la costa occidental. Quienes abarrotaban las colinas en torno a Dunedin no eran solo soñadores, sino también la escoria procedente de los campamentos de cazadores de ballenas y focas, buscadores de oro fracasados de Collingwood, al noroeste, y convictos liberados de Australia, que, con toda certeza, no se habían pagado el pasaje del

barco con un trabajo honrado.

Y, naturalmente, esos hombres seguían afluyendo a la ciudad, pues era casi imposible llegar al río Tuapeka sin pasar por Dunedin. Los buscadores de oro pedían ahí información, se proveían de tiendas, herramientas para cavar y víveres, y cuando alguien realmente encontraba oro, lo convertía allí en dinero. La pequeña comunidad escocesa se sentía sobrepasada por encima de su capacidad por esa afluencia de hombres poco inclinados, en su mayoría, al

calvinismo. Los comerciantes despreciaban la fiebre del oro, pero hacían cuanto estaba en su mano para satisfacer las necesidades de sus clientes. No tardaron mucho en transportar víveres desde las Llanuras de Canterbury, y los barcos llegaban cargados de herramientas importadas de Inglaterra.

En Dunedin, la construcción adoptó formas antes desconocidas. A fin de cuentas, no solo llegaban oleadas de buscadores a la ciudad, sino también de personas que

querían quedarse allí. Se abrieron talleres, comercios y bancos a una velocidad vertiginosa y, por supuesto, también pubs y burdeles. Seis meses después de la llegada del primer buscador de oro la población urbana se había duplicado, y algunos fueron llegando con esposa e hijos.

—Tengo una buena y una mala noticia para ustedes —anunció el reverendo cuando Kathleen y Claire volvieron a la ciudad con la calesa cargada de labores de lana de las granjas.

Últimamente les quitaban de las manos las mantas tejidas, los vellones y las prendas de punto. En los campamentos de los buscadores hacía frío, e incluso si los duros *diggers* lo soportaban virilmente, las mujeres y los niños necesitaban prendas de abrigo.

—Aunque tal vez la mala noticia no les parezca tal. ¡Ni siquiera me echarán de menos!

Burton sonrió y lanzó a Kathleen una mirada inquisitiva. Sabía que no debía encariñarse tanto con ella. Como párroco,

necesitaba una auténtica anglicana por esposa, lo más animosa y poco problemática posible. Kathleen, por el contrario, era irlandesa y, además, cargaba con un oscuro secreto. Pero Burton no podía evitarlo, su corazón se desbocaba en cuanto veía a esa hermosa mujer rubia de ojos verdes.

Kathleen levantó las cejas.

—¿Se marcha, reverendo? — preguntó en un susurro.

Él asintió, percibiendo un rayo de esperanza. ¿Se equivocaba o ella lo miraba entristecida?

—¿Con los caníbales? —  
bromeó Claire—. ¿Hasta ese punto  
ha llegado? ¿Ha ido demasiado  
lejos con sus sermones?

—No tanto —respondió Burton  
—. Voy a Gabriel's Gully. El año  
que viene se iniciarán en serio las  
obras de San Pablo y quieren  
contratar a un sacerdote más  
creyente que yo o que sepa algo de  
construcción... o ambas cosas. Sea  
como fuere, tengo que atender a los  
buscadores de oro, allí arriba, en  
los campamentos.

—¿Es que necesitan apoyo

espiritual? —ironizó Claire—. Por lo que sé, se procuran más chicas que Biblias.

En las montañas ya se habían abierto los primeros burdeles improvisados.

Peter sonrió.

—Por eso mismo, opina el obispo, necesitan guía espiritual. ¿Y quién mejor que yo para ocuparse de ello?

El reverendo respondía a Claire, pero no apartaba la vista de Kathleen. Esta volvía a tener la mirada baja. Peter esperaba que no

le engañara su intuición, pero parecía preocupada.

—¡Ello no significa, claro está, que quede aislado del mundo! — prosiguió en tono de consuelo—. ¡No vamos a perder el contacto! Yo... Me permitirán que las visite, ¿no? ¿Kathleen? —Peter miró directamente a la joven.

—En... ¿Waikouaiti? — preguntó ella con los párpados caídos. Desde los yacimientos de oro era como dar media vuelta al mundo.

El reverendo sacudió la cabeza

resplandeciente.

—No, ¡en Dunedin! Esta es la buena noticia: Kathleen, Claire, ¡les he alquilado una tienda! Un nuevo miembro de la congregación, Jimmy Dunloe, ha comprado una de las casas del centro de la ciudad.

—¿Un buscador de oro? —preguntó Claire emocionada.

—No. Esos pocas veces se asientan. Pero los Dunloe siempre han tenido dinero. Jimmy dirige un banco privado, compra oro, es un aventurero de lo más honrado. Quiere establecer su banco aquí, en

Dunedin, y también abrir una filial en Tuapeka, lo tiene todo planeado. Y para el banco precisaba un edificio representativo, con tiendas y viviendas. Actualmente hay libre un local para una tienda y su correspondiente vivienda. Cuando me lo contó, enseguida pensé en su salón de moda femenina.

Claire resplandecía, pero Kathleen parecía asustada.

—Pero... pero estábamos de acuerdo en que en Dunedin no había mercado para eso —dijo asustada.

Claire rio y le dio un empujón.

—¡No había, Kathleen, pero ahora sí! —aclaró—. ¡Mira a tu alrededor! ¡Todavía ves a muchas escocesas vestidas de cornejas? ¡Dunedin se está convirtiendo en una ciudad moderna y maravillosa, con mujeres bonitas y hombres ricos! —Hizo dar unas vueltas a Kathleen y se abalanzó hacia Peter Burton.

—¡Podría abrazarlo, reverendo! —exclamó alegre y cogiéndolo por los hombros—. ¡Por fin lejos de la aburrida Waikouaiti! ¡Kathleen! ¡Di algo! ¡Alégrate, mujer!

Kathleen estaba ruborizada. No sabía si se alegraba. De todos modos no lloraría la pérdida de Waikouaiti y, sobre todo, de la señora Ashley y su esposo. Pero ¿una tienda en pleno centro? Si Ian la buscaba... ¿Y si el reverendo ya no estaba allí para protegerla? Pero bueno, ¡tenía que liberarse de esos miedos infantiles! Ya habían pasado años desde su huida. ¡Ian no la buscaba! ¡Y nadie había nombrado al reverendo su protector!

—También he pensado en Sean, Kathleen... señora Coltrane. Se

está marchitando en la escuela pueblerina del reverendo Watgin. Aquí, en Dunedin, encontrará mejores profesores.

Ella asintió y levantó la vista hacia él.

—Kathleen —susurró—.  
Lámeme por favor Kathleen.  
Siempre... siempre... no solo cuando se le escape, Peter.

Peter Burton la hubiese abrazado para consolarla, algo que parecía necesitar siempre. Pero se contentó con tomarle la mano entre las suyas y apretarla tiernamente.

—Algún día tendrá que contarme qué la inquieta tanto, Kathleen —dijo en voz baja—. Pero ahora les enseñaré su nuevo negocio. Sobre la tienda hay una vivienda que, en algún momento, ofrecerá una espléndida vista sobre la gloria de Dunedin: ¡la catedral de San Pablo!

El reverendo no había exagerado. El banco de Dunloe se hallaba en un edificio de tres pisos nuevo, de piedra oamaru, una piedra calcárea de color blanco, y

estaba en un lugar casi tan céntrico como la futura iglesia.

—¡Pero el alquiler debe de ser carísimo! —se preocupó Kathleen.

—¡También la moda inglesa es carísima aquí! —rió Claire, y consiguió convencer de inmediato al señor Dunloe.

El hombre, alto y rubio, parecía cautivado por las dos jóvenes. Las saludó con un besamanos, lo que hizo enrojecer de nuevo a Kathleen. Solo había visto eso entre los señores de Irlanda. Claire, por el contrario, floreció cuando el

banquero las invitó a tomar un té. La bebida, sin embargo, no se correspondía con una casa señorial, la doncella maorí lo había dejado reposar demasiado tiempo y no sabía servirlo correctamente. La muchacha, de cabello oscuro y algo torpe, no parecía encontrarse del todo bien. Miraba todo el rato por la ventana, nerviosa, al parecer le daba miedo trabajar en un primer piso.

—Aquí no se encuentra personal —se lamentó el señor Dunloe.

Claire agarró ella misma la tetera.

—Si me permite... —dijo educadamente—. Ven, chica, ¿cómo te llamas? Voy a enseñarte a hacerlo correctamente.

Claire desapareció con Haki, voluntariosa a ojos vistas, camino de la cocina. Kathleen dejó que el reverendo llevara las riendas de la conversación. Se sentía insegura en aquel salón de elegantes muebles ingleses. Pese a ello, Dunloe se sintió cautivado por sus diseños.

—¡Muy refinados, aunque no

respondan a la última moda! — dijo; a fin de cuentas, acababa de llegar de Londres—. Necesita un par de revistas ilustradas como inspiración. Y telas... Tiene que comprar telas, puedo facilitarle los contactos en Londres. ¡El negocio sin duda tiene futuro! ¡Ganará usted aquí más dinero que la mayoría de esos pobres diablos que van en busca de oro! Además de los vestidos, yo también ofrecería algún accesorio. Reflexione, dentro de nada entrarán y saldrán de mi despacho los pocos afortunados que

hayan encontrado oro. Tendrán ganas de gastar, pero, naturalmente, no sabrán de memoria las medidas de sus mujeres y no podrán comprarles un vestido. Pero un sombrerito, un pañuelo de seda, una bolsita... Hágame caso, señora Coltrane, aquí, en el centro de la ciudad, es donde están los auténticos yacimientos de oro.

Claire volvió y sirvió el té a la perfección.

—Pues pongámosle ese nombre al negocio —sonrió—. «¡Lady's Goldmine!», la mina de oro para la

dama. —Se volvió hacia la muchacha maorí—. Mira, Haki, nos colocamos así, al lado del señor, para llenarle la taza. Así no le quemarás si cae alguna gota. ¡Y deja de mirar por la ventana, niña, que la casa no se va a caer! — Claire meneó la cabeza, indulgente pero decidida—. Esto no es para esta muchacha, señor Dunloe. Es servicial, pero aquí tiene un miedo de muerte. ¿Por qué no deja que Haki nos ayude en la tienda y se busca usted una doncella sin vértigo? ¡Enseñaré a las dos cómo

preparar un té decente!

El asunto de la tienda arrancaba bien, pero mientras Claire no cabía en sí de alegría, Kathleen se sentía extrañamente vacía cuando Peter Burton se despidió antes de partir hacia el río Tuapeka.

—No conseguirá llevarlo todo de una vez —dijo apesadumbrada cuando vio todas las cosas que había reunido para su futura misión.

El reverendo asintió.

—Sí, aunque tendré que llevar el caballo por la rienda. Lo

conseguiré, no se preocupe, solo necesito una albarda.

Kathleen bajó la vista al suelo. Se odiaba por su timidez, antes no era así. Pero los años con Ian, a quien no le gustaba mirar a los ojos y que siempre la reñía si miraba abiertamente, la habían marcado.

—Sería... sería para mí un placer... que me permitiera regalarle mi mula —dijo a media voz—. Ya no la necesitaré, ahora que voy a vivir en la ciudad.

El semblante de Peter Burton se iluminó, no por tener un segundo

animal de carga, sino porque Kathleen pensara en él. Con frecuencia daba la impresión de ser sumamente desapasionada, pero, por lo visto, él no le resultaba indiferente.

—La acepto con mucho gusto, Kathleen, y la cuidaré bien — señaló ceremoniosamente—. Kathleen, ¿le... le resultaría desagradable que... que le diera un... un beso de despedida?

No había querido decirlo, pero estaba asustado por su futuro inmediato, por los sucios

campamentos de buscadores de oro y por un trabajo con hombres que prometía ser poco divertido y menos estimulante. Peter era un hombre de trato afable. Le gustaban todos los aspectos del sacerdocio, desde el sermón inteligente hasta el baile en las bodas, desde acompañar compasivamente a una persona en el lecho de muerte, hasta el nacimiento de un nuevo miembro de la congregación. Pero lo que ahora le esperaba se perfilaba claramente ante sus ojos: borrachos cuyas peleas habría que evitar,

desesperados que lo habían abandonado todo para ir a un yacimiento de oro y que nunca se harían ricos. Enfermos, solitarios, abandonados, vagabundos y soñadores, pequeños maleantes y auténticos criminales. Peter Burton encontraba que Dios le debía al menos un sueño hermoso antes de enviarlo a ese mundo hostil y extraño.

Kathleen lo miró temerosa.

—¿Por qué? —preguntó.

Burton levantó la mano. Habría querido acariciarle la mejilla, pero

su expresión se volvió más recelosa cuando él se acercó a su rostro. Así que le acarició solo el cabello, tan dulce y delicadamente que ella casi no lo notó. Solo él sintió la suavidad de sus rizos. Con eso bastaría. Dios no era muy generoso.

—Posterguémoslo —suspiró Peter—. Hasta que usted ya no necesite preguntar.

Lady's Goldmine tuvo éxito desde que las primeras telas de Londres, las revistas más recientes

y un par de accesorios selectos adornaron el escaparate. Las esposas de los banqueros y los comerciantes fueron las primeras, luego las de los operarios y al final también las señoras de las grandes granjas de ovejas del interior. La mayoría de los barones de la lana incluían también ahora la cría de bueyes en su negocio. El apetito de carne de buey de los buscadores de oro era insaciable y, si bien eran los que menos se enriquecían, de vez en cuando tenían suficiente para disfrutar como mínimo de una

buena comida y un whisky.

Mientras los buscadores de oro se divertían en los pubs, los puestos de comida y los burdeles, la clase alta asistía a bailes y conciertos en los hoteles elegantes. De nuevo, Kahtleen no daba abasto para confeccionar todos los vestidos que le pedían. Como ya hiciera en Christchurch, pronto tuvo que contratar mujeres y limitarse ella a los diseños. Apenas se la veía en la tienda. De ella se encargaba Claire con el encanto y el saber hacer de una dama, y disfrutaba de ello con

todo su corazón. Con la primera suma considerable que ganó se compró un purasangre para su vieja silla de amazona, y solía salir a pasear los domingos con el señor Dunloe, quien la acompañaba de buen grado también a exposiciones por la tarde y conciertos matutinos. La hermosa y vivaracha Claire llevaba en esas ocasiones los modelos más atrevidos de la colección de Kathleen y era el mejor reclamo para la tienda. Coqueteaba abiertamente con Dunloe, lo que intranquilizaba un

poco a Kathleen. Pero Claire debía de saber lo que se hacía.

Sean y las niñas también progresaban en sus nuevas escuelas. Heather y Chloé se saltaron dos cursos gracias a las clases de Claire y todavía estrecharon más su amistad, pues no encontraron ningún vínculo con las chicas mayores. Sean ya se alegraba ante la expectativa de acudir al instituto, que pronto se inauguraría, y después tal vez iría a la universidad. Nunca hablaba de su pretendido padre y se diría que

las niñas casi se habían olvidado de su época junto al Avon. A quien sí extrañaba Sean era al reverendo.

—¿No podemos ir a verlo durante las vacaciones?

Kathleen y los Cooper oían a sus hijos plantear esta pregunta casi a diario, pese a que Rufus se mostraba más interesado en los yacimientos de oro que en visitar a Peter Burton. Por ese motivo los Cooper dieron su consentimiento. Temían perder a su aventurero hijo en el campamento de los buscadores de oro. Kathleen, por el

contrario, confiaba en Sean. Sonreía cuando pensaba que ella no habría dejado ir ahí solo a Michael. ¡Seguro que se habría visto tentado por la llamada del oro!

### 3

—¿Qué cree usted, miss Elizabeth? ¿Pido ahora mismo la mano de Claudia o me espero a regresar del yacimiento de oro? — Ronnie Baverley ya no estaba del todo sobrio, pero planteaba muy en serio si debía declararse.

Lizzie suspiró. Ya hacía tiempo que se había acostumbrado a que los clientes de su bar la trataran

como una especie de madre sustituta y a verse confrontada con todos los problemas existenciales posibles. Pero ¿podría ayudar a ese hombre?

—Ronnie, como antes no le ofrezcas diez onzas de oro, no te aceptará —respondió—. Ella no cree en promesas, para eso mejor se queda en el Green Arrow. Y, aparte de esto, ya no puedo oír más las palabras «yacimiento de oro». ¿Qué esperáis de andar removiendo tierra en Otago? ¡Ninguno de vosotros ha cogido jamás una pala!

Exageraba, por supuesto.

Muchos de los hombres que Lizzie había visto partir en esos últimos meses hacia Otago procedían del campo, como Michael, y el manejo de herramientas para cavar no les resultaba nuevo. Pero según la opinión de la joven, para buscar oro se necesitaba algo más que dos manos fuertes y una pala. Uno tenía que conocer el terreno, saber qué tipo de río llevaba oro y en qué lugar no valía la pena cavar. Naturalmente, Lizzie no estaba segura, pero no había olvidado

nada de lo que había aprendido sobre el cultivo de la vid, y una de las lecciones más importantes era que las cepas no crecían en todas partes. En algunos lugares había sustancias nutritivas para las plantas; en otros, no. Con el oro sucedería lo mismo. Cavar en cualquier lugar le parecía una insensatez, y cavar justo donde los demás ya lo estaban haciendo se le antojaba igual de inútil. Pero no lograba convencer a su clientela masculina con estos argumentos.

—¡Miss Elizabeth, en Otago no

se necesita pala! —declaró convencido Ronnie—. Allí el oro se encuentra en la calle. Si los maoríes se interesasen en eso, podrían pavimentar las calles con oro.

Lizzie levantaba la vista al cielo. Estaba harta de esas historias, pero los hombres se las creían. Y si Ronnie era incapaz de encontrar oro y no podía permitirse una boda con Claudia, la rubia de vida alegre se marcharía más deprisa que él a Otago. El primero de los tres viejos pubs de Kaikoura

ya había cerrado por falta de clientela. Los hombres que antes habían trabajado en las estaciones balleneras y en la agricultura se marchaban en masa hacia Dunedin. A Lizzie no le gustaba admitirlo, pero también su local últimamente estaba sufriendo pérdidas importantes. La población de Kaikoura disminuía, y Lizzie volvía a pelear con su destino. Si la situación seguía así no podría seguir manteniendo el Irish Coffee, y aún menos cuando Michael mostraba poco interés en resistir la

crisis. Al contrario: también él se hubiese puesto en camino hacia Otago.

Lizzie estaba en general satisfecha de su vida como patrona de un bar y durante todo ese tiempo la destilería de whisky no les había causado ningún problema. El negocio conjunto daba lo suficiente para vivir y también podía costearse algún modesto lujo. Lizzie tenía vestidos bonitos y Michael un buen caballo. Tenían un vehículo para repartir los artículos con el que Lizzie salía a pasear los

domingos si quería. Mantenía buenas relaciones con la tribu maorí local, y su negocio también había aportado cierto bienestar a los ngai tahu. Con las instrucciones de Michael aprendieron en muy poco tiempo a cultivar cereales y convertir la cebada en malta, de modo que la destilería no dependía de las granjas de Canterbury. Esto resultó especialmente beneficioso en esas semanas. Los precios del cereal habían subido a unos niveles astronómicos en Canterbury desde la explosión de la fiebre del oro.

Era imposible abastecer a la muchedumbre que marchaba hacia Otago.

Pero, principalmente, Lizzie era una habitante de Kaikoura querida y respetada. Incluso volvía a asistir a la iglesia y participaba en la preparación y ejecución de los bazares benéficos y en las colectas para los más necesitados. Las otras mujeres no tenían en cuenta su pasado, también algunas de ellas habían llegado a Kaikoura siendo prostitutas y se habían hecho decentes después de casarse con

algún comerciante o trabajador. Claro que la trataban con cierto escepticismo, pero su talante amable y su cálida sonrisa le garantizaron la amistad del reverendo y de las damas más importantes de la sociedad. Ya hacía tiempo que se sabía que Lizzie no tenía interés por los hombres, aunque había opiniones distintas acerca de la causa. La mayoría creía que tenía una relación secreta con Michael, quien la cortejaba abiertamente.

Si no hubiese existido Mary

Kathleen, que nunca abandonaba los sueños de Michael, ella habría correspondido a sus deseos hacía tiempo. Pero temía la noche en que él volviera a gritar el nombre de su amada. No lo soportaría otra vez. La destrozaría.

Algunos románticos de la congregación religiosa le atribuían un amor desdichado, posiblemente con un indígena. Era sabido que tenía amigos en el poblado y que hablaba la lengua maorí. La propia Lizzie todavía pensaba a veces en Kahu Heke, pero no había vuelto a

saber nada de él, aunque en la Isla Norte reinaba la calma. Las guerras que Kahu había anunciado no habían estallado por el momento.

Lizzie oyó el carro entoldado delante de su local, antes de que Michael entrase con la nueva entrega de whisky. El caballo relinchó excitado. Lizzie solía malcriarlo cada vez que paraba delante del bar dándole pan o azúcar, y también en esa ocasión salió a recompensarlo por su sonoro saludo. Michael saltó del pescante y la besó en la mejilla.

—¡La dulce miss Lizzie! — exclamó con su sonrisa atrevida—. ¿Es posible que en el transcurso de esta última semana todavía te hayas puesto más guapa? ¿O solo un poco más decente? No, eso es imposible. Este vestido tiene un escote más grande que los otros, mi pequeña miss Owens o miss Portland o como quieras llamarte. El reverendo no lo aprobará.

Lizzie lo rechazó sonriente. Llevaba un bonito vestido de lino azul claro con el escote y el delantal adornados con encajes.

Era, en efecto, nuevo y la halagó que él se diese cuenta.

—¡El escote solo sigue la moda londinense! —le informó—. Ahora es un poco más frívola, y esto me lo ha dicho precisamente la esposa del reverendo. Recibe de vez en cuando revistas de moda de Inglaterra. Y su marido no ha puesto reparos hasta ahora.

—También a él le gusta ver un bonito escote —replicó Michael, lanzando una mirada descarada al nacimiento de aquellos pechos. El corpiño del nuevo vestido se los

levantaba un poco y los hacía parecer más grandes. Lizzie se gustaba con toda esa decencia cuando se miraba en el espejo.

»Pero ahora en serio, Lizzie, tenemos que hablar.

Michael levantó una caja de botellas del carro, además de un pequeño tonel que se puso al hombro. Aún conservaba la fuerza y los músculos que a Lizzie tanto la habían fascinado en Australia. Destilar whisky no era un trabajo difícil, pero había que cortar madera para hacerlo, y un par de

semanas al año Michael se marchaba con su vieja cuadrilla a esquilar ovejas en las granjas del entorno. Ya había cuadrillas de profesionales que trabajaban más rápidamente, pero las granjas de los alrededores de Kaikoura no eran tan grandes como para que compensara traer una cuadrilla desde Canterbury.

Michael llevó las botellas al patio y colocó el pequeño tonel sobre la barra del Irish Coffee.

—¿El whisky bueno? — preguntó Lizzie atónita—. Pensaba

que tenía que madurar diez años. — Durante todo ese tiempo, Michael no había tocado el primer licor destilado en el tonel de Robert Fyfe.

—Lleva tres años envejeciendo, es suficiente. Y yo ya estoy harto de destilar whisky, Lizzie. Esta ha sido la primera y última entrega. Me voy a Otago, estoy decidido, y cuando vuelva beberemos whisky irlandés traído directamente de mi antigua patria.

Lizzie ya se había imaginado algo así al ver el caballo de

Michael detrás del carro: llevaba las alforjas llenas. Michael había pensado incluso en palas desmontables y en una escudilla nueva para lavar el oro. Todo eso, así como mantas y saco de dormir, estaba bien sujeto detrás de la silla. Lo que a Lizzie realmente la dejó pasmada fue la intención de Michael de regresar en algún momento a Kaikoura.

—¿De verdad vas a ir a buscar oro, Michael? —preguntó—. ¿No ganas aquí lo suficiente? ¿No tienes, ya desde hace tiempo,

bastante para regresar a Irlanda?  
Eso era lo que querías, ¿no?

Él se mordió el labio.

—Sí, ya... pero... no sé qué es lo que tengo que hacer.

Se dejó caer en una silla; el local estaba vacío salvo por Ronnie, que soñaba con Claudia mientras se tomaba su tercer whisky. Lizzie se sentó frente a Michael. Su actitud no era nueva, tan poco nueva como sus palabras. Eran incontables los hombres que le habían hecho confidencias por el estilo.

Michael empezó a hablar con voz quejumbrosa.

—Si ahora me marcho a Irlanda...

—Espera un poco, Michael.

Lizzie sabía que el nombre de Mary Kathleen no tardaría en aparecer y sintió que antes necesitaba un reconstituyente. Así que abrió el tonel de whisky y llenó un vaso para cada uno. El licor era estupendo, ahumado, lleno y un poco dulce.

También Michael pareció encantado. Pidió un segundo trago.

—Mira, si ahora volviese a Irlanda... ¿qué haría allá? Mary Kathleen se ha marchado y nadie sabe dónde está. Bueno, quizá sus padres, pero ¿me lo dirán? A saber si todavía viven, y a saber qué habrá ocurrido con el pueblo y los aparceros y Trevallion.

—Yo no me dejaría ver ni por Trevallion ni por vuestro patrón — señaló Lizzie.

Si bien ya hacía tiempo que se había cumplido la condena de Michael, la joven no sabía si el delito de fugarse de la cárcel

prescribía.

Michael asintió preocupado.

—Y si lo averiguase allí, necesitaría otro pasaje de barco. Y América es muy grande...

Lizzie tomó un sorbo de whisky.

—Si realmente quieres encontrar a una persona, sin dirección, tendrías que contratar a alguien, un detective o algo así.

—¡Exacto! —acordó Michael, aunque no daba la impresión de haberlo pensado antes—. ¡Y para todo eso necesito dinero! Mucho, mucho dinero. Claro que he

ahorrado. Pero con eso no puedo comprar el mundo.

—El mundo no... —admitió Lizzie con el corazón en un puño. Michael la conducía hacia un tema que llevaba tiempo queriendo abordar, pero nunca se había atrevido a hacerlo. ¡Tal vez fuera esta su última oportunidad! Cuando estuviera en Otago ya sería demasiado tarde—, pero una parte de él, sí. Michael, si trabajásemos aquí un par de años más, tendríamos dinero suficiente para comprar una granja. Por mí, una

granja de ovejas, al menos al principio. O de bueyes, ahora se gana mucho dinero con los bueyes.

Él rio atónito.

—¿Quieres comprar una granja conmigo?

Lizzie se forzó a guardar la calma.

—¡También puedo hacerlo sin ti! —contestó—. Pero tú eres el único que sabe de agricultura y serías tu propio capataz. Podríamos trabajar del mismo modo que aquí: yo me encargo del negocio y tú de la producción. Sería una vida

segura... ¡una vida tranquila!

Cuando Lizzie soñaba con su propia granja, veía una casa señorial de piedra con balcones y torrecillas. Algo así como la casa de los Smithers en Campbell Town. Pero ella sería la señora de esa casa. Tendría doncellas y una cocinera, podría invitar a amigas a tomar el té. Y en cierto modo irían en el mismo paquete un esposo y un par de hijos, pero Lizzie no se permitía imaginarse demasiado esa parte de la historia.

Michael enseguida lo entendió.

—¿Se trata de una proposición de matrimonio, miss Lizzie? ¿O dirigiremos la granja como hermanos? —Lizzie lo miró ofendida, pero él sonrió—. Venga, no es más que una broma. Y tener una granja de ovejas sería muy bonito. Pero sé honesta, no estás pensando en una granja, sino en algo más grande: en las casas de barones de la lana, como las haciendas Kiward, Barrington o Lionel.

—¿Y? ¿Qué hay de malo en eso?

—Sería inasequible. Lizzie, conozco las granjas de aquí. En proporción son pequeñas. Claro, los granjeros tienen un par de miles de ovejas, suena estupendamente. Pero ¡trabajan de sol a sol! No es algo que tú quieras. Me hablaste de tu trabajo con ese alemán, tú no eras la persona adecuada para hacer de moza de cuadra, Lizzie. Y tampoco lo eres para trabajar en los campos y pastorear las ovejas.

—¿Y para qué soy adecuada, según tú? —preguntó ella, iracunda.

Michael lo pensó brevemente.

—Para lo que estás haciendo —  
respondió—. Eres el alma de este  
local. Podrías dirigir un hotel o un  
comercio... Tienes esa sonrisa que  
embelesa a todo el mundo.

No supo por qué la decepcionó  
esa respuesta. Daba justo en el  
clavo: el trabajo en el bar le  
gustaba, se sentía bien en Kaikoura.  
Y no podía esperar que Michael  
compartiera su sueño, que la viera  
como madre y ama de casa... con o  
sin doncella y cocinera.

—¡Deja que me vaya ahora a  
Otago, Lizzie! —Era evidente que

Michael quería poner punto final—. Cuando vuelva... cuando vuelva y sea realmente rico, ya veremos qué hacemos. He dejado la destilería a Tane. Sabe cómo funciona y será él quien te abastezca en el futuro. Sigue en lo que estás, Lizzie, un día tal vez llame a tu puerta y te cubra de oro.

Rio. Luego la besó complacido en las dos mejillas y se dirigió hacia su caballo.

—¿Puedes llevar el carro y el caballo al establo de alquiler? Tengo que irme, si no lo hago ya

mismo, no valdrá la pena que me marche hoy.

Michael no volvió la vista atrás cuando dejó Kaikoura. Claro que le sabía un poco mal no volver a ver a Lizzie con tanta frecuencia, escuchar sus consejos y, en los días malos, dejarse consolar por su cálida sonrisa. Pero le aguardaba una aventura para la cual no iba a necesitarla.

Mientras cabalgaba hacia el sur, seguía pensando en la joven. Era una idea seductora la de bañarla en

oro. Ver su sonrisa cuando él la llevase a la gran casa de piedra de una granja en cuya entrada la esperase una doncella haciendo una reverencia y llamándolos «señor» y «señora». Michael quería satisfacer los sueños de Lizzie. Él llevaba tiempo suficiente siendo su socio, ella ya había llevado los negocios tiempo suficiente. Ahora le probaría que era un hombre capaz de amasar su propia fortuna. Lizzie tenía que admirarlo, que respetarlo de una vez, tal vez entonces volvería a amarlo y quisiera vivir

con él como su esposa.

Lizzie siguió con la mirada al hombre a quien amaba y pensó en lo que había dicho sobre las granjas de ovejas en Kaikoura y en las Llanuras de Canterbury. Tal vez era cierto que se necesitaba más dinero para construir una gran granja. ¿Lo conseguiría Michael solo? Lo dudaba, pero le daría algo de tiempo.

De hecho, Lizzie resistió la

vida sin Michael seis meses, y seguro que habría conseguido aguantar más si sus negocios no hubiesen ido de mal en peor. Sin embargo, la decadencia de Kaikoura era inevitable. Los balleneros se habían marchado casi todos, los pastores probaban suerte en los yacimientos de oro y, en el ínterin, hasta los pequeños granjeros abandonaban sus tierras para ir en pos de una riqueza fácil de ganar. La amiga de Lizzie, la esposa del pescador con el puestecillo de cocina contiguo,

perdió así a su marido y su hijo. Ambos desaparecieron un día, con su pequeño bote de pesca rumbo al puerto de Otago.

—¿De qué voy a vivir ahora?  
—se lamentaba—. Si tengo que comprar las gambas a otros pescadores, mis precios subirán y cada vez tendré menos clientes.

Lizzie tenía además problemas al despachar. Tane no le suministraba el whisky de forma tan regular como Michael. Los maoríes, al menos los hombres, no eran apropiados para realizar

actividades metódicas. Tane solo destilaba cuando tenía ganas, y a veces el producto obtenido no acababa en los pubs, sino en el campamento maorí. Cuando se celebraba allí una fiesta, Tane les suministraba alcohol gratis. Después de quedarse dos veces sin suministro, Lizzie se hartó.

—¿Qué tal si te encargas del pub? —preguntó a su desesperada vecina—. Ya no es una mina de oro, pero seguro que sirve para alimentar a una persona, junto con el asadero de pescado, desde luego.

Y tú eres maorí, deberías saber cómo estimular a tus compañeros de tribu. A mí, dicho con franqueza, me faltan las palabras o gestos correctos para espolear a Tane, pero seguro que tú lo consigues.

La pescadora —que estaba deseando patear un culo masculino — aceptó contenta y se puso en camino hacia la montaña. Lizzie empezó a hacer el equipaje. Ignoraba si hacía lo correcto y dudaba de si Michael se alegraría de verla. Pero no creía que consiguiera hacerse rico sin ella.

## 4

La carretera a Christchurch no estaba en muy buen estado, pero entre Canterbury y Dunedin Lizzie avanzó sin contratiempos. Reinaba allí un intenso tráfico, casi todo el conjunto del aprovisionamiento de los buscadores de oro procedía de los territorios de explotación agrícola de las llanuras.

La joven se incorporó a una

caravana de carros entoldados. Había invertido una parte de sus ganancias en un excelente equipo: ropa de abrigo, una buena tienda, sacos de dormir y mantas para el invierno. Otago era montañoso, limitaba con los Alpes. Entre junio y agosto seguramente nevaría, y ya era abril. También había comprado herramientas de la mejor calidad y llevaba muchas provisiones. No solo para Michael y ella, sino también regalos para la tribu maorí del lugar, pues tenía la intención de hacer abundantes obsequios a sus

nuevos amigos. Les llevaba saludos de la tribu de Kaikoura, que pasaba el verano ocasionalmente en los Alpes, donde cazaba y pescaba con sus hermanos y hermanas de Otago.

—No entiendo por qué no habéis encontrado oro en todo este tiempo —comentó Lizzie mientras se despedía de los ngai tahu—. ¡Al parecer se tropieza con él como si nada!

Mere, una de las ancianas de la tribu, se encogió de hombros.

—¿Quién ha dicho que no lo hayamos encontrado? Pero para

nosotros no significa nada. No se puede comer y tampoco se pueden hacer armas con él. Adornos tal vez, pero no se puede tallar. —Los maoríes desconocían el arte de fundir metales. Sus piezas de adorno y sus armas eran sobre todo de jade pounami—. Para nosotros, el jade es mucho más valioso.

—Pero ahora podríais vender el oro —replicó Lizzie— o la tierra en que se encuentra.

Mere arqueó las cejas. En lo que iba de tiempo, Lizzie ya se había acostumbrado a que los

tatuajes, los *moko*, se movieran al gesticular.

—Los hombres que estaban en Tuapeka dicen que la tierra llora. Los *pakeha* le abren heridas para sacar su oro. Los dioses no lo ven con buenos ojos.

—¿Extraer oro es para vosotros *tapu*? —preguntó Lizzie con cautela.

—Sí —respondió Mere—, pero no en todas partes. Tienes que preguntar a la *tohunga* del lugar. Yo no puedo decirte nada. Aquí, entre nosotros, no hay oro.

Lizzie estaba decidida a informarse bien antes de montar su tienda en una parcela de tierra donde hubiese tal vez un *tapu*. No quería enemistarse con las tribus de Otago. Seguro que nadie conocía la tierra tan bien como los maoríes. En cualquier caso, no tenía la intención de empezar a cavar en un sitio cualquiera confiando en la buena suerte.

Cuanto más cerca estaba del sur, más frío hacía, sobre todo por las noches. Cuando era posible, pernoctaba en pensiones, mientras

que al principio del viaje todavía había dormido en el carro. Pero eso ya no le parecía conveniente. En las carreteras no solo pululaban comerciantes honrados y transportistas, también deambulaban hombres de aspecto dudoso a pie o a caballo. Hombres barbudos de rostros curtidos por el viento y las inclemencias, cazadores de ballenas y focas de la costa occidental, y marinos de algún lugar de Westport o Nelson que habían oído hablar de los yacimientos de oro y habían

abandonado sus barcos. Pronto empezó a sentirse insegura de quién iba tras ella también durante el día. Cada mañana se esforzaba por encontrar algún comerciante o granjero decente delante o detrás de cuyo carro avanzar y que la vigilase. Pero lo que prefería eran familias enteras, de las cuales cada vez había más desplazándose hacia Dunedin.

Después de casi seis semanas de viaje, Lizzie llegó por fin a Dunedin. Enseguida quedó

fascinada por la ciudad, nueva y llena de vida. Era maravilloso pasear por las calles comerciales, admirar los bonitos vestidos y sombreros de los escaparates: por primera vez desde hacía quince años, Lizzie casi se sintió como en Londres. Por un momento pensó con añoranza en buscar un empleo. ¡Seguro que todos los comerciantes, banqueros y trabajadores bien situados necesitarían una doncella! No cargar con la responsabilidad de mantener un negocio propio tenía su estímulo, pero, por otra

parte, el sueldo era malo y no había patrones agradecidos. ¡Posiblemente volverían a acosarla! No, no quería volver a esa vida por tentadora que resultara una habitación caliente y una cocina cómoda.

Lizzie se estremeció: en Dunedin ya hacía un frío considerable. Y eso que estaba en un buen sitio y el clima se suponía que era moderado. En las montañas, por el contrario...

—¿Realmente quiere ir ahí? — preguntó la patrona cuando la joven

por fin encontró una pensión donde alojarse—. ¿Junto al río Tuapeka totalmente sola? Pero usted... usted no es una chica de vida ligera.

Lizzie estaba orgullosa y feliz de que nadie le notase nada.

—Busco a mi marido —respondió con gravedad—. No sé si se las apañará sin mí.

La patrona soltó una risa franca.

—¡Allí se las apañan todos de un modo u otro! Y nada mal, si vamos a eso. Cuando el reverendo Burton vuelve a la ciudad, oímos lo peor de lo peor, pero veo que los

carros no dejan de subir. Cada día un carro de whisky como mínimo, así que tan mal no debe de irles.

Lizzie se enfadó por no haber llevado los utensilios para destilar. Posiblemente se habría podido ganar más de ese modo que lavando oro, pero, naturalmente, necesitaría que Michael estuviese dispuesto a ello. Apenas si podía esperar a remontar el Tuapeka. La inquietaba qué la esperarían allí.

El reverendo Burton se había sentido horrorizado cuando, pocos

meses antes de que apareciera Lizzie, llegó a Gabriel's Gully. El paisaje que rodeaba el río Tuapeka había sido en algún momento bonito. Verde, con bosques, valles y riberas rebosantes de flores silvestres. Los buscadores de oro habían convertido aquello en un desierto pestilente. Todo el mundo había montado su tienda sin ton ni son al inicio de la fiebre del oro, nadie se preocupaba por marcar las concesiones. Los hombres cavaban ahí donde se instalaban y, precisamente en Gabriel's Gully, el

oro con frecuencia se encontraba justo bajo la tierra. Otros buscadores —en especial los veteranos de Australia— se dedicaban a lavar oro en los arroyos y para construir los lavaderos convertían a los árboles en sus víctimas.

En las inmediaciones de los lugares donde se habían producido los primeros hallazgos ya no crecía nada más. La tierra estaba yerma, removida sin contemplaciones. Como consecuencia de ello, en cuanto caía una lluvia fuerte el

campamento se convertía en un lodazal. Se arrastraban así toneladas de tierra y con ellas un par de tiendas. Como servicios para la comunidad, había dos pubs improvisados y un negocio, igual de precario, donde se vendían alimentos y whisky. En un par de tiendas unas muchachas vendían sus cuerpos, aunque solo muy pocas por cuenta propia. La mayoría habían llegado con protectores: buscadores de oro que alquilaban a su novia cuando fracasaban en su búsqueda.

Después de las primeras misas, acudieron a ver al reverendo tres muchachas decepcionadas y desesperadas, que no veían el momento de abandonar a sus hombres y el campamento. Burton se peleó con dos de los tipos — había practicado el boxeo en el instituto— y de ese modo se ganó un respeto insospechado. Envió a una de las chicas a Dunedin, primero a ver a Claire y Kathleen, pero en último lugar con Waikouaiti como meta final. A las otras dos las contrató para que le ayudaran a

construir su comunidad. Ya antes de llegar, Peter había sido consciente de que los hombres de Otago necesitarían menos oraciones que ayuda efectiva. Había que organizar la vida en el campamento, se necesitaban baños y un mínimo de asistencia sanitaria (con las condiciones higiénicas imperantes era de prever la aparición de epidemias).

El reverendo estaba, así pues, preparado cuando en otoño surgió el cólera. Junto con sus ayudantes y otros voluntarios de Dunedin,

estuvo semanas cuidando enfermos, con lo que se ganó todavía más consideración en el campamento. En esa época, tampoco era extraño verlo en los pubs. Tras un largo día lavando enfermos, hablando con moribundos y bendiciendo rápidamente un ataúd tras otro antes de que los enterrasen en la tierra cenagosa, necesitaba un whisky. Al final, los hombres empezaron a hacer caso de Burton. Se organizó el campamento, se construyeron caminos y baños.

De todos modos, a Gabriel's

Gully le quedaba poco tiempo de vida. La tierra se había exprimido y ya se había encontrado oro en otros lugares. Los hombres —y con ellos el reverendo— migraron a otras orillas y a nuevos arroyos para sembrar allí la misma destrucción que en los primeros yacimientos.

Lizzie seguía nuevos caminos por las montañas, aunque en parte también accidentados. Su caballo tenía que esforzarse para tirar del carro pendiente arriba, con los mulos no habría sido tan difícil. De todos modos, tuvo suerte y los

caminos no estaban cenagosos. El frío era tremendo, el subsuelo estaba congelado.

Cuando pasó por Gabriel's Gully, cuyo paisaje muerto estaba además helado, entendió las palabras de los maoríes. Los indígenas debían de quedarse atónitos al ver en qué se había convertido su tierra. Lizzie se preguntó a quién le pertenecían las orillas del Tuapeka. Por lo que ella sabía, los *pakeha* habían comprado la tierra para colonizarla, pero no daban nada a los maoríes por las

excavaciones en tierra virgen. Tampoco la riqueza resultante de esa fiebre del oro beneficiaría a los indígenas, auténticos propietarios de los terrenos.

El segundo día río arriba empezó a nevar. Muy pronto la nevada era tan fuerte que Lizzie no podía ver ni a un palmo de distancia. Finalmente, desenganchó el caballo, lo cubrió y lo ató, para luego acurrucarse bajo lonas y mantas. Su perspicacia al comprar el equipo se veía recompensada en ese momento: todas las prendas de

lana y las lonas impermeables la mantuvieron bastante abrigada.

Cuando por la mañana se despertó, descubrió un paisaje de cuento. Las montañas, los árboles, todo yacía bajo una capa de algodón blanco. Lizzie no podía apartar la vista de él, sobre todo, cuando salió el sol y la nieve empezó a brillar como puntas de diamante. En Londres, la nieve siempre había sido como una masa gris y sucia y en la Bahía de las Islas, en la Isla Norte, no nevaba. Ahí, por el contrario... Lizzie

empezó a enamorarse de las montañas que rodeaban Otago.

Tras tres días de marcha, llegó por fin al nuevo campamento de buscadores de oro. Cientos, quizá miles de tiendas se levantaban a orillas del río, así como alrededor de los nuevos yacimientos. Era un hervidero de caballos, mulos y bueyes de tiro. Alrededor de las hogueras había hombres intentando calentarse las manos antes de volver a clavar el pico en la tierra congelada. Lizzie pensó que se les veía muy poco optimistas, más bien

sucios y enfermos. Era evidente que el clima no estaba de su parte, y tampoco podrían ganar mucho dinero. El suelo congelado impedía realizar excavaciones serias. Era posible que una parte de los hombres estuviera pasando hambre.

Lizzie enseguida empezó a preguntar por Michael Drury o Parsley, pero solo recibió indiferencia. Casi nadie parecía conocer a alguien más allá de su vecino directo o a los hombres con que trabajaba. Al final, un *digger* le proporcionó una respuesta útil.

—Lo mejor es que le pregunte al reverendo, chica. Al menos lleva una lista con los nombres de los que mueren aquí.

Si bien no fue una contestación muy estimulante, se dirigió hacia el centro del campamento. Pasó por pubs y burdeles improvisados; tiendas cuyos precios le parecían increíbles; y por una oficina de correos. El encargado la ayudó facilitándole más datos.

—Está en una tienda con una cruz, no tiene pérdida. Pero el reverendo está ahora en el hospital.

¿Qué iba a rezar a estas horas?

Una de las prostitutas, que parecía todavía más congelada que los hombres del campamento, mostró a Lizzie el hospital y le señaló a un hombre que estaba subido en una escalera.

—Es ese. ¡Reverendo! Hay alguien que quiere hablarle. ¿Es que la ha dejado preñada y luego se ha venido corriendo a los yacimientos?

Los hombres que estaban alrededor de la enfermería se echaron a reír. El reverendo fue el

único que no encontró cómico el asunto. Es que aquel hombre delgado y de cabello castaño claro —que en nada se diferenciaba de los demás tipos del campamento en cuanto a su ropa roída y su piel curtida por el viento y el frío— tampoco se hallaba en una situación cómoda. Se mecía más o menos entre el cielo y la tierra: la escalera se balanceaba peligrosamente y nadie hacía ademán por sujetarla. Por añadidura, la lona de la tienda que el viento había soltado eludía obstinadamente sus intentos por

fijarla de nuevo. En realidad, habría necesitado tres manos para mantenerla en su lugar, poner los clavos en su sitio y clavarlos. Se esforzó por no soltar ningún improperio cuando, en un nuevo intento de clavar la escurridiza lona, se golpeó el pulgar.

Lizzie agarró hábilmente la escalera y una tabla que había junto a la entrada. La apoyó contra la tienda para mantener más o menos en su sitio la lona. El reverendo comprendió lo que ella se proponía y clavó rápidamente el clavo. Poco

después, los hombres que se encontraban en el interior estaban protegidos de la nieve y el viento.

Peter Burton bajó de la escalera y sonrió a Lizzie.

—¡Al menos no habría dejado embarazada a la más torpe! —le gritó a la prostituta que había acompañado a Lizzie, ganándose con ello una salva de carcajadas—. ¡Aunque solo un cabeza de chorlito habría abandonado a una mujer así!

Se inclinó cortésmente delante de Lizzie.

—Muchas gracias, señora. Por

favor, disculpe a esta gente, aquí impera la grosería. Me llamo Peter Burton y soy reverendo de la Iglesia de Inglaterra, aunque no lo parezca. —Debajo de la bufanda con que se había envuelto el cuello, apareció en ese momento el alzacuello—. ¿Puedo serle de alguna ayuda?

Lizzie asintió y preguntó por Michael. El corazón le palpitaba. Si realmente ese hombre le había dado sepultura... Hacía más de siete meses que no sabía nada de él.

—Michael Drury. Un irlandés.

Naturalmente, es católico.

Peter Burton hizo un gesto de negación.

—Aquí esa fe no interesa a nadie, al menos mientras Roma no nos envíe un sacerdote. Yo agradecería cualquier ayuda. Michael Drury... humm... ¿uno alto, de pelo oscuro?

—Tiene los ojos azules —añadió Lizzie, y los suyos resplandecieron al recordar la mirada atrevida de Michael.

El reverendo sonrió.

—Sí, creo que lo conozco. Está

con uno de los miembros de mi congregación.

El corazón de Lizzie se heló y su sonrisa se congeló. No podía ser... no podía haber encontrado ya a una chica...

—Chris Timlock —precisó Burton—. Un chico amable, llegó de Gales con la primera oleada de buscadores de oro.

Lizzie suspiró aliviada.

—Pero esos dos no están aquí, van a su aire. Están en no sé qué arroyo río arriba, convencidos de que ahí encontrarán oro.

—¿Y cuáles son las perspectivas?

El reverendo levantó la ceja derecha.

—A mí no me pregunte. Yo soy teólogo, de lavar oro no tengo ni idea. Pero se dice que todos los arroyos llevan oro. La pregunta es cuánto. ¿Puedo ofrecerle un té? ¡Estoy medio congelado!

Lizzie, que también tiritaba, aceptó de buen grado. Enseguida se encontró en una habitación bastante cálida, la bien improvisada cocina donde preparaban bebidas calientes

para la enfermería. Disponía de mesas y bancos bastos. Sobre una estufa hervía a fuego lento un guiso en una cazuela enorme.

—Siempre que es posible, servimos aquí una comida caliente —informó Burton—. Naturalmente, solo para los necesitados, aunque nunca quedan todos satisfechos. En otoño tuvimos cólera, ahora gripe y pulmonía. Y tuberculosis. Hay un par de hombres desahuciados. —El reverendo suspiró y sirvió a la joven una taza de té.

—¿Tan poco se extrae de los

yacimientos? En Kaikoura, de donde vengo, dicen que el oro se encuentra por las calles.

Burton rio.

—Ha llegado usted por los caminos habituales —bromeó—. ¿No se lo ha encontrado? No, señora Drury.

—Miss Portland —lo corrigió Lizzie.

El reverendo la miró con curiosidad.

—Miss Portland, la mayoría no gana aquí más de lo que gana un trabajador en la ciudad. Con

frecuencia menos. Y aquí la vida es más cara que en Dunedin o Kaikoura. ¿Ha visto la tienda? Sus precios son abusivos, lo que se justifica diciendo que cada bocado de comida tiene que ser transportado hasta aquí arriba. Lo mismo puede decirse de los pubs y las chicas públicas. Además se apuesta por todo. Por supuesto, yo predico en contra, pero en cierto modo también lo entiendo. Los chicos trabajan duro, seis o siete días a la semana. Los sábados por la noche quieren pasárselo bien.

Sea como fuere, los comerciantes, taberneros y prostitutas ganan más dinero aquí que los buscadores de oro.

—¿No hay ninguno que se haga rico? —preguntó Lizzie.

Burton se encogió de hombros.

—Pocos. Los primeros que encuentran un nuevo yacimiento y los buenos jugadores de póquer. Estos últimos tienen algo que ganar aquí, algunos despluman sin la menor vergüenza a sus semejantes. Pero son minoría, miss Portland. La gran mayoría se marchará igual de

pobre que vino.

Lizzie gimió.

—Entonces me marcharé río arriba. ¿O cree usted que sería sensato esperar aquí a Michael?

Burton arqueó las cejas.

—Depende de si quiere hacerle una visita o quedarse con él. Yo con mucho gusto puedo casarlos si quiere compartir su nombre además de su tienda, seguramente sin caldear.

Lizzie le lanzó una mirada fría.

—Tengo mi propia tienda, reverendo. Y no la comparto con

nadie.

Burton levantó la mano.

—No quería ofenderla, miss Portland. Por favor, discúlpeme. Pero ¿no ha dicho antes que el señor Drury era su esposo?

Lizzie se mordió el labio.

—No en ese sentido... —murmuró—. Era solo... solo para llamarlo de alguna manera. No me pertenece. Yo... yo solo me preocupo por él.

## 5

Michael Drury sorbió el aire ruidosamente por la nariz. No había modo de que se curase del resfriado ese invierno, aunque estaba mejor que Chris Timlock, que llevaba días con fiebre y tos en la tienda. Él, al menos, podía lavar oro, y tenía que hacerlo. Si ese día no le caían al menos un par de pepitas en el cedazo, no podría

comprar nada de comer, las provisiones se habían agotado la noche anterior. Más tarde tendría que ir a caballo hasta el campamento, pero no valía la pena hacer el esfuerzo para cambiar la escasa cantidad de oro que habían encontrado hasta el momento.

Michael ya había pensado en salir a cazar, pero no era un buen trampero y la caza menor que había practicado en Irlanda no existía en Otago. No había ni conejos ni liebres, solo pájaros con extrañas costumbres. Los keas verde oscuro

eran tan desvergonzados que se acercaban a la tienda para robarles las provisiones. Una vez había conseguido matar a uno con la honda, aunque no había valido la pena: el pequeño loro de montaña apenas tenía carne. Por el contrario, los kiwis, más grandes, estaban activos durante la noche y por el día se enterraban. Pero Michael nunca había descubierto ninguno, las huellas que a veces encontraba en la nieve tampoco le decían nada. Tal vez ahí arriba no hubiera kiwis, Michael no tenía ni idea de sus

hábitos. Pese a todo, pescaba, se le daba mejor la pesca que la caza; solo cuando pasaba todo el día en el río lavando oro los peces se daban a la fuga.

Michael decidió interrumpir su labor para preparar un té. Seguro que Chris lo necesitaría y él también. Volvía a tener las botas mojadas y no podía ponerse tan enfermo como su socio.

Michael recogía sus cosas cuando oyó que Chris lo llamaba. Su amigo estaba en la entrada de la tienda y se apoyaba en una rama.

Tosía mientras gritaba el nombre de Michael, y este distinguió que empuñaba la escopeta. Se habían comprado las armas con el producto de la venta de su primer y más estimulante hallazgo de oro, pero ninguno de los dos sabía cómo manejarlas correctamente. Cuando tenían dinero para comprar munición, practicaban disparando a árboles o botellas, aunque hasta el momento estaban muy lejos de acertar incluso a un blanco inmóvil. El ruido espantaba al menos a los insolentes keas que se escondían

chillando excitados en el árbol más cercano, en lugar de hurgar en la olla con sopa de Chris y Michael.

Pero Chris debía de estar preocupado por otra cosa que por un simple par de aves. Michael dejó las herramientas y corrió a las tiendas, que estaban en un promontorio. Quería abarcar con la vista su concesión. Por el momento a nadie se le había ocurrido ir a buscar oro en ese lugar, pero eso podía cambiar en cuestión de horas. A más tardar, cuando ellos hubiesen encontrado algo.

—¡Está subiendo alguien! —  
susurró Chris cuando Michael llegó  
junto a él. Ardía de fiebre y tosía al  
hablar.

En primer lugar, Michael ayudó  
a acostarse a su amigo. Era posible  
que se hubiese imaginado al  
intruso, o quizá deliraba. Pero, por  
otra parte, desde ambas tiendas se  
oía lo que sucedía detrás del  
promontorio. Un sendero  
serpenteaba montaña arriba. Y  
entonces, también Michael oyó unos  
cascos. Volvió a tapar a Chris.

—¿Lo oyes? —preguntó el

enfermo.

Michael asintió, cogió la escopeta y salió. Era conveniente asustar un poco a los intrusos. Con expresión fiera, salió al camino y fue saludado con unos alegres relinchos: el caballo de Lizzie lo reconoció enseguida; Michael siempre lo había tratado bien, o tal vez llamara al caballo blanco que pacía delante de las tiendas. Los caballos habían compartido muchas veces un establo. Fuera como fuese, Michael identificó al caballo bayo como el animal de trabajo del Irish

Coffee. Avanzaba pesadamente montaña arriba llevando una considerable carga y a su lado una mujer de falda larga luchaba con la nieve envuelta en chales de lana y gruesos abrigos.

—¡Lizzie! —Michael corrió a su encuentro y la abrazó. No lo habría admitido nunca, pero pocas veces se había sentido tan aliviado.

Lizzie se liberó de los chales que le cubrían el rostro y el cabello y casi habría permitido que él la besase. Era bonito volver a verlo, aunque su aspecto justificaba todos

sus temores. La última vez que lo había visto tan delgado y consumido había sido en el barco prisión. Tenía las mejillas hundidas y los ojos febriles. Tampoco la agarró y la hizo girar en el aire como cuando se habían reencontrado en Kaikoura. Probablemente le faltaban fuerzas.

Pese a ello, parecía alegrarse de verdad de verla. A la joven se le quitó un peso de encima. Se había temido que su visita fuese indeseada.

Michael estaba emocionado y

contento como un niño.

—¿Qué haces aquí, Lizzie? Pasa dentro, en la tienda se está más caliente... bueno, no mucho, pero un poco. Voy a preparar té.

Lizzie le dirigió su cálida sonrisa y empezó a rebuscar en las alforjas.

—He pensado que yo también tengo ganas de buscar un poco de oro —dijo—. En Kaikoura ya no sucedía nada, así que enganché el caballo y me vine aquí. ¿Cómo va eso de hacerse rico, Michael Drury?

Él hizo una mueca.

—Trabajamos duro —murmuró—, pero ahora, en invierno...

Lizzie asintió.

—Hace bastante frío por aquí. ¿Qué decías? Veo que tienes una tienda.

Las tiendas de Michael y Chris Timlock no podían compararse con la del reverendo. No tenían más que un poco de lona tensada sobre cuatro palos bajos. Uno podía estar dentro sentado, pero no de pie. No había muebles, los hombres dormían en el suelo cubierto con

lonas. Las esterillas y mantas protegían del frío más hiriente, pero no mantenían el calor suficiente para Chris Timlock, que tan enfermo estaba. Lizzie se asustó al verlo.

—Michael, ¡hay que abrigar a este hombre! —susurró a su amigo, después de haber saludado al socio. Chris se hallaba apático en su saco de dormir y apenas había podido tender la mano a la joven—. Ahora monta la tienda que he traído. Es pequeña también, pero, en cuanto a comodidad, es mejor que estas.

Abajo, en el campamento, tengo otra más grande, podemos subirla los próximos días. Ah, y busca un par de piedras, hay un montón por aquí; las podemos calentar al fuego y meterlas luego en la tienda para que la caldeen un poco. Y tráeme el bolso, tengo un líquido, zumo de flores de rongoa, para la tos.

—¿Tienes por casualidad... algo que comer? —preguntó Michael en voz baja.

Lizzie lo miró incrédula.

—Bueno... tendría que haber bajado hoy para reponer las

existencias —se disculpó Michael—. En los últimos días no he podido hacerlo ni...

—Ni tampoco has encontrado suficiente oro para pagar los precios abusivos que hay ahí abajo, ¿verdad? —preguntó Lizzie con severidad—. Michael, tu compañero se muere, ¿y querías dejarlo solo para ir a mendigar comida? Ahora prepararemos algo de comida, le haremos entrar en calor y mañana lo llevamos abajo, al campamento.

—Pero ¿y la concesión? —

protestó Michael—. Si la abandonamos, otro se apropiará de ella.

Lleno de orgullo deslizó la mirada a través de la entrada por el pequeño e idílico valle como si fuera de su propiedad. Desde luego era bonito, pero ¿ocultaba realmente oro bajo la nieve?

Lizzie levantó los ojos al cielo.

—Pues que pase hambre otro aquí. Michael, algo como esto lo encontraremos siempre, no hace falta que lo custodies.

—¡Por supuesto que hace falta!

—se ofendió Michael dándose aires de importancia—. Solo tenemos que superar el invierno. En primavera, cuando se ablande el suelo...

Lizzie suspiró. ¿Por qué se dejaba seducir por esos ojos azules y brillantes y esa voz implorante? Pero probablemente no fuera posible llevar a Chris Timlock al campamento. Estaba gravemente enfermo, si tenía que sobrevivir, necesitaba comida y calor. Si subía sus provisiones podría cuidarlo tan bien como el reverendo abajo.

—Está bien —cedió—. Pero mañana vas al campamento e intentas subir nuestro carro. O vas dos veces con los dos caballos, así podrás subirlo todo.

—¿Has traído tantas cosas como para hacer dos viajes con ambos caballos cargados? Por todos los cielos, ¿se puede saber qué has traído hasta aquí? —preguntó admirado Michael.

Lizzie miró amenazadora el campamento.

—¡Todo lo que falta aquí para vivir más o menos como un ser

humano, Michael! Y ahora pon manos a la obra, yo me ocupo de este chico.

—Pero... pero...  
encontraremos oro, ¿no? —  
preguntó Chris con la voz ahogada cuando Lizzie le administró el jarabe para la tos de la *tohunga* maorí—. En primavera...

Lizzie le pasó la mano por el cabello húmedo.

—Seguro que encontraremos oro, no te preocupes.

—Me... ¿me lo prometes?  
Ella le sonrió. Era evidente que

Chris ya no sabía dónde estaba ni con quién hablaba. Pero necesitaba estímulo. Todavía era muy joven.

—¡Te lo prometo! —dijo ella con firmeza.

Al día siguiente tendría que averiguar dónde vivían los ngai tahu.

Durante los primeros días en Otago, Lizzie no consiguió averiguar dónde se encontraba el poblado de la tribu maorí local. Estaba demasiado ocupada. Lo hicieron todo para salvarle la vida

a Chris Timlock, y el joven no tardó en encontrarse mejor gracias a los efectivos cuidados de Lizzie. Después, Michael y ella se pusieron a trabajar para que el campamento fuera lo bastante habitable para pasar el invierno. Para disgusto de Michael, ella insistió en que construyera una cabaña de madera.

—Michael, es junio y cada día nieva. Esto durará como mínimo tres meses. ¡No puedes dormir en una tienda!

—La gente del campamento sí

puede —gruñía Michael.

Lizzie sacudía la cabeza.

—Ellos o están mucho tiempo enfermos o entran en calor en la tienda del reverendo. Además, el campamento está más abajo que esto. Allí hace menos frío. ¡Y tampoco tienes nada más que hacer!

—¡Puedo lavar oro! ¡Eso al menos aportará algo!

Lizzie se cogió la frente.

—Michael, en cuatro semanas ni siquiera has sacado una onza del arroyo. Ningún jornalero trabaja por ese sueldo, ni en Irlanda. Y

además te estás arruinando las botas en el arroyo y destrozando el pico y la pala en la tierra congelada.

—Pero yo solo no puedo construir una cabaña. Y Chris...

Si bien Chris Timlock había sobrevivido a la pulmonía, todavía estaba enfermo en cama. Lizzie no esperaba que se repusiese durante el invierno. Tal vez en primavera, cuando hiciera un poco de calor. Seguro que nunca había sido un hombre muy fuerte y era posible que ya hubiese traído de Inglaterra

la tisis.

—¡Yo te ayudaré! —dijo Lizzie—. ¡Soy más fuerte de lo que piensas y además me divierte!

Lo último era cierto, a Lizzie le hacía ilusión encajar las vigas y ver crecer cada día un poco su futura casita. Cortar madera y trasladar las tablas era un trabajo muy duro. Pese a todo, enseguida avanzaron y un mes después ya tenían una diminuta cabaña con tres sitios donde dormir, una chimenea, mesa y sillas. Lizzie separó con lonas colgadas su rincón privado para

dormir. En el campamento de los buscadores de oro se rumoreaba que vivía con dos hombres, pero eso no le molestaba a nadie. Los hombres cotilleaban más sobre el hecho de que Michael se aferrase a una concesión que no daba frutos. Tampoco el reverendo decía nada cuando Lizzie y sus dos amigos bajaban a la misa del domingo, lo que sucedía raramente. Chris conseguía recorrer el camino cuando hacía muy buen día y al final se quedaba hecho polvo.

—¡Venga a vernos algún día! —

invitó Lizzie a Burton, y se alegró de que este aceptara.

Peter leyó la misa para Lizzie y Chris y bebió whisky con Michael después. Admiró la calidad de la bebida. Lizzie no había regalado el pequeño tonel con el primer destilado de Michael, sino que lo había llevado a Otago. Ahora el líquido los reconfortaba en las noches más frías. Para Lizzie era importante que el reverendo viera su rincón. Quería que siguiera respetándola. ¡Nadie debía dudar de su honorabilidad!

En Otago la primavera llegaba más tarde que en Kaikoura, pero, cuando la naturaleza despedía al invierno, la tierra estallaba de fertilidad. Casi de la noche a la mañana el paisaje reverdeció. En los prados y junto al arroyo crecían flores rojas y amarillas. Las orillas del río despertaron en Michael el recuerdo de Irlanda, incluso si ahí eran las hayas del sur en lugar de los robles las que bordeaban los caminos, y helechos en lugar de sauces los que dejaban caer sus ramas en las aguas. Los chillidos de

los pájaros sonaban de otro modo, pero lo demás era exactamente como en casa.

Michael disfrutaba observando cómo Lizzie se despojaba de sus prendas de abrigo liberando su delgado cuerpo de toda aquella lana que la había mantenido a salvo del frío en los últimos meses. Al igual que las muchachas irlandesas, dejaba flotar su melena suelta al viento y embellecía la casa con flores silvestres. Y por primera vez desde hacía años, Michael dejó de soñar con los abundantes rizos

dorados de Mary Kathleen y se deleitó en ver cómo brillaban al sol los mechones rubio oscuro de Lizzie. Ya no pensaba en los gráciles movimientos de Kathleen, sino que empezó a apreciar el talante enérgico de Lizzie: sus intentos poco diestros, pero acompañados de palabras llenas de vitalidad, para conseguir que el caballo arrastrara la madera (Michael y Chris habían proyectado construir un lavadero y necesitaban los troncos junto al arroyo), su manera de actuar suave y prudente

cuando acompañaba a Chris fuera de la cabaña para que tomara el sol.

El socio de Michael cada vez hablaba con más frecuencia de volver a colaborar, pero eso ya era impensable. Cortaba un poco de madera por los alrededores y trataba de ayudar a Michael a esbozar el lavadero. Pero pocos minutos después de coger la sierra más ligera, ya estaba bañado en sudor y tosía.

Michael se quejaba para que Lizzie al menos le ayudase a

construir el canal, pero ella se negaba.

—Michael, no vale la pena. ¡Este arroyo no lleva oro! O demasiado poco para obtener buenas ganancias. Es mejor que caves un poco, tal vez haya aquí vetas de oro si tan convencido estás de que tienen que encontrarse en esta concesión y no en otra. Pero en lo que respecta al lavadero, me atengo a lo que dicen los maoríes: antes de talar un árbol, pido permiso a Tane, el dios de los bosques, y él solo me lo concederá

si construyo con la madera algo que tenga sentido. Aquí Tane dice que no. ¡Y yo me guardaré mucho de ponerme a malas con él!

Entretanto, Lizzie había averiguado dónde se encontraba la tribu maorí más cercana y se disponía a visitarla. Calculaba que para llegar al poblado indígena tardaría dos días remontando el río. Se asentaban lejos de los campamentos de buscadores de oro. Eso era algo que Kahu Heke y su gente de la Isla Norte no habrían hecho, pero muchas tribus de la Isla

Sur no tenían *marae* con adornos de valor, sino cabañas sencillas que estaban dispuestos a abandonar para seguir migrando.

La joven se disponía a recorrer a pie el camino. Había cargado el caballo de regalos para los ngai tahu y no quería lastrarlo todavía más con su propio peso. Michael se ofreció a acompañarla y luego le dijo que montara al menos su caballo blanco. Pero Lizzie rechazó ambos ofrecimientos, pues no montaba bien y el caballo blanco era fogoso y no se atrevía a

manejarlo. En cuanto a que Michael la acompañara, personalmente le habría gustado, pero los ngai tahu confiarían más si ella llegaba sola. Además, no quería dejar a Chris en el campamento sin nadie que lo ayudase.

—¡No me pasará nada, Michael! —Sonrió cuando él empezó a refunfuñar como una gallina clueca en torno a ella poco antes de la partida—. Los maoríes son gente de paz y les llevo regalos y saludos de sus amigos de Kaikoura. Aquí los únicos

peligrosos son los *pakeha*. Allí adonde voy es probable que todavía no haya llegado ningún blanco.

Sin embargo, se alegraba de que él se preocupase por su seguridad. Parecía como si por fin empezara a sentir algo por ella.

## 6

La primavera volvió a dar vida al campamento de buscadores de oro y, sobre todo, a Dunedin. De nuevo entraban los barcos uno tras otro en el puerto de Otago y miles de nuevos aventureros acudían en masa al río Tuapeka. Pero también por tierra llegaban nuevos buscadores y quienes querían convertirse en ellos.

Dos de estos últimos aparecieron en Dunedin a comienzos de las vacaciones de primavera: Rufus Cooper y Sean Coltrane. Después de rogar durante meses, también el señor Cooper accedió, por fin, a que visitasen al reverendo, aunque no sin hacerle prometer a Peter Burton que enviaría de vuelta a su hijo en cuanto acabasen las vacaciones. Tanto si el joven quería como si no.

—¡Y tú cuidas de él! —advirtió a Sean antes de que los chicos emprendieran el viaje a caballo.

Los dos habían pasado horas cargando sus caballos con todos los utensilios posibles para acampar y cavar, aunque eso no era necesario. Kathleen quería acompañarlos al campamento y llevaba un carro lleno de suministros. Iba cargado de material para la enfermería, lonas de tienda y provisiones varias, pero un par de sacos de dormir y de palas también habrían cabido en el carro, opinaba Kathleen con gesto cómplice.

Los jóvenes, sin embargo, rechazaron el ofrecimiento.

—A los auténticos buscadores de oro no los acompaña su mamá —declaró Sean con firmeza, haciendo reír a Kathleen.

—En algunos casos, tampoco estaría tan mal que lo hiciera —respondió ella.

Esa primavera, Kathleen estaba de un humor excelente. Le hacía ilusión esa salida a la montaña y volver a ver al reverendo Burton, aunque nunca hubiese admitido esto último. En contra de lo que cabía esperar, se había adaptado bien a Dunedin. Al principio había tenido

un miedo cerval a que la descubriesen, ya que se encontraba en una floreciente localidad. Dunedin tenía un ayuntamiento electo y un reglamento comercial e industrial: Kathleen y Claire estaban formalmente registradas y su negocio era conocido. Si Ian la hubiese buscado, podría haberla encontrado sin problema.

Pero habían pasado cuatro años desde su fuga. Ian debía de haberse resignado y, además, Dunedin ya no era una ciudad pequeña y accesible. No dejaba de crecer y ofrecía el



y acierto y se la consideraba una de las mujeres mejor vestidas y más elegantes de la ciudad. Kathleen se preguntaba cuándo el señor Dunloe la pediría en matrimonio y cómo reaccionaría ella. Pero Claire nunca hablaba al respecto. Así que tampoco Kathleen sacaba el tema a colación.

También Kathleen tenía sus admiradores, o habría podido tenerlos si no hubiese sido tan retraída. Pocas veces aparecía en público y solo respondía con monosílabos cuando los hombres le

dirigían la palabra. No obstante, su extraordinaria belleza, ahora madura, no podía esconderse. Su forma de vestir era más modesta que la de Claire, pero su abundante cabello dorado, su tez clara y ligeramente matizada por un tono miel, y sus ojos de un verde esmeralda la convertían en el centro de todas las miradas. Por primera vez en su vida, Kathleen tenía tiempo para cuidarse. Ya no tenía la piel tostada por el sol ni los labios agrietados, y sus manos ya no estaban ásperas y endurecidas

de trabajar. Estaba delgada pero no flaca, y poco a poco volvía a mirar a las personas a los ojos. Las pesadillas eran más escasas, empezaba a olvidarse del maltrato y las humillaciones de Ian. Seguía luchando con su sentimiento de culpabilidad, y aún más porque el nuevo sacerdote católico de Dunedin no la absolvía.

—¡No deberías haber abandonado a tu marido! —la regañó tras la primera confesión—. Da igual lo que sucediese. Lo que Dios ha unido no puede separarlo

el hombre. Tendrías que haberte quedado con él e intentado ser una buena esposa.

El padre Parrish no tuvo en cuenta que Kathleen objetase que ya lo había intentado suficientes veces. Le aconsejaba que regresara a Christchurch, pero la sumisión de Kathleen a la voluntad divina no llegaba hasta ese extremo.

—A vosotros no os unía Dios, sino la pura necesidad — argumentaba Claire—. A ti Dios te había unido a ese Michael. Con él deberías haberte casado. ¿No

podías haberte ido con él a Australia?

Kathleen nunca había pensado en esa posibilidad, pero ya era demasiado tarde. Y, por añadidura, a esas alturas la joven mujer se veía camino de cometer un pecado todavía peor al de dejar en la estacada a su marido maltratador. Cada vez que Peter Burton iba a la ciudad, sentía crecer en su interior su afecto hacia el joven reverendo. Burton la hacía reír, la entretenía con anécdotas sobre el campamento de buscadores de oro y se ocupaba

de Sean y Heather. Nunca perdía la paciencia, no se metía donde no lo llamaban y cuando le ofrecía el brazo al salir a pasear, ella se sentía relajada y segura. Cuando la cogía de la mano o ella rozaba su pierna sin querer al subir a la calesa, su corazón latía más deprisa. No era aquel anhelo intenso que había sentido con Michael, pero había algo... Cuando Burton llegaba a la ciudad, Kathleen se sentía más joven y ligera y flotaba todo el día.

A veces cuando estaba sentada

frente al cuaderno de diseños y no se le ocurría nada, se sorprendía dibujando la imagen de Peter Burton en el papel: su nariz algo torcida —algo había salido mal cuando boxeaba en la universidad —, sus labios carnosos y su rostro oval con el mechón castaño claro que le caía sobre la frente. Los ojos amables y tranquilos, que, pese a ello, tan vivamente podían relucir cuando algo lo conmovía. Kathleen sabía que eran castaños y emanaban un brillo ambarino. Por fin se atrevía a mirarlo a los ojos el

tiempo suficiente para poder estudiar su mirada.

Trataba de no pensar en las posibles consecuencias de sus sentimientos. Pero se permitía experimentar la pura alegría del reencuentro en el campamento. Era la primera vez que subía allí, Peter no había querido recibir ninguna visita en Gabriel's Gully, en especial de una dama. Sin embargo, el nuevo campamento parecía más civilizado. Algunos buscadores de oro habían llevado incluso a sus esposas y construido cabañas de

madera, y últimamente el reverendo daba clases diarias de lectura y escritura a un puñado de niños.

—¡Presta atención, mamá, después de las vacaciones seremos ricos! —anunció Sean, mientras se adelantaba al lado de Rufus.

Heather se estrechó contra Kathleen.

—¿Tú crees que yo también podré lavar oro? —preguntó con su voz cristalina, otro legado de su madre. Heather apenas tenía nada de los Coltrane. Salvo por los ojos castaño oscuro, que contrastaban

maravillosamente con su cabello claro, era el vivo retrato de su madre.

Kathleen asintió.

—Seguro, el reverendo Burton nos enseñará cómo hacerlo ¡y entonces encontraremos el doble de oro que todos los chicos juntos!

De hecho, Kathleen apenas llegó a ver el paisaje que rodeaba el campamento. El nuevo asentamiento había crecido hasta convertirse en una pequeña ciudad, y la iglesia de Peter Burton y el

centro de la congregación formaban uno de los puntos centrales. Las otras mujeres de la comunidad enseguida rodearon a Kathleen. El hospital, el comedor para los necesitados, la escuela... en todas partes se requería ayuda y, a ser posible, femenina. Seguía habiendo pocas mujeres en el campamento, pero al menos las que había ahora no eran solo prostitutas. Las voluntarias de la congregación de Peter se reclutaban entre las esposas e hijas del tendero, el cartero y el prestamista del

campamento. Las esposas de los buscadores de oro colaboraban en escasas ocasiones, pues la mayoría solía trabajar en los yacimientos tan duramente como sus maridos. Muchas no lo aguantaban, sufrían abortos y accidentes, llenando así el pequeño hospital de la comunidad. Ya la primera noche después de su llegada, Kathleen asistió dos partos, si bien habría preferido pasar la tarde con Peter.

—¡Sería usted una estupenda esposa para un párroco! —exclamó la mujer del dueño del colmado.

Kathleen se puso como la grana. No había demostrado la alegría que le producía el reencuentro y Peter ni siquiera la había besado en la mejilla. Pero ya se hablaba de la relación de Kathleen con el reverendo y las matronas del campamento tramaban planes de boda. Tendría que ser prudente. No se atrevía ni a pensar en lo que dirían esas buenas mujeres cuando se enterasen de que ella era católica.

Sin embargo, pese a la continua vigilancia de las matronas, pasó

unos días feliz al lado del reverendo. Casi nunca estaba sola con él, pero disfrutaba por el hecho de poder ayudarlo y también le gustaba ver cómo trataba a sus feligreses. Kathleen se sentía dichosa en la nueva colonia de Tuapeka.

No obstante, Peter estaba un poco decepcionado. Había esperado contar con más tiempo para ella, pero precisamente durante su visita el campamento se había visto desbordado por una avalancha de recién llegados. En

todos sitios se reclamaba la presencia del reverendo para solventar disputas, dar consejos y establecer nuevas normas para definir nuevas concesiones y la colocación de nuevas tiendas.

—Hoy me acompañarás, ¿de acuerdo? —le pidió a Kathleen una mañana soleada que parecía hecha para una comida campestre.

Sean y Rufus se habían marchado pronto y emocionados en busca de oro, con las alforjas llenas de provisiones, y se habían llevado a Heather. La «pequeña» ya había

cumplido los trece años y no permitía que la dejaran de lado tan fácilmente. Para indignación de los dos jóvenes, demostró ser muy diestra en el lavado del oro. En la primera semana había lavado oro de los ríos y arroyos por treinta libras y ahora se sentía rica; superaba a su hermano con creces, naturalmente.

Su madre pensaba menos en los placeres veraniegos. Kathleen estaba limpiando verdura con otras mujeres para la comida de los pobres, cuando Peter pasó por

delante de la mayor tienda del centro comunal con un carro tirado por mulas.

—Tengo que ir a buscar leña al otro extremo del campamento — anunció—. Los hombres han talado árboles para hacer sitio para más tiendas y nos regalan los troncos. Si encuentro a un par de personas más que me ayuden, podremos construir un edificio sólido para el hospital. Al menos un pabellón para mujeres.

Encontrar ayudantes para eso sería difícil, pues todos los hombres hábiles corrían cada

mañana a los yacimientos de oro. Incluso las primeras pacientes de Kathleen ya se habían vuelto a ir con sus bebés. Envolvían a los pequeños en mantas y los colocaban a orillas del río en que intentaban lavar oro.

Kathleen subió al carro con Peter Burton y él guio el caballo con mano segura entre las tiendas, los animales de carga y los hombres que discutían y reían. Entretanto, le comentaba a Kathleen que esos días la veía muy bien. La joven parecía por fin sentirse

segura, se lo pasaba bien con el trabajo y en Dunedin todo parecía estar en orden. Incluso reía abiertamente cuando él bromeaba y estaba preciosa.

Era un día de primavera cálido pero ventoso, unos mechones se habían desprendido del peinado recogido de Kathleen y Peter se atrevió a ponerlos en su sitio delicadamente con la mano. Unos meses antes, la joven se habría apartado asustada, pero ese día arrimó el rostro un segundo a su mano, que todavía estaba en su

mejilla. Con cuidado, Peter bajó el brazo y rodeó con él los hombros de la mujer para estrecharla brevemente contra sí. Kathleen levantó la vista y él se quedó prendado de sus ojos radiantes. Las mulas tendrían que abrirse paso solas por el campamento, pero únicamente había un camino batido y no se desviarían.

Kathleen dirigió al reverendo una sonrisa tierna, pero de repente se quedó helada. Sus rasgos, poco antes relajados y llenos de alegría interior, se contrajeron en una

mueca de espanto.

—¡Sigue! —susurró a Peter. Ella misma intentó coger las riendas—. ¡Deprisa, más deprisa! Tengo...

Su tono era tan apremiante que Peter no preguntó, sino que azuzó los animales, no sin antes echar un vistazo por encima del hombro. Algo que Kathleen había visto cuando lo estaba mirando le había dado un susto de muerte. Tanto, que ahora se acurrucaba junto a él y escondía el rostro. Parecía como si quisiera ovillarse debajo del

pescante.

Peter no distinguió nada que hubiese podido provocar esa reacción. Junto al camino se veía una escena totalmente normal en Tuapeka. Dos recién llegados, un hombre de cabello oscuro y un joven rubio, estaban descargando su carro y el hombre discutía con el vecino acerca de dónde colocar la tienda. Ninguno de ellos había prestado atención al vehículo de Peter ni a la mujer sentada en el pescante.

—¿Qué sucede, Kathleen?

Cuéntamelo. —Peter refrenó un poco los animales cuando llegaron a una parte más concurrida del campamento. Ella estaba temblando como una hoja.

—Para... Para, por favor... —murmuró—. Sí, aquí... Yo... lo siento... Sean... los niños... Yo tengo... tengo...

Kathleen saltó del carro, miró alrededor como acosada y luego echó a correr como alma que lleva el diablo.

El reverendo Burton se quedó desconcertado. ¿Qué podía haber

hecho para asustar de ese modo a Kathleen? Desechó esa idea al instante. No; tenía que haber sido otra cosa. Sin perder tiempo, dio media vuelta. Ya pasaría a recoger después la madera, primero tenía que encontrar a Kathleen y averiguar qué la había sobrecogido de tal modo. Ella parecía correr hacia la iglesia: un indicio, al menos, de que no huía de él. Entre las tiendas se atajaba el camino, llegaría antes que él con el carro. El reverendo volvió a observar el lugar donde Kathleen se había

asustado. El hombre y el joven habían desaparecido. Por lo visto, el vecino gruñón se había impuesto y habían tenido que ir a montar la tienda a otro lugar. ¿Tendría algo que ver el pánico de Kathleen con esos dos individuos? ¿Los conocía? ¿O se trataba del vecino? Pero ¿qué podía tener ella que ver con aquel viejo y malhumorado maleante de Australia? Peter Burton decidió averiguarlo más tarde. Sumamente inquieto, azuzó las mulas y las detuvo cuando llegó al hospital y la iglesia.

—¿Dónde está miss Kathleen?

—preguntó a las mujeres que todavía estaban allí limpiando verdura. Conversaban animadamente y levantaron la vista hacia él.

—¿Se han peleado? —preguntó la esposa del tendero.

Peter no se dignó a contestar.

—¿Dónde está?

—Acaba de pasar por aquí, pálida como si hubiese visto un fantasma. Corría hacia el establo. ¿Ha ocurrido algo, reverendo? — Era la esposa del encargado de

correos.

Peter saltó del pescante y siguió a Kathleen. Un diligente escocés alquilaba allí el lugar donde dejar los caballos y de ese modo ganaba más que la mayoría de los buscadores de oro. Kathleen estaba engancho sus caballos.

—Yo... yo... tengo que irme...  
—balbuceó presa de la agitación cuando vio a Peter.

—Pero Kathleen... ¿tan de repente? Cuéntame qué ha pasado. ¿He hecho algo indebido?

Él quería abrazarla o al menos

tranquilizarla, que lo mirase, pero Kathleen no se detuvo. Tampoco parecía tener la intención de recoger sus cosas de la tienda del hospital, donde dormía.

—¿Tú? No, no, claro que no. Peter... tienes que encontrar a Sean... O espera a que los chicos y Heather vuelvan. Diles... diles que tienen que regresar inmediatamente, ¿de acuerdo? A lo mejor encuentras a alguien que los acompañe. Le pagaré... Pero nosotros... nosotros tenemos que... —Saltó al pescante y sacó el tiro de la cochera—. Lo

siento, Peter. Lo siento de verdad...

Puso los caballos al trote en cuanto hubo salido del establo. Se dirigió a la carretera que conducía a Dunedin.

Peter se quedó estupefacto.

Sin hacer caso de las curiosas que seguían a Kathleen con la mirada y lo observaban también a él, no precisamente con buenos ojos, el reverendo volvió a su carro. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, debía ir a recoger la madera antes de que apareciese

otro comprador. Pero a continuación buscaría a ese hombre y ese joven cuya visión tanto había perturbado a Kathleen.

Pasó un buen rato hasta tener cargado el carro y poder regresar a la iglesia. No obstante, todavía había luz cuando pasó por el lugar donde Kathleen había sido presa del pánico. Vio al vecino con quien se habían peleado aquellos dos. Un australiano, Peter lo conocía superficialmente. El reverendo tiró de las riendas.

—Buenas, Terrence, ¿qué tal

vamos?

El buscador de oro movió la cabeza.

—Buenas, padre. No muy bien. Poco rendimiento y muchos problemas. —Se rascó la cabeza casi calva.

—He visto que discutía. ¿Vecinos nuevos?

—Bah, he logrado convencerlos de que se fueran. ¿Qué se piensa la gente? Uno necesita un poco de espacio para respirar, y bien sabe Dios que aquí hay espacio de sobra para montar una tienda. Aunque no

tan céntrico.

Era cierto. Las nuevas áreas de acampada señaladas estaban lejos de las tiendas y los pubs.

—¡Y el tipo quería encima hacer negocio con los caballos! Además de buscar oro... Intentó venderme a un precio de baratillo los dos mulos que lleva.

Peter frunció el ceño.

—¿Cómo se llamaba? ¿Se ha presentado?

Terrence sacudió la cabeza.

—Qué va, no hemos sido tan educados. ¿Por qué? ¿Quiere

comprar un mulo? El suyo ya está entrado en años. Pero los animales de ese sujeto tampoco son jóvenes, aunque brillan que da gusto. —Por lo visto, Terrence entendía de caballos.

—¿Tiene idea de hacia dónde se han marchado?

Terrence hizo un gesto de ignorancia.

—Supongo que a las nuevas zonas de acampada. O a buscar camorra a otro lugar. Ese tipo tiene malas pulgas, reverendo. Es mejor que se mantenga alejado de él.

Peter reflexionó sobre qué era mejor y decidió dejar primero el carro. En el establo ensilló la mula que Kathleen le había regalado de despedida y avanzó a través del campamento. Con la montura tenía más movilidad y tal vez encontraría lo que buscaba, y además podría pretextar que quería cambiar al animal: el método más seguro para entablar conversación con un tratante de caballos.

«Ese tipo tiene malas pulgas...»  
Peter decidió confiar en la intuición de Terrence y se dirigió primero al

pub más cercano.

—Buenas tardes, chicos — saludó a los presentes—. Acabo de oír que ha llegado un tratante de caballos. ¿Sabe alguien dónde para?

—¿Uno gordo y moreno? — preguntó el tabernero—. Ha pasado por aquí. Quería instalarse aquí al lado, el muy caradura. Ha ido al lado de Janey. Puede hacerlo, y ella no puede negarse.

—¿Junto al burdel de Janey? — se sorprendió el reverendo—. He oído decir que lo acompaña un

chico joven...

—No muy sensible, por lo visto. —El tabernero sonrió irónico y los hombres se echaron a reír—. ¿Un chupito, reverendo?

Peter se despidió sin aceptar el trago de whisky. Definitivamente, se le había despertado la curiosidad y Janey's Dollhouse, como se llamaba la casa de lenocinio, estaba justo en la esquina. Vio una tienda recién montada, y un hombre y un joven que llevaban cosas del carro a su nueva vivienda. Los mulos pacían

junto a las largas cuerdas con que después sin duda tropezarían los clientes borrachos de Janey.

El reverendo pensó de nuevo cómo iniciar la conversación, pero el hombre de inmediato tomó la iniciativa. Con los ojos inyectados en sangre, pero despiertos y duros, miró la mula de Peter. Primero de forma rutinaria, luego con creciente interés.

—Bonito animal —observó—.  
¿De dónde lo ha sacado?

Burton se sorprendió. Si el hombre era un tratante, debería

saber dónde se compraban mulos.  
Decidió andarse con cuidado.

—Lo compré en algún sitio de Christchurch —respondió—. Pero estoy pensando en venderlo. A veces cojea.

El hombre, que era corpulento, sonrió.

—Ya me lo imaginaba. Sí, alguien le ha tomado el pelo, señor... oh... padre... —Se percató del alzacuellos y se inclinó.

—Reverendo. Reverendo Peter Burton.

El hombre emitió una risa

jovial.

—Vaya... uno cree que esto es un antro de perdición, ¡y con el primero que hace negocios es con un representante de la Iglesia! Me alegro de conocerle, reverendo. Y será todo un honor para mí venderle el mejor mulo que existe entre Invercargill y Auckland. —Tendió la mano a Peter—. Si permite que me presente: Ian Coltrane.

Ian no había encajado nada bien que Kathleen se escapara de su casa. Si bien no añoraba

especialmente a su esposa, sí echaba de menos la mano de obra. El comercio itinerante de caballos precisaba de la granja como punto de apoyo. Alguien había de quedarse ahí y cuidar de los animales que Ian no se llevaba. Una vez que Kathleen se hubo marchado, ya no podía contar con eso. Colin estaba dispuesto a hacer lo que fuese por su idolatrado padre, pero era un niño. Hasta el mismo Ian veía que no se podía confiar la administración de una granja a un niño de nueve años, ni

siquiera dejarlo solo. Pese a ello, al menos el gran sueño de Colin se vio satisfecho. Ian dejó de enviarlo a la escuela y se lo llevaba con él en sus viajes de negocios.

Al principio trataba que los viajes fueran cortos, pero ahora sus años de trapicheo se estaban vengando: en Christchurch y los alrededores la reputación de Coltrane estaba por los suelos, la gente prefería recorrer más kilómetros y adquirir los animales en cualquier otro lugar. Lo intentó, pues, con un socio que se ocupaba

de la granja mientras él viajaba. También en este caso eran tipos embusteros los que se prestaban a colaborar con él. El primero se llevó un rebaño de ovejas y lo vendió cuando Ian estaba de viaje; al segundo lo encontró en el establo totalmente borracho. El tercero se enfadó cuando Ian intentó engañarlo en el reparto de la venta de un caballo. Con el cuarto, la relación iba más mal que bien, pero el hombre puso pies en polvorosa en cuanto estalló la fiebre del oro en Otago. Así pues, Ian tuvo que

volver a reducir sus viajes, cuando en realidad tenía que ampliarlos, pues muy pronto hasta el más pequeño granjero de Canterbury no se dejaría engañar por él. La fiebre del oro no los hacía ricos, pero sí lo suficiente acomodados para incrementar su volumen de ovejas con los grandes criadores y así mejorar su propia cría. Los barones de la lana criaban caballos o mulos para trabajar. De este modo también ayudaban a sus vecinos más pequeños por un precio asequible.

—¿Por qué no te dedicas a cultivar simplemente tu granja? —le preguntó Ron Meyers, el nuevo propietario de la granja Edmunds, en el pub, cuando Ian contó sus penas a sus compañeros de bebercio—. La mía va como la seda. —Meyers criaba bueyes.

—¿Por qué no nos vamos también a buscar oro? —preguntó Colin a su padre.

Ian sopesó ambas posibilidades y optó por la segunda.

Vendió primero los caballos y luego la granja a Ron Meyers, que

le hizo una buena oferta. A continuación salió rumbo a los yacimientos de oro con Colin y un carro tirado por dos mulos.

«Ian Coltrane».

Peter Burton respiró hondo. Así que ese era el secreto... No era extraño que Kathleen se hubiese asustado tanto. ¿Acaso creía realmente que su marido estaba muerto? Era improbable, pues se comportaba como si hubiese huido. Peter había sospechado con frecuencia que su marido todavía

vivía. Y el chico... El reverendo lo observó discretamente. Tendría que haberse dado cuenta enseguida del parecido: estaba claro que el chico era hijo de Kathleen, se le parecía más que Sean.

—Y este es mi hijo Colin —lo presentó Coltrane—. Colin, enseña al reverendo la mula gris. Está pensando en cambiar su vieja mula.

Colin examinó la montura de Peter. Era extraño, el muchacho tenía los rasgos de Kathleen, pero la expresión con que escrutaba al animal era la de su padre. Como

este, pareció reconocer la mula: Kathleen debía de tenerlo antes de que se rompiera el matrimonio. Peter calculó que el chico tendría trece o catorce años y se asombró de que no dijera nada. Pero Colin callaba.

—¿Quiere que monte el gris para enseñárselo? —preguntó.

Peter decidió cortar el asunto.

—No, gracias. Hoy no, señor Coltrane. Ya está oscureciendo y apenas distingo nada. ¡No es buen momento para comprar un animal!

Coltrane arrugó la frente.

—Reverendo, ¡me ofende usted! ¡Como si yo fuera a engañarle a usted y la Iglesia, ya sea de día o de noche! Lo que le ofrezco, reverendo, puede usted comprarlo con los ojos cerrados. Esta yegua gris es una hermosura. Y tiene ocho años, ni un día más. Lo correcto... La suya, por el contrario, calculo que anda por los veinte...

Peter asintió.

—¡Y nunca ha fallado en su trabajo! —dijo, adoptando el tono enfático con que le había hablado Ian—. Bien mirado, sería

sumamente desagradecido  
cambiarla como si tal cosa. ¡No!  
Este animal debe envejecer  
dignamente al servicio de la  
Iglesia. Gracias, señor Coltrane.  
Muchas gracias, usted me ha  
abierto los ojos. Que Dios lo  
acompañe, señor, espero poder  
saludarlo pronto en mi iglesia. Y a  
ti en la escuela, Colin. Empezamos  
a las ocho. Espero verte.

El chico torció el gesto. Estaba  
claro que no le interesaba mejorar  
su formación. Peter decidió  
contrariar sus planes. Sonrió

animoso al hijo y luego al padre.

—Puedes traer la mula gris cuando vengas, Colin. A lo mejor le echo un vistazo a la luz del día.

Al menos el día siguiente, ese padre que velaba por su hijo, lo enviaría a la escuela.

## 7

Lizzie no podía recitar un *pepeha* completo. Precisamente porque una presentación personal correcta en maorí contenía la enumeración de los distintos antepasados y, en eso, ella carecía de los conocimientos necesarios. No obstante, se esforzaba por decir su nombre y su origen inglés, para lo cual describía Londres de la

forma más gráfica posible, además del camino recorrido hasta Australia. Hablaba del barco en que había llegado a Aotearoa y su viaje por la Isla Norte. También mencionaba el nombre de James Busby, pero este no significaba nada para los ngai tahu. Naturalmente, Lizzie sabía que ninguno de sus jefes había firmado el Tratado de Waitangi, pero, en el ínterin, la mayoría de las tribus habían oído hablar de él. La tribu era pequeña y vivía sumamente apartada.

Había caminado dos días montaña arriba. Ella sola nunca habría encontrado a los maoríes, pero el segundo día se le unieron dos jóvenes cazadores mientras estaba pescando con la nasa siguiendo la costumbre maorí. Los chicos se interesaron por esa mujer *pakeha* que pescaba del modo tradicional y cuando ella respondió en maorí a sus preguntas le dieron la bienvenida. El poblado la recibió con un perfecto *powhiri*, la ceremonia de acogida, y se quedaron impresionados cuando

ella respondió formalmente con su *pepeha*. Sus regalos fueron aceptados con agrado, pese a que Lizzie enseguida se percató de que no tenían necesidad urgente de las cosas que les había llevado.

Era sorprendente, pero en ese remoto poblado había casi todo lo que los maoríes deseaban de los *pakeha*. Las mujeres disponían de ollas de hierro fundido y envolvían a sus hijos en mantas de lana. La tribu poseía un rebaño de ovejas de primera categoría, los campos estaban listos para ser sembrados

con la ayuda de una yunta de bueyes. Una parte de los habitantes llevaba ropa occidental, no solo el jefe y su familia. Por lo visto, todos podían tener vestidos o pantalones *pakeha*. Para la escala maorí, era una tribu rica. Esto respondía a lo que Lizzie ya suponía, los indígenas sabían exactamente dónde se encontraba el oro que tanto anhelaban los *pakeha*. Sin embargo, manejaban con cautela este dato, lo que a ella le pareció sensato. Planteó pues las preguntas referentes a ese tema de forma muy

prudente.

—Mis amigos y yo vivimos cerca del nuevo yacimiento de oro junto al río Tuapeka —explicó—. Pero estamos pensando en ampliar nuestra búsqueda de oro a vuestro territorio. He venido aquí para preguntaros si somos bien recibidos.

La hermana del jefe resopló.

—¿Cuántos amigos tienes? —preguntó—. ¿Dos mil? ¿Tres mil? ¿Y piensan dejarnos la tierra como han dejado el cauce del río que llaman Gabriel's Gully?

Lizzie sacudió la cabeza.

—Tengo dos amigos —  
puntualizó—. Y uno de ellos está  
enfermo. Ya no puede trabajar. Pero  
tiene una mujer y dos hijos en  
Gales, allá en Inglaterra, que es de  
donde vienen los *pakeha*. Si no  
encuentra oro, su familia morirá de  
hambre.

—La mujer puede venir aquí y  
cuidar de su marido —indicó una  
de las mujeres más jóvenes—.  
Puede cultivar la tierra.

—Pero antes tendrían que  
comprar la tierra —señaló Lizzie

— Y eso será difícil. ¿Vendéis vosotros tierra?

Las mujeres rieron.

—Si lo intentásemos estallaríamos una guerra —advirtió la hermana del jefe—. Los *pakeha* dirían que esta tierra no es nuestra. Nosotros somos una tribu que migra, hoy estamos aquí y mañana allá.

—Pero tenéis un territorio por el que soléis moveros, ¿no? —preguntó Lizzie, sorprendida.

La mujer volvió a resoplar.

—Gabriel's Gully también formaba parte de él. Y la tierra

sobre la que está construido el campamento junto al río Tuapeka. Si tomásemos posesión de él, nuestros guerreros tendrían que defenderlo. Tenemos veinte. ¿Han de luchar con sus veinte escopetas contra las cinco mil armas de fuego de vuestro campamento *pakeha*?

Lizzie suspiró.

—No es justo.

La mujer maorí asintió.

—Pero tú y tus dos amigos sois bienvenidos —dijo a continuación, generosamente—. Nuestros hombres te han observado. Sabes

hacer un fuego y pescar. Dejas a tus espaldas la tierra como te la encontraste. Si tus amigos prometen hacer lo mismo, viviremos juntos en paz. No tenéis que remover toda la tierra.

Lizzie se humedeció los labios antes de emprender un nuevo intento.

—Todo... todo sería más fácil si supiésemos dónde cavar.

Las mujeres volvieron a reír.

—¡Eres lista, *pakeha wahine*!  
—intervino una anciana. Durante el *powhiri* había gritado el *karanga*,

un grito que establecía la unión espiritual entre la tribu y el visitante. Con toda certeza era la *tohunga* de la tribu—. Quieres que te guiemos a la materia dorada que tanto apreciáis. Pero ¿qué garantía tenemos de que no cogerás más del que necesitas?

Lizzie suspiró.

—Desde el punto de vista *pakeha* nunca se tiene oro suficiente —admitió—. Pero nosotros somos tres, en realidad dos, solo Michael y yo, Chris está demasiado débil para subir a la

montaña... No podríamos coger mucho.

—Eso es lo que tú dices —replicó la hermana del jefe—. Pero ¿puedes hablar por el hombre? ¿Es tu hombre?

Lizzie se encogió de hombros. De nuevo esa pregunta para la que no había una respuesta clara.

—No lo poseo —respondió con cautela—. No estoy casada con él. Aunque yo... bueno, ya he dormido con él en la casa de las asambleas. Bueno, en un barco, quiero decir. Había muchos testigos que nos

vieron juntos. Pero luego... es difícil de explicar.

Las últimas palabras exponían toda su tristeza. No podía expresar ni en inglés ni en maorí lo que la preocupaba, pero la anciana *tohunga* la miró compasiva. Lizzie tuvo la impresión de que su mirada le llegaba hasta el centro del corazón.

—Vuestros espíritus confían el uno en el otro —dijo lacónica—. Pero no es fácil, tienes razón. Aunque... —La *tohunga* se volvió hacia la tribu—. Él no la engañará.

Eso se volvería en su contra y lo sabe. Tiene que saberlo. Y la mujer tampoco nos engañará. Nos lo jurará. Por los dioses, cuya ayuda necesita.

—Ella no cree en nuestros dioses —señaló la hermana del jefe.

La sacerdotisa hizo un gesto de impotencia.

—Pero los dioses creen en ella. Está unida a nosotros.

—Puedo jurarlo por mi Dios —dijo Lizzie—. O por este. —Se sacó de debajo del cuello del

vestido su *hei-tiki*, un pequeño colgante de jade que le había regalado un día su amiga Ruiha. Lo llevaba colgado de un cordón de piel—. Cuando queráis.

La *tohunga* asintió y la hermana del jefe se volvió a su hermano. En la tribu se hablaba mucho y demasiado deprisa para que Lizzie entendiera todo, pero creyó comprender que la mayoría de las mujeres la apoyaban. Un par de hombres ponían objeciones. La anciana *tohunga* escuchaba a todos con serenidad. Para ella, la

sentencia ya se había pronunciado.

—Mi nieta te enseñará mañana el arroyo —dijo antes de levantarse.

El jefe asintió de mala gana y se dirigió a su vez ceremoniosamente hacia Lizzie.

—Nos has traído regalos, y la tradición, *tikanga*, ordena que nosotros también te demos algo.

La sacerdotisa, que ya se iba, se volvió otra vez y sacudió la cabeza.

—*Tikanga* —repitió lentamente — ordena que te obsequiemos con algo de valor. El oro no tiene valor,

hija mía, solo la tierra en que se encuentra. Espera... —Entró en una de las chozas, construidas con tan poco ornato como las cabañas de los buscadores de oro. Cuando salió, llevaba una maza de guerra de jade pounami y se la tendió a Lizzie—. Mi abuela defendió con ella la tierra. Ahora esa tarea está en tus manos.

Lizzie dio las gracias desconcertada. La maza estaba laboriosamente adornada con unas maravillosas tallas. Era valiosa, y no solo para los maoríes.

El obsequio de la *tohunga* disolvió la breve tensión entre la tribu y la visitante. En el ínterin, la comida ya estaba lista y las mujeres la sirvieron. Lizzie había llevado whisky, que gustaba a los maoríes. La botella enseguida empezó a circular, cantaron y las *tohunga* empezaron a contar en *whaikorero*, el hermoso arte del recitado, extrañas historias del pasado de Aotearoa que Lizzie no entendía del todo, aunque le resultaban familiares.

Durmió con otros en la casa de

las asambleas, lo que consideró un honor, y al día siguiente preparó pan ácimo con las mujeres. Luego la nieta de la *tohunga*, una niña seria llamada Aputa, la condujo a una cascada próxima. Desembocaba en una especie de lago del que el agua fluía en un brioso arroyo.

—El agua arrastra las piedras amarillas de la montaña —explicó la niña en un inglés fluido y trepó por el talud para llegar al arroyo que alimentaba la cascada—. Lo puedes coger en cedazos, como los

hombres del campamento. Pero también puedes cavar. Aquí...

Señaló un lugar poco profundo a un lado de arroyo y cogió una piedra grande. Entonces murmuró algo para sí, posiblemente una disculpa dirigida a los espíritus del arroyo por haber turbado su paz, y apartó a un lado la arena y la gravilla. Era fácil, Lizzie supuso que allí debían de cavar a menudo. Era de suponer que justo en ese lugar nacía la riqueza de aquella tribu.

—¿Tienes una escudilla? —

preguntó la niña.

Lizzie negó con la cabeza. Aputa sacó un plato de hojalata que había ocultado en los pliegues de su ropa. Llevaba un sencillo vestido *pakeha*, sin adornos, pero más cálido que la indumentaria tradicional de los maoríes. Se había recogido y anudado la falda antes de meterse en el agua.

Sostuvo el plato en el agua y recogió algo de tierra. Agitó el recipiente un poco y retiró agua y arena, sin demasiada habilidad; los buscadores de oro del campamento

lo hacían con mucha más destreza, ¡aunque con menos éxito! Lizzie no dio crédito a sus ojos cuando miró el fondo del plato.

—¡Ahí lo tienes! —la animó la niña—. ¿Quieres más?

En menos de una hora, el tiempo que a Lizzie le pareció más o menos correcto permanecer lejos del poblado, las dos sacaron unas dos onzas de oro: las ganancias, por lo general, de más de un mes de trabajo de un buscador de oro en el río Tuapeka.

—¡Tiene un brillo bonito! —

dijo la pequeña, complacida, cuando Lizzie metió en una bolsa lo obtenido—. ¿Qué se hace con esto?

Lizzie le sonrió

—Cosas distintas —respondió—. Pero con este oro te haremos hacer un colgante. Te dará suerte, como a mí me la ha dado el *heiti-tiki*.

Lizzie se despidió de la tribu con una ceremonia casi tan formal como la de bienvenida. Prometió volver pronto y traer a Michael.

—¡Podrás dormir con él en la

casa de las asambleas! —dijo con una risita Aputa. Después de haber lavado oro con Lizzie se mostraba más extrovertida—. Entonces será de verdad tu esposo.

La extraña relación entre Lizzie y Michael parecía el tema preferido de toda la gente que estaba cerca de ellos. La joven suspiró. Algo que tenían en común los maoríes y los *pakeha*.

Para no romper su promesa — no quería decepcionar a Aputa y cambiar por dinero el oro que había

obtenido con ella antes de hacerle un colgante—, Lizzie regresó al yacimiento de oro antes de dirigir el caballo a su cabaña. Había memorizado la ubicación y el aspecto del lugar, lo que no era difícil. Se trataba de un rincón hermoso: la cascada con el lago, en cuya orilla se alzaban hacia el cielo cinco rocas altas y puntiagudas, una extraña formación. Según Aputa, en una ocasión los semidioses habían lanzado allí sus lanzas durante una pelea. Solo una acertó y dejó la cavidad que había debajo de la

cascada. Los lanzamientos fallidos de los otros habían tomado la forma de agujas rocosas.

Lizzie calculó que había sacado del arroyo siete onzas de oro, tanto como había llevado Gabriel Read la primera vez a Dunedin desde los yacimientos del río Tuapeka. Con ese dinero, Chris podía pagar el viaje de su esposa, y para cuando Ann Timlock llegara seguro que tenían dinero suficiente para poner un negocio. Lizzie pensaba en una ferretería o una tienda de alimentación, tal vez también de

materiales de construcción o pinturas, a ser posible en Dunedin u otro lugar donde el clima fuese mejor. Chris seguramente habría preferido tener una granja que una tienda, pero Lizzie lo desestimó. No creía que reuniera fuerzas suficientes para ello y, seguramente, Ann no iba a abandonar Gales para matarse trabajando en Nueva Zelanda. Lizzie esperaba que fuera una mujer de negocios más o menos buena. Se alegró al imaginar la alegría y sorpresa de los hombres ante la perspectiva de conocer a

Ann Timlock. ¡A lo mejor se hacían amigas! Después de dejar el lecho del arroyo tal como lo había encontrado, rezó una sincera oración a los espíritus del arroyo. Puede que eso no fuera grato a Dios, pero Lizzie creía que esos días los dioses maoríes habían hecho más por ella que la Santísima Trinidad en los últimos treinta años.

## 8

Michael Drury tropezó en la sucursal del Dunloe Bank con Ian Coltrane.

Lizzie todavía estaba de visita en el poblado de sus amigos maoríes y Chris no debería haberse quedado solo. Pero esas últimas semanas cada día se sentía mejor y había animado a Michael a que fuera a caballo a Tuapeka para

comprar provisiones y cambiar por dinero sus escasos hallazgos de oro. El banco era su última parada y lo primero que le llamó la atención fue un adolescente rubio, que sostenía un mulo enganchado a un carro delante del banco. El muchacho le resultó familiar, le recordó los rostros infantiles de Irlanda. ¿A los cinco hermanos de Kathleen? ¿A los suyos? El muchacho hizo una mueca impertinente cuando vio que Michael lo observaba.

Michael apartó la vista, entró

en el banco y de repente se encontró ¡frente a Ian Coltrane! El tratante de caballos estaba más gordo que antes, hinchado y rubicundo, pero Michael lo reconoció al instante. Algo en su actitud, algo acechante en los rasgos de su rostro, tal vez el parecido con su padre. Ian Coltrane era inconfundible.

Tampoco hubo la menor vacilación en Ian, menos todavía porque Michael apenas había cambiado. Coltrane se lo quedó mirando estupefacto, pero luego

apareció en su rostro una sonrisa de superioridad. ¡La misma que la del chico que estaba frente a la puerta! Michael notó que se le encogía el corazón.

—¿Coltrane? —preguntó con voz ronca.

Ian sonrió burlón. Por lo visto, se había repuesto más rápidamente.

—Mira quién está aquí. ¡El hijo pródigo! ¿No te habían llevado encadenado al otro lado del mundo?

Michael intentó dominarse.

—¡Este es el otro lado del

mundo! —contestó—. Y en cuanto a las cadenas, se pueden abrir. Pero tú... El padre O'Brien me dijo que tú... tú y Kathleen... estabais en Nueva York.

Ian Coltrane soltó una sonora carcajada.

—¿Eso dijo el bueno del padre? Pues en algún momento tendrá que enfrentarse a Dios con una mentira en su conciencia. Es posible que lo encontremos en el infierno.

Michael apretó los puños. No sabía quién le provocaba furor, si

el viejo sacerdote o Coltrane, que al menos no era responsable de que O'Brien hubiese mentido. En realidad no había ninguna razón para enfadarse con Coltrane.

Trató de vencer los celos y el impulso de darle un puñetazo al socarrón de Ian. Tenía que hablar con él. Tenía que saber si Kathleen... ¡Oh, Dios, quizás estuviera en Tuapeka! Cada vez eran más las mujeres que acompañaban a sus maridos a los yacimientos de oro. Sentía calor y frío de modo alterno, su corazón

latía desbocado. Tenía que tranquilizarse.

Tan relajado como le fue posible, señaló con el mentón fuera del banco.

—¿Es... mi hijo? —preguntó.

Coltrane negó con la cabeza, todavía con una sonrisa altanera.

—¡Oh, no, señor Drury, ese es el mío! Y lo sé seguro, no quité los ojos de encima a la querida Mary Kathleen después de que se vaciara y estuviese lista para mí.

Michael se mordió el labio y luchó una vez más contra la cólera

que le invadía. Pero ¿cómo hablaba así de su esposa? ¿Cómo hablaba de Mary Kathleen? Sin embargo, Michael se sintió casi aliviado. El muchacho no le había gustado, aunque tuviese los rasgos de ella.

—¿Y dónde está ahora? —se le escapó—. ¿Dónde está mi... dónde está... el otro?

Ian se puso serio y su expresión se ensombreció, sobrecogiendo a Michael, dejando entrever su maldad. Reflexionaba febrilmente. ¿Tenía que confesar que lo habían humillado? ¿Admitir que Kathleen

lo había abandonado?  
¿Posiblemente para salir en busca  
de ese hombre a quien siempre  
había amado? Y tal vez hasta había  
estado cerca de él, pues aquel  
reverendo montaba su mula... ¿La  
había comprado realmente en  
Christchurch? Ian tomó aire.

—Kathleen ha muerto —dijo—.  
Murió al nacer Colin. —Señaló al  
chico que estaba fuera—. Antes, tu  
bastardo casi la mató, no estaba  
hecha para tener hijos. Demasiado  
débil, demasiado delicada. Así que  
el primero llegó muerto al mundo.

No era de buena casta, Drury. Pero ¡el mío es un buen mozo! —Ian volvió a reír—. ¡No te lo tomes a mal, hombre! —Se dio media vuelta para marcharse.

Michael se quedó petrificado. ¿Kathleen muerta? ¿Kathleen y su hijo? Todos aquellos sueños, todos aquellos años... Eso explicaba por qué el padre O'Brien no le había enviado más novedades acerca de ella. Probablemente el sacerdote no había querido engañarle. Algo habría entendido mal y no mantenía contacto con los Coltrane. Kathleen

había muerto y seguro que Ian no escribía cartas. Michael se sentía mareado. Sin contar el dinero, salió del banco muy despacio, no quería volver a encontrarse con Coltrane y su hijo. El hijo de Kathleen y Ian, pero su propio hijo estaba muerto.

Las ideas le daban vueltas en la cabeza. Mientras cruzaba la pequeña localidad en expansión, mantenía la vista fija. Por toda Tuapeka se construían edificios. Nada sólido, solo casas de madera, pero había aparecido una primera calle con tiendas, bancos, correo y

el inevitable hotel por horas pegado al pub.

Michael no contestaba a los saludos que le dirigían los conocidos. Kathleen estaba muerta... Kathleen estaba muerta... No podía creerlo. ¡Era demasiado!

Respiró aliviado cuando dejó Tuapeka y llegó al río. Pero tampoco quería ver a Chris en ese momento. Subió pendiente arriba y se sentó en una piedra a la orilla del río. La pequeña playa junto al río Vartry, los sauces cuyas ramas besaban el agua... Michael se

despidió de su amada, su hijo y su sueño.

Dos días más tarde, Lizzie regresó.

—¡Qué caras tenéis! —exclamó complacida cuando encontró a los hombres sentados junto al fuego.

Chris tallaba una cuchara de madera. Antes había estado trabajando en un caballito. De vez en cuando vendía juguetes en Tuapeka, donde el número de niños aumentaba y también el de padres que podían permitirse un pequeño

lujo para ellos. Esos últimos días, sin embargo, Michael le había pedido con cierta aspereza que quitase de en medio el caballo balancín en cuanto llegase a casa. No podía ver juguetes, ni siquiera quería pensar en niños.

Chris lo entendía. También a él el caballito le recordaba uno parecido que había tallado para sus hijos en Gales. Últimamente, los dos hombres se lamentaban por todo lo perdido, aunque para Michael siempre era más fácil distraerse. Trabajaba de la mañana

a la noche y se esforzaba por llevar a casa oro del arroyo, aunque fuera un poco. También ese día había estado fuera hasta mediodía, pero llovía tanto que desistió. Ahora intentaba entrar en calor junto al fuego.

Lizzie parecía contenta. Su mera presencia iluminaba la cabaña. Resplandecía cuando sacó una bola de tela y un objeto de jade del bolsillo de su empapado abrigo. Luego se quitó la prenda y se acercó al fuego. Estaba aterida tras la cabalgada. Cuando vio los

rostros de los hombres, se puso alerta. Michael estaba inclinado y con cara abatida delante de la chimenea.

—¿Tenéis por casualidad un whisky para mí? —preguntó en medio del melancólico silencio. Los hombres no habían conseguido pronunciar más que un breve saludo —. ¡En realidad necesitaríamos champán! ¿Qué os pasa? ¿Michael, Chris? ¿No os alegráis de que haya vuelto? ¿Ha ocurrido algo? Da igual, dentro de poco os vais a quedar pasmados. —Lizzie cogió la

bolsa de la mesa y se acuclilló entre los dos hombres—. Ya podéis respirar hondo —les dijo complacida—. Un momento... ¡cerrad los ojos! —Resplandecía como si estuviese encendiendo las velas de Navidad.

—Lizzie, déjate de juegos. — La voz de Michael sonó tristísima.

La preocupación de la joven aumentó. Pero era su gran momento, los hombres tenían que recuperar los ánimos.

—Bien, entonces corres el riesgo de quedarte deslumbrado.

Tomó dulcemente la mano de Michael, la abrió y colocó en su interior algo de polvo dorado. Luego repitió lo mismo con Chris.

A este se le dilataron las pupilas. No daba crédito a lo que estaba viendo.

—Pero... pero Lizzie, ¡es oro!  
Ella rio.

—¡Ni más ni menos! Unas nueve onzas. Pero dos no son nuestras, ya os lo contaré más tarde. Lo importante es lo que sigue: lo he obtenido en un día. Sin esfuerzo, ni siquiera tuve que madrugar. Y

podemos obtener cien onzas, calculo, sin destruir nada. Solo debemos guardar el secreto, se lo he prometido a los ngai tahu.

Michael miraba absorto el oro que tenía en la mano. Era rico. Ahora por fin era rico. Pero también estaba solo. O... ¿libre? Sintió que la mirada de Lizzie se posaba en él, se sobrepuso y la miró a los ojos. Lizzie. Estaba bonita con esa alegría que compartía de buen grado con los demás.

—En cualquier caso, este oro

es para ti, Chris —anunció contenta—. Mañana puedes venderlo y enviar telegráficamente el dinero a Ann. Debería bastar para pagar la travesía. ¡Y hasta que llegue, ya habremos obtenido más, mucho más! ¡Michael, tendremos nuestra granja! ¡Con doncellas y casa señorial y todo lo que nos apetezca!

Michael se sintió más reconfortado con la sonrisa de la joven que con el fuego de la chimenea. De repente se percató de que su tristeza se desvanecía. Kathleen y el niño eran el pasado.

Pero Lizzie estaba ahí. Animosa, emprendedora, llena de vida y empeñada en hacerlo feliz. Hasta el momento él le había dado demasiado poco. Se había comportado como un insensato, cautivo de un sueño irreal.

Volvió a dejar el oro con cuidado en la bolsita. Se puso en pie y estrechó a Lizzie entre sus brazos. Por primera vez ella no reuló, como si sintiera que algo había cambiado.

—Chris... —dijo Michael con voz ronca y estudió con la mirada a

su amigo. Sí, tenía buen aspecto. Lo conseguiría—. Tal vez... tal vez deberías ir ahora a la ciudad y cambiar el oro. Podrías... podrías traer champán para Lizzie y...

Chris miró a Michael y luego a Lizzie y entendió. También él se sentía capaz de realizar el trayecto a caballo.

—Seguro que no es bueno guardar tanto dinero en casa — observó—. Y aún menos teniendo en cuenta que ninguno de los dos maneja bien las armas de fuego. Además, ha dejado de llover.

Lizzie y Michael no hicieron caso de Chris mientras él reunía sus prendas de más abrigo, cogía el saquito de la mesa y lo metía con cuidado en su bolsa.

—A lo mejor me tomo un trago en la ciudad —anunció con una sonrisa.

Lizzie y Michael asintieron.

—Y lleva dos onzas al orfebre —dijo Lizzie—. Que haga un bonito colgante con él. A lo mejor una luna y estrellas. Algo que pueda gustar a una niña maorí.

Cuando Chris se hubo

marchado, Lizzie dejó que Michael la besara, y él lo hizo con ternura y pasión. Por primera vez tuvo la sensación de que él realmente pensaba en ella. No se trataba de deseo, tampoco de tener a una sustituta de Mary Kathleen. ¡Esta vez Michael acariciaba a Lizzie Owens! También cuando la tomó entre sus brazos fue distinto a lo ocurrido en el barco. Por unos segundos, Lizzie se entregó a su felicidad, pero luego volvieron a asaltarla las dudas. ¿Qué había sucedido? ¿Era ella quien había

cambiado o él? ¿Se debía eso a que los dioses creían en ella? O era que...

—Michael —dijo en voz baja, desprendiéndose de su abrazo—. ¿Qué pasa? Algo ha cambiado. Tú... ¿Es por el oro?

Él negó vehementemente con la cabeza. Se sentía conmovido de la delicada sensibilidad con que ella reaccionaba a cada matiz de sus caricias.

—No tiene nada que ver con el oro. Es solo que he tomado una decisión. Demasiado tarde, me

temo. Tendría que habértelo preguntado mucho tiempo antes.

—¿Preguntar el qué? —quiso saber la joven.

Michael respiró hondo. Y de repente le resultó sencillo, increíblemente sencillo:

—Si quieres casarte conmigo. Yo... yo te amo, Lizzie. Desde hace mucho tiempo.

Ella lo miró pensativa.

—Hasta ahora lo has manifestado de una forma bien rara —protestó—. Al principio solo era para ti una puta, luego una sustituta

de la novia que perdiste en Irlanda... y de repente caes en la cuenta de que no solo soy una persona, sino también la mujer que amas. Y da la casualidad de que esto sucede justo cuando regreso con siete onzas de oro. Comprenderás que desconfíe un poco...

Michael suspiró.

—No tiene nada que ver con el oro —insistió él—. Te lo juro.

—No necesitas jurar, Michael Drury —respondió Lizzie, intentando dar firmeza a su voz—.

Solo tienes que decirme una cosa: si me caso contigo, ¿tengo que esperar a que durante la ceremonia me llames Mary Kathleen?

Michael apoyó la cabeza en el hombro de ella. Le costaba un gran esfuerzo mirarla a los ojos.

—Kathleen... ha muerto —  
musitó.

Lizzie volvió a ser una amiga y una madre cuando él lloró. Más tarde, por la noche, sería su amante. Y el nombre que pronunció en el punto más alto del placer no fue el de Mary Kathleen ni tampoco el de

la que fuera antes una prostituta. Michael la llamó con el nombre de una reina: Elizabeth.

Hacía meses que Chris Timlock no estaba tan contento como ese día, cuando a lomos del caballo blanco de Michael se dirigió hacia Tuapeka. Hasta esa tarde nunca había creído que iba a hacerse rico buscando oro. De la concesión no salía nada, y encima su larga enfermedad... Chris ya se había preparado para morir en la pequeña ciudad de los buscadores de oro.

Y ahora esa fortuna inesperada que Lizzie no solo estaba dispuesta a repartir con él, sino que le entregaba generosamente. ¡Ann vendría, volverían a estar unidos y volvería a ver a los niños! Si hubiese tenido fuerzas, se habría puesto a cantar, pero necesitaba toda su energía para guiar al brioso caballo. Este hacía escarceos cuando pasó por la calle principal de Tuapeka. ¡Primero tenía que ir a la tienda del orfebre! Había sido un encargo especial de Lizzie. Chris lo solucionaría antes de nada.

El orfebre, Thomas Winslow, un hombre flaco y nervudo, era propietario de una pequeña joyería contigua al banco. No tenía muchos clientes, pues la mayoría de los buscadores de oro cambiaban sus pepitas en dinero y apenas reunían lo suficiente para vivir. Pese a ello, a veces alguien hacía un buen hallazgo y entonces destinaba una onza de oro a hacer un anillo para una de las chicas del pub o de Janey's Dollhouse. También los empleados del banco, los comerciantes y trabajadores que se

iban instalando en Tuapeka adquirirían alguna vez un adorno para sus esposas. Thomas Winslow podría haber vivido bien de ello si no le hubiese gustado tanto el whisky. Casi cada noche se emborrachaba en un pub. Y para permitirse de vez en cuando una mujer, los fines de semana lavaba oro y soñaba con un gran hallazgo.

Por supuesto, enseguida se puso alerta cuando Chris Timlock depositó dos onzas de oro sobre la mesa. Miró con codicia las finas laminillas de oro.

Chris le sonrió sin malicia.

—¿Podría hacerme un colgante con esto? Una luna con dos estrellas alrededor... o una constelación. Sí, eso estaría bien, las Pléyades. Y una cadena si es que alcanza.

Winslow le aseguró diligente que tenía de sobra y trató de averiguar en qué lugar había encontrado el preciado metal.

Chris se contuvo.

—Mi socio tiene fe ciega en nuestra concesión —dijo esquivando la respuesta—. Pero a

lo mejor solo ha sido cuestión de suerte... ¿Cuándo podemos venir a recoger el encargo? ¿La semana próxima?

Winslow asintió servil, pero agitó la cabeza cuando cerró la tienda detrás de Timlock. ¿Suerte? ¿Un único e importante hallazgo y lo dedicaba a una joya en lugar de llevarlo al banco? Seguro que había hombres capaces de tomar una decisión así, pero no creía que Timlock y Drury fueran de esos.

La oficina de correos y

telégrafos ya estaba cerrada, pero de todos modos Chris tenía que cambiar el oro por dinero antes de poder dar instrucciones a Ann. Y el banco, por suerte, todavía estaba abierto. Muchos buscadores llevaban allí sus ganancias diarias, en el campamento eran frecuentes los robos. Esa era la razón por la que el señor Ruland, el encargado del banco, lo mantenía abierto hasta el anochecer, y Chris consiguió ingresar su pequeña fortuna en su cuenta. Fue inevitable que algunos hombres vieran la bolsita y su

reluciente contenido.

—¿Cuánto cambias, Timlock?  
¿Siete onzas y media? —El hombre que estaba detrás de Chris había visto la balanza.

Chris se sintió molesto.

—El resultado de un par de semanas —explicó, tras lo cual el señor Ruland lo miró sorprendido.

Dos días antes, Michael había pasado por el banco para cambiar oro, aunque se había marchado sin concluir. El encargado no dijo nada, era capaz de guardar un secreto. Y sin duda fue acertado

que Chris Timlock enseguida se guardase el dinero en lugar de contarlo. En los ojos de los hombres que estaban detrás de él asomaba la codicia. En especial, Coltrane, el tratante de caballos, observaba a Timlock con un interés inusual. El señor Ruland se estremeció. No soportaba a ese chalán, la semana anterior le había vendido un caballo blanco que a los tres días había empezado a cojear. Pese a ello, siguió comportándose con amabilidad y atendió a Coltrane, mientras Timlock salía.

Chris celebró su suerte con un par de cervezas en uno de los nuevos pubs situado en una casa de verdad y no en una tienda de campaña. Distraído, miraba a dos muchachas que ejecutaban unas atrevidas danzas para entretener a los clientes, pero no entabló conversación en la barra con ninguna de las mujeres. También respondía con monosílabos a las preguntas de otros buscadores de oro, pese a que eran afables en general. Todavía no se había propagado la historia de su

repentina fortuna. Hasta el momento no había nadie que mostrase una especial curiosidad en relación al yacimiento de oro de Chris y Michael. Los *diggers* solo se alegraban de volver a verlo en el pub tras su larga enfermedad.

Menos dos hombres, pero no estaban con Chris en la barra, sino que compartían una botella de whisky en una mesa frente al escenario. Thomas Winslow e Ian Coltrane se habían encontrado por casualidad. No eran amigos, pero hacía un tiempo que Coltrane

intentaba convencer a Winslow de que necesitaba un mulo para llevar las herramientas de la tienda al yacimiento. Naturalmente, él tenía al animal adecuado para ello, pero, por el momento, Winslow no mordía el anzuelo. No nadaba precisamente en la riqueza y podía llevar él mismo la pala. Ese día, sin embargo, los dos hombres habían hecho unas interesantes observaciones que compartían en ese momento. Lanzaban de vez en cuando unas atentas miradas a Chris Timlock, en la barra.

—¡Un colgante de dos onzas de oro! —le decía por lo bajo Winslow a Coltrane—. Y ¿cuánto dices que ha cambiado?

—¡Siete onzas y media! Una fortuna. Tal vez lo de su enfermedad era mentira. A lo mejor ha estado todas estas semanas en la montaña para explorar nuevos yacimientos. —Ian Coltrane volvió a llenarse el vaso.

Winslow brindó con él.

—No creo. Míralo, está tan delgado que un soplo de aire lo tiraría al suelo y antes, en la tienda,

ha tosido. Tampoco estaba de viaje, pues de vez en cuando asistía a la misa del reverendo. —También Winslow pertenecía a la congregación de Peter Burton, incluso iba a misa cuando se arrepentía de sus rondas por las tabernas—. Y se le veía claramente enfermo, no se podía levantar si no lo ayudaban su socio y esa Lizzie. ¿Y tú qué crees de esa? ¿Tendrá un lío con uno o con los dos?

A Coltrane ese asunto le resultaba indiferente. Volvió a posar sus ojos negros y despiertos

sobre Timlock, como si a través de una sonrisa o un gesto pudiese descubrir algo. Una cosa era segura: el hombre estaba contento y en paz consigo mismo. No expresaba a veces la suerte que había tenido, como muchos buscadores con éxito, pero parecía irradiar un resplandor interior.

—Deberíamos esperar a que esté borracho y luego preguntarle —sugirió Winslow—. Bueno, preguntarle por el oro, no por Lizzie, aunque sea una muchachita muy apetecible.

Coltrane sacudió la cabeza. Hacía tiempo que había desechado esa idea. Chris Timlock estaba bebiendo su segunda cerveza. No era del tipo de hombre que se emborracha y luego se pone a airear secretos. Probablemente bebería uno o dos vasos más y luego se marcharía, mucho antes de que Winslow levantara el trasero. No, si uno quería sonsacar algo a Timlock, tenía que recurrir a métodos más drásticos.

—Sí, habría que preguntarle —observó Coltrane—. Pero no aquí,

delante de testigos. Le esperamos detrás del burdel de Janey y le hacemos un pequeño interrogatorio.

—Un... ¿un interrogatorio? — preguntó Winslow sin entender.

Había bebido más de tres whiskies y cada vez estaba más espeso. En primer lugar de mente, lo que no importaba mucho. Pero si lo de Timlock se alargaba demasiado, tampoco sería capaz físicamente de llevar a término el plan de Coltrane.

—Exacto, amigo mío. Ya sabes, un interrogatorio de tercer grado.

—Y dirigió una sonrisa cómplice a Winslow.

El orfebre frunció el ceño y tomó otro trago de whisky.

—Pero eso... eso no está bien —replicó.

Coltrane puso los ojos en blanco.

—Qué pasa, ¿quieres ser amable o quieres ser rico? —preguntó—. Y, además, al principio le preguntaremos amablemente. Somos colegas, hombre, entre nosotros no hay secretos.

—Pero si es su concesión...

—¿Qué te apuestas que no tienen ninguna concesión registrada? Además, ¿quién quiere su concesión? Podríamos instalarnos al lado. Venga, Winslow, en Gabriel's Gully el único que se hizo rico fue Gabriel Read.

Coltrane estaba decidido. Chris Timlock le contaría esa noche dónde había encontrado el oro, voluntariamente o con ayuda de unos buenos golpes. Y Winslow colaboraría sí o sí... En ese momento Timlock se levantó y

arrojó un par de monedas en el mostrador. Coltrane dio un empujón a su compañero de tragos.

—Se marcha. Ven, ¡vamos a seguirlo!

—No sabes adónde va. — Winslow dudaba, a fin de cuentas, todavía quedaba whisky en la botella.

—Claro que lo sé. Ha dejado el caballo de Drury en el establo de MacLeod. Por la lluvia: tiene buen corazón, así el jamelgo no se moja. Ahora tiene que ir a pie hasta allí y pasará por el local de Janey. —

Coltrane sacó un billete del bolsillo, hizo un gesto al tabernero de que se quedara con la vuelta y arrastró a Winslow fuera del pub.

—A lo mejor entra en el burdel —señaló el joyero.

Coltrane se encogió de hombros. No había pensado en ello, pero no había que excluir esa posibilidad, claro.

—Entonces esperaremos a que vuelva a salir.

Seguido por el reticente Winslow, Ian fue tras las huellas de Timlock. El recorrido no ofreció

sorpresas. Chris Timlock no entró en el burdel y se dirigió al establo de alquiler.

Coltrane y Winslow lo detuvieron detrás de la casa de lenocinio.

—¡Buenas noches, Timlock! — lo saludó Coltrane.

Chris lo miró. No conocía a ese hombre, pero estaba con Tom Winslow, quien debía de haberle dicho su nombre.

—Buenas noches. Tom...

Winslow le sonrió.

—Hola, Timlock. Qué,

¿celebrándolo un poco?

Chris hizo un gesto de indiferencia.

—He bebido un par de cervezas. ¿Qué hay que celebrar?

—Por ejemplo, que has encontrado oro —respondió Winslow—. Gastarse dos onzas en un adorno para tu chica es exagerado, amigo.

Chris hizo un gesto de rechazo.

—No es para mi chica. Es para una amiga de miss Lizzie. Y ha estado ahorrando un montón para hacerlo.

Winslow y Coltrane rieron. Se acercaron más a Chris. El joven empezó a sentirse incómodo.

—Así que Lizzie ha ahorrado —se burló Coltrane—. ¿Y las siete onzas y media que has ingresado? ¿De dónde han salido?

Chris miró alrededor inquieto.

—Ya lo he dicho. Es el resultado de semanas de trabajo.

En un abrir y cerrar de ojos, Coltrane se le puso al lado y le retorció un brazo a la espalda.

—No mientas, hombre, dos días atrás vi a tu socio en el banco. Así

que habla: ¿de dónde has sacado el oro?

Chris jadeaba intentando tomar aire y se retorció.

—Era mío, yo lo encontré. A lo largo de estas últimas semanas. Ya os lo he dicho.

—Estas últimas semanas has estado enfermo y en cama. —El puño de Ian le golpeó en los riñones. Chris lanzó un gemido y se dobló, lo que intensificó el dolor del hombro—. Y si no empiezas a hablar pronto, también pasarás ahí las semanas que vienen. ¡Habla!

—Estoy... estoy hablando... Es la verdad...

Coltrane suspiró, como si lamentara lo que iba a hacer.

—Cógelo tú, Winslow —ordenó—. Hablar sin mirarse a los ojos no es signo de buena educación.

Chris intentó aprovechar su última oportunidad para librarse cuando Coltrane lo entregó a Winslow, a ojos vistas borracho. Se le quedó el brazo libre, pero no tenía fuerza suficiente para golpear. Coltrane le hizo la zancadilla

cuando intentó escapar. Chris se cayó y Coltrane le golpeó de nuevo en los riñones antes de que Winslow lo levantara.

—¿Todavía no tienes suficiente? Venga, desgraciado, dínos de dónde sale el oro y te dejaremos ir.

—Vamos, Timlock —intervino Winslow—. No perderás nada. ¡Seguro que hay oro para cien hombres!

Chris no desembuchó ni siquiera cuando el puño de Coltrane le alcanzó en plena cara.

—No... no tengo nada que decir.

Chris trataba de conservar el valor, pero el brazo le dolía. Cuando Winslow lo había levantado debía de habérselo dislocado. El otro seguía golpeándolo, notaba el sabor de la sangre. Tenía el labio partido.

—Ya lo creo que tienes algo que decir. Tan solo un pequeño dato, Timlock. ¿De dónde has sacado el oro?

El siguiente puñetazo le alcanzó en el estómago. Su torturador era

pesado y gordo, parecía imposible que fuese un buen luchador, pero tenía puños de hierro. Chris se quedó doblado. Intentó controlarse, pero tuvo que vomitar. Mientras Winslow lo sujetaba por el brazo retorcido. Chris gimió cuando de nuevo tiró de él para erguirlo.

—Y encima te has ensuciado — dijo Coltrane con tono quejumbroso —. Incluso a mí. —Asqueado, miró un par de salpicaduras de vómito en las botas—. Tendrías que limpiarlo.

Winslow empujó a Timlock hacia el suelo.

—¡Venga, limpia tu mierda!

Chris intentó torpemente limpiar las salpicaduras con la mano izquierda.

—¡Vale, suéltalo! ¿De dónde has sacado el oro?

—No lo sé —gimió Chris.

—¿No quieres decirlo o no lo sabes? ¿Cayó del cielo? ¿Como en el cuento en que el dinero llueve del cielo?

—Ha encargado una constelación —observó Winslow.

Volvió a enderezar a Chris y Coltrane lo golpeó de nuevo. El

joven callaba obstinado. Entonces el tratante de caballos le rompió la nariz.

—Juro que no sé... —gimió Chris.

—¿Y si es cierto que no lo sabe?

A Tom Winslow el asunto estaba empezando a no gustarle. No tenía nada contra un par de mamporros, pero eso estaba yendo demasiado lejos. Coltrane ya había dejado a Chris lo suficientemente maltrecho, había llegado el momento de parar.

—¿Y si sí lo sabe? Canta de una vez, hombre. ¡O te arrepentirás de verdad!

Chris colgaba sin fuerzas de Winslow. El siguiente golpe le dio en el ojo y le rompió el pómulo.

—Mi ojo... —Chris sintió que a su alrededor todo se oscurecía. El dolor era insoportable y tuvo la espantosa certeza de que había llegado su hora.

—Habla de una vez o te saco el otro ojo.

Winslow gimió y dejó caer lentamente a la víctima.

—¡Habla! ¡Y tú, agárralo!

—Lizzie... —susurró Chris. Su

última oportunidad era decir lo que sabía. Lizzie nunca le perdonaría... pero ya no podía más. Trató de articular lo que sabía, pero el dolor se lo impedía—. Lizzie... —repitió—. Ella...

—¿La puta tenía el oro? ¿Lo encontró ella?

Chris asintió con las pocas fuerzas que le quedaban. Entonces recibió otro puñetazo.

—¿De dónde lo sacó?

Chris ya no oía nada. Tampoco

sintió la lluvia de golpes y patadas que le cayó encima: Coltrane había perdido completamente el control. La información le había decepcionado. La única pista era esa Lizzie. Pero el maldito Chris no había dicho nada. Se había resistido. Tenía que pagar por ello... Winslow intentó apartar a Ian del hombre apaleado, que yacía en el suelo, pero borracho como estaba no le resultaba fácil.

Al final, mientras Ian jadeaba con dificultad, Tom Winslow examinó a Timlock.

—Todavía vive... —dijo con voz ronca—. ¡Gracias a Dios! Pero... pero ¡nos encerrarán por esto, Coltrane! Esto no ha sido una riña de taberna.

Coltrane volvió lentamente en sí. Dio media vuelta a Chris y le tomó el pulso.

—No vivirá mucho más —observó—. Será mejor que lo rematemos.

Levantó una piedra y apuntó a la sien de Timlock.

Winslow le sujetó el brazo.

—¿Estás loco? ¿Quieres

matarlo?

—¿Quieres ir a la cárcel? — replicó Coltrane—. Nos ha visto. Si sale de esta y habla, estamos perdidos.

—Pero... pero ¿matarlo? Inventemos una coartada...

Coltrane lo miró escéptico. No confiaba en ninguna coartada. Pero si acababa con Timlock, era posible que Winslow perdiera los nervios y se fuera de la lengua. No valía la pena correr ese riesgo, estaba seguro de que Timlock iba a morir. Prácticamente le había

incrustado los ojos en la cabeza y dejado sin unos cuantos dientes, los huesos de la cara debían de estar rotos y las últimas patadas le habrían fracturado las costillas. Moriría antes de que lo encontraran.

—De acuerdo —dijo—. Ve a casa, Tom. Lávate y haz tu petate. Mañana por la mañana nos vamos a casa de Drury y nos ponemos al acecho. Cuando esa Lizzie salga, la seguimos.

Winslow continuó mirando temeroso al herido.

—¿No deberíamos ir a buscar ayuda? Además, yo... yo no puedo marcharme. Eso llamaría la atención, si me voy en medio de la semana... ¡tengo una tienda!

Ian pensó unos segundos. Era cierto. Y después del incidente, todo el mundo se pondría alerta cuando alguien se comportara de modo extraño.

—Está bien, entonces tú te quedas aquí y yo iré solo —convino. Tal vez fuera mejor así, de todos modos. Winslow probablemente no diría nada,

aunque fuera por miedo. Pero no era seguro que ese viejo borrachuzo mantuviese en secreto el lugar del yacimiento—. Anda, vete corriendo. ¡Nadie tiene que encontrarnos aquí!

Coltrane se alejó con toda tranquilidad. Winslow todavía intentó colocar a Chris en una posición más cómoda. Rezaba por su vida mientras se dirigía a su tienda y no pudo reprimir el deseo de tomar otro whisky. Por fortuna el siguiente pub no estaba lejos. Winslow siguió emborrachándose

hasta que el bar cerró. Luego volvió al burdel de Janey. Chris no se había movido, pero gimió cuando Winslow lo tocó.

A este le remordía la conciencia con mayor intensidad cuanto más alcohol bebía. Al final se arrastró hasta Janey's Dollhouse.

—A la vuelta de la esquina...  
—balbuceó— hay un muerto.

## 9

Al no ver a Chris en su cama, Lizzie se inquietó.

Se había despertado felizmente junto a Michael y quería dejarlo dormir mientras encendía la chimenea y preparaba el té. Pero cuando vio la esterilla de Chris vacía, lo despertó.

Michael intentó volver a estrecharla y besarla.

—Acabo de soñar contigo —le susurró—. Pero en la realidad todavía eres más bonita. Ven, vamos a...

Lizzie se desprendió suavemente de él.

—Michael, Chris todavía no ha llegado. ¿Puede haberle pasado algo?

Él rio.

—¿Qué puede haberle pasado? Es posible que haya celebrado su suerte en compañía de una chica de Janey. O en el nuevo pub, que tiene hasta chinas.

Lizzie sacudió la cabeza.

—Michael, Chris no quiere chinas, quiere a su Ann. Temo que...

—¿Has mirado en el cobertizo del caballo? A lo mejor ha dormido allí por consideración hacia nosotros.

A Lizzie eso le pareció más probable. Salió un momento a mirar, pero no había ni rastro de Chris y el caballo blanco. Debía de haber pernoctado en otro lugar. Lizzie se tranquilizó un poco cuando regresó a la casa.

Michael estaba de un humor excelente.

—¿Quieres que pasemos el día en casa o prefieres ir a buscar oro? —preguntó.

Había servido el té que Lizzie había preparado y puso azúcar en abundancia en una taza para ella. Le gustaba el té dulce, y ahora ya no necesitaban ahorrar.

Lizzie echó un vistazo por la ventana.

—¡En un día tan resplandeciente no me llevarás a tu cama, Michael Drury! —Sonrió—.

Lavaremos un par de onzas de oro y luego podemos desplegar una manta junto al arroyo. —Le guiñó el ojo.

Michael apartó de su mente el recuerdo de los campos junto al río Vartry.

—Pero tendríamos que esperar a Chris —dijo.

Lizzie se rio con picardía.

—¡Querrás decir a tu caballo! —A Michael no le gustaba caminar y se enorgullecía del bonito caballo blanco.

Michael asintió.

—Me conoces demasiado bien,

Elizabeth Owens. Lo que no es conveniente en una mujer. Yo debería ser para ti un misterio y deberías pasar la vida investigándolo.

Lizzie soltó una risita.

—Serías el primer hombre que no lleva el misterio entre las piernas y lo enseña a toda aquella que deja que se le acerque. Y en cuanto al caballo, cualquiera puede ver que estás loco por él. ¡Me gustaría que los ojos te brillaran tanto cuando me miras a mí!

Michael la atrajo hacia sí.

—¡Eres incorregible! Una mujer decente no habla así. Una mujer decente se sonroja cuando habla de los secretos de un hombre.

Lizzie rio todavía más fuerte.

—Llevo más tiempo siendo decente que el que llevas tú siendo rico. Y ahora levántate para que nos pongamos a ganar dinero. En serio, Michael, no quiero esperar mucho. Los maoríes me han dado el permiso de mala gana para explotar ese yacimiento. Quién sabe si no cambiarán de opinión si sucede algo.

—¿Qué podría suceder? —  
preguntó Michael.

Lizzie hizo un gesto de  
ignorancia.

—Pelear entre maoríes y  
*pakeha*, por ejemplo. Aquí no se  
nota tanto, pero en la Isla Norte se  
está cocinando la discordia. Quién  
sabe qué harán los *ngai tahu* si  
estalla la guerra. Y también quiero  
terminar pronto. Bien mirado, fue  
un error enviar a Chris con el oro a  
la ciudad. Deberíamos haber  
cogido cada uno lo que  
necesitábamos y largarnos sin hacer

ruido. Es posible que en Dunedin se pague a mejor precio y, sobre todo, no se llama la atención.

Michael frunció el ceño.

—¿Crees que Chris puede haber tenido problemas? No es alguien a quien el alcohol le haga hablar, Lizzie. No concibo que te traicione.

La mujer sacudió la cabeza.

—Yo tampoco lo creo. Pero estoy inquieta... tampoco es de los que pasan la noche en la cama de una prostituta.

Michael se movió desazonado.

—¿No sería mejor ir a Tuapeka a comprobar en qué anda? — propuso.

Lizzie se encogió de hombros.

—Entonces perderemos todo un día. Escucha, ¿por qué no bajas tú y yo me voy para arriba? Como te dije ayer, no te costará encontrar el arroyo. Te lo explico otra vez: imagínate un triángulo, el poblado maorí junto al río, nuestra casa, el yacimiento de oro. Si desde aquí vas recto hacia el oeste, darás con el río. Lo remontas hasta una pequeña cascada. Encontré el oro

por encima de ella. Es posible que también caiga algo abajo, bastante probable. Pero yo cavaré donde los maoríes me lo permitieron, en ningún otro sitio más.

El nuevo yacimiento no estaba lejos de la cabaña de Michael, Chris y Lizzie. No era necesario pasar por el poblado maorí, se podía llegar directamente allí.

Michael se quedó mirando dubitativo a la joven.

—No sé, Lizzie... ¿Sola? No quiero... Maldita sea, ya has lavado tú sola las primeras onzas.

No tienes que hacer todo el trabajo tú.

Lizzie rio y empezó a recogerse el cabello. Hacía viento y no quería que se le cayera en la cara mientras lavaba el oro.

—Bah, ¡enseguida me alcanzarás! —contestó—. El caballo blanco es el doble de rápido que el bayo.

Era cierto, y a Lizzie no le gustaba cabalgar. Michael sabía que enseguida encontraría alguna excusa para caminar junto al animal en lugar de montarlo. Era probable

que lo cargara con todos los utensilios y provisiones que necesitaban para pasar una o dos semanas en las montañas. Entonces ya no habría sitio en la silla, podría ir a pie y pasaría todo el día caminando. Michael, por el contrario, necesitaría solo unas pocas horas si ponía el caballo blanco al trote.

—De acuerdo —consintió al final—. Pero yo cargaré el bayo. Solo faltaría que también tuvieras que cargar al animal antes de hacer todo el camino a pie.

Lizzie le dirigió una dulce sonrisa.

—¡Me conoces demasiado bien, Michael! Pero no te envanezcas por ello. Tengo otros secretos aparte de un poco de miedo a los caballos.

Chris todavía estaba con vida cuando, un par de horas más tarde, Michael llegó a Tuapeka. Sin embargo, no lo habría reconocido si no le hubieran dicho que esa especie de muñeco envuelto en vendas que yacía en un camastro era su amigo. Las chicas de Janey

lo habían encontrado gravemente herido al amanecer y alertado al reverendo. Hacía poco que se había instalado un médico en el lugar y también acudió presuroso. No obstante, no pudo dar grandes esperanzas ni al reverendo ni a las ayudantes en el hospital.

—Lo estoy intentando todo, pero creo que no resistirá. Todas esas fracturas en la cara, y el cráneo hundido... Seguro que también tiene heridas internas. Para sobrevivir a esto tendría que tener la naturaleza de un toro, y el joven

está más bien débil. ¿Alguna idea de quién puede haberlo hecho?

Burton sacudió la cabeza.

—Tom Winslow tropezó con él al amanecer. Todavía está durmiendo la mona, pero no tendrá mucho más que decir. Salvo eso, no se sabe nada más. Ah, sí, Tom estuvo en Will's Corner, pero se marchó pronto, dijo Will. Luego siguió emborrachándose en Gregory's. Venía de ahí cuando se encontró al joven.

La noticia del hallazgo de Chris no había tardado nada en

propagarse por la ciudad y todo el que sabía algo lo había contado a quien quisiera escucharlo.

El médico suspiró. Era un hombre todavía joven y animoso, que había ido a Tuapeka movido por el espíritu de aventura. Las costumbres burdas de los buscadores de oro lo desilusionaban cada día más.

—Entonces ayúdeme a venderlo. Perderá el ojo izquierdo aunque sobreviva... ¿Tiene algún familiar?

Peter respondió negativamente.

—Un socio —recordó—. Hay que comunicarle la noticia. Viven en una cabaña río arriba. Vendrá por propia iniciativa en cuanto lo eche en falta. Entonces también tendremos que preguntarle a él acerca de este asunto. Aunque no creo que haya que sospechar de él como culpable.

El médico se encogió de hombros.

—¿Se ha informado ya a Dunedin?

—¿A la policía? —preguntó Peter—. Sí. Hemos enviado un

telegrama y, además, alguien ha partido hacia allí a caballo. Esto tiene que investigarse, el culpable no puede quedar impune.

Un par de horas más tarde, Michael estaba atónito delante del camastro de su amigo. Chris no estaba consciente, pero respiraba con un sonido sibilante y de vez en cuando emitía un leve gemido.

—Hable tranquilamente con él —dijo el médico—. A lo mejor le oye. No se puede hacer mucho más. Le he administrado morfina para

combatir el dolor.

—¿Eso no lo atontará? —  
preguntó Michael con recelo.

El médico sonrió con tristeza.

—Puede crear dependencia,  
aunque a su amigo seguro que no.  
Lo siento, pero no veo probable  
que sobreviva a esta noche.

Michael se quedó con Chris y le  
contó que Lizzie y él iban a casarse.  
Le cogió la mano izquierda (el  
médico había vuelto a encajarle el  
hombro derecho y le había sujetado  
con vendas el brazo al pecho) y le  
prometió telegrafiar a Ann y

enviarle el dinero.

—Ayer debía de estar cerrada la oficina —dijo suavemente—. Pero si lo hago ahora mismo, a lo mejor se pone en camino de inmediato y en un par de semanas, cuando estés mejor, ya está a tu lado.

Hacia el mediodía, Michael creyó que el herido le había apretado la mano, pero no estaba seguro. En cualquier caso, él mismo se sentía agotado y dejó a Chris un momento para poner un telegrama y luego enviar todo el dinero a Gales.

El señor Ruland, el encargado del banco, le expresó su solidaridad y le contó que el día anterior le había preocupado que los otros buscadores sintieran envidia de él.

—Sin duda la noticia de que había cambiado más de siete onzas de oro se propagó rápidamente. Es probable que creyesen que llevaba el dinero consigo.

Michael le dio la razón y se sintió terriblemente culpable. ¡Tendría que haberlo pensado! Si no hubiera estado tan cegado por

Lizzie, nunca lo habría enviado solo a la ciudad.

Entretanto había llegado un agente de policía que interrogaba a los testigos. Michael decidió no decir toda la verdad y habló de un extraño yacimiento de oro que había descubierto Chris solo. Él mismo no sabía exactamente dónde, pero su amigo había querido enviar el dinero a su esposa. Le había pedido prestado el caballo para ello. Él, a su vez, se había quedado en casa con su novia, Lizzie, podía confirmarlo.

Michael estaba preocupado. Sus experiencias con las autoridades no eran precisamente alentadoras. Pero el agente le creyó.

—¿Por qué iba venir hasta aquí para partirle el cráneo a su socio? —le comentó más tarde a Peter Burton—. Lo tenía más fácil allí arriba, nadie habría planteado ninguna pregunta si Timlock hubiese desaparecido. Un par de semanas más tarde, el mismo Drury podría haber cambiado el oro y nadie habría dicho nada.

Tampoco la declaración de Tom Winslow desveló nada. Estaba trabajando hábilmente en un colgante de oro con la constelación de las Pléyades. El agente se quedó impresionado, pero no dijo nada al respecto.

—¿Sobrevivirá el chico? — preguntó Winslow.

El policía tomó nota de que parecía afectado, pero quizá lo estaría cualquiera que se tropezara con un hombre ensangrentado. Además, el joyero tenía una coartada bastante buena. Había

estado bebiendo primero en Will's Corner y luego en Gregory's Pub.

Michael alimentó algo de esperanza al ver que Chris seguía con vida por la tarde. Estaba preocupado por Lizzie, pero ella ya imaginaría que le había retenido algo importante. A Michael le habría gustado que ella estuviese con él, pero ella no saldría corriendo solo porque él no saliera a recibirla en la cabaña. Lizzie lavaría oro y lo esperaría, al menos durante unos días.

Por la tarde apareció en el hospital una visita con la que Michael no contaba. Tom Winslow, borracho y a ojos vistas profundamente afligido, miró con desconsuelo al inmóvil Chris, rompió a llorar y tendió a Michael un paquetito.

—Tenga... tenga... —Sollozó—. Está acabado... A lo mejor se alegra cuando... cuando se despierte. Oh, qué pena, qué pena, un chico tan joven...

Michael frunció el ceño y abrió el paquetito. Ignoraba a qué se

debía ese arrebató de cortesía de Winslow. Por supuesto, él había encontrado a Chris y tal vez eso le había perturbado. Pero ese torrente de lágrimas... Sin embargo, el joyero había sido uno de los últimos que había visto a su socio antes de la agresión. También Chris había tomado una cerveza en el local de Will.

Michael sacó del paquetito la delicada joya.

—El colgante para Lizzie...  
¿Chris le hizo ayer el encargo?

Winslow asintió.

Michael dejó oscilar la pieza en la cadena y admiró la labor.

—Es muy bonito —elogió apenado—. Y gracias por entregarlo tan deprisa. —Y buscó la bolsa—. ¿Cuánto le debemos?

Winslow reculó como si el dinero quemase.

—¡Nada... no, nada, por supuesto! Ha... ha sido un placer para mí hacerlo... Diga a su prometida que... que me sabe muy mal...

Winslow se marchó sollozando, y Michael se quedó moviendo

pensativo la cabeza. Quizá tendría que hablar con el reverendo al respecto. Winslow se había emborrachado tanto que ya no tenía capacidad de raciocinio, pero contra eso no había padre espiritual que pudiera hacer nada.

Se volvió de nuevo hacia su socio y le humedeció los labios con agua. Chris no quería o no podía tragar, pero tenía la boca seca, y debía de sentir sus cuidados aunque no pudiera reaccionar. Michael trataba de recordar antiguas historias que contarle. El médico

tenía razón, Chris le comprendía y su voz lo mantenía con vida. Mientras la noche transcurría, habló de la esposa de Chris, Ann, de sus hijos, repitió todo lo que su socio le había contado mientras lavaban oro juntos. Por la mañana, Michael apenas lograba mantener los ojos abiertos, pero Chris seguía con vida.

—Tiene que ir a comer algo —aconsejó el médico cuando llegó a su consultorio a las nueve—. Y dormir unas horas. Yo estoy aquí y el reverendo llegará enseguida.

Michael lo miró con los ojos enrojecidos.

—¿Ha mejorado un poco? — preguntó.

El médico sacudió la cabeza.

—Por lo que veo, no. Creo que su amigo está en coma, señor Drury. Y me temo que no volverá a despertar. Pero nadie puede saberlo con seguridad, así que no pierda usted la esperanza. Importante es que no se ponga usted también enfermo. Márchese a algún sitio y tómese un descanso.

Michael se alejó a disgusto del

lecho de Chris, pero al final el hambre le condujo a una casa de té que había abierto una muchacha, una antigua prostituta que se había casado con un buscador de oro. La joven, Barbara, servía desayunos y le preguntó cómo se encontraba su amigo y socio.

—¿No tiene idea de quién puede haber sido? —preguntó, al tiempo que colocaba una apetitosa tortilla sobre la mesa recién limpiada—. El policía ha iniciado las investigaciones, aunque quizá tendría que preguntar un poco por

ahí usted mismo.

Michael meditó. La chica tenía razón. Los buscadores de oro preferirían confiarse a él antes que a un policía de Dunedin. La mayoría de los hombres de los yacimientos de oro tenían un pasado similar al de Michael, no confiaban en los policías.

—Creo que empezaré en el banco —dijo—. Sería interesante averiguar quién fue el primero que se enteró del supuesto hallazgo de oro de Chris. Veré si el señor Ruland se acuerda.

El encargado del banco recordaba, en efecto, un par de nombres, en especial el de Ian Coltrane. Eso inquietó a Michael, si bien los otros tipos tampoco eran inocentes corderitos. Los conocía a todos y sabía por dónde andaban. Y en realidad quizá necesitara aire fresco. En lugar de irse a dormir, cogió el caballo blanco del establo de alquiler y se marchó a los yacimientos de oro.

Ian Coltrane, sin embargo, no se hallaba en ningún lado, lo que aumentó el recelo de Michael.

—Es posible que esté de viaje, comprando y vendiendo caballos —supuso uno de sus vecinos de parcela—. Coltrane reparte su tiempo, está la mitad de la semana aquí y el resto lo dedica a los caballos, con los que seguramente sacará más que con el oro. No tiene habilidad para buscar oro, al menos no persevera. Si coge dos horas la pala, ya se fatiga. Eche un vistazo a su tienda, a lo mejor está ahí, ¡transformando un penco viejo en un joven semental!

A esas palabras siguió una

carcajada general. Así que también ahí se había hecho célebre Coltrane.

—¿Y el chico? —preguntó Michael—. ¿Está en la escuela?

Los hombres hicieron gestos de no saber nada.

—Por lo general acompaña a su padre. Pero puede que haya ido a la escuela. El joven es como el viejo: corre allí donde huele a dinero fácil, como en la venta de caballos. Pero antes de pasar horas lavando oro, prefiere aprender a leer.

Michael se propuso averiguar

más tarde si Colin Coltrane había estado en la escuela del reverendo. Pero primero salió en busca de los otros clientes del señor Ruland. La tarea fue fatigosa y no aportó nada nuevo. Aunque se habían percatado de que de repente Chris tenía una fortuna, todos habían creído que era cierto lo que había dicho acerca de que eran las ganancias de varias semanas de trabajo.

—No es asunto mío —dijo el último a quien preguntó, Dick Torpin—. Bastante tengo con mis problemas.

Así pues, Michael volvió al hospital, donde Chris yacía como muerto en el camastro. Según le informó el reverendo, todo seguía igual, y Michael quería volver a ocupar su puesto junto al lecho de su amigo. Pero entonces lo invadió el cansancio. No tenía fuerzas para seguir hablando con su amigo moribundo. Necesitaba dormir.

Tras pensárselo un poco, se dirigió al burdel de Janey.

—¿Podrías alquilarme durante unas horas una de vuestras camas?

Las chicas rieron. Todo el

mundo en la ciudad ya sabía que Michael había pasado la noche en vela cuidando de su socio, y se cotilleaba bastante sobre la agresión a Timlock. Las chicas de Janey lo encontraron conmovedor y se precipitaron a ofrecerle una comida y conducirlo a la «suite real», como la madama la llamaba sonriente. Era una tienda, pero limpia, y las sábanas blancas como la leche. Antes de apoyar la cabeza en la almohada, Michael ya se había dormido.

Peter Burton, por el contrario, contemplaba a Chris Timlock y luchaba por no perder las esperanzas. Había ayudado al médico a cambiar las vendas, pero salvo por un leve gemido, el enfermo no había emitido señal ninguna. A esas alturas, el médico estaba convencido de que se encontraba en coma.

—Esperemos que no se prolongue demasiado —dijo compungido—. Compréndame bien, reverendo, yo me alegraría de que el joven viviera. Pero así,

inconsciente, ciego y paralítico...  
uno se pregunta qué es mejor.

Peter se encogió de hombros.

—Esto tendremos que dejarlo  
en manos de Dios —dijo—. Y  
esperar que sepa la carga que nos  
impone.

Sin embargo, poco después del  
mediodía, una de las asistentes  
voluntarias llegó muy excitada al  
despacho de Peter, junto a la nueva  
iglesia.

—Reverendo —jadeó la  
regordeta esposa del tendero.  
Debía de haber venido corriendo

desde el recinto hospitalario—. Reverendo, tendría que venir al hospital. Creemos que el chico se ha despertado. Se mueve y gime... El doctor piensa que debería usted acercarse... a lo mejor para darle la extremaunción.

Burton se levantó y se precipitó al exterior.

—¿Está Michael con él? — preguntó mientras corría al lado de la jadeante mujer.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no tenemos ni idea de dónde se ha metido. El pobre estará

durmiendo en algún sitio. Dicen que ha pasado toda la mañana dando vueltas y preguntando a la gente.

—Vaya a ver si se entera de dónde está, señora Jordan. Si Timlock se ha despertado, querrá hablar con él.

El médico estaba junto a la cama de Chris tomándole el pulso.

—Sin duda está pasando algo. Parece estar recuperando la conciencia. Quiere despertar.

Chris intentaba moverse. Abrió el ojo sano y miró la habitación sin ver. Probablemente el nervio ocular

estaba herido y el chico se hallaba completamente ciego.

Peter le cogió la mano izquierda.

—Chris... Chris, ¿me oye?

Timlock respondió con una ligera presión.

—¿Mike...?

Tan solo fue un susurro. Peter y el médico contuvieron la respiración.

—Soy el reverendo Burton, Chris, Peter Burton. ¿Cómo está? ¿Puede hablar?

Chris volvió a apretarle la

mano, luego la soltó y pareció dibujar algo en el aire.

—Lizzie... oro... avis...  
helech...

—¿Helechos, Chris? ¿Qué quiere decir de Lizzie?

—Avis... Oro, Lizzie, Mike... triángulo... maorí... casa... casa oeste... —Chris pronunció a duras penas esas palabras entre los labios partidos.

—¿Avisar, señor Timlock? —preguntó el médico—. ¿Opina que tenemos que avisar a Lizzie?

Chris hizo un vehemente gesto

de afirmación.

—Oeste... casa... arroyo...  
lav...

Peter miraba al joven con impotencia.

—No comprendo, Chris... Otra vez, despacio. Lizzie busca oro en un triángulo y tenemos que avisarla. ¿Por qué, Chris? ¿De qué? ¿Quién le ha hecho esto? ¿De quién tenemos que advertir a Lizzie y Michael?

Chris gimió. Cogió la mano de Peter y trató de enderezarse. Volvió a reunir fuerzas.

—Cabalgar al oeste, hasta la casa del arroyo, arriba... río arriba... ¡Deprisa!

Chris se desplomó sobre la almohada. El ojo se le cerró de nuevo. El médico le tomó el pulso y sacudió la cabeza.

—Es todo, reverendo. No nos dirá más. Pero al menos lo ha conseguido, es evidente que era muy importante para él. ¡Tenemos que averiguar a qué se refería!

Peter peinó suavemente hacia atrás el cabello color arena que había caído sobre el semblante de

Chris.

—Tenemos que esperar a que Michael vuelva. Tal vez él entienda lo que significa. Chris debe de haber pensado que estaba con Lizzie y que ambos corrían peligro... No debe de andar lejos, tiene el caballo delante de la puerta.

Peter se puso en pie y buscó con la mirada posibles ayudas. Era mediodía, los hombres que habían ido al comedor de los pobres podían llevar más tarde al malogrado a la iglesia e instalar

allí la capilla ardiente.

—Mañana temprano celebraré una misa —anunció—. Sería bonito que asistieran muchos... ¿Informará usted al agente de policía, doctor? Ahoya no se trata de una agresión, sino de un asesinato.

La noticia de la muerte de Chris corrió como reguero de pólvora, solo Michael permaneció dormido en Janey's Dollhouse. Las chicas se habían puesto de acuerdo en no despertarlo.

—De todos modos, no podrá resucitarlo —dijo Janey, una mujer

pequeña y fuerte, que en muchos aspectos se parecía a Lizzie. Sus historias tenían muchos puntos en común, exceptuando que Janey había abandonado en cierto momento la idea de ser decente.

Quien no dormía era Tom Winslow. Después de su visita al hospital, había bebido hasta perder el sentido, pero por la mañana había vuelto a la tienda. Naturalmente la agresión a Chris estaba en boca de todos. Winslow se enteró de que el joven estaba todavía con vida y celebró su alivio

con los primeros tragos del nuevo día. Hacia mediodía se decía que Chris ahora ya no moriría. Todo se encauzaría, todo se arreglaría de nuevo. Seguro que el chico ya ni se acordaba de quién le había pegado. Y posiblemente Coltrane consiguiera un montón de dinero siguiendo a Lizzie.

Winslow bebió otro poco de whisky y decidió ir a comer al local de Barbara. A lo mejor podía visitar a Chris más tarde. Entró zigzagueando en el local.

Peter estaba ayudando al sacristán a construir una tarima donde depositar el ataúd de Chris cuando un adolescente entró en la iglesia como alma que lleva el diablo. Peter reconoció al mozo de los recados del banco.

—Reverendo, reverendo, me envía miss Barbara... Tiene que venir enseguida. Hay uno que quiere matarse.

Peter arrugó la frente.

—Repítemelo, Robbie, ¿uno de los clientes de Barbara quiere pegarse un tiro?

—No, reverendo, no quiere pegarse un tiro, sino clavarse un cuchillo, tiene uno en la mano y... y antes quiere hablar con usted, reverendo... ¡Deprisa!

Por segunda vez en ese día, el reverendo salió corriendo de la iglesia. La casa de té de Barbara no quedaba lejos, junto al hospital. Al pasar, vio que el caballo blanco de Michael seguía allí. No había señales de su propietario.

Barbara y un par de sus clientes del mediodía estaban junto a la puerta de la cabaña de madera,

fuera de sí.

—¡Dentro, reverendo, ahí dentro! Es Tom Winslow. ¡Y no hace más que gritar algo de culpa, asesinato e infierno!

Winslow se había atrincherado en un rincón del local. Se había desgarrado la camisa y apretaba la punta de un cuchillo de caza contra su pecho. Si lo empujaba, se lo clavaría en el corazón. El doctor Wilmers, el médico, se hallaba a una distancia prudencial y le hablaba en tono tranquilizador.

—Sea lo que sea lo que haya

hecho, Tom, tiene que confesar y aceptar el castigo. Clavarse un cuchillo no es la solución, debería...

En ese momento Burton entró en el local.

—¡Reverendo! —gimoteó Winslow—. Reverendo Peter... tiene que... mis pecados... Soy un asesino, reverendo, Dios mío, perdona mis pecados, perdona mis faltas... Yo... pero yo no quería... yo...

Peter intentó aproximarse más a Winslow, pero el hombre se

presionó más el cuchillo. El doctor Wilmers lanzó al reverendo una mirada de impotencia.

—Tom, primero debería tranquilizarse y contarlo todo — dijo Peter, intentando dar entereza y sosiego a su voz—. A lo mejor el error no es tan grave. Dios perdona... especialmente si usted no tuvo la intención de cometer el pecado.

—¡La intención, sí! — respondió Tom. Lloraba. Estaba ebrio—. Nosotros... nosotros queríamos saber de dónde había

sacado el oro.

Peter se puso alerta.

—¿Quién había sacado el oro de dónde? ¿Está usted hablando de Chris Timlock, Tom? ¿Estuvo usted implicado en la agresión?

—Yo lo sujetaba —sollozó Tom—. Y al principio pensé... pensé que un par de tortas no matan a nadie. Y que simplemente nos lo diría.

—Pero no lo hizo —repuso Peter—. ¿Se negó a decir nada?

—No es eso —lloriqueó Tom—. Con la paliza que le dio,

cualquiera lo habría dicho todo. Es que no debía de saberlo... Tiene que creerme, reverendo, cuando me di cuenta de que no sabía nada le dije a Coltrane que parase, pero...

—¿Coltrane? ¿Ian Coltrane? ¿El tratante de caballos?

Tom asintió.

—Pero no paró, dijo que tenía que hacerlo desembuchar, pero Timlock... al final dijo que la mujer lo sabía. La mujer encontró el oro.

—¡Lizzie! —Peter intercambió una mirada con el médico. Las

últimas palabras de Chris iban adquiriendo significado—. ¿Y dijo dónde lo había encontrado ella? ¿Dónde está Lizzie?

Tom sacudió la cabeza.

—No, él... él no lo sabía, creo. Pero Coltrane... quería ir a casa de Drury y seguirlos. Cuando volvieran al sitio. Y luego marcar una concesión o algo así...

Peter sintió un escalofrío. A lo mejor Coltrane no tenía malas intenciones. A lo mejor se habría limitado a espiar dónde estaba la mina de oro si Michael hubiese

estado allí. Pero Michael había dicho que Lizzie estaba lavando oro. Debía de haberse marchado sola. Y Coltrane...

—Escuche, Tom, cuénteles todo esto al policía. Estoy seguro de que le tendrán en cuenta circunstancias atenuantes, seguro.

Winslow negó con la cabeza.

—¡No quiero circunstancias atenuantes! —exclamó—. No quiero... ir a la cárcel. Otra vez no. Perdóneme, reverendo. ¡Haga que el Señor me perdone!

Volvió a respirar hondo y luego

aferró el arma y se dejó caer hacia delante sobre el cuchillo. Wilmers lo alcanzó al vuelo, pero ya no pudo hacer nada. Peter rezó una oración. El médico le cerró los ojos y se volvió hacia el reverendo.

—Otra vez —dijo—. Repasémoslo todo otra vez. ¿Qué dijo Chris Timlock del paradero de Lizzie? Él lo sabía, pero no se lo desveló a ese tipo.

—Un triángulo... —repitió Peter—. Desde su casa hacia el arroyo y el poblado maorí.

El médico sacudió la cabeza.

—Esto no nos ayuda. Hacia el oeste, ha dicho, desde su casa hacia el oeste.

Peter asintió.

—Y luego corriente arriba. Exacto... ¿Dónde está Michael? ¡Maldita sea!, ¿dónde se ha metido Michael Drury? Ocúpese usted de esto, doctor, tengo que encontrar a Michael, y Lizzie...

Peter corrió a la calle. Los pensamientos se le agolpaban. Coltrane era peligroso y lo sabía desde antes del asesinato de Chris. La reacción de Kathleen al volver a

ver a su marido ya le había dicho suficiente. Kathleen casi se había muerto de miedo ante la presencia de Coltrane. ¡Todavía, después de tantos años! Y ahora ese tipo iba tras Lizzie, quien, al parecer, quería mantener en secreto una mina de oro. ¡Quizás ella era la única que había visto el yacimiento! Si Coltrane se deshacía de ella... No habría ninguna prueba contra él. La declaración de Winslow podía ser tomada como el delirio de un borracho, y tal vez Coltrane tenía planeado no volver más a Tuapeka.

De todos modos, Colin había asistido a clase por la mañana. Ese al menos no seguía a Lizzie por la montaña.

Peter vio el caballo blanco de Michael delante del hospital. Un buen caballo, rápido, lo había admirado con frecuencia. Pero sin su jinete no valía para nada. A no ser que...

Peter irrumpió en el hospital.

—Señora Jordan —llamó a la esposa del tendero, que seguía haciendo sus tareas—, ¿ha aparecido ya Michael Drury?

No esperó a que la mujer dijera nada, le bastó con ver cómo movió la cabeza.

—Señora Jordan, cuando venga, dígame que le he cogido el caballo. Tengo que encontrar a Lizzie Portland, es un asunto de vida o muerte. Que ensille mi caballo y venga detrás. ¿Me ha entendido?

La regordeta y menuda mujer abrió los ojos como platos y asintió. No era tonta, cumpliría el encargo. Y si no era así, también estaba el doctor Wilmers. Peter

decidió no pensárselo más. Desató al caballo y partió al trote.

# 10

Ian Coltrane apenas si daba crédito a su buena suerte cuando, la mañana después de la agresión, Michael bajó al pueblo y Lizzie partió rumbo al oeste, por la montaña. Seguirla era cosa de niños, a la larga incluso aburrido. Ella no tenía prisa y avanzaba a una lentitud torturadora. Caminaba junto a su caballo, hablaba con el animal

y lo dejaba pacer una y otra vez. Al mediodía empezó a mirar detrás de ella, esperando oír sonido de cascos, lo que al principio inquietó a Ian. De momento no estaba pendiente de él. Lizzie más bien parecía esperar que Michael Drury le diera alcance. Era lógico, por supuesto. No obstante, el asunto de la muerte de Chris Timlock seguramente lo retendría, aunque luego podría decidir reunirse con su socia en las montañas. Sobre todo si sacaba conclusiones y recelaba de que Chris hubiese

contado algo antes de morir. Ian esperaba que al menos Winslow se hubiese quedado callado, pero en el fondo confiaba en su propio instinto de conservación. Y en su adicción. En la cárcel no había whisky. Winslow no correría el riesgo de que lo metieran en prisión.

Se comportó con mayor prudencia desde que le asaltó la sospecha de que Michael podía ir en pos de Lizzie. Pero con el paso de las horas se tranquilizó. Si su adversario realmente hubiese partido a caballo, ya habría

alcanzado a la joven, su montura era rápida. Ese día, no obstante, seguramente no podría ir a las montañas. Sin duda habrían llamado a la policía de Dunedin para investigar lo de Chris Timlock y, tratándose del asesinato de un buscador de oro, el socio de la víctima siempre era el primer sospechoso. El agente interrogaría a Michael y, con algo de suerte, lo encerraría una noche. Hasta era posible que también lo buscaran a él.

Coltrane dejó de preocuparse

cuando Lizzie, poco antes de que oscureciera, llegó a un arroyo y montó su campamento. Pensó por un momento en forzarla a revelar su meta, pero ¿para qué pasar una mala noche? Naturalmente, se divertiría un buen rato con la chica sin tener que pagar, pero tenía tiempo hasta la mañana siguiente. De momento tendría cuidado de que la mujer no se diese cuenta de su presencia. Quería dormir tranquilamente.

Así pues, Ian pospuso el asunto para el día siguiente. Lizzie seguía

siendo bonita y tras darle el trato que se merecía, cuando tuviese el oro ya no tendría que tratarla con cuidado. Lo mejor sería, incluso, que desapareciese. Luego únicamente debería apañárselas con Michael.

Amarró el mulo a unos cien metros por debajo de donde Lizzie se había instalado y esperó que la joven no tuviese mucha práctica en distinguir los sonidos de la noche. Para mayor seguridad, ató también entre sí las patas anteriores de la yegua, pero, claro, cambiaría el

peso de una a otra de vez en cuando. El caballo de Lizzie haría lo mismo, por fortuna, y por lo visto, el bosque claro de hayas del sur en que se encontraban estaba poblado de aves nocturnas. Los animales no dejaron a Ian pegar ojo, pero también le ofrecieron el camuflaje ideal.

Lizzie no sospechaba nada cuando por la mañana se despertó, se lavó en el arroyo y preparó pan ácimo para desayunar. Había pescado la tarde anterior. Ian pensó que era muy lista y se preguntó de

dónde la habría sacado Michael.

Era evidente que Lizzie se entretenía. El sol ya estaba en su cénit cuando desmontó la tienda y se puso en marcha. Esa mañana parecía algo preocupada: Michael ya tendría que haber aparecido.

Ian la siguió hasta una extraña formación pétrea similar a agujas elevándose hacia el cielo. Detrás, un arroyo caía en una pequeña cascada. Lizzie pareció reconocer el paraje. Cada vez con mayor impaciencia, Ian observó cómo montaba la tienda a los pies de las

rocas y dejaba pastar el caballo. Depositó ordenadamente el pico y la pala en las piedras y sacó la nasa con la que había pescado el día anterior.

¡Qué flema tenía esa mujer! Ian apenas si lograba contenerse para no abalanzarse sobre ella y obligarla a desvelar su secreto, pero se obligó a conservar la calma. Lizzie pescó pescado suficiente para dos, así que pensaba que Michael llegaría para la comida del mediodía. Prestaba atención, con creciente interés, a si

oía cascos, pero estaba demasiado cerca de la cascada para poder percibir algo más que el estrépito de la corriente. Después de haber encendido una hoguera y haber asado un buen pescado (Ian mordisqueaba un trozo de pan mientras se le hacía la boca agua), buscó la escudilla para el lavado del oro.

Por fin ocurría algo. Ian miró a Lizzie trepar por el barranco. Así que el yacimiento debía de encontrarse por encima de la cascada. Describió un rodeo y la

siguió de lejos, pero vio que se quitaba las medias y los zapatos, se metía en el arroyo y hundía las manos en el lecho del río. Poco después, empezaba a lavar oro.

Y entonces, desde lejos, Ian vio que, ya al primer intento, la escudilla brillaba. Había llegado el momento. Se acercó con sigilo al arroyo. Lizzie no lo oyó y se asustó cuando de repente lo vio a su espalda. Él la cogió y le tapó la boca con la mano.

—¡Muchas gracias, miss Lizzie!  
¡Ha sido muy amable por su parte

traerme hasta este yacimiento!

Peter Burton procedía de una familia acomodada de Lancashire, Inglaterra. Ya de niño había tenido un poni y de joven había alcanzado cierto renombre en cacerías y carreras de obstáculos a caballo. Su experiencia le beneficiaba. El caballo blanco de Michael, fuerte y de patas altas, corría como por cuenta propia, al principio en dirección a casa, pero luego, complaciente, hacia el oeste. El animal parecía disfrutar de la loca

galopada, era probable que Michael nunca lo dejara correr con las riendas tan sueltas por caminos colmados de escollos.

También Peter habría disfrutado si no sintiera esa terrible preocupación que le forzaba a azuzar todavía más al caballo. Le torturaban las dudas. ¿Había sido correcto dejarlo todo, coger el caballo de Michael sin pedírselo y ponerse a buscar el camino que el moribundo Chris tan vagamente había descrito? Posiblemente habría sido mejor esperar a

Michael, tal vez enviar toda una cuadrilla de rescate. El reverendo ni siquiera disponía de un arma de fuego, tendría que confiar en el efecto sorpresa y en sus puños cuando se encontrase con Coltrane. Tras haber visto lo que este era capaz de hacer con sus puños, la idea no le resultaba muy agradable. El tratante era tan alto como Peter y con toda certeza más pesado. Y a pesar de eso, su instinto le decía que no habría podido actuar de otro modo. Si no encontraba a Coltrane muy pronto, ¡Lizzie no sobreviviría

a ese día!

Muchas eran las preguntas que le pasaban por la cabeza. Con tal que hubiese tomado el camino correcto... con tal que no fallara a Lizzie. Tras dos horas al trote y al galope, el caballo blanco fue tranquilizándose y Peter descubrió, para su alivio, el rastro de un campamento. Por lo visto, nadie había encendido un fuego, pero la tierra estaba removida junto a un árbol, allí donde habían atado un caballo. Peter siguió cabalgando y creyó reconocer otro campamento.

Mucho menos llamativo, solo unas hierbas mordisqueadas señalaban la presencia de una montura hambrienta. Ambos hallazgos le levantaron el ánimo. Estaba sobre la pista correcta, ¡al igual que Coltrane!

El reverendo espoleó al caballo, que trotó brioso. Ya hacía tiempo que había pasado el mediodía, pero Peter estaba demasiado excitado para sentir hambre. Si calculaba bien la velocidad del caballo, debía de haber recorrido unos treinta

kilómetros desde que había dejado atrás la casa de Drury. ¡Y allí discurría un arroyo! El corazón le dio un vuelco cuando volvió a ver las huellas de un campamento. Desmontado sin apenas dejar rastro, quizás era de maoríes que habían encendido fuego y pernoctado allí. Esta vez no encontró un segundo campamento, pero iba en la dirección correcta. Corriente arriba. Peter refrenó un poco la marcha del caballo. Era mejor que Coltrane no lo viera llegar.

Lizzie intentó morder la mano que le tapaba la boca, pero esta era de hierro, y el hombre le inmovilizó los brazos junto al cuerpo. La escudilla para lavar el metal cayó al agua cuando salieron dando traspiés del arroyo. Coltrane se la quedó mirando con pena.

—¡Qué lástima, con lo bonito que es el oro, Lizzie! Pero luego ya lavaré más. Antes hemos de charlar un poco, ¿verdad, pequeña? Por ejemplo, sobre cómo has encontrado este lugar. ¿Viniste de

verdad sola hasta aquí, o te acompañó Michael?

Ian le quitó la mano de la boca y con un movimiento muy rápido le retorció los brazos a la espalda. Lizzie gritó, pero se calló cuando él le golpeó la cabeza contra una haya que había en la orilla del río. Un golpe leve, solo le rasguñó la sien, que se puso a sangrar. Coltrane le ató las manos a la espalda velozmente y la arrojó a la hierba.

—Muy bien, pequeña, ahora podemos hablar... pero no grites o tendré que amordazarte.

—¡Michael me encontrará! —le espetó ella—. Y Chris. Llegarán en cualquier momento. —Luchaba contra las ataduras, pero no se hacía ilusiones. Ese hombre era fuerte como un oso. Y el brillo cruel de sus ojos no prometía nada bueno.

Coltrane soltó una carcajada.

—Puede que Chris nos esté viendo desde el cielo —se burló—, y Michael tiene otros asuntos en que ocuparse. Y ahora, venga, miss Lizzie, dímelo: ¿descubriste tú sola el filón?

Lizzie se revolvió en el suelo. Fingía intentar liberarse mientras reflexionaba desesperada. ¿Tenía que hablarle de los maoríes? Maldijo su impaciencia. ¿Por qué no había esperado a Michael para subir con él y presentarlo, antes que nada, a sus amigos maoríes? Los ngai tahu eran cordiales, a lo mejor un par de chicos y chicas les hubiesen acompañado y ayudado a lavar el oro del arroyo. Pero no, tenía que hacerlo sola. Naturalmente, podía tener suerte y que un par de cazadores maoríes se

hubiesen percatado de que Ian la seguía sigilosamente. Pero era poco probable, pues habrían intervenido antes.

—Lo encontré sola —respondió orgullosa.

Coltrane asintió satisfecho y se apartó un mechón de cabello castaño del rostro húmedo de sudor.

—Muy bien. Pero ahora seguro que quieres compartirlo conmigo.

Lizzie no respondió. Todo iba demasiado deprisa, antes tenía que entender la situación. ¿Chris estaba

muerto? Dios mío, si a ese hombre no le asustaba matar para conseguir una información, ¿qué no haría para apropiarse de ese territorio?

Lizzie se obligó a sonreír.

—Si me dices tu nombre... —respondió con voz cantarina—. Quién sabe, a lo mejor hasta me gusta compartirlo contigo.

Coltrane lanzó una carcajada.

—¡Así es como más me gustas, princesa! Aunque no te crea ni una palabra. Pero de acuerdo: mi nombre, querida Lizzie, es Ian Coltrane. Y deseo que me regales

esta concesión como dote. —La levantó y la empujó contra el tronco de una haya para besarla. Lizzie volvió la cabeza a un lado.

—¿No tendríamos que bajar a mi campamento? —preguntó con voz animada—. He... he asado pescado... —En el equipaje estaba el fusil de Michael, aunque ella no sabía cómo manejarlo.

—Disfrutaré de los pescados más tarde —decidió Coltrane—. Primero un aperitivo, Lizzie.

La lengua del hombre se adentró en la boca de la joven. En

ese momento, Lizzie recordó dónde había oído el nombre de Coltrane. ¡Era el hombre del pueblo natal de Michael! El que se había casado con aquella Kathleen. Lo mismo la había matado. Lizzie casi se habría echado a llorar por esa ironía del destino. ¿Perdería Michael ahora a la segunda mujer a manos de ese canalla?

No se hacía ilusiones respecto a su futuro. Coltrane no la dejaría con vida, la mataría para quedarse con la concesión. Y a partir de ahí, habría una avalancha de buscadores

de oro que se extendería por la tierra de los ngai tahu, justo lo que la tribu había querido evitar. Lizzie no solo moriría, sino que moriría como una traidora. Los maoríes nunca sabrían que no había vendido o regalado la concesión. Y cuando la situación empeorase, estallaría la guerra de la que Kahu Heke había hablado. La que había esperado. Y todo eso porque ella había cometido un error.

La desesperación la hizo reunir nuevas fuerzas. Coltrane le subió el vestido y la penetró con brutalidad.

Era humillante y doloroso, pero ya había vivido cosas peores. No iba a ovillarse gimoteando, ¡tenía que defenderse! Fingió seguir los movimientos de Coltrane y fue frotando las ligaduras de las manos contra la corteza del árbol. No estaban muy prietas, conseguiría desatarse. De repente se soltaron, justo en el momento en que Ian caía contra ella gimiendo.

Los pensamientos se agolparon en la mente de Lizzie. Sabía que no podía vencer a ese hombre sin un arma. Pensó en la escudilla del oro

pero estaba en el arroyo. El cuchillo, abajo, en el campamento.

Ian se iba sobreponiendo lentamente y se enderezó.

—No ha estado nada mal, pequeña, tenemos que repetir antes de... en realidad tenemos mucho tiempo, ¿verdad, miss Liz?

Lizzie trató de seguir interpretando su papel.

—Yo... yo tengo mucho tiempo, señor. Yo... si no me mata, puedo enseñarle algo... Vayamos a la tienda.

Ian sonrió sarcástico. No iba a

caer en una trampa. Lizzie mantenía las manos a la espalda, pero también intentó de forma instintiva alisarse la falda cuando Ian la empujó.

—Creo que es mejor que demos un paseíto por el bosque, Lizzie. ¿Tú qué crees?

Ella apenas se atrevió a respirar cuando sintió algo duro al tantear por encima del bolsillo de su vestido. ¿Una piedra? Daba igual lo que fuera, era mejor que su puño. Y entonces se acordó. La maza de guerra de jade. El regalo de la

*tohunga*, tallado a la medida de la mano de una guerrera. Lizzie tropezaba junto a Ian hacia la cascada. ¿Querría bajar la pendiente o empujarla desde arriba? Era poco probable que se desnudara, el lago que había debajo de la cascada era lo bastante profundo para nadar.

Lizzie recuperó la esperanza por unos segundos, pero cayó en la cuenta de que aquel hombre solo tenía sed. Hincó una rodilla y recogió agua del arroyo, sin hacer caso de la mujer. ¿Qué podía

ocurrir? La frágil Lizzie ni siquiera le derribaría aunque se arrojase con todo su peso contra él.

Pero Lizzie tenía la maza de guerra. Y sintió su fuerza a través de la tela del vestido. ¿Qué había dicho la sacerdotisa? Estaba concebida para defender la tribu. La tribu y la tierra de los ngai tahu. Y para eso precisamente iba a utilizarla Lizzie.

Con cuidado liberó la mano derecha de las ataduras sueltas, la metió en el bolsillo y notó la maza lisa y fría en la mano. Como una

prolongación, un refuerzo de su puño.

Ian levantó la cabeza y miró hacia el valle, por encima de la cascada. Permaneció quieto, alerta, como si hubiese visto algo. ¿Michael? Daba igual, Lizzie ya había tomado una decisión. Tomó impulso, apuntó a la sien de Coltrane y golpeó.

Peter Burton ya había visto a lo lejos las rocas en forma de aguja y luego el caballo de Lizzie junto a la tienda y la hoguera. Este relinchó

cuando notó la presencia del caballo blanco, pero Peter supuso que el ruido de la cascada ahogaría cualquier otro sonido. Y entonces divisó dos figuras en lo alto de la cascada. Un hombre que arrastraba a una mujer. Pero esta última no parecía abatida, sino despierta y tensa. Y entonces el hombre se agachó para beber y la mujer...

Peter vio cómo Lizzie levantaba lentamente el brazo derecho y preparaba el golpe. Conocía ese gesto, había visto hacerlo varias veces a las maoríes cuando

bailaban un *haka*, la danza de guerra. Peter Burton había sido invitado con otros religiosos a un *marae* de los ngai tahu, antes de abandonar Christchurch, y recordaba muy bien esa ceremonia de saludo que también comportaba una especie de amenaza. Se daba la bienvenida a los huéspedes, pero también se les dejaba claro lo bien que podían defenderse en caso de que se mostraran indignos de su hospitalidad. Los hombres llevaban lanzas, las mujeres unas pequeñas mazas de jade. Y ellas las blandían

con tanta serenidad, casi de forma tan elegante y certera en su golpe como la mujer del barranco.

El reverendo contuvo la respiración. Vio caer al hombre como si le hubiera alcanzado un hachazo. Y vio erguirse a la mujer y creyó oírla gritar. ¿No lo llamaban *karanga*, el grito de la sacerdotisa que invocaba a los dioses? Peter no podía creer que estuviera oyéndolo allí, en ese lugar, de la boca de la valiente pero también dulce y diligente Lizzie Portland, que asistía a la misa de los domingos.

Y entonces Lizzie reconoció el caballo blanco y corrió pendiente abajo.

—¡Michael! ¡Oh, Dios mío, Michael...!

Peter la cogió por los hombros.

—¿Reverendo? —La voz de Lizzie sonó infantil y sorprendida, pero en sus ojos asomó el miedo y su rostro se contrajo—. ¿Le... le ha pasado algo a Michael? Dios mío, me ha dicho que Chris estaba muerto. Pero Michael... ¡No puede ser la voluntad de los dioses!

Peter la sostuvo cuando se

tambaleó y sacudió suavemente la cabeza.

—No, Lizzie, aunque a veces los designios de Dios son indescifrables. Pero Michael Drury no está muerto. Debería estar en camino hacia aquí. Y ahora cuénteme qué ha sucedido. ¿Por qué ha matado a Coltrane?

La joven empezó a entender lentamente al reverendo. Y lo que había ocurrido.

—Yo —susurró—. Yo... en cierto modo no era yo. En cierto modo fueron Ingoa y Aputa, y todas

las mujeres de su tribu. De mi tribu...

Respiró hondo. Luego volvió a la realidad, recordó lo que el reverendo había visto. Él no había sido testigo del ataque y la violación. Él solo había visto que ella había matado a un hombre golpeándole en la cabeza.

—Escuche, reverendo, ha sido por necesidad. Él... él me forzó...

—Por fin sintió las lágrimas que antes había contenido—. No tiene que contárselo a nadie, reverendo. No debemos desvelar a nadie este

lugar y el oro.

Cuando dos horas más tarde Michael llegó a la cascada, loco de preocupación, encontró a Lizzie y el reverendo junto a la hoguera. Habían envuelto el cadáver con lonas de tienda.

Lizzie se lanzó a los brazos de su amado. Hasta ese momento no había creído que estaba vivo, y a él le sucedía lo mismo respecto a ella. Los dos no se separaron mientras ella, entre sonrisas y lágrimas, contaba su historia.

Peter Burton se disculpó por haber «robado» el caballo blanco.

—Quería socorrer a su esposa —dijo—, pero ella se ha defendido por sí misma. —Miró a Lizzie con admiración.

Michael asintió.

—Siempre ha sido una mujer luchadora —apuntó con ternura—. De todos modos, muchas gracias, reverendo. Pero ¿qué hacemos con ese? —Señaló el cuerpo de Coltrane.

Burton consideró brevemente las posibilidades.

—Ayúdeme a colocarlo sobre un caballo —pidió al final, resignado—. Esta noche lo llevaremos a las peñas que hay encima de Gabriel's Gully y lo tiraremos desde allí. Parecerá un accidente o un suicidio. Winslow lo ha acusado delante de varias personas de haber matado a Chris Timlock. Nadie se peleará por investigar su muerte. Así nadie molestará a su esposa y nadie sabrá ni de este sitio ni del oro.

Los tres callaron mientras bajaban la montaña. Michael

llevaba el caballo con el cadáver.

—¿Por qué nos ayuda? — preguntó al reverendo cuando Lizzie se quedó un poco rezagada —. Lizzie dice que ni siquiera tiene una prueba de que el hombre la amenazaba.

Burton se encogió de hombros y recordó de nuevo la escena que se había desarrollado encima de la cascada. El gesto de danza de Lizzie, su grito...

—He visto algo extraño —dijo a media voz—. Algo que en realidad no debería existir.

Digamos que... obedezco la voluntad de los dioses.

LA VOLUNTAD DE  
LOS DIOSES

TUAPEKA, DUNEDIN

1862-1863

# 1

Tras haber visto a su marido, Kathleen había recorrido la carretera que conducía a Dunedin a una velocidad vertiginosa. Mientras los caballos no tropezaron en una curva y el carro se balanceó peligrosamente, no se recompuso y contuvo el pánico que la atenazaba. Al final llegó a su casa en Dunedin. Cuando Claire volvió de la tienda,

la encontró haciendo las maletas. Agitada y sin haber trazado ningún plan, echaba la ropa en las bolsas y maletas.

—Está aquí —gimió histérica—. Ian está aquí otra vez. Tengo que marcharme, tengo que irme a toda prisa.

Claire necesitó horas para tranquilizarla a medias y, sobre todo, convencerla de que no se fuera precipitadamente.

—Kathleen, no dudo de que lo hayas visto. Pero está en Tuapeka. ¡A treinta kilómetros de distancia!

E incluso si viene a Dunedin, no visitará una tienda de moda de señoras. Además, tú no te dejas ver por ahí. ¡Y como se me acerque demasiado a mí, tendrá que encararse con Jimmy Dunloe! ¿Qué ha dicho el reverendo al respecto?

Claire sacudió la cabeza cuando Kathleen le contó atolondradamente su huida.

—Peter debe de pensar que te has vuelto loca —declaró—. Al menos podrías haber hablado con él.

Kathleen había dejado de hacer

las maletas. Estaba ovillada en una esquina del sofá.

—¡No quiero hablar con nadie!  
—dijo llorando—. No sé si está bien quedarse aquí. ¿Qué sucederá si ve a Sean? ¿O a Heather? Pero si no me voy... entonces no quiero ver a nadie ni hablar con nadie. No se me puede ver, Claire. Yo...

—Está totalmente histérica y asustada —explicó Claire al reverendo.

Dos días después del episodio con Coltrane, el religioso consiguió

por fin tomarse un tiempo libre y viajar a Dunedin. Claire le sirvió té y magdalenas en la tienda; Kathleen se había enclaustrado en la casa.

—No solo teme por sí misma, sino también por usted, reverendo —prosiguió Claire—. Al campamento de buscadores de oro no quiere volver nunca más y usted no debe ir a verla ni dejar que le vean con ella. Se muere de miedo porque la gente del campamento sabe su nombre.

—Pero ¡solo unos pocos! —la tranquilizó Burton—. Un par de

mujeres, el doctor, algunos de la pequeña congregación. E incluso ellos la llamaban simplemente «miss Kathie». La probabilidad de que alguien la mencione ante Coltrane es mínima.

—Pese a ello, para Kathleen resulta insoportable —señaló Claire—. Debería haberla visto hasta que Sean y Heather por fin regresaron a casa. Tenía un miedo tremendo de que sus hijos se encontraran con Coltrane.

Burton asintió.

—Ya en el campamento estaba

aterrorizada. Sin embargo, por su forma de comportarse se diría que es un buen padre. Su hijo pequeño lo adora.

—Ese también... —Claire se interrumpió. Si alguien tenía que hablar de las relaciones familiares, debía ser la misma Kathleen—. Es idéntico a él —concluyó—. Dele tiempo, Peter. Tiene que superar primero el *shock*.

Peter Burton se frotó las sienes.

—Y yo que pensaba que por fin estábamos empezando a intimar —se quejó—. Se estaba volviendo

más accesible, más vital... —  
Cogió la taza de té, la encontró vacía y jugueteó inquieto con la cuchara.

Claire le sirvió té y luego le colocó una magdalena en el plato.

—Tenga, coma usted, o se adelgazará tanto como Kathie. Desde que se encontró con Coltrane ha perdido más de dos kilos. Todo esto la está consumiendo.

Peter dio un bocado a la magdalena. También él parecía afectado. Tenía los ojos enrojecidos, necesitaba un afeitado

y tenía que cortarse el pelo. Claire decidió enviarlo al barbero, aunque dudaba de que eso cambiara la actitud de Kathleen hacia él.

—En cualquier caso, ahora sabe por qué todos estos años ha estado tan amedrentada y distante —prosiguió—. No tiene nada que ver con usted, Peter, no lo crea. Al contrario, Kathleen lo ama, estoy segura. Pero con esa espada de Damocles encima de su cabeza, ¿cómo va a aclararse?

Kathleen pasó los siguientes

días sin salir de casa. Dibujó un poco, pero no se atrevió a ir a ver a las costureras ni a supervisar el trabajo. Si alguna de ellas tenía dudas, debía ir a visitarla y comprobar desconcertada que su jefa cerraba con tres llaves la puerta de su casa. Mientras todavía estaban de vacaciones apenas dejaba salir a Sean y Heather. A Sean, especialmente, no le quitaba el ojo de encima. Heather, quien apenas recordaba a su padre, porque él se marchaba de viaje con frecuencia, había cambiado tanto en

los últimos años que Ian no la reconocería a primera vista. Tras una mirada más atenta se notaba, por supuesto, que era igual a Kathleen.

Presas del pánico, ella insistió en que su hija llevase sombreros de ala ancha cuando saliera a la calle y que se recogiera el pelo en lugar de llevarlo suelto o con trenzas. Heather se extrañó del cambio que había sufrido su madre; Sean, por el contrario, se mostró comprensivo con ella. Había alcanzado una madurez extraordinaria y era uno de

los mejores estudiantes del nuevo instituto para varones. Se acordaba bien de su padre y su hermano, y comprendía que podían suponer un peligro. Pero también dio a entender a su madre que era imposible que pasaran toda la vida escondidos.

—¿No hay divorcio en Nueva Zelanda, mamá? Tienes que poder deshacerte de él sin... sin atizarlo en la cabeza.

Esta idea alimentó nuevos temores en Kathleen. ¿Estaba tramando su hijo matar a Ian para

ayudarla?

Su corazón se desbocó cuando, dos semanas después del encuentro con Ian, llamaron a una hora un tanto intempestiva. Eran las nueve de la mañana, Sean y Heather estaban de nuevo en la escuela, pero la tienda todavía no estaba abierta. Kathleen y Claire habían disfrutado de un largo desayuno y luego Claire había bajado a decorar la tienda. Y las costureras nunca llamaban antes de las diez.

Kathleen reflexionó sobre si abrir o no, a continuación buscó

inquieta la pistola que Jimmy Dunloe le había proporcionado atendiendo a su petición. Había tenido fuertes discusiones al respecto con Claire, pues esta no quería armas en casa. Pero al final Kathleen se había impuesto, también porque el señor Dunloe había tomado partido por ella.

—Mira, Claire, Kathie necesita sentirse más o menos segura. Ni a ella ni a vuestro negocio conviene que esté sentada en un rincón de la habitación con una manta sobre la cabeza.

Así que Kathleen consiguió su pistola y Dunloe practicó con ella el fin de semana. Metió el arma en un bolsillo de su vestido y abrió apenas la puerta. Era un agente de policía. Kathleen se sintió como una tonta, pero volvió a sobrecogerse cuando pensó qué querría de ella ese hombre.

—¿Mi... mi hijo...?

El joven sargento miró aquel rostro atemorizado y pálido y saludó primero con una educada inclinación.

—Buenos días, señora. Siento

haberla asustado. Sin duda no está acostumbrada a que la policía...

—¿Le ha ocurrido algo a mi hijo? —lo urgió Kathleen aterrada.

El sargento sacudió la cabeza.

—Que yo sepa, no, señora. ¿Es usted la señora Kathleen Coltrane?

Kathleen contuvo su terror y abrió la puerta.

—Disculpe, yo... yo...

—Soy el sargento Jim Potter, de la policía de Dunedin, y debo rogarle que me acompañe a mí o a un compañero hoy o mañana a más tardar a Tuapeka.

Kathleen se tambaleó. ¿Era posible que Ian hubiese mandado a la policía en su busca?

—Tendrá que identificar un cadáver —prosiguió Potter.

Kathleen se apoyó en el marco de la puerta.

—¿El... el reverendo? ¿Peter... Peter Burton?

Potter negó con la cabeza.

—No, no; se trata de un buscador de oro... Por favor, siéntese, señora Coltrane, parece usted muy afectada. Y la noticia que debo comunicarle todavía la

afectará más. Podría ser... es incluso muy posible, que se trate de su marido.

Kathleen actuó como en trance cuando pidió al sargento que esperase a que informara a Claire y se cambiara para el viaje. Tal vez se quedaría un par de días en Tuapeka, informó a su amiga. Sean podía ir si quería, pero ella prefería que se quedase en Dunedin y cuidase de su hermana. Luego metió prudentemente un par de vestidos oscuros en la bolsa de

viaje, pensó también en el dinero y todos los documentos que necesitaba, y casi parecía relajada cuando al final siguió al sargento Potter.

Claire habría querido acompañar a su amiga. Su repentina serenidad le resultaba tan inquietante como su histeria anterior. Pero después se dijo que, a fin de cuentas, Peter Burton estaría allí. Y en el reverendo podía confiar. Antes de permitir que requiriesen la presencia de Kathleen en Tuapeka para

identificar el cuerpo, él sin duda ya se habría asegurado varias veces de que el muerto era realmente Ian Coltrane.

Un par de horas más tarde, Kathleen se encontraba delante de la cámara de frío de la carnicería de Tuapeka, donde habían instalado provisionalmente el cadáver hasta que ella se presentase. Naturalmente ya estaba identificado, pero Peter Burton había insistido en que su esposa se convenciera de que había fallecido. Kathleen debía ser considerada

como viuda y, además, su instinto le decía que ella tenía que ver el cadáver para creer realmente que era una mujer libre.

—¿Está usted preparada, señora Coltrane? —preguntó el sargento con tacto.

Kathleen asintió y lo siguió al interior de la casa de madera. El ataúd con el cadáver parecía fuera de lugar en medio de los bueyes troceados y las patas de cerdo que se conservaban en la cámara. Kathleen temblaba de frío, pero observó el cadáver detenidamente.

Le habían dicho que se había caído por un peñasco. Distinguió arañazos en la piel que, por lo visto, apenas habían sangrado, y una sola herida grave en la sien. Se diría que no había muerto de una caída, sino más bien de un golpe en la cabeza con un objeto contundente. No pudo evitar pensar en Sean. Pero era imposible, el chico solo había estado fuera de casa las seis horas de colegio.

—Se ha golpeado la sien—dijo el sargento Potter, ingenuo—. Quizá contra una piedra. Lo siento, señora

Coltrane, no es una visión agradable. ¿Es su...?

Asintió.

—Es Ian Patrick Coltrane —respondió con calma—. Mi marido. Y me... me gustaría hablar con el reverendo antes de... antes de llevármelo.

Potter la acompañó y Peter Burton cerró la puerta de su despacho detrás de Kathleen. Una de las ventajas de la recién inaugurada nueva iglesia era que tenía puertas, ya no lonas de tienda. El reverendo quiso abrazarla, pero

Kathleen se desprendió de él.

—¿Fuiste... fuiste tú? — preguntó en voz baja.

Burton se la quedó mirando sin entender. Luego comprendió.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre pensar eso, Kathleen? Soy un religioso, yo... Por todos los cielos, ¡claro que se me pasó por la cabeza cuando vi el miedo que le tenías! Pero ¡no de este modo! — Colocó una mano encima de la de ella, que Kathleen retiró de nuevo.

—Entonces, ¿quién fue? — preguntó—. No me cuentes que se

cayó por un barranco, Peter, soy una experta en golpes. Ian Coltrane ejercitó durante años su arte de la guerra conmigo. Sé qué aspecto se tiene cuando a alguien le dan un puñetazo en la sien. Y sé también que uno no suele caerse sobre la sien cuando lo arrojan al suelo. No debe de ser distinto cuando uno resbala o salta. Así pues... ¿quién ha sido, Peter?

El reverendo bajó la vista al suelo.

—Una joven que vive con uno de los buscadores de oro... se

supone que con ayuda del espíritu de una guerrera maorí. En cualquier caso, con una maza de guerra maorí, y sabía utilizarla. Tu... tu marido la había asaltado y violado antes.

Kathleen se mordió el labio. Ignoraba si quería saber más detalles. Peter entendió.

—Además, asesinó a un joven muy querido por miss Portland poco antes, es una historia muy desagradable, y a nadie ayudará que se haga pública. Naturalmente, puedo contártela.

Kahtleen hizo un gesto de rechazo.

—Y ¿entonces él... ella lo tiró por el barranco?

—Con mi ayuda —confesó—. Era una urgencia, Kathleen, te lo juro, no estoy encubriendo a ninguna asesina. Pero es muy importante que el escenario del crimen permanezca en secreto. Y la mujer...

—Ya ha sufrido bastante —concluyó Kathleen cansada—. Lo entiendo. Quizá... ¿le harás saber mi simpatía?

El reverendo se frotó la frente.

—No sabe que tenía más familiares, excepto Colin, claro. Y creo que es mejor así. En caso contrario todavía se preocupará más. Por otra parte, no está aquí. Lava oro más arriba, en las montañas. Oficialmente, no tiene nada que ver con este asunto.

Kathleen asintió.

—Entonces... ahora ¿soy libre?  
—preguntó con voz apagada.

Él asintió.

—Ya no necesitas tener miedo de nada. Y yo... Kathleen... —Se

detuvo un instante y se preguntó si debía aventurarse. Pero ¿de qué servía seguir postergando ese asunto? Y a lo mejor eso la consolaba y tranquilizaba—. No te lo he preguntado porque no quería abrumarte. Sabía que era un secreto. Pero ahora que no hay nada que se interponga entre nosotros... Kathleen, yo te amo. ¿Quieres casarte conmigo? —Y se la quedó mirando esperanzado.

A Kathleen le zumbaba la cabeza. Era demasiado para un solo día. ¿Y cómo podía precipitarse él

de ese modo? Saltó hacia atrás como un caballo asustadizo.

—Peter, ¡ahora no! —susurró—. Es... es muy pronto... Yo... Me gustas, Peter, pero eres un reverendo anglicano, ¡y yo soy católica! Y tengo tres hijos... Oh, Dios, ¡tengo tres hijos! —Kathleen se puso en tensión—. Debo ocuparme de Colin. Todo esto ya será lo bastante difícil. Dame tiempo, Peter. Necesitaré tiempo.

Él se recriminó su precipitación. Debería haberlo previsto. Naturalmente, ella no se

arrojaría ahora mismo en sus brazos. Necesitaría de nuevo lo que él había sido durante tanto tiempo: un amigo, un confidente, un padre para sus hijos. Resignado, se levantó.

—Ven —dijo—. Vamos a buscar a Colin. Se esconde en la tienda desde que encontraron a su padre. Hasta ahora no le he dicho nada de ti. Seguro que se alegrará de verte.

Kathleen lo siguió sin pronunciar palabra, pero al final dudaba. Colin lloraría la muerte de

su padre y todavía más la vida de ella sin ataduras. Probablemente no estaría entusiasmado de volver con su familia.

En los días que siguieron, Kathleen se ocupó del legado de Ian Coltrane, que consistía en una onza de oro, dos caballos —que según Colin constituían una pequeña fortuna, pero según Peter pertenecían a la categoría «matadero o retiro»— y, naturalmente, su hijo. Como había previsto, era un muchacho difícil.

En ningún caso quería regresar con su madre a Dunedin, sino encontrar oro él mismo y llevar el negocio de su padre. Por añadidura, no tenía más de catorce años, por lo que quedaba excluida la posibilidad de dejarlo que se apañara por su cuenta.

Kathleen vendió el oro y el carro entoldado de Ian y le dio los beneficios a Peter Burton como donación por el entierro de su marido y el cuidado de los viejos caballos que tal vez todavía servirían para algo en el entorno de

la casa parroquial. Se marchó con su reticente hijo a Dunedin después de los funerales. Peter Burton insistió en llevarla, pero fue un viaje triste. El chico se obstinaba en no responder a ninguna pregunta y Kathleen iba absorta en sus pensamientos.

Encima, Colin dirigió una mirada malévola a Peter cuando este se despidió de Kathleen con un beso. No cabía duda de que el joven tenía un fino olfato para los sentimientos y relaciones, sospechaba que tras el casto beso

en la mejilla había más de lo que su madre le dejaba saber. Peter Burton puso su caballo rumbo a Tuapeka. Kathleen se había librado de Ian Coltrane, pero Colin aguardaba con impaciencia ocupar su puesto. No en el corazón de su madre, sino ahí donde se hallaba su miedo.

A partir de entonces se demostró que eso no era tan fácil, también porque Sean no estaba dispuesto a dejar pasar las insolencias de su recuperado hermano. Representaba el papel del hombre de la casa, lo que divertía a

Kathleen y Claire, aunque no simplificaba la vida en común con Colin. Este se había acostumbrado en los últimos años a hacer más o menos lo que le apetecía. La vida ordenada en familia con Kathleen y Claire, el trato amable al que estaban habituados los niños y, sobre todo, la asistencia regular a la escuela no le entusiasmaban. El profesor enseguida se quejó a Kathleen: Colin molestaba, decía impertinencias y hacía novillos.

Sean informaba en casa de las malas notas de su hermano y

además tenía que escuchar las quejas contra Colin. Si bien los profesores señalaban que no le afectaban a él, era una pesadez. Muy pronto, Sean se sintió incapaz de soportar más el comentario «A lo mejor podrías influir en tu hermano», y aún menos por cuanto sus intentos al respecto habían tenido como consecuencia unas peleas tremendas. Colin lo vencía sin esfuerzo, tenía mucha más práctica en pelear con los puños que el empollón de Sean.

Tampoco

Peter

Burton

conseguía nada, pese a que se pasaba tan a menudo como le era posible y trataba de establecer una relación de confianza con Colin como la que tenía con Sean y Heather. Colin no quería subordinarse: ni a los profesores, ni al reverendo anglicano, ni al sacerdote católico y, desde luego, tampoco a su madre y su hermano. Al final, Kathleen comprendió que Colin era inaguantable en la escuela.

—Intentemos que aprenda un oficio —dijo suspirando, y, con

ayuda del párroco, se dirigió a Donny Sullivan, el irlandés propietario del establo de alquiler.

Colin entendía de caballos y Kathleen esperaba que le gustase trabajar con animales. El pequeño y gordo Sullivan —antes un devoto feligrés de Peter Burton, pero ahora miembro de la recién fundada comunidad católica— también estaba dispuesto a aceptar al chico. Podía dormir en el establo, ayudarle con los caballos y montar a diario. Muchos de los que dejaban a sus animales con Sullivan

tenían negocios en la ciudad y no podían mover de forma periódica sus monturas. Sullivan estaba muy contento de contar con un joven diestro con los animales.

Al principio, Kathleen estaba algo escéptica, pues Sullivan comerciaba al mismo tiempo con caballos, pero tanto Peter como el padre Parrish, el sacerdote católico, la tranquilizaron. Donny Sullivan era todo lo honesto que uno podía ser en su oficio. Claro está que a un rico señorito de ciudad que no entendía nada de

caballos le pedía un precio más elevado de lo que valía el caballo, o le ponía al mulo dos años menos de los que tenía. Pero no hacía chanchullos ni timaba a nadie con un animal demasiado pequeño o grande, demasiado brioso o perezoso. Sullivan tenía muchos clientes satisfechos y se sentía orgulloso de ello.

Hasta que contrató a Colin Coltrane. Tres meses después, el propietario del establo de alquiler se presentó en casa de Kathleen para explicarle abatido por qué iba

a despedir al joven.

—No es que no entienda de caballos, señora Coltrane —dijo—. Al contrario, el chico sabe más que yo. Pero, por desgracia, nada que deba saber un hombre honrado. Tengo que estar evitando todo el rato que lime la dentadura de los caballos para que parezcan más jóvenes y que no trabaje las herraduras y así su paso parezca más elegante. Conoce todos los trucos de un tratante de caballos y no entiende por qué yo no los utilizo. Trata a los animales algo

duramente, pero eso no es preocupante. Pero ¡no puedo dejarlo solo con los clientes! En cuanto habla con ellos, les señala todos los defectos de sus caballos. ¡Y qué labia tiene! La mayoría quiere cambiar su caballo al momento. La mayor parte por algún semental joven y medio indómito que, por supuesto, tiene un aspecto muy elegante cuando el chico le da un paseo de demostración. Pero luego derriban a los jinetes de domingo. ¡Y luego tengo yo que dar la cara cuando el honrado zapatero

se rompe la crisma con el caballo! Lo siento, señora Coltrane, pero el chico miente más que habla. Ayer vendió al viejo Monty Robs, ya sabe, el buscador de oro que ahora quiere instalarse como granjero en Waikouaiti, el caballito que había previsto para la hija de miss Claire.

Kathleen asintió. Chloé iba a recibir un poni de regalo de cumpleaños y Claire llevaba semanas buscando el animal adecuado. Pensaba haberlo encontrado en el pequeño zaino colorado de Donny.

—Le contó a Monty que con ese animalito podría arar toda la granja y que apenas comía.

Kathleen rio con tristeza. Se acordó del burrito de Matt Edmunds. También Donny Sullivan sonrió. No podía resistirse a una mujer bonita, y Kathleen estaba espléndida cuando sonreía. Pero ¡no por ello iba a quedarse con su descarriado hijo!

—En cierto modo es divertido y también podría decirse que el tonto de Monty no se merece otra cosa. Pero el hombre ha confiado en

nuestro consejo y se le ha timado. Esto es así. Y si lo va contando por ahí, arruinará mi buena reputación. Así que ahora tendré que ir a Waikouaiti, convencerlo de que ese caballo no es el bueno y cambiárselo por un mulo que ya tenía apalabrado para otro cliente. Por otra parte, costaría cien libras más que el alazán, pero, naturalmente, no puedo pedirle un recargo a Monty, no lo entendería. El chico me cuesta cien libras, un día de trabajo y casi mi buen nombre. Es demasiado, señora. Lo

siento.

Por supuesto, Colin no entendió las razones de Sullivan. Al contrario, insultó groseramente al hombre y su necesidad. Jimmy Dunloe, a quien Kathleen expuso sus cuitas, le aconsejó que optara por un oficio que no tuviera nada que ver con caballos.

—Por lo que veo, su chico es listo pero anda descarriado. Si lo desea, Kathleen, me lo quedo como mozo de los recados. Puede llevar de un sitio a otro un par de expedientes, también realizar

encargos fuera del banco. Cuando se dé cuenta de que confían en él, se portará mejor.

Si bien Kathleen dio las gracias al banquero, no creía demasiado en el éxito de sus medidas. Al fin y al cabo, una de las estrategias más importantes de Ian consistía en crear confianza para aprovecharse después.

—No le dé dinero —advirtió al amigo de Claire—. Me sabe mal tener que decirlo de mi propio hijo, pero no confío en él.

Tenía razón. Un mes más tarde, Jimmy Dunloe despidió a Colin supuestamente a causa de su falta de amabilidad con los clientes y su lentitud en los encargos. Jimmy confesó a Claire que también habían desaparecido de la caja pequeñas cantidades de dinero desde que había contratado al joven.

—Pero no se lo contaremos a Kathleen. Bastante inquieta está ya con él —señaló.

Dunloe observó cierta reserva desde ese día, pero para alivio de

Kathleen todavía estaba la comunidad católica y el severo pero sumamente enérgico padre Parrish. En el transcurso del siguiente año, Kathleen recurrió en repetidas ocasiones a la ayuda del menudo y beato sacerdote para que Colin hiciera de aprendiz en una tienda de ultramarinos, luego con un zapatero y al final con un comerciante de material de construcción. Para ello tuvo que estrechar a la fuerza sus vínculos con la comunidad católica, lo que desagradaba tanto a Claire como a

Peter.

—Por Dios, Kathleen, te estás convirtiendo en una auténtica mojigata —protestó Claire cuando un domingo por la noche Kathleen asistía a misa por segunda vez—. ¡Y esas continuas misas de difuntos por Ian! ¿Cuántas has encargado ya? ¿Cincuenta? ¿Cuándo has hablado con Peter por última vez? ¡Necesitas una dosis de Darwin en vez de tanta Biblia!

—El padre Parrish abomina de Darwin —replicó Kathleen para cambiar de tema. Estaba delante del

espejo y se esforzaba por esconder el último de sus bucles dorados bajo una capota oscura muy poco atractiva—. En cuanto a Ian, era con toda certeza un pecador. El padre Parrish dice que su alma inmortal...

Claire puso los ojos en blanco. Se estaba preparando para asistir a un concierto con Jimmy Dunloe y llevaba un vestido de noche verde oscuro adornado con pedrería.

—¿Te refieres a que encargando misas impides que vaya al infierno? ¡Vaya, pues sería una injusticia que

eso se comprase! ¡Kathleen, despierta! Eso solo sirve para la caja de ese sacerdote y además te causa remordimientos. ¡Siempre lo intentó, acuérdate de cómo quería convencerte para que volvieras arrepentida con Ian!

Kathleen se encogió de hombros y se cubrió con un velo negro. Seguro que no era a propósito, pero el luto le quedaba muy bien. Realzaba su tez de alabastro y acentuaba su esbelta figura.

—Es el único que todavía se

ocupa de Colin. Ya no hay quien lo contrate. Sin el padre Parrish... ¿Y qué efecto produce que me reúna con un reverendo anglicano? ¡Si me ven con él! ¡Bastante tengo con que Colin esté arruinando mi reputación!

Claire movió la cabeza sin entender. Fuera como fuese, el padre Parrish había conseguido adoptar el papel de Ian en la mente de Kathleen. Le infundía un miedo creciente; aún más, la culpabilizaba de que Colin se hubiese convertido en lo que era. Si su madre no lo

hubiese abandonado, según el parecer del cura, su educación habría sido distinta.

Como era comprensible, el comportamiento de Kathleen hería a Peter Burton. La mujer no podía evitarlo del todo porque Claire lo invitaba con frecuencia a la casa que compartían las dos, pero ante él se mostraba reservada y lacónica. Cuando el vino que había llevado y la animada conversación entre Jimmy, Claire y Peter parecían romper la armadura de Kathleen,

enseguida hacía acto de presencia Colin, cuyas miradas de refilón parecían abrasar a Kathleen y Peter.

Colin conocía bien la turbación de su madre y no se reprimía a la hora de utilizar como arma su conocimiento sobre la supuesta relación de ella con el anglicano. Al final la censuró incluso en público después de que volvieran a despedirlo. Su último maestro de oficio, un comerciante de artículos de ferretería, intentó formular diplomáticamente los motivos de ello frente a Kathleen. Pero no pudo

evitar aludir a que Colin había metido la mano en la caja.

Ella asintió e hizo un gesto de rechazo.

—Mi hijo es un maleante, señor Ritchie, puede usted decirlo claramente —dijo cansada—. Estoy harta de oírlo, y comprendo su decisión.

—¡Y mi madre se entiende con un protestante! —graznó Colin, mirándola con odio—. Los domingos va a rezar, pero los lunes cuando el reverendo llega se besan.

Kathleen reaccionó

instintivamente y le propinó un bofetón para hacerlo callar, pero el señor Ritchie y su esposa intercambiaron miradas escandalizadas. Pronto se propagarían los rumores al respecto.

A continuación, Colin se marchó a ver a unos amigos, mientras Kathleen se desfogaba llorando con Claire y Jimmy Dunloe.

—¿Qué tengo que hacer con él?  
—Sollozaba—. Después de esto nadie querrá volver a darle trabajo.

Y lo de Peter... ¡Nunca lo he dicho en confesión! ¿Qué pensará de mí el padre Parrish? Tengo que...

—¿No pensarás de verdad en ir corriendo a ver a ese cura y decirle que le has dado un par de besos en la mejilla a Peter? —preguntó horrorizada Claire.

—No fue en la mejilla, yo... — Kathleen empezó una confesión más larga, pero Jimmy Dunloe la interrumpió.

—Kathleen, solo a usted le incumbe si va a confesarse y qué quiere confesar —apuntó sereno—.

Pero en lo referente al chico, me gustaría darle un consejo. Mire, en todas las familias hay ovejas negras. En las clases bajas se convierten en criminales, y Colin está en camino de serlo. Sin embargo, en la alta sociedad hay otras posibilidades, y, por lo que sé de su negocio, podría recurrir a ellas. Envíe al joven a un buen colegio inglés, o aún mejor, a una academia militar. Yo me informaré acerca de los mejores internados.

—¡Pero si ni siquiera quiere ir a la escuela del pueblo! —objetó

Kathleen.

Dunloe movió la cabeza.

—Kathleen, él no es quien decide. Y una carrera militar quizá le resulte más de su agrado que una formación académica. En cualquier caso, esta es su última oportunidad. Aquí empeorará y usted no podrá impedirlo.

—Pero ¡nosotros somos irlandeses! —susurró Kathleen—. ¡No puedo convertir a mi hijo en un militar inglés! ¡Son... son nuestros enemigos! Sería una traición, sería...

—¿Todavía peor que besar a un reverendo anglicano? —intervino Claire.

—¡Tampoco aceptarán a irlandeses! —se empecinó Kathleen.

Dunloe frunció el ceño.

—A lo mejor existe una academia militar irlandesa, aunque lo dudo. Pero podría ayudarla. Claro que solo si usted lo desea. Por otra parte, en lo que a mí respecta, ya se me ha endurecido la piel. Yo me quedo en Nueva Zelanda y en cuanto sea posible —

sonrió a Claire— me casaré con una divorciada. Ya no nos importa que el hijo sea ilegítimo o descarriado. Podemos registrar a esa perla como Colin Dunloe. Un británico de buena cepa de una de las mejores familias. Si bien no tendrá derecho a heredar, eso lo pondremos por escrito. Él mismo tendrá que amasar su propia fortuna.

Kathleen retuvo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos e hizo una mueca compungida. Era un ofrecimiento sumamente

generoso, pero entonces su hijo crecería con un nombre falso.

—Es... es muy amable — musitó—. Solo que... ¡el ejército británico lo descubrirá! Seguirá siendo irlandés.

Claire levantó la vista al cielo.

—Kathleen, no querrás rechazar una oferta así, ¿verdad? ¡Precisamente el ejército británico! ¡Ya han domado a otros irlandeses testarudos!

Kathleen la miró indignada, pero no podía negarse. Si rechazaba la oferta de Dunloe,

Colin acabaría algún día en la cárcel. Cabía preguntarse si no sería eso más digno que acabar en el ejército británico... Sin duda, Ian así lo habría considerado. Él seguro que habría utilizado su posición en el ejército como trampolín para endosarle a la reina un caballo cojo. Kathleen sonrió ante la idea.

—¡Consúltelo con la almohada!  
—sugirió Dunloe cordialmente—. Pero ya le digo que no se nos ocurrirá nada mejor.

Un par de semanas más tarde, Colin Dunloe Coltrane viajaba hacia Woolwich, Londres, con sus flamantes documentos de súbdito inglés, para entrar en la Real Academia Militar. La formación le entusiasmaba poco, pero Londres y una provechosa carrera militar le parecían una opción de futuro aceptable. El patriotismo irlandés no se interponía en su camino. Aunque su padre siempre había soltado improperios contra los ingleses, les había profesado cierto respeto. Los ingleses eran los

vencedores. Habían ganado y ocupado Irlanda. Su reina gobernaba la mitad del mundo. A Colin le atraía su poder, también él quería reinar. Y si para ello tenía que hacerse inglés y vestir el uniforme rojo, no pondría ningún inconveniente.

## 2

Lizzie pasó en el yacimiento de oro maorí el verano más hermoso de su vida. Michael y ella habían montado la tienda por encima de la cascada, y por las mañanas se quedaban embelesados ante la visión de las montañas y los pequeños lagos que caracterizaban el paisaje de Otago. En los días claros casi alcanzaban a ver

Tuapeka. La vida en la ciudad de buscadores de oro, el asesinato de Chris Timlock y la muerte de Ian Coltrane parecían a esas alturas estar muy lejos. Lizzie y Michael vivían de la caza y la pesca, sobre todo de esta última, pues no había conejos ni liebres. El comportamiento singular de las aves de Nueva Zelanda seguía siendo para Michael un enigma que le impedía una buena caza. Los cereales y verduras que necesitaban los obtenían de los maoríes y el oro que extraían lo guardaban en un

escondite bajo las rocas junto a la cascada. Eso no suponía un gran riesgo, puesto que nadie conocía el lugar, salvo el reverendo y los ngaitahu. Michael no necesitaba desplazarse a la ciudad para llevar el oro al banco. Con ello habría llamado la atención, pues las provisiones de oro de Lizzie y Michael crecían rápidamente, aunque no trabajaban tanto como los buscadores de Tuapeka. Por lo general solían dormir tranquilamente, se ponían luego manos a la obra y empleaban el

mediodía para hacer el amor y echar una siestecita después. Lizzie disfrutaba de las caricias de Michael y sus muestras de cariño. Ahora le pertenecía solo a ella, parecía haberse olvidado de Kathleen. Sin embargo, Lizzie no lo había tenido fácil. Un par de días después de la muerte de Coltrane, le había preguntado a Michael, incluso a pesar suyo, si no quería adoptar a Colin.

—Tengo mala conciencia porque le he arrebatado a su padre —admitió—. Y sigue siendo el hijo

de tu Kathleen.

Michael sacudió la cabeza.

—Pero ¡no mío! —exclamó con determinación—. Coltrane se ha ganado lo que se merecía, no tiene que darte pena. Y en cuanto a Colin: siento que haya perdido a sus padres, pero nosotros tenemos que empezar de nuevo. Y él no es precisamente el hijo que Kathleen y yo habríamos deseado.

Lizzie se alegró de la decisión, pero siguió informándose a través de Peter Burton del paradero del muchacho. El reverendo la

tranquilizaba con la vaga explicación de que el muchacho había encontrado asilo en una familia de Dunedin. Opinaba que debía cargar lo menos posible a Lizzie y Michael con el recuerdo de Coltrane, y Michael parecía compartir ese parecer. Ninguno de los hombres tocaba el tema de los Coltrane cuando Peter visitaba a la pareja en el yacimiento de Lizzie, visita que realizaba cada dos semanas. Consideraba a la muchacha como a una feligresa y se preocupaba por la salud de su alma.

En efecto, a esas alturas, estaba claro que Lizzie dedicaba más tiempo a los espíritus maoríes que a las oraciones cristianas. Conservaba la tradición de pedir perdón a la tierra por extraer el oro y en su actual ensueño amoroso daba las gracias a Papa y Rangi por la felicidad que sentía en brazos de Michael. Este participaba voluntariamente en ello. A partir del santo Wendelin y de su apoyo en el esquileo estaba acostumbrado a esos hábitos.

Pero había otras cosas que

enturbiaban su felicidad con Lizzie, en especial cuando las provisiones de oro crecieron y Lizzie empezó a hablar de dejar el yacimiento. Ya tenían dinero casi de sobra para permitirse una gran granja en las llanuras, además de un negocio para Ann Timlock, quien se había puesto en camino hacia Nueva Zelanda con sus hijos. La esposa de Chris no encontraba consuelo por la muerte de su marido y quería ver al menos su tumba. Además, esperaba que el nuevo país deparase más oportunidades a sus niños.

Probablemente se instalaría en Dunedin, abriría alguna tienda y los enviaría a la escuela.

Michael habría seguido explotando el yacimiento, pero Lizzie le reprendía diciendo que no debía ser codicioso y romper el pacto con los maoríes. Habría podido aceptar abandonar ya la mina, lo que le causaba problemas era su posición frente a Lizzie. Quería casarse con ella, no tenía duda de que la amaba. Pero ¿era esa relación realmente una idea suya? Mientras, siguiendo las

indicaciones de Lizzie, Michael continuaba trabajando con prudencia en el yacimiento, dispuesto a explotarlo y dejar de hacerlo cuando ella lo determinase, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Era un hombre, Kathleen lo había adorado. En Irlanda era respetado y se hablaba sin duda todavía hoy de su golpe con los cereales de Trevallion. En América, con Kathleen, podría haber hecho fortuna. Pero desde que había conocido a Lizzie, parecía no hacer otra cosa que

bailar al compás que ella marcaba.

Claro que ella le había ayudado. Primero en el barco y después a escapar, por lo que le estaría eternamente agradecido. Pese a que los métodos que ella había utilizado para ello seguían sin ser de su agrado. Pero eso pertenecía al pasado, Michael estaba decidido a olvidar que Lizzie había sido una prostituta. Más tarde había vuelto a encontrarla y ella se había interpuesto de nuevo en su camino. Claro que habían salido airosos. La

destilería de whisky había aportado más beneficios que el esquila de ovejas. ¿Le había faltado perspicacia? Su viejo amigo, el maorí Tane, ya dirigía cuadrillas de esquiladores en las llanuras y se ganaba muy bien la vida. Dado que cada vez había más ovejas, estas solían confiarse a profesionales del esquila. No había barón de la lana que pusiera a sus propios pastores a cortar la lana de sus animales, ya tenían bastante con conducir las ovejas hasta los profesionales de las tijeras. Tane y sus hombres

trabajaban duro tres meses al año, el resto del tiempo disfrutaban de la vida. Michael también habría podido vivir de ese modo con holgura.

Y después los yacimientos de oro. Se había esforzado, había trabajado con Chris como un loco, sin grandes resultados hasta que intervino Lizzie. Para todos, Michael no era más que el apéndice de ella. Los maoríes apenas se percataban de su presencia e incluso para el reverendo, cuando los visitaba, interpretaba un papel

secundario. Peter Burton hablaba con Lizzie sobre la Biblia, sobre espíritus y demonios, y ella tenía más cosas que decir que Michael, cuyas clases de religión con el padre O'Brien se remontaban a un cuarto de siglo atrás. A lo mejor Burton también se preocupaba porque ella era culpable de la muerte de Coltrane, pero Michael podía prescindir del reverendo. Sin embargo, lo de los maoríes lo sacaba de quicio.

Lizzie visitaba su *marae* con frecuencia e insistía en que Michael

la acompañase. La tribu tenía que conocerlo y aceptarlo, afirmaba, pero él tenía la sensación de que la gente se burlaba de él. Los hombres le invitaban a sentarse junto a la hoguera y eran corteses con él, pero no se tomaban la molestia de practicar con sus escasos conocimientos de inglés. En sus canciones, historias y representaciones escénicas, por el contrario, Michael creía reconocer con frecuencia parodias sobre los buscadores de oro, los comerciantes y enamorados

*pakeha*, y se sentía aludido. A los maoríes no parecía importarles y lo trataban solícitamente. Pero no era como con la tribu de Tane, en la que admiraban los conocimientos de Michael sobre la crianza de las ovejas y el adiestramiento de los perros y se le otorgaba estatus de *tohunga*. Ahí él solo era el acompañante de Lizzie, provisto a lo sumo del mismo *mana* de su caballo o de su perro.

A ella, por el contrario, los aborígenes la trataban con profundo respeto. Michael no tenía ni idea de

si sabían sus vínculos con la muerte de Ian Coltrane o cómo lo habían averiguado, pero al menos su sacerdotisa, Hainga, no se cansaba de alabar su compromiso con la tierra de los ngai tahu.

Cuando en una ocasión, Michael preguntó chapurreando, le dijeron que Hainga había escuchado ese día el *karanga* de Lizzie, lo cual, según le explicó Tonga, era el nombre que recibía un grito de invocación de los dioses. Michael no conseguía imaginárselo. El campamento maorí se encontraba

a varios kilómetros de distancia de la cascada.

En cualquier caso, Lizzie se había ganado un enorme *mana* y era tratada consecuentemente. Los hombres y mujeres se esforzaban por ganarse sus favores, se alegraban cuando jugaba con los niños de la tribu y sus regalos, mantas y utensilios de cocina que había llevado de Tuapeka se consideraban como un honor, como si fueran de oro y diamantes. Hasta el jefe hablaba con ella. Le pedía consejo cuando tenía que hacer

tratos con los *pakeha*. Lizzie todavía aumentó su *mana* cuando trasladó sus preguntas al reverendo, quien las consultó a un abogado de Tuapeka. Así pues, podía facilitar datos inteligentes y basados en una información creíble y ayudaba de ese modo a la tribu.

Lo peor para Michael fue cuando un *hapu* amigo, otro grupo familiar de los *ngai tahu*, visitó la tribu junto al río Tuapeka. Invitaron para la ocasión a Lizzie y, claro está, a su marido. Michael siempre tenía la sensación de que exhibían a

los dos *pakeha* amigos como si fueran perritos amaestrados. Ese era un día de esos.

—¿Tengo que acompañarte? — preguntó Michael enfurruñado cuando Lizzie le comunicó la invitación.

Ella se estaba poniendo, a ojos vistas complacida, el vestido de fiesta maorí que las mujeres de la tribu le habían regalado. En invierno, la ropa *pakeha* se ajustaba mejor al clima, pero para la danza estival las mujeres llevaban las faldas de lino

endurecido, que al moverse producían un extraño susurro. Además, se ponía una parte superior corta con los estampados de la tribu.

—¡Claro que tienes que venir!  
—respondió—. Es una ceremonia con extensos *powhiri*, se prolongará durante horas. Pero luego hay comida y baile, una auténtica fiesta. Tomaremos whisky con ellos, ¿no? Anda, no pongas esa cara, cariño, el reverendo ya nos traerá más cuando pase por aquí. Y ofreceré mi última botella de vino.

A Hainga le encanta el vino.

Desde que Lizzie nadaba en oro, se permitía comprar tanto vino de Dunedin como el reverendo estaba dispuesto a cargar pendiente arriba. Para su desdicha, solía llevar más whisky. Pero Lizzie disfrutaba siempre que podía de las carísimas botellas que, por lo general, procedían de Francia, Alemania o Italia. Las abría despacio, las decantaba como antes en casa de los Busby y luego las compartía con Michael. Aunque este no les prestaba demasiada

atención.

Las dos últimas botellas de las reservas de whisky estaban destinadas, para disgusto de Michael, a los *ngai tahu*, a quienes tanto les gustaba beber. El mismo Michael solo disfrutaría de un par de tragos. Se mentalizó para pasar un día enervante, pero esta vez se vio gratamente sorprendido. No era el único que llevaba whisky como obsequio, los visitantes también habían aportado unas cuantas botellas. Y conocía a la mayoría de hombres de los *hapu* migrantes. La

tribu procedía de Kaikoura y, antes de que la fiesta se iniciara de forma oficial, Tane dio un abrazo a su viejo amigo de la época en que cazaba ballenas, al tiempo que daba gritos de júbilo.

—¡Hablamos más tarde! —dijo a Michael, mientras los jefes y los ancianos se saludaban.

Tane llevaba décadas viviendo entre *pakeha* y habría reducido el saludo a un breve frotamiento de narices y unos tragos de whisky. Sin embargo, tenía sus deberes tradicionales con el *haka*. Después

de rezar juntos, Tane cogió su lanza y bailó el *wero*: mediante unos movimientos específicos daba a conocer que su tribu venía con intenciones de paz y no de guerra. Tane mostraba su posición de guerrero prominente, lo que alegró a Lizzie. Si era realmente el mejor amigo de Michael, el *manu* de este aumentaría ampliamente en la tribu.

En efecto, cuando al terminar se sentó junto a Tane en el banquete, lo miraban con más respeto. Al final fueron los últimos que permanecieron junto a la hoguera,

cuando ya todos se habían retirado a sus tiendas o dormitorios comunitarios. Lizzie durmió en la cabaña separada de la *tohunga*, lo que suponía para ella un gran honor. ¿O acaso la anciana quería evitar que compartiera lecho con Michael delante de la tribu? Lizzie tenía la sensación de que a la sacerdotisa no le gustaba su relación con él.

—Hay nubes sobre ti y ese hombre —dijo enigmática cuando la joven le preguntó abiertamente—. Los dioses no os rechazan, pero no veo una felicidad sin límites.

Dos fuerzas pelean por ti.

—¿Por mí? —preguntó Lizzie desconcertada. Hainga, sin embargo, no dijo nada más.

Michael, más cómodo en lo tangible y con la lengua más suelta gracias al whisky, encontró en Tane un confidente menos hermético.

—¿Cómo lo hacéis en las tribus? —preguntó, pidiendo consejo al guerrero maorí, mientras el fuego se consumía lentamente—. Con las mujeres, quiero decir. Dejáis que se conviertan en

*tohunga*. Nada funciona si al menos una no grita durante el *powhiri*. Les dais armas, pero ellas permanecen donde les corresponde. Los hombres cazan y pescan, las mujeres cocinan y tejen, y el jefe dice lo que hay que hacer. ¿Por qué con Lizzie es distinto? ¿Por qué hace lo que se le antoja?

Tane frunció el ceño.

—Jefe no dice cómo comportarse —corrigió—. Lo dice *tikanga*, costumbre. Muchas veces también *tohunga*, a veces hombre, a veces mujer, depende del *mana*. Y

el jefe tiene mucho *mana*.

—Entonces, el truco consiste en... ¿tener más *mana* que tu esposa? —preguntó Michael.

Tane asintió, aunque con los labios contraídos.

—Sí. Pero también la mujer con *mana* respeta la *tikanga*. Y *tikanga* dice: hombre, guerrero; mujer, hijos. También depende de la época. Cuando es mala, la mujer también guerrera, también pescadora, también cazadora. Pero cuando es buena, todo como siempre.

Conque así era. Al menos, achispado como estaba, encontró convincente la explicación, y Lizzie también lo entendería. Michael y Lizzie habían pasado épocas malas, ella había tenido que utilizar su *mana* —fuera lo que eso fuese— para salir adelante. Pero ahora comenzaba un período bueno y Michael debía determinar por dónde tenían que ir las cosas. ¡Como dictaba la costumbre!

En lo tocante a cocinar, tejer, luchar y cazar, las costumbres de los maoríes y los *pakeha* eran muy

similares. Michael decidió abordar el tema la semana siguiente.

La oportunidad surgió cuando Lizzie volvió a pesar y calcular el oro que poseían. Y tuvo que admitir que ya era suficiente. Por mucha pena que sintiera por ese verano de ensueño en las montañas, había llegado el momento de desmontar el campamento.

—¡Estupendo, entonces iré a las llanuras y buscaré un terreno! — anunció Michael, entusiasmado. Esperaba que no se produjera

ninguna discusión.

—¿Tú solo? —preguntó Lizzie asombrada—. ¿No deberíamos hacerlo juntos?

Él sacudió la cabeza.

—Cariño, con tu manera de montar... —Esperaba que su sonrisa indulgente quitara hierro a esa crítica—. ¡Ni en tres meses llegaríamos a las llanuras!

Lizzie frunció el ceño.

—Pero podemos ir en el carro. Bajamos a Tuapeka y volvemos a enganchar a *Brownie*. No creo que haya olvidado cómo funciona.

Michael rio de la ocurrencia.

—¿Cómo va a olvidarse un caballo de tirar un carro, Lizzie! Pero el carro también nos demorará. Con el caballo blanco iré más rápido.

Lizzie se quedó pensativa.

—¿Tenemos prisa? —preguntó asombrada—. Es febrero, acaba de empezar el otoño. Todavía pasarán semanas antes de que haga frío y llueva tanto como para no poder viajar. Y las carreteras que rodean Christchurch ya deben de estar bien pavimentadas, por unas cuantas

gotas que caigan no pasará nada. Y en cuanto a la granja, de todos modos tendrás que consultar con alguien.

Michael empezaba a enfadarse. De acuerdo, no había creído que ella fuera a aceptar sin poner ninguna objeción. Pero que ya hubiera vuelto a reorganizarlo todo, ¡era demasiado! ¡Él no necesitaba ayuda para comprar un terreno! ¡Seguro que ella hasta sabía a quién consultar!

—Había pensado negociar directamente con los ngai tahu —

señaló Michael.

Lizzie asintió paciente.

—Es otra posibilidad. Pero entonces seguro que me necesitas. Tu maorí...

—Por Dios, Lizzie, ¿es que no entiendes que por una vez me gustaría hacer algo solo? —estalló Michael. Le brillaban los ojos de indignación—. Si te presentas ante los maorís, enseguida volverán a desplegarle una alfombra roja, cantarán y bailarán hasta caer rendidos, y luego es probable que pongan sus tierras a tus pies.

La joven no entendía.

—¿Y? —preguntó—. ¿Qué tiene eso de malo? Si nos hacen un buen precio porque tengo amigos en las tribus, tanto mejor para nosotros. Podremos comprar más ovejas, construir una casa muy bonita y...

—¿Y si yo prefiero una casa que ya esté construida? —replicó Michael.

—Entonces no necesitas negociar con los maoríes, ellos tendrán como mucho una casa de asambleas que ofrecerte —contestó

riendo Lizzie—. ¿Qué ocurre, Michael? ¿Te ha puesto algo de mal humor?

—¿De mal humor? ¿A mí? No serás tú quien consiga que yo me ponga de mal humor. Antes de que ocurra, ya lo habrás solucionado. ¿Es que no puedes mantenerte por una vez al margen? ¿No puedes dejar que yo haga algo alguna vez?

Lizzie pareció ofenderse. No entendía qué le ocurría.

—Pero, Michael, viviremos los dos en la casa. Y el terreno será para nuestros hijos. Por qué quieres

ir solo...

—¡Porque es la costumbre, Lizzie! *Tikanga*, si lo prefieres. ¡Es el hombre quien acoge a la mujer en su casa! El hombre construye el nido, la mujer incuba, ¿no lo comprendes?

Ella sacudió la cabeza. Unas arrugas verticales cruzaban su frente.

—¿Que yo tengo que... incubar? Pero hasta ahora lo hemos hecho todo juntos.

Michael estalló. Lizzie había metido el dedo en la llaga.

—¿A esto lo llamas «juntos»?  
¿Cuando yo bailo al compás que tú  
marcas? ¡Yo tengo otra idea de lo  
que es hacer las cosas juntos! —Y  
empezó a empaquetar sus cosas.

Lizzie había perdido la  
paciencia. Si tanto quería  
discutir...

—Pues, tan malas no han sido  
mis ideas —señaló cortante—. ¡Si  
ahora tienes seis libras de oro puro  
para construir un nido!

—Sabía que algún día me lo  
echarías en cara. —Michael metía  
desordenadamente su ropa en las

alforjas—. ¡Pues ahora me toca a mí! ¡El criador de ovejas soy yo, Lizzie! Yo encontraré nuestra casa y nuestra tierra, yo compraré los animales y yo...

—¡Espero que entiendas más de lana que de oro! —le soltó ella—. No tengo ganas de limpiar mierda de oveja. Ya tengo suficiente con estar siempre peleándome con la tuya. Desde una fuga delirante de Australia en bote de remos hasta toda aquella majadería por Mary Kathleen.

Michael le lanzó una mirada

iracunda.

—No te olvidas de eso, ¿eh? Que tuve la insolencia de interesarme por una chica que no fueses tú. Y además de una que te llevaba ventaja. ¡Una chica dulce, bonita y virtuosa!

Lizzie se puso en pie. Hasta el momento no se había tomado demasiado a pecho la pelea. Pero ahora sus dulces ojos azules empezaron a lanzar chispas.

—¡Pues mejor que no compres ninguna casa, Michael! Mejor coges el dinero y fundas una iglesia. ¡Por

el espíritu de la maravillosa Mary Kathleen! ¡A lo mejor hasta consigues que la beatifiquen! Pero seguro que es más caro que seis libras de oro. Así que tendrás que esquilar ovejas o cazar ballenas u ocuparte de algo con lo que hacerte rico sin esfuerzo y sin mí. ¡Vete al diablo, Michael Drury! ¡Y no vuelvas hasta que dejes tus espíritus donde les corresponde!

Michael puso una expresión de congoja. Ella tenía razón, claro, él había ido demasiado lejos. No debería haberla comparado con

Kathleen. Ni siquiera...

—Lizzie... Lizzie, lo siento. Te quiero a ti. —Intentó abrazarla, pero ella lo rechazó.

—¡No te creo, Michael! —dijo con calma—. Lo piensas, pero en el fondo... yo no he sido más que un parche. Y no puedo competir con un espíritu. Así que lárgate. Búscate una casa, construye un nido, una iglesia o un corral, puedes llevarte todo el dinero salvo el que le corresponde a Ann, claro. Yo conseguiré un poco más y luego...

—¡Lizzie, no te vayas! —

suplicó él—. No era mi intención, no quería hacerte daño, yo... yo solo quería hacer algo por mí mismo...

Lizzie recordó las palabras de la anciana Hainga. No pudo remediar decir algo más cuando se marchaba.

—Vete y aumenta tu *mana*, Michael —suspiró—. Si es eso lo que tienes que hacer. Tal vez lo aumentes estando al servicio de los espíritus, ¿quién sabe? Yo me quedaré un poco más con la tribu. Hainga me lo ha pedido, así que le

haré el favor. A lo mejor todavía puedo aprender algo. Pero ¡no más de un par de meses, Michael! Hasta el invierno. Si para entonces no has vuelto liberado del espíritu de Mary Kathleen, me buscaré lo que sea por mi propia cuenta.

Lizzie no dejó que le diera un beso de despedida. Se quedó sentada y en silencio hasta que él hubo reunido sus pertenencias y ensillado el caballo. Cuando lo oyó alejarse, se levantó y se dispuso a subir al poblado. Pensó en cómo la guiaban los espíritus. Vivir con los

maoríes, podría haberlo hecho más de diez años atrás. Pensó en Kahu Heke, para quien ella había sido como una reina. Ya hacía tiempo que debía de ser jefe tribal. Y todavía no había estallado ninguna guerra entre los maoríes y los *pakeha*.

### 3

Kahu Heke todavía no había sido elegido jefe tribal. La causa residía en que su tío Kuti Haoka, de los ngati pau, todavía se encontraba en un estado de salud óptimo. Pero ante todo, Kahu Heke llevaba años llenos de cambios que solo pocas veces lo conducían a su tribu y allí nunca lo dejaban tranquilo. La despedida de Lizzie le había

influido. Mucho después de haberla llevado en la canoa del jefe todavía recordaba su imagen, su suave y brillante cabello largo. Su sonrisa cálida, sus ojos azules tan diferentes de los ojos oscuros de las muchachas de su tribu. Para Kahu, el cielo se reflejaba en ellos, el cielo en un día de primavera. Todavía no de un azul radiante como en verano, pero ya un augurio. Había amado su espíritu despierto, su valor y su entrega. Kahu Heke sabía que había otro hombre. Ninguna mujer vivía tan

aislada como Lizzie en los años que pasó con los Busby si no se alimentaba de sueños. Sueños bonitos o hechos pedazos... Kahu había visto el reflejo de ambos en los ojos de Lizzie. Pero ella nunca había hablado de ese hombre y en algún momento lo olvidaría.

En los primeros años, después de haber dejado a Lizzie en la Isla Sur, Kahu no deseaba otra cosa que ocupar el lugar de ese extraño en su corazón. Para estar más cerca de ella espiritualmente volvió incluso a frecuentar a los *pakeha*. Pedía

trabajo en sus granjas, al principio incluso en el cultivo de viñas, que tan importante era para Lizzie. No le resultó difícil que James Busby lo contratara, pero cuando probó su vino por primera vez constató que no podía aprender nada de viticultura. Esa cosa ácida tampoco podía haber sido del agrado de Lizzie, debía de haber algo distinto. Kahu se marchó, pues, a Auckland, donde los *pakeha* ya habían construido una floreciente comunidad. Invirtió la mitad del sueldo de un mes en una botella de

burdeos realmente bueno y entonces comprendió qué era lo que veía Lizzie en el cultivo de la viña. Aquel vino color granate oscuro sabía a tierra, pero también poseía el aroma de la fruta madura, bayas o manzanas. Acariciaba la lengua como un beso. Tal vez fuera eso lo que hechizaba a los *pakeha*.

En cualquier caso, Kahu notó una franca diferencia con los productos de Busby. Se registró en la biblioteca de la nueva universidad y no tardó en aprender que la calidad del vino solo

depende en parte del viticultor. Busby probablemente realizara correctamente el prensado de la uva, pero también la uva en sí y el suelo en que crecía desempeñaban una función. En efecto, todo tenía que encajar para que el vino desarrollase un aroma especial, incluso el sol y la lluvia ejercían una influencia.

Kahu llegó a la conclusión de que se necesitaban años de experimentación con los distintos tipos de cepa y épocas de recolección para encontrar una

unión entre el suelo de su país y la cepa que se plantara en él fuera equiparable al beso de los dioses. Busby carecía de paciencia y fantasía para ello. Lizzie tal vez aportara la pasión, pero no los conocimientos. Y el mismo Kahu carecía de todo. Pese al placer que le producía el beso de la uva, si quería emborracharse tenía bastante con un par de vasos de cerveza. Y si bebía algo más y encontraba a una chica dispuesta, también podía imaginarse que tenía a Lizzie entre sus brazos.

El trato con los animales le gustaba más que cultivar la vid y la agricultura, de esto último se encargaban sobre todo las mujeres en su pueblo, mientras que los hombres cazaban. Durante un tiempo trabajó en una granja de ovejas cerca de Auckland, donde se desenvolvió bien, pero en los últimos tiempos no le satisfacía estar a las órdenes de los *pakeha*. Kahu Heke se interesaba sobre todo por los derechos de su pueblo. A esas alturas lamentaba haber sido tan exaltado en su juventud y no

haber continuado su formación en las escuelas de los blancos. Lo mejor habría sido estudiar Derecho, sin duda, para poder vencer a los *pakeha* con sus propias armas de la ley y la palabra.

Kahu era un artista del *whaikorero*, la oratoria. Podía sublevarse por las injusticias que sufría su pueblo a manos de los colonos del Viejo Mundo, pero no hallaba eco en las tribus. Cuando los maoríes y los *pakeha* peleaban era por problemas particulares, y el *iwi* y el *hapu* daban por concluida

de inmediato la riña cuando se llegaba a un acuerdo. Los indígenas aceptaban que los blancos reaccionaran a su manera en las ciudades. Lo principal para ellos era conservar sus costumbres en el campo. Kahu Heke, que era perspicaz y había estudiado la historia de Europa, presagiaba una catástrofe. Los blancos consideraban la amabilidad como un signo de debilidad y en Nueva Zelanda no sucedería de otro modo que en su país. Dejaban en paz a los maoríes hasta que necesitaran sus

tierras. Sin embargo, en cuanto fuesen más —y él veía los barcos en los puertos y las ciudades que iban creciendo—, tomarían posesión de las tierras. A Kahu le habría gustado proteger a su pueblo de ello, pero nadie le escuchaba.

De vez en cuando recibía alguna noticia acerca de Lizzie. La tarea que él mismo había asumido de actuar de mediador entre las tribus y de detector de las artimañas de los *pakeha*, le permitía mantener el contacto con los *ngai tahu*, de ahí que estuviese

al corriente del pub de Lizzie y de la destilería de whisky de Michael en Kaikoura. Kahu se reía para sus adentros, la capacidad de adaptación de la joven le encantaba. Si no había vino, se ponía a destilar whisky o exhortaba a su hombre para que lo hiciera. Los maoríes aseguraban que no había nada entre Lizzie y el esquilador y destilador de whisky irlandés. Kahu se preguntaba si sería cierto.

Al final se enteró de que ambos habían aparecido en el río Tuapeka.

En el ínterin, no obstante, ya no conservaba tan clara la imagen de la joven en su mente. Empezó a asumir que tenía que renunciar a ella, y además aparecieron ante él nuevos objetivos. Kuti Haoka se hacía viejo. Muy pronto tendría que abandonar su cargo de jefe tribal y esa sería la única posibilidad para Kahu de ejercer más influencia sobre su pueblo. Así pues, el joven regresó a su tribu. Cazaba, pescaba, asesoraba a la gente y contaba historias. Aumentó su *mana*, y su corazón latía con fuerza el día que

el jefe lo convocó.

—Hijo mío —dijo Kuti Haoka. Había conducido a su sobrino a una planicie por encima del *marae* y estaba allí erguido, con las insignias de su cargo a sus pies, unidas a la tierra. Kahu se mantenía a distancia de él: el jefe de los ngati pau era *tapu*, su sombra no debía proyectarse sobre sus súbditos—. Te conozco desde que naciste, pero sigo sin saber qué puedo esperar de ti. Parece que no consigues decidir si quieres vivir con nosotros o con los *pakeha*,

pero los chamanes dicen que vagar entre los dos mundos es tu destino. Ya ha llegado el momento de que te asientes. Soy viejo, pronto volveré a Hawaiki. Alguien debe dirigir la tribu y tendrías que ser tú. ¿Qué te sucede? ¿Y qué pasa con la mujer que has elegido? Los dioses aceptan tu elección, los chamanes se lo han consultado varias veces. Vuestro destino es oscuro, pero la unión está bendecida. Así pues, ¿dónde está? ¿Cuándo la traerás aquí? ¿Cuándo ocuparás mi cargo?

Kahu Heke ya había previsto

que sucediera algo así, solo lo confundieron las preguntas respecto a la esposa que supuestamente había elegido.

Hizo una mueca de asombro.

—*Ariki*, ¿de qué mujer hablas?  
—preguntó, y se sintió como un tonto impertinente.

El jefe arqueó las cejas.

—La *pakeha wahine*, ¿cuál si no? Ya te has tomado mucho tiempo y también ella. Pronto no podrá tener hijos.

Kahu no sabía qué decir.

—*Ariki* —musitó—, hace años

que no la veo. Ella no piensa en mí y no me quiere. Cuando sea jefe, escogeré una chica de la tribu.

Kuti Haoka agitó su digna cabeza con el cabello largo recogido a la manera de un guerrero.

—No es lo que esperan los dioses. Deberías haber tomado a mi hija, pero los dioses no me concedieron ninguna. Cada vez que me llegaba una hija, le enviaban la muerte. A mi hermano Hone Heke tampoco le otorgaron ninguna, así que tampoco estás destinado a

tomar por esposa a tu hermana, como se hacía en otros tiempos. A ti te está determinada la *pakeha wahine*. Intenta pues encontrarla si aspiras a mi cargo. Si no... ya encontraremos a otra persona. *Kia tu tika ai te wahre tapu o ngati pau.*

El jefe concluyó sus palabras con la fórmula tradicional: «Perdure por siempre la santa casa de los ngati pau». Después se dio media vuelta y se alejó despacio, con prudencia, siempre alerta. Su sombra no debía caer en ningún

campo, ninguna rama de árbol tenía que rozar su cabello. Un *ariki* llevaba una vida solitaria.

Pero Kahu no pensó en ello. Era su obligación pretender el cargo de jefe. No solo ante su tribu, sino ante todo su pueblo. Se hablaría del *ariki* de los *ngati pau*. En los poblados maoríes y en las ciudades de los *pakeha*. De nuevo pasó por su mente la idea de que lo eligiesen *kingi*... ¿Debería tal vez pretender la mano de la hija del *kingi* en funciones? Humm. Eso lo dejaría para más adelante. En lo

concerniente a la primera mujer de Kahu, el jefe había sido claro. Los espíritus de los ngati pau insistían en una unión con Elizabeth. Ahora le tocaba a él convencer a Lizzie. Kahu recordó su rostro y su delicada figura. Volvió al poblado silbando. Pocas veces la voluntad de los dioses coincidía exactamente con la voluntad de un ser humano.

Esta vez, Kahu Heke no cogió la canoa del jefe para rodear la Isla Norte, sino que dejó que una tribu de los ngati toa lo llevase por el

camino más corto hasta la Isla Sur. Antes vagó por la Isla Norte, habló con los representantes de las distintas tribus y les aseguró que sus propósitos eran pacíficos, como visitante, al igual que como *ariki* de su tribu. La *powhiri*, la ceremonia, que en la Isla Sur constituía más un rito tradicional, podía ser ahí tremendamente seria. Las tribus de Te Ika-a-Maui siempre habían luchado entre sí. Kahu estaba decidido a que se unieran ahora contra los *pakeha*. Los maoríes debían fortalecer su posición, para

lo bueno o para lo malo, para la paz o para la guerra. Kahu sabía que Kuti Haoka esperaba que imperase la paz. Había dedicado toda su vida a la paz, aunque había tenido que luchar en demasiadas ocasiones. El intento de introducir sangre blanca en la estirpe del jefe de los ngati pau iba orientado hacia esa solución pacífica. Con lo que el *ariki* y su *tohunga* no compartían los sueños de Kahu de allanar el camino de las negociaciones entrando en escena con Lizzie. Los ancianos de la tribu pensaban más

bien en las generaciones venideras. La observación de Kuti Haoka respecto a la edad de Lizzie (ahora tendría poco más de treinta años) y la necesidad de que tuviera hijos con ella lo antes posible, hablaba por sí misma.

Tras la travesía, en esa ocasión agitada, Kahu estuvo vagando por la Isla Sur, visitó las colonias de los *pakeha* y las encontró, en general, más pequeñas y discretas que las ciudades del norte. Naturalmente, Christchurch y Dunedin crecían, pero en

comparación con Wellington y Auckland eran todavía pueblos. Apenas había contiendas entre maoríes y *pakeha*. Los *ngai tahu* solían mantenerse alejados de las ciudades, pero no estaban descontentos del precio que les habían pagado por sus tierras. Los granjeros de las llanuras empleaban a los maoríes como pastores y respetaban sus *tapu*. El país era lo suficientemente grande, ¿por qué iban a pelearse si este o aquel bosquecillo o montaña se ocupaba y talaba o los rebaños pastaban en

él?

Una vez más, los ngai tahu se adaptaban al tipo de vida de los blancos. Llevaban sus ropas, enviaban a sus hijos a las escuelas de la misión y se convertían a menudo, sin mucho entusiasmo, al cristianismo. Solo unos pocos representantes de la generación más joven todavía observaban la *moko*, las severas costumbres de tiempos pasados quedaban relegadas al olvido. A nadie le importaba dónde caía la sombra de su jefe.

Kahu enseguida se percató de

que a los ngai tahu no se les convencería de hacer una revolución. Finalmente, llegó a los yacimientos de oro de Otago y se sintió indignado ante la destrucción que había sufrido el paisaje. Apenas se detuvo allí y enseguida se dirigió a las montañas. En algún sitio de esa zona debía de hallarse la tribu que había acogido a Lizzie.

El poblado de los ngai tahu se encontraba bastante apartado. Incluso el experimentado guerrero maorí tuvo que andar un tiempo sin rumbo fijo antes de encontrarlo. Al

final, Kahu tropezó con una chica maorí que servicialmente lo acompañó al lugar en que se hallaban sus parientes. Haikina, una hija de la *tohunga* Hainga, había vivido en Dunedin durante unos años y asistido a la escuela de la misión. Ahora regresaba a su poblado.

Kahu siguió a la muchacha alta y delgada a través de senderos laberínticos junto a arroyos y el río. Haikina iba vestida con ropa de los blancos, pero se había despojado de los zapatos y llevaba la falda

recogida sin vergüenza alguna para así moverse mejor por la naturaleza silvestre. Kahu no tardó en comprobar que había aprendido de los blancos, pero que no se había dejado imponer nada. Era agradable charlar con ella, y los dos ex alumnos de las escuelas de las misiones intercambiaron sonrientes historias sobre los *pakeha*, sus profesores y sus sacerdotes. Haikina también había recibido el bautismo, pero se mostraba escéptica en cuanto a los dioses de los blancos. Kahu le

preguntó por Lizzie, pero la chica solo había oído en el campamento de los buscadores que una blanca buscaba oro en las proximidades de su poblado. No sabía nada más, pues llevaba casi un año alejada de su tribu.

Por consiguiente, la madre y amigas de Haikina le dispensaron un recibimiento entusiasta. Incluso el jefe se dignó dirigirle un par de palabras. Como hija de la *tohunga* ocupaba el rango más elevado, y a ella le corresponderían importantes tareas prácticas y espirituales en la

comunidad. Hainga tampoco la dejó descansar, sino que le encomendó un papel decisivo en la ceremonia *powhiri* con la que el poblado daba la bienvenida a Kahu Heke. La muchacha no lo encontró bien. Señaló que llevaba cuatro años sin bailar el *haka*, pero Hainga no aceptaba réplicas. El visitante era un futuro jefe, tenía derecho a que las princesas formaran parte de la comisión de recepción.

Kahu aguantó más mal que bien las oraciones, cánticos y danzas. Habría preferido que, después de

pedir información en el poblado, le llevaran al campamento de Lizzie. Por supuesto, eso habría sido muy descortés, y en la Isla Norte lo habrían considerado un acto de hostilidad. Kahu participó en la fiesta y empezó de mal grado su discurso de presentación. Dejó pasear la vista por el grupo de muchachas que bailaban e interpretaban música y se quedó petrificado. Allí había una *pakeha*. Una mujer menuda y baja. Kahu vio su cabello rubio oscuro, largo y sedoso, pero algo crespo. Ojos de

un azul claro como el cielo en primavera o el mar en un día nublado. El corazón le dio un vuelco. Lizzie, su Elizabeth, estaba con las chicas y aplaudía a las bailarinas. Kahu apenas podía esperar a que concluyera la ceremonia.

—¿Quién es? —preguntó desconcertado a Mahuika, una alumna de Hainga. Había tenido el honor de proferir el grito del *karanga* y tendía el primer bocado al visitante.

La joven sacerdotisa sonrió.

—Erihapeti —dijo

amablemente. Elizabeth. Los ngai tahu tenían para casi todos los nombres *pakeha* su propia réplica —. Y tú eres el que por cuya causa las nubes se ciernen sobre ella. Eso es lo que dice Hainga...

—Conozco a la mujer — confirmó Kahu—. Pero ¿qué hace aquí?

Kahu nunca había pensado que los espíritus se inmiscuyeran con frecuencia en la vida de las personas, pero lentamente iba encontrando extraña la situación.

—Espera —respondió Mahuika

—. Espera a un hombre.

Kahu se frotó la frente. No podía ser.

—Anda, cómo iba a saber que yo venía.

Mahuika se echó a reír.

—Espera a un *pakeha* —precisó—. Está... cómo se dice... prometida. —Mahuika utilizó la palabra inglesa. En la lengua de los maoríes no había una equivalente.

Kahu apretó los labios.

—He venido a recogerla —dijo—. Las *tohunga* de ngati pau la ven

a mi lado.

La joven alumna *tohunga* arqueó las cejas.

—¿Sí? Pues ella se ve en otro sitio. Y dónde la ve su hombre, eso no lo sabe nadie. Hainga lo dijo... las nubes. Su destino no es claro. Así que no hay razón para que no pruebes suerte.

Kahu no se había atrevido a abrigar esperanzas de que esa primera noche fuera a reunirse con Lizzie. Un visitante honorable, y además de un rango tan elevado como el de futuro jefe de los ngati

pau, no solía establecer contacto con miembros más sencillos de la tribu. Pero para su sorpresa, también incluyeron a Lizzie en el círculo de las *tohunga* y los ancianos. Pensó en preguntar al respecto a Hainga o al jefe, pero vio en el rostro de Lizzie lo penoso que le resultaba que la incluyeran. Siempre había percibido lo que Lizzie pensaba y sentía mucho mejor que lo que pensaban y sentían las mujeres de su propia tribu. Pero ¿a qué se debía que de repente hubiese alcanzado un rango tan

alto? ¿Y por qué le resultaba a ella incómodo? Kahu Heke se limitó a sentarse junto a ella y le tendió algo de la comida que se distribuía junto a la hoguera. Ella no se había servido hasta el momento, se sentía intimidada. Pero fuera cual fuese la razón, era bueno que la tribu la tuviese en tan alta consideración. Eso simplificaba los planes de Kahu.

—Elizabeth, estás tan hermosa como entonces, cuando te traje a Te Waka-a-Maui —le dijo amistosamente en su lengua—. Y te

has convertido en lo que yo había esperado. Incluso si tú no lo deseabas.

Tras recuperarse de la sorpresa, Lizzie se encogió de hombros. Estaba nerviosa, no quería sentarse junto a él. Las otras muchachas le lanzaban miradas escrutadoras. Kahu debería estar pendiente de Haikina o de una de las hijas del jefe, no de ella.

—Hainga lo considera obra de los espíritus —respondió.

Kahu se echó a reír.

—Y los *pakeha* dicen: el

hombre propone y Dios dispone.

Lizzie sonrió. Había olvidado lo ingenioso que era el joven. ¡Y cuán irresistiblemente *pakeha*! En las últimas semanas había echado en falta ese tipo de réplicas. Los maoríes como pueblo le parecían poco agudos, su humor era más burdo y simple que el de los blancos. Aunque tal vez se debiera a que ella todavía no dominaba la lengua. A lo mejor se perdía los matices.

—¿Desde cuándo repite Kahu Heke las palabras de los *pakeha*?

—se burló del designado jefe tribal—. ¿No querías echarlos de Aotearoa?

Kahu hizo un gesto de desdén.

—Es solo que hay demasiados—contestó—. Y mi pueblo no ve el peligro que emana de ellos. Pero háblame de ti y los dioses. Me han dicho que tienes un prometido.

Lizzie bromeaba pero su mirada era triste.

—Eso espero—respondió—. Pero se ha ido. —¿Por qué iba a hacer un misterio de ello? Kahu se enteraría de todo lo que los ngai

tahu sabían acerca de su relación con Michael—. Quería comprar una casa para nosotros, pero ahora...

—¿Volverá Kupe? —preguntó Kahu con una sonrisa burlona. Era la forma de decir en maorí que tal vez no volviera a verlo. Kupe, el primer colono de Nueva Zelanda, había jurado a sus amigos de Hawaiki que regresaría, pero nunca lo hizo.

Lizzie se puso a pensar. Empezaba a sentirse bien en compañía de Kahu. Los otros miembros de la tribu volvían a

tocar y bailar y les prestaban poca atención, al menos así lo parecía.

—¿Qué pasa? —preguntó con desconfianza—. Siempre hablas de ese Kupe y de su Kura-marotini cuando se trata de mí. —Por lo visto no conocía esa frase hecha, pese a que su maorí había mejorado mucho.

Kahu rio.

—¡Porque cada vez que nos vemos tengo ganas de secuestrarte! —Según la leyenda, Kura-marotini pertenecía a otro hombre y Kupe lo había matado y la había raptado. En

la huida, descubrieron Nueva Zelanda: Aotearoa.

—¡Pues tampoco nos vemos tan a menudo! —señaló Lizzie, bebiendo un trago de la botella que Kahu le tendió.

Había llevado dos botellas que se suponía estaban llenas de whisky y que los ngai tahu se iban pasando. Lizzie todavía no había bebido de ninguna. El whisky le recordaba siempre a Michael, el local de Kaikoura y su verano en el yacimiento de oro. Pero en ese momento la tentó el alcohol. Ese

whisky tenía un sabor diferente del que hacía Michael. Los dioses sabrían de qué se había destilado.

—Cuéntame cómo te ha ido a ti, Kahu Heke. ¿Ya eres jefe tribal? ¿Tienes ya esposa... o varias esposas? ¿Hijos?

Él sacudió la cabeza.

—He trabajado con los *pakeha*. Al principio incluso con el señor Busby.

Los ojos de Lizzie brillaron, como era de esperar, cuando Kahu se puso a hablar del cultivo de la vid. Durante una hora disfrutó de la

intensa atención de la joven, y constató que ella se había formado del cultivo de la vid una idea similar a la de él respecto al estudio de los libros en la Universidad de Auckland.

—Alguna vez intenté abordar el tema de si otros tipos de uva crecerían mejor en este suelo. Pero el señor Busby era testarudo y decía que el riesling crecía en Europa en condiciones similares, así que a la fuerza tendría que hacerlo también en Nueva Zelanda. Pero él solo tenía en cuenta el

clima. Todo lo demás... Hainga diría que el señor Busby no escucha el murmullo de los espíritus.

Kahu sonrió y Lizzie se percató de que sus tatuajes ya no la molestaban. En los últimos meses se había acostumbrado tanto a ellos que casi no la sorprendían las marcas de la tribu en los rostros.

—Puede que me haya vuelto más *pakeha* en estos años — observó Kahu Heke—. Pero está claro que tú eres más maorí. El murmullo de los espíritus... Yo pensaba en un beso cuando

paladeaba un vino realmente bueno.

Lizzie arqueó las cejas.

—Un beso... Debe de haber sido un vino con cuerpo, un tinto, ¿verdad? Es cierto, el burdeos se deposita en la lengua como... como una caricia. —Se ruborizó—. Todavía tengo una última botella en mi tienda —añadió—. Pero es un vino blanco más ligero, de Italia. Lo podemos beber juntos. A ver qué aroma le encuentras, para mí sabe a melocotón... quizá con algo de miel...

El rostro de Lizzie volvió

adquirir esa expresión ilusionada que Kahu solo le había descubierto cuando hablaba de los aspectos del vino. En realidad, debería ser el recuerdo de su hombre el que motivara ese semblante. Pero su supuesto prometido le estaba dando más bien motivo de preocupación. Kahu estaba decidido a aprovechar su oportunidad.

—Ya veremos. Me gustará beber contigo... Por otra parte, ¿todavía sabes pescar peces como te enseñaron, *wahine pakeha*? — Kahu acarició la mano de ella como

por azar.

Lizzie sonrió, pero apartó sus dedos. No asustada, más bien indecisa. No era una negación clara. Kahu esperaba una respuesta.

—Eso no se olvida —respondió—. Al contrario. Tengo mucha más práctica ahora.

Kahu frunció el ceño.

—Si no lo veo, no lo creo. ¿Quieres mostrármelo mañana? En tu arroyo, donde has lavado el oro.

Una sombra se deslizó por el rostro de Lizzie. Ahí no solo había lavado oro, también había sido feliz

con Michael. Y ahora Kahu quería ir allí con ella. Kahu, que evidentemente sentía algo por ella: desde que se había sentado a su lado no paraba de flirtear. Ella no estaba segura de si estaba preparada para enseñarle el yacimiento de oro a otro hombre. Pero no podía decir que no. Kahu Heke era un viejo amigo y, además, un huésped honorífico de la tribu.

—Podríamos llevarnos tu vino —propuso Kahu.

Lizzie se puso tensa.

—No... allí no —titubeó—. El

camino es difícil, no deberíamos emborracharnos.

Kahu no creía que fueran a emborracharse con media botella de vino cada uno, pero, aun así, ella iba a cumplir su deseo y pasaría con él el siguiente día. Le resultaba indiferente que fuese donde había encontrado el oro o en otro lugar. Lo principal era tenerla exclusivamente para sí.

—Entonces nada de vino. Y nada de whisky —sonrió—. Pero si los dioses quieren embriagarnos, Elizabeth, también lo conseguirán

sin alcohol.

Kahu tuvo que hacer acopio de paciencia al día siguiente. En la víspera, durante la fiesta, Lizzie tenía el aspecto de una chica maorí. Pero ahora que iban a estar solos, ella se había puesto su vestido *pakeha*, se había recogido el cabello en un moño y lo había escondido bajo un sombrero de paja. En lugar de menear las caderas como la noche anterior, se movía con paso sobrio arroyo arriba. No hablaba demasiado y

Kahu la seguía en silencio.

Tras una marcha de dos horas, llegaron a las rocas en forma de agujas y Kahu se dejó caer en la hierba. Lizzie se quedó de pie.

—¿Quieres pescar ahora? —le preguntó con tono burlón.

Él sacudió la cabeza.

—Primero lavaremos oro —respondió—. A lo mejor encontramos una pepita inmensa y nos hacemos ricos en un minuto.

Lizzie sonrió.

—No sabía que dependieras de eso. ¿Acaso el jefe de los ngati pau

no tiene recursos? Además, tengo que devolverte el dinero que me prestaste. ¿Cuánto quieres de interés?

Kahu hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Era un regalo, no pienses en eso. Y en lo que respecta a mi pueblo: los ngati pau han vendido tierras y disponen de ingentes recursos. No obstante, yo lo considero un error. Si hoy me haces rico, volveremos a adquirir las tierras...

Kahu se acercó más a ella. Ya

no hablaba de oro, sino de otro tipo de riqueza. Pero Lizzie no se dio cuenta. En ese momento no estaba receptiva. La escudilla del oro parecía vibrar en su mano. Ahora que estaba junto al yacimiento, lo que quería era trabajar.

—¿Lo has hecho alguna vez? — preguntó a Kahu, que estaba a su lado y nunca había sostenido uno de esos utensilios.

Lizzie suspiró. Así pues, tendría que enseñarle y no podría ponerse a trabajar por su cuenta. Pero entonces Kahu mostró tal torpeza

con la escudilla que casi se cayó en el arroyo. A Lizzie se le escapó la risa. Le cogió el cacharro, lo sacudió moviendo con habilidad la muñeca y se alegró de ver su rostro incrédulo cuando vio aparecer los rastros de oro.

—¡Sí, esa misma cara puse yo! —sonrió—. ¡Oro al primer intento! No en todos los sitios pasa esto, Kahu. Al contrario. Para conseguir tanto oro, a menudo hay que estar lavando o cavando todo el día.

—Y habéis estado explotando este lugar durante todo el verano,

¿no? —preguntó Kahu—. ¿Debes de ser rica!

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Le di el oro a Michael —reconoció—. Para la casa o para una iglesia —suspiró.

—¿Para una iglesia? —inquirió Kahu sin comprender—. ¿Es sacerdote?

Lizzie rio afligida.

—Olvida lo que he dicho. Sea como fuere, él tiene el dinero y espero que vuelva en algún momento con él o con algo que haya

comprado.

—Si no lo hace, puedes lavar más —señaló el joven, animoso—. Si te ayudo, irás más deprisa. —Miró más detalladamente los sedimentos de oro, láminas pequeñas y finas como hilos—. Es bonito vuestro oro. Brilla. Como tu cabello al sol.

Kahu cogió la escudilla con cuidado, sacó algunas laminillas, levantó el sombrero de paja de Lizzie, lo tiró a la orilla y dejó caer el oro en su cabello.

—¿Estás loco? —dijo ella

riendo—. ¿Sabes cuánto vale eso?

—No tanto como un mechón de tu cabello —repuso él con dulzura—. El cabello es sagrado, Elizabeth. En el cabello del jefe vive el dios Rauru.

—¿Ah sí? —se burló ella—. ¿Ya se ha mudado a vivir contigo? Ten cuidado al peinarte no vayas a hacerlo caer. ¿O es que un jefe no se peina?

Kahu no respondió.

—Si con un peine lo arrastro, tendré que inspirarlo —dijo—. ¡Se hace así! —Le acarició el pelo y

olisqueó sus dedos haciendo ruido.

Lizzie se rio.

—¿Quieres seguir lavando oro o prefieres pescar? —preguntó.

—¿Quieres ser una persona rica o saciar tu hambre? —quiso saber Kahu.

Ella fingió reflexionar.

—¡Rica! —dijo.

Él levantó la mirada al cielo.

—¡Una *pakeha*... una típica *pakeha*! ¿Qué estoy haciendo aquí?

—¡Pescar! —rio Lizzie—.

¡Venga, tú nos das de comer y yo nos hago ricos!

—Eso no le gustó a Michael —  
recordó más tarde pensativa.

Kahu había guisado el pescado con raíces comestibles y verduras que habían llevado. Para ello utilizó la escudilla del lavado de oro, lo que de nuevo divirtió a Lizzie. Ahora estaban sentados junto a la hoguera, saciados y cansados, y había entre ambos tanta confianza como antes, cuando habían viajado juntos en la canoa del jefe. Lizzie percibía intuitivamente que la antigua

promesa de Kahu seguía vigente. No la tocaría mientras ella no quisiera.

—¿Qué no le gustó? —preguntó Kahu sin mirarla.

—Que yo nos hubiese hecho ricos a los dos. Primero con el pub y luego con el oro. Habría preferido conseguirlo él solo y yo... yo tendría que haber cocinado y llevado la casa. Entonces no habríamos tenido casa. Michael no tiene suerte.

Kahu frunció el ceño.

—¿Suerte? —preguntó—. Se

me ocurre otro refrán *pakeha*, pero mejor no lo digo para que no te enfades.

—¡No es que sea perezoso! — defendió Lizzie a su amado—. Es... es solo que es muy honesto, muy recto. ¡Sí, es eso, un hombre recto! Y yo... Un día me dijo que soy de mente muy complicada.

—En cualquier caso, él tiene dificultades con una mujer con mucho *mana*. Suele pasar — observó Kahu.

—¿Crees que tengo mucho *mana*? —preguntó asombrada

Lizzie. Nunca se le habría ocurrido.

—Como cualquier reina, Elizabeth. —Kahu rio—. En serio, Erihapeti, no te puede haber pasado inadvertido que te admiran como guerrera. Tienes el *mana* de una *tohunga*, lo que tu amado no soporta. Como muchos hombres maoríes o *pakeha*, en eso son iguales.

Kahu se puso cómodo. Había apoyado la espalda contra una roca y miraba a Lizzie con una sonrisa reflexiva.

—Pero a ti eso no te importaría

—declaró Lizzie recelosa—. A eso te refieres, ¿no?

Kahu se puso serio.

—Conmigo... —dijo, tanteando el terreno con cautela— es distinto.

Lizzie se lo pensó unos segundos.

—Claro —replicó—. Porque eres jefe. Entonces te casas con una mujer con mucho *mana*.

Lizzie desconocía cómo funcionaban los matrimonios dinásticos entre las tribus maoríes, pero suponía que los nobles se casaban entre sí como en Inglaterra.

Y todavía se acordaba muy bien de la arrogancia de las muchachas ricas que paseaban en Piccadilly o montaban a caballo en Hyde Park.

—No del todo. —Kahu se mordió el labio. En realidad la convivencia del jefe con sus mujeres era básicamente inexistente. Un jefe de los ngati pau siempre estaba solo, su esposa entraba en su casa únicamente tras ciertas ceremonias. Y nunca lo acompañaba—. La convivencia del jefe con su esposa... se desarrolla de otro modo.

Lizzie arrugó la frente. Luego sonrió.

—Te refieres a que quien comparte una casa más grande y tiene el servicio correspondiente siempre se contiene —interpretó—. Es cierto, los Busby nunca alzaban la voz para pelearse. Él tenía su trabajo y ella mostraba su *mana* con el servicio y los hijos. Visto de este modo, tienes razón. Pero entonces Michael podría encajarlo mejor cuando tuviésemos una granja grande. Él dará órdenes a los empleados y yo me limitaré a

dirigir la casa. —Rio—. Gracias, Kahu, ahora me siento mejor Nunca hubiese creído que era a causa de mi *mana*, siempre pensaba que el motivo era Mary Kathleen.

Ese no era exactamente el giro que Kahu Heke hubiese querido dar a sus palabras, pero evitó plantear preguntas incómodas a Lizzie.

El resto del día transcurrió en armonía. Kahu le enseñó a poner trampas para los pájaros y luego ella le instruyó en el arte de lavar el oro. Por la tarde, él recogió las presas, volvieron a encender una

hoguera y asaron las aves de plumas rojizas que Kahu llamaba *weka*. Cuando anocheció volvieron al pueblo y tuvieron que aguantar las bromas de hombres y mujeres que suponían que habían hecho algo más que hablar.

Kahu estaba satisfecho con el primer día, y se alegraba de que Lizzie ya no se asustara de su rostro tatuado. Si ya no tenía miedo del *moko*, conseguiría conquistarla. Siempre que no regresara ese tal Michael.

## 4

Michael Drury no volvió a Otago. Ni en otoño ni cuando el otoño dio paso al invierno. A Lizzie le dolió, pero la presencia de Kahu Heke la consolaba un poco. El futuro jefe de los ngati pau la pretendía con insistencia y cada día le demostraba lo mucho que respetaba su *mana*. Kahu le hacía regalos y le llevaba las presas que

cazaba para que las preparase para la tribu.

La tribu ocupaba cada vez más a Lizzie. Las mujeres la introducían en los trabajos tradicionales y también intentaban enseñarle las canciones y las danzas. A Lizzie todo esto le gustaba relativamente. Ya en su época de prostituta no le gustaba cantar ni bailar. Tal vez tuviera *mana*, pero no le complacía jactarse de él. Prefería que Hainga la iniciase en el arte sanatorio de los aborígenes, pero consideraba con escepticismo las múltiples

oraciones y *tapu* que se desarrollaban en torno a él. Pedía permiso a los espíritus para cortar una planta cuando Hainga insistía, pero no entendía por qué las flores de determinadas plantas solo podían ser recogidas por la *tohunga* tras ejecutar un ritual especial.

Para Lizzie todo eso era una pérdida de tiempo. Siempre había querido llevar una vida según los preceptos divinos, pero no era una criatura espiritual. Le resultaba ajeno entregarse a la oración y la

meditación. Tampoco profundizaba en el significado de las historias que le contaban sus amigos indígenas junto al fuego. A ella le gustaban las aventuras emocionantes e intensas que se escuchaban con las mejillas arreboladas por la tensión y que acababan bien, con la heroína en brazos del héroe. Cuando trabajaba de doncella solía comprarse novelas rosa y las leía con avidez. Las intrincadas leyendas, que con frecuencia se recitaban de forma monótona, carecían de sentido para

Lizzie, que prefería las parábolas de la Biblia, más breves y menos ambiguas.

Lizzie echaba de menos la compañía del reverendo. En una ocasión él la había visitado en el poblado maorí, pero no se había sentido demasiado cómodo. La joven sospechaba que, desde la muerte de Coltrane, los espíritus le daban un poco de miedo. Por otra parte, el religioso parecía preocupado. En cualquier caso había abandonado sus esfuerzos por la salvación de Lizzie.

De ahí que la compañía de Kahu todavía fuera mejor recibida. No pensaba en serio que fuera a ceder a su petición, pero desde hacía semanas era el único individuo con quien podía hablar en inglés, y, además, con él encontraba otros temas de conversación que las labores diarias o lo que denominaba las intrascendencias espirituales de Hainga. Una y otra vez llevaba la conversación hacia la viticultura, la política de James Busby y la convivencia entre maoríes y *pakeha*. Kahu se

interesaba por todo eso, y también parecía preferir charlar con ella que conversar sobre asuntos de la tribu con el jefe y sus *tohunga* o hablar con otros guerreros sobre caza y pesca.

Lizzie y Kahu pasaban cada día muchas horas juntos, y la joven *pakeha* empezó a encontrar al joven maorí cada vez más atractivo. Kahu era alto y de espaldas anchas, su cabello era espeso y oscuro como el de Michael, pero no rizado sino liso. Le cubría los hombros cuando se soltaba el pelo, que llevaba

recogido en la coronilla como correspondía a un guerrero, y al hacerlo junto a Lizzie, a solas, parecía desprenderse también de la fuerza y tensión del luchador. A la muchacha le gustaba que cantase para ella, no el belicoso *haka*, sino las suaves baladas que su pueblo había traído de Hawaiki, donde las palmeras susurraban y las noches eran cálidas también en invierno.

En Otago empezaba a helar y, por muchas mantas que tuviera, Lizzie temblaba de frío por las noches en su tienda.

—Debería ir a Dunedin —  
anunció una mañana suspirando,  
mientras aterida se calentaba en una  
hoguera—. A alguna pensión con  
una estufa y un baño, ¡será como  
estar en el cielo!

—También puedes dormir en el  
dormitorio común —sugirió  
Haikina, la hija de Hainga.

En las últimas semanas se  
habían hecho amigas. También ella  
hablaba inglés y había confesado a  
Lizzie que, a pesar de la severa  
vigilancia de la escuela de la  
misión, había tenido varios amantes

*pakeha*. Como la mayoría de las sinceras chicas maoríes, siempre estaba dispuesta a conversar sobre las características de los distintos hombres, y no se cansaba de comentar el extraño comportamiento de Michael con Lizzie.

—¡Podrías también dejar que yo te calentara! —propuso Kahu Heke, cada vez más directo, también delante de otros miembros de la tribu.

Lizzie se ruborizaba, sorprendida de que todavía fuera

capaz de ello. Que Kahu la pretendiera aumentó su *mana* y, naturalmente, la enorgullecía que un jefe la deseara abiertamente por esposa. Entretanto, también había oído hablar de que Kahu ambicionaba ser elegido *kingi* de todos los maoríes y a veces soñaba cómo sería vivir igual que una reina. Naturalmente, no tenía ninguna idea precisa, pero se imaginaba que sería una vida muy lujosa. Al menos en la Isla Norte, la vida de la familia del jefe parecía desarrollarse alejada de la tribu.

Nunca había visto la casa de Kuti Haoka, pero se decía que era un elegante palacio. Kahu no daba ningún dato concreto al respecto, cuando ella le preguntaba tímidamente sobre el tema. Pero tampoco quería mostrar un claro interés y ponía cuidado en no aludir demasiado a ese asunto.

Al final, el auténtico mes de invierno, julio, fue pasando y se acercó la fecha del cambio de año. Los maoríes celebraban la fiesta del Año Nuevo —Tou Hou— en la primera luna nueva después de la

aparición de Matariki, las Pléyades, en el cielo nocturno. Ese año, la constelación había aparecido tarde, Tou Hou se festejaría en los últimos días de julio. Además, los ngai tahu volvían a esperar huéspedes. Los hermanos de Kaikoura regresaban de su migración a las montañas y se detendrían en el poblado. Lizzie se acordó con pena de Chris Timlock cuando Kahu le mostró las estrellas. Había dado el colgante a la pequeña Aputa, quien se había alegrado mucho. Pero las Pléyades

siempre le recordarían la absurda muerte de Chris, de la que se sentía culpable. Tendría que haber previsto que los envidiosos reaccionarían ante el repentino hallazgo de oro de Chris y Michael.

—Las estrellas no pueden evitarlo —la consoló Kahu cuando ella le contó la historia—. Límitate a contemplar lo hermosas que son. Esperemos que brillen con tanta intensidad la víspera de Año Nuevo.

Lizzie asintió. Ya hacía tiempo que había aprendido que una noche

clara anunciaba, según las creencias maoríes, un año cálido y una buena cosecha. Por el momento hacía frío. Lizzie permitió que Kahu la envolviera con una manta y que al hacerlo demorara el brazo encima de sus hombros. Animado, la estrechó un poco contra sí.

—Celebremos la víspera de Año Nuevo con música y baile, como vosotros —le musitó—. Pero esta vez me gustaría que nuestros bailes fueran como los vuestros. Así podría apretarte contra mí y seríamos uno.

Lizzie no respondió, pero tampoco lo apartó. Era bonito sentir su calor... el calor de alguien. Bajo aquel cielo estrellado añoraba todavía más a Michael. Muchas veces se habían amado en verano al aire libre, y ella había admirado su cuerpo al claro de luna. Y ahora... Todavía abrigaba la esperanza de recibir noticias de él. Tane, su viejo amigo, asistía a la fiesta; sin duda no había pasado todo el año con su tribu en las montañas. En otoño se reunía en las grandes granjas a las ovejas que en verano se llevaban a

pacer a la montaña. Tane, que se había ganado buena reputación como pastor y conocía muy bien las montañas, ganaba mucho dinero de ese modo. Así pues, había dejado puntualmente a su tribu antes de bajar los rebaños y pasar las últimas semanas en Kaikoura. Ahora llegaba a Otago para celebrar la fiesta con su familia. A continuación se volvería al mar con su *iwi*.

Lizzie estaba impaciente por presenciar la ceremonia *powhiri* en que Tane volvería a ejecutar la

danza del guerrero.

Ya cuando ardieron las primeras hogueras y los *tohunga* esperaban la luna nueva a la luz de las Pléyades, se reunió con los hombres con quienes el amigo de Michael compartía su whisky.

Tane ya estaba un poco bebido y de buen humor. Se alegraba de poder jactarse de novedades.

—¿Michael? —preguntó alzando la voz para impresionar a Lizzie—. Estuvo un tiempo en Kaikoura, para hablar con Fyffe. ¡Ahora es rico! Ofreció whisky y

nos divertimos toda la noche. Claudia, del Green Arrow, quiere casarse con él lo antes posible.

La expresión de Lizzie se ensombreció. Así que Michael se iba de juerga por los pubs y mantenía a otras chicas. ¡Precisamente a Claudia! ¿Sabría esta satisfacerlo? Lizzie hubiese gritado de rabia, pero de hecho lo único que sintió fue una tristeza infinita. Todo el tiempo, todo el amor que había dedicado a Michael... para terminar así.

Pero luego se reprendió. Era

Año Nuevo y no quería estar abatida. Lo que era justo para Michael, también lo era para ella. ¡Ese día quería pasarlo bien!

Sacó iracunda la última botella de vino que le quedaba en la tienda.

—¡Después beberemos! —le dijo a Kahu, que la miró sorprendido.

¿Vio las huellas de lágrimas en su rostro? Lizzie se las secó con brusquedad y sonrió. Kahu le tendió la botella de whisky que Tane acababa de empezar a pasar.

—Toma, tienes aspecto de

necesitar un trago, algo más fuerte que el vino, que ya beberemos cuando salgan las estrellas.

Cuando por fin brillaron las estrellas en el cielo, fue el momento de las oraciones y las danzas, pero Lizzie había bebido demasiado whisky y apenas podía seguir la ceremonia. Pese a ello, consiguió comportarse con cierta compostura.

—¡Mira qué pequeños somos comparados con las estrellas! — dijo soñadoramente Kahu. Lizzie seguía sentada junto a él, pero de momento él no la había tocado. Le

pasó el brazo por los hombros—. ¿Todavía sientes miedo o pena? Deja que la luz fluya en ti, Elizabeth. Esta noche empieza todo de nuevo.

Kahu abrió la botella de vino mientras la mayoría de los miembros de la tribu bailaban para saludar a la luna.

—¿No quieres empezar de nuevo, Elizabeth? ¿En la Isla Norte? ¿Como esposa mía?

Lizzie estaba ebria de whisky y vino. Pero ni eso mitigaba su dolor. La música le resonaba en los oídos;

quizás el compás del *haka* estimulara a los bailarines, pero a ella todo le causaba dolor. No quería responder a las preguntas de Kahu, pero tampoco quería estar sola.

—Vámonos de aquí —pidió.

Kahu la ayudó a incorporarse y cogió la botella de vino. La condujo lejos del lugar en que se celebraba la fiesta, hacia el río, que a la luz de las estrellas brillaba como una cinta de plata. Era una noche clara, increíblemente clara, con toda seguridad habría escarcha.

Y la cama de Lizzie estaría fría, permanecería fría a menos que...

La joven permitió que Kahu la besara. Debía de haber aprendido con los *pakeha*, pues besaba bien. Kahu hablaba de un beso como vino en los labios, sabía emplear palabras bonitas, casi tanto como Michael... Así que Lizzie cerró los ojos y se entregó a los brazos de Kahu. Si al menos pudiese detener sus pensamientos... Michael y Claudia, cómo se habría ufanoado aquella puta rubia de su cliente. Lizzie quería reír pero no lo

conseguía. Ni siquiera deseaba hacer daño a Michael. Si ahora se abandonaba en los brazos de Kahu no era porque quisiera vengarse o resarcirse. Lo único que pretendía era no estar sola, tan inmisericordemente sola. ¡Y no quería ser una puta! Alterada, pensó en entregarse a aquel joven a quien tal vez no amaba... ¿o sí? Soltó una risa seca.

—¿Qué sucede, Elizabeth?

Elizabeth, una reina. Es lo que ella era, lo que quería ser. Michael... Michael se maravillaría

al saber en qué se había convertido la pequeña Lizzie, no en una santa, no en una Mary Kathleen, pero ¡tampoco en una Claudia! No, ella tenía *mana, mana...*

Todo giraba alrededor de Lizzie, las estrellas, la luna, el bosque y el río. Pero Kahu la sostenía con firmeza y seguridad. La quería a ella, había llegado hasta allí expresamente desde la Isla Norte.

—¿Vienes conmigo, Elizabeth?  
—preguntó.

Lizzie asintió. Pero no quiso

que la condujera a la casa de las asambleas.

—No, no delante de los demás... no la primera noche.

—Pero ¡es nuestra noche de bodas!

Lizzie sonrió con amargura.

—Hace mucho que no soy virgen, Kahu, espero que no creas eso de mí. Ha habido muchos, muchos hombres en mi vida, más de los que yo hubiese querido, ya lo sabes. Pero ninguno en presencia de otros treinta. No puedo...

—Pero tendrás que hacerlo

cuando...

—Las chicas me han dicho que no hay que hacerlo delante de todos —respondió ella—. Tan solo hay que compartir la cama. Es suficiente.

Kahu la atrajo hacia sí.

—Entonces simplifiquemos las cosas, Elizabeth. Puedo esperar, quiero...

Lizzie lo apartó de ella. De repente la invadió la rabia.

—No me quieres en realidad, ¿verdad? —preguntó con tono estridente, y ella se reprendió por

ese arrebató de histeria—. Lo único que quieres es... ¿qué quieres, Kahu Heke?

Kahu le acarició el cabello.

—Nada... nada... tranquilízate, Elizabeth. Claro que te quiero. Solo a ti, y quería... quería hacerlo bien.

—¡Entonces hazlo bien! — exclamó Lizzie, apartándose de él —. Ahí está mi tienda. O tómame bajo las estrellas como... como... ¡Haz que olvide a Michael, Kahu Heke! ¡Haz que me olvide de una vez por todas de él!

No era el mejor escenario para

amar a alguien y ella lo sabía. No se comportaba bien con él y Lizzie se sorprendió de que él no protestase. Ella estaba bebida, recurría a él como sustituto de otro... todo eso tenía que herir a Kahu, él debería rechazarla, dejarla ir, debería...

Pero Kahu la llevó a la tienda como si no hubiese escuchado sus palabras. Y también la habría conducido a la *wharenui*.

Con una última gota de sensatez, Lizzie volvió a dudar y se preguntó de nuevo qué intenciones

se escondían realmente en el hecho de que el futuro jefe maorí cruzara el umbral de la tienda como quien lleva a una novia *pakeha*. Luego se sumergió en el delirio de sus caricias y su calidez.

—Nunca me dejarás sola, Kahu, ¿verdad? —preguntó débilmente—. ¿Me lo prometes?

Kahu la besó, ebrio también él de whisky y vino, de excitación y decepción. No debería haberla tomado esa noche. Ella necesitaba tiempo para reflexionar. Pero si pensaba demasiado, si preguntaba

demasiado... Era el momento de volver con su tribu. Los hombres de Kaikoura habían comunicado el día anterior la muerte del jefe Kuti Haoka. Los ngati pau no esperarían eternamente a elegir a otro. Esa noche todavía acataría la voluntad de Elizabeth, pero al día siguiente tenía que hacerse oficial el matrimonio y entonces podría ponerse en camino. Con la *pakeha wahine*, como habían previsto los sacerdotes.

—Nunca te dejaré sola —  
prometió, consciente de que mentía.

Ella lo olvidaría. Era un juguete en manos de los espíritus.

Kahu Heke ya se había ido de la tienda cuando Lizzie despertó por la mañana. Tenía dolor de cabeza y recordaba solo vagamente lo sucedido por la noche. Se avergonzó, pero luego decidió que no tenía ninguna razón para eso. Una mujer maorí tomaba a un hombre cuando quería y precisamente Michael no tenía nada que echarle en cara.

Lizzie se vistió, se peinó y salió

al lugar donde las mujeres cocían el pan ácimo y asaban los boniatos. Como era de esperar, bromearon y la felicitaron. Que hubiera pasado la noche con Kahu era sin duda la comidilla de todas. Lo inesperado fue que Hainga se acercara a ella y le diera un *hongí*.

—¡Hija, espero que seas digna de tu destino! —dijo la anciana *tohunga*—. Ojalá regales al *ariki* de ngati pau tantos hijos como las estrellas bajo las cuales habéis sellado vuestra unión.

—¿Unión? —repitió Lizzie,

frotándose la frente.

Hainga sonrió.

—Claro que todavía tenéis que pasar una noche en la *wharenuí* y habrá muchas ceremonias cuando estéis con su tribu. Entre nosotros, todo es más sencillo, el hombre y la mujer se aman en presencia de testigos, luego son marido y esposa. Pero allá arriba... en fin, ya verás.

Las otras mujeres rieron y hablaron de vestidos y danzas de boda, regalos y costumbre de las distintas tribus.

Solo Haikina se mantenía al

margen. Lizzie, a quien la conversación le resultaba incómoda, se puso junto a ella y cogió agua y un pan. Sabía a papilla. Intentó recordar con exactitud qué había sucedido la noche anterior. Lentamente los recuerdos acudieron a su mente. Kahu había hablado de una promesa de matrimonio, pero seguro que sin tomársela en serio. ¡Ella estaba totalmente borracha! Sin embargo, ya hacía tiempo que la asediaba. Y en la víspera de Año Nuevo, algo nuevo había de comenzar...

Lizzie estaba dispuesta a meditar el asunto. Kahu había sido tierno, un amante maravilloso... pero ¿casarse ya?

Se sobresaltó cuando Haikina la tocó de repente. Era la única que todavía la llamaba por su nombre *pakeha*.

—Lizzie, sé que no es asunto mío, pero me gustaría hablar contigo.

La joven hablaba inglés, para sorpresa de Lizzie. Pero entonces se percató de su semblante despierto y preocupado. Era

evidente que Haikina no quería que Hainga y las otras mujeres se enterasen de lo que tenía que decirle. También Kahu, que acababa de acercarse, parecía intimidar a la muchacha. Bajó la cabeza y dejó caer sobre el rostro su largo y negro cabello, cuando el hombre se sentó junto a Lizzie. Esta creyó percibir que su amiga se sonrojaba. ¿Estaría enamorada de Kahu? A lo mejor se sentía herida porque el futuro jefe de los ngati pau quería a una blanca y no a una princesa ngai tahu.

Kahu dirigió a Lizzie una sonrisa radiante.

—¡Elizabeth! —dijo con una voz tan dulce como una caricia—. Espero que hayas dormido bien. No has pasado frío entre mis brazos.

Ella asintió. Él le había dado calor. Consiguió sonreírle.

—Y ya ves que todos se alegran por nosotros. Esta noche habrá una fiesta en nuestro honor. En tu honor, Elizabeth. Soy infinitamente feliz, Elizabeth.

No la besó, solo frotó, a la manera maorí, la nariz contra la de

ella. Lizzie respondió a la caricia, y en ese momento recordó lo que él le había prometido: «Nunca te dejaré sola». Tal vez era absurdo dudar.

A pesar de todo, Lizzie necesitaba tiempo para reflexionar, la noche anterior todo había ido demasiado rápido. Pero entonces reconoció que los ojos de toda la tribu estaban puestos en ella y Kahu. Eso no era un compromiso privado, no se trataba de promesas susurradas entre dos personas. Por lo visto, Kahu había comunicado

por la mañana a toda la tribu su inminente boda. Lizzie se sintió mareada. Al parecer no podía dar marcha atrás, al menos sin provocar problemas. No solo causaría una profunda herida al hombre Kahu Heke, sino que también privaría de su dignidad al jefe de los ngati pau. Se mordió el labio. No había más remedio, tenía que casarse con Kahu. O tirarse al río, pensó sonriendo.

—Yo... yo también soy feliz —afirmó.

Tal vez llegaría realmente a

serlo. Al menos no volvería a pasar frío, ni a estar sola. A fin de cuentas, a Michael no le importaba, no la cuidaba como era debido. Pero todo había sucedido demasiado rápidamente...

Lizzie se frotó las sienes, todavía le dolía la cabeza. Y entonces volvió a oír la voz de Haikina a su lado.

—Por favor, Lizzie —dijo la muchacha, todavía escondida tras la cortina de cabello oscuro—. Por favor, habla conmigo. A solas. Quizá no te cuento nada nuevo,

pero... Di a los demás que vamos a buscar flores. O lo que sea que hagan los *pakeha* antes de casarse.

Lizzie reflexionó. Parecía realmente importante para Haikina, que parecía más preocupada que enojada.

Hizo un gesto afirmativo a su amiga.

—Haremos una corona —improvisó—, aunque en pleno invierno no encontraremos flores.

De hecho, la escarcha cubría los helechos y hayas que formaban los bosques de esa parte de Nueva

Zelanda. Pronto nevaría, y no sería fácil encontrar flores para un tocado. El pretexto de la corona de novia no resultaba muy convincente.

Pero ni Hainga ni Kahu plantearon ninguna pregunta cuando Lizzie y Haikina abandonaron juntas el poblado. Las mujeres estaban ocupadas con los preparativos de la fiesta. Los visitantes de Kaikoura participarían en ella. Y puesto que el día anterior ya se había celebrado un banquete, las provisiones estaban agotadas.

Los hombres tenían que volver a pescar y cazar, y las mujeres molían grano. Nadie se quejaba del trabajo. Un Año Nuevo que empezaba con una boda sería especialmente feliz, todos estaban de acuerdo. Y que Lizzie observara antes de la gran noche una costumbre *pakeha* les parecía normal.

Haikina y Lizzie subieron en silencio la montaña hasta que empezaron a entrar en calor. Entonces se sentaron en unas rocas, desde donde se abarcaba con la

vista el poblado. Lizzie no estaba segura, pero le parecía que Haikina vigilaba a Kahu y Hainga.

—¿Qué sucede? —preguntó al final—. No estarás enfadada, ¿verdad? Yo no he animado a Kahu. En realidad no quería... Hubiera sido mejor que se casara contigo.

Haikina, una muchacha bonita, muy delgada y alta para ser maorí, miró incrédula a Lizzie.

—¿Conmigo? —preguntó—. ¿Cómo se te ocurre?

—Bueno, porque él... él se convertirá en jefe y tú eres hija de

una *tohunga*. Encajáis muy bien.

Haikina rio, aunque sin alegría.

—Crees que es como en las historias de los *pakeha*, ¿verdad?

—dijo. Podría haber sido una burla, pero el tono era triste—. El príncipe sale a lomos de un corcel hacia tierras lejanas en busca de una princesa...

Lizzie asintió.

Haikina puso los ojos en blanco y se arrebujo en el chal que la cubría.

—Ya me lo imaginaba — prosiguió—. Pero no es así, Lizzie.

Pocas veces nos casamos con alguien que no pertenezca a la tribu, en especial los hijos del jefe. En las historias maoríes, el príncipe se casa con su hermana.

—¿Que se casa con quién? —  
Lizzie pareció escandalizarse—. Pero es...

—Es *tikanga*, Lizzie, desde los tiempos de Hawaiki. Dependiendo de la tribu se practica más o menos frecuentemente, pero no existe entre los ngai tahu. De ello ya se han ocupado vuestros misioneros. Pero en la Isla Norte todavía es habitual.

Haikina arrancó una ramita de uno de los helechos que las protegía del viento y jugueteó con ella.

—Si Kahu no te ha contado nada al respecto, supongo que tampoco te ha mencionado los demás *tapu* —señaló.

Lizzie se frotó la frente. El dolor de cabeza había remitido, pero al parecer pronto habría razones para sufrirlo de nuevo.

—Kahu no me ha contado nada —contestó con voz ronca—. Claro que en todas las tribus hay algún

que otro *tapu*, pero...

—Hay *tapu* especiales vinculados a la vida del jefe — aclaró Haikinga—. En rigor, toda la persona del jefe es *tapu*.

Lizzie frunció el ceño.

—*Tapu* significa intocable, ¿no es así? —preguntó.

Haikina asintió.

—Por eso el jefe tampoco puede vivir junto con su esposa, como... como el príncipe *pakeha* con la princesa, si es que me entiendes —prosiguió.

Lizzie movió la cabeza.

—No, no entiendo. ¿Qué significa eso, Haikina? ¿Quieres alertarme acerca de algo? Dímelo entonces, por favor, lo que sepas... No... no me siento cómoda y esta noche...

Haikina tomó aire.

—De acuerdo —dijo—. Yo tampoco me siento a gusto con todo esto, ¿entiendes? Tengo la sensación de estar traicionando a mi gente, pero tienes que saber en qué te metes cuando te casas con un jefe ngati pau. En primer lugar, no puedes... no puedes vivir con él.

—¿Qué significa? —preguntó Lizzie con la boca seca. «Nunca te dejaré sola». Creía oír la voz de Kahu.

—El jefe vive apartado de todos. Nadie puede entrar en su casa, nadie puede tocar cosas que él ha tocado. Antes se castigaba con la pena de muerte incluso rozarlo. Hasta si su sombra cae sobre otra persona hay que recurrir a una ceremonia de purificación.

—Pero... pero así, ¿cómo tienen hijos? —preguntó Lizzie inquieta.

—Su esposa puede salir a su encuentro en períodos determinados, pero solo después de una ceremonia especial que se llama *karakia*. También puedes cocinar para él, pero no puedes comer de lo que hayas preparado porque su comida es *tapu*. No debe tocar ningún plato ni vaso que alguien vaya a utilizar después, provocaría una desgracia. Por eso se le da de comer en objetos especiales como una calabaza para verter agua en su boca sin que haya contacto físico y un cuerno para los

alimentos.

—¿Un cuerno? —Lizzie estaba perpleja.

Haikina le describió el utensilio.

—Y eso no es todo, Lizzie. También sus hijos son *tapu*. No podrás lavarlos ni peinarlos porque para eso hay que tocarlos, y son sagrados. Los hijos de los jefes suelen ir poco aseados hasta que ellos mismos aprenden a lavarse.

—Pero... pero ¿cómo llevan todo esto las demás... las demás esposas de los jefes? —Lizzie se

sentía aturdida. Kahu debería habérselo contado. ¿O planeaba cambiar esas costumbres?

—Como ya he dicho, la mayoría se casa con sus hermanas. Ellas están acostumbradas y además son de tan alta cuna que pueden tocar más que otros a un niño *tapu*. Pero ¡no peinarlo! En los cabellos del jefe vive el dios Rauru.

Esto sí se lo había contado Kahu, pero solo como una anécdota curiosa, no parecía tomarlo en serio.

Lizzie respiró hondo.

—Te entiendo, Haikina —dijo—. Pero ¿no crees que Kahu cambiará todo eso? Fue a la escuela de los *pakeha*. Es cristiano, al menos...

Haikina sacudió la cabeza.

—¡Despierta, Lizzie! ¿Te pide que os caséis cristianamente o, por el contrario, que duermas con él en el dormitorio común?

—Las dos... las dos opciones serían posibles —respondió Lizzie, confusa. Se sentía triste y agotada. El segundo hombre, la segunda

traición.

Haikina le pasó el brazo por los hombros.

—No me extrañaría que Kahu también se casara contigo por la Iglesia. Para que ambos, *pakeha* y maoríes reconocieran el matrimonio.

—Entonces podríamos vivir juntos, ¡como una pareja cristiana!  
—insistió Lizzie.

Haikina suspiró.

—Lo haréis. Más tarde. Cuando él haya impuesto su voluntad y sea *kingi*. Cuando os inviten a

Inglaterra y os presenten a la reina o lo que sea útil para la paz. Pero ¿no irás a creer realmente que Kahu vaya a soliviantar a las tribus de la Isla Norte rompiendo con las tradiciones que hay en torno al rango de jefe tribal? Enviará a sus hijos a la escuela *pakeha*. Pero en los primeros años no permitirá que su madre les quite los piojos.

—No puede ser verdad — susurró Lizzie, consciente de que sí lo era.

Siempre había habido algo entre ella y Kahu, una intuición que

la había advertido la noche anterior y había evitado que le acompañase a la casa de las asambleas.

Haikina se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a él —dijo—.

Pregúntale por qué tiene tanta prisa en hacer oficial el matrimonio. Y si su unión contigo no responde a la necesidad de heredar el *ariki*. Creo haber oído también algo al respecto. ¡Y no te pienses que te deseo algo malo! No estoy celosa. Yo no me casaría con ningún jefe ngati pau, ¡aunque fuera el único hombre con el que compartir cama!

Lizzie colocó la frente y la nariz contra las de su amiga. Ese gesto significaba un abrazo entre los maoríes.

—No estoy enfadada contigo, te doy las gracias, Haikina —susurró—. Pero no le preguntaré nada a Kahu, no quiero que siga mintiéndome. No puedo oír más pretextos, estoy harta. Ayer me juró que nunca me dejaría sola.

Lizzie siguió a Haikina al poblado sin pronunciar palabra y cogió su caballo. Reunió un poco

de ropa y el oro que había lavado esas últimas semanas, más para pasar el tiempo que para hacerse rica. No obstante, era una cantidad considerable. Podría vivir durante un largo período de ella.

Lizzie intentaba actuar y no darle vueltas a la cabeza. Antes a veces conseguía dejar de pensar, pero ese día no sucedía. Pese a todo el agotamiento y los dolores de cabeza, luchaba con terquedad contra la repercusión que las palabras de Haikina habían tenido en su mente y sus sentimientos.

Ahora tomó conciencia de la frecuencia con que Kahu había evitado darle según qué información y respuestas. Se había ufano de amar a una mujer con *mana*, pero de hecho tenía planeado protegerse de la fuerza de ella tras cientos de *tapu*.

Con cada recuerdo de una evasiva o una mentira algo en Lizzie parecía morir. Tal vez Kahu creyese amarla, pero en realidad solo amaba a la *pakeha wahine*, la reina adecuada al *kingi*. Y Michael había utilizado el *mana* de ella y

luego la había despreciado. En realidad, siempre había amado a Kathleen. Había tomado conciencia de ello al viajar a las llanuras... Era inútil seguir esperándolo.

Lizzie no lloró cuando condujo el caballo hacia el río, pasando desapercibida para los habitantes del poblado, que se afanaban en los preparativos nupciales. Había dejado montada la tienda, no la necesitaba más. ¡Seguro que no volvería a dormir bajo las estrellas! Y, sobre todo, no quería hablar más. Nadie decía la verdad,

ni siquiera los espíritus. Al final, Lizzie seguía siendo una prostituta. La prostituta que utilizaban tanto unos como otros. Ni siquiera Hainga, la *tohunga*, le había dicho la verdad.

Lizzie esperaba que Kahu no la siguiera, no le quedaban fuerzas para discutir. Esa noche dormiría en su antigua cabaña de madera y por la mañana seguiría su camino hacia Tuapeka y Dunedin. Tal vez volvería un día a vivir y amar, pero ahora solo quería callar, olvidar y dormir. Evadirse en sueños de este

mundo.

## 5

Michael Drury se sentía fatal cuando regresó a Otago. No lograba disfrutar del viaje tanto como se había imaginado. De hecho se había sentido bastante mal ya desde el principio, justo después de haber descargado su rabia sobre Lizzie. Una rabia para la que no había ningún auténtico motivo. Ella había repetido los viejos reproches sobre

Kathleen y él se había ofendido, si bien él la había provocado. Aún más, se había comportado como un miserable. Y por mucho que lo intentase, eso no se olvidaba con el alcohol y saliendo de juerga. Y aún menos con el poco entusiasmo que ponía en tales intentos. Claro que había pasado una noche agradable con sus antiguos colegas de Kaikoura, pero tampoco había sido tan divertido sin Lizzie.

No tenía ganas de beber con Tane y dormir con Claudia. La rubia prostituta había sido por un

breve período un sustituto de Kathleen. Había hundido su rostro en el cabello claro de la chica y podido soñar con su primer amor. Pero Claudia no era una sustituta de Lizzie, y una chica con el cabello más oscuro y menos curvas tampoco le habría hecho feliz. En Lizzie había algo más que un cabello rubio oscuro, una nariz insolente y una silueta delicada. Él quería hablar con Lizzie, trabajar y pelearse con ella, eso quería. Añoraba sus reproches, sus anhelos y sus a veces singulares

concepciones de la moral, la justicia y el orden.

Así pues, Michael no había tardado en dejar Kaikoura, también porque en los alrededores solo había una granja en venta, demasiado pequeña para explotarla. Según se informó, en las Llanuras de Canterbury había dos granjas y Michael se puso en camino sin disfrutar de la cabalgada por la extensa planicie. Y eso que el paisaje era imponente. Hierba verde y jugosa como en Irlanda, pero sin cercas que la

delimitasen. Las ovejas de los grandes barones pastaban en libertad por los prados, vigiladas solo por los pastores maoríes y sus perros.

Michael pensó con satisfacción en su acierto con los perros para Fyfe. Por entonces era él mismo quien realizaba las tareas, el trabajo con las ovejas le había interesado. Podía volver a hacerlo, Lizzie no se metería, a ella no le interesaba el ganado. Pero, naturalmente, ella habría querido elegir la casa con él. Michael se

había pasado. Había sido una estupidez pelearse por una nadería. Todas sus diferencias se desvanecerían en el aire cuando Lizzie tuviera su casa señorial y sus ovejas.

Michael disponía de mucho tiempo para reflexionar. Pasaba la mayoría de las noches del viaje junto a una solitaria hoguera. No le apetecía recurrir a las tribus maoríes que había en el camino, e incluso si divisaba alguna granja cercana era demasiado introvertido para presentarse sin más. Echaba

de menos el calor de Lizzie de noche, su compañía junto al fuego, su destreza para pescar. Según los métodos *pakeha* eso no funcionaba tan bien, Michael solía limitarse a comer pan y carne seca que adquiría en los pueblos por los que pasaba.

Ya no era difícil encontrar las poblaciones, las carreteras de Canterbury estaban muy bien pavimentadas. Se podían recorrer sin problema con un pequeño carruaje de dos ruedas. También la primera granja que Michael divisó,

aunque en lo alto de la montaña, era de fácil acceso. Su ubicación era estupenda, pero no disponía de suficiente pastizal. Era necesario subir las ovejas a la montaña y a saber cuándo una tribu maorí ofendida reclamaría la propiedad de los pastizales altos. Además estaba muy alejada de los asentamientos *pakeha*. Lizzie no aguantaría tanta soledad.

La segunda granja no tenía un acceso tan fácil. Se hallaba en medio de las llanuras, era grande y prometía, pero la casa y los

corrales no eran más que cobertizos rústicos contruidos con tablas. El propietario se había excedido con la cantidad de terreno y el dinero no le había alcanzado para el ganado y la construcción de su residencia. Michael y Lizzie no habrían fracasado, disponían de suficiente dinero para todo. A esas alturas, Michael se había vuelto inseguro y se mostraba demasiado prudente a la hora de tratar de satisfacer los deseos de Lizzie. Ella siempre había soñado con una casa señorial, pero ¿también con

construirla? ¿Aceptaría vivir en condiciones precarias durante años hasta que todo estuviera listo? Y él le había prometido un nido... Quería llevarla a su reino, como el príncipe a la princesa, no a una parcela donde esbozar después, a lo sumo, los planos de una futura casa.

Michael desistió también de comprar esa granja y se encaminó de vuelta hacia Otago. Le habían hablado de otra granja. Estaba junto a Queenstown, un nuevo asentamiento de buscadores de oro

a orillas del lago Wakatipu. Parecía que era una casa muy bonita, pero también muy cara. Era posible, le dijeron, que todavía hubiera oro en la zona ¡y uno lo comprara con la casa! Michael no se creía esto último, pero ahora ya estaba harto de tomar decisiones a solas. Volvería a Tuapeka, recogería a Lizzie en el poblado maorí y luego viajaría con ella a Queenstown. Naturalmente, antes tenía que disculparse. Y cuanto más se acercaba a Tuapeka más difícil le parecía su propósito y con menos

probabilidades de éxito. ¿Y si Lizzie ya no quería saber nada de él? ¿Y si ya no se encontraba en el poblado? La había dejado sola más de lo que era su intención. Por otra parte, le había escrito. ¿Le habría llevado el reverendo sus cartas? ¿Habría bajado ella al pueblo a ver si había correo? Maldita sea, pensó Michael. Tendrían que haber hablado de todo ello antes de separarse, no deberían haberse peleado. Él no debería haberse marchado solo. Los pensamientos le daban vueltas sin encontrar una

salida.

Cuando entró en la cabaña que había construido con Lizzie y Chris se agudizó su sentimiento de culpa. Cuánto le habría gustado encontrarla en la cabaña, pero esta se hallaba en penumbra y fría como el hielo bajo un cielo espléndidamente estrellado. Michael suspiró. Le correspondería a él hacerla de nuevo habitable. Esperaba que todavía quedara leña en el cobertizo.

Al menos nadie había ocupado la cabaña ni ningún animal se había

refugiado en ella. En Nueva Zelanda no había pequeños roedores, zorros o liebres que pudiesen anidar en cualquier lugar. Solo había insectos, algunos grandes como el weta, pero no hacían daño a nadie. Michael barrió un par de bichos fuera de la sala de estar, con cuidado de que no se le escapasen con sus ágiles brincos. Luego buscó leña y encendió la chimenea. Sacudió los tapices de colores tejidos a la manera maorí que Lizzie había extendido por el suelo y extendió el

saco de dormir para que se secara y calentara delante del fuego. Melancólico, buscó algo de comer en las alforjas. La cabaña estaba silenciosa, demasiado. Esperaba volver a compartirla con Lizzie al día siguiente. Estaba cansado de estar solo y sabía que ella también llevaba tiempo harta de estar sola.

Lizzie creyó ver un espejismo cuando distinguió luz en la cabaña. Había recorrido un largo camino, estaba oscuro y se moría de frío, pero tenía ganas de volver a su

casita. Al menos era un lugar donde refugiarse. Aunque fuera a darle trabajo encender la chimenea, la casa era tan pequeña que enseguida se llenaría de una acogedora calidez. En ese momento descubría que no era la primera en llegar. Tal vez los buscadores de oro la habían ocupado. Lizzie no se lo tomó a mal. Era propio de la fiebre del oro que la gente fuera y viniera, como antes con la caza de la ballena y la foca. Probablemente, Tuapeka y otros poblados de buscadores de oro no habían sido fundados para la

eternidad.

¡Si no estuviera congelada y no le aterrorizara bajar hasta Tuapeka! Eran solo tres kilómetros, pero si podía evitarlos...

Decidió arriesgarse a echar un vistazo por la ventana. Si se había instalado una familia no habría problema en llamar a la puerta y pasar la noche allí. Si solo había hombres, no se arriesgaría.

Despacio y con prudencia acercó el caballo a la cabaña, y oyó un claro relincho en el pequeño establo contiguo. Lizzie creyó que

sus sentidos se burlaban una vez más de ella. ¿El caballo blanco? Había oído tantas veces ese sonido... Pero ¿quién era ella para diferenciar las voces de los caballos? Seguro que eran imaginaciones suyas.

—¡Alto! ¿Quién va?

Pero esa voz no era producto de su imaginación. Tampoco la silueta del hombre que apareció delante de la casa armado con un fusil que apuntaba hacia ella.

—Manos arriba. Acérquese a la luz y demuéstreme que viene en son

de paz.

Lizzie se sobresaltó y al instante se sintió tan aliviada como hacía meses que no lo estaba. Aunque temió cometer un nuevo error. Sería mejor no responder, darse media vuelta y escapar a Tuapeka. ¡Había puesto punto final al capítulo Michael Drury! Había tomado la decisión de no confiar nunca más en un hombre. Pero ¡él había vuelto! Pese a todas las rencillas, después de todos esos meses... ¡y otra vez volvía a hacer el tonto! Lizzie no pudo contenerse.

—¡Michael! —le gritó, e intentó dar dureza a su voz—. ¡Si no viniese en son de paz ya te habría disparado un tiro! Si quieres acorralar a alguien has de cubrirte primero.

Él lanzó el arma a un lado y soltó un grito de júbilo.

—¡De todos modos no acierto! —rió corriendo hacia ella para estrecharla entre sus brazos, pese a que ella se defendía—. Lizzie, sé que soy un idiota. Pero ¿tienes que decírmelo una y otra vez?

—Eso parece —respondió—.

De todos modos, nos habíamos puesto de acuerdo en que ya no aguantabas más. Por mí, puedes volver a irte. Seguro que Claudia te estará esperando en Kaikoura — añadió con amargura, pero al ver la expresión asombrada de él, sintió algo parecido a la esperanza.

—¿Quién dices que me espera? Entra primero en casa, cariño, estás congelada. Eres una auténtica hechicera, Lizzie. ¿Cómo sabías que volvía hoy? ¿Los espíritus te lo dijeron?

Ella inspiró hondo. Tenía que

seguir reprendiendo a Michael, o aún mejor ponerlo de patitas en la calle. ¿O debía escucharlo primero? En cualquier caso, esa noche él tenía que dormir en Tuapeka y darle a ella tiempo para pensar. Pero luego se ablandó. Nunca había podido resistirse a él, y seguía siendo el Michael de siempre. Unos ojos azules y francos, una sonrisa compungida... Y la casa estaba muy acogedora con la chimenea encendida.

—En cierto modo —murmuró ella siguiéndole al interior de la

cabaña. Una agradable calidez la envolvió; todo estaba limpio, la cama preparada.

La resistencia de Lizzie se desvaneció.

—Ay, Michael, qué bonito es volver a casa. —Contempló embelesada la diminuta habitación, pero trató de mantener su actitud severa—. ¡No contaba con verte por aquí! ¡No creía que volvería a verte, Michael Drury! ¿Dónde te habías metido? ¿Has comprado una casa o una iglesia? ¿O solo te lo has pasado bien con las chicas de

Kaikoura?

Lizzie se agachó frente a la chimenea, se quitó las botas y acercó los pies helados al fuego. Michael aprovechó la oportunidad. Se acuclilló delante de ella, le cogió los pies, que eran más grandes y fuertes de lo que dejaba sospechar la delicada silueta de la joven, y se los masajeó para calentarlos.

—¿Qué estás diciendo de Kaikoura? —preguntó mirando seriamente el rostro sonrosado por el calor y ligeramente iluminado

por el fuego del hogar—. No sé qué espíritu te habrá informado, pero no tenía ni idea.

—El espíritu se llama Tane y se lo ha pasado muy bien contigo — replicó arisca Lizzie—. Sí que tenía idea, y me contó lo de Claudia.

Michael suspiró pero prosiguió acariciándole los pies. Lentamente se deslizó hacia las rodillas.

—Sí, he visto a Claudia. Y la invité a un par de cervezas, como al resto. ¿Qué hay de malo? Es una buena chica y ha sido amiga mía, y

durante mucho tiempo también tuya, si no recuerdo mal. ¿Os habéis peleado?

Lizzie hizo un mohín y apartó las manos de Michael. No quería caer en sus redes.

—Nunca por ti, conquistador. ¿Vas a decirme, de verdad, que no me has engañado? ¿En todos estos meses? ¿Y que ahora vienes arrepentido de vuelta? ¿Con la llave de tu palacio?

Michael le depositó con cuidado los pies en el suelo y se arrodilló delante de ella con una

mano sobre el corazón.

—Lizzie, hay algo por lo que debo pedirte perdón. ¿Te he dicho ya que soy un idiota? —A ella se le escapó la risa y él alzó los dedos para jurar—. Te juro que mientras hemos estado juntos, nunca te engañé. Tampoco durante todo este viaje, y seguro que no con tu amiga Claudia. ¿Me crees?

La joven asintió. De repente se sintió cansadísima. Todas sus preocupaciones, todo su enfado no habían tenido razón de ser. Ahora lo único que podía esperar era que

Michael no le preguntara a ella lo mismo. La noche que había pasado con Kahu Heke empezaba a pesarle en la conciencia.

Michael le habló acerca de las granjas de Kaikoura y de las llanuras mientras Lizzie transformaba como por arte de magia sus escasas provisiones de viaje en una comida.

—Así que estuviste en Tuapeka —se asombró ella—. ¿No pudiste comprar nada allí?

Se sintió halagada cuando Michael le confesó que el poblado

de buscadores de oro le había recordado demasiado a ella para prolongar su estancia allí. No preguntó cómo era que había bajado sin provisiones a la cabaña. Aceptó sin cuestionar la explicación de que había vuelto porque quería volver a vivir por fin en una casa que se pudiese caldear correctamente. Lizzie siempre había sido friolera, por eso había insistido en construir la cabaña. Esa noche a los dos les daba igual lo que fueran a cenar. Ambos estaban felices y aliviados por estar

juntos de nuevo, incluso si las dudas seguían corroyendo a Lizzie. De repente era todo tan sencillo... Tal vez no debería haber perdonado a Michael tan fácilmente. Pero, por otra parte, sus explicaciones parecían convincentes. A lo mejor sí había escrito las cartas que aseguraba haberle escrito. Tendría que haber preguntado en la oficina de correos.

—Así pues, mañana cogemos los caballos y nos vamos a Queenstown —dijo—. ¿O quieres volver a Tuapeka... para casarte?

Michael se echó a reír y la besó.

—Lizzie, para casarnos tenemos que ir a Dunedin si quieres que nos bendiga tu reverendo Burton. Por fin le han concedido una parroquia en un lugar civilizado, está que no cabe en sí de alegría. Aunque, al parecer, por lo que dicen en Tuapeka, le ha abandonado su amada.

—Para cotillear sí que te dio tiempo —se burló Lizzie de él, frunciendo el ceño—. Tan añorante no debías de estar.

Michael tiró de ella hacia la cama.

—Voy a enseñarte lo añorante que estaba —bromeó—. Ay, Lizzie, cuánto te echaba de menos. ¡Hasta tus críticas! Pero ahora ven aquí, no te quedes mirando la luna y contando los días para calcular si es seguro o no hacerlo. Vamos a casarnos, Elizabeth, queremos hijos.

La regla de Lizzie era muy regular. Podía evitar el embarazo con facilidad absteniéndose los días fértiles. Incluso cuando era

prostituta, nunca se había quedado encinta, aunque en el Green Arrow no siempre había sido fácil que el dueño le permitiera dejar de trabajar esos días. Los días más difíciles habían sido los de Martin Smithers, pero incluso a él le había convencido de que tener una doncella encinta era lo último que podía desear. Michael había sido desde el principio considerado, y ahora...

Lizzie tuvo que admitir que en ese momento ignoraba en qué etapa del ciclo se encontraba. Michael

había estado semanas fuera. Pero tenía razón, daba igual. Lizzie se abandonó feliz a sus brazos y disfrutó de una noche perfecta. Michael consiguió disipar todas las dudas que ella albergaba. Se pertenecían el uno al otro, eran marido y mujer.

Cuando al día siguiente Michael salió de la cabaña para dar de comer a los caballos, una anciana maorí estaba sentada en el claro delante de la cabaña y había encendido una hoguera. Michael

reconoció a la *tohunga* Hainga. La saludó con respeto.

—Seguramente querrás hablar con Lizzie —dijo.

Hainga lo miró con atención.

—Así que has vuelto —observó—. Los espíritus nos conducen por extraños caminos.

Michael no entendió.

—Voy a llamar a Lizzie. Puedes desayunar con nosotros, aunque no tenemos mucho que ofrecer.

La anciana sacudió la cabeza. Por lo visto no estaba hambrienta, sino que tenía que cumplir una

misión.

—¡Lizzie, tienes visita!

Lizzie, que todavía estaba acostada, se sobresaltó. Había temido que Kahu hubiese bajado en su busca. No sabía exactamente dónde vivía, pero cualquiera podría haberle indicado el camino. Lizzie respondió titubeante. Había esperado ya estar con él de camino antes de que Kahu saliese a buscarla. Ahora tendría que justificarse. Con un gemido, se vistió rápidamente y se sintió aliviada cuando vio solo a la

*tohunga* delante de la cabaña.

Hainga le indicó un sitio junto a la hoguera como si fuera ella quien recibiera visita.

Lizzie tomó asiento. Se percató aliviada de que Michael iba al establo sin mostrar interés por la conversación entre las dos mujeres.

—Siento haberme ido así —se disculpó Lizzie—. Debería haberme despedido.

Hainga hizo un gesto de rechazo.

—Ir y venir, lo pasado y lo que ha de venir son uno —dijo.

—Eso es lo que tú dices, pero estoy segura de que Kahu estará enfadado conmigo. Haikina... Haikina no ha tenido problemas, ¿verdad?

Hainga movió la cabeza.

—Solo ha dicho la verdad de lo que Kahu ha callado. Los espíritus nos permiten ir y venir, callar y hablar... es lo mismo. Los espíritus, Erihapeti, no se dejan engañar. Se lo he dicho a Kahu y ahora he venido aquí para decírtelo a ti.

Lizzie no supo qué contestar.

—O sea... como muestra de amistad, ¿verdad? —susurró—. Kahu no vendrá aquí para... ¿cómo se dice?... ¿reclamar su derecho? —preguntó con voz ronca.

—¿Qué derecho? —preguntó Hainga—. Kahu Hake está camino de su hogar. Ayer recibimos un mensaje, hay tumultos allí. Parece haber estallado la guerra de la que él hablaba.

Lizzie se sintió culpable por el alivio que sintió. Porque Kahu se había ido, y también porque ya no tenía nada que reprocharse. Tanto si

el *ariki* ngati pau se casaba con una *pakeha* como si no, los conflictos entre las etnias no se habrían solucionado fácilmente mediante gestiones diplomáticas.

—Yo también me marcho — dijo entonces Lizzie—. Con Michael.

La anciana asintió.

—Lo sé, las nubes se han disipado. Pero no siempre nos gusta lo que el cielo despejado nos muestra. *Haere ra*, Erihapeti. Volveré a verte cuando llegue el momento.

Hainga le frotó la nariz y Lizzie la correspondió. Respiró aliviada cuando la mujer se marchó. También eso había sido más fácil de lo que esperaba. Al menos los ngai tahu no parecían guardarle rencor por haber abandonado a Kahu. ¡Y los dioses, para variar, parecían estar del lado de Lizzie!

## 6

El reverendo Burton estaba sumamente agradecido a Jimmy Dunloe por todo lo que el banquero había hecho por Kathleen y Colin. Después de que en los últimos meses Kathleen se hubiera ido distanciando cada vez más de Peter, este se enteró tras la partida del muchacho de que Dunloe había intervenido. Fue a visitarlo.

—Yo también habría podido dar mi nombre al chico, naturalmente —dijo, sintiéndose casi culpable—. Incluso lo habría adoptado si Kathleen... si Kathleen me hubiese aceptado. Pero, por supuesto, mis contactos no son tan buenos como los suyos.

Peter Burton procedía de una buena familia, pero no pertenecía a los mismos círculos que el banquero londinense. Y para que un hijo natural de las colonias —sin referencias ni estudios ingleses terminados— fuese aceptado en la

academia militar más célebre del país era necesario tener buenos contactos en la buena sociedad, incluso en la casa real.

Dunloe hizo un gesto restándole importancia.

—Bah, no le dé más vueltas, reverendo —dijo tranquilamente—. Usted, siendo clérigo, ¿qué impresión habría dado? En mi caso, por el contrario, a nadie le importa, en todas las familias hay una oveja negra. Y el joven Colin no será el primer granuja que hace carrera en el ejército real. Si su majestad

precisara de algún corsario... — Ambos rieron, pero Dunloe enseguida se puso serio—. Me habría gustado que Kathleen hubiese colaborado más. Sigue siendo una sombra de sí misma y Claire se siente muy desdichada por ello.

De hecho, también las expectativas de Peter Burton habían quedado insatisfechas. Kathleen no había acudido de nuevo a él después de la partida de Colin ni había recuperado su modo de vida anterior en la sociedad de Dunedin.

Claro que siempre había sido más retraída que la vivaracha Claire, pero desde la muerte de Coltrane y la marcha de Colin solo salía de casa para ir a la iglesia. Sufría una profunda depresión, estaba descontenta con su destino e intentaba purgar su supuesta culpa mediante incontables misas de difuntos por Ian y visitas diarias a la iglesia.

—Si no hubiese abandonado a Ian, Colin quizá no se habría vuelto así —repetía cuando Claire, al principio triste pero luego cada vez

más enfadada e insistente, le señalaba que su dependencia del padre Parrish iba en aumento.

—¡Claro que se habría vuelto así! —contestaba Claire indignada—. Ya entonces era el vivo retrato de su padre, hacía mucho que no te obedecía. ¡Y Sean seguro que se habría vuelto igual, aunque fuese para sobrevivir! Con Ian no se entendía. ¿Y Heather? ¿Tenía que seguir viendo cómo su padre pegaba y violaba a su madre? ¿Qué habría sido de los tres si al final te hubiese matado de una paliza?

Kathleen no tenía nada que objetar, pero tampoco lo admitía, sino que lloraba en silencio para sí. Esto suponía una carga para sus hijos. Sean, que estaba contento de haberse librado de Colin, no se mostraba, por primera vez en su vida, nada comprensivo con su madre. Se rebelaba negándose a asistir a las misas de difuntos por Ian Coltrane. Además, no tragaba al padre Parrish, ya que había crecido con la tolerante religiosidad de Peter Burton, que acogía también a los maleantes y prostitutas de

Gabriel's Gully. No le gustaban las lúgubres visiones del infierno de Parrish y las severas penitencias que imponía cuando le confesaban el más ínfimo pecado. Sean evitaba pues asistir a la iglesia siempre que podía, y el cura católico amonestaba por ello a Kathleen.

Heather, que ya casi había cumplido los catorce años y se había convertido en una muchacha hermosa y vivaracha, estaba asustada de ver a su madre en aquel estado. Iba a visitar a sus amigas siempre que podía y estrechaba

todavía más su relación con Claire y Chloé. Lo que más le gustaba era escaparse con los caballos. Gracias a Claire se había convertido en una estupenda amazona y ahora deseaba tener un caballo propio. Como su hermano, al final se hartó de la Iglesia católica irlandesa cuando Kathleen le negó ese deseo. Según la opinión del padre Parrish, la silla de montar no era lugar para las chicas, sino la cocina.

—¿Por qué no intentas reanimar tus virtudes femeninas? —preguntó Claire sarcásticamente a Kathleen,

después de que Heather hubiese vuelto a quejarse del sacerdote y de la influencia que ejercía sobre su madre—. Me refiero a tus actividades con el hilo y la aguja. ¡Es hora de preparar la nueva colección de primavera, Kathleen! ¡Urge! Hace dos semanas que han llegado las revistas de Inglaterra y Francia y no les has echado ni un vistazo.

—La vanidad es pecado —respondió Kathleen, apática.

Claire levantó los ojos al cielo. Le habría gustado zarandear a su

amiga. ¿Qué había pasado con la mujer decidida que años atrás había planificado una fuga? ¿Aquella que tanto en períodos buenos como malos había manejado su negocio común con valor y perseverancia? Con la muerte de Coltrane y el desastre de Colin parecía haberse disipado toda la fuerza de Kathleen. Ahora solo era un pedazo de cera que el beato del padre Parrish moldeaba a su gusto.

—¿Y si hablas tú mismo con ese hombre? —preguntó Claire desesperada a Burton cuando

Kathleen siguió sin dar ninguna señal de querer trabajar. Cada vez confiaba más en el reverendo, ambos se habían contado sus penas demasiado a menudo—. ¿De párroco a párroco? Él tiene que ser el más interesado en que Kathleen gane dinero. ¡A fin de cuentas, todo va a parar a sus colectas! Esto se está poniendo serio, Peter, necesitamos los nuevos bocetos o las prendas no estarán listas para primavera.

Claire y Kathleen habían adoptado la costumbre de

confeccionar un vestido de cada modelo en una talla normal para exponerlos en la tienda. Las clientas los tenían entonces presentes y podían encargarlos a su medida en la tela y la calidad elegidas.

El reverendo rio abatido.

—¿Qué te imaginas, Claire? ¿Debo pedirle su mano, por así decirlo, al padre Parrish? En cuanto empiece a hablar se dará cuenta de lo mucho que ella me importa. ¡Si no le ha confesado ya los terribles pecados que ha cometido conmigo!

En tal caso, me tomará por Lucifer en persona.

—¡Pero algo hay que hacer! —  
gimió Claire.

Burton enarcó las cejas.

—Si quieres saber mi opinión, tú tienes las mejores cartas. Repréndela con energía, hazle ver que pronto no tendrá dinero para pagar los estudios de sus hijos, presiónala con ese secreto que todavía no habéis desvelado a nadie.

Claire hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué secreto?

Peter se encogió de hombros y sonrió con ironía.

—Si lo supiese, yo mismo la presionaría —observó—. Pero no me creas tonto, Claire, hay algo. Algo entre Kathleen y Coltrane. ¿Por qué se casó con ese tipo? No me digas que se convirtió en chalán después del matrimonio, con un trabajo honrado no habría podido pagarse el viaje a Nueva Zelanda.

—¡Fue Kathleen quien pagó el viaje! —se le escapó a Claire.

Peter le lanzó una mirada

significativa.

—No voy a preguntar de dónde sacó ella el dinero. Pero hay algo ahí. Por favor, si ves alguna posibilidad de presionar con ello o de sacarla de su desesperación tirándola de los pelos, ¡hazlo! Quiero invitaros, Claire. A ti, al señor Dunloe y, claro está, a Kathleen. ¡A la misa de presentación en la nueva parroquia! Por fin me dejan volver a Dunedin, aunque solo a un barrio de la periferia. Por lo visto ha corrido la voz de que en los últimos años ni

una sola vez he hablado de Darwin.  
Al menos no desde el púlpito.

—¿Te ha abandonado el valor,  
reverendo? —bromeó Claire.

Peter rio.

—No; es solo que tengo otras  
preocupaciones. A los tipos de los  
yacimientos de oro no les interesa  
si Dios los ha creado directamente  
o si vienen del mono. Y creo que  
Dunedin, a la velocidad con que  
crece, tiene otros problemas con  
toda esa gente venida a la ciudad a  
causa de la fiebre del oro. En  
cualquier caso, pronto volveré a

estar más cerca de vosotros, Claire... y de Kathleen, espero que no solo en cuanto a proximidad espacial se refiere. No podrá faltar al servicio religioso inaugural. No, después de todo lo que hemos vivido juntos.

En efecto, Kathleen no pudo negarse, pero se presentó sin mucho entusiasmo y con un vestido negro de la colección del año anterior. Sin embargo, a pesar de ese triste color en esa alegre fiesta, o quizá precisamente por él, su figura esbelta, su tez clara y su cabello

brillante bajo el sencillo sombrero negro atrajeron todas las miradas. Las mujeres en especial cuchichearon porque era evidente que la socia de Claire llevaba luto. Los hombres se limitaron a mirarla con deseo. Burton tuvo que tener cuidado de que a él no le ocurriese lo mismo. Le costó concentrarse en su sermón. Sin embargo, Kathleen no levantó ni una sola vez la vista hacia él. Luego rehusó participar en el tentempié que seguía en el jardín de la pequeña iglesia, algo apartada de Dunedin. Esto provocó casi una

pelea entre ella y Sean. El joven insistía en felicitar a su viejo amigo y padre sustituto, y además quería plantearle unas preguntas serias acerca del sermón, en el que se habían mencionado algunos problemas sociales del moderno Dunedin. Sean había saltado un curso también en el instituto. Pronto tendría que elegir una carrera y todavía no se decidía por ninguna disciplina. Burton esperaba que al final no fuera la Teología. No podía imaginarse a Sean como sacerdote católico, y por lo que parecía

ahora, le rompería el corazón a su madre si se convertía al protestantismo.

También Heather quería asistir a la fiesta. Estaba contenta de que Peter elogiase lo guapa que se había puesto y comentaba con Chloé y otras amigas a qué chica había mirado más veces Rufus Cooper durante la misa.

Al final, Claire, Jimmy Dunloe y Sean casi tuvieron que arrastrar a Kathleen al jardín de la parroquia para que al menos saludase a Peter.

—Bonito sermón, reverendo —

lo felicitó con la mirada baja cuando Peter le tendió la mano.

Él pensó que Kathleen había perdido peso en las últimas semanas. Le estrechó con vigor la mano, pequeña y fría.

—Kathleen, ¿qué sucede? ¿Por qué no quieres hablar conmigo? Por Dios, éramos amigos. Había esperado... Kathleen, ¿qué te pasa?

Le puso con suavidad el brazo sobre los hombros, aunque ella se encogió como si la quemara. Peter miró un momento alrededor e hizo una seña a los Cooper y a Claire

para que lo disculpasen. Con una suave presión condujo a la reticente Kathleen a su nueva y pequeña casa. Era muy bonita, una casa de campo de las que ella había visto en Irlanda. Kathleen recordó vagamente la casa cubierta de hiedra y flores del administrador de lord Wetherby. Trevallion... Había odiado al hombre, pero le había encantado la casa.

—Una bonita casa —dijo a media voz, acercándose a la ventana de la acogedora sala de estar en que los muebles ingleses

de Burton por fin habían encontrado un lugar fijo—. Solo te falta un huerto. Verduras y flores...

—No cambies de asunto —le dijo él con severidad—. Tenemos que hablar y aquí nadie nos oye ni ve. Nadie puede chivarle al padre Parrish que has estado haciendo manitas con el Anticristo. Y ahora dime qué pasa. ¿Por qué no te atreves a reunirme conmigo? Por Dios, Kathleen, yo había pensado que tú... que al menos me querías un poco.

Kathleen sacudió la cabeza con

vehemencia.

—Claro que no te quiero. Has... has entendido mal. No, el padre no debe saberlo...

—¡Él no es quien debe decidir a quién quieres! —protestó Peter—. A quién amas y con quién te relacionas es asunto solo de Dios. Y si no me quieres, Kathleen, si puedes decirme con franqueza que no me quieres, entonces, ¡mírame al menos a los ojos!

—A lo mejor... a lo mejor también lo decide el demonio —susurró ella. Pero al menos levantó

la vista. Peter vio un rostro atormentado y consumido por la pena—. Estoy maldita, Peter —dijo con voz ahogada—. Soy una pecadora. Y tengo que penar por eso. Ian fue mi... mi penitencia... y yo no la acepté. Y ahora... ahora el diablo vuelve a tentarme. Por favor, Peter, déjame ir. Por favor, déjame vivir en paz. —Kathleen se apartó.

—¿Así que soy una tentación del demonio? —Peter no sabía si reír o llorar.

Kathleen no respondió. Salió huyendo de la casa y cruzó el jardín

a toda prisa. ¿Se había vuelto loca? Ya no era dueña de sí misma. Durante años no había vuelto a pensar como la alumna de los domingos de un pueblo sin nombre junto al río Vartry. Pero ahora todo parecía regresar. Sus pecados, la pérdida de Michael, el matrimonio desdichado con Ian, Colin... era demasiado. Kathleen no sabía cómo superarlo.

Peter volvió a reunirse con los presentes, pero no podía sentirse feliz en su gran día. Kathleen todavía le amaba, lo había visto en

sus ojos. Pero si no ocurría un milagro, nunca la recuperaría. Se atormentaría hasta el fin de sus días y una de las causas era la historia del matrimonio con Ian que todavía no le había contado. ¿Se suponía que Ian era el castigo por lo que había hecho?

Peter deslizó la mirada por los niños de su congregación y se detuvo en Heather y Sean, que al parecer hablaban agitados entre sí. Por lo visto, el comportamiento de su madre los había alterado. Y de repente tuvo un presentimiento. La

rubia Heather y el moreno Sean... también Colin tenía el cabello rubio. Ian había sido también moreno, pero sin embargo... Peter nunca había pensado que regresaría tan pronto a la colonia de los buscadores de oro, pero ahora quería consultar los registros parroquiales de Tuapeka. Al morir Ian Coltrane le había preguntado a Kathleen la fecha de su matrimonio y la había apuntado. Entonces no se le había ocurrido compararla con la del nacimiento de Sean...

Pero antes, Claire estaba decidida a hacer un milagro echando un sermón a su amiga.

—Kathie, no es asunto mío si en adelante haces de Ian un santo —interpeló a su socia al verla llegar de una de sus misas de difuntos—. Si quieres destrozarte y convertirte en una de esas cornejas negras de las que antes nos burlábamos, adelante, haz lo que quieras. Pero no voy a permitir que arruines nuestro negocio. Hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí. Si no te pones a esbozar la nueva

colección, lo hago yo con Lauren Moriarty. —Lauren era una de las mujeres que cosía para ellas.

—¿Lauren? —repitió Kathleen. Miró a Claire como si emergiera de un lago en el que hubiese estado durmiendo como una nereida—. Pero ¡si no sabe ni dibujar!

—Pero sí cortar los vestidos a partir de las revistas de moda y transformarlos un poco. Es sencillo, Kathleen, hasta yo lo sé hacer: se combina un vestido con el cuello del otro y se le pone el cinturón de un tercero. No es muy original, pero

estamos en Dunedin, no en París. Nadie se dará cuenta de que los bocetos no son tuyos.

—Pero yo... yo sí me daré cuenta —protestó Kathleen incrédula.

Se sacó lentamente las agujas del sombrero del cabello y se despojó de la capota negra. Claire se la arrebató de la mano y la tiró al suelo.

—Tú, Kathleen —dijo implacable—, vas a tener otras preocupaciones. Porque si no te pones a trabajar, ¡no te daré los

beneficios! Tendrás que pensar en cómo reúnes el dinero para la escuela de Sean y Heather. ¡A lo mejor se encarga tu querido sacerdote!

—Pero... pero ¡no puedes hacerlo! El negocio es de las dos. A mí me corresponde la mitad.

—¡Pues reclámala! —gritó Claire—. Ya veremos hasta dónde llegas.

Kathleen se la quedó mirando con los ojos abiertos de par en par.

—Pero somos amigas...

Claire inspiró hondo.

—Kathleen Coltrane era mi amiga —respondió—. Pero ella parece haber muerto. Ahora convivo con la santurrona de Mary Kathleen y con ella tengo muy poco en común. Pero ¡me gustaría que Kathleen volviera a despertar! Y si tengo que zarandear y atizar a esa llorona Mary y dejarla sin un penique y ponerla de patitas en la calle, lo haré. ¡Tanto si después es o no es mi amiga!

Kathleen se mordió el labio.

—Voy a cambiarme de ropa —musitó—. Y a buscar el

carboncillo. Voy... voy a hacer un par de dibujos.

Claire se alegró tanto que abrazó a su reticente amiga y bailó con ella por la habitación.

—¡Por fin! ¡Y, Kathleen, esta vez haremos una gran colección! Como las famosas compañías de París y Londres. Con vestidos para llevar en casa, de tarde y de noche. ¡Y como broche final: un traje de novia! No te preocupes por el precio, alguien lo comprará, y si no es así, la apuesta habrá valido la pena.

Por el momento, todavía había pocas novias entre las mujeres que podían permitirse la ropa de Kathleen y Claire. La mayoría de las parejas que formaban la clase acomodada de Dunedin ya habían llegado a Nueva Zelanda como tales o el fundador de una empresa de éxito había recogido a su esposa. Sus hijos crecían ahora en la isla y en algún momento se casarían entre sí. Aunque todavía no había llegado el momento.

—Quiero un vestido de novia en el escaparate —insistió Claire

cuando Kathleen intentó  
contradecirla—. ¡Porque así ha de  
ser!

En el escaparate de Lady's  
Goldmine colgaba un sueño de  
encajes color crema cuando  
Michael y Lizzie llegaron a  
Dunedin.

## 7

La granja de Queenstown parecía muy prometedora. A Lizzie enseguida le gustó su ubicación, en un pequeño altiplano con vistas sobre el lago Wakatipu. No tenía mansión, pero sí una casa espaciosa y hogareña, sólidamente construida y en buen estado. Además, podía adquirirse un rebaño de auténticas ovejas de cría. Los propietarios

habían casado a su única hija en Blenheim y planeaban mudarse al norte.

—¿Qué vamos a hacer aquí, sin herederos? —preguntó el granjero, un escocés rubicundo y de carácter pragmático—. Gente habrá a quien le gusten las ovejas, pero yo me olvidaré de ellas en un periquete.

Los MacDuff tenían una doncella maorí que quería quedarse y un par de pastores a quienes empleaban durante el día. Lizzie enseguida se entendió con la chica y Michael también se pondría de

acuerdo con los hombres. Según MacDuff, todos hablaban inglés.

—Yo no fui capaz de aprender eso que ellos hablan —admitió el granjero bonachón—. Y para ellos es bueno que se adapten.

Lizzie encontró esa postura un poco colonialista, pero no le contradijo. Michael, en cualquier caso, estaba entusiasmado con la granja, y ella tampoco tenía nada que objetar. Claro que la propiedad estaba lejos de la ciudad, y Lizzie también lamentaba que no hubiese ninguna pendiente orientada al sur

para cultivar viñas, pero no iba a discutir por ello. Michael la tomaría por una loca o volvería a temer que ella quisiera llevar la voz cantante. La idea de experimentar con cepas tendría que seguir siendo un anhelo para el futuro.

Así pues, Lizzie y Michael prometieron que en Dunedin transferirían a la cuenta de MacDuff una cantidad del pago y que se encargarían de la granja cuando los escoceses hubiesen liquidado sus últimos asuntos en Otago. MacDuff

quería concluir la venta final después del esquila, lo que a Michael le parecía comprensible.

—En caso contrario, equivaldría a haber pasado todo el año trabajando para nada —le explicó a Lizzie, a quien le habría gustado mudarse antes.

—¿Y qué haremos entretanto? —refunfuñó ella—. La verdad es que no me apetece pasar otra primavera en Tuapeka.

Michael rio y le hizo dar una vuelta alrededor.

—¡Nosotros, cariño mío,

pasaremos las semanas que vienen en Dunedin sin trabajar! Despilfarraremos una parte del dinero ganado con nuestro esfuerzo. Nos alojaremos en un hotel, podrás beber tanto vino como quieras y, naturalmente, nos casaremos. En la iglesia de tu reverendo. ¡Esperemos que ya no sea una tienda de campaña!

Lizzie dejó que la hiciera girar, aunque se mareaba. Últimamente se mareaba con frecuencia y sospechaba cuál era el motivo.

—También me casaría contigo

al aire libre —declaró sonriente—. Lo que me gustaría tener es un vestido de novia. ¿Crees que tendremos dinero para comprarlo?

Michael hizo un gesto significativo.

—¡Tenemos dinero para dos vestidos de novia y uno de bautizo también!

Lizzie le amenazó juguetona con el dedo.

—¡No querrás casarte con dos mujeres, Michael Drury! Pero lo del vestido de bautizo tal vez sea una buena idea...

Lizzie descubrió el sueño de encaje color crema durante su primer paseo por Dunedin. Encontró la ciudad fascinante; desde que se había marchado de Londres, nunca se había dejado llevar por el pulso de una gran ciudad. Para entonces, las casas de piedra más importantes del centro de Dunedin ya se habían concluido, la iglesia de San Pablo acogía de hecho a quinientos feligreses y el Octágono anunciaba un futuro esplendoroso. Y había tiendas y

mercados en abundancia y de todos los precios. También en eso se parecía Dunedin a Londres: había ciudadanos ricos que paseaban por las calles y los parques exhibiendo la última moda, carruajes y caballos bonitos, y al lado malvivían inmigrantes recién llegados, sin medios, que se hospedaban en las afueras en casas provisionales.

Fuera del centro urbano, las calles solían estar enfangadas, nadie recogía las basuras y escaseaban las instalaciones

sanitarias. El reverendo Burton, quien de inmediato había tomado a los pobres bajo su tutela, encontró allí un amplio campo de acción. Volvió a organizar comedores para pobres y una asistencia mínima para los enfermos. Lizzie lo apoyaba con donativos, contenta de formar parte por una vez de los ciudadanos acomodados. Michael había reservado una suite en uno de los mejores hoteles y cumplió su promesa: comían en los mejores restaurantes, asistían a teatros y espectáculos y planificaban su

boda.

En un arrebató de grandeza, Michael quería casarse de inmediato en San Pablo, pero a Lizzie le gustaba más la iglesia del reverendo en la periferia.

—¡Quiero que nos case Burton!  
—insistió—. Además, ¿qué íbamos a hacer en una iglesia con capacidad para quinientas personas? ¡Aquí no conocemos a nadie!

Al final se impuso Lizzie y se fijó la fecha para el 2 de noviembre. Sería una novia de

primavera.

—¡Y tú serás un bebé de otoño!  
—le susurró al hijo que llevaba en su seno.

Estaba segura de que estaba embarazada y se alegraba de ello. Por el momento no se lo había dicho a Michael y esperaba que no se percatara de nada hasta la boda. Quería estar delgada y resplandeciente en su traje nupcial, si bien solo tenía una vaga idea de qué aspecto debería tener un vestido para tal ocasión. Hasta ese día en que paseaba por George

Street, una de las calles más elegantes de la joven ciudad.

La tienda, pequeña pero muy exclusiva, estaba junto a un banco y en el escaparate habían expuesto el vestido más bonito que Lizzie jamás hubiese podido imaginar. Lady's Goldmine. Moda para señoras. Lizzie tuvo que hacer un esfuerzo para no pegar la nariz al cristal como un niño. ¡Ya no necesitaba soñar más! ¡Tenía dinero, podía comprarse ese vestido!

Sin pensárselo demasiado,

entró en la selecta tienda. Nunca había estado en un local así. La joven que la atendió no era intimidatoria, sino vehemente. Llevaba un vestido sobrio, pero de un corte sumamente elegante. El color marrón claro de la falda y la chaqueta combinaba con el avellana de sus ojos. Una blusa verde claro y un chal envolviendo el cuello en verde oscuro quitaban rigidez al conjunto, dándole un tono casi mundano. La mujer, menuda y delicada, llevaba el cabello recogido y dirigió una cautivadora

sonrisa a Lizzie.

—Buenos días, soy Claire. ¿En qué puedo servirla?

Lizzie tomó aire.

—Ese vestido de novia... —  
susurró.

Claire resplandeció.

—¿Va a casarse? ¡Vaya! ¡Sabía que alguien estaba aguardando para casarse con ese vestido! Mi socia discutió conmigo porque yo quería un vestido de novia en la colección. Pero tenía un presentimiento... Venga, ¡pruébeselo! Es lo que desea, ¿no?

Lizzie avanzó tímidamente. No había contado con una acogida tan efusiva. Claire Edmunds entendió mal su reserva.

—No se preocupe por el precio, ya nos pondremos de acuerdo. Si es que el modelo le va bien, claro. Confeccionar otro igual es caro, desde luego. Pero este vestido está pensado para atraer las miradas, y...

Lizzie se ruborizó y movió la cabeza.

—No, no... yo... nosotros tenemos dinero. Es solo que nunca

he tenido algo tan bonito.

Claire sacó el vestido del escaparate y Lizzie contempló maravillada la seda brillante y los delicados encajes.

—Sí, ¿verdad? Aquí no hay nada que se le pueda comparar. Dunedin se está convirtiendo en una ciudad, pero todavía está muy lejos de ser un Londres o París, incluso Liverpool, de donde vengo. ¿Y usted?

—De Londres —respondió Lizzie, intentando camuflar su acento del Cheapside.

—Ah, Londres, ¡entonces bebía usted de la fuente! Espere, la ayudaré, para ponerse el vestido se necesita una doncella.

Claire parloteaba complacida mientras la ayudaba a despojarse de un sencillo vestido de tarde y ponerse aquel vestido de ensueño de seda y encajes. Kathleen había cortado el vestido copiando un boceto inglés hecho para una mujer de la alta aristocracia. A ella personalmente no le gustaba tanto, lo encontraba recargado. Y de hecho no les quedaba bien ni a ella

ni a Kathleen. Las dos se lo habían probado.

Jimmy Dunloe se había limitado a menear la cabeza cuando Claire se lo había enseñado puesto.

—Entre tanto volante y puntillas no se te ve, Claire —rió el banquero—. Sí, es demasiado para ti, y el color te hace más pálida.

Tampoco la belleza de Kathleen quedaba reforzada por el esplendoroso traje, sino más bien menguada. Todos esos volantes y cintas redondeaban su silueta delgada pero femenina. La belleza

clásica exigía vestidos sencillos de corte más bien recto.

Pero cuando Claire vio a Lizzie con el vestido puesto, casi se quedó sin respiración. La joven que casi pasaba desapercibida, con una delgadez propia de una adolescente, adquiría de repente unas formas más redondeadas. Los volantes y encajes acentuaban sus pechos y el tono crema contrastaba con la tez demasiado oscura para la moda imperante. El fino cabello de Lizzie caía sobre lasafiligranadas puntillas que parecían ahuecarlo.

Los guantes de encaje blancos escondían sus manos encallecidas por el trabajo.

Lizzie se miró en el espejo. ¡Ya no era ni Lizzie Owens ni Lizzie Portland, sino una princesa!

—¡Es increíblemente bonito! — murmuró cuando Claire le arregló el pelo alrededor del gran escote.

—Espere, voy a buscar el velo. Puede llevarlo corto o largo, mi amiga lo ha pensado corto, pero es muy moderno, solo pocas mujeres se atreverían. Mire, la corona es artificial, de alambre y crespón

verde y puntillas, pero se inspira en las flores de azahar y...

Ambas se quedaron calladas ante la imagen en el espejo de una novia resplandeciente.

—¡Es perfecto! —exclamó Claire al final—. O casi. Aquí tendría que haber una pequeña pinza y yo haría el escote un poco más alto.

Se afanó con alfileres e imperdibles, pero Lizzie solo percibió unas mínimas diferencias. Para ella, el vestido era perfecto tal como estaba.

—Pasado mañana lo tendremos listo y podrá pasar a recogerlo — dijo Claire—. Llegamos a tiempo, ¿verdad? No se casará hoy, ¿eh? Y si fuera posible, ¿se hará una fotografía y nos enviará una copia? Una novia tan guapa... ¡Kathleen tiene que verla con el traje puesto antes de que se lo lleve! Quedemos a una hora para que venga a probárselo.

Lizzie rio.

—Llegamos a tiempo sin problema —respondió dichosa—. Pero si... si van a cambiar algo, la

boda es en cuatro semanas y quizá... —Enrojeció, aunque no se sentía cohibida ante aquella mujer. En una buena casa de modas seguro que se guardaban los secretos femeninos—. Bueno, quizá para entonces esté un poco más rellenita.

Claire resplandeció.

—¡Estupendo! ¡Muchas felicidades! Pero no es ningún problema, aquí tiene el fajín. Debajo seguro que habrá sitio para el pequeño. ¡Oh, me alegro por usted! ¿Dónde va a casarse? A lo mejor voy a la iglesia. Es nuestro

primer traje de novia, ¿sabe?

—La mujer es increíblemente amable —contó Lizzie a Michael cuando se encontraron por la tarde en el hotel para cenar. Había pedido champán para celebrar el día—. Y además, imagina, ¡diseñan ellas mismas los vestidos! Miss Claire o su amiga, miss Kate o algo así. Claro que es caro, pero me harán un precio especial. Porque miss Claire piensa que el vestido y yo... bueno, que estamos hechos el uno para el otro.

Michael frunció el ceño, pero brindó solícito con ella.

—Cariño, tú y yo sí estamos hechos el uno para el otro. Por mí, también podrías casarte con una bolsa de arpillera. Pero está bien, echaré un vistazo a ese vestido milagroso pasado mañana. A ver si te reconozco con él. Según lo que cuentas, te conviertes en un ángel. ¿O debería decir en un pastel de nata?

Lizzie sacudió la cabeza y, alterada, casi dejó caer su copa.

—¿Estás loco, Michael? ¡No

puedes ver mi vestido de novia!  
Trae mala suerte, seguro. —Su tono  
fue quejumbroso.

Michael rio.

—Mi querida Lizzie, ahora ya  
eres una mujer adulta y rica, pero te  
comportas como una niña  
supersticiosa. —Le cogió la mano y  
la besó—. Como si cambiara algo  
que vea un par de trozos de tela o  
no. ¿Qué dirían tus amigos  
maoríes? Ellos no se ponen un traje  
para casarse, ¿verdad? ¡Sería  
bastante molesto para dormir juntos  
en la casa común!

Lizzie frunció el ceño.

—También las mujeres adultas y ricas pueden ser víctimas de la mala suerte —replicó—. Y seguro que los maoríes tienen sus propios rituales. —Recordó las ceremonias a que debía someterse la esposa de un jefe tribal cada vez que quería visitar a su esposo—. ¡Ni te atrevas a espíarme, Michael! Verás el vestido en la iglesia el día de la boda.

Michael asintió despreocupado. De todos modos, pasaría al día siguiente por George Street y

echaría un vistazo al espléndido vestido. ¿Qué desgracia podía ocurrirles ahora a Lizzie y a él?

Lizzie estaba impaciente por ir a probarse la prenda. Llegó un cuarto de hora antes a George Street. Ese día no solo la esperaba miss Claire, sino dos mujeres más. La costurera, la señora Moriarty, y miss Kathie, la otra propietaria de Lady's Goldmine. La señora Moriarty tenía un aspecto amistoso y maternal con su sencillo vestido de muselina. Había venido de su

taller de confección. Pero miss Kathie... Lizzie ya se había quedado impresionada por la elegancia y belleza de Claire Edmunds, pero ¡miss Kathie...! Y solo llevaba un sencillo vestido negro sin ningún adorno. Era con toda certeza la mujer más bella que Lizzie había visto jamás.

Miss Kathie llevaba el cabello dorado recogido como miss Claire, pero un par de bucles rodeaban su rostro como una aureola de santidad. Lizzie había visto un brillo así por última vez en los

yacimientos de oro. Su tez era clara y lisa como el mármol, y ni una arruga en la frente producto de la concentración, la preocupación o las aflicciones, menoscababa la perfección de su rostro. Pero todo eso se veía superado por sus ojos, de un verde brillante, un color tan intenso como Lizzie nunca había visto. Miss Kathie se enderezó. Era amable pero distante.

—Mi amiga me ha contado maravillas de usted —saludó cortésmente a Lizzie. Una voz clara y expresiva, seguro que cantaba

bien. Lizzie estaba a punto de enfadarse con sus espíritus. Seguro que en la cuna de esa mujer se habían reunido todas las hadas que habían faltado en torno a la suya—. Me ha dicho que no podía perderme la prueba del vestido.

—Miss Kathie suele vivir retirada —señaló Claire—. Pero ha llegado el momento de que salga más a menudo. Podríamos asistir a la boda de miss Portland, Kathie y ser sus damas de honor. ¿Tiene ya damas de honor, miss Portland? Bueno, Kathie y yo ya somos un

poco viejas para eso, pero nuestras hijas estarían encantadas.

Miss Claire charlaba complacida, mientras la señora Moriarty y miss Kathie ayudaban a Lizzie a ponerse el vestido arreglado. Y de nuevo se produjo la transformación. La mujer en el espejo había sido antes Lizzie, pero ahora parecía la princesa de un cuento que casi alcanzaba la belleza de miss Kathie. Con pocos arreglos el vestido le sentaba perfectamente. Lizzie no podía apartar la vista de su propia

imagen.

—¡Es fantástico! —También los ojos de miss Kathie brillaban de admiración—. Mi amiga tiene razón, tenemos que fotografiarla con el vestido, ¡o aún mejor, retratarla! Hay muy buenos pintores en Dunedin. ¿Quiere que preguntemos por alguno?

Lizzie se sentía mareada. ¡Retratarla! ¡Alguien iba a retratarla! Pensó en los retratos de familia de la casa de los Busby. Y en la pared de la sala en su nueva granja de Queenstown.

Asintió.

—¡Sería maravilloso! —dijo extasiada—. Sería un sueño. Nunca habría pensado que...

Lizzie se dio media vuelta frente al espejo. Pero entonces miró hacia el escaparate y su rostro se ensombreció.

—¡Será posible! —exclamó malhumorada—. Tengo que desvestirme ahora mismo, miss Claire, o tendré mala suerte. ¡Mi marido está ahí enfrente, al otro lado de la calle!

Claire se mostró comprensiva.

—¿Se atreverá a entrar? — preguntó sonriente—. Hay veces que los chicos tientan al destino. Por aquí, miss Portland, no se atreverá a meterse en el probador. Le daremos esquinazo.

Miss Kathie y la señora Moriarty acompañaron a Lizzie al probador contiguo. Mientras la ayudaban a desprenderse del traje color crema, escucharon cómo miss Claire salía y censuraba a Michael. A lo que él respondía bromeando.

Al oír la voz, que llegaba al interior de la tienda, miss Kathie se

detuvo de repente y se quedó petrificada. Lizzie, que iba a ponerse su falda, no se dio cuenta, solo la señora Moriarty miró perpleja cómo la seda se deslizaba de las manos de su jefa.

—¿Le pasa algo, miss Kathie?  
—preguntó.

Kathleen se llevó la mano a la frente.

—No... yo solo...

La señora Moriarty rio.

—En mi pueblo dirían que ha visto un ángel...

Lizzie acababa de ponerse la

falda y la blusa, se abotonó y se arregló el peinado. Entonces abrió la puerta del probador. Su rostro relucía, como siempre que miraba a Michael. Claro que había sido una insolencia que se acercara allí, pero, de algún modo, también había sido bonito... Le dirigió una sonrisa, distinguió su expresión atrevida y luego una súbita palidez. Michael ya no sonreía, en su rostro solo había perplejidad y desconcierto, y miraba fijamente un punto detrás de Lizzie.

La joven se dio media vuelta y

reconoció la misma expresión en los hermosos rasgos de miss Kathie, que estaba en la puerta del probador.

Kathleen fue la primera en hablar.

—Michael... —dijo con voz ahogada.

Él dio un paso hacia ella. Ya no veía a Lizzie, ni a Claire ni a la señora Moriarty.

Michael Drury estaba en otro mundo. Solo con Kathleen.

—Pensaba que habías muerto.  
—Oyó su propia voz como si

procediese de otro lugar.

Kathleen se acercó a él.

—¿Por qué? —preguntó—.

Tú... tú estabas en Australia...

—No por mucho tiempo. —

Michael no podía creer que estuviera hablando con Kathleen—.

Me escapé. Pero... Ian me dijo que habías muerto en el parto.

Kathleen no sonreía, su rostro no expresaba nada, era una máscara de desconcierto.

—Estoy aquí... —dijo—.

Tócame.

Le tendió la mano. Michael se

la cogió, estaba caliente y húmeda de sudor. La suya seguramente también. Rodeó sus dedos con las dos manos.

—¿Ves que estoy viva? — Kathleen le tendió la otra mano. Estaban los dos inmóviles, no tenían prisa. Un círculo parecía estar cerrándose.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Lizzie—. ¿Quién es ella? —No necesitaba preguntarlo. Lo sabía—. ¿Kathleen? ¿Mary Kathleen?

Claire no entendía lo que estaba sucediendo, pero sí que esa escena

estaba partiendo el corazón de Lizzie.

—Querida Kathleen... —  
Michael intentó estrecharla, pero Lizzie lo apartó.

—¿Mary Kathleen...? ¿Qué hace usted aquí? ¡Se suponía que había muerto! —Lizzie separó a Michael y Kathleen, quien la miró sin comprender—. ¡Estaba usted muerta! ¿No podía quedarse así?

—Michael, ¿qué le pasa a esta mujer? —preguntó Kathleen.

Parecía haber olvidado que Lizzie acababa de hablar de su

prometido, que Claire había bromeado por lo curioso que era y por querer ver el vestido de novia antes de tiempo.

Se diría que Michael no se percataba de la presencia de Lizzie.

—Lo siento, Lizzie —musitó—. Pero ahora... ya ves... no está muerta... Déjanos... por favor, déjanos... ¿Qué haremos ahora, Kathleen? —Se volvió hacia aquella aparición del pasado en la que empezaba lentamente a creer. Kathleen se movió como en una danza alrededor de Lizzie. De

repente estaba de nuevo frente a Michael. Y Lizzie...

—Venga, miss Portland — Claire tomó la iniciativa—. Los dos están alterados, creo que se conocen de antes...

—Él es Michael... —La voz de Kathleen seguía careciendo de modulación, pero pensaba que tenía que presentarlo formalmente a Claire. Actuaba, pero no sabía por qué ni cómo—. Claire Edmunds... Michael Drury.

—¿El padre de Sean? —se le escapó a Claire.

Lizzie sintió que se mareaba. Así que tampoco había muerto el niño. Kathleen y su hijo habían estado esperando allí a Michael. Se acercó de nuevo, trató de decir algo...

Claire Edmunds la cogió.

—Miss Portland, no se haga daño —dijo dulcemente—. Venga, vamos a beber un té y luego volverá todo a su cauce. Los dos acaban de reencontrarse. Creo que tienen mucho que contarse. Señora Moriarty, ordene un poco esto y cierre usted la tienda si... —¿Si mi

socia se olvida de hacerlo? ¿O si se escapa irreflexivamente? Claire ignoraba qué era lo que temía, pero la señora Moriarty asintió amablemente.

—No se preocupe y márchese, yo me encargo de todo.

Lizzie subió la escalera apática tras Claire Edmunds hasta una sala exquisitamente amueblada. Ya sabía que nada volvería a ser como antes. Nada iría bien. Había visto la expresión de Michael. A partir de ese momento, para él solo existiría Kathleen. Como siempre había

existido únicamente Kathleen. Una falsa muerte los había separado. Pero Lizzie tendría que haberlo sabido. Ni en Dios, ni en los espíritus... ni siquiera en la muerte podía confiar.

## 8

—¿Vive? ¿Mi hijo vive? —

Michael había necesitado un rato para recobrase.

Kathleen había conseguido recuperarse más deprisa. A fin de cuentas, solo lo había imaginado en Tasmania, en la anterior la Tierra de Van Diemen, no en el otro mundo.

Pero también ella se había

quedado unos minutos cogiendo las manos de él, hasta que la señora Moriarty había ido por una tetera caliente y les había ofrecido una taza.

—¿A lo mejor os apetece tomar un té? —preguntó tímidamente.

Michael salió de su parálisis.

—¡Más bien necesitaría una botella de whisky! —musitó.

Kathleen sonrió.

—¿Todavía haces negocio con el whisky?

—¿Qué? Ah... no, no, claro que no. Soy... soy... Crío ovejas, tengo

una granja al oeste de Queenstown.

Kathleen asintió.

—Yo también tenía una granja  
—dijo, todavía medio en trance.  
Ambos volvían lentamente a la  
realidad—. Viví con Ian cerca de  
Christchurch. Pero tu hijo nació en  
Lyttelton. O Port Cooper, como se  
llamaba entonces. Casi en el barco.

Kathleen empezó a contarle,  
pero Michael la interrumpió. Su  
hijo vivía... Michael se encontraba  
en un torbellino de sentimientos,  
entre la incredulidad y una alegría  
desbordante.

—Sí. Es un buen chico. Es inteligente. Asiste al instituto y pronto irá a la universidad. Ian... Ian ha muerto.

Michael asintió sin mencionar que Lizzie era la responsable directa. De repente se acordó de Lizzie. Esto debía de haber sido un *shock* para ella. Pero ¡qué extraña sucesión de acontecimientos! Ella había matado a Ian. Le había dejado vía libre para volver a Kathleen. Ella siempre le había abierto caminos. Michael pensó con una especie de nostalgia y

agradecimiento en la mujer con la que apenas un minuto antes pensaba casarse. Pero Lizzie tenía que entenderlo...

—¿Y tú? ¿No tienes esposa?  
¿Hijos?

Kathleen bebió un sorbo de té. Lentamente su rostro iba recuperando el color. Su hermosísimo rostro. A primera vista, Michael había creído que no había cambiado nada, pero ahora veía que alrededor de los ojos había pequeñas arrugas. Estaba más seria, había conocido la pena y las

preocupaciones, pero para Michael así estaba todavía más bella.

—Deberías soltarte el pelo — dijo, de nuevo como en trance.

Kathleen repitió su pregunta.

—¿Yo? No... no, claro que no. Kathleen, yo... yo siempre he pensado solo en ti.

Ella frunció el ceño. También la imagen de la prometida de Michael volvía poco a poco a su mente.

—¿Y esa mujer? —preguntó—. Miss Portland.

Él hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Una vieja amiga. Hemos vivido muchas experiencias juntos. Queríamos administrar juntos la granja. Solo que yo te creía muerta...

—¿Solo eso? —insistió asombrada.

—Nada que deba preocuparte. Kathleen, ¡Mary Kathleen! ¡Es un milagro! Realmente es un milagro. Y nuestro hijo... ¿Cómo se llama? ¿Sean? ¿Como mi tatarabuelo? Eres maravillosa, Kathleen, maravillosa. ¿Cuándo podré verlo?

Kathleen ignoraba que el

tatarabuelo de Michael se llamara así. Miró el reloj de pie que había en un rincón del local.

—Acaba de terminar la escuela —dijo—. Podemos ir a recogerlo. A mí me iría bien un poco de aire fresco.

Michael asintió.

—Si eres un espíritu, el sol te quemará —bromeó.

Kathleen se apartó un mechón de la cara antes de calarse el sombrero. Tenía una capa negra. Se la quedó mirando un momento, pero renunció al propósito de ponérsela.

Entre los accesorios que vendían había una pequeña y elegante creación granate. Kathleen la cogió del soporte.

—¡Solo si fuera un vampiro! —  
puntualizó. Los más de diez años pasados con Claire la habían enseñado sobre el mundo de los espíritus en los libros y obras de teatro—. Pero puedo asegurarte que no lo soy. ¿Y qué sucederá con miss Portland?

Michael se encogió de hombros.

—Volverá a su casa —

respondió—. Lo siento por ella, desde luego. Ya veremos cómo podemos arreglar lo de la granja, pero ahora... Ya lo aclararemos todo más tarde, Kathleen. ¡Ahora quiero ver a Sean! ¡A mi hijo!

Sean se sorprendió de ver a su madre delante del portal de la escuela. Y el hombre que estaba junto a ella... Al principio había pensado que era Peter Burton y ya iba a alegrarse, pero luego vio que este era más alto que el reverendo. No le caía sobre el rostro ningún

mechón castaño, sino que sus rasgos angulosos se veían enmarcados por unos rizos abundantes y oscuros. A Sean le recordaba a alguien... Se despidió deprisa de Rufus Cooper y se dirigió hacia su madre y su acompañante.

—¡Sean!

—Kathleen

resplandeció ante su hijo.

El chico la miró con desconfianza. Algo la había transformado y no solo debido al precioso sombrerito granate, con el que había sustituido la capota negra

de corneja. Era también un brillo en los ojos que había visto por última vez cuando ella estaba con Peter Burton. Antes de que muriese su padre. ¿Su padre? Sean no era tonto. De niño le había hecho daño su rechazo, su clara preferencia por Colin, pero lo había superado. Ya no guardaba rencor a Coltrane, aunque tampoco sentía nada por él. Esa carencia de afecto o apego había despertado su curiosidad. Y el acta de matrimonio de Kathleen no había sido difícil de encontrar.

Sean se acercó lentamente a su

madre y la saludó con un beso en la mejilla.

—Sean —dijo ella y en su voz había una excitación que nunca antes había escuchado—. Este es Michael Drury.

Sean le tendió educadamente la mano.

—¿No nos habíamos visto en Tuapeka, señor Drury? —preguntó con amabilidad. Ahora lo recordaba perfectamente. El señor Drury había estado con miss Portland y el señor Timlock. A veces asistían a la misa de los

domingos del reverendo Burton—.  
¿Cómo está miss Portland?

Sean percibió que el rostro de su madre se ensombrecía. Y en la cara de Michael Drury asomó incluso un leve rubor.

—Bien... —contestó con un murmullo—. Muy bien, por lo que sé...

—El señor Drury y yo nos conocemos de Irlanda —explicó Kathleen—. Somos del mismo pueblo. Y ahora... él quería conocerte.

Michael estaba ante su propio

hijo y distinguía en su rostro delgado, junto a la nariz recta y los pómulos altos de Kathleen, también sus rasgos, o más bien los de su hermano Brian. Los ojos de Sean eran de un verde claro y lo escrutaban.

¡Su hijo! El corazón de Michael rebosaba de ternura y amor, pero no sabía qué decirle.

—¿Tienes... has cumplido ya los dieciséis, Sean? —balbuceó—. Y... ¿todavía vas a la escuela?

Sean no se dignó responderle.

—¿Eres... eres un buen

estudiante?

—¡Un estudiante muy bueno! —  
respondió orgullosa Kathleen—. El  
año que viene irá a la universidad.

Michael trató de sonreír.

—Dios... cuando uno piensa  
que antes solo pasábamos un par de  
horas con el padre O'Brien...  
Necesité horas para escribirte  
aquella carta, Kathleen. ¿La  
recibiste al menos?

Ella asintió y lo miró.

—Todavía la conservo —  
afirmó—. Pero no podía hacer  
nada...

Sean distinguió el brillo en los ojos de ambos.

—Has hecho bien, Kathleen — dijo Michael—. Lo hiciste por él. Y ha valido la pena. Es un... un chico bien educado...

Sean sintió que le invadía la cólera. ¿Qué significaba aquello? Su madre nunca solía presentarle a un conocido cualquiera como si fuera una foca amaestrada. En realidad, todo eso solo podía significar una cosa. Y entonces, ambos le debían una explicación.

Sean esperó a atrapar de nuevo

la mirada de Michael. Entonces la retuvo con firmeza.

—Señor Drury —dijo con voz clara—, usted... ¿no será por casualidad mi padre?

—De verdad lo siento mucho, Lizzie. —Michael intentaba parecer compungido, pero no parecía realmente afectado. Más bien al contrario, Lizzie pocas veces lo había visto resplandecer tanto desde su interior—. Pero tienes que comprender...

—¿Qué? ¿Qué tengo que

comprender? ¿Que un compromiso ya no tiene ningún valor, que se han desbaratado todos nuestros planes, que tu amor por mí se ha esfumado solo porque ha aparecido una mujer que no habías visto en diecisiete años? ¿Con la que no compartes nada más que un origen común y un pasado penoso?

Lizzie intentaba sentir rabia o al menos fingirlo. Tenía que luchar, no podía esconder la cabeza bajo el ala y rendirse, incluso si en ese momento era lo que deseaba. Pero Claire tenía razón: en algún

momento Michael y Kathleen tendrían que bajar de su nube rosa a la realidad. Entonces ella tendría que estar ahí y no debía parecer consumida por la pena, llorosa y desesperada. Michael la había amado hasta esa mañana. ¡Todo su amor no podía haberse evaporado!

—¡Lizzie, es Kathleen! —respondió Michael transfigurado—. Ya sabes.

—Sí, lo sé, tu amor de juventud, y tú ibas a tirarte a los tiburones solo por volver a verla. Pero ¡hace media vida de eso, Michael!

Lizzie posó la mano en la de él. Estaban en la habitación del hotel, la habitación que habían compartido hasta ese día. Michael había reservado otra para las noches siguientes. Una de las cosas para las que pedía ahora la comprensión de Lizzie.

Él apartó la mano con prudencia.

—Para mí es como ayer —observó—. Y ella... ¡ella es la madre de mi hijo!

—¡Yo también soy la madre de tu hijo! Bueno, también puede que

sea niña. —Colocó la mano que él había rechazado sobre su vientre.

—¿Estás embarazada? —La pregunta de Michael sonó más incrédula que alegre.

Lizzie asintió y preguntó:

—¿Cambia eso algo?

Michael se mordió el labio como un estudiante.

—Lizzie, es demasiado... demasiadas cosas a la vez. Tengo que digerirlo. Aclarar un asunto y luego los otros. Yo...

—No cambia nada —se respondió Lizzie, hastiada—. ¿Y

cómo crees que van a seguir las cosas ahora, Michael? No te quieres casar, al menos conmigo. Hasta ahí lo he entendido. Pero ¿qué pasará con la granja? Y con todos nuestros planes de futuro.

Él se encogió de hombros.

—Tenemos que pensarlo —contestó con una evasiva.

—¿Tenemos? —repitió Lizzie con aspereza—. Qué significa «tenemos». ¿Tú y yo, o tú y Kathleen?

Michael parecía angustiado.

—Todos. Yo... nosotros... ¿por

qué no lo consultamos con la almohada, Lizzie? A lo mejor...

—¿A lo mejor desaparezco como si hubiese sido una pesadilla? —inquirió—. Y el niño, naturalmente. A lo mejor solo está Mary Kathleen cuando despiertes.

—Lizzie... Lizzie, tienes que comprenderlo. Te estoy muy agradecido por... por todo. Y me gustas de verdad. Mucho. Yo... te quiero en cierto modo. Pero Kathleen...

—Esta misma mañana me has querido de otra manera que «en

cierto modo» —respondió Lizzie entristecida—. Pero está bien, consúltalo con la almohada y habla mañana con Kathleen. A lo mejor se le ocurre algo. Seguro que toda su vida ha estado soñando con una granjita preciosa en Otago.

El rostro de Michael se iluminó, sin percibir el sarcasmo de aquellas palabras.

—¿De verdad, Lizzie? ¿A ti no te importaría? Me refiero a si me quedara con la granja... Aunque la mitad del dinero es tuyo, por supuesto, eso es incuestionable.

Solo tendría que ver si los MacDuff... si me permiten que pague a plazos.

Lizzie apenas si daba crédito. ¿Tan cándido era? ¿Lo había entendido realmente así? ¿O es que lo entendía todo a su conveniencia? De repente tuvo ganas de llorar, pero se dominó. Ya lloraría cuando Michael se hubiese ido.

—Algo habrá ahorrado tu querida Mary Kathleen, ¿no? —preguntó fríamente—. Por lo visto, tiene éxito a la hora de vestir novias, cuando no se apropia del

novio.

Michael meneó la cabeza.

—Lizzie, no la menosprecies.

No quiere quitarle nada a nadie. Es solo... es simplemente el destino.

Lizzie puso los ojos en blanco.

—Pero tienes razón, si Kathleen quiere comprar tu parte, nos podremos permitir la granja. — Michael rio—. ¿Ves? Yo ni siquiera había pensado en esto. Lo siento de verdad, Lizzie. Formábamos... formábamos un buen equipo. Pero con Kathleen... tienes que entenderlo.

—¿Y qué pasa con su novia? — preguntaba Claire más o menos a la misma hora. Como casi todas las noches, las amigas y sus hijos se reunieron para cenar juntos la comida que Kathleen solía preparar por la tarde. Ese día no había nada listo, así que únicamente disponían de pan, carne fría y queso. Heather y Chloé no se mostraron entusiasmadas con esa combinación, pero Claire y Kathleen no tenían hambre. Y Sean removía la comida en el plato

mientras miraba a su madre.

—¿Con quién? —preguntó Kathleen.

Todavía conservaba aquel brillo sobrenatural en los ojos. ¡Lo que había sucedido era incomprensible! Que hubiese vuelto a encontrarse con Michael... y que Sean hubiese reconocido a su padre... En realidad, padre e hijo deberían haberse lanzado el uno en brazos del otro para convertir el cuento de hadas en realidad. Pero únicamente se habían mirado y Michael se había ruborizado. Al

final habían intentado explicarle a Sean todo. Su amor, sus esfuerzos por reunir el dinero para emigrar... Sean había escuchado en silencio, pero incluso para Kathleen, la historia había tenido un tono muy incoherente.

—Ya hablaremos con calma sobre ello en otro momento —había dicho al final Michael.

Sean había musitado unos cuantos motivos para irse con su amigo Rufus, y Michael y Kathleen habían paseado durante un par de horas mágicas por las calles de

Dunedin. Se habían contado un poco la vida, pero sobre todo habían sentido el afecto del otro y experimentado el milagro de volver a estar juntos. Luego, en algún momento, Michael había tenido que marcharse. Le debía una explicación a Lizzie, y Kathleen lo entendía. Ella había regresado a casa henchida de alegría.

Pero ahora parecía que Claire le iba a echar una lista de reproches a la cara.

—Miss Portland —precisó Claire—. La señorita con quien

Michael está prometido.

Kathleen hizo un gesto tranquilizador con la mano.

—Oh, ella lo entenderá... —observó—. No son más que buenos amigos.

—¿Y eso? —preguntó Claire—. Pues no me lo ha parecido. A mí me ha dado la impresión de que miss Portland está muy enamorada, y él no podía esperar a verla en su traje de novia delante del altar. Lo que da mala suerte, como acabamos de comprobar.

—¿Mala suerte? —repitió

Kathleen perpleja—. Pero ¡si Michael y yo somos felices! Todavía no puedo comprender que esté de nuevo aquí.

Kathleen sonrió a los presentes, estaba preciosa. Tras el paseo con Michael se había cambiado de ropa. Por primera vez en meses no llevaba nada negro, sino una falda azul marino y una blusa clara. Nadie respondió a su sonrisa.

—Podrás ser muy feliz, pero tú no eres la única en el ancho y vasto mundo, mamá —observó Sean con sequedad. Siempre había sido

comprendido con su madre, pero los acontecimientos de ese día lo superaban—. Yo no me siento tan feliz. Y esa miss Portland...

—Pero ¡has conocido a tu padre! —exclamó Kathleen admirada—. ¡Es maravilloso! ¿O... o acaso no te gusta? —La expresión de Kathleen pasó de la fascinación a la preocupación.

Sean se encogió de hombros.

—No lo conozco —respondió—. Lo he visto tres minutos, por lo que no se puede decir gran cosa, únicamente tenía ojos para ti. A lo

mejor es muy amable...

—Oh, seguro que sí, él...

—Pero ¡seguro que no lo es tanto como Peter!

Kathleen frunció el ceño.

—¿Cómo puedes compararlos?

Peter es...

Claire se puso en pie y recogió los platos. Ya estaba harta de este asunto. Si se quedaba allí, acabaría gritando o zarandeando a Kathleen. De todos modos, hizo un último intento, tenía la sensación de que se lo debía al reverendo.

—Kathleen, puedo admitir que

estás en un momento... bueno, digamos que en un momento excepcional. Pero Peter Burton es un buen hombre y ha pasado años cortejándote. Has intimado con él, habéis hablado, reído, alguna vez os habéis besado y te ha ayudado a criar a tus hijos. Desde hace un par de meses es evidente que los dos lo estáis pasando fatal, porque ese espantoso padre Parrish te ha convencido de que eres culpable de todas las calamidades del mundo. Pero ahora, de pronto se ha convertido... sí, ¿en qué, Kathleen?

¿Solo en un «buen amigo»? ¿Como miss Portland para el señor Drury?

Kathleen miró a su amiga sin comprender. Parecía querer contradecirla, pero Claire no le permitió tomar la palabra.

—¿Y qué pasará ahora con el señor Drury, Kathleen? ¿Te dará el padre Parrish el visto bueno? ¿O volverá a descubrir un demonio?

—¿El padre Parrish? —Por lo visto, Kathleen se había olvidado de él.

Claire se llevó las manos a las sienes.

—Hablas como una colegiala enamorada, Kathleen, pero tienes treinta y tres años —le reprochó—. Quizá tendrías que consultarlo con la almohada. Ven, Chloé, vamos a casa de Jimmy. Por mí, tú también puedes venir, Heather. Tu madre necesita tranquilidad.

—Yo vuelvo a casa de los Cooper —refunfuñó Sean, cogiendo la chaqueta.

Kathleen asintió. Cuando todos se hubieron marchado, sacó de su escondite la vieja misiva de Michael. Por primera vez en mucho

tiempo, al leerla no sintió ni pérdida ni pena, sino solo alegría, una alegría desbordante. Claire tenía razón, se sentía como una niña enamorada. Y como una niña enamorada apretó el frágil y gastado papel contra sí, bailó por la casa y se durmió con la carta de Michael contra su corazón.

Lizzie no lograba conciliar el sueño. Todo había sucedido demasiado repentina y cruelmente. No podía superarlo sola. Al final se levantó, se vistió y pidió en la

recepción del hotel un coche de alquiler. A lo mejor el reverendo ya estaría durmiendo, pero entonces lo despertaría. Necesitaba un padre espiritual. Como nunca antes.

Suspiró aliviada cuando vio que en la pequeña casa parroquial todavía había luz. Burton había encendido la chimenea, aunque en ese cálido día de primavera no era necesario caldear las habitaciones. Sin embargo, tras tantos años en una tienda de campaña, el reverendo disfrutaba de tener una casa caliente y una lámpara de gas.

Lizzie miró un momento por la ventana antes de llamar. Estaba sentado junto al fuego leyendo.

Peter Burton abrió la puerta con cara de preocupación.

—¡Miss Portland! ¿Ha ocurrido algo?

Lizzie asintió y, de golpe, fue incapaz de hablar. Entró y simplemente se puso a llorar. Lloró y lloró y lloró, no recordaba haber derramado tantas lágrimas nunca antes.

—¿Ha ocurrido algo con Michael, Lizzie? —Burton le

acercó una butaca y miró impotente cómo se desplomaba en ella—. ¡Cuénteme, Lizzie! ¿Un accidente? ¿Ha... ha muerto?

Peter no podía ni imaginárselo. Lizzie habría reaccionado de una forma más pragmática ante una muerte. Esto era otra cosa. Algo que no debería haber ocurrido. El mundo de Lizzie parecía haberse desmoronado.

Ella solo sacudía la cabeza. Peter la dejó llorar y fue a la cocina a preparar un té. Luego lo pensó mejor y descorchó una botella de

burdeos. Lizzie necesitaría un reconstituyente y quizás el vino le sirviera. Peter siempre había escuchado complacido y divertido cómo intentaba percibir todos los aromas y sabores que había en el vino.

—Tenga, pruebe... —dijo el reverendo tras haberle servido un vaso.

Lizzie tomó un buen trago.

Peter bebió despacio.

—Sabor a arándanos, ¿no cree?  
—dijo—. Muy afrutado, pero no tan redondo como el de moras.

—Un beso —susurró Lizzie—.

Un sabor aterciopelado que envuelve la lengua como un beso...

—Se enderezó—. No fue ocurrencia mía, reverendo, sino de otro mentiroso... —Volvió a beber—. O seda, seda auténtica... más ligera que el terciopelo... Hoy por la mañana me he puesto un vestido de seda, reverendo, pero me ha dado mala suerte.

Lizzie volvió a sollozar y Peter se acabó el vino. Podía esperar. Al final la joven empezó a contar y el reverendo la escuchó con atención,

con su acostumbrada y serena actitud de padre confesor. Lizzie sabía que a él se lo podía contar todo. Las chicas del campamento de buscadores de oro casi habían competido por ver si Peter Burton las condenaba, pero el reverendo estaba al servicio de un Dios clemente. No obstante, pareció ponerse alerta cuando ella mencionó Lady's Goldmine.

—Sí, he visto el vestido — señaló él—. Muy bonito, un poco recargado para... para... Pero usted, Lizzie, seguramente estaba

preciosa con él.

La joven asintió. No quería pensar más en eso. Con la cabeza gacha, le habló de Claire y Kathie, de cuando Michael había aparecido en la tienda y de cómo ella se había escondido riendo en el vestidor.

Lizzie no podía ver la expresión de Burton mientras contaba el reencuentro entre Kathleen y Michael, pero era patente que los sentimientos bullían en su interior. El revendo parecía tener que esforzarse para no levantarse de golpe. Los dedos se le crispaban en

los brazos de su butaca.

—¿Y entonces? —musitó.

—Entonces se olvidaron de todo lo que los rodeaba. Miss Claire dijo que ya se les pasaría. Me ofreció un té... es una buena persona. Pero luego se marcharon. Volví a ver a Michael por la noche, y él ya lo tenía todo claro. Hasta ha conocido a su hijo, al parecer un niño tan perfecto como perfecta es su madre.

—Sean Coltrane... —dijo ensimismado Peter Burton—. Sí, es un chico estupendo.

—Cómo no —observó Lizzie sarcástica—. A fin de cuentas proviene de un ángel impecable... Sea como fuere, enseguida reconoció que Michael era su padre, debe de haber sido una especie de milagro... y ahora todo está bien. Una pequeña y feliz familia.

—También hay una niña —murmuró Peter—. Heather...

—¿Sí? —preguntó Lizzie sin interés—. Parecen haberla olvidado. Pero se han olvidado de todo, excepto de su maravilloso

verano en el prado junto al río.

Peter se sirvió más vino. En realidad habría necesitado algo más fuerte.

Lizzie lo dejó meditar.

—¿Qué pasa, reverendo? — preguntó al final—. A lo mejor me puede aconsejar algo. Explíqueme. ¿Qué... qué intención tiene Dios con esto?

Él movió la cabeza.

—No lo sé, Lizzie —respondió con tono abatido—. Y yo no soy la persona indicada para opinar. En este caso... en este caso no soy el

apropiado para dar asistencia espiritual.

—Dígame usted ahora que desea de todo corazón que sean muy felices —repuso Lizzie sarcástica—. Porque no cabe duda de que están hechos el uno para el otro y porque han vuelto a encontrarse por providencia divina.

—Eso seguro que no lo digo —la interrumpió Peter indignado. Se mesó el alborotado pelo. Si alguna vez se había peleado con su Dios, era esa noche.

—¡Pues entonces diga algo! A

lo mejor tiene un consejo que darme. Sé que es bonita, sé que él nunca la ha olvidado. Pero ¡maldita sea! ¡Estoy encinta y amo a Michael Drury!

Peter la miró y el dolor de ella se reflejó en los ojos de él.

—Y yo amo a Kathleen Coltrane —anunció.

# MANA

DUNEDIN, QUEENSTOWN, OTAGO

1863-1864

# 1

Kathleen y Michael recorrían como hechizados un torbellino de recuerdos y nuevas experiencias. Michael regresó a la mañana siguiente y Kathleen lo invitó a desayunar. Heather y Chloé, que lo veían por primera vez, lo miraron con desconfianza, pero, para sorpresa de Michael, le resultó más fácil establecer contacto con las

chicas que con Sean. Su hijo lo ignoraba. Michael se había temido que Heather tuviese un aspecto similar a su padre, pero era el vivo retrato de Kathleen, lo que le alegró y tranquilizó. Dedicó unos cumplidos a las chicas; también Claire se ablandó un poco cuando él elogió el vestido que llevaba y empezó a hablar con ella sobre caballos. Kathleen había mencionado que Claire y las chicas eran unas apasionadas amazonas y cuando Michael empezó a hablar de su caballo blanco, también Chloé

quiso hablar de su poni y Heather del caballo de sus sueños.

—Pero no me lo regalaron para mi cumpleaños —explicó, mirando quejumbrosa a Kathleen—. Porque hubiese sido soberbio o algo así...

Michael rio.

—Qué va, bonita, aquí un caballo no es un lujo. Imagínate que un barón de las ovejas de los que viven en las llanuras te corteja. ¡Tendrías que ir a caballo a ver su granja! Y si le quieres ayudar a contar las ovejas y todo eso...

Las chicas rieron.

—Pero ¡si yo no cuento ovejas!

—protestó Heather.

—¡Solo cuando no puede dormir! —observó Chloé entre risas.

Las chicas apenas recordaban su vida en las granjas cerca de Christchurch. Habían crecido como niñas de ciudad y no se concebían en otro sitio.

—Uy, ¡espera a ver mi granja en Otago! —bromeó Michael—. Está en una montaña, Heather, y a lo lejos se ve el lago Wakatipu. ¡Y tendremos miles de ovejas!

—Tal vez a Heather no le interesan las ovejas —observó Sean sin levantar la vista de su plato—. En cualquier caso, a mí me dan igual.

Kathleen fue a darle una réplica áspera, pero Michael le puso la mano en el brazo.

—No —le susurró—. Tiene que acostumbrarse...

»¡Espera a verlas! —respondió a su esquivo hijo alegremente—. Puedo enseñarte a esquilas. ¿Sabes que antes era el esquilador más rápido del norte de Otago?

Sean hizo un gesto de indiferencia. No habría logrado decirlo más claramente con palabras: saber lo rápido que era alguien cortando la lana de las ovejas le resultaba indiferente.

—Me voy al instituto —anunció lacónico, cogiendo la cartera.

Claire instó a marcharse también a Chloé y Heather, que se habrían quedado gustosas a coquetear un poco con Michael.

—¿Quiere llevarse a Kathleen a su granja? —preguntó—. ¿De visita o para siempre?

Michael miró a Kathleen.

—Como ella prefiera... —  
respondió sin poner gran interés en seguir hablando con la amiga, a ojos vistas algo arisca, de Kathleen.

»La granja es preciosa, Kathleen, ¡y el paisaje! La ciudad está al lado.

Kathleen sonreía, pero no parecía saber de qué iba ese asunto. Casi no escuchaba lo que Michael decía, le bastaba con oír su voz y ver su cara. Esos rasgos amados y algo angulosos, su gesto indómito...

Kathleen creía estar soñando en cuanto sus ojos, alegres y azules, simplemente la rozaban.

Claire se resignó. Kathleen iría allá donde fuera ese Michael. Al menos en principio. Pero no logró renunciar a hacer una observación.

—Pero ¿la mitad de la propiedad no es de miss Portland?

Michael esbozó una sonrisa celestial, pero de nuevo hizo caso omiso de Claire.

—Oh, ¡Lizzie es maravillosa! —dijo a Kathleen—. Siempre lo ha sido, sería estupendo que os

hicierais amigas, Kathleen. ¡Es una persona estupenda! Ya ha renunciado a su parte de la granja, por lo que tenemos que pagársela. Pero tú debes de tener ahorros, ¿no? Si vamos a construir algo juntos...

Kathleen asintió sin acabar de entender. ¿Una granja? Ella no quería ninguna granja. Pero, por supuesto, quería estar con Michael.

—Debemos ir allí, Kathleen. La semana próxima. Podemos llevar a los niños, si quieres. Haremos todo lo que tú quieras...

Kathleen se llevó la mano a la mejilla.

—Me gustaría estar sola contigo —dijo. Parecía estar hablando en sueños.

Claire puso los ojos en blanco.

—La vivienda es vuestra —indicó fría como un témpano—. Voy a la tienda. Alguien tiene que ganar dinero aquí. Además se ha fastidiado el último negocio. El próximo traje de novia lo venderé sin ti, Kathie. —Y se marchó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Michael.

Kathleen se encogió de hombros.

—No quiero estar aquí sola contigo, Michael —siguió hablando—. No, cuando Claire puede aparecer en cualquier momento o molestarnos alguna costurera. Necesito tiempo para ti, Michael, solo para ti, solo para nosotros. ¿No podemos ir a algún sitio? ¿Junto... junto al río?

Michael cogió su caballo, acompañó al establo de alquiler a Kathleen, que pidió que le ensillaran el pequeño caballo negro

de Sean.

—¡Este no es caballo para una dama! —observó inquieto Michael, provocando la risa de Kathleen.

—Tampoco soy una dama. Y un caballo ya es subir de categoría, antes montaba en mula.

Michael no le hizo caso. Habría preferido ayudarla a subir en un carruaje tapizado de terciopelos y sedas y que los llevara un discreto cochero, como antes lord y lady Wetherby.

—También podríamos haber enganchado los caballos —dijo—.

Lizzie tiene una calesa. Si hubiera estado preparada...

Kathleen lo besó en la mejilla.

Donny Sullivan, en cuyo establo solían guardarse los animales de Claire y Kathleen, sonrió bonachón.

—Qué, señora Coltrane, ¿ya lo sabe nuestro padre Parrish? — bromeó—. ¿Me invitarán a la boda?

Los enamorados enrojecieron. Pero Donny no esperaba respuesta. Tampoco le diría nada al severo Parrish. Sullivan temía tanto al iracundo sacerdote como el resto

de la comunidad. En cambio, Kathleen le caía estupendamente bien. Se alegraba de volver a verla sonreír.

Michael la condujo hasta la desembocadura del río Tuapeka y se quedó sorprendido de la elegancia con que ella dominaba al brioso caballo, tanto al trote como al galope. Antes, en Irlanda, había montado como mucho un asno, y al paso; pero ahora incluso se diría que disfrutaba del paseo a caballo. Le brillaban los ojos y Michael recordó a la joven lady Wetherby

cuando iba de cacería al condado de Wicklow. Lástima que ahí no hubiese nada equiparable; no obstante, él pronto se convertiría en un hacendado y Kathleen en su lady.

Pasaron el día junto al río, igual que los románticos domingos en Irlanda. En el idílico lugar donde se encontraban, Lizzie se habría puesto a buscar rastros de oro, pero Kathleen se limitaba a estar sentada a la orilla y mirar embelesada el fluir del agua, que parecía bailar con los rayos de sol. Sirvió la comida que habían llevado y dejó

que Michael se encargara de pescar y asar las piezas. Este lo hizo a la manera *pakeha*, por lo que el pescado no era demasiado grande, pero Kathleen estaba dispuesta a elogiarlo por todo. A continuación él la amó a la luz diáfana de la tarde, bajo un árbol helecho cuya sombra parecía cubrirlos con suaves velos. A Michael le bastó con cerrar los ojos para volver a los prados junto al Vartry. Kathleen seguía tan dulce y cariñosa como antes. Se entregó a él complaciente, lo abrazó, lo acarició, lo acunó en

su amor. Michael se abandonó en su risa queda, en su ternura y admiró el rostro de madona transfigurado en el momento del éxtasis. Los dos eran infinitamente felices cuando regresaron a Dunedin.

—¿Vienes la semana próxima a Queenstown? —preguntó Michael después de que Kathleen se hubiera despedido de él con un beso delante de la puerta—. A ver la granja.

Kathleen asintió. Se habría ido con Michael al fin del mundo.

Cuando Michael volvió al hotel, Lizzie se había mudado a otro sitio.

—¡No siga torturándose! —le aconsejó el reverendo. Durante la noche, Burton había tenido el mismo aspecto pálido, desesperanzado y abandonado que Lizzie—. Esta noche puede usted dormir aquí, en la parroquia, y mañana la llevo a ver a mi patrona, que alquila habitaciones. Tiene usted que ahorrar su dinero, Lizzie. Piense que solo tiene la mitad a su disposición, si Michael no recupera

la sensatez. Ahora no querrá comprar esa granja con él, supongo.

Lizzie no lo sabía. En esos momentos no podía pensar tanto. Pero tenía razón, no era una campesina. No era como Kathleen.

—Kathleen Coltrane procedía de una granja, ¿verdad? —preguntó al reverendo.

Peter hizo una mueca.

—Sí —respondió—. Pero yo no tenía la impresión de que la añorase.

Sean Coltrane, por su parte,

seguro que no sentía la menor añoranza por el campo. Y se lo dejó bien claro a su madre cuando esta abordó con sus hijos el asunto de trasladarse a Queenstown. Heather quería aprovechar la oportunidad de saltarse la escuela, pero se quedó escéptica cuando Sean expuso sus argumentos.

—Una granja en medio de la nada, mamá... Es lo que ya teníamos. ¿A qué escuela irá Heather, y dónde se supone que estudiaré yo?

—Queenstown no está tan lejos

—contestó Kathleen repitiendo las afirmaciones de Michael.

Sean torció el gesto.

—¿Y qué es Queenstown? — preguntó—. ¿Un campamento de buscadores de oro algo mejorado?

—Allí hay una escuela — aseguró Kathleen.

Sean levantó los ojos al cielo.

—Claro, una escuela elemental donde los hijos de los buscadores de oro aprenden a leer y escribir. Estupendo. Pero yo asisto al instituto. Por no decir que ya casi estoy en la universidad. Y Heather

va al instituto de chicas, mamá, es probable que Heather ya lleve más años de escuela a sus espaldas que la chica que enseña a los niños en Queenstown.

Eso último era una exageración, pero Kathleen no pudo evitar dar parte de razón a su hijo. Era evidente que Sean no podría aprender más en Queenstown y que a Heather tampoco le sería conveniente cambiar de escuela.

—Puedes venir a la universidad aquí —respondió al final a su hijo—. Seguro que Claire te deja seguir

viviendo con ella, y Michael se encargará de pagar los estudios.

Sean echó la cabeza atrás con insolencia.

—Gracias, renuncio. He pedido una beca que seguro que consigo. Y viviré con el reverendo Peter. Mi así llamado padre no se ha hecho cargo de mí durante dieciséis años, no es necesario que empiece ahora.

Kathleen suspiró. Entre Sean y Michael las cosas no iban como ella había esperado. Sin embargo, Michael había intentado que su hijo comprendiera cuál era la situación

entonces en Irlanda y su comportamiento. Pero Sean no podía aceptarlo. Tal vez fuera la influencia del ferviente escéptico Peter Burton, o que la escuela le había enseñado a plantear preguntas. El hecho era que Sean o bien no entendía o no quería entender. Naturalmente, Michael disimulaba algunas cosas, pues no podía contarle que había tenido una destilería de whisky clandestina. En lugar de ello, insistía en la lucha por la libertad de Irlanda y aprovechaba su locuacidad para

convertirlo todo en una epopeya en torno al amor patrio y el heroísmo. Por desgracia, Sean ya hacía tiempo que había dejado atrás la época en que se quedaba boquiabierto escuchando historias. Había crecido con las numerosas historias de Claire Edmunds y sabía distinguir la ficción de la realidad. Y ahora casi parecía divertirse interpretar el papel de gran inquisidor con su padre.

—¿Así que robaste el grano de Trevallion? —inquirió cuando Michael le contó cómo lo habían

capturado—. Para poder viajar a América con mamá. Pero de todos modos, no fue un acto injusto, ¿o qué?

Michael se encogió de hombros.

—Trevallion era un traidor — insistió su padre—. Colaboraba con los ingleses. Y el pueblo se moría de hambre.

—¿Tú pasaste hambre? — preguntó el muchacho.

—Bueno, yo no directamente — farfulló Michael—. Se trataba más de... de una cuestión de

principios... ¡Irlanda nos pertenece a los irlandeses! Sus ríos, sus campos, sus cereales, ¡todo lo que crece en ella!

Sean frunció el ceño.

—¿Te refieres a que se trataba de razones políticas?

Su padre asintió aliviado.

—En cierto modo, Sean — respondió con gravedad.

El chico se frotó las sienes.

—Así que no se trataba de mamá...

Michael tomó aire. Tenía que controlarse. Sean era... en fin, a

ese chico le había faltado un padre que le inculcara el amor por Irlanda, pese a la distancia.

—¡Claro que se trataba de tu madre! Y de ti. Pero...

—¿Qué hiciste con el grano de Trevallion? —preguntó Sean, sin perder la calma y con voz nítida—. No acabo de entenderlo bien: si lo robaste por patriotismo, no tendrías que haberlo vendido. El reverendo Burton lo habría repartido en la iglesia o algo así.

Michael hizo rechinar los dientes.

—Pero si tú lo vendiste, entonces te hiciste rico gracias a la hambruna.

Kathleen decidió distanciarse con mucha diplomacia a Michael y Sean. La mejor solución era que el joven se quedase en Dunedin si ella acababa marchándose con Michael a Queenstown. Cuando no estaba con él, a Kathleen la asaltaban dudas sobre la granja. En el fondo le gustaba Dunedin, justo ahora que por fin había salido del inmovilismo en que había caído tras la muerte de Ian.

En cuanto a su esposo, contemplaba ahora su historia desde otro punto de vista. El padre Parrish había conseguido convencerla de que Dios quería castigarla, pero Dios le había devuelto a Michael. Era imposible que el Señor estuviera enfadado con ella, ofendido porque había abandonado primero a Ian y Colin y luego había enviado a su hijo a Inglaterra. Daba igual lo que el colérico sacerdote dijera: Kathleen veía ahora la muerte de Ian como un afortunado suceso: tenía vía libre

hacia Michael. Sin duda, el matrimonio con Ian había servido solo para llevarla al mismo país al que Dios también había conducido a Michael. Los caminos del Señor eran ciertamente inextricables, siempre lo había dicho el reverendo Burton, bastaba solo con pensar en ese asunto de la evolución. Y Colin escribía unas entusiastas misivas desde Londres. Pese a su pésima ortografía, al parecer se estaba distinguiendo como buen tirador y revelándose como un dotado navegante.

En cualquier caso, Kathleen se sentía más libre y feliz que nunca, y lo habría celebrado con toda la ciudad. Una gota de tristeza, sin embargo, empañaba su dicha. Michael no parecía tener muchas ganas de acompañarla a los bailes, inauguraciones, conciertos y funciones de teatro a las que Jimmy Dunloe llevaba a Claire. Kathleen había intentado convencerlo, pero él se desenvolvía con torpeza entre la gente distinguida y esta cuchicheaba.

—Un buscador de oro... —

escuchaba Kathleen a sus espaldas —. Un aventurero.

Sí, incluso a Claire y Jimmy parecía desagradarles que Michael saliera con ellos. Michael todavía tenía un marcado acento irlandés, del que Kathleen ya hacía tiempo que se había desprendido. Ignoraba qué tenedor utilizar con qué comida en un banquete y no mostraba el menor interés por aprenderlo. Naturalmente, tampoco sabía bailar el vals ni discutir acerca de la política mundial. Cuando un banquero o un hombre de negocios

abordaba amablemente con él el tema de los fenianos y la cuestión irlandesa, era incapaz de contestar algo inteligente. En los últimos años, Michael había estado ocupado en sobrevivir. Tampoco había podido leer los periódicos o estudiar.

—Pero podría hacerlo ahora — señaló Claire, cuando Kathleen volvió a defender a su amado—. No tiene nada que hacer en todo el día, salvo admirarte. Pero no se interesa por nada. Ni por Irlanda ni por Dunedin... Espero que al

menos sepa algo de agricultura, o al final todavía pasarás hambre. Y en cuanto a lo de barón de la lana, ¡la oveja no pinta nada! El acento está en barón, y Michael necesita aprender una ristra de buenos modales.

Claire sabía de qué hablaba. Jimmy y ella eran invitados bien recibidos en los bailes de la Asociación de Ganaderos. Y sin importar cómo habían hecho su fortuna los ricos criadores de ovejas —con toda certeza había entre ellos cazadores de ballenas y

focas, buscadores de oro y tahúres —, todos se esforzaban con éxito por guardar las formas.

—Ya llegará —la sosegaba Kathleen—. Michael tiene que adaptarse. Es inteligente. Si se esfuerza un poco...

—Ahí es donde está la dificultad —farfullaba Claire—. Cuando miro cómo va dando tumbos por la vida, me pregunto cómo es posible que haya llegado hasta aquí.

Finalmente, se marcharon solos

a Queenstown, también Heather prefirió quedarse con Claire e ir a la escuela. La chica había reflexionado sobre la mudanza y estaba tan radicalmente en contra como Sean, aunque tenía menos motivos de peso. En un principio no pensaba en la universidad, por ejemplo, aunque Claire animaba a las chicas a matricularse. ¡Se decía que en Dunedin tenían la intención de admitir mujeres en todas las carreras! Para Heather, sin embargo, el motivo principal era Chloé, de la que no quería

separarse. Ambas siempre habían estado juntas, dormían en la misma habitación desde que sus madres se habían fugado, se acurrucaban juntas cuando tenían pesadillas y se contaban cualquier idea o fantasía. Claire bromeaba diciendo que solo se casarían si encontraban gemelos. En cualquier caso, Heather no quería ir sola a Queenstown. Ni siquiera la tentaba la promesa de Michael de comprarle un caballo en cuanto se hubiesen instalado en la granja.

Kathleen ignoraba qué

sucedería con todo eso, pero ahora se alegraba de irse con Michael. Para ello había tomado el caballo de Sean, lo que el muchacho admitió de mala gana. Michael había propuesto que alquilasen un carruaje para el viaje, pero la idea no prosperó. La calesa de Lizzie no parecía estar a disposición, dado que Michael ni siquiera mencionaba a su vieja amiga. A Kathleen ya le parecía bien, solo Claire la disgustaba taladrándola con preguntas acerca del paradero de miss Portland. En opinión de

Kathleen, su socia se comportaba de forma bastante extraña, y notaba que su amistad se estaba deteriorando. También sería bueno para esa relación salir de la vivienda que compartían. Pero ¿para siempre? Quería pensar un poco más en ello. La nueva vida con Michael había estimulado su creatividad. Sus bocetos para la colección de otoño eran atrevidos, de colores vibrantes y formas voluptuosas, realzaban la silueta. Claire y las costureras estaban fascinadas, y las primeras clientas

ya habían empezado hacer sus encargos cuando Claire había dejado, como por descuido, los rápidos bocetos al carbón en la tienda. En realidad, Kathleen no podía imaginarse ordeñando vacas otra vez en lugar de diseñando ropa, pero todo se solucionaría. Tal vez habría en Queenstown una tienda comparable a Lady's Goldmine o podía abrir una. ¡Una sucursal no estaría mal! Kathleen podría dirigirla y enviar los bocetos a Claire por correo. Si además se reunían una o dos veces

al año...

Ya durante la cabalgada a Otago, Kathleen no tardó en darse cuenta de que esos encuentros no serían fáciles. El segundo día, el camino a Queenstown se hizo más escarpado, estrecho y difícil. La carretera se podía transitar, según Michael, que la había recorrido con Lizzie en un carro tirado por caballos. No obstante, se necesitaba un cochero bastante diestro. Kathleen no se habría atrevido a recorrerla. Claire, a quien le gustaba desplazarse a

caballo, no pasaría por tantas dificultades, además había que viajar varios días y Kathleen no se imaginaba a Claire durmiendo en una tienda o en el carro. Su refinada amiga insistiría en pernoctar en pensiones y para ello habría que dar largos rodeos.

Kathleen disfrutó durmiendo con Michael bajo las estrellas. Era una primavera cálida que se había convertido en un verano seco y caluroso para la región de Otago, y Kathleen gozaba de las noches entre los brazos de Michael. Mencionó

sonriendo el nombre de un par de estrellas en la lengua de los maoríes, pero tuvo la sensación de que a él le molestaba. El segundo día de viaje empezaron a no tener qué decirse. Ya se habían contado sus respectivas vidas, al menos todo lo que cada uno quería que el otro supiera. Y tampoco tenían muchos temas que plantear sin correr el riesgo de causar una mala impresión en el otro.

Los hijos no eran un tema al que recurrir, aunque Michael escuchaba complacido lo listo que era Sean y

los estudios que seguía. Pero era evidente que le disgustaba que Kathleen le hubiese ocultado gran parte de la historia de su patria. Sean no había crecido escuchando descripciones sobre la ocupación inglesa, la hambruna y el heroísmo de sus antepasados, sino más bien leyendas griegas y romanas. ¡Y encima el asunto de Colin! Michael había reprochado duramente a Kathleen que hubiese enviado a su hijo menor a una academia militar inglesa.

—¿Qué podía hacer? —

preguntó consternada.

Naturalmente, a Michael no se le ocurrió otra solución que haberle propinado al chico frecuentes azotainas en el trasero. Respecto a cómo debería haberlo hecho Kathleen y si habría tenido alguna posibilidad de éxito, visto que Ian había iniciado a Colin en el timo, el robo y la insolencia, Michael no se pronunciaba.

Incluso fallaba la conversación ligera, que Kathleen hacía tiempo que dominaba por las veladas de teatro, las comidas de beneficencia

y las inauguraciones de exposiciones. Michael enmudecía cuando ella hacía alguna broma sobre arte y literatura, y, para sorpresa de Kathleen, nunca había oído hablar de Darwin y sus revolucionarias teorías. Pasó dos horas del viaje resumiendo a Michael *El origen de las especies*, pero no despertó su interés. Únicamente reaccionó cuando se enteró de que habían trasladado a Peter Burton a los yacimientos de oro como consecuencia de su «herejía».

—¡Así que por eso desterraron al pobre reverendo! —dijo—. Y yo que me preguntaba por qué llevaba años bregando con los granujas de Tuapeka, siendo una persona muy capacitada...

—Sin duda no era muy feliz allí —admitió Kathleen con prudencia. No quería contarle sobre su relación con Burton—. Habría preferido ocuparse de una parroquia en la ciudad.

—Entonces, ¿por qué no cerró el pico? Podría haber predicado sobre otro tema. La Biblia es

bastante gruesa, y a nadie perjudica oír hablar de Adán y Eva y el Paraíso... Lo que me hace pensar en otra cosa: ¡mira ahí abajo, ese lugar bajo las hayas! ¿No te parece paradisiaco? ¿Qué te parece, hacemos un alto y comemos un par de manzanas?

Kathleen rio, pero por feliz que Michael fuera a hacerla en la hora siguiente, llevaba una espina clavada en el corazón. A Peter Burton no le daba igual lo que predicara. El reverendo sentía que era su deber decir la verdad, quería

que sus ovejas aprendiesen a reflexionar. Y la teoría de Darwin no era chocante como tal, sino por las consecuencias y conclusiones que podían extraerse de ella. Sobre la vida y la muerte, sobre Dios y el destino... Cosas todas ellas por las que Michael no se preocupaba ni nunca se había preocupado, como Kathleen sabía a su pesar. El mismo padre O'Brien había criticado que Michael fuese tan superficial. Kathleen todavía recordaba bien que había querido enviarlo a la escuela monástica de Dublín. Claro

que luego tendría que haber estudiado después en el seminario, y a esto Michael se había negado rotundamente. Prefería quedarse en Wicklow y trabajar en los campos de lord Wetherby.

Kathleen caviló si con algo de reflexión, afán y aplicación no podrían haberse encontrado otras opciones. A fin de cuentas, la Iglesia no forzaba a tomar los hábitos a nadie que no sintiera vocación. Pero Michael no se había ocupado de ello en absoluto. Amaba la vida sencilla, planificaba

de un día para el otro. Kathleen pensó sonriente en las bonitas melodías que le arrancaba al violín. Tenía que regalarle otro, podría tocar para ella y a lo mejor encontraba un pub en Queenstown donde actuar por las noches. Kathleen se dejó llevar brevemente por ese ensueño, pero luego se llamó al orden. ¡Estaba cayendo en las mismas ideas infantiles que Michael! ¡Como si un barón de la lana fuera a tener tiempo y ganas, después de estar trabajando todo el día, de tocar el violín, y como si

los trabajadores fueran a tener ganas de bailar por la noche al compás del instrumento de su patrón!

Tras tres días de cabalgada, llegaron por fin a la granja de MacDuff, y si este se sorprendió de que esa vez Michael acudiera con otra mujer, no lo demostró. Los MacDuff eran creyentes ortodoxos de la Iglesia de Escocia y tomaban a los católicos irlandeses, sin excepción, por unos condenados. No les importaba cuántos pecados

más cometería Michael antes de su muerte, lo principal era que pagase la granja.

Sin embargo, la visita a los corrales y los cobertizos de esquila no transcurrió sin contratiempos, como unas semanas antes con Lizzie. Kathleen se reveló como una observadora sumamente aguda, sin reparos a la hora de criticar.

—Hay mucha corriente de aire en las instalaciones, señor MacDuff —señaló mientras inspeccionaba los corrales—. No es extraño que

no haya tenido éxito con los bueyes; intentó criarlos, ¿verdad? Todavía veo rastros de excrementos ahí, claro que tenía usted ganado mayor aquí dentro.

MacDuff dio algún pretexto hasta admitir que el clima había sido demasiado frío para los bueyes.

—Eso depende de la raza — señaló Kathleen—. Si hubiese escogido bueyes angus... En fin, esto tendrás que renovarlo, Michael, también para las ovejas.

—Nunca hemos tenido grandes

pérdidas de ovejas —adujo MacDuff, ofendido—. Solo las merinas; dan buena lana, pero son muy delicadas.

Kathleen frunció el ceño. Una de las primeras cosas que ella había aprendido con Ian sobre ovejas en Nueva Zelanda era que las merinas no podían criarse en ese país. ¿Podría ser que ese escocés experimentara sin ton ni son cruzándolas? Kathleen pidió que MacDuff les enseñara sus animales, pero la mayoría de las ovejas madre y corderos estaban en

las montañas. Solo un par de carneros se encontraban en un redil de la granja. Kathleen los observó con ojo crítico.

—¿Los ha separado como ovejas de matadero o son las que usted cría? —preguntó.

MacDuff esbozó una mueca.

—Pues están en venta —dijo; otra cosa que admitía a regañadientes. Había garantizado a Michael que le vendía la granja con todos los animales que tenía—. Pero por los demás están impecables.

Kathleen no dijo nada más al respecto y solicitó ir a los pastizales de montaña para comprobar el estado de las ovejas madre.

—Pero ¡eso es demasiado cansado para una muchacha como usted! —intervino la señora MacDuff mientras llenaba las alforjas de los visitantes con provisiones.

De mala gana, MacDuff había consentido que un joven maorí les hiciera de guía. Él mismo no tenía ganas de cabalgar hasta allí arriba.

—Si lo ha dejado en manos de sus pastores todo el año, eso explica la merma de ovejas madre —señaló Kathleen cuando se pusieron en camino con el maorí—. Apuesto a que todos los poblados maoríes de los alrededores disponen de una nutrida línea de reproducción.

—¿Merma? —preguntó Michael irritado.

—Las pérdidas —explicó Kathleen—. Ayer estuve repasando los libros de contabilidad mientras tú y el señor MacDuff comparabais

el whisky escocés con el irlandés. Tiene unas pérdidas notables y no solo a causa de los cruces sin planificar con las merinas...

—Las merinas dan una lana preciosa —aseguró Michael.

Kathleen asintió.

—Estupenda. La utilizamos para telas de invierno, en parte se teje en España y cuesta una fortuna. Aunque es bastante rentable, de sesenta a setenta madejas de una libra de lana en rama. Pero por desgracia los animales son muy delicados. No se los puede llevar

simplemente a las montañas. A veces tienen dificultades al parir, no se multiplican tan deprisa, son muy sensibles. No son apropiadas para las granjas de aquí. Y pese a ello las cruzan siempre, pero el resultado...

—¡El señor MacDuff tiene ovejas muy bonitas! —se apresuró a afirmar Michael.

Kathleen se encogió de hombros.

—Puede ser. Pero ¡por el momento no las he visto! Los pequeños carneros son de nivel

medio. No mal del todo, pueden venderse, pero...

—Kathleen, ¡tampoco teníamos ovejas mejores en Irlanda! —se lamentó Michael.

—¿Y? ¿Solo porque lord Wetherby no supiera nada de ovejas tenemos que producir una lana mediocre? Michael, ¡en las Llanuras hace años que han dejado de cruzar merinas! Una vez tuvimos en la granja un precioso rebaño de híbridos, pero Ian no lograba venderlos porque los resultados de la cría eran muy variables.

Michael sonrió irónico e intentó banalizar el asunto.

—¿Otra vez me sales con el señor Darwin? —preguntó.

Kathleen arqueó las cejas. Estaba muy guapa cuando arrugaba la frente con gravedad, pero por primera vez Michael percibió más obstinación que belleza.

—No —respondió ella—. Pero si he entendido bien, querrás competir con las haciendas Kiward, Barrington y Lionel... Actualmente ellos tienen crías excelentes. Cheviot, welsh mountain, romney,

corriedale... Es una nueva línea, yo misma no la he visto, pero los productos textiles son muy convincentes y...

Michael la interrumpió:

—Escucha, yo fui capataz de Mount Fyffe Run, y sé...

—Es esa granja junto a Kaikoura, ¿no? ¡Creo que hasta Ian le vendió algunos rebaños! Sus ovejas son ordinarias, equiparables a estas. —En las estribaciones de la montaña aparecieron las primeras ovejas madre con sus suaves terneros. Kathleen se volvió

hacia el pastor maorí, que era muy torpe—. ¿Puede reunir las?

Los empleados de MacDuff no solían montar a caballo, lo que seguramente dificultaba la conducción del ganado en primavera y otoño. Los esfuerzos del hombre por seguir las instrucciones tampoco fueron demasiado satisfactorios. Al final, la misma Kathleen puso en movimiento su caballo y reunió en un momento una docena de ovejas. Michael se quedó boquiabierto.

—¿Cómo sabes hacer todo

esto? —preguntó atónito, mientras Kathleen desmontaba para acercarse a los animales.

Ella levantó la mirada.

—Ya te lo he dicho, Ian y yo teníamos una granja. Pero él estaba muy poco allí porque viajaba para vender animales, hasta Kaikoura, como te he dicho. Yo me ocupaba de los animales de la granja. Al principio sola, luego con Sean y Colin. A Sean nunca le hizo mucha gracia... Y ahora, mira la lana. ¿No ves las diferencias entre cada animal? Incluso en el color.

Michael apenas la escuchaba. Le resultaba difícil entender en qué se había convertido su dulce diosa Kathleen en dos días. Resistía horas a caballo, conducía el ganado y ahora tumbaba hábilmente sobre el lomo a una oveja para enseñarle a él las peculiaridades de la lana. Y además sabía la cantidad de madejas que se podían obtener de la lana en rama. Michael jamás había oído hablar de todo eso. Probablemente el resabiado de su hijo lo sabía tan bien como su madre. Por lo visto, Sean no solo

quería fastidiar cuando afirmaba que no quería ver más ovejas en su vida.

—Si quieres saber mi opinión —declaró Kathleen con tono profesional (dónde estaba su estimulante voz cantarina)—, yo no compraría a MacDuff las ovejas, no solo porque te da gato por liebre, es que ni siquiera ha contado los animales. Y sobre todo porque la lana no es de la misma calidad. Ah, sí, y además en esta tierra se ha pastado en exceso. Es probable que los animales tengan parásitos. ¿Tan

pequeña es la granja, Michael, o es que no se explota? No me parece que los trabajadores sean muy aplicados.

A Michael le zumbaba la cabeza cuando pusieron rumbo a Queenstown. Kathleen quería echar un vistazo a la ciudad y en ese momento se quejaba de que estuviera a más de quince kilómetros de distancia.

Tampoco al guía maorí parecía muy complacido con su posible futura señora, pero él la miraba con más respeto que irritación.

—Tu señora mucho *mana* —  
observó cuando ambos hombres  
cabalgaron juntos un momento.

Michael suspiró. Era lo último  
que quería oír.

## 2

—Disculpe, señor...

reverendo... —La muchacha maorí se percató del alzacuellos y se corrigió. Hablaba un inglés perfecto, sin acento, e hizo también una bonita reverencia—. Pero nos han dicho que quizás usted podría indicarnos dónde encontrar a Elizabeth Portland.

La muchacha debía de tener

unos dieciocho años, era alta y delgada para ser maorí y realmente hermosa. Tenía el rostro redondo, la silueta voluptuosa de muchas aborígenes y el cabello liso y largo hasta la cintura. Era de un negro intenso y parecía una cortina cuando lo llevaba suelto, aunque ahora lo llevaba recogido en una red en la nuca, más adecuado al uniforme escolar, oscuro y atildado. Una alumna de la misión de Waikouaiti que se movía con seguridad, adaptada a la ciudad de los blancos.

No era este el caso de sus dos acompañantes. El hombre — todavía joven y con tatuajes tribales, lo que era extraño en su generación— parecía nervioso, casi agresivo. Escudriñaba la acogedora sala de estar de Peter Burton como un animal caído en una trampa. La anciana, de aspecto más sosegado, parecía fuera de contexto. También ella llevaba ropa occidental, pero el vestido le quedaba demasiado grande. Por el contrario, el hombre, fuerte y achaparrado, parecía que iba a

reventar la camisa y el pantalón. Llevaba una lanza y un objeto de jade que Peter no supo identificar. Tal vez era un arma ritual, aunque no conocía lo suficiente las costumbres de los maoríes. Sin duda, el hombre encarnaba al guerrero maorí, pese a infundir poco miedo.

La muchacha lo presentó de una manera tan amigable que resultaba imposible pensar que fuera a tener algún arranque de agresividad.

—Ah, sí, disculpe, soy Haikina Hata, de la tribu ngai tahu, mi *iwi*

vive más arriba de Tuapeka. Esta es mi madre Hainga, *kaumatua* y *tohunga* de nuestro poblado, y él es Kuri Koua, el hijo de nuestro jefe. Kuri solo habla un inglés muy básico, pero puede escribir su nombre.

Peter se preguntó por qué acentuaba esto último.

—Por favor, perdone si le molestamos, pero tenemos que hablar con Lizzie.

El reverendo asintió.

—¿Cómo se les ha ocurrido que podrían encontrarla aquí? —

preguntó.

Haikina se encogió de hombros.

—He preguntado en todos los hoteles y me he enterado de lo de Michael... Y mi madre sabía que Lizzie es amiga suya.

Haikina nunca había visto al reverendo, la habían enviado a Waikouaiti antes de que él asumiera la asistencia espiritual del campamento de buscadores de oro.

—Miss Portland vive con mi patrona —respondió Peter—. Pero a esta hora se encontrará seguramente en la iglesia. Suele

ayudar en el comedor de los pobres. Tenemos aquí muchos necesitados.

Respecto a este asunto, Peter casi había pasado a una situación peor en su nuevo trabajo. Los recién llegados, rumbo a los yacimientos de oro, solían acampar en las colinas cercanas a su casa antes de emprender el camino hacia la montaña. Un montón variopinto de australianos y familias procedentes de Inglaterra que con frecuencia carecían de medios. Algunos montaban tiendas, otros

parecían desconocer el clima de Nueva Zelanda e intentaban pernoctar al aire libre sin cobijo. Ahora, en verano, eso funcionaba más o menos, pero en invierno Peter y los pocos ayudantes de la incipiente comunidad tendrían que montar tiendas para ofrecer cobijo a mujeres y niños como mínimo. La mayoría de las familias llegaban con la idea de que en Dunedin el oro se encontraba por las calles. Enterarse de que necesitaban comprar herramientas y luego viajar a kilómetros de distancia,

hasta Otago, llevaba a algunos al borde de la desesperación. Peter repartía comidas entre los necesitados, recogía ropa y se preguntaba cuándo llevaría una vida sin tiendas y alojamientos provisionales a la vista.

La anciana dijo algo y Haikina se ruborizó, pero tradujo servicialmente cuando Peter le lanzó una mirada inquisitiva.

—Opina que los hombres no deberían correr tras la satisfacción, sino buscar el oro en su propia tribu... o con su tribu. No pueden

esperar a que crezca algo que no han plantado.

Peter hizo un gesto de aprobación, pero advirtió:

—Eso es difícil de cambiar.

Haikina asintió. El hijo del jefe dijo algo, pero ella se negó a traducirlo.

—Indíqueme solo dónde vive miss Portland y nosotros la buscaremos —pidió la muchacha—. No queremos molestarle.

Peter pensó unos segundos y cogió la chaqueta. En Dunedin apenas se veían aborígenes y los

recién llegados jamás habían tenido uno delante. Si enviaba a esos tres a la iglesia —sobre todo al hijo del jefe, con su porte marcial y su lanza — provocarían el pánico.

—Si no les importa, pueden esperar aquí mismo mientras voy a buscarla —propuso—. Será más cómodo para su madre y así podrán hablar tranquilamente con Lizzie.

Haikina tradujo y los otros estuvieron de acuerdo. La anciana con naturalidad, y el joven con la altivez de un rey maorí.

Peter puso a hervir agua para el

té antes de marcharse, y enseñó a Haikina, que lo siguió a la cocina, dónde estaban las tazas y la tetera.

La joven le sonrió.

—¿Está Lizzie muy triste? — preguntó a media voz.

Peter asintió.

—Espero que no tenga más malas noticias que comunicarle.

—Solo queremos pedirle una cosa —respondió la muchacha.

Peter comprendió que los maoríes no le revelarían nada más, pero no tuvo que reprimir su curiosidad durante mucho tiempo.

Lizzie se encontraba, en efecto, en la sacristía, donde distribuía platos de sopa. Cuando Peter la llamó con un gesto, buscó un relevo y se dirigió a él. Se quitó el delantal con un gesto natural y Peter se percató, no por vez primera, de lo fáciles que le resultaban las labores domésticas. Era evidente que le complacía ayudar en el comedor y los muebles de Peter se veían más cuidados desde que ella se ocupaba de pulirlos y frotarlos con cera. El ama de llaves solo les sacaba el polvo.

A Lizzie le encantaba cuidar de cosas bonitas y eso parecía distraerla de sus penas. Peter a veces le envidiaba esa habilidad. Él, por su parte, seguía pensando siempre en Kathleen, aunque estuviera ocupado. Rezaba y trabajaba hasta caer rendido, pero no podía superar la decepción y, sobre todo, sus intensos celos. ¡Se suponía que un religioso no debía urdir planes para matar a alguien! Se sentía profundamente inseguro. Dudaba de su fe y del sentido de su vida.

—Tiene visita, Lizzie, maoríes de las montañas.

Al llegar, Lizzie saludó a Haikina con un cariñoso abrazo, a la *tohunga* con un ceremonioso pero efusivo *hongí* y al hijo del jefe con una breve inclinación. Si bien los *ngai tahu* hacía tiempo que no seguían la regla según la cual los hijos de los jefes tribales eran intocables, sí se les debía respeto.

Haikina tendió a Lizzie y al reverendo una taza de té. Peter lo tomó como muestra de que podía quedarse. Tampoco Lizzie le hizo

ningún gesto de que los dejara a solas cuando Hainga le dirigió la palabra. Lástima que no entendiera el maorí...

Haikina interrumpió el discurso de la *tohunga*, quien asintió y dijo un par de cosas mirando al reverendo.

—No tiene nada en contra de que traduzca para usted sus palabras —informó la joven—. Usted conoce el terreno que hay junto a la cascada y las cinco lanzas.

—Se refiere a las piedras en

forma de agujas —terció Lizzie—. Y no se refiere al terreno, sino al yacimiento de oro.

Peter asintió.

—Sucedé —empezó a explicar Haikina, mientras Hainga decía a Lizzie lo mismo en su lengua— que la tribu está sumamente inquieta. Los yacimientos que hay junto al río Tuapeka parecen estar agotándose y cada vez suben más hombres para establecer nuevas concesiones. Nuestros guerreros ya han visto tres veces a algunos en nuestro territorio. Hombres que hacen

pruebas y que buscan con escudillas por los arroyos. Por el momento todavía no han encontrado la cascada. Pero si han llegado hasta ahí...

—Si encuentran oro, arruinarán vuestra tierra —dijo Peter.

Haikina asintió.

—Queremos anticiparnos a que eso suceda —señaló ella— ofreciendo a Elizabeth Portland la tierra como regalo.

—¿Cuánta tierra? —preguntó Lizzie perpleja—. ¡No quiero toda la tierra de la tribu!

El hijo del jefe gesticuló con vehemencia.

—Estábamos pensando en la tierra entre la cascada y la concesión de Drury y Timlock — precisó Haikina.

—Pero son... son ¡unas cincuenta hectáreas! —A Lizzie casi se le atragantó el té—. Yo no sabía... yo no sabía que nuestra concesión pertenecía a la tribu. Nunca habíais dicho nada de eso.

Haikina se encogió de hombros. Los ngai tahu eran generosos por tradición. Si no había ningún *tapu*

en la tierra y si no la convertían en un desierto, como Gabriel's Gully, no impedían a nadie montar la tienda en ella.

—¿Por qué quieren regalar su tierra? —preguntó el reverendo—. Si está claro que pertenece a la tribu...

Haikina movió la mano con resignación.

—Mientras solo sea tierra nos pertenece. Los *pakeha* no quieren problemas, comprenden que hay que pagar por el terreno en que uno desea asentarse. Pero los

yacimientos de oro son otra cosa. Una especie de tierra de nadie, y no atenderían a nuestras reclamaciones.

—¿Y a las de Lizzie sí? — preguntó Peter.

Haikina le dirigió una significativa mirada. Era obvio que lo consideraba un ingenuo.

—Reverendo —dijo paciente—. Si Lizzie Portland pone mojones de piedra y un fusil delante de la nariz de cualquiera que quiera entrar en sus tierras, defenderá su propiedad y todos la aplaudirán. Si

nosotros hacemos lo mismo, lo considerarán una rebelión maorí y enviarán al ejército.

Peter puso una expresión compungida.

—Entiendo —dijo.

—Y en lo que a Lizzie se refiere: a Hainga no le ha gustado que se fuera. Así que los ancianos se han puesto de acuerdo en darle tierra suficiente para una granja. Al fin y al cabo era su plan. Michael quería criar ovejas, pero...

Lizzie estaba impresionada por esa oferta tan generosa.

—Yo... yo acepto, naturalmente, de corazón — murmuró—. Al menos para que la tierra tenga un propietario *pakeha*.

—Sería más seguro que vivieras también allí —señaló Haikina.

Lizzie se mordisqueó pensativa el labio inferior.

—No sé... ¿Sola?

—Si construye la casa abajo, Lizzie, donde ahora está la cabaña, estará solo a cinco kilómetros de Lawrence —observó Peter. Lawrence era el nuevo nombre de

la pequeña ciudad de buscadores de oro que crecía alrededor de la oficina de correos de Tuapeka—. Un lugar más céntrico solo lo encontrará en la ciudad.

Hainga intervino.

—Tú no sola —dijo en su inglés elemental—. Hijo contigo, hijo bienvenido en tribu.

Lizzie miró a la anciana sin dar crédito. El reverendo y Haikina no parecían menos sorprendidos.

—¿Cómo... cómo sabe ella lo del niño? —preguntó Lizzie a Haikina. Había intentado esconder

su embarazo con vestidos anchos. De momento lo había conseguido, pero la sabía *tohunga*—. Hasta ahora solo lo sabía Michael —añadió.

Haikina hizo un gesto de resignación.

—Deben de ser los espíritus —respondió—. O la mirada de una experta comadrona...

Hainga miró a Lizzie.

—Se creó bajo las luces de Matariki —apuntó en maorí—. Un niño bendecido por Rangi.

Lizzie sintió que se ruborizaba.

¿Qué estaba diciendo? ¿Que el niño había sido engendrado la víspera de Año Nuevo? Pensó en Kahu. Pero luego se tranquilizó. Hainga no había mencionado la fiesta de tou hou, solo las Pléyades, y ellas seguían en el cielo.

—¡Es el hijo de Michael! — dijo obstinada a Hainga.

Esta hizo un ademán tranquilizador.

—Es tu hijo —contestó.

—¡Tiene tu *mana*! —añadió Haikina—. Hasta que adquiriera uno propio. Bien, ¿estás de acuerdo?

¿Quieres una granja junto al río Tuapeka?

Lizzie asintió. Había sido feliz en la tierra junto al río. Tanto en la cabaña como arriba, en la tienda junto al yacimiento. Estaba bien que su hijo creciera allí. Y en cuanto a la granja, si no tenía que pagar nada y se instalaba en la cabaña, tendría dinero suficiente para vivir. Durante años no tendría que ocuparse de ovejas. Y en cuanto a qué se dedicaría, ya se le había ocurrido una idea.

Haikina pidió al reverendo la dirección de un abogado apropiado que pudiese estipular, por escrito, la venta a Elizabeth Portland de cincuenta hectáreas del terreno propiedad de los ngai tahu para una granja. Peter llevó también al juez de paz. Todo tenía que ser lo más oficial posible. Dos días más tarde, Kuri Koua, el hijo del jefe, y la más anciana de la tribu, Hainga Hata, estamparon sus firmas al pie del documento escrito en inglés y en maorí.

A continuación, los maoríes se

pusieron en camino para llevar la noticia a la tribu. Lizzie prometió acudir lo antes posible a su granja.

—No puedo ir de inmediato, todavía tengo que solucionar un par de asuntos —le dijo a Haikina.

—¿Hablar con Michael? —preguntó la muchacha.

Lizzie suspiró.

—Michael y su Kathleen comprarán una granja en Otago. No creo que tengamos mucho que hablar al respecto. Se trata más del banco que administrará el dinero y de un par de encargos.

—¿Encargos?

—inquirió

Haikina.

Lizzie sonrió.

—Algo así como... semillas —  
respondió.

Peter Burton descorchó una botella de champán cuando Lizzie llegó a la casa parroquial por la noche, tras un exhaustivo estudio de catálogos y discusiones con una agencia de transportes. Había pedido al ama de llaves que cocinara porque pensaba que Lizzie estaría cansada.

La joven se sentó en una butaca, agotada.

—¿Quién sacará brillo a sus muebles cuando yo no esté? —suspiró.

Peter rio.

—Diría que es mejor que pida muebles de Inglaterra para usted misma y, para variar, se ocupe de sus propios asuntos —señaló—. Tiene dinero suficiente, puede construirse una casa muy bonita.

Lizzie se encogió de hombros.

—¿Para qué necesito una casa grande? Para mi hijo y para mí

basta con la cabaña. Y fuera tendré mucho que hacer. No tendré una casa con doncellas y criadas. — Sonrió cansada—. Kathleen seguro que tiene más talento para ser baronesa de la lana. Con lo guapa que es...

Peter se sentó junto a Lizzie.

—No es de mi incumbencia, Lizzie, y también comprendo que no quiera volver a hablar con Michael. Pero ¿ha pensado en hablar con Kathleen?

Ella se enderezó.

—¿Para qué? ¿Para ponerme en

ridículo? Si Kathleen me hubiese querido ayudar, si yo le hubiese interesado aunque fuera una pizca, no habría animado a Michael. Sabía de mi existencia. Sabía que teníamos planeado casarnos. ¡Por Dios, ella había confeccionado mi traje de novia!

Lizzie tomó con tanto ímpetu un trago que se puso a toser.

—Estaba sorprendida —dijo Peter—. Lizzie, no quiero disculparla, pero seguro que se sintió afectada en lo más íntimo. Había pensado que nunca más

volvería a ver a Michael.

Lizzie resopló.

—Entretanto ya han pasado varias semanas, reverendo. Kathleen tendría que haber bajado ya de su nube.

Peter hizo un gesto de impotencia.

—Sea como fuere —dijo—, debería hablarle del hijo que espera.

### 3

—O sea, si quieres comprar esta granja, Michael, no deberías quedarte con las ovejas de MacDuff. Búscate una raza buena, las grandes granjas venden animales de cría.

El pequeño y brioso caballo negro de Kahleen hacía escarceos. Se estaban acercando lentamente a Dunedin y con ello a su establo. Y

Kathleen resumía a Michael las conclusiones de su viaje. Por enésima vez, o al menos eso le parecía a él. Durante toda la cabalgada de regreso no habían hablado de otra cosa que de sus sugerencias para la adquisición y gestión de una granja de ovejas.

A Michael se le estaba agotando la paciencia, por muy preciosa que fuera Kathleen, por muy relajada que cabalgara a su lado y por muy habilidosa que fuese con su montura. Si tenía que ser sincero, hasta eso le sacaba de

quicio. Habría preferido llevar a Kathleen en un carruaje a su lado, apretada contra él y tan tierna como antes. Nostálgico, pensó en sus escasas salidas juntos con el burro de O'Rearke. Ella apoyaba la cabeza sobre su hombro, se abrazaba a él y le cedía las riendas. Sin embargo, ahora hablaba como si quisiera encargarse ella misma de la cría de ovejas.

—¡No hay dinero suficiente para eso! —señaló molesto. Ya se lo había dicho varias veces, pero ella no lo tenía en cuenta.

—¡Pues entonces empieza con bueyes hasta que hayas ganado lo suficiente! —respondió con pragmatismo—. Los bueyes son un negocio más seguro en Otago, desde la fiebre del oro. Hay miles de buscadores de oro, hombres que trabajan duro, que después de partirse la crisma de sol a sol se mueren por un bistec bien hecho. Naturalmente, necesitas reforzar los establos, pero lo tendrías que hacer de todos modos. Más adelante necesitarás cuadrillas de esquiladores y hoy en día reclaman

que los cobertizos de esquileo sean seguros.

Michael suspiró. Más valía dejarla hablar. A lo mejor volvería en sí cuando llegaran a Dunedin.

Pero Kathleen estaba imparable.

—Si es que al final compras esa granja. Deberías pensártelo. Más de quince kilómetros de distancia de la ciudad más próxima, Michael. Y de momento Queenstown no es más que un campamento de buscadores de oro algo más decente. Tal vez un día se

convierta en una ciudad, o tal vez no. No es nada que me incumba, pero...

Michael aguzó los oídos.

—Kathleen, claro que te incumbe.

Acercó el caballo blanco al negro y más pequeño de ella, que enseguida se dispuso a morderlo. Lizzie seguramente se habría caído del susto. Kathleen lo castigó con un breve golpe de fusta.

—También debería ser tu granja, a fin de cuentas queremos vivir juntos allí.

Una sombra cruzó el rostro de Kathleen. Durante unos minutos pareció luchar consigo misma, hasta que refrenó su caballo y se volvió hacia él con expresión grave.

—Michael —dijo en voz baja pero decidida—. Te amo, pero no quiero una granja. No quiero ir reuniendo ovejas y ayudarlas a parir en las noches heladas, y menos quiero vivir a kilómetros y kilómetros de la ciudad más cercana. ¡No sabes lo sola que una se siente!

—¡Pero estaríamos juntos! —  
objetó él—. ¿Cómo vas a sentirte  
sola conmigo? Nosotros... nosotros  
siempre habíamos soñado con una  
granja. ¡Ya en Irlanda!

Kathleen desmontó y dejó que  
el caballo la siguiera. Las primeras  
casas de Dunedin ya estaban a la  
vista, llegarían al establo de  
alquiler de Sullivan en pocos  
minutos. Era evidente que quería  
demorarse. Primero había que decir  
todo lo que quedaba por decir.

Michael detuvo el caballo  
blanco y la imitó. Avanzaron un par

de pasos en silencio el uno junto al otro. Entonces Kathleen empezó a hablar.

—Michael... Irlanda... ¡Han pasado diecisiete años! La mitad de nuestra vida. En ese tiempo han ocurrido muchas cosas, a ti unas y a mí otras... No sé si podemos recuperar ese tiempo perdido. De lo que estoy segura es de que no quiero volver a vivir en una granja. Y mis hijos tampoco.

—¡Sean también es hijo mío!

—Sean es casi un adulto. Sabe lo que quiere. Mucho mejor que

nosotros entonces. Es un chico inteligente y yo te doy las gracias por ese hijo maravilloso. Por Sean ha valido todo la pena, incluso si a veces tuve mis dudas. Pero no puedes recuperar los años que no pasaste con él. Sean...

—¡Él echa de menos a ese reverendo! —la interrumpió Michael—. Nunca te lo he preguntado, pero ¿qué hay entre tú y Peter Burton? —La miró con ojos centelleantes.

—¿Y si hubiera algo...? —respondió Kathleen

enterneciéndose—. ¡También había algo entre tú y Elizabeth Portland!

—¡Es distinto! Nosotros somos dos partes de un todo. ¡Entre nosotros hay algo santo! Lizzie es... era...

Kathleen le pidió con un gesto que callara.

—No sé lo que Lizzie es o era. Tu pasado no me interesa y el de ella en absoluto. Me interesa el futuro. Y a ese respecto, has determinado mi vida durante diecisiete años. Me casé con Ian por ti, abandoné Irlanda por ti. No

lo planeaste, pero fue por ti. He hecho lo que tú querías, crie dignamente a tu hijo. Pero si realmente nos pertenecemos de forma definitiva porque así lo ha querido Dios, entonces tienes que adaptar tu vida a la mía. Monta algo en Dunedin. Un negocio o lo que sea. Quiero vivir contigo, Michael, pero también quiero a mis hijos, y a Claire y mi tienda...

—¿Y a tu reverendo? — preguntó él con sorna.

Ella levantó la mano y le propinó un bofetón. Fue un acto

reflejo, como a menudo le había sucedido con Colin y muy raras veces con Sean y Heather. Sin pronunciar palabra se lo quedó mirando. Apenas si podía creer lo que pensaba: Michael, su maravilloso amor, que siempre había sabido encontrar remedio a las cosas, que siempre la había hecho reír, que le había parecido fuerte y bueno... ahora se estaba comportando como un majadero.

Kathleen apoyó el pie en el estribo, se dio impulso y se sentó a lomos del pequeño caballo negro.

Sola, sin ayuda.

—Piénsatelo, Michael —dijo calmadamente. Y partió al galope.

Le daba igual que él la siguiera o no.

Se sentía cansada y sucia cuando por fin dejó el caballo en el establo de alquiler y llegó a su casa en George Street. Lo único que deseaba era quitarse el traje de montar sudado, tomar un baño caliente y meterse en una cama de verdad. Lamentaba ahora haberse estrujado la cabeza pensando en

Michael y la granja. Ahora le tocaba a él. Si quería vivir con ella, tenía que hacerle otra propuesta.

Entró y se desató la cinta que le sujetaba el sombrero. En el salón se oían voces y risas. Por lo visto, Claire tenía visitas, pero el que hablaba parecía Sean, al que ya le estaba cambiando la voz.

Claire abrió la puerta de la cocina y salió con una bandeja con té y pasteles.

—¡Kathleen! —parecía asombrada y, para sorpresa de ella, se ruborizó—. No pensaba que

vendrías. Me alegro de que ya estés aquí. ¡Tienes visita! —Claire señaló el salón—. Pero pensándolo mejor —añadió cuando se oyeron nuevas risas—, no deberías interrumpir ahora. Sean... ¡Ay, escúchale simplemente!

Acompañó a su amiga al estudio contiguo al salón. Era bonito y acogedor, Kathleen solía recibir y hablar allí con las costureras. Por todas partes había revistas de moda, muestras de tela e hilos, y un maniquí en un rincón. Claire abrió apenas la puerta que

daba al salón y dejó que Kathleen mirase. Se llevó el índice a los labios y, en efecto, Kathleen apenas pudo reprimir un grito de sorpresa. En el diván del salón estaba sentada Lizzie Owens —¿o Elizabeth Portland?— y hablaba animadamente con su hijo. Le contaba anécdotas de la vida de Michael y por primera vez Sean parecía interesado por su padre.

—¿Quería navegar con un bote de remos desde Australia hasta Nueva Zelanda? —reía el joven—. ¿Por el mar de Tasmania? Pero ¿no

sabía lo lejos que está?

—Y con un velero de un solo mástil —precisó Lizzie—. Y tres colegas. Uno de ellos había sido navegante.

—Pero ¡habrían zozobrado! —exclamó Sean—. ¡Cómo se puede ser tan tonto!

Kathleen frunció el ceño.

—¡Tu padre no es tonto! —dijo Lizzie con determinación—. A veces es... un poco atolondrado. Y quería volver a Irlanda en busca de tu madre, Sean. ¡Y de ti!

—¡A mí no me conocía! —

objetó el muchacho.

—Pues hablaba continuamente de ti. Había prometido a tu madre que volvería. Y quería conseguirlo como fuera. Costara lo que costase.

Sean rio.

—¿Y cómo consiguió al final llegar aquí? ¿A nado?

—¿Eso ha contado? —preguntó Lizzie con interés. Le habría gustado saber cómo había explicado Michael la travesía.

—No ha contado mucho. Solo que... bueno, que tuvo un golpe de suerte y que navegó con un gran

velero.

Lizzie resopló. Entonces habló de David Parsley. Una versión suavizada para el joven, pero Kathleen y Claire ya se imaginaron lo que había sucedido en realidad.

—Por eso tu padre estaba muy enfadado conmigo —admitió Lizzie al final—. No le gusta engañar a nadie. Pero seguro que al señor Parsley no le ocurrió nada, salvo que todos se rieron de él. Ni siquiera tuvo que pagarse el viaje de su propio bolsillo, lo hizo la compañía o su jefe. Yo no podía

dejar que Michael se ahogara.

—Fue un acto muy noble por su parte —dijo Sean—. Quiero decir, que lo haya llevado con usted. Lo del pasaje para la esposa de David Parsley era arriesgado. Y si no hubiese habido ningún sitio libre en el barco, tendría que haberse quedado usted y la habrían atrapado.

—El billete estaba a nombre de Parsley —aclaró Lizzie.

Sean asintió.

—Pero usted podría haberlo modificado.

A Lizzie nunca se le había ocurrido, pero era cierto. Nunca había esperado que Michael le devolviera el favor. Que le dieran las gracias era innecesario. La auténtica heroína de esa historia era solo Lizzie. Sintió que aumentaba en su interior el *mana*.

—No quería emprender el viaje sin él —admitió.

Detrás de la puerta, Claire y Kathleen se miraron. Claire no dijo nada, pero Kathleen casi creía estar escuchando la observación de Michael: «Solo es una vieja

amiga».

Sean sonrió irónico.

—¡Usted estaba enamorada! —  
dijo con grosería involuntaria.

Lizzie se ruborizó.

—¿Y cómo era entonces  
Irlanda? —preguntó el joven—.  
Ese asunto por el que enviaron a mi  
padre a la Tierra de Van Diemen.  
Los sacos de grano de Trevallion.

Lizzie se encogió de hombros.

—Eso tendrás que  
preguntárselo a tu madre. Yo lo  
conocí en el barco.

—Pero mamá no me cuenta

nada —se lamentó Sean—. Al menos nada que tenga sentido. Igual que mi padre. ¿Repartió el grano, lo vendió...?

—A ver, si yo he entendido bien, sirvió para destilar whisky —respondió Lizzie sin ambages—. Ilegalmente, claro. Por un par de sacos de grano nadie obtiene un pasaje a América.

Kathleen y Claire se quedaron sin resuello. Claire nunca había oído hablar de esa historia y Kathleen se sentía avergonzada. Jamás se lo habría contado a Sean.

¿Qué iba a pensar de su padre? Pero, para su sorpresa, Sean se echó a reír, tanto que las carcajadas se convirtieron en un agudo gallo.

—Mi padre, el héroe de la libertad de Irlanda, ¿destilaba whisky durante la hambruna? ¡Tengo que decírselo al reverendo Peter! ¡Es la mejor historia que he oído jamás!

Kathleen pensó agradecida en todas las horas que su hijo había pasado con Peter Burton y en las cuales este no solo le había inculcado un profundo sentido de la

justicia, sino también sentido del humor y respeto por las auténticas hazañas. Era cierto, Peter se desternillaría con la «lucha por la libertad» de Michael.

—Destilar whisky —corrigió Lizzie— lo hizo más tarde. En Irlanda se encargaba de ello su familia. Pero en Kaikoura teníamos un pub.

Kathleen creyó llegado el momento de entrar. Sonrió y abrió la puerta del salón.

—Disculpe que interrumpa, miss Portland. Pero acabo de llegar

a casa. Y me encantaría escuchar también sus historias.

Michael no pensaba en serio abrir una tienda en Dunedin. Claro que fue evaluando distintas posibilidades en su mente mientras volvía lentamente a la ciudad y luego a su hotel. Pero se horrorizaba ante la idea de una tienda o un local con solo recordar el papeleo que acarreaban. En Mount Fyffe Run se había ocupado de la compraventa de ovejas, pero era siempre George quien llevaba

la contabilidad. En el pub de Kaikoura se había encargado Lizzie. Michael solo había sido responsable de las cosas prácticas y ahora no tenía intención de cambiar. Comprendía lo de las distintas calidades de la lana y en su importancia para tejer los vellones, y estaba dispuesto a aprender. Sabía construir buenos establos y se veía capaz de manejar bueyes. Pero ¿un negocio? Tal vez el comercio de la madera u otros materiales de construcción. Sin embargo, no entendía demasiado de

maderas y absolutamente nada de piedras. ¿Y encima tener que tratar con proveedores, comerciantes, clientes... incluso banqueros como ese arrogante Dunloe? No, ese no era su mundo. ¡Ni por amor a Kathleen! ¡Jo, su mujer era una desagradecida! Él lo había hecho todo para convertir en realidad el sueño de su vida. Depositaba prácticamente a sus pies una granja. ¿Y cómo reaccionaba ella? ¡Pues encontrándole pegas a todo!

Dejó su caballo en el establo del hotel y fue al pub que había al

otro lado de la calle. La situación exigía un whisky, a ser posible irlandés. Llamó al camarero y pidió un Bushmills.

Un par de horas más tarde estaba sentado en el tercer pub, esta vez en el centro de la ciudad, en el Octógono. Echó un vistazo a la recién construida iglesia de San Pablo y se autocompadeció. Pero de repente, una especie de aparición surgió ante sus ojos. Procedente de George Street y en dirección a la iglesia iba Lizzie Owens-Portland. Se movía ágil y

con un rumbo determinado, como siempre. Iba erguida, por lo que parecía más alta, algo también habitual en ella. ¿Cómo es que no se daba cuenta hasta ahora? Parecía relajada y tranquila. Justo lo contrario que él...

Michael arrojó una moneda sobre la mesa, dejó la cerveza sin terminar y corrió al exterior.

—¡Lizzie!

Ella se dio media vuelta y pareció que iba a sonreír, como siempre que lo veía, pero frunció el ceño y contrajo los labios.

—Michael —dijo con tono de censura—, ¿te estás gastando el dinero de la granja bebiendo?

Él la miró y lo único que deseó fue abrirle su corazón.

—¡No hay granja! —dijo—. Ella... ella... Lizzie, Lizzie, yo... me gustaría hablar contigo. ¡Tengo que hablar contigo!

Lizzie se volvió hacia otro lado.

—No sabía que todavía tuviésemos algo que hablar —apuntó—. Ahora tienes otra vida, una «vida adecuada». ¿No lo dijiste

una vez así? Por lo que te deseo mucha suerte con Kathleen. Cuando tengas algo que hablar, hazlo con ella.

Se puso de nuevo en marcha.

—¡Es que justamente no la tengo! —gritó Michael y le cerró el paso—. No tengo otra vida. ¡Ella no me quiere! Kathleen... ¡después de todo, no me quiere! —Las palabras salieron de su boca como un desgarró.

Lizzie contuvo el impulso de abrazarlo. Esta vez no se lo pondría tan fácil. Se acercó a él, pero no lo

tocó.

—¿Después de todo? —repitió con severidad—. ¿Después de qué? ¿Has compartido algo con Kathleen durante todos estos años?

—¡Sabes muy bien que siempre pensaba en ella! Cada maldito día que pasaba después de dejar Irlanda.

Lizzie asintió y miró incómoda alrededor. No estaba bien discutir en medio de la calle. A continuación tiró de Michael hacia el frío atrio de San Pablo. Quería pasar a recoger al reverendo Peter

en la iglesia, pero al parecer no había concluido su entrevista con el nuevo obispo.

—Ah, sí, ya sé —dijo con tristeza—. Cada día me comparabas con ella, o más bien con el recuerdo que tenías de ella. Kathleen, la guapa, la reina, la pura... «Mary» Kathleen. Y frente a ella, Lizzie la puta.

—Lizzie, yo nunca quise... No tenía esa intención.

Michael arrugó la frente lleno de arrepentimiento, un gesto al que la joven nunca había podido

resistirse. En ese momento ni lo miró y siguió hablando decidida y enfadada.

—¡Claro que tenías intención!  
—dijo sin piedad—. Pero ha llegado el momento de despertar. ¡Tu querida Kathleen ya no es la que era! Se ha vendido como yo. Porque a veces no queda otro remedio. Y entonces da igual que una vaya al altar con un desgraciado con tal de poder criar a su hijo dignamente, o la otra, para no morirse de hambre, se vaya a la cama con clientes que pagan. ¡O

vea incluso cómo se hunde el hombre que ama! ¡Sin mí, Michael, te hubiesen matado a palos por fugitivo, o te habrías ahogado en el mar de Tasmania, o te hubieses emborrachado hasta caer muerto porque tu vida entre la caza de la ballena y el esquileo no tenía ningún sentido! Para eso necesitaba *mana*, Michael, aunque no te guste. Kathleen es como yo. Con la única diferencia de que yo te quiero ¡y ella no!

Michael, cuya mirada había ido errando por las velas y las

imágenes de santos que había en la capilla de entrada, clavó la vista en ella.

—¡Claro que me quiere! Cómo puedes decir algo así. Kathleen siempre me ha querido, ella...

—Ha querido al muchacho que la besaba en el prado junto al río Vartry. Tal vez también al aventurero que se rebeló contra la autoridad. Pero ¿te imaginas a Kathleen en los yacimientos de oro? Y ya la has oído: no tiene intención de dejar su preciosa tienda e ir a criar ovejas contigo a

Otago.

Michael no preguntó cómo lo sabía. Estaba demasiado indignado y aturullado.

—¡Es lo que piensa ahora! — replicó obstinado—. Pero al final se avendrá. «¡Allá donde tú vayas, también iré yo!» ¿Sabes lo que significa eso, Lizzie?

Ella no pudo reprimirse y le propinó un bofetón. Bastante torpe, le faltaba la práctica de Kathleen.

—¡Lo vivo, Michael! ¡Desde hace muchos años lo vivo! Pero ahora ya basta. Hago como

Kathleen. ¡Hago lo que quiero! —Y retomó su camino, pero todavía se dio media vuelta—. Por cierto, tienes un hijo estupendo. He podido conocerlo y ha sido para mí un placer. Espero que nuestro hijo sea igual de inteligente y razonable. Y puesto que esta vez las circunstancias económicas no serán problema, no tienes que preocuparte: ¡yo lo criaré dignamente!

—¿Has hablado con Lizzie? —preguntó Michael.

Estaba intimidado, era extraño estar sentado tan formalmente frente a Kathleen. Había querido verla, pero ella no lo había invitado a su casa. En su lugar, se habían encontrado en el café de su hotel. Kathleen balanceaba grácilmente una tacita de té entre dos dedos y tomaba un trozo de pastel. Era el tipo de pastelito que muchos años atrás había robado en la cocina de la casa grande y repartido generosamente con él. ¿Había compartido él alguna vez algo con ella, en realidad? ¿Salvo el amor y

las preocupaciones?

Michael no podía olvidar los campos junto al río. Entonces comían el pastelillo con hambre. Ahora, para él no era más que una nadería dulce en un delicado plato, y para ella una exquisitez cotidiana que uno tomaba como de paso.

Kathleen asintió.

—Sí. Y no me dijiste la verdad. No es una vieja amiga. Es... es tu otra mitad. Precisamente lo que yo nunca fui.

—¡Lo que tú no pudiste llegar a ser! —protestó él—. Las

circunstancias estaban en contra nuestra. Pero si las cosas hubiesen salido bien, si hubiésemos ido a América...

—Estaríamos en algún agujero de Nueva York. Tú y Sean estaríais trabajando en una fábrica y yo sería costurera. Para criar a nuestros hijos y sobrevivir de algún modo. Michael, ¡sin Lizzie no lo habrías conseguido jamás! ¡No tendríamos ninguna granja en Wyoming o una fábrica en Boston o lo que fuera! Yo tampoco lo habría conseguido. Nuestro negocio fue idea de Claire,

no mía. ¡Nosotros dos habríamos sobrevivido a duras penas! Justamente porque no somos dos mitades de un todo. Tu otra mitad es Lizzie Portland. Y la mía...

—¿Quieres volver con el reverendo?

—«Volver» no es la palabra, nunca estuve con él. Pero ha llegado el momento de que progrese. Hasta ahora, mi otra mitad era Claire. Pero se casará con Jimmy Dunloe en cuanto consiga de una vez el divorcio. Y yo... yo solo puedo esperar que

Peter me perdone. Él no es mi pasado, Michael, pero sí mi futuro. —Kathleen lo miró casi con insolencia.

Michael agachó la cabeza.

—Lizzie dice que da igual... pasado y futuro —dijo pensativo. Por primera vez no sintió celos al oír el nombre de Peter Burton—. Al menos eso opinan los maoríes: siempre necesitamos una montaña que nos amarre al aquí y el ahora. *Maunga...* lo llaman *maunga*.

Kathleen sonrió.

—¿Lo ves? Lizzie es tu

*maunga*. Si es que puede serlo una persona. Pero yo no lo soy. No soy lo bastante fuerte para amarrarte, yo misma necesito un ancla. Ya veremos si Peter consigue serlo —sonrió—. Petrus, la piedra. La idea no debería parecerle nueva.

—Pero... —Michael todavía no daba su brazo a torcer—. Pero ¿qué sucede con nuestro amor, Kathleen? Estaba aquí... todavía lo está.

Kathleen lo abrazó.

—Y permanecerá. O una sombra de lo que fue. Pero no me necesitas para ser feliz. Necesitas a

Lizzie... si es que ella todavía te quiere.

—¿No estás enfadada? — preguntó él, y ella puso los ojos en blanco.

—No estoy enfadada, pero eso da igual. Pregúntate antes si Lizzie todavía te quiere.

Michael puso cara compungida.

—En nuestro último encuentro parecía que sí —admitió—. Pero yo... yo ya lo sabía. ¿Sabes... sabes que está embarazada?

En su rostro apareció el brillo que Kathleen había recordado toda

su vida. La misma expresión de entonces, cuando ella le dijo que esperaba a Sean, rogando que estuviera preparado para enfrentarse a la idea de tener un hijo. A lo mejor Michael necesitaba más tiempo para todo.

Kathleen asintió.

—¡Trata entonces de encontrarla! —le aconsejó.

Michael se irguió imbuido de confianza en sí mismo.

—Lo haré. Y si es necesario pondré patas arriba esta isla...

Kathleen puso la mano sobre la

de él, sosegándolo.

—Michael, límitate a pensar antes de poner Nueva Zelanda patas arriba. ¡O si te da por cruzar el mar de Tasmania en solitario! Para Lizzie también tiene que haber un *maunga*.

## 4

Ocurría como siempre. Lizzie no se cansaba de contemplar sus tierras por encima de la cascada. Las colinas boscosas, que parecían fluir como olas al valle; ahora que en Lawrence se había construido más, la floreciente ciudad se distinguía mejor, y más en días tan claros como ese de otoño. Las rocas que se erguían altivas hacia

el cielo, el arroyo vivaz convertido en afluente de la cinta luminosa del río Tuapeka.

Lizzie seguía dudando de instalarse en ese lugar o en su anterior campamento. Los maoríes preferirían que construyera su casa junto a la cascada. Le habían pedido que ocupara la tierra.

—Cultiva, ten ovejas o haz lo que te apetezca —decía Haikina.

Pero Lizzie tenía otros planes para las dulces colinas de ese lugar orientado hacia el sur. Sol había suficiente, y también agua. Los

inviernos eran más duros que en la Isla Norte, pero seguro que no más duros que en Alemania, y allí había vino en abundancia. Un par de cepas, que había transportado cuidadosamente hasta allí arriba y plantado recientemente en la tierra húmeda y cálida del verano tardío, procedían de Alemania, otras de Francia. Había que ver cómo se adaptaban a la Isla Sur de Nueva Zelanda.

Rio para sus adentros. A lo mejor a las cepas les gustaba el oro y ella escribía un capítulo nuevo en

la historia de la viticultura. Como fuere, tenía lectura suficiente para los próximos años. Desde que Kahu Heke le había hablado de sus estudios en la biblioteca de Auckland, ardía en deseos de aprender más sobre el cultivo de la vid. ¡Y sin James Busby! ¡Lo que él sabía, ya hacía tiempo que ella lo había superado! Había pedido un libro tras otro y al ritmo lento con que leía estaría siempre ocupada. Y el niño aprendería al mismo tiempo a leer, cuando no estuviera con sus amigos maoríes a los pies de una

*tohunga* escuchando las historias de Papa y Rangi y sus descendientes. Lizzie pensó que al principio tal vez fuera más importante estar cerca del poblado maorí que de Lawrence. Canturreó para sí mientras hundía casi con ternura el siguiente esqueje.

Un movimiento junto al río atrajo su atención. Dos mulos paciendo en la orilla y dos hombres que abrían sus alforjas. Lizzie miró alrededor sin hacerse grandes ilusiones. Por la mañana, un par de mujeres maoríes la habían ayudado

a esponjar la tierra y unos hombres de la tribu habían lavado oro — necesitaban provisiones de grano y ropa para el invierno—, pero los maoríes se habían marchado a su casa hacía más de una hora. Esos días, Lizzie volvía a vivir en una tienda, aunque había comprado la más moderna y comfortable que se podía adquirir en Dunedin.

Agarró el viejo fusil de Michael que había dejado a un lado. Lo había encontrado en la cabaña y lo había cogido para enseñárselo a los guerreros. Como

la mayoría de las tribus maoríes, los ngai tahu poseían numerosas armas de fuego para defenderse. Los hombres habían dado su opinión, limpiado y probado el fusil de Lizzie. Después se lo habían devuelto.

—Funciona —dijo Haikina—. Así que ten cuidado, no vayas a matarte tú misma.

Lizzie le había prometido que dejaría que los guerreros le enseñasen a utilizar el arma, pero siempre lo postergaba porque el arma le resultaba inquietante.

Ahora se arrepentía de su negligencia. Bueno, no quería disparar a nadie, solo ahuyentarlo.

El niño se agitó en su seno, quería protestar. Lizzie trató de no hacer caso. Con destreza, se puso el fusil bajo el brazo. Luego bajó hacia el río y saludó cortésmente. Los dos hombres habían descargado las tiendas, uno cogía una escudilla.

Lizzie se acercó a ellos.

—Lo siento, señores, pero aquí no pueden buscar. Esta tierra es propiedad privada y el arroyo

también.

Se esforzó en dar firmeza a su voz. Los hombres, altos y barbudos, la miraron tan perplejos al principio como si hubiesen visto un fantasma.

—¿Desde cuándo es esto propiedad privada? —gruñó el primero.

El segundo rio.

—Eh, ¡yo a esta la conozco! ¿No eres tú la mujer de Michael Drury? ¡Ese sí que se ha hecho rico, el viejo Mike! ¿Dónde encontró oro? ¿Aquí? —Señaló el arroyo.

Lizzie sacudió la cabeza.

—Michael estuvo lavando por varios sitios, tenía una concesión con Chris Timlock. Pero la explotaron a fondo. Ahora... —se odiaba por lo que iba a decir, pero si admitía que estaba ahí sola...— ahora vamos a montar una granja. El terreno, desde nuestra vieja cabaña hasta aquí, nos pertenece, adquirido de forma legal a los ngai tahu.

Los hombres se echaron a reír.

—¡Si es que era suya! —señaló el mayor.

Lizzie se encogió de hombros.

—Así lo reconoció el gobernador, el juez de paz y unos abogados... Les mostraré encantada los documentos. Aquí, en cualquier caso, pacerán en breve mis ovejas. Y en cuanto a ustedes, el campamento de buscadores de oro más cercano está al lado de Lawrence. Por lo que sé, hay nuevos hallazgos junto a Queenstown, de ahí pueden ir hacia Otago. Aquí no tienen nada que buscar. Así que márchense, por favor.

Lizzie se apoyó en su fusil con la esperanza de que ese gesto le diera un aire intimidante. Los amigos que tenía entre los guerreros maoríes conseguían un efecto así cuando se apoyaban en sus lanzas. Pero claro, ella no era tan grande ni iba tatuada.

Los hombres no retrocedieron, al contrario. El joven, que la había reconocido, dio un paso hacia ella.

—¿Por qué estamos tan antipáticos? —preguntó con una mueca irónica. Lizzie se percató de lo alto, fuerte y decidido que era—.

¿Qué pasa con la cortesía tan elogiada de la nobleza rural y sus esposas? Porque en eso queremos convertirnos ahora, como una baronesa de la lana recién salida del horno, ¿no? Venga, señora, invítanos, deja que pasemos una noche agradable y cuando mañana nos hayamos convencido de que aquí no hay oro... —Parecía ignorar que Lizzie estaba en avanzado estado de gestación.

—Como mucho, pueden convencerse viendo los documentos de que esto es una propiedad

privada —advirtió Lizzie con la voz más incisiva y levantando el arma.

La dirigió hacia los hombres y se habría sentido mejor si hubiese sabido si tenía el seguro quitado o cómo apuntar bien. Aunque, en realidad, daba igual si acertaba. En el poblado se oiría el tiro. Si disparaba, un grupo de guerreros aparecería enseguida.

—Venga, ¡sé amable, Lizzie!

—Para usted, siempre miss Portland —replicó ella.

—¿Todavía no es señora

Drury?

El hombre se acercó más. Lizzie inspiró hondo y apretó el gatillo. No pasó nada, debía de llevar todavía el seguro. Tiró de todas las palancas y volvió a apretar, esta vez eficazmente. Para su horror, el fusil pareció dotado de vida propia en su mano. Se levantó una vez disparado.

Lizzie se obligó a no soltarlo. Aterrada, miró al hombre, preparada para verlo agonizante en el suelo. Pero seguía de pie en el mismo sitio. Eso sí, estupefacto;

algo de miedo le había inspirado ella.

—No exagere, miss Portland — dijo el otro; casi parecía ofendido—. Solo pasábamos por aquí tranquilamente...

—Pues a lo mejor pueden seguir su camino también tranquilamente —replicó Lizzie.

Despacio, reuló un poco. Los hombres también se movían. De forma casi imperceptible, parecían tratar de acorralarla. Tenía que dar casi la espalda a uno para apuntar al otro.

Volvió a disparar, lo que no fue una buena idea porque los hombres vieron que no dominaba el arma. Se acercaron con más audacia.

—¡No buscamos pelea, miss Portland! —advirtió el mayor—. Denos el fusil y déjenos hacer una pequeña prueba en su terreno. Si encontramos oro también podrá usted sacar provecho... Por cierto, ¿qué es eso?

Señaló las cepas y, con ello, distrajo un segundo a Lizzie. Su compañero se abalanzó sobre ella. Lizzie lo golpeó con el fusil, pero

no con fuerza suficiente. Tropezó. El hombre le arrancaría el fusil y entonces...

—¿Qué está pasando aquí? — Lizzie oyó una voz fuerte e imperiosa que conocía bien—. ¿Rusty Hamilton? ¿Y Johnboy Simmons? ¡Hacía mucho que no os veía! —Michael Drury cabalgó hacia ellos—. ¿Se puede saber qué estáis haciendo con mi mujer?

El más joven, Simmons, soltó a Lizzie y musitó una disculpa.

—No te lo tomes a mal, Michael —intervino el mayor—.

Pero la señora nos ha amenazado con un arma y...

—La señora sin duda os habrá indicado antes que estáis en su propiedad —objetó Michael—. Esto es la Hacienda Elizabeth, toda esta tierra, desde nuestra antigua concesión hasta arriba. Así que recoged vuestras escudillas y cacharros y largaos.

Michael desmontó del caballo blanco, se acercó a Lizzie y le dio un beso fugaz. Le guiñó el ojo discretamente. Ella callaba, desconcertada.

Rusty Hamilton se acercó a él con la mano medio levantada.

—Pero Michael, el arroyo podría llevar oro... ¡Si estáis al lado de un yacimiento!

Michael soltó una carcajada.

—¡No te engañes, Rusty! Hazme caso, los maoríes tampoco son tan memos como para vendernos un yacimiento como tierra de pastoreo. ¿Y por tan tonto me tienes? ¿Te crees de verdad que yo no he estado haciendo pruebas en el arroyo?

—¿Y? —preguntó ávido el

hombre.

Michael sacudió la cabeza.

—Claro, un poco de oro lleva —respondió—. Lo hacen todos, hasta nuestra vieja concesión, ahí abajo.

Rusty y Johnboy rieron desdeñosos.

—Pero esto no es Gabriel's Gully —sonrió—. Os doy mi palabra de honor, chicos.

Lizzie bajó la vista al suelo.

—Pse... —Rusty Hamilton parecía decepcionado, pero no dispuesto a seguir insistiendo—. ¿Y

no vas a decirnos dónde encontraste todo el oro con que compraste este pequeño paraíso de rumiantes? Hacienda Elizabeth. ¡Bonito! ¡Muchas felicidades, señora!

Lizzie sonrió, para su sorpresa, con magnanimidad. A veces había necesitado el efecto de esa sonrisa, pero solo había conseguido contraer los labios. Y ahora resplandecía ante esos bribones como si ellos fueran la respuesta a todas sus oraciones.

Michael sonrió burlón.

—Pues claro que os lo voy a

decir: desde aquí hacia el este, a la altura de mi vieja concesión. Luego desde allí hacia el sur, hasta llegar a un lago que... que tiene una forma como... como de perro muerto. Así lo llaman los maoríes. ¿Cómo le dicen, cariño?

Lizzie tuvo que dominarse para no echarse a reír. Nunca había oído hablar de ese lago.

—*Kuritemato* —improvisó.

—Ya lo oís —dijo Michael serio—. En la pata delantera de la izquierda torcéis hacia el Oeste. Y luego hay unos pocos kilómetros

hasta un arroyo, un poco escondido, con muchos helechos alrededor, a lo mejor hasta encontráis nuestro viejo lavadero. Pero os lo advierto, chicos: ¡el yacimiento está agotado!

Rusty y Johnboy sonrieron como niños con pantalones nuevos.

—¡Habrá que verlo! —dijo Rusty—. Me da que ya tenías demasiado y dejaste de buscar como es debido. Echaremos un vistazo. Bien, señora... —se despidió, tocándose el sombrero—. ¿A qué distancia dices que está, Michael?

Michael reflexionó.

—Lejos —respondió—.

Alrededor de ocho jornadas. Y es fácil perderse. Hay... hay muchos lagos...

—¡Ya nos apañaremos! — exclamó Johnboy, dándose un toquecito en el ala del sombrero—. Y repito... ¡no se lo tome a mal, señora!

Michael y Lizzie esperaron en silencio a que cargasen los dos mulos. Michael solo interrumpió el silencio para hacer una breve pregunta.

—¿Qué es eso? —susurró,  
señalando las cepas.

—Vino. ¡Un viñedo!

Michael frunció el ceño.

—Tendremos que poner una  
cerca alrededor para que las ovejas  
no pisoteen las cepas.

—¿Tendremos? —preguntó  
Lizzie.

—Luego lo hablamos. No  
deberíamos enfadarnos antes de que  
se hayan marchado estos tipos. —  
Michael hizo un gesto hacia los  
buscadores de oro.

—¿Quién quiere enfadarse? —

inquirió Lizzie.

Se dio media vuelta y subió un poco por la colina, hacia las cepas. Todavía tenía que plantar una en su sitio. Lo hizo cuidadosamente.

—Admite que me necesitas — dijo Michael cuando por fin los hombres se hubieron alejado en sus monturas. Deslizó la mirada por el viñedo y hacia abajo, hacia Lawrence. El panorama era arrebatador.

Lizzie arqueó las cejas.

—¿Por esos bribones? Los ngai

tahu ya están informados, esto  
estará enseguida lleno de guerreros.  
Y aprenderé cómo apuntar con eso.  
—Señaló el fusil—. Tú tampoco  
habrías sabido, dicho sea de paso.  
O si no, ¿por qué esa historia del  
lago del perro muerto?

Michael rio.

—¡Aumento mi *mana*! —  
contestó—. *Whaikorero*, el arte de  
la oratoria.

—Yo más bien perfeccionaría  
el arte de arrojar la lanza —indicó  
Lizzie, amontonando tierra  
alrededor de su último esqueje—.

Esos hombres no estarán de muy buen humor cuando vuelvan.

Michael hizo un gesto tranquilizador.

—Bah, esos no vuelven. Con un poco de suerte encontrarán oro en cualquier otro lugar. Y si no es así, los he enviado dirección a Queenstown. Sería una tontería dar media vuelta en lugar de marcharse a los nuevos yacimientos.

—¿Y eso de dar tu palabra de honor?

Lizzie ya no tenía más tareas que hacer en su viñedo y se sentó

en la hierba junto a las cepas.

—Tampoco hay mucho que empeñar —respondió Michael, incómodo—. Si os he entendido bien a las dos, a Kathleen y a ti. Por lo visto, no hay gran cosa que hacer con mi *mana*...

Lizzie sonrió burlona.

—Pero puedes vivir en el temor de Dios —dijo—. Y criar a tu hijo dignamente.

—¿Todavía me aceptas? —preguntó él a media voz.

Lizzie suspiró.

—¿Cómo sabías que estaba

aquí? —preguntó cambiando de tema.

Michael señaló la tierra que los rodeaba.

—Tu montaña, Lizzie. Tu *maunga*.

Ella sonrió.

—¿Y aquí pretendes que pasten ovejas?

Michael se mordió el labio.

—No se trata de ovejas. Por mí, también podemos plantar vides o destilar whisky. Lo único que quiero es estar contigo, Lizzie. Porque tú y el niño... vosotros sois

mi *maunga*.

Ella cogió un puñado de tierra y la dejó escurrir entre los dedos.

—¿Y qué sucede con el hijo de Kathleen? —preguntó.

—Sean es casi un adulto. No me necesita. Y tiene al reverendo.

Esto último encerraba cierta tristeza. Michael entendía que Peter Burton lo había sustituido dignamente. Pero le dolía que Sean apenas conociera sus raíces irlandesas. Kathleen había permitido de buen grado que Claire y Peter sustituyeran los cuentos y

leyendas de Wicklow por leyendas romanas y griegas, así como por los conocimientos del señor Darwin.

—¿Eso dice Kathleen? —Lizzie sonreía—. Peter se alegrará. Queda por saber quién los casará, si el futuro obispo anglicano o el horrible padre Parrish.

—¡No cambies de tema, Lizzie! Ahora no se trata de Kathleen.

Ella dirigió el rostro en un gesto de agradecimiento hacia el cielo.

—¡Que yo pueda vivir este día! —exclamó teatralmente.

Michael se esforzó por mantener la calma.

—¡Se trata de nosotros, Lizzie! ¡Y de él! —Apoyó con timidez la mano en el vientre de ella.

—¡A lo mejor es mujer! —protestó Lizzie, apartándole la mano—. Como yo.

—¡Tanto mejor! Aunque en el fondo me da igual. Me quedo con un niño, una niña o los dos. Lo importante es que vengan de ti.

Lizzie pensó fugazmente en Kahu Heke.

—Y quiero verlo crecer. Quiero

estar con vosotros. Construir una casa para vosotros... —Ella percibió su tono suplicante.

No conseguía mantenerse impasible.

—Y hablarle de Irlanda — bromeó Lizzie—. De su abuelo que destilaba whisky, y de su abuela que rezaba para que no descubrieran al abuelo. Y de cómo enviaron a Australia a papá. Por el asunto de los sacos de grano de Trevallion...

Michael asintió con gravedad.

—¡Exacto! ¿No es eso lo que

los maoríes llaman *pepeha*?

Lizzie rio.

—Más bien *whakapapa*, «origen»; pero tal como tú lo dices es *moteatea*, «historias».

Michael puso cara de culpabilidad.

—¿Me lo permites? —preguntó con esperanza—. ¿Puedo quedarme aquí? ¿Puedo amarte? ¿Puedo dormir al niño con un buen, antiguo e irlandés *whaikorero*?

Lizzie se volvió hacia él y, como tantas otras veces, se rindió ante sus luminosos ojos azules.

—Si es niña, hasta puedes llamarla Mary —dijo generosa—. Siempre que no le reproches lo que su madre fue y es.

Michael la estrechó entre sus brazos.

—Su madre fue y es una mujer con mucho *mana* —le susurró—. El bebé no tardará en darse cuenta. — La besó y ella respondió a su beso muy despacio, muy tiernamente, sellando un juramento.

—Entonces... me pongo a hacer el cercado —dijo Michael confuso, cuando se separaron—. Por... por

las ovejas...

Lizzie se frotó las sienes y sonrió paciente.

—Primero la casa, Michael —  
lo corrigió con dulzura.

## Nota de la autora

Como suelo hacer siempre, también en esta novela me he esforzado por permanecer fiel a la mayor autenticidad histórica posible. El lector puede confiar en que las circunstancias en la Irlanda de la hambruna, y las condiciones en Wicklow Gaol y en los barcos prisión británicos eran tal como las he descrito. En efecto, el *Asia V*

navegaba, en aquel período, con ciento sesenta y nueve presidiarias a bordo desde Woolwich hasta la Tierra de Van Diemen, la actual Tasmania. A los doce hombres, no obstante, los he colado. Hay otro aspecto en que mi narración tampoco resulta del todo ajustada históricamente: no hubo fallecimientos a bordo; la tasa de mortandad en los barcos de deportados era mucho más reducida de lo que uno lee a menudo. Según las estadísticas, era mucho más seguro viajar a Australia en un

barco de convictos que en las embarcaciones regulares para emigrantes rumbo a Nueva Zelanda o incluso América. Naturalmente, la Corona británica deportaba solo hombres y mujeres sanos, en su mayoría jóvenes, mientras que en los otros casos también se transportaba a ancianos, enfermos y muchos niños. No obstante, se realizaba una revisión médica previa, aunque muy superficial, aunque nadie supervisaba la higiene en el barco. Es obvio que los débiles pronto eran víctimas de las

epidemias. Los barcos de presidiarios, por el contrario, estaban mejor vigilados y las enfermedades se podían controlar mejor.

Las descripciones sobre el estado de las cárceles australianas, sobre todo del Penal de Mujeres Factory, también son históricamente correctas. Es cierto que allí tenían lugar los grotescos mercados matrimoniales de las presidiarias. Y también es verídico que una vez un presidiario trató de escapar de la prisión de Hobart vestido de

canguro. Lo capturaron. Pero que nadie lograra fugarse de la Tierra de Van Diemen es una afirmación cuestionable. En cualquier caso, en la costa occidental de Nueva Zelanda había tantos fugitivos del país vecino que entre Nueva Zelanda y Australia se negociaba con las extradiciones.

Algunas personalidades históricas representan un papel en este libro, sobre todo James Busby, Robert Fyfe y su primo George. La historia de la estación ballenera de Waiopuka, junto a Kaikoura, es tan

auténtica como la de los asentamientos de Port Cooper, la posterior Lyttelton, y Tuapeka, cerca de la actual ciudad de Lawrence. El antes cazador de ballenas Johnny Jones donó realmente el solar de la iglesia anglicana de Dunedin y trasladó a emigrantes decepcionados de Australia a Waikouaiti, Nueva Zelanda.

Mi reverendo Burton, con su fatal debilidad por el darwinismo es, sin embargo, ficticio, al igual que el resto de los protagonistas.

Lo mismo sucede con los nombres y fechas de los barcos de inmigrantes y transbordadores entre Nueva Zelanda y Australia.

Respecto a la autenticidad de los datos sobre las costumbres y tradiciones maoríes, el asunto se vuelve más complicado. La cultura maorí difiere mucho de la nuestra. Resulta difícil familiarizarse con ella y más aún por cuanto ya no existe. Los maoríes cuidan de sus tradiciones y, en las últimas décadas, han ido obteniendo más

apoyo a través del gobierno neozelandés y la oficina de turismo; los blancos, su cultura y sus epidemias fueron, sin embargo, nefastos. De la población maorí original solo sobrevivió en la Isla Norte una pequeña parte y su modo de vida era tan poco compatible con la cultura *pakeha* que fue desapareciendo con mayor o menor presión. Los *ngai tahu* de la Isla Sur se desvincularon de buen grado de sus tradiciones y *tapu*, que tampoco habían sido nunca tan estrictos. El estilo de vida de los blancos les

ofrecía tal mejora de la calidad de vida que se amoldaron a él rápidamente.

No puede negarse lo que Kahu Heke afirma en este libro: el clima en la Isla Sur de Nueva Zelanda tiene más en común con Escocia y Gales que con Hawaiki en Polinesia. Las plantas y animales que introdujeron los inmigrantes británicos crecieron mejor, la indumentaria, la construcción y el tipo de vida de los *pakeha* era más compatible con el país que la cultura de los anteriores

inmigrantes llegados de Polinesia. A mi entender, esto explica que los ngai tahu fueran lo suficientemente sensatos y flexibles para amoldarse en lugar de enfrentarse a los recién llegados. Que con frecuencia los engañaran es harina de otro costal. Todavía hoy están en trámite judicial parte de las compensaciones que las tribus reclaman porque fueron estafadas al vender las tierras.

Si se quiere reconstruir la vida de las tribus maoríes hace ciento cincuenta años, hay dos

posibilidades:

Una son las publicaciones de los propios maoríes, que es la que más me gusta. Tomo muchos datos de fuentes oficiales maoríes. No obstante, son muchos los maoríes que tienden a presentarse de la forma más positiva posible. De ahí que las descripciones de los maoríes sean reticentes a la hora de informar sobre los *tapu* en torno a los jefes y sus familias, mientras que están encantados de facilitar datos sobre actividades inofensivas como los rituales de saludo, danzas,

pesca, etc.

La segunda posibilidad consiste en el estudio de las publicaciones de etnólogos blancos contemporáneos. Estas fuentes suelen ofrecer más informaciones, pero tienen otros defectos. En el siglo XIX la historia y la sociología modernas todavía se hallaban en pañales y, precisamente en el ámbito de la etnología, la investigación y datación se encontraba con frecuencia en manos de aficionados. Si bien realizaron informes detallados, se les

escaparon conocimientos básicos, como el que no había una cultura maorí en sentido estricto. Hoy en día se pone énfasis en los elementos comunes entre tribus, pero entonces cada *iwi* y *hapu* tenía sus propias costumbres, preceptos y *tapu*. Los investigadores *pakeha* contemporáneos tienden equivocadamente a la generalización, por lo que solo puedo decir respecto a la veracidad histórica de mis investigaciones lo que sigue:

Todos los *tikanga* y *tapu* que

aparecen en este libro existieron, pero no se sabe con exactitud en qué tribu, en qué entorno ni exactamente de qué forma. Por otra parte, puede afirmarse con certeza cuándo vivía qué tribu en qué entorno. Con frecuencia también se han conservado los nombres de los jefes.

Como autora de esta novela, me surgió un dilema. La tribu de Kahu Heke tenía que haber sido un *iwi* de los nga puhi, cuyo gran jefe Hongi Hika fue uno de los firmantes del Tratado de Waitangi. Pero ¿podía

limitarme a atribuir cualquier costumbre y *tapu* a los nga puhi porque se ajustaba bien a la historia de Lizzie y Kahu? Después de meditarlo largamente me decidí, por el contrario, a sustituir a los ngai puhi por la tribu ficticia de los ngati pau. Espero que no se lo tomen a mal si llega a su conocimiento. Fue exclusivamente por respeto a su historia real, que no quise falsear: *Kia tu tika ai te whare tapu o nga puhi*: «Perdure por siempre la santa casa de los nga puhi».

Y para concluir, una observación para los puristas que comprueban los más mínimos detalles de las novelas históricas, y que con ello, a mi parecer, actúan de forma muy beneficiosa, pues obligan a los autores a realizar minuciosas investigaciones: cuando Claire bautiza su granja de Canterbury se refiere varias veces a Stratford upon Avon, convencida de que el río Avon se llama así por el lugar de nacimiento de Shakespeare. Pero no es cierto. El

río obtuvo su nombre por John Deans, un escocés que con ello quería recordar al río Avon de Falkirk, en Escocia.



SARAH LARK es el seudónimo de Christiane Gohl (Alemania, 1958), una escritora que en los últimos años ha logrado un gran éxito en su país de origen. Estudió Educación y trabajó como periodista y redactora publicitaria.

Además, durante muchos años fue guía turística, y enseguida sintió fascinación por Nueva Zelanda, donde se desarrollan sus novelas más populares. También ha escrito bajo los nombres de Ricarda Jordan y Elisabeth Rotenberg, pero la popularidad le ha llegado con la saga que firma como Sarah Lark: una serie de historias familiares sobre la cultura de los maoríes y la colonización de Nueva Zelanda. Los libros son independientes entre sí, cada uno tiene su propia trama argumental y un final, aunque luego

coincida en el entorno con los demás.

Ha escrito: *En el país de la nube blanca* (2007); *Das Lied der Maori* (2008); *Der Ruf des Kiwis* (2009); *Das Gold der Maori* (2010) y *Im Schatten des Kauribaums* (2011).

En la actualidad vive en España, donde dirige una pequeña granja de caballos.